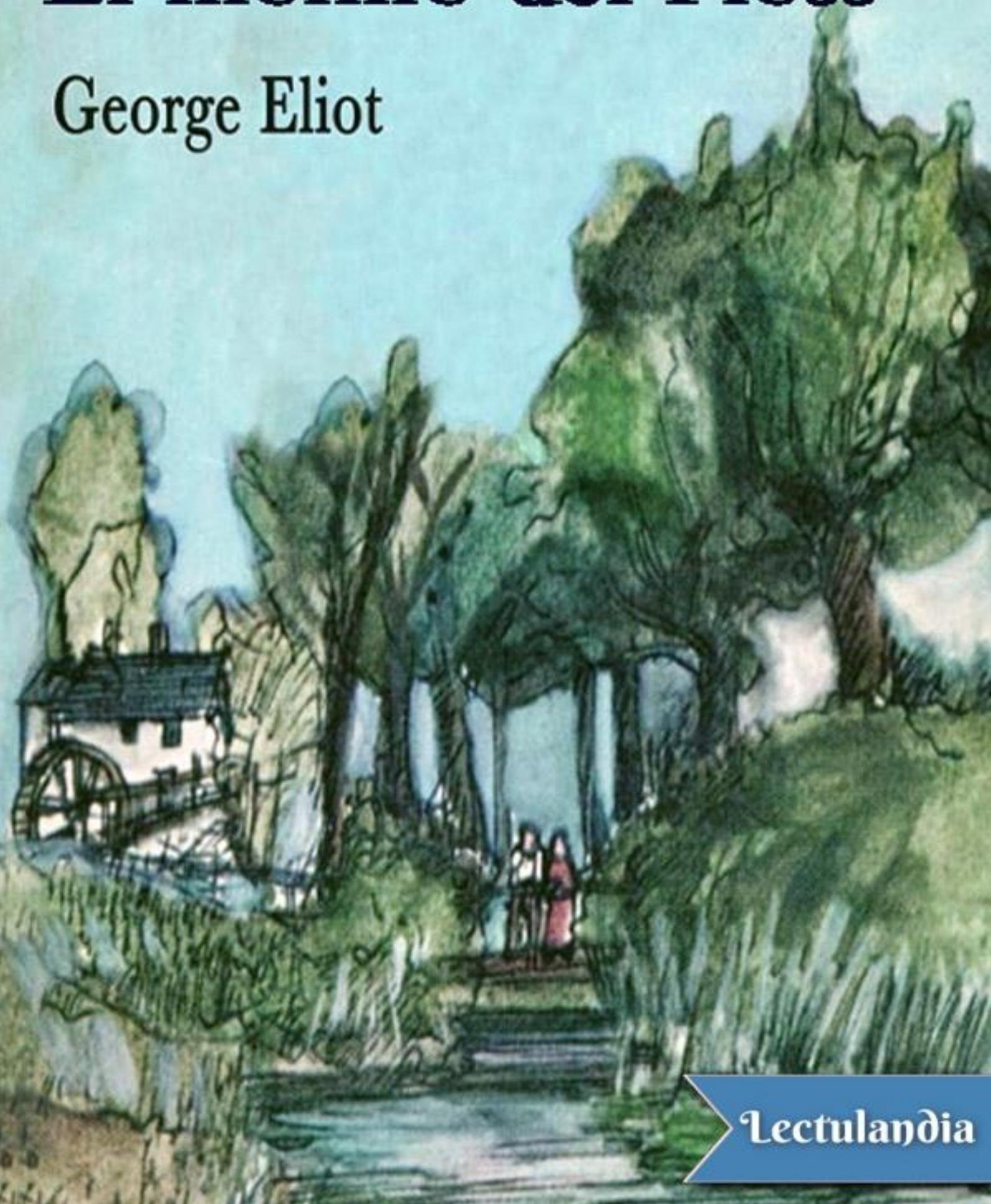


El molino del Floss

George Eliot



Lectulandia

Inspirada en gran parte en los recuerdos de la infancia de la autora, *El molino del Floss* gira en torno al desigual destino de Tom y Maggie Tulliver, los hijos del molinero. A pesar de la inteligencia natural de Maggie, es Tom, por ser varón, quien recibe la educación y en quien el padre de ambos confía para hacer frente al futuro del molino. Cuando los niños se acercan a la juventud la desgracia económica cae sobre los Tulliver, y los hermanos se ven obligados a enfrentarse a las dificultades.

Maggie, alter ego de Eliot, es uno de los personajes más fascinantes de toda su producción, una mujer sensible y apasionada encerrada en un ambiente vulgar, monótono y, con frecuencia, ruín. A pesar del patetismo progresivo de la novela, un fino humor, altamente crítico, está siempre presente. Considerada, después de *Middlemarch* (1871-1872), la mejor obra de Eliot, *El molino del Floss* refleja al igual que ésta, a través de los conflictos morales de sus personajes, la preocupación metafísica de la autora. .

Lectulandia

George Eliot

El molino del Floss

ePUB r1.1

Pepotem2 27.04.13

Título original: *The Mill On The Floss*
George Eliot, 1860

Editor digital: Pepotem2 (r1.1)
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Nota al texto

El molino del Floss se publicó por primera vez en abril de 1860 en tres volúmenes y durante la vida de George Eliot se editó en otras tres ocasiones.

Aunque por lo general se ha considerado como texto definitivo el de la edición de 1861, el último revisado por Eliot, para esta edición se ha optado por la de A. S. Byatt, publicada en The Penguin English Library en 1979, basada en la primera edición original y en el manuscrito que se conserva en el British Museum. Byatt llevó a cabo una labor de reconstrucción a partir del manuscrito que Eliot entregó por primera vez al editor, el cual presionó para que la autora adaptara a las normas habituales su peculiar puntuación y el habla no estándar y dialectal de sus personajes, reflejo del modo de expresión de las gentes de las Midlands.

Este mismo deseo de fidelidad ha guiado la traducción, la primera en castellano que reproduce íntegramente el original (las anteriores censuraban algunas alusiones a la religión católica) e intenta reflejar en la medida de lo posible la diversidad de voces y grados de corrección de los hablantes, cuya cultura muchas veces queda por detrás de sus ambiciones sociales.

VOLUMEN I

Libro primero

El niño y la niña

Capítulo I

Los alrededores del molino de Dorlcote

El Floss se ensancha en una amplia llanura y entre riberas verdes se apresura hacia el mar, donde la amorosa marea corre a su encuentro y lo frena con un impetuoso abrazo. Esta poderosa corriente arrastra los barcos negros —cargados de aromáticas tablas de abeto, redondos sacos de semillas oleaginosas o del oscuro brillo del carbón— hacia la población de Saint Ogg's, que muestra sus viejos tejados rojos y acanalados y los amplios frontones de sus muelles, extendidos entre la baja colina boscosa y la orilla del río, y tiñe el agua con un suave matiz púrpura bajo los efímeros rayos del sol de febrero. A lo lejos, en ambas riberas se despliegan ricos pastos y franjas de tierra oscura, preparadas para la siembra de plantas latifoliadas o teñidas ya con las briznas del trigo sembrado en otoño. Del año anterior, quedan algunos vestigios de los dorados panales, amontonados aquí y allá tras los setos tachonados de árboles: los lejanos barcos parecen alzar los mástiles y tender las velas de color pardo hasta las ramas frondosas de los fresnos junto al pueblo de rojos tejados afluye en el Floss la viva corriente del Ripple. ¡Qué precioso es este riachuelo, con sus ondas oscuras y cambiantes! Mientras paseo por la orilla y escucho su voz queda y plácida, me parece un compañero vivo, como si fuera la voz de una persona sorda y querida. Recuerdo los grandes sauces sumergidos en el agua... y el puente de piedra...

Y ahí está el molino de Dorlcote. Debo detenerme un par de minutos en el puente para contemplarlo, aunque las nubes amenazan lluvia y cae la tarde. Incluso en esta estación desnuda de finales de febrero, ofrece un aspecto agradable: tal vez la estación fría y húmeda añade encanto a esta casa cuidada y cómoda, tan vieja como los olmos y castaños que la protegen de los vientos del norte. Ahora el río baja lleno, cubre gran parte de la pequeña plantación de sauces y casi anega la franja herbosa del terreno situado ante la casa. Mientras contemplo el río crecido, la hierba de color intenso, el delicado y brillante polvo verdoso que suaviza el contorno de los grandes troncos que brillan bajo las ramas purpúreas y desnudas, soy consciente de que amo esta humedad y envidio a los patos blancos que sumergen profundamente la cabeza entre los sauces, indiferentes al extraño aspecto que ofrecen al mundo seco que se alza por encima de ellos.

El bullicio del agua y el bramido del molino producen una sutil sordera que parece acentuar la paz de la escena. Son como una gran cortina sonora que aísla del mundo. Y, de repente, se oye el retumbar del enorme carromato que vuelve a casa cargado con sacos de grano. El honrado carretero piensa en la cena, que a estas horas tardías estará resecándose en el horno; pero no la tocará hasta después de haber

alimentado a los caballos, animales fuertes y sumisos de ojos mansos que, imagino, lo miran con suave reproche desde detrás de las anteojeras por haber restallado el látigo de un modo tan terrible, ¡como si les hiciera falta! Observa, lector, cómo tensan los lomos al subir la cuesta hacia el puente con redoblado esfuerzo porque están ya cerca de casa. Mira las hirsutas e imponentes patas que parecen asir la tierra firme, la fuerza paciente de las cervices, dobladas bajo las pesadas colleras, y los poderosos músculos de las combativas grupas. Me gustaría oírlos relinchar ante el alimento ganado con esfuerzo y verlos, con las cervices liberadas de los arreos, hundir los ansiosos ollares en el estanque embarrado. Ahora están en el puente, lo bajan con paso más rápido y el arco del toldo del carromato desaparece en un recodo tras los árboles.

Vuelvo de nuevo los ojos al molino y contemplo la rueda incesante que lanza diamantinos chorros de agua. Una niña también la está mirando: desde que yo me detuve en el puente, ha permanecido inmóvil junto al agua. Y aquel raro can blanco con una oreja castaña parece saltar y ladrar en una inútil protesta contra la rueda del molino; tal vez sienta celos de ésta porque su compañera de juegos, ataviada con una capotita de castor, está tan absorta en su movimiento. Me parece que ya es hora de que la niña entre en la casa, dentro de la cual arde un fuego brillante que puede tentarla: desde el exterior se percibe un resplandor rojo bajo el cielo cada vez más gris. También ha llegado el momento de que me marche y alce los brazos de la fría piedra de este puente...

Ah, tengo los brazos entumecidos. He apoyado los codos en los brazos del sillón mientras soñaba que me encontraba en el puente, ante el molino de Dorlcote, y éste tenía el mismo aspecto que otra tarde de febrero, muchos años atrás. Antes de adormilarme, tenía intención de contarte, lector, la conversación que mantenían el señor y la señora Tulliver ante el brillante fuego del salón de la izquierda aquella tarde en que he estado soñando.

Capítulo II

El señor Tulliver del molino de Dorlcote manifiesta su
decisión con respecto a Tom

—Mira, lo que yo quiero —declaró el señor Tulliver—, lo que yo quiero es dar a Tom una buena educación: una educación que le permita ganarse el pan. En eso pensaba cuando avisé el día de la Virgen que dejaría la *'cademia*. El próximo trimestre quiero ponerlo en una buena escuela. Los dos años en la *'cademia* ya le bastarían si yo quisiera que fuera granjero o molinero, pues mayormente ya ha estudiado más de lo que yo estudié: mi padre no me pagó más enseñanza que la que se da con la vara por un lado y el alfabeto por otro. Pero me gustaría que Tom estudiara más para que no se le escapara ni uno solo de los trucos de esos individuos que hablan bien y escriben con florituras. Me ayudaría con los pleitos, arbitrajes y esas cosas. No quiero que sea abogado, pues sentiría que se convirtiera en un bribón, sino algo así como un ingeniero, un *inspetor*, un subastador o un tasador, como Riley o uno de esos hombres de negocios que no obtienen más que beneficios sin otro gasto que una gruesa cadena en el reloj y un taburete alto. Están todos muy cerca, los unos de los otros, e incluso se entienden bien con la ley, digo yo, porque Riley mira al abogado Wakem a la cara, de tú a tú, como un gato mira a otro. No le da ningún miedo.

El señor Tulliver hablaba con su esposa, una linda mujer rubia tocada con una cofia en forma de abanico. (Me asusta pensar en el tiempo transcurrido desde que se llevaron esas cofias: no tardarán mucho en volver. En aquel momento, cuando la señora Tulliver frisaba los cuarenta, eran novedad en Saint Ogg's y se consideraban bonitas).

—Bien, Tulliver, tú sabes más que yo. No tengo nada que *ojetar*. A lo mejor podría matar un par de pollos e invitar a los tíos y tías a comer la semana que viene, para que oigas lo que mi hermana Glegg y mi hermana Pullet tienen que decir sobre esto. ¡Hay un par de pollos muy a punto!

—Puedes matar todas las gallinas del gallinero si quieres, Bessy; pero no preguntaré a ningún tío ni a ninguna tía lo que debo hacer con mi propio chico —contestó el señor Tulliver con aire de desafío.

—¡Por Dios! ¿Cómo puedes decir eso, Tulliver? —exclamó la señora Tulliver, sobresaltada ante aquella belicosa retórica—. Pero ya sé que hablas sin respeto de mi familia, y mi hermana Glegg *m'echa* a mí toda la culpa, aunque yo soy más inocente que una criatura recién nacida. Nadie me ha oído decir nunca que no fuera una suerte para mis hijos tener tíos y tías que no dependen de nadie para vivir. De todos modos,

si Tom va a ir a un nuevo colegio, me gustaría poder ocuparme de lavarle la ropa y remendarla; si no, podría tener la ropa blanca de calicó, ya que antes de media docena de lavados estaría tan amarilla como la otra. Y así cuando vayan y vengan los paquetes, podré enviar al muchacho un pastel, o una empanada de cerdo o alguna manzana, porque no le vendrá mal algo, bendito sea, le den mucho o poco de comer. Mis hijos tienen para comer como el que más, gracias a Dios.

—Bueno, bueno, no lo enviaremos tan lejos que no llegue la carreta del recadero, si es posible —contestó el señor Tulliver—. Pero no pongas palos en la rueda por culpa del lavado si no encontramos un colegio cerca. Ese es el defecto que yo te veo, Bessy: encuentras una piedra en el camino y crees que no puedes seguir *alante*. No me dejarías contratar a un buen carretero si tuviera un lunar en la cara.

—¡Válgame el cielo! —exclamó la señora Tulliver, ligeramente sorprendida—. ¿Cuándo he puesto yo peros a nadie porque tuviera un lunar en la cara? *t'aseguro* que me gustan los lunares, pues mi difunto hermano tenía uno en la frente. Pero no recuerdo que quisieras contratar un carretero con un lunar, Tulliver. Aquí estuvo John Gibbs, que tenía tantos lunares en la cara como tú y yo, e insistí en que lo contrataras; y así lo hiciste, y si no se hubiera muerto de aquella inflamación, y bien que pagamos al doctor Turnbull para que lo atendiera, seguro que seguía llevando el carronato. Quizá tenía algún lunar donde no se viera, pero ¿cómo iba a saberlo yo, Tulliver?

—No, no, Bessy; no hablaba de lunares: era sólo un ejemplo que representaba cualquier cosa. Tanto da. Qué enredoso es entenderse hablando. Lo que ahora me preocupa es cómo encontrar la escuela adecuada para enviar a Tom, porque me podrían engañar otra vez, como con la *'cademia*. No quiero saber nada de una *'cademia* como ésa: la escuela a la que lo enviemos no será una *'cademia*. Será un sitio donde los chicos dediquen el tiempo a algo distinto que limpiar los zapatos de la familia y arrancar las patatas. Es un problema nuevo y enredoso, éste de escoger un colegio.

El señor Tulliver permaneció en silencio un par de minutos y hundió las manos en los bolsillos del pantalón, como si esperara encontrar allí alguna sugerencia. Al parecer, no quedó defraudado, porque añadió:

—Ya sé lo que haré: hablaré de esto con Riley, ya que viene mañana para arbitrar en la cuestión de la presa.

—Bien, Tulliver; ya he sacado las sábanas para la mejor cama y Kezia las ha colgado delante del fuego. No son las mejores sábanas, pero son lo bastante buenas para que duerma cualquiera, sea quien sea; las mejores sábanas son *d'holanda* y me arrepentiría *d'haberlas* comprado si no fueran a servirnos de mortaja. Y si te murieras mañana, Tulliver, como están bien planchadas y preparadas, y huelen a lavanda, daría gusto usarlas. Las guardo en el rincón de la izquierda del gran arcón de roble, en la parte *d'atrás*: nunca me pasaría por la cabeza dejar que las tocara nadie más que yo.

Mientras pronunciaba esta última frase, la señora Tulliver sacó un brillante manojito de llaves del bolsillo, escogió una y la frotó entre el pulgar y el índice con una sonrisa plácida, sin dejar de contemplar las brasas ardientes de la chimenea. Si el señor Tulliver hubiera sido un hombre susceptible en sus relaciones conyugales, podría haber supuesto que extraía la llave para ayudarse a imaginar el momento en que él se encontrara en estado tal que hiciera necesario ir a buscar las mejores sábanas de Holanda. Por fortuna, ése no era el caso: sólo era susceptible en lo relacionado con su derecho a utilizar la fuerza motriz del agua; además, tenía la marital costumbre de no escuchar con demasiada atención y, desde que había mencionado al señor Riley, parecía ocupado en el examen manual de sus medias de lana.

—Me parece que he dado en el blanco, Bessy —señaló el señor Tulliver tras un breve silencio—. Seguro que Riley es quien mejor sabrá *d'*algún colegio: él fue a uno y va a todas partes arbitrando, valorando y todo eso. Y mañana por la noche, después del trabajo, tendremos tiempo para hablar *d'*ello. Mira, quiero que Tom sea un hombre como Riley: sabe hablar como si lo tuviera todo escrito y conoce muchas palabras que significan poca cosa y comprometen poco ante la ley. Y conoce bien los negocios.

—Bueno —dijo la señora Tulliver—, si se trata de hablar *corretamente*, saberlo todo, caminar con la espalda encorvada y el cabello para arriba, no me importa que se lo enseñen. Pero casi todos esos hombres de las ciudades que tan bien hablan llevan postiza la parte *dalante* de la camisa; se ponen las chorreras hasta que están hechas una pena y entonces las tapan con un plastrón; sé que Riley lo hace. Y, además, si Tom se va a vivir a Mudport, como Riley, tendrá una casa con una cocina tan pequeña que ni podrá darse la vuelta, nunca tomará huevos frescos para desayunar, dormirá en el tercer piso, si no el cuarto, y si hay un incendio, se quemará ahí arriba antes de poder bajar.

—No, no —replicó el señor Tulliver—. No pienso que se vaya a Mudport: quiero que trabaje en Saint Ogg's, cerca de nosotros, y viva en casa. Pero —prosiguió tras una pausa— lo que temo es que Tom no tenga cabeza para ser un hombre brillante; me parece que es un poco torpe: ha salido a tu familia, Bessy.

—Sí, es verdad —contestó la señora Tulliver, interpretando esta última afirmación en sus aspectos positivos—. Parece mentira cuánta sal le gusta ponerse en el caldo. Así era mi hermano y así fue mi padre antes que él.

—Pero es una pena —insistió el señor Tulliver— que sea el chico quien haya salido a la familia materna y no la mocita. Eso es lo que tienen los cruces de razas: nunca se sabe lo que va a pasar. La nena ha salido a mi familia: es dos veces más despabilada que Tom. Me temo que es demasiado despabilada para ser mujer —prosiguió el señor Tulliver moviendo la cabeza primero a un lado y luego a otro en

gesto de recelo—. No fastidia mientras es pequeña, pero una mujer demasiado lista es como una oveja con el rabo largo: no por eso vale más.

—Pues a mí sí que me parece un fastidio mientras es pequeña, Tulliver, porque le sirve para hacer travesuras. No consigo que conserve el delantal limpio durante dos horas seguidas. Y ahora que me lo recuerdas —añadió la señora Tulliver, levantándose y encaminándose hacia la ventana—, no sé donde se ha metido y casi es la hora del té. Ah, ya me lo parecía, está allí vagando arriba y abajo, junto al agua, como un animalito: un día de estos se caerá.

La señora Tulliver repiqueteó en la ventana, hizo un gesto con la mano y movió la cabeza de un lado a otro; antes de regresar a la butaca donde estaba sentada repitió varias veces el proceso.

—Tú dices que es lista, Tulliver —comentó al sentarse—, pero yo estoy convencida de que esta niña es medio boba para algunas cosas, porque si la envío al piso *d'*arriba a buscar algo, se *l'*olvida para qué ha subido y es capaz de quedarse sentada en el suelo, al sol, peinándose y canturreando como si fuera una débil mental de Bedlam, mientras yo *l'*espero aquí abajo. Eso nunca ha pasado en mi familia, gracias a Dios; ni tampoco nadie tiene esa piel tan morena que hace que parezca una mulata. No quiero reprochar nada a la Providencia, pero me da pena tener sólo una niña y que sea tan rara.

—¡Bah, tonterías! —dijo el señor Tulliver—. Es una niña normal de ojos negros, como puede ver cualquiera. No sé en qué es peor que los hijos de otros; y lee tan bien como el párroco.

—Pero, haga lo que haga, no se le riza el pelo, y se pone como loca cuando le coloco los papillotes, y peor aún es intentar que se quede quieta para las tenacillas.

—Córtaselo. Déjaselo bien corto —contestó el padre precipitadamente.

—¿Cómo puedes decir eso, Tulliver? Es una chica demasiado mayor para llevar el pelo corto, casi tiene nueve años, y es alta para su edad. Su prima Lucy tiene la cabeza llena de tirabuzones y no lleva ni un pelo fuera de sitio. No entiendo que mi hermana Deane tenga una hija tan bonita; estoy segura de que Lucy se parece más a mí que mi propia hija. Maggie, Maggie —añadió la madre, con un tono entre irritado y persuasivo cuando aquel pequeño error de la naturaleza entró en la habitación—. ¿Para qué sirve que te diga que no *t'*acerques al agua? Un día te caerás y *t'*ahogará, y entonces lamentarás no haber hecho caso a tu madre.

Maggie se quitó la capota y confirmó dolorosamente la acusación de su madre: la señora Tulliver, deseosa de que su hija tuviera el cabello rizado «como las hijas de los demás», se lo había cortado tanto por delante que la niña no podía sujetárselo tras las orejas; y, como al cabo de una hora de que le quitaran los papillotes tenía el pelo completamente lacio, Maggie movía la cabeza una y otra vez para apartar los pesados mechones oscuros de sus brillante ojos negros, gesto que le hacía parecer un pequeño

poni de Shetland.

—¡Pero Maggie! ¿Cómo se *t*'ocurre tirar así el gorrito? Sé buena chica y súbelo, péinate, ponte el otro delantal y cámbiate de zapatos. Vamos, ¿no te da vergüenza? Y baja con tu labor de retales, como una señorita.

—Madre —declaró Maggie con irritación vehemente—. No quiero hacer la labor.

—¡Vaya! ¿No quieres coser un cubrecama para la tía Glegg?

—Es de tontos romper algo a trozos para volverlo a coser —afirmó Maggie, sacudiendo la melena—. Y no quiero hacer nada para la tía Glegg: no me gusta.

Maggie salió arrastrando la capota por la cinta mientras el señor Tulliver reía a carcajadas.

—No sé por qué te ríes, Tulliver —dijo la madre con linfática irritación—. Así fomentas sus travesuras, y las tías pensarán que soy yo quien la malcría. La señora Tulliver era lo que se llama una persona apacible: de pequeña jamás lloraba por nada, como no fuera por hambre o el pinchazo de un imperdible, y desde la cuna fue una niña sana, hermosa, gordita y boba, en definitiva, el orgullo de su familia, tanto por su aspecto como por su afabilidad. Pero la leche y la amabilidad no se conservan bien, y cuando se agrian un poco entran en serio conflicto con los estómagos jóvenes. Me he preguntado con frecuencia si estas madonas de Rafael, de rubios rostros y expresión pánfila, siguen siendo plácidas cuando sus chicos, de miembros tan fuertes como su carácter, crecen un poquito y ya no pueden andar desnudos. Imagino que empezarán con débiles reconvenciones e irán tornándose más desabridas a medida que éstas sean menos eficaces.

Capítulo III

El señor Riley aconseja sobre un colegio para Tom

El caballero de la ancha corbata blanca y camisa con chorreras que toma tan a gusto un brandy con agua en compañía de su buen amigo Tulliver es el señor Riley: un caballero de rostro céreo y manos gruesas, tal vez muy culto para ser subastador y tasador pero lo bastante generoso para mostrar *bonhommie* hacia meras amistades rurales de hábitos hospitalarios. El señor Riley se refería amablemente a estos conocidos denominándolos «gente de la vieja escuela».

Se había producido una pausa en la conversación. El señor Tulliver, no sin una razón concreta, se abstuvo de repetir por séptima vez la fría respuesta por la cual Riley había demostrado ser muy superior a Dix y el modo en que había dado en la cresta a Wakem por primera vez en la vida, ahora que el asunto de la presa se había resuelto mediante arbitraje, y no insistió en que nunca se habría producido una disputa sobre la altura del agua si todo el mundo fuera como debiera y Pero Botero no hubiera creado los abogados. El señor Tulliver era, en términos generales, un hombre de opiniones seguras y tradicionales; sin embargo, en uno o dos puntos había confiado en su desasistido intelecto y había llegado a varias conclusiones discutibles, por ejemplo, que Pero Botero había creado las ratas, los gorgojos y los abogados. Lamentablemente, no tenía a nadie que le dijera que aquello era de un maniqueísmo absoluto; de haber sido así, habría advertido su error. No obstante, aquel día resultaba evidente que había triunfado el bien: ese asunto del salto de agua, por un motivo u otro, se había enmarañado mucho, si bien, desde su punto de vista, estaba tan claro como el agua misma; pero a pesar de ser tan complicado, Riley se había impuesto. El señor Tulliver tomaba el brandy menos diluido que de costumbre y, para ser un hombre que tal vez tuviera unos cuantos cientos ociosos en el banco, manifestaba con cierta ligereza el alto aprecio que sentía por el talento profesional de su amigo.

Con todo, la presa constituía un tema de conversación permanente que podían reanudar en el mismo punto y en idéntica situación; y, como bien sabemos, el señor Tulliver deseaba ansiosamente el consejo del señor Riley sobre otra cuestión. Por ese motivo permaneció en silencio unos instantes tras el último sorbo y se frotó las rodillas con aire meditabundo. No era hombre partidario de las transiciones bruscas. Este mundo es muy enredoso, decía con frecuencia, y si conduces el carromato a toda prisa, puedes volcar en cualquier curva difícil. Entre tanto, el señor Riley no se mostraba impaciente. ¿Por qué iba a estarlo? Incluso Hotspur habría sido paciente si, en zapatillas junto a un cálido fuego, sorbiera abundante rapé mientras lo invitaban a tomar brandy.

—Me ronda una idea por la cabeza —anunció por fin el señor Tulliver en tono más bajo que de costumbre mientras volvía la cabeza hacia su compañero y lo miraba fijamente.

—¿Sí? —pregunto el señor Riley con aire de leve interés. Tenía los párpados céreos y pesados, las cejas arqueadas y conservaba la misma expresión en cualquier circunstancia. La impasibilidad de su rostro y la costumbre de tomar una pizca de rapé antes de responder hacía que el señor Tulliver lo considerara un oráculo.

—Es algo muy especial —prosiguió—: se trata de mi hijo Tom. Al oír este nombre, Maggie, que estaba sentada en un taburete bajo junto al fuego con un gran libro abierto sobre las rodillas, se echó hacia atrás el pesado cabello negro y alzó la vista con interés. Pocos sonidos despertaban a Maggie cuando soñaba ante un libro, pero el nombre de Tom era tan eficaz como el más estridente silbato: al instante se encontraba alerta, los ojos brillantes, como un vigilante terrier de Skye, resuelta a atacar a cualquiera que amenazara a Tom.

—Mire, me gustaría meterlo en otro colegio para el trimestre de verano —dijo el señor Tulliver—. Saldrá de la *'cademia* en marzo y dejaré que tenga un trimestre libre, pero quiero enviarlo a un colegio bueno de verdad, donde lo conviertan en un hombre instruido.

—Bien —contestó el señor Riley—, no puede darle nada mejor que una buena educación. Lo que no quiere decir —añadió amablemente— que no se pueda ser un excelente molinero y granjero, así como un hombre sagaz y sensato sin ayuda de maestro alguno.

—*Efetivamente* —asintió el señor Tulliver, guiñando un ojo y ladeando la cabeza —, pero esa es la cuestión: no tengo intención de que Tom sea molinero y granjero. No me conviene: ¡Caramba! Si lo convierto en molinero y granjero, estará esperando para hacerse con el molino y la tierra, acechándome como si ya fuera hora de que se lo dejara y pensara en morirme. ¡Quia! Ya he visto demasiados hijos así. Nunca me quito la ropa antes de irme a la cama. Daré a Tom educación y lo introduciré en los negocios para que pueda construirse un nido y no quiera echarme del mío. Me parece bien que se lo quede todo cuando yo esté muerto, pero mientras yo tenga todos los dientes, no permitiré que me den papillas.

No cabía duda de que el señor Tulliver tenía las ideas claras respecto a esta cuestión, y el ímpetu que había conferido a sus palabras una rapidez y un énfasis inusuales se mantuvo intacto durante unos minutos y se manifestó en desafiantes movimientos de la cabeza, que agitaba de un lado a otro mientras de vez en cuando todavía gruñía: «¡Quia!».

Maggie observó estos síntomas de enfado y se sintió herida en lo más vivo: al parecer, se consideraba que Tom era capaz de echar a su padre de su propia casa y de ser tan malo como para procurarles un futuro trágico. Aquello era insoportable:

Maggie olvidó el pesado libro, que cayó con estruendo sobre el guardafuegos, saltó del taburete y, alzándose entre las rodillas de su padre, dijo con voz llorosa e indignada:

—Padre, Tom nunca se portará así de mal con usted: yo sé que nunca lo hará.

La señora Tulliver se encontraba fuera de la habitación, vigilando la exquisita cena, y el señor Tulliver se conmovió, de modo que no regañó a Maggie por tirar el libro. El señor Riley lo recogió en silencio y lo miró mientras el padre reía con una ternura que suavizaba las duras líneas de su rostro y daba palmaditas a su hija en la espalda. Después le tomó las manos y la retuvo entre las rodillas.

—¡Vaya! Así que no debemos decir nada malo de Tom, ¿eh? —dijo el señor Tulliver guiñando un ojo a Maggie. Después, bajando la voz, se volvió hacia el señor Riley, como si Maggie no pudiera oírlo.

—Entiende como nadie todo lo que se dice. Y debería oír cómo lee: de un tirón, como si lo supiera todo de memoria. ¡Y está siempre con un libro en la mano! Pero es malo, es malo —añadió el señor Tulliver, entristecido, conteniendo aquella animación culpable—: una mujer no debe ser tan lista, me temo que no le trae más que problemas. Pero, ¡bendita sea! —en ese momento volvió a dominarlo el entusiasmo—, lee los libros y los entiende mejor que la mayoría de los adultos.

Las mejillas de Maggie se sonrojaron de excitación y triunfo: le parecía que ahora el señor Riley sentiría respeto por ella; resultaba evidente que, hasta el momento, ni siquiera había reparado en su existencia.

El señor Riley pasaba las páginas del libro y Maggie era incapaz de adivinar nada en aquel rostro de altas cejas arqueadas. Él la miró y dijo:

—Ven a contarme algo de este libro; aquí hay algunas ilustraciones y quiero conocer lo que significan.

Maggie, cada vez más sonrojada, se acercó sin vacilar al codo del señor Riley y miró hacia el libro, lo agarró por una esquina y se apartó la melena mientras decía:

—Le voy a contar lo que quiere decir este dibujo. Es horrible, ¿verdad? Pero no soy capaz de mirar otra cosa. La vieja que está en el agua es una bruja, la han metido allí para averiguar si es bruja o no: si nada, es bruja, si se ahoga y se muere, claro, es inocente y no es bruja, sino solo una desgraciada vieja. Pero ¿de qué le servirá cuando esté ahogada? Bueno, supongo que se irá al cielo y Dios la compensará. Y le diré quién es este horrible herrero que se ríe con los brazos en jarras ¡Qué feo! ¿Verdad? Pues es el mismísimo diablo —aquí, Maggie alzó la voz con énfasis— y no un simple herrero; porque el diablo se encarna en los hombres malos y va por ahí haciendo que la gente haga cosas malas; es más normal que se encarne en un hombre malo porque si no es así y la gente se da cuenta de que es el diablo y se asusta, todos salen corriendo y él no puede hacer que se comporten como él quiere.

El señor Tulliver había escuchado la descripción de Maggie inmóvil y

maravillado.

—¡Caramba! ¿Qué libro tiene la niña? —exclamó finalmente.

—*La historia del diablo*, de Daniel Defoe. No es un libro adecuado para una niña pequeña —señaló el señor Riley—. ¿Cómo es que se encuentra entre sus libros, Tulliver?

Maggie parecía dolida y desalentada mientras su padre contestaba:

—¡Caramba! Es uno de los libros que compré en la venta de los objetos de Partridge. Todos tenían la misma encuadernación, una encuadernación buena, como puede ver, y pensé que serían todos buenos libros. Entre ellos está el de Jeremy Taylor *Vida y muerte santas*, que leo mucho los domingos.

—El señor Tulliver se sentía en cierto modo próximo a ese gran escritor porque también él se llamaba Jeremy. Y hay muchos otros, sobre todo sermones, me parece; pero tienen todos la misma cubierta y pensaba que eran todos de la misma clase, por así decirlo. Pero, al parecer, no se puede juzgar por las apariencias. Qué mundo tan enredoso es éste.

—Bien —dijo el señor Riley con tono de reprobación condescendiente mientras daba a Maggie unas palmaditas en la cabeza—. Te aconsejo que dejes *La historia del diablo* y leas algún libro más bonito. ¿No tienes otros?

—¡Oh, sí! —exclamó Maggie, animándose un poco con el deseo de defender la diversidad de sus lecturas—. Ya sé que lo que cuenta este libro no es bonito, pero me gustan las imágenes y me invento historias sobre las ilustraciones. Tengo las *Fábulas* de Esopo, un libro sobre los canguros y esas cosas, y también *El viaje del peregrino*...

—Ah, un buen libro —declaró el señor Riley—. No podrías leer otro mejor.

—Bueno, pues habla mucho del demonio —dijo Maggie con aire triunfal—. Le enseñaré el retrato que lo pinta tal cual es combatiendo contra Cristiano.

Maggie corrió en un instante a un rincón de la habitación, saltó sobre una silla y extrajo de la pequeña librería un viejo ejemplar de la obra de Bunyan, que abrió al instante, sin vacilar en la búsqueda, por la imagen deseada.

—Aquí está —dijo, corriendo de regreso hacia el señor Riley—. Y Tom me lo coloreó con sus pinturas durante las últimas vacaciones, cuando vino a casa: mire, el cuerpo bien negro y los ojos rojos, como fuego, porque por dentro es todo fuego y le sale por los ojos.

—Anda, vete —ordenó el señor Tulliver, empezando a sentirse incómodo por las observaciones sobre el aspecto personal de un ser lo bastante poderoso para crear los abogados—. Cierra el libro y no hables más *d'esas cosas*. Lo que yo decía: la niña aprende más cosas malas que buenas en los libros. Anda, vete con tu madre.

Maggie cerró el libro de inmediato, avergonzada, pero como no deseaba acudir junto a su madre, optó por una solución de compromiso y se marchó a un rincón

oscuro situado tras la butaca de su padre para jugar con su muñeca, por la que sentía súbitos arrebatos de cariño cuando Tom no estaba y, aunque no la acicalaba apenas, le daba tantos besos cariñosos que las mejillas de cera tenían un aspecto desgastado y enfermizo.

—¿Ha visto alguna vez algo semejante? —preguntó el señor Tulliver cuando Maggie se retiró—. Es una pena, porque si hubiera sido varón seguro que habría estado a la altura de muchos abogados. Es asombroso —añadió, bajando la voz—, pues escogí a su madre porque era guapa y no demasiado lista, y venía de una familia muy ordenada: la preferí a sus hermanas porque era un poco boba, y yo no quería que me mandasen en mi propia casa. Pero ya ve, cuando un hombre tiene cerebro, no se sabe dónde va a ir a parar; y la mujer boba puede darle chicos tontos y niñas listas, así son las cosas, como si el mundo estuviera patas para arriba. Qué cosas tan enredadas pasan.

El señor Riley abandonó unos instantes el aire grave y agitó la cabeza para aspirar un poco de rapé.

—Pero su chico no es tonto, ¿no? Lo vi la última vez que estuve por aquí, fabricando unos aparejos de pesca; parecía bastante hábil.

—Bueno, no es lo que se dice tonto: sabe cosas que no tienen que ver con los estudios; tiene sentido común y habilidad manual, pero es de lengua torpe, lee mal y no soporta los libros; según me dicen, escribe con muchas faltas, es muy tímido con los desconocidos y nunca dice cosas agudas, como la mocita. Así que lo que quiero es enviarlo a un colegio donde le enseñen a manejar la lengua y la pluma y lo conviertan en un mozo despabilado. Quiero que mi hijo pueda mirar de tú a tú a esos individuos que tanta ventaja me llevan por haber tenido mejor educación. Si el mundo se hubiera quedado como Dios lo hizo, yo habría podido hacer carrera y medirme con el mejor de ellos, pero las cosas se han complicado y se han liado mucho con palabras poco razonables. Todo es tan embarullado que, cuanto más honrado es uno, más enredado está.

El señor Tulliver tomó un sorbo, lo tragó lentamente y agitó la cabeza con gesto melancólico, convencido de ser el vivo ejemplo de que un intelecto cuerdo no puede encontrar su sitio en este mundo enloquecido.

—Tiene usted mucha razón, Tulliver —señaló Riley—. Es mejor gastar varios cientos en la educación de un hijo que legárselos en el testamento. Yo también lo haría si hubiera tenido un hijo, aunque no dispongo de tanto como usted, Tulliver, y, por añadidura, tengo la casa llena de hijas.

—Me pregunto si conocerá usted un colegio adecuado para Tom —quiso saber el señor Tulliver, sin que la escasez de dinero en efectivo del señor Riley lo distrajera de su idea.

El señor Riley tomó una pulgarada de rapé y mantuvo a Tulliver en vilo con un

silencio aparentemente reflexivo antes de decir:

—Sé de una excelente oportunidad para quien tenga el dinero necesario, y usted lo tiene, Tulliver. Lo cierto es que no recomendaría a ningún amigo mío que enviara a su hijo a un colegio normal y corriente si pudiera permitirse algo mejor. Pero si alguien quisiera que su hijo tuviera una instrucción y una formación superiores, que fuera compañero de su maestro y éste fuera un individuo de primera, conozco al hombre adecuado. No se lo diría a cualquiera, porque no creo que cualquiera pueda contratarlo aunque quisiera, pero se lo digo a usted, Tulliver, y que quede entre nosotros.

La mirada inquisitiva con que el señor Tulliver contemplaba el rostro oracular de su amigo se tornó ansiosa.

—Pues cuénteme —dijo, acomodándose en la butaca con la complacencia de quien es considerado digno de importantes confidencias.

—Ha estudiado en Oxford —sentenció el señor Riley, cerrando la boca y mirando al señor Tulliver para observar el efecto de aquella información tan estimulante.

—¡Cómo! ¿Un clérigo? —preguntó el señor Tulliver con aire poco convencido.

—Sí, y también *magister artium* Según tengo entendido, el obispo lo tiene en gran estima, e incluso fue él quien le concedió el actual curato.

—Ah, ¿sí? —preguntó el señor Tulliver, para el cual todo resultaba igualmente maravilloso en lo que respectaba a aquellos fenómenos tan poco familiares—. Entonces, ¿por qué iba a interesarle enseñar a Tom?

—Bien, le encanta enseñar y desea seguir estudiando, pero un clérigo tiene pocas oportunidades para ello debido a sus deberes parroquiales. Desea tomar uno o dos niños como pupilos para ocupar el tiempo de modo provechoso. Los chicos serían como de la familia, lo mejor para ellos, y estarían siempre bajo la vigilancia directa de Stelling.

—¿Y cree que dejarían repetir de pudín al pobre chico? —preguntó la señora Tulliver, que se encontraba otra vez en su sitio—. Le gusta el pudín con locura y sería terrible que se lo escatimaran a un chico que está creciendo.

—¿Y cuánto dinero querría? —quiso saber el señor Tulliver, cuyo instinto le decía que los servicios de aquel admirable licenciado en letras tendrían un alto precio.

—¡Vaya! Pues sé de un clérigo que pide ciento cincuenta a los alumnos más jóvenes y no tiene punto de comparación con Stelling, el hombre de quien le hablo. Sé de buena tinta que un personaje de Oxford dijo en una ocasión: «Stelling podría alcanzar los más altos honores, si lo desear». Pero no le interesaban los honores universitarios. Es un hombre callado, no le gusta hacerse ver ni notar.

—Ah, mucho mejor, mucho mejor —dijo el señor Tulliver—. Pero ciento cincuenta es un precio extraordinario; ni me había pasado por la cabeza pagar tanto.

—Permita que le diga, Tulliver, que una buena educación nunca es cara. Sin

embargo, las condiciones de Stelling son moderadas, no es codicioso. No dudo de que aceptará a su hijo por cien, cosa que no harían muchos clérigos. Si quiere, le escribiré preguntándoselo.

El señor Tulliver se frotó las rodillas y contempló fijamente la alfombra con aire meditabundo.

—Pero seguro que será soltero —señaló la señora Tulliver en el intervalo—, y tengo una pésima opinión de las amas de llaves. Mi hermano, que en paz descansa, tuvo una vez un ama de llaves que le quitó la mitad de las plumas de la mejor cama, las metió en un paquete y las envió lejos. Ni se sabe cuánta ropa de casa le quitó: se llamaba Stott. Me rompería el corazón enviar a Tom a una casa con ama de llaves, y espero que ni se t'ocurra hacerlo, Tulliver.

—Tranquilícese en esta cuestión, señora Tulliver —contestó Riley—, porque Stelling está casado con la mejor mujercita que puede desear un hombre. No hay alma más afable en este mundo; conozco bien a su familia. Tiene un cutis como el suyo y el cabello claro y ondulado. Procede de una buena familia de Mudport que no habría aceptado a cualquiera, pero Stelling no es un hombre vulgar. En realidad, es bastante exigente en la elección de sus amistades, pero creo sinceramente que no pondrá reparos a su hijo: supongo que no lo hará, ya que irá en mi nombre.

—No sé qué podría tener en contra del muchacho —protestó la señora Tulliver con cierta indignación maternal—: es un niño sano y hermoso como el que más.

—Pero se me ocurre una cosa —dijo el señor Tulliver, ladeando la cabeza y mirando al señor Riley tras examinar atentamente la alfombra—: ¿No será demasiado instruido, por así decir, para convertir al muchacho en un hombre de negocios? Por lo que sé, los clérigos saben cosas que, mayormente, no se ven. Y no es eso lo que quiero para Tom. Quiero que sepa de números, que escriba como de imprenta, que pille las cosas al vuelo y sepa lo que quiere decir la gente, que sepa envolverlo todo en palabras por las que no le puedan demandar. Pocas veces uno tiene la oportunidad —concluyó el señor Tulliver, moviendo la cabeza— de decir a un hombre lo que uno piensa de él sin pagar por ello.

—Querido Tulliver —contestó el señor Riley—: está totalmente equivocado en relación con el clero: los mejores profesores son siempre clérigos. Los que no lo son, por lo general son hombres de muy baja categoría...

—*Esacto*, como ese Jacobs de la *'cademia* —interrumpió el señor Tulliver.

—Casi siempre son hombres que han fracasado en otras empresas. En cambio, un clérigo es un caballero por su profesión y por su educación: y, además, tiene conocimientos para dar una sólida base a un muchacho y prepararlo para iniciar cualquier carrera profesional con éxito. Quizá algunos clérigos sean meros eruditos, pero puede estar seguro de que Stelling no es uno de ellos. Permita que le diga que es un hombre muy despierto. Lo entiende todo con medias palabras. Y si de números se

trata, sólo tiene que decir a Stelling: «Quiero que mi hijo sea un perfecto aritmético» y dejarle hacer.

El señor Riley hizo una pequeña pausa mientras el señor Tulliver, algo más tranquilo en cuanto a la enseñanza de los clérigos, ensayaba para sí una declaración dirigida al señor Stelling: «Quiero que mi hijo sepa *rimética*

—Mire, apreciado Tulliver —prosiguió el señor Riley—, un hombre como Stelling, con una educación completa, domina todas las ramas. Cuando un artesano sabe usar las herramientas, tanto puede fabricar una puerta como una ventana.

—*Esacto*, eso es verdad —dijo el señor Tulliver, casi convencido de que los miembros del clero eran los mejores maestros.

—Pues bien, le diré lo que voy a hacer por usted —anunció el señor Riley—, y no lo haría por cualquiera. Cuando regrese a Mudport, veré al suegro de Stelling o le escribiré unas líneas para decirle que usted desearía colocar a su chico con su yerno, y me aventuro a afirmar que Stelling le escribirá para detallar sus condiciones.

—Pero no hay prisa, ¿no? —inquirió la señora Tulliver—. Tulliver, espero que no permitas que Tom empiece en esta nueva escuela antes del trimestre de verano. Empezó en la *'cademia* en el trimestre de primavera, y ya ves cómo le ha ido.

—*Esactamente, esactamente*, Bessy. No por mucho madrugar amanece más temprano —declaró el señor Tulliver, guiñando el ojo y sonriendo al señor Riley con el orgullo natural del hombre que tiene una mujer hermosa y de intelecto notablemente inferior al suyo—. Tienes razón en que no hay prisa, en eso has dado en el blanco, Bessy.

—Sin embargo, sería preferible no retrasar demasiado el acuerdo —intervino el señor Riley discretamente—, ya que Stelling podría tener otras propuestas, y sé que no quiere tomar más de dos o tres alumnos, como mucho. En su lugar, intentaría ponerme en contacto con Stelling lo antes posible: aunque no hay necesidad de enviar al chico antes del verano, yo me aseguraría de que nadie se le adelanta.

—*Esactamente*. Hay que tenerlo en cuenta —dijo el señor Tulliver.

—Padre —intervino Maggie que había avanzado sigilosamente, sin que nadie lo advirtiera, hasta colocarse junto a su padre y escuchaba con la boca abierta mientras sostenía la muñeca cabeza abajo y aplastaba la nariz de ésta contra la madera de la butaca—. Padre, ¿está muy lejos el sitio donde se irá Tom? ¿Iremos a verlo?

—No lo sé, mocita —contestó el padre con ternura—. Pregúntaselo al señor Riley, él lo sabe.

Maggie se plantó delante del señor Riley.

—Por favor, señor, ¿a qué distancia está?

—Oh, está muy lejos —contestó el caballero, que era de la opinión que, cuando los niños no eran traviesos, se les debía hablar en broma—. Tendrás que pedir prestadas las botas de siete leguas para llegar.

—¡Qué tontería! —contestó Maggie. Se apartó el cabello con gesto altivo Y se alejó con lágrimas en los ojos. Aquel señor Riley empezaba a serle antipático: resultaba evidente que la tenía por tonta e insignificante.

—¡Cállate, Maggie! ¿No te da vergüenza hacer preguntas y cotorrear tanto? —la regañó su madre—. Siéntate en el taburete y mantén la lengua quietecita —y alarmada, preguntó—: ¿Cae tan lejos que no pueda lavarle ni remendarle la ropa?

—Unas quince millas solamente —contestó el señor Riley—. Se puede ir y volver en un solo día. Pero Stelling es un hombre hospitalario y agradable, se alegrará de alojarlos.

—Aunque me parece que está demasiado lejos para la ropa —reflexionó la señora Tulliver, apenada.

La llegada de la cena aplazó oportunamente esta dificultad y alivió al señor Riley de la tarea de sugerir alguna solución o compromiso, misión que, sin duda, se habría encomendado porque, como habrás visto, lector, era un hombre muy atento y servicial. Y se había tomado la molestia de recomendar el señor Stelling a su amigo Tulliver sin esperar por ello nada a cambio, a pesar de las sutiles indicaciones de lo contrario que podrían haber engañado a un observador demasiado sagaz, puesto que, sin duda, nada es más engañoso que la sagacidad mal encaminada. El empeño en creer que los hombres suelen actuar y hablar por motivos concretos, con un propósito consciente, supone un despilfarro de energía en un juego imaginario. Los planes codiciosos y las artimañas deliberadas para maquinan un fin egoísta sólo abundan en el mundo de los dramaturgos: exigen una actividad mental excesiva para la mayoría de nuestros conciudadanos. No es necesario tomarse tantas molestias para fastidiar la vida al vecino: es más fácil hacerlo mediante la perezosa aquiescencia o la omisión, con falsedades triviales que apenas obedecen a razón alguna, pequeños fraudes compensados por pequeños excesos, torpes halagos e insinuaciones toscamente improvisadas. La mayoría de nosotros vivimos al día, con escasos deseos inmediatos: hacemos poco más que arrebatarse un bocado para satisfacer a la camada hambrienta y pocas veces pensamos en las semillas para la siembra siguiente.

El señor Riley era un hombre de negocios que no descuidaba sus intereses y, sin embargo, incluso en él influían más los pequeños impulsos que los planes a largo plazo. No había llegado a ningún acuerdo privado con el reverendo Walter Stelling; al contrario, sabía muy poco del licenciado o de sus méritos: tal vez no lo suficiente para avalar aquella calurosa recomendación a su amigo Tulliver. No obstante, creía que Stelling era un excelente clasicista, ya que lo había dicho Gadsby, y el primo carnal de Gadsby era profesor en Oxford: argumento más sólido de lo que habría sido su observación directa, porque aunque Riley había recibido cierto barniz clásico en la magnífica escuela gratuita de Mudport y creía comprender el latín en términos generales, lo cierto era que le costaba entenderlo. Sin duda, conservaba un leve aroma

del contacto juvenil con *De senectute* y el cuarto libro de la *Eneida*, pero éste ya no podía reconocerse como parte de una formación clásica y sólo se distinguía en el refinamiento y la fuerza de su estilo en las subastas. Además, Stelling se había licenciado en Oxford y los licenciados de Oxford siempre eran... No, no: los buenos matemáticos eran los de Cambridge. De todos modos, un universitario puede dar clases de lo que sea, especialmente un hombre como Stelling, que en una cena política celebrada en Mudport pronunció un discurso tan brillante que todo el mundo señaló que el yerno de Timpson era un individuo muy listo. Y era de esperar que cualquier habitante de Mudport de la parroquia de Santa Úrsula no pasara por alto la oportunidad de hacer un favor a un yerno de Timpson, puesto que Timpson era uno de los hombres más útiles e influyentes del lugar y tenía muchos negocios que sabía poner en las manos adecuadas. El señor Riley apreciaba a esta clase de hombres, al margen de cualquier consideración sobre el dinero que, gracias a su buen juicio, éstos pudieran hacer pasar de bolsillos menos dignos al suyo; y supondría para él una satisfacción poder decir a Timpson al regresar a su ciudad: «He conseguido un buen alumno para su yern». Riley compadecía a Timpson por tener tantas hijas y, además, el rostro de Louisa Timpson, con sus rizos claros, sentada los domingos en el banco de la iglesia, se había convertido en una imagen familiar a lo largo de casi quince años: era cosa natural que su marido fuera un profesor digno de encomio. Por otra parte, Riley no conocía a ningún otro profesor que pudiera recomendar: ¿por qué no iba a hablar en favor de Stelling? Su amigo Tulliver le había pedido opinión y resultaba sumamente desagradable confesar a un amigo que uno no tiene opinión alguna que dar. Y si uno la da, es de tontos no hacerlo con aire de convicción y seguridad bien fundada. Al expresarla, uno la hace suya y se entusiasma de modo natural. Así, Riley —que, para empezar, no sabía nada malo de Stelling y que, en la medida en que pudiera desearle algo, sólo sería bueno— en cuanto lo recomendó empezó a sentir admiración por un hombre recomendado con tanta autoridad y a experimentar tanto interés por el asunto que, si el señor Tulliver hubiese decidido no enviar a Tom con Stelling, Riley habría pensado que aquel amigo «de la vieja escuela» era un completo cabezota.

Lector, si censuras severamente a Riley por hablar de alguien con tanto entusiasmo y tan poco fundamento, deberé decirte que eres demasiado riguroso. ¿Por qué, treinta años atrás, un subastador y tasador que había olvidado el latín de la escuela gratuita debería mostrar una delicada escrupulosidad que no siempre poseen los caballeros de profesiones ilustradas, ni siquiera en esta época nuestra de tanta moralidad?

Además, un hombre «lleno de la leche de la bondad human»^[1], difícilmente puede abstenerse de hacer una buena obra cuando se le presenta la oportunidad, y nadie puede ser bueno en todos los aspectos. La propia naturaleza aloja, en ocasiones,

un parásito nocivo en un animal al que no desea ningún mal. ¿Por qué? Es admirable cómo atiende al parásito. Si el señor Riley se hubiera abstenido de dar una recomendación que no se basaba en pruebas sólidas no habría ayudado a Stelling a conseguir un alumno de pago, con lo cual éste habría salido perjudicado. Y debemos también tener en cuenta que se habría visto privado del gusto de manifestar sus difusas opiniones y de otros pequeños placeres, tales como quedar bien con Timpson, dar consejo cuando se lo solicitaban, impresionar al amigo Tulliver y crecer en su estima, decir algo con énfasis, así como de otros ingredientes insignificantes que se sumaron al calor de la chimenea y el brandy diluido para avivar la conciencia del señor Riley en aquella ocasión.

Capítulo IV

Se espera la llegada de Tom

Maggie se llevó una gran decepción cuando no le permitieron ir en la calesa con su padre para recoger a Tom en la academia y llevarlo a casa; pero la mañana era demasiado lluviosa, declaró la señora Tulliver, para que saliera una niña cubierta con su mejor capota. Maggie defendió con empeño el punto de vista contrario y, como consecuencia directa de esta diferencia de opinión, cuando su madre estaba cepillando la rebelde melena negra, Maggie escapó de sus manos y sumergió la cabeza en una palangana cercana, movida por la vengativa decisión de que aquel día no hubiera más rizos.

—Maggie, Maggie —exclamó la señora Tulliver, enérgica e impotente, sentada con los cepillos en el regazo—. ¿Qué va a ser de ti, si eres tan traviesa? Se lo contaré a la tía Glegg y a la tía Pullet cuando vengan la semana que viene y nunca más te querrán. ¡Vaya por Dios! Mira el delantal limpio, empapado de arriba abajo. La gente pensará que esta niña es un castigo de Dios por algo malo que he hecho.

Antes de que terminara la reconvención, Maggie se encontraba ya tan lejos que no podía oírla, de camino al gran desván que se extendía bajo el viejo y agudo tejado, sacudiéndose el agua de los negros mechones mientras corría, como un terrier de Skye escapado del baño. Este desván era el refugio favorito de Maggie cuando llovía y no hacía demasiado frío: allí se esfumaba su mal humor, hablaba en voz alta a los suelos y estantes carcomidos, y a las oscuras vigas engalanadas con telas de araña, y allí guardaba un fetiche al que castigaba por todas sus desventuras. Era una gran muñeca de madera que en otros tiempos miraba fijamente con ojos redondísimos sobre sonrosadísimas mejillas, desfigurada ahora tras una larga vida de sufrimiento vicario. Los tres clavos hundidos en la cabeza conmemoraban otras tantas crisis sucedidas durante los nueve años de lucha terrena, después de que la imagen de Yael matando a Sísera en una vieja Biblia le sugiriera esa refinada venganza. El último clavo lo había hundido con un golpe más violento que de costumbre, porque en esa ocasión el fetiche representaba a la tía Glegg. Pero inmediatamente después, Maggie pensó que si hundía demasiados clavos no podría imaginar que la cabeza se lastimaba cuando la golpeaba contra la pared, ni tampoco podría consolarla o simular una cataplasma cuando se le pasaba la furia, ya que incluso la tía Glegg era digna de lástima cuando estaba herida y humillada hasta el punto de rogar a su sobrina que la perdonara. A partir de entonces, no le hundió más clavos y se tranquilizó frotando y golpeando la cabeza de madera contra los ladrillos rojos de las grandes chimeneas que formaban los dos pilares cuadrados que sostenían el tejado. Y eso fue lo que hizo

aquella mañana al llegar a la buhardilla mientras sollozaba con una pasión tal que eliminaba cualquier otra forma de conciencia, incluso el recuerdo del agravio que la había provocado. Cuando, finalmente, los sollozos se extinguían y aplastaba ya a la muñeca con menos furia, un repentino rayo de sol que entró por la celosía de alambre y fue a dar sobre los estantes carcomidos la empujó a lanzar la muñeca y a correr a la ventana. El sol se abría paso, el sonido del molino parecía otra vez alegre, las puertas del granero estaban abiertas y allí se encontraba Yap, el raro terrier blanco y castaño con una oreja hacia atrás, trotando por ahí y olfateando vagamente, como si buscara un compañero. Era irresistible: Maggie se apartó el cabello hacia atrás y corrió escaleras abajo, agarró la capota y, sin ponérsela, echó un vistazo y salió corriendo por el pasillo para no cruzarse con su madre; pronto se encontró en el patio, dando vueltas sobre sí misma como una pitonisa.

—Yap, Yap: Tom viene a casa —cantó mientras Yap brincaba y ladraba a su alrededor, como si dijera que si lo que hacía falta era ruido, allí estaba él.

—¡Eh, eh!, señorita, que se va a marear y se va a caer al suelo —gritó Luke, el encargado del molino, un hombre de gran estatura y hombros anchos, de ojos y cabello negro, que contaba cuarenta años de edad; estaba espolvoreado de harina, como si fuera una prímula aurícula.

Maggie dejó de dar vueltas un momento y dijo, tambaleándose un poco.

—Oh, no, no me mareo. Luke, ¿puedo entrar en el molino contigo?

A Maggie le gustaba vagar por el gran espacio interior del molino y muchas veces salía con el cabello negro cubierto de una suave blancura que le hacía brillar los ojos oscuros con nuevo fuego. El resuelto estruendo, el movimiento incesante de las grandes piedras —que provocaba en ella un vago y delicioso temor, como si se encontrara ante una fuerza incontrolable—, la harina que caía y caía, el fino polvo blanco que suavizaba todas las superficies y hacía que las mismas telarañas parecieran encajes feéricos, el olor puro y agradable de la harina: todo ello contribuía a que Maggie sintiera que el molino era un mundo pequeño, distinto de su vida cotidiana. Las arañas, en especial, le llamaban la atención: se preguntaba si tendrían parientes en el exterior del molino, porque en ese caso la relación familiar debería de ser muy complicada: una araña gorda y harinosa, acostumbrada a comer moscas bien espolvoreadas, sufriría un poco cuando la invitara una prima a tomar moscas *au naturel*, y las señoras arañas se sorprenderían bastante al comparar su distinto aspecto. Pero la zona del molino que más le gustaba era el piso superior, donde se almacenaba el grano en grandes montones, sobre los que se podía sentar y deslizarse una y otra vez. Tenía costumbre de hacerlo mientras conversaba con Luke, con el que se mostraba muy comunicativa porque deseaba que tuviera una buena opinión de su inteligencia, como su padre.

Quizá, en aquella ocasión, le pareció necesario recuperar su posición ante él

porque, mientras se deslizaba sobre el montón de grano junto al que él trabajaba, le gritó con el tono agudo imprescindible en la vida social del molino.

—Imagino que el único libro que has leído es la Biblia, ¿no, Luke?

—Ajá, señorita. Y no gran cosa —contestó Luke con franqueza—. No soy de mucho leer.

—¿Y si te presto uno de mis libros, Luke? No tengo libros muy bonitos que puedan ser fáciles, pero tengo el *Viaje por Europa de Pug*^[2] que t'explicará cómo son los distintos tipos de personas que hay en el mundo, y si no entiendes lo que pone, las imágenes t'ayudarán, porque enseñan el aspecto y las costumbres de la gente y lo que hacen. Por ejemplo, salen los holandeses, que son gordos y fuman, y uno está sentado en un barril.

—¡Ca!, ¡señorita! No me gustan los holandeses. No gano nada sabiendo cosas tuyas.

—Pero son nuestros semejantes, Luke: debemos saber cosas de nuestros semejantes.

—No tan semejantes, digo yo, señorita. Lo único que sé es lo que pensaba mi antiguo amo, un individuo sabio que decía: «No se le ocurre ni a un holandés sembrar trigo sin quemar rastrojo». Lo que quiere decir que dos holandeses son tontos. ¡Ca!, no pienso ocuparme ni un momento de dos holandeses: ya hay aquí bastantes tontos y sinvergüenzas *pa* buscarlos en dos libros.

—Ah, bueno —contestó Maggie, bastante decepcionada por aquellos puntos de vista inesperadamente firmes sobre dos holandeses—. Entonces, a lo mejor te gustaría más la *Naturaleza viva*, que no tiene holandeses, sino elefantes, canguros y civetas, peces duna y un pájaro que se sienta sobre la cola y no recuerdo cómo se llama. Hay países llenos de animales como estos en lugar de caballos y vacas, ¿lo sabías? ¿No te gustaría saber cosas sobre ellos?

—¡Ca, señorita! Lo mío es contar la harina y el trigo: *pa* qué voy a saber otras cosas. Eso es lo que lleva a la gente a la horca: saber de todo menos lo importante *pa* ganarse el pan. Y casi to lo de dos libros es mentira. Las hojas impresas mienten tanto como dos vendedores callejeros.

—Vaya, Luke: eres como mi hermano Tom —dijo Maggie, deseando dar un giro agradable a la conversación—. A Tom no le gusta leer. Lo quiero más que a nadie en el mundo, Luke. Cuando crezca, yo me ocuparé de su casa y viviremos siempre juntos. Yo puedo contarle todo lo que no sabe. Pero yo creo que Tom es listo, aunque no le gusten los libros: sabe fabricar bonitas cuerdas para látigos y jaulas para conejos.

—Ah —dijo Luke—, *pos* se llevará un disgusto porque se han muerto *tos*.

—¡Se han muerto! —gritó Maggie, levantándose de un brinco de la pendiente del grano—. ¡Oh, Luke! ¿El de las orejas gachas y la coneja con manchitas en las que

Tom se gastó todo su dinero?

—Están muertos como topos —contestó Luke, utilizando como elemento de comparación dos inconfundibles cadáveres colgados de un clavo en la pared del establo.

—Oh, querido Luke —se lamentó Maggie mientras le rodaban lágrimas por las mejillas—: Tom me encargó que me ocupara de ellos y se me olvidó. ¿Y ahora qué hago?

—Bueno, señorita, es que estaban en esa caseta de aperos que está tan lejos y nadie se ocupaba de ellos. Creo que el señorito Tom le dijo a Harry que les diera de comer, pero no se puede contar con él: no iba nunca a ocuparse, porque no piensa en *na* más que en sus tripas: ojalá se le rompan.

—Pero Luke, Tom me dijo que me acordara de dos conejos cada día, pero ¿cómo iba a hacerlo, si ni me pasaban por la cabeza? Ay, se enfadará muchísimo conmigo, estoy segura, y se pondrá muy triste por los conejos, por eso yo también estoy triste. ¿Y ahora qué hago?

—Calma, señorita —dijo Luke con voz tranquilizadora—. Los conejos de orejas gachas son muy *delicaos* y se habrían muerto de *tos* modos. Las cosas que van contra la naturaleza no prosperan, a Dios nuestro señor no le gustan. Hizo a los conejos con las orejas *pa'trás* y no tienen *na* que hacer con las orejas *palante*, como las de un mastín. Así aprenderá el señorito Tom a no comprar cosas *d'esas*. Tranquila, señorita. ¿Quiere venir a ver a mi mujer? Me voy ahora mismo.

La invitación supuso una agradable distracción para la pena de Maggie, y las lágrimas fueron desapareciendo mientras trotaba junto a Luke en dirección a la agradable casita que se alzaba entre manzanos y perales y disfrutaba de la dignidad adicional de un cobertizo a modo de pocilga junto a la orilla del Ripple. La señora Moggs, la esposa de Luke, le resultaba muy simpática: materializaba su hospitalidad en pan y melaza y, además, era dueña de varias obras de arte. Maggie olvidó que tuviera algún motivo de tristeza aquella mañana tras subirse a una silla para contemplar una notable serie de ilustraciones que representaban al hijo pródigo vestido como sir Charles Grandison, con la única excepción de que, como era de esperar de un carácter de tan escasa moralidad, a diferencia del héroe consumado, no había tenido ni el gusto ni la entereza suficientes para prescindir de la peluca. Sin embargo, la carga indefinible que habían dejado en su espíritu los conejos muertos de hicieron sentir más pena que de costumbre por la vida de aquel débil joven, especialmente cuando contempló la imagen donde se apoyaba en un árbol con aspecto flácido, los calzones desabrochados y la peluca torcida, mientras dos cerdos, aparentemente de una raza extranjera, parecían insultarlo devorando cascabillo animadamente.

—Me alegro mucho de que su padre lo aceptara, ¿tú no, Luke? —preguntó

Maggie—. Porque él estaba muy arrepentido, sabes, y no quería volverlo a hacer.

—Eh, señorita —contestó Luke—. El chico no era gran cosa, hiciera lo que hiciera su padre.

Esta idea entristeció a Maggie, que habría deseado conocer la historia posterior del joven.

Capítulo V

Tom llega a casa

Tom debía llegar a primera hora de la tarde, y el corazón de Maggie no era el único que latía con fuerza cuando se acercó el momento de oír el sonido de las ruedas del coche; puesto que si la señora Tulliver albergaba algún sentimiento intenso, éste era el amor por su hijo. Por fin se oyó el rodar de la calesa y, a pesar del viento que empujaba las nubes y que probablemente no respetaría ni los rizos ni las cintas de su cofia, salió a la puerta e incluso colocó una mano sobre la transgresora cabeza de Maggie, olvidando todos los disgustos de la mañana.

—¡Ahí está mi niño! ¡Santo cielo, si no lleva cuello! ¡Seguro que se le ha caído por el camino, como si lo viera, y ha echado a perder la camisa! La señora Tulliver aguardaba con los brazos abiertos y Maggie daba saltitos, cambiando el peso de una pierna a la otra, mientras Tom descendía de la calesa.

—¡Hola! Yap, ¿tú también estás aquí? dijo Tom, conteniendo virilmente sus emociones.

Con todo, se mostró dispuesto a aceptar los besos, aunque Maggie se le colgó al cuello como si quisiera estrangularlo, mientras sus ojos de color gris azulado vagaban por la granja, los corderos y el río, al que se prometió ir a pescar al día siguiente en cuanto se levantara. Era uno de esos chicos que se pueden encontrar en cualquier lugar de Inglaterra y que, a los doce o trece años, son tan parecidos entre sí como los ansarones: tenía el cabello castaño claro, las mejillas sonrosadas, los labios gruesos y la nariz y las cejas indefinidas; en suma, una fisionomía en la que parecía imposible discernir otra cosa que la muchachez, radicalmente opuesta a la de Maggie, a la cual la Naturaleza parecía haber moldeado y coloreado con la más definida de las intenciones. Sin embargo, esta misma Naturaleza posee una profunda astucia y se esconde cuando simula ser diáfana, de modo que las personas simples creen poder ver a través de ella con facilidad mientras ésta prepara una refutación de sus confiadas profecías. Bajo estas fisionomías de muchacho, tan frecuentes que parecen fabricadas en serie, oculta algunos de sus propósitos más rígidos e inflexibles, algunos de los caracteres más inamovibles; y, al mismo tiempo, la niña efusiva y rebelde de ojos oscuros puede resultar una persona pasiva en comparación con este pequeño fragmento de masculinidad de rasgos anodinos.

—Maggie —dijo Tom con aire confidencial, llevándosela a un rincón, en cuanto su madre se marchó para examinar el contenido de la caja del equipaje y el cálido salón lo despojó del frío que había sentido durante el largo viaje—: a que no sabes lo que tengo en el bolsillo —anunció moviendo la cabeza arriba y abajo para producir

mayor sensación de misterio.

—No. Parece redondo y pesado. ¿Son canicas o avellanas? —contestó Maggie con cierto disgusto, porque Tom siempre decía que no valía la pena jugar con ella a esos juegos porque lo hacía muy mal.

—No son canicas. Las he cambiado todas con unos niños. Y las avellanas no son divertidas, tonta, sólo sirven cuando están verdes. ¡Mira esto! —dijo, enseñando el extremo de algo que llevaba en el bolsillo derecho.

—¿Qué es? —preguntó Maggie con un susurro—. Sólo veo un trocito de algo amarillo.

—¡Adivínalo, Maggie!

—Ya sabes que no soy capaz de adivinarlo, Tom —contestó Maggie impaciente.

—Si tienes malas pulgas, no te lo diré —dijo Tom, metiendo la mano de nuevo en el bolsillo con aire resuelto.

—No, Tom —imploró Maggie, asiendo el rígido brazo de Tom—. Si no me enfado, Tom: es que no me gusta jugar a las adivinanzas. Por favor, sé bueno.

El brazo de Tom se relajó lentamente.

—Pues son dos sedales nuevos para pescar: uno para ti, Maggie, para ti sola. No he querido pagar a medias los *toffees* ni las galletas de jengibre para ahorrar dinero; y Gibson y Spouncer se pelearon conmigo. Aquí tengo los anzuelos, ¡mira! Oye, ¿vamos mañana a pescar al estanque redondo? Podrás pescar tú solita, Maggie, poner los gusanos y todo lo demás. Qué divertido, ¿no?

A modo de respuesta, Maggie rodeó el cuello de Tom con los brazos, lo estrechó y apretó su mejilla contra la de él sin decir nada. Él, mientras tanto, desenrollaba lentamente un poco de hilo.

—¿A que soy un buen hermano por comprarte un sedal? —preguntó tras una pausa—. Ya sabes que no tenía por qué comprarlo si no quería.

—Eres buenísimo... Y yo te quiero mucho, Tom.

Tom se había guardado el sedal en el bolsillo y examinó los anzuelos, uno por uno, antes de hablar.

—Y los chicos se pelearon conmigo porque no cedí con lo de los *toffees*.

—Vaya, me gustaría que nadie se peleara contigo, Tom. ¿Te hicieron daño?

—¿Daño? No —contestó Tom. Envolvió de nuevo los anzuelos, sacó una gran navaja, abrió lentamente la hoja más grande y la examinó con aire meditabundo mientras deslizaba un dedo a lo largo.

—A Spouncer le dejé el ojo morado, ¿sabes? Eso es lo que le pasó por intentar pegarme: no pensaba ir a medias, por mucho que me pegara.

—Oh, qué valiente eres Tom. Me parece que eres como Sansón. Si se me acercara un león rugiendo, seguro que luchabas contra él, ¿verdad, Tom?

—Pero tonta, ¿cómo te va a atacar un león rugiendo? Sólo hay leones en los

circos.

—No, pero imagina que estamos en algún país con leones, en África, donde hace mucho calor: allí los leones se comen a la gente. Puedo enseñarte el libro donde lo he leído.

—Bueno, pues cojo una escopeta y lo mato.

—Pero ¿y si no tienes ninguna escopeta...? Imagina que salimos sin pensar, como cuando nos vamos a pescar, y entonces un león muy grande corre hacia nosotros rugiendo y no podemos escapar. ¿Qué haces, Tom?

Tom, calló un momento y, finalmente, se dio media vuelta y se alejó con desdén.

—Si no hay ningún león, ¿para qué sirve hablar de eso?

—Es que me gusta imaginármelo —insistió Maggie, yendo tras él—. Imagina lo que harías, Tom.

—No me des la lata, Maggie. Qué pesada eres. Me voy a ver los conejos. El corazón de Maggie latió asustado. No se atrevió a decirle la verdad, pero caminó detrás de Tom en un silencio tembloroso, pensando en cómo podría darle la noticia de modo que le aplacara la pena y el enfado. Maggie temía la rabia de Tom más que ninguna otra cosa: era muy distinta de la suya.

—Tom —dijo tímidamente cuando se encontraban ya en el exterior de la casa—. ¿Cuánto te costaron los conejos?

—Dos medias coronas y seis peniques —contestó Tom al instante.

—Me parece que tengo mucho más que eso en mi portamonedas. Le diré a mamá que te lo dé.

—¿Para qué? —preguntó Tom—. No quiero tu dinero, tonta. Tengo mucho más dinero que tú porque soy un chico. En Navidades siempre me dan monedas de medio soberano o de un soberano, porque yo seré un hombre. Y a ti sólo te dan monedas de cinco chelines, porque sólo eres una niña.

—Bueno, es que... Tom, ¿Y si madre me dejara darte dos medias coronas y seis peniques para que te las gastaras... en más conejos?

—¿Más conejos? No quiero tener más.

—¡Es que se han muerto todos, Tom!

Tom se detuvo de inmediato y se volvió hacia Maggie.

—Te has olvidado de darles de comer. Y a Harry también se le ha olvidado —afirmó. Durante unos instantes, su rostro se puso colorado—. Se las va a cargar: haré que lo echen. Y no te quiero, Maggie. Mañana no vendrás a pescar conmigo. Te dije que fueras a verlos cada día —añadió, y se puso de nuevo en marcha.

—Sí, pero se me olvidó. No pude remediarlo, de verdad, Tom, Lo siento muchísimo —dijo Maggie, mientras le saltaban las lágrimas de los ojos.

—Eres una niña mala —regañó Tom con severidad—. Y siento haberte comprado el sedal. Ya no te quiero.

—Oh, Tom, no seas tan cruel —sollozó Maggie—. Si se te olvidara algo, yo te perdonaría. Fuera lo que fuera, te perdonaría y te querría.

—Sí, tú eres tonta. Pero a mí nunca se me olvida nada.

—Por favor, perdóname, Tom. Me da muchísima pena —suplicó Maggie, agitándose con los sollozos mientras agarraba el brazo de Tom y le apoyaba la mejilla mojada en el hombro.

Tom se la sacudió y se detuvo.

—Escucha, Maggie: ¿soy un buen hermano? —preguntó en tono imperioso.

—Ss-sí —hipó Maggie con la barbilla tembloroso.

—¿No es verdad que he pensado en tu sedal durante todo este trimestre, he querido comprártelo, he ahorrado dinero, no he querido pagar a medias los *toffees* y Spouncer me ha pegado?

—Ss-sí... y yo... te quiero mucho, Tom.

—Pero tú eres una niña mala. Durante las últimas vacaciones, chupaste la pintura de mi caja de caramelos, y en las anteriores dejaste que la barca arrastrara mi sedal, aunque t'había pedido que lo vigilaras, y me rompiste la cometa con la cabeza sin motivo.

—Pero si no lo hice queriendo —contestó Maggie—: es que no lo pude evitar.

—Sí, sí podías —replicó Tom—: bastaba con que te fijaras en lo que hacías. Y como eres una niña mala, no vendrás mañana a pescar conmigo.

Con esta terrible conclusión, Tom se alejó corriendo de Maggie hacia el molino con intención de saludar a Luke y quejarse de Harry.

Maggie permaneció inmóvil unos minutos, agitada tan solo por sus sollozos; después dio media vuelta, corrió hacia la casa y subió al desván, donde se sentó en el suelo y apoyó la cabeza contra un carcomido estante, sintiéndose terriblemente desgraciada. Después de pensar tanto tiempo en lo feliz que sería cuando llegara Tom, ahora estaba él en casa y se portaba con ella con tanta crueldad. ¿Qué le importaba todo lo demás si Tom no la quería? ¡Era muy cruel! ¿No le había ofrecido el dinero y le había dicho que lo sentía mucho? Sabía que muchas veces se portaba mal con su madre, pero nunca con Tom y nunca le había pasado por la cabeza hacerle alguna travesura.

—¡Qué malo es conmigo! —sollozó Maggie en voz alta, sintiendo un desolado placer en la resonancia del gran desván vacío. Ni se le ocurrió pegar o atormentar al fetiche: se sentía demasiado desgraciada para estar enfadada.

¡Triste pena la de la infancia, cuando la pena es nueva y extraña, cuando la esperanza todavía no tiene alas para volar más allá de los días y las semanas, y el espacio entre un verano y otro parece inconmensurable!

No tardó en tener la sensación de que llevaba mucho rato en el desván y debía de ser ya la hora del té: todos estarían merendando sin pensar en ella. Pues bien, se

quedaría allí y se moriría de hambre, se escondería detrás de la tina y se quedaría allí durante toda la noche. Entonces todos se asustarían y Tom lo sentiría mucho. Maggie, con el corazón lleno de orgullo, se entretuvo con estos pensamientos mientras se deslizaba sigilosamente detrás de la tina; pero allí volvió a echarse a llorar al pensar en que a nadie le importaba su paradero. Y si bajaba a ver a Tom, ¿la perdonaría? Quizá estuviera su padre y se pusiera de su parte. Pero ella quería que Tom la perdonara porque la quería y no porque se lo dijera su padre. No, no volvería a bajar hasta que Tom subiera a buscarla. Esta decisión se mantuvo firme durante los cinco oscuros minutos pasados tras la tina; pero la necesidad de que la quisieran, la más intensa en la pobre Maggie, se enfrentó a su orgullo y no tardó en vencerlo. Salió de detrás de la tina a la penumbra del largo desván y, en ese momento, oyó unos pasos rápidos en las escaleras.

Tom había estado demasiado interesado charlando con Luke y rondando por las instalaciones del molino, entrando y saliendo a su gusto y tallando palos —por el mero motivo de que en el colegio no le estaba permitido— para pensar en Maggie y en el efecto que su rabia había causado en ella. Había querido castigarla y, después de hacerlo, se ocupó en otras cosas, como haría cualquier persona práctica. Sin embargo, después de que lo llamaran para tomar el té, su padre preguntó:

—¡Caramba! ¿Dónde está la mocita?

—¿Dónde está tu hermanita? —exclamó, casi en el mismo instante, la señora Tulliver.

Ambos suponían que Maggie y Tom habían pasado la tarde juntos.

—No lo sé —contestó Tom. No quería delatar a Maggie, aunque estaba enfadado con ella, porque Tom Tulliver era un hombre de honor.

—¡Cómo! ¿No ha estado jugando contigo durante todo este rato? —preguntó el padre—. Si ella no pensaba en nada más que en que volvieras a casa.

—No la he visto en estas dos horas —dijo Tom, empezando a comer *plumcake*.

—¡Cielo santo! ¡Se ha ahogado! —gritó la señora Tulliver, poniéndose en pie y corriendo hacia la ventana—. ¿Cómo has podido permitirlo? —añadió, convirtiéndose en una mujer asustada que acusaba a no sabía quién de no sabía qué.

—¡Ca! No se ha ahogado —dijo el señor Tulliver—. *T'has* portado mal con ella, ¿verdad, Tom?

—Le aseguro que no, padre —contestó Tom indignado—. Me parece que está en casa.

—A lo mejor está en el desván —sugirió la señora Tulliver—, canturreando y hablando sola, sin acordarse de las horas de las comidas.

—Ve a buscarla, Tom —ordenó el señor Tulliver con severidad.

Su perspicacia o tal vez la debilidad que sentía por Maggie le hacían sospechar que el muchacho habría ofendido «a la nen», porque, de no ser así, ella nunca se

habría alejado de él.

—Y pórtate bien con ella, ¿me oyes? Si no, te vas a enterar.

Tom nunca desobedecía a su padre, porque el señor Tulliver era un hombre autoritario y, tal como él decía, no estaba dispuesto a permitir que nadie le quitara el bastón de mando; pero se alejó con semblante hosco, llevando consigo el trozo de pastel y sin la menor intención de evitar a Maggie su bien merecido castigo. Tom sólo tenía trece años y no poseía criterio alguno sobre cuestiones de gramática o de aritmética, pero sabía perfectamente que estaba dispuesto a castigar a quien lo mereciera de la misma manera que aceptaba que lo castigarán si le estaba bien empleado; aunque, en realidad, él nunca fuera acreedor a un castigo.

Así pues, eran de Tom los pasos que Maggie había oído en las escaleras cuando su necesidad de amor se imponía sobre su orgullo, y en aquel momento se preparaba para bajar y pedir perdón con los ojos hinchados y el cabello alborotado. Al menos su padre le acariciaría la cabeza y diría: «No importa, mocit». Esta necesidad de amor, este anhelo del corazón actúa como un déspota excelente, con una autoridad similar a esa otra hambre mediante la cual la Naturaleza nos obliga a someternos al yugo y cambiar el rostro del mundo.

Maggie reconoció los pasos de Tom y el corazón empezó a latirle con violencia, con la repentina emoción de la esperanza. Tom se limitó a detenerse en lo alto de la escalera.

—Maggie, tienes que bajar —anunció.

Pero Maggie corrió hacia él y se le colgó del cuello, llorando.

—Tom, por favor, perdóname. No puedo aguantarlo... Me portaré siempre bien... Me acordaré de todo... Quiéreme, por favor, querido Tom.

A medida que crecemos, aprendemos a controlar los sentimientos. Después de una pelea, nos mantenemos a cierta distancia, nos expresamos con frases educadas y, así, conservamos una separación digna mientras mostramos firmeza, por un lado, y nos tragamos la pena por otro. Nuestra conducta ya no se asemeja a la de los animales inferiores, sino que nos comportamos en todos los sentidos como miembros de una sociedad altamente civilizada. Maggie y Tom todavía eran como animales jóvenes, y por ello Maggie podía frotar la mejilla contra la de Tom y besarlo en la oreja, entre sollozos; y el muchacho poseía fibras tiernas acostumbradas a responder a los mimos de Maggie, de modo que reaccionó con una debilidad incoherente con su decisión de castigarla tanto como merecía.

—No llores, Maggie. Ten, un poco de pastel —dijo, devolviéndole los besos.

El llanto de Maggie empezó a apaciguarse, abrió la boca y mordió un poco de pastel; después Tom mordió otro trocito, para acompañarla, y comieron juntos, se frotaron las mejillas, las cejas, la nariz mientras comían, con un humillante parecido a los ponis en una expresión de cariño.

—Vamos, Maggie: ven a tomar el té —dijo finalmente Tom, cuando ya no quedaba más pastel que el del salón.

Así terminaron las penas aquel día, y a la mañana siguiente Maggie trotaba con su caña de pescar en una mano y un asa del cesto en la otra, poniendo siempre los pies, gracias a un don especial, en los lugares con más barro, oscura y radiante bajo el gorrito de castor, porque Tom era bueno con ella. No obstante, había pedido a Tom que de pusiera él el cebo, aunque aceptó su palabra cuando de aseguró que los gusanos no sentían nada (aunque Tom pensaba que, si algo sentían, a él de daba do mismo). Tom lo sabía todo sobre los gusanos, los peces y cosas de esas; qué pájaros eran nocivos, cómo se abrían los candados o en qué sentido había que levantar los cierres de las puertas de las verjas. Maggie creía que estos conocimientos eran maravillosos y que era mucho más difícil recordarlos que lo leído en los libros; reverenciaba la superioridad de Tom porque era la única persona que llamaba «cuento» a sus conocimientos y no parecía sorprenderse de lo lista que era. En realidad, Tom opinaba que Maggie era tonta, como todas las niñas: eran incapaces de dar en un blanco de una pedrada, de sacar partido a una navaja y se asustaban con las ranas. Con todo, sentía mucho cariño por su hermana, pensaba cuidar siempre de ella, convertirla en su ama de llaves y castigarla cuando se portara mal.

Caminaron hacia la Laguna Redonda, un maravilloso estanque formado mucho tiempo atrás por las inundaciones. Nadie sabía qué profundidad tenía y resultaba misteriosa su forma casi circular, enmarcada por sauces y altas cañas, de modo que el agua sólo se veía desde muy cerca de la orilla. La vista de aquel lugar favorito siempre ponía a Tom de muy buen humor y, mientras abría la preciada cesta y preparaba el aparejo, habló a Maggie con susurros cómplices. Le lanzó el sedal y de puso la caña en la mano. Maggie pensaba que lo más probable era que los peces pequeños acudieran a su anzuelo y los grandes al de Tom pero, cuando se había olvidado ya de los peces y contemplaba soñadora las aguas cristalinas, Tom le susurró lo más fuerte que pudo:

—¡Mira, mira! ¡Maggie! y se acercó corriendo para impedir que tirara bruscamente del sedal.

Maggie se asustó al pensar que había hecho algo mal, como de costumbre, pero Tom tiró del hilo y sacó una gran tenca que se puso a saltar sobre la hierba.

Tom estaba entusiasmado.

—¡Maggie, bonita! ¡Vacía la cesta!

Maggie no creía que aquello tuviera un mérito especial, pero de bastaba con que Tom la llamara Maggie y estuviera contento con ella. Nada en los susurros y los silencios evocadores podía estropear el placer de escuchar el suave goteo del pez al salir del agua y el leve rumor; como si los sauces, las cañas y el agua también se comunicaran con murmullos. Maggie pensó que el cielo podría ser así: estar sentada

junto al estanque y que nadie la regañara nunca. A pesar de que le gustaba mucho ir de pesca, nunca se daba cuenta de que había picado un pez hasta que Tom se lo advertía.

Aquella fue una de sus mañanas felices. Trotaron por ahí y se sentaron juntos sin pensar en que la vida pudiera cambiar mucho para ellos: se limitarían a crecer, a dejar el colegio y todo sería siempre como en vacaciones; vivirían siempre juntos y se querrían mucho. Todo sería siempre igual: el molino con su estruendo; el gran castaño, bajo el cual jugaban a casitas; el Ripple, su pequeño río particular, cuyas orillas eran como su casa, en las que Tom buscaba siempre ratas de agua mientras Maggie recogía los plumeros purpúreos de las cañas, que después olvidaba y dejaba tirados; y, por encima de todo, el gran Floss a lo largo del cual vagaban con sensación de aventura, para ver cómo la marea de primavera —el terrible macareo— se alzaba cual un monstruo hambriento, o para visitar el Gran Fresno, que una vez gimió y gruñó como un hombre. Tom pensaba que todos los que vivían en otro lugar del mundo tenían peor suerte, y Maggie, cuando leía que Cristiana^[3] cruzaba «el río sobre el que no hay puent» siempre veía el Floss entre prados verdes, junto ad Gran Fresno.

La vida cambió mucho para Tom y Maggie y, sin embargo, no se equivocaban entonces al creer que los pensamientos y amores de aquellos primeros años formarían siempre parte de su vida. No podríamos amar tanto la tierra si no hubiéramos vivido en ella nuestra infancia, si no fuera la misma tierra donde cada primavera crecían las mismas flores que recogíamos con nuestros dedos diminutos, sentados en la hierba, balbuceando... Los mismos escaramujos y espinos en los setos en otoño... Los mismos petirrojos que llamábamos «pájaros de Dio» porque no dañaban las preciosas cosechas. ¿Qué novedad puede compararse a esta dulce monotonía en la que todo se conoce y se ama, precisamente porque se conoce?

En este templado día de mayo camino por un bosque, los brotes ocre de los robles se extienden sobre mí, bajo el cielo azul, y a mis pies crecen las blancas margaritas, las azules verónicas y la hiedra. ¿Qué bosque de palmeras tropicales, qué extraños helechos o espléndidas flores de grandes pétalos podrían hacer vibrar fibras tan profundas y delicadas como esta escena familiar? Estas flores conocidas, estos trinos que tan bien recuerdo, este cielo de brillo cambiante, estos campos arados, cubiertos de hierba, cada uno de ellos con la distinta personalidad que le confieren los caprichosos setos... Todas estas cosas son la lengua materna de nuestra imaginación, el idioma cargado con todas las asociaciones sutiles e inextricables que las horas fugaces de nuestra infancia dejaron atrás. El placer que sentimos hoy al contemplar el brillo del sol sobre las largas briznas de hierba podría ser tan solo la débil percepción de un alma cansada, si no fuera por los rayos de sol y la hierba de los años lejanos, que perviven en nosotros y transforman nuestra percepción en amor.

Capítulo VI

Se aguarda la visita de las tías y los tíos

Se encontraban en la semana de Pascua y los pasteles de queso de la señora Tulliver eran más exquisitamente ligeros que de costumbre.

—Un golpe de viento se los llevaría como plumas —decía Kezia, la criada, orgullosa de servir a una señora capaz de elaborar semejantes pastelillos. De modo que ninguna otra estación o circunstancia podrían haber sido más propicias para celebrar una fiesta familiar, aún cuando no se considerara procedente consultar a la hermana Glegg y a la hermana Pullet sobre la estancia de Tom en la escuela.

—Preferiría no invitar a mi hermana Deane esta vez —confesó la señora Tulliver—: es celosa y posesiva como el que más y siempre está intentando dejar en mal lugar a mis pobres niños delante de los tíos y tías.

—No, invita a los Deane —opinó el señor Tulliver—. Casi nunca hablo con él: hace por lo menos seis meses que no viene. ¿Qué importa lo que diga ella? Mis niños no necesitan que los contemplan.

—Eso es lo que tú siempre dices, Tulliver; pero estoy segura de que no hay nadie en tu familia, ni tía ni tío, que les vaya a dejar un billete de cinco libras en el *testamento*. Mi hermana Glegg, y mi hermana Pullet lo mismo, ahorran ni se sabe cuánto dinero, ya que guardan todos sus intereses y parte del dinero de la casa, porque sus maridos les compran de todo —la señora Tulliver era una mujer dulce, pero incluso una oveja aprende a plantar cara cuando tiene corderos.

—¡Bah! —exclamó el señor Tulliver—. Cuando hay tantos a la mesa, mucho pan resulta escaso. ¿Qué importa el dinero de tus hermanas si tienen que dividirlo entre media docena de sobrinos y sobrinas? Y a tu hermana Deane no se le ocurrirá pretender que se lo dejen todo a uno solo y todo el mundo la critique después de muertos.

—No sé qué pretenderá —dijo la señora Tulliver—, ya que mis hijos se muestran muy poco amables con sus tías y tíos. Cuando vienen, Maggie es diez veces más traviesa que otros días, y a Tom no le caen bien, criatura, aunque es más natural en un chico que en una niña. Y Lucy, la hija de los Deane, es tan buena... puedes sentarla en un taburete y ahí se queda una hora, sin pedir para bajar. No puedo evitar quererla como si fuera mía, y estoy segura de que parece más hija mía que de mi hermana, porque si hay alguien en mi familia que tenga mal color, esa es Deane.

—Bueno, bueno: si tanto quieres a la niña, invita a su padre y a su madre a que la traigan. ¿Y por qué no se lo dices también a la tía y el tío Moss? ¿Y a algunos de sus hijos?

—Pero Tulliver: ya somos ocho personas mayores más los niños, y tendría que poner dos alas en la mesa y sacar más vajilla. Y sabes tan bien como yo que mis hermanas y tu hermana no congenian.

—Bueno, bueno, haz lo que quieras, Bessy —dijo el señor Tulliver, cogiendo el sombrero y saliendo hacia el molino.

Pocas esposas eran tan sumisas como la señora Tulliver en todos los aspectos que no estuvieran relacionados con sus parientes; pero de soltera había sido una señorita Dodson, y los Dodson eran una familia muy respetable, considerada como la que más en su propia parroquia o la vecina. Las señoritas Dodson habían aprendido a llevar la cabeza bien alta, y a nadie le sorprendió que las dos mayores hicieran tan buenas bodas, aunque no muy jóvenes, porque no era esa la costumbre de la familia Dodson. En aquella familia todo se hacía de una manera especial: blanquear la ropa, preparar vino de prímula, curar el jamón o guardar las grosellas en conserva, de manera que ninguna de las hijas de la casa pudiera ser indiferente al privilegio de haber nacido Dodson en lugar de Gibson o Watson. En la familia Dodson, los funerales se celebraban siempre con especial decoro: las cintas de los sombreros nunca eran azuladas, los guantes jamás tenían el pulgar descosido, todos se comportaban debidamente y siempre había bandas negras para los portadores del féretro. Cuando un miembro de la familia tenía algún problema o enfermedad, los demás acudían a visitar al infortunado, por lo general, al mismo tiempo, y no rehuían decirle las verdades más desagradables que les dictaba su correcto sentido de la familia: si la enfermedad o el conflicto era culpa del afectado, no era costumbre de los Dodson quedarse callados. En definitiva, en esa familia se daba una tradición especial que dictaba lo que era correcto en la organización de la casa y en la vida social, y la única vertiente amarga de esta superioridad era la dolorosa incapacidad para aprobar los condimentos o la conducta de las familias en las que no regía la tradición de los Dodson. Cuando una Dodson se encontraba en una «casa ajena», siempre tomaba el té con pan solo y rechazaba todo tipo de conservas, ya que no confiaba en la calidad de la mantequilla y sospechaba que las mermeladas podían haber empezado a fermentar por falta de azúcar y de hervor. Aunque reconocían que algunos Dodson se parecían más a la familia y otros menos, en la medida en que eran «del mismo linaje», sin duda eran mejores que los que no formaban parte de ella. Y cabe destacar que, si bien ningún Dodson estaba satisfecho de ningún otro Dodson individualmente, sí lo estaba consigo mismo y con el conjunto de los Dodson. El miembro más débil de una familia —el que tiene menos carácter— es con frecuencia el mero epítome de las costumbres y tradiciones de la familia, y la señora Tulliver era una perfecta Dodson, aunque débil, de la misma manera que una cerveza, por floja que sea, no deja de ser cerveza. Y aunque en su juventud protestó un poco al verse sometida al yugo de sus hermanas mayores y todavía vertía lágrimas de vez en cuando ante los reproches de

sus hermanas, no era intención de la señora Tulliver introducir innovaciones en las ideas familiares: estaba agradecida por ser una Dodson y por tener un hijo que había salido a su propia familia, por lo menos en los rasgos y en la tez, y en el gusto por la sal y las judías, algo impropio de los Tulliver.

En otros aspectos, el verdadero carácter Dodson se hallaba latente en Tom y éste, igual que Maggie, distaba de valorar el «linaj» materno; por lo general, en cuanto sabía con tiempo suficiente que las tías y tíos los visitarían, se fugaba durante todo el día con gran cantidad de comida fácil de transportar: síntoma moral que permitía a la tía Glegg presagiarle el más negro porvenir. Maggie tenía que soportar que Tom se fugara sin avisarla, pero ya se sabe que el sexo débil constituye una pesada impedimenta en casos de huida.

El miércoles, víspera de la visita de los tíos y las tías, los diversos aromas de pasteles en el horno y jaleas calientes mezclados con el olor a salsa de carne resultaban tan tentadores que era imposible sentirse triste: la esperanza flotaba en el aire. Tom y Maggie hicieron varias incursiones a la cocina y, al igual que a otros merodeadores, sólo consintieron mantenerse a cierta distancia cuando se les permitió obtener un botín suficiente.

—Tom —preguntó Maggie cuando se sentaron en las ramas del viejo árbol, comiendo pastelitos rellenos de mermelada—, ¿piensas escaparte mañana?

—No —contestó Tom lentamente tras terminar un bollo y mirando de reojo el tercero, que debían compartir—. No, no me iré.

—¿Por qué, Tom? ¿Porque viene Lucy?

—No —contestó Tom, abriendo la navaja y sosteniéndola sobre el bollo, con la cabeza ladeada en un gesto de duda. (Era un problema difícil dividir aquel polígono tan irregular en dos partes iguales).

—¿Y a mí qué me importa Lucy? Si es una niña: no sabe jugar al *bandy*^[4].

—Entonces, ¿es por el bizcocho borracho? —preguntó Maggie, intentando adivinarlo mientras se inclinaba hacia Tom con los ojos clavados en la navaja suspendida en el aire.

—No, tonta: también está bueno al día siguiente. Es por el pudín. Ya sé de qué será: de albaricoque. ¡Vaya!

Con esta exclamación, la navaja descendió sobre el pastel y lo partió, pero el resultado no fue del agrado de Tom, que siguió contemplando las dos mitades con aire indeciso.

—Cierra los ojos, Maggie —dijo finalmente.

—¿Para qué?

—No te importa. Ciérralos cuando yo te diga.

Maggie obedeció.

Ahora dime cuál quieres, el izquierdo o el derecho.

—Quiero el que se le ha caído la mermelada —dijo Maggie, manteniendo los ojos cerrados para complacer a Tom.

—¡Anda! Seguro que no quieres ese, boba. Te lo comes si te toca, pero no te lo daré porque sí. Escoge: el de la izquierda o el de la derecha. ¡Eh! —exclamó Tom enfadado, al ver que Maggie abría un poco los ojos—. Si no cierras los ojos no tendrás ningún trozo.

El espíritu de sacrificio de Maggie no llegaba a tanto; en realidad, temo que no le importaba tanto que Tom obtuviera el mayor pedazo como que estuviera contento con ella por darle el mejor. De modo que cerró los ojos con fuerza hasta que Tom le ordenó:

—¡Escoge!

—El de la izquierda —contestó ella.

—Te lo llevas —contestó Tom con fastidio.

—¿Cual? ¿El que tiene la mermelada fuera?

—No, el otro: tómalo —dijo Tom con firmeza, tendiéndole a Maggie el mejor.

—Por favor, Tom: quédatelo. A mí me da igual. Prefiero el otro, quédate este.

—No, no quiero —contestó Tom, casi enfadado, empezando a comer el suyo.

Maggie, pensando que no merecía la pena seguir discutiendo, empezó también a comer con tanto deleite como urgencia. Pero Tom, dispuesto a comer más, terminó primero y tuvo que contemplar cómo Maggie devoraba los últimos bocados. Maggie no se daba cuenta de que Tom la miraba: se balanceaba en la rama vieja, absorta en una vaga sensación de mermelada e indolencia.

—¡Glotona! —exclamó Tom después de que se tragara el último bocado. Él era consciente de haberse comportado con justicia y le parecía que ella debería haberlo tenido en cuenta y premiarlo. Antes de comerse su parte habría rechazado un bocado, pero uno cambia de opinión cuando su parte ha desaparecido.

Maggie palideció.

—Tom, ¿por qué no me has pedido, si querías?

—Ni se me habría ocurrido pedírtelo, glotona. Deberías haber pensado en mí, sobre todo cuando sabías que t'había dado el mejor.

—Pero si yo quería dártelo, ya lo sabes —contestó Maggie ofendida.

—Sí, pero yo no quería hacer lo que no era justo, como Spouncer. Siempre se queda con el mejor trozo si no se lo quitas a puñetazos, y si escoges el mejor con los ojos cerrados, lo cambia de mano. Cuando parto, una cosa, lo hago con justicia, pero yo no soy un tragón.

Con esta hiriente insinuación, Tom saltó de la rama y lanzó una piedra con un grito para mimar un poco a Yap, que, mientras desaparecían los dulces, también había estado mirando con una agitación de orejas y emociones difíciles de soportar sin amargura. Sin embargo, el excelente perro aceptó la atención de Tom con tanta

presteza como si lo hubieran tratado con generosidad.

Pero Maggie, dotada con la capacidad para sufrir que distingue al ser humano y lo coloca a orgullosa distancia del más melancólico chimpancé, siguió sentada en la rama, entregada a la viva sensación de haber recibido reproches injustos. Habría dado el mundo entero por no haberse comido todo el bollo y haberle guardado un poco a Tom. El pastelito estaba muy bueno y el paladar de Maggie lo apreciaba debidamente, pero habría preferido quedarse sin él varias veces antes de que Tom la llamara glotona y se enfadara con ella. Él había dicho que no lo quería y ella se lo comió sin pensar, ¿cómo no iba a hacerlo? Durante los diez minutos siguientes, los ojos se le llenaron de tantas lágrimas que no vio nada; pasado ese tiempo, el disgusto cedió ante el deseo de reconciliación y la niña saltó de la rama para ir en busca de Tom. Ya no estaba en el prado, detrás del almiar. ¿Adónde habría ido, acompañado de Yap? Maggie corrió hacia la alta orilla situada junto al gran acebo, donde podía distinguir el Floss a lo lejos. Allí estaba Tom, pero el corazón le dio un vuelco al ver lo mucho que se había alejado por el camino hacia el gran río, y que no sólo lo acompañaba Yap, sino también el travieso Bob Jakin, que en aquel momento no se dedicaba a su función oficial —o tal vez natural—, que consistía en ahuyentar a los pájaros. Maggie estaba segura de que Bob era malo, aunque no sabía bien por qué: tal vez se debía a que la madre de Bob era una mujer gorda y horriblemente corpulenta que vivía en una rara casa redonda, río abajo, y a que una vez que Maggie y Tom llegaron paseando hasta allí, salió de la casa un perro manchado que no paraba de ladrar; cuando la madre de Bob surgió tras él y gritó por encima de los ladridos para decirles que no se asustaran, Maggie pensó que los estaba regañando severamente y el corazón le latió aterrorizado. Maggie creía probable que la casa redonda tuviera serpientes en el suelo y murciélagos en el dormitorio: en una ocasión vio cómo Bob se quitaba la gorra para enseñar a Tom la pequeña serpiente que llevaba dentro y en otra les mostró un puñado de murciélagos pequeños. En conjunto, era un chico raro, tal vez un poco diabólico, a juzgar por la familiaridad que tenía con serpientes y murciélagos. Y, por si todo esto fuera poco, cuando Tom tenía a Bob de compañero se desentendía de Maggie y no le permitía ir con ellos.

Debemos reconocer que Tom disfrutaba con la compañía de Bob, ¿cómo iba a ser de otro modo? En cuanto veía el huevo de un pájaro, Bob sabía si era de golondrina, de herrerillo o de escribano cerillo; encontraba todos los avisperos y era capaz de preparar todo tipo de trampas; trepaba por los árboles como si fuera una ardilla y tenía una capacidad mágica para localizar erizos y armiños. Además, poseía el valor necesario para hacer travesuras tales como abrir brechas en los setos, tirar piedras a las ovejas o matar algún gato que merodeaba «de incógnit». Tantas cualidades en un inferior —al que podía tratar con autoridad a pesar de sus mayores conocimientos— ejercían una fascinación fatal sobre Tom; y Maggie estaba segura de que, en cada

período vacacional, tendría algunos días de pena porque Tom se había marchado con Bob.

¡En fin! No había remedio: se había ido y a Maggie no se le ocurría mejor consuelo que sentarse junto al acebo o pasear junto al seto, imaginando que todo era distinto, dando forma a su pequeño mundo tal como le gustaría que fuera.

La vida de Maggie era turbulenta y éste era su opio.

Entretanto, Tom, olvidando todo lo relacionado con Maggie y el aguijón de reproche que acababa de clavarle en el corazón, caminaba apresuradamente con Bob, al que había encontrado por casualidad, en dirección a la gran cacería de ratas que iba a tener lugar en un granero cercano. Bob lo sabía todo sobre el tema y hablaba de la diversión con un entusiasmo que nadie, a menos que carezca de sentimientos viriles o ignore lamentablemente el mecanismo de la caza de ratas, puede dejar de imaginar. A pesar de la maldad sobrenatural que se le atribuía, Bob no tenía un aspecto excesivamente infame; su rostro de nariz respingona y la franja de cabello rojo muy rizado resultaban incluso agradables. Llevaba siempre los pantalones recogidos hasta la rodilla para poder meterse en el agua al instante y su virtud, suponiendo que ésta existiera, era sin duda una «virtud vestida con harapo». Según la autoridad de los filósofos, incluso los más biliosos, que piensan que todo mérito bien presentado recibe excesiva recompensa, es muy probable que este tipo de virtud no obtenga reconocimiento alguno (tal vez porque pocas veces se repara en ella).

—Conozco al hombre que tiene los hurones —declaró Bob con ronca voz atiplada mientras caminaba arrastrando los pies con los azules ojos fijos en el río, como un animal anfibio que aguardara el momento oportuno para lanzarse al agua—. Vive más arriba del Kennel Yard, en Saint Ogg's, allí vive. Es el mejor cazarratas que existe, vaya que sí. Es lo que más me gustaría ser, vaya que sí. Los topos no son nada en comparación. Pero *ties* que tener hurones, los perros no sirven. Vaya, este perro —prosiguió Bob, señalando a Yap con aire de desagrado—: no vale *pa* las ratas ni *pa na*. Ya lo vi en la caza de ratas del cobertizo de su padre.

Yap, percibiendo el desdén, se acercó a Tom con el rabo entre piernas; éste se sintió un poco dolido por él, pero no tuvo el valor sobrehumano necesario para quedarse atrás en el desprecio de un perro tan lamentable.

—No, no —dijo—. Yap no sirve para cazar. Cuando termine el colegio tendré perros buenos para las ratas y todo lo demás.

—Mejor los hurones, señorito Tom —dijo Bob con entusiasmo—. Hurones blancos con ojos de color de rosa. ¡Vaya! Podrá cazar sus propias ratas, y podrá poner una rata en una jaula con un hurón y mirar cómo luchan, vaya que sí. Yo pienso hacerlo. Y es casi tan divertido como ver cómo se pelean dos chicos, como los que vendían pasteles y naranjas en la feria: las cosas salían volando de las cestas y algunos de los pasteles se chafaron... pero estaban igual de buenos —añadió Bob, a

modo de nota o apostilla, tras una breve pausa.

—Pero Bob —objetó Tom con aire pensativo—, los hurones son bichos desagradables que muerden a cualquiera, aunque no se les moleste.

—Caray, ahí está lo bueno. Si alguien se queda con tu hurón, no tardará en darle un buen bocado, vaya que sí.

En aquel momento, un llamativo incidente hizo que los chicos se detuvieran en seco: un cuerpo pequeño había caído al agua entre las cercanas totoras. Bob insinuó que, si no era una rata de agua, estaba dispuesto a soportar las mas desagradables consecuencias.

—¡Allí, Yap, allí! —gritó Tom batiendo palmas mientras el pequeño hocico negro describía un arco hacia la orilla opuesta—. ¡Cógela, cógela!

Yap agitó las orejas y arrugó la frente, pero se negó a lanzarse al agua e intentó que unos ladridos cumplieran el mismo propósito.

—¡Eh, cobarde! —dijo Tom, dándole una patada, sintiéndose humillado en su espíritu de cazador por poseer un animal tan pusilánime. Bob se abstuvo de todo comentario y avanzó aunque, para variar, prefirió caminar por la orilla inundada y poco profunda.

—Ahora no está tan lleno, el Floss —dijo Bob mientras propinaba una patada al agua con la agradable sensación de mostrarse insolente con el río—. Vaya, el año pasado todos los prados eran como una sábana de agua, vaya que sí.

—Sí, pero una vez —objetó Tom, dispuesto a ver una oposición entre dos afirmaciones que, en realidad, coincidían— hubo una inundación y se formó la Laguna Redonda. Lo sé porque me lo ha contado mi padre. Y se ahogaron las ovejas y las vacas, y las barcas se quedaron sobre los campos.

—Me da igual si hay una inundación —contestó Bob—, me da igual estar en el agua o en la tierra. Nadaría, vaya que sí.

—¿Y si no tienes nada que comer durante mucho tiempo? —preguntó Tom, cuya imaginación se había disparado bajo el estímulo de la amenaza—. Cuando sea mayor, construiré un barco con una casa de madera encima, como el arca de Noé, y la tendré llena de comida, conejos y otras cosas. Y si llega una inundación, me dará lo mismo... Y si te veo por ahí nadando, te dejaré subir —añadió en tono de patrón benévolo.

—No *m'*asusta —dijo Bob, a quien el hambre no alarmaba tanto—, pero subiré y sacrificaré a los conejos con un porrazo en la cabeza cuando usted quiera comérselos.

—Y si tenemos medio penique, jugaremos a adivinar si cae cara o cruz —dijo Tom, sin pensar en la posibilidad de que este juego resultara menos atractivo en su madurez—. Empezaría repartiendo las monedas y veríamos quién ganaba.

—Aquí tengo medio penique —anunció Bob, orgulloso, saliendo del agua y lanzando al aire la moneda—. ¿Cara o cruz?

—Cruz —dijo Tom, enardecido al instante por el deseo de ganar.

—Pues es cara —contestó Bob rápidamente, agarrando la moneda al caer.

—No lo era —gritó Tom imperiosamente—. Dame el medio penique, lo he ganado justamente.

—No pienso dárselo —dijo Bob, metiendo la mano en el bolsillo.

—Entonces haré que me lo des a la fuerza —dijo Tom.

—No puede hacer que le dé nada, no puede —contestó Bob.

—Sí, sí puedo.

—No, no puede.

—Yo soy el amo.

—A mí qué me importa.

—Ya verás cómo *t'*importa, tramposo —dijo Tom, agarrando a Bob por el cuello y sacudiéndolo.

—Suélteme —dijo Bob, propinándole una patada.

A Tom se le subió la sangre a la cabeza: arremetió contra Bob y lo derribó, pero éste lo agarró como un gato y lo arrastró consigo. Lucharon unos momentos en el suelo hasta que Tom, sujetando a Bob contra la tierra por los hombros, creyó que dominaba la situación.

—Di que vas a darme el medio penique ahora mismo —dijo Tom con dificultad mientras se esforzaba por sujetar los brazos de Bob.

Pero en ese momento, Yap, que había estado corriendo delante de los niños, regresó ladrando al escenario de la acción y vio una oportunidad favorable para morder la pierna desnuda de Bob, no sólo con impunidad, sino también con honor. El dolor producido por los dientes de Yap, en lugar de sorprender a Bob y hacerle soltar a su contrario, le dio mayor tenacidad y, con un nuevo esfuerzo, tiró a Tom de un empujón y se colocó encima. Sin embargo, Yap, que no había conseguido presa suficiente, clavó los dientes en otro lugar, de modo que Bob, acosado, soltó a Tom, agarró a Yap hasta casi estrangularlo y lo tiró al río. En ese momento, Tom estaba ya de pie y, antes de que Bob hubiera recuperado el equilibrio tras lanzar a Yap, se le echó encima, lo tiró al suelo y le clavó la rodilla sobre el pecho.

—Ahora me das el medio penique —dijo Tom.

—Cójalo —dijo Bob, enfurruñado.

—No, no quiero cogerlo. Dámelo.

Bob se sacó la moneda del bolsillo y la tiró a lo lejos. Tom soltó a Bob y dejó que se levantara.

—Ahí se queda —declaró Tom—. Yo no lo quiero: no pensaba quedármelo. Pero tú querías hacer trampa y eso no me gusta. Ya no quiero ir más contigo —añadió, dando media vuelta para dirigirse a su casa, no sin recordar con tristeza la caza de ratas y otros placeres a los que junto con la compañía de Bob renunciaba.

—Pues déjelo si quiere —gritó Bob a su espalda—. Hago trampas si me da la gana: además, ese juego no es divertido. Y sé dónde hay un nido de jilgueros, pero ya me encargaré de que no lo sepa... Y es un imbécil, es un...

Tom avanzó sin mirar atrás y Yap siguió su ejemplo, después de que el baño de agua fría moderara sus pasiones.

—Anda, váyase con ese perro ahogado: no querría un perro así ni *regalao*—gritó Bob más fuerte, en un último esfuerzo por mantener el desafío—. Pero Tom no cedió a la provocación y no se dio la vuelta, y la voz de Bob vaciló un poco al añadir:

—Y no pienso enseñarle nada ni darle nada más, y no quiero saber nada de *usté*... Y aquí *tié* la navaja con mango de asta que me dio... —Bob lanzó la navaja en dirección a Tom tan lejos como pudo, pero sin otra consecuencia que el terrible vacío que sintió al perderla.

Permaneció inmóvil hasta después de que Tom pasara por el portón y desapareciera tras el seto. En el suelo, la navaja no sería de utilidad para nadie: Tom no se sentiría ofendido y tanto el orgullo como el rencor eran débiles pasiones para Bob en comparación con lo mucho que le gustaba aquel cuchillo. Los dedos se le estremecían y le rogaban que fuera a recoger aquella navaja con cachas de asta que con tanta frecuencia asían por puro placer mientras la llevaba ociosa en el bolsillo. Además, tenía dos hojas y acababa de afilarlas. ¿Qué es la vida sin una navaja de bolsillo para aquel que ha conocido lo que supone poseer una? No: tirar el mango tras el hacha es un acto de desesperación comprensible, pero tirar una navaja de bolsillo tras un amigo implacable es una hipérbole en todos los sentidos, un exceso. De modo que Bob se dirigió arrastrando los pies hasta el lugar donde había caído al suelo su querida navaja y después de aquella separación temporal sintió un placer nuevo al asirla, abrir una hoja tras otra y palpar el filo con el calloso pulgar. ¡Pobre Bob! No era muy estricto en las cuestiones de honor, no era un personaje caballeresco. Este delicado aroma moral tampoco habría sido tenido en alta estima en Kennel Yard, el centro del mundo de Bob, suponiendo que allí se percibiera. Sin embargo, a pesar de todo, Bob no era un granuja ni un ladrón, tal como había decidido rápidamente nuestro amigo Tom.

Tom, como habrá advertido el lector, era un personaje radamantino y su sentido de la justicia era mayor que el de otros chicos: una justicia que desea infligir daño a los culpables en la medida en que lo merecen y que no se altera por las dudas en relación con la exacta medida del castigo. Cuando Tom llegó a casa, Maggie reparó en su aspecto sombrío, lo que frenó su alegría por verlo llegar antes de lo esperado y apenas se atrevió a dirigirle la palabra mientras él permanecía en silencio, lanzando guijarros a la presa del molino. No es nada agradable renunciar a una cacería de ratas cuando uno se ha hecho ilusiones. Pero si le hubieran preguntado a Tom en ese momento, habría dicho: «Volvería a hacer lo mism». Así era como acostumbraba a

contemplar sus actos, en tanto que Maggie siempre desea haber hecho otra cosa.

Capítulo VII

Aparecen los tíos y las tías

Sin duda, los miembros de la familia Dodson eran agraciados y la señora Glegg no era la menos bella de las hermanas. Ningún observador imparcial que la contemplara sentada en el sillón de la señora Tulliver podría haber negado que a sus cincuenta años, poseía un lindo rostro y una hermosa figura, aunque para Tom y Maggie fuera el prototipo de la fealdad. Es cierto que despreciaba los beneficios de lucir ropas hermosas, porque, aunque señalaba con frecuencia que ninguna mujer poseía vestidos mejores que los suyos, no tenía por costumbre usar lo nuevo antes que lo viejo. Las demás podían, si así lo deseaban, ponerse sus mejores encajes a cada lavado, pero cuando ella muriera encontrarían guardados en el cajón derecho del armario del gabinete incluso más encajes de los que había tenido la señora Wooll de Saint Ogg's en toda su vida, aunque la señora Wooll los luciera antes de pagarlos. Otro tanto sucedía con los flequillos postizos: con toda certeza, la señora Glegg guardaba en los cajones los bucles castaños más brillantes y rizados, así como postizos con los más diversos grados de ondulación; sin embargo, mirar en un día laborable desde debajo de un flequillo brillante y rizado supondría introducir una confusión desagradable e irreal entre lo sagrado y lo profano. Cuando debía realizar una visita entre semana, la señora Glegg se ponía algunas veces uno de los flequillos que consideraba «de tercer», pero no lo hacía cuando se trataba de una visita a casa de una hermana, especialmente si ésta era la señora Tulliver, que desde su matrimonio había ofendido enormemente a sus hermanas luciendo su propio cabello aunque, tal como había observado la señora Glegg a la señora Deane, una madre de familia, como Bessy, con un marido que estaba siempre pleiteando, debería saber lo que era adecuado. ¡Pero Bessy había sido siempre tan débil!

De manera que si el flequillo postizo de la señora Glegg aquel día estaba más rizado que de costumbre se debía a una intención concreta pretendía hacer alusión de modo mordaz e hiriente al peinado de la señora Tulliver, con dos coletas de rizos rubios separadas entre sí por una raya y el cabello debidamente alisado a ambos lados de ésta. La señora Tulliver había vertido lágrimas en varias ocasiones por los comentarios de su hermana Glegg sobre unos rizos tan poco adecuados para una madre de familia, pero los conservaba porque era consciente de que, con ellos, estaba más hermosa. Este día, la señora Glegg optó por conservar el sombrero en la casa — naturalmente, desatado y ligeramente echado hacia atrás—, cosa frecuente en ella cuando se encontraba de visita y no estaba de muy buen humor: una nunca sabía con qué corrientes de aire podía topar en casas desconocidas. Por el mismo motivo,

llevaba una pequeña esclavina de marta que apenas le cubría los hombros y distaba de unirse sobre su bien formado busto, y protegía su largo cuello con una especie de caballo de Frisia de volantes diversos. Sería necesario ser un experto en modas pasadas para saber cuántas temporadas de retraso tenía el vestido de seda color pizarra de la señora Glegg, pero debido a ciertas constelaciones de puntitos amarillos y al olor a moho que evocaba algún húmedo arcón, era probable que perteneciera a un estrato de trajes lo bastante viejo para que le hubiera llegado ya el turno de ser usado.

La señora Glegg, sosteniendo en la mano su gran reloj de oro, cuya cadena le daba varias vueltas alrededor de los dedos, notificó a la señora Tulliver, que acababa de regresar de una visita a la cocina, que, al margen de lo que indicaran los relojes de los demás, en el suyo decía que eran más de las doce y media.

—No sé qué le pasa a nuestra hermana Pullet —prosiguió—. Antes, en esta familia todos éramos puntuales... Así era en época de mi pobre padre... y ninguna hermana tenía que esperar sentada media hora a que llegaran las demás. Pero si las costumbres de la familia se alteran, no será por mi culpa: no seré yo quien llegue a una casa cuando los demás estén ya marchándose. *M*asombra nuestra hermana Deane: antes se parecía a mí. Pero si quieres seguir mi consejo, Bessy, es mejor que adelantes la comida a que la atrases, y que tome nota la gente que tiene por costumbre llegar tarde.

—¡Ay, Dios mío! Seguro que llegan a tiempo, hermana —dijo la señora Tulliver con blanda irritación—. La comida no se servirá hasta la una y media, pero si la espera es demasiado larga para ti, permite que *t*'ofrezca un pastelito de queso y un vaso de vino.

—¡Pero Bessy! —exclamó la señora Glegg con una sonrisa amarga y un movimiento de cabeza apenas perceptible—. Habría dicho que conocías mejor a tu hermana: nunca he picado nada entre comidas y no pienso empezar ahora. Aunque me parece lamentable esta tontería de sacar la comida a la una y media cuando deberías hacerlo a la una. No es ésa la educación que has recibido, Bessy.

—Pero Jane, ¿qué puedo hacer? Al señor Tulliver no le gusta comer antes de las dos: ya he adelantado media hora el almuerzo por ti.

—Sí, sí, ya sé cómo son las cosas con los maridos: siempre quieren retrasarlo todo. Retrasarían la comida hasta después del té si su mujer fuera tan débil como para consentírselo. Lo siento por ti, Bessy, porque tienes poco carácter. Esperemos que los chicos no sufran por ello. Y espero que no nos hayas preparado una gran comida ni hayas hecho grandes gastos por tus hermanas, que se conforman con un mendrugo de pan seco antes que contribuir a que *t*'arruines con despilfarros. Me pregunto por qué no tomas como modelo a nuestra hermana Deane, que es mucho más sensata. Tú tienes dos niños que mantener, y tu marido ha gastado tu dinero en pleitos y es

probable que gaste también el suyo. Habría sido más adecuado que prepararas un trozo de carne hervida, para aprovechar después el caldo en la cocina, y un pudín sencillo con sólo una cucharada de azúcar y sin especias —añadió la señora Glegg con enfático tono de protesta.

Con la hermana Glegg de aquel humor, el día se presentaba alegre. La señora Tulliver nunca llegaba a pelearse con ella, de la misma manera que el ave acuática que extiende una pata con gesto de desaprobación tampoco se pelea con el niño que le tira piedras. Sin embargo, esta cuestión del almuerzo era delicada y en absoluto nueva, de modo que la señora Tulliver pudo darle la misma respuesta que en otras ocasiones anteriores.

—El señor Tulliver dice que, mientras pueda pagarla, siempre tendrá una buena comida para su familia —repuso—. Y tiene derecho a hacer lo que quiera en su casa, hermana.

—En fin, Bessy. Yo no puedo legar a tus hijos una cantidad suficiente de mis ahorros para librarlos de la ruina. Y no puedes contar con el dinero del señor Glegg: viene de una familia longeva y, aunque muriera antes que yo y me lo dejara todo, sabría hacer que fuera a parar a su familia.

La señora Tulliver se alegró de que el sonido de unas ruedas interrumpiera a la señora Glegg y se apresuró a salir a recibir a la hermana Pullet: tenía que ser ella porque sonaba como un carruaje de cuatro ruedas.

La señora Glegg meneó la cabeza e hizo una amarga mueca con los labios al pensar en las «cuatro rueda». Tenía una idea muy clara sobre el tema.

Cuando el coche se detuvo delante de la puerta de la señora Tulliver, la hermana Pullet estaba llorando y, al parecer, resultaba imprescindible que vertiera unas cuantas lágrimas más antes de bajar del vehículo, porque aunque su marido y la señora Tulliver estaban preparados para sujetarla, permaneció sentada, moviendo tristemente la cabeza mientras miraba a lo lejos entre lágrimas.

—¡Vaya! ¿Qué te pasa, hermana? —preguntó la señora Tulliver. No tenía mucha imaginación, pero se le ocurrió que tal vez el gran espejo del tocador del mejor dormitorio de la hermana Pullet se había roto otra vez.

No recibió otra respuesta que un gesto de negación con la cabeza mientras la señora Pullet se levantaba lentamente y bajaba de la calesa, no sin lanzar una mirada a su marido para ver si protegía de todo mal su hermoso vestido de seda. El señor Pullet era un hombre menudo de gran nariz, ojos pequeños y brillantes y labios finos; iba vestido con un traje negro de aspecto ligero con una corbata blanca que parecía fuertemente atada, de acuerdo con un principio más elevado que la mera comodidad personal. Al lado de su esposa alta y hermosa, ataviada con mangas de jamón, una larga capa y un gran sombrero emplumado y encintado, parecía guardar la misma relación que una pequeña barca de pesca ante un bergantín con las velas desplegadas.

Una mujer afligida vestida a la última moda ofrece una imagen lamentable y un ejemplo llamativo de la complejidad que ha introducido en las emociones un alto grado de civilización. De la pena de un hotentote a la de una mujer con largas mangas de bucarán, con varias pulseras en cada brazo, un sombrero arquitectónico y delicadas cintas... ¡qué larga serie de gradaciones! En la ilustrada hija de la civilización, el abandono característico de la tristeza se ve frenado y variado de la más sutil manera hasta presentar un problema interesante a la mente analítica. Si con el corazón destrozado y los ojos casi cegados por la niebla de las lágrimas, tiene que cruzar una puerta con un escalón difícil y corre el riesgo de aplastarse las mangas de bucarán, la profunda conciencia de esta posibilidad produce una composición de fuerzas gracias a la cual toma un camino que le permite franquearla sin problemas. Si advierte que las lágrimas fluyen demasiado deprisa, desata las cintas y las lanza hacia atrás con gesto lánguido, movimiento conmovedor que indica, incluso en la más profunda pena, la esperanza de que lleguen momentos futuros menos húmedos en los que las cintas del sombrero recuperen su encanto. Si las lágrimas se demoran un poco, con la cabeza echada hacia atrás en un ángulo que no perjudique al sombrero, soporta el terrible momento en que la pena, causa de tanto cansancio, se ha convertido a su vez en un fastidio, contempla pensativamente los brazaletes y ajusta los cierres con un estudiado gesto de descuido que tan grato resultaría en momentos de calma.

La señora Pullet rozó delicadamente las jambas con los hombros (en aquella época, una mujer parecía ridícula a los ojos civilizados si no medía una yarda y media de hombro a hombro) y, tras hacerlo, ordenó a los músculos de su rostro que suministraran nuevas lágrimas mientras caminaba hacia el salón donde se encontraba sentada la señora Glegg.

—Hermana, llegas tarde: ¿qué ha pasado? —preguntó la señora Glegg con cierta brusquedad mientras se estrechaban la mano.

La señora Pullet se sentó, no sin levantar antes la capa cuidadosamente.

—Se ha ido —contestó, utilizando sin saberlo una figura retórica.

Así pues, en esta ocasión no se trataba del espejo, pensó la señora Tulliver.

—Murió anteayer —prosiguió la señora Pullet—. Y tenía las piernas tan gruesas como mi cuerpo —añadió con profunda tristeza, tras una pausa—. Le sacaron líquido muchas veces, y dicen que se podría nadar en el agua que salía.

—En ese caso, Sophy, es una suerte que se haya ido, sea quien sea —repuso la señora Glegg con la rapidez y el énfasis propios de una mente despejada y decidida—. Aunque debo decir que no tengo ni remota idea de quién estás hablando.

—Pero yo sí lo sé —dijo la señora Pullet, suspirando y moviendo la cabeza—. Y no se ha visto un caso similar de *hidropisía* en toda la parroquia. Lo sé porque se trata de la vieja señora Sutton, la de Twentylands.

—Bueno, pero es nada tuyo, ni gran conocida, que yo sepa —objetó la señora Glegg, que siempre lloraba lo adecuado cuando algo acontecía a un miembro de su familia, pero nunca en otras ocasiones.

—Claro que la conocía, si le he visto las piernas cuando parecían vejigas... Y era una señora capaz de multiplicar una y otra vez su capital y de gestionarlo ella misma hasta el último momento. Y guardaba siempre las llaves bajo l'almohada. Imagino que no hay muchos viejos parroquianos como ella.

—Según dicen, se podría llenar un carro con las medicinas que tomó —comentó el señor Pullet.

—¡Ah! —suspiró la señora Pullet—. Años antes de padecer esta *hidropisía* se quejó a los médicos, pero no supieron averiguar qué tenía. Y me dijo, cuando fui a verla en las últimas Navidades: «Señora Pullet, si alguna vez tiene *hidropisía*, piense en m». Eso fue lo que dijo —añadió la señora Pullet, echándose a llorar amargamente otra vez—: Ésas fueron sus palabras exactas. Y la entierran el sábado, y Pullet está invitado al funeral.

—Sophy —dijo la señora Glegg, incapaz de contener su tendencia a la reconvencción racional—. Sophy, me sorprende que t'inquieres y perjudiques tu salud por personas que no son de la familia. Tu pobre padre nunca lo hizo, ni tampoco la tía Frances, ni nadie de la familia, que yo sepa. No te preocuparías más si se nos comunicara que nuestro primo Abbott había muerto de repente sin *testamento*.

La señora Pullet, tras dar por finalizadas sus lágrimas, permaneció en silencio, más halagada que molesta por la regañina por llorar demasiado. No todo el mundo podía permitirse llorar tanto por una vecina que no le había dejado nada; pero la señora Pullet se había casado con un caballero rural y tenía tiempo y dinero suficientes para llevar el llanto y lo que fuera necesario hasta el punto culminante de la respetabilidad.

—Aunque la señora Sutton no murió sin *testamento* —intervino el señor Pullet, con la confusa sensación de respaldar así las lágrimas de su esposa—. La nuestra es una parroquia rica, pero dicen que nadie deja tanto como la señora Sutton. Y sólo tiene un heredero, se lo ha dejado todo a un sobrino de su marido.

—De qué le habrá servido ser tan rica, entonces —dijo la señora Glegg— si no tenía más que un familiar de su marido para dejárselo todo. Es triste no tener a nadie más para legar el fruto de las economías: aunque yo no soy *d'esos* que desearían morir sin dejar más dinero invertido que el que los demás han calculado; pero es una pena que tenga que salir de la familia propia.

—Hermana —dijo la señora Pullet, que se había recuperado lo suficiente para quitarse el velo y doblarlo cuidadosamente—, estoy segura de que la señora Sutton ha legado su dinero a un hombre correcto, porque tiene problemas de asma y se acuesta todas las noches a las ocho. Él mismo me lo contó con toda confianza un domingo

cuando vino a nuestra iglesia. Lleva una piel de liebre sobre el pecho y le tiembla la voz al hablar... Es todo un caballero. Le conté que no hay muchos meses al año que no tenga que pasar por las manos del médico, y me dijo: «¡Cuánto lo siento, señora Pullet!». Ésas fueron sus palabras exactas, ni más ni menos. ¡Ah! —suspiró la señora Pullet, meneando la cabeza ante la idea de que pocas personas podían comprender sus experiencias con los preparados de color rosa y blanco, los productos fuertes de frascos los pequeños, los más suaves de los frascos grandes, los bolos húmedos a un chelín y las pócimas a dieciocho peniques. Y añadió, volviéndose a su marido—: Hermana, desearía ir a quitarme la capota, ¿has visto dónde está la sombrerera?

El señor Pullet, en un incomprensible descuido, la había olvidado. Salió a buscarla, compungido, para remediar la omisión.

—Que la suban al piso de arriba, hermana —dijo la señora Tulliver, deseando salir de inmediato, no fuera la señora Glegg a empezar a explicar lo que le parecía que Sophy fuera la primera Dodson en arruinarse la salud con potingues.

La señora Tulliver se alegró de subir al piso con su hermana Pullet y de poder contemplar atentamente la capota antes de probársela y charlar un rato sobre sombreros. Ésta era una de las vertientes de la debilidad de Bessy que suscitaba la compasión fraternal de la señora Glegg: Bessy, teniendo en cuenta su situación, se arreglaba en exceso; además, era demasiado orgullosa para vestir a su hija con las buenas ropas que su hermana Glegg le daba, extraídas de los estratos más profundos de su arcón: era un pecado y una pena comprar nada para vestir a aquella niña, como no fuera un par de zapatos. Sin embargo, en este aspecto la Señora Glegg no era del todo justa con su hermana Bessy, porque la señora Tulliver, en su momento, hizo grandes esfuerzos para convencer a Maggie de que se pusiera el sombrerito de paja y el vestido de seda teñida hecho a partir de uno de la tía Glegg, pero con un resultado tal que la señora Tulliver se vio obligada a abrazarlos estrechamente contra su pecho; Maggie, tras declarar que el vestido olía a un tinte asqueroso, aprovechó para echarse por encima la salsa del asado en el primer domingo que tuvo que ponérselo y, al dar con esta solución, la empleó también tironeando de las cintas verdes de la capota hasta dejarla como un queso con guarnición de lechuga mustia. Debe decirse en descargo de Maggie que Tom se había reído al verla con aquel sombrerito y le había dicho que parecía un mamarracho. También la tía Pullet le regalaba ropa, pero ésta era siempre nueva y lo bastante bonita para gustar tanto a Maggie como a su madre. De entre todas sus hermanas, la señora Tulliver prefería, sin duda, a su hermana Pullet, y esta preferencia era recíproca, aunque la señora Pullet se lamentaba de que los hijos de Bessy fueran tan traviosos y toscos: estaba dispuesta a hacer por ellos todo lo posible, pero era una pena que no fueran tan buenos ni tan guapos como la hija de Deane. Por su parte, Maggie y Tom consideraban que la tía Pullet, en comparación con la tía Glegg, era tolerable. Tom siempre se negaba a ir a verlas más

de una vez durante las vacaciones; naturalmente, en esa única ocasión los tíos le daban un pequeño premio, pero cerca de la bodega de la casa de la tía Pullet había muchos sapos a los que tirar piedras, de modo que prefería visitarla a ella. Maggie se estremecía al verlos y le provocaban horribles pesadillas, pero le gustaba la caja de rapé con música del tío Pullet. No obstante, cuando la señora Tulliver no se encontraba presente, sus hermanas coincidían en afirmar que la sangre de los Tulliver no combinaba bien con la de los Dodson; que, en realidad, los pobres hijos de Bessy eran Tulliver y que Tom, a pesar de que poseía la tez de los Dodson, con toda probabilidad sería tan «contrarios» como su padre. En cuanto a Maggie, era el vivo retrato de la tía Moss, la hermana del señor Tulliver, una mujer de grandes huesos que se había casado con el hombre más pobre del mundo, no tenía vajilla de porcelana y su marido pasaba grandes apuros para pagar el arrendamiento. Sin embargo, cuando la señora Pullet se encontró a solas con la señora Tulliver en el piso superior, los comentarios derivaron de modo natural contra la señora Glegg y coincidieron confidencialmente en que no había manera de saber qué espantajo traería la próxima vez. La aparición de la señora Deane con la pequeña Lucy abrevió su tête-à-tête y la señora Tulliver tuvo que contemplar con una punzada de dolor el peinado de los rizos rubios de la niña. Era incomprensible que la señora Deane, la más delgada y cetrina de todas las señoritas Dodson, hubiera tenido una niña que cualquiera habría tomado por hija de la señora Tulliver. Y Maggie siempre parecía el doble de morena cuando estaba junto a Lucy.

Así sucedió aquel día cuando Maggie regresó del jardín junto con Tom, su padre y el tío Glegg. Maggie, que se había quitado la capota con poco cuidado, entró con el cabello tan liso como despeinado y corrió hacia Lucy, que se encontraba junto a su madre. Sin duda, el contraste entre ambas primas era notorio y, para una mirada superficial, Maggie salía perdiendo de la comparación, aunque un observador atento habría advertido aspectos en ella que encerraban mayores promesas en la madurez que la pulcra perfección de Lucy: ofrecían un contraste similar al existente entre un perrito oscuro, tosco y grande y un gatito blanco. Lucy ofrecía su boca como una rosa para que le dieran un beso. Todo en ella era bonito: el cuellecito redondo con una sarta de cuentas de coral, la naricita recta, en absoluto respingona, las cejitas claras, más oscuras que los rizos, que hacían juego con los ojos color de avellana que contemplaban con tímido placer a Maggie, la cual le llevaba una cabeza aunque apenas tenía un año más. Maggie siempre miraba a Lucy con placer. Le gustaba idear un mundo donde los niños no crecieran nunca e imaginaba que la reina sería como Lucy, llevaría una corona en la cabeza y un pequeño cetro en la mano... aunque en realidad sería Maggie con la apariencia de Lucy.

—¡Lucy! —exclamó, después de besarla—. ¿Quieres quedarte a dormir con Tom y conmigo? Tom, dale un beso.

Tom se había acercado también a Lucy, pero no tenía la menor intención de besarla. Se había aproximado con Maggie porque le parecía más fácil que ir a decir «¿Cómo está usted?» a todas esas tías y tíos. Permanecía de pie sin mirar a ningún punto concreto en particular, sonrojado y torpe, con la media sonrisa habitual en los chicos tímidos cuando están acompañados, como si se encontraran allí por error y en cierto grado de bochornosa desnudez.

—¡Cómo! —exclamó la tía Glegg con énfasis—. ¿Desde cuándo los niños y las niñas entran en una sala donde están sus tíos y tías y no saludan? No era así cuando yo era pequeña.

—Ir a saludar a vuestros tíos y tías, queridos niños —ordenó la señora Tulliver con aire inquieto y triste, deseando susurrarle a Maggie que fuera a peinarse.

—Bien, ¿cómo estáis? ¿Os portáis bien? —preguntó la tía Glegg con el mismo tono enfático mientras los cogía por las manos, haciéndoles daño con los grandes anillos, y los besaba en las mejillas contra su voluntad—. Alza los ojos, Tom, alza los ojos. Los chicos que están internos en un colegio deben llevar la cabeza alta. Mírame. —Al parecer, Tom declinó ese placer e intentó liberar la mano—. Ponte el pelo detrás de las orejas, Maggie, y colócate bien el vestido en los hombros.

La tía Glegg siempre les hablaba con voz alta y enfática, como si los tomara por sordos o idiotas: creía que era una manera de hacerles sentir que eran criaturas subordinadas y de poner freno a las tendencias traviesas. Los niños de Bessy estaban tan mimados que necesitaban que alguien les recordara su deber.

—Queridos niños: crecéis muy deprisa. Temo que os quedéis un poco débiles —dijo la tía Pullet con tono compasivo, mirando a su madre por encima de sus cabezas con expresión melancólica—. Me parece que esta niña tiene demasiado pelo: en tu lugar, yo se lo vaciaría un poco y se lo cortaría, hermana. No es bueno para su salud. No me sorprendería que por este motivo tuviera la piel tan oscura, ¿no crees, hermana Deane?

—No sabría qué decirte, hermana —contestó la señora Deane, apretando los labios y mirando a Maggie con aire crítico.

—No, no, —contestó el señor Tulliver—. Esta niña está perfectamente sana y no tiene ninguna enfermedad. Bien existen el trigo candeal y el trigo moreno, y a algunos les gusta más el oscuro. Aunque me parecería bien que Bessy se lo cortara y se lo dejara liso.

Una terrible decisión empezó a tomar forma en el pecho de Maggie, pero la detuvo el deseo de saber si la tía Deane iba a dejar que Lucy se quedara: pocas veces permitía que estuviera con ellos. Tras dar varios motivos para rechazar la invitación, la señora Deane preguntó a la interesada.

—¿Verdad que no quieres quedarte aquí sin tu madre, Lucy?

—Sí, madre, por favor —contestó Lucy tímidamente, sonrojándose hasta el

cuello.

—Buena respuesta, Lucy. Deja que se quede, señora Deane, deja que se quede —dijo el señor Deane, un hombre grande pero de aire despierto, con un aspecto físico que se puede encontrar en todas las clases sociales inglesas: calva en la coronilla, patillas rojas, frente despejada Y aspecto sólido, aunque no pesado. Se pueden ver nobles como el señor Deane y tenderos o jornaleros, pero la agudeza de sus ojos castaños era menos común que su figura. Sostenía con fuerza una caja de rapé de plata y de vez en cuando ofrecía una pulgarada al señor Tulliver, cuya tabaquera sólo tenía de plata dos adornos, de modo que acostumbraban a bromear sobre el hecho de que el señor Tulliver también quisiera intercambiar las cajas. La caja del señor Deane se la habían regalado dos socios principales de la empresa a la que pertenecía, junto con una participación en el negocio como reconocimiento por su valiosa colaboración como administrador. No había hombre más respetado en Saint Ogg's que el señor Deane, y algunas personas llegaban a opinar que la señorita Susan Dodson, de la que se decía que había hecho la peor boda de todas las hermanas, algún día viajaría en mejor coche y viviría en mejor casa incluso que su hermana Pullet. Nadie sabía hasta dónde podía llegar un hombre que había empezado a subir en una gran empresa harinera y naviera como la de Guest & Co., vinculada a la banca. Y la señora Deane, tal como comentaban sus íntimas amigas, estaba orgullosa y satisfecha: ella, en particular, no permitiría que su esposo se quedara quieto por falta de acicates.

—Maggie —dijo la señora Tulliver, en cuanto se resolvió la cuestión de la invitación a Lucy, haciendo una seña a Maggie para que se acercara—: ¿no te da vergüenza? Ve a peinarte. Te dije que no entraras sin haber ido a ver a Martha primero, ya lo sabes.

—Tom, ven conmigo —susurró Maggie, tirándole de la manga al pasar junto a él, y Tom se siguió encantado.

—Sube conmigo, Tom —cuchicheó cuando estuvieron fuera—. Quiero hacer una cosa antes de comer.

—No hay tiempo para jugar a nada antes de comer —objetó Tom, que no deseaba distraerse con ninguna otra idea.

—Sí, para esto sí hay tiempo: haz el favor de venir, Tom.

Tom siguió a Maggie escaleras arriba hasta el dormitorio de su madre y la vio dirigirse al cajón del que sacó unas grandes tijeras.

—¿Para qué, Maggie? —preguntó Tom, cuya curiosidad se había despertado.

Maggie contestó agarrándose dos mechones de la frente y cortándolos en línea recta a media altura.

—¡Atiza, Maggie! ¡Te la vas a cargar! —exclamó Tom—. Será mejor que no cortes más.

Mientras Tom hablaba, las grandes tijeras volvieron a cerrarse con un chasquido y

el chico no pudo dejar de pensar que aquello era bastante divertido: Maggie estaría muy rara.

—Toma, ahora me cortas tú por detrás, Tom —dijo Maggie, entusiasmada ante su atrevimiento y deseosa de terminar la hazaña.

—Te la vas a cargar, ¿sabes? —dijo Tom, moviendo la cabeza con gesto admonitorio y vacilando un poco antes de coger las tijeras.

—Me da igual ¡Date prisa! —ordenó Maggie, dando una pequeña patada en el suelo. Tenía las mejillas encendidas.

Los mechones negros eran tan gruesos... nada podía resultar más tentador para un muchacho que había probado ya el placer prohibido de cortar las crines de un poni. Quienes conocen la satisfacción de hacer que las dos hojas de las tijeras se encuentren tras vencer la resistencia de una mata de pelo ya saben a qué me refiero. Un delicioso tijeretazo, otro y otro más, y dos mechones de la nuca cayeron pesadamente sobre el suelo; Maggie tenía la cabeza llena de escaleras y trasquilones, pero se sentía libre y ligera, como si hubiera salido de un bosque a un claro.

—¡Oh, Maggie! —exclamó Tom, saltando a su alrededor y dándose palmadas en las rodillas mientras reía—. ¡Atiza, qué pinta tan rara! Mírate al espejo: te pareces al idiota al que tiramos cáscaras de nueces en el colegio.

Maggie sintió una punzada inesperada. Tenía intención, sobre todo, de librarse de aquel cabello molesto y de los modestos comentarios, y también había pensado que aquella acción tan decidida supondría un triunfo sobre su madre y sus tías; no pretendía que le quedara el pelo bonito —eso estaba totalmente fuera de su pensamiento—: sólo deseaba que la consideraran una niña lista y no le buscaran defectos. Pero cuando Tom se rió de ella y dijo que se parecía a un tonto de pueblo contempló la situación desde otro ángulo. Maggie se miró en el espejo mientras Tom seguía riéndose y dando palmadas, y sus mejillas sonrojadas empezaron a palidecer y los labios le temblaron un poco.

—¡Maggie! Tendrás que bajar a comer así —dijo Tom—. ¡Caramba!

—No te rías de mí, Tom —dijo Maggie con tono apasionado, echándose a llorar de furia. Dio una patada al suelo y le propinó un empujón.

—¡Y ahora t'enfadas! —exclamó Tom—. Entonces, ¿por qué te lo has cortado? Voy a bajar: huelo la comida.

Corrió escaleras abajo y dejó a la pobre Maggie entregada a la amarga sensación de irrevocabilidad que experimentaba casi a diario. Ahora que lo había hecho, se daba cuenta de que era una tontería: iba a oír comentarios sobre su cabello y éste estaría más presente que nunca; Maggie se precipitaba a actuar con impulsos apasionados y después su imaginación le pintaba con todo detalle, no sólo las consecuencias de sus actos, sino lo que habría sucedido si no hubiera hecho nada. Tom nunca cometía tonterías como esa, ya que poseía una capacidad instintiva y maravillosa para

discernir lo que se volvería en su favor o en su contra, y así sucedía que aunque era mucho más terco e inflexible que Maggie, su madre pocas veces lo reprendía por travieso. Si en alguna ocasión Tom cometía un error similar, se mantenía firme en él a toda costa: le «daba igua». Si rompía el látigo de la calesa de su padre por azotar la puerta de la cancela, no había podido evitarlo: el látigo no debería haberse quedado atrapado en el gozne. Si Tom Tulliver azotaba la puerta estaba convencido no sólo de que era justificable que chicos azotaran las puertas, sino de que era justificable que Tom Tulliver azotara aquella en concreto, por lo que no tenía intención de arrepentirse. En cambio, mientras lloraba delante del espejo, a Maggie le parecía imposible bajar a comer y soportar las miradas y las palabras severas de las tías mientras Tom, Lucy y Kezia, que la esperaban en la mesa, y quizá su padre y sus tíos, se reían de ella: si Tom se había reído sin duda todos los demás también lo harían: y si no se hubiera tocado el pelo, podría haberse sentado con Tom y Lucy, y habría comido el pudín de albaricoque con crema. ¿Qué otra cosa podía hacer que llorar? Permaneció sentada tan indefensa y desesperada entre los negros mechones como Áyax entre las ovejas muertas. Tal vez su angustia parezca muy trivial a los curtidos mortales que tienen que pensar en facturas navideñas, amores muertos y amistades rotas, pero no era menos amarga para Maggie —tal vez incluso más— de lo que lo son lo que nos gusta denominar antitéticamente «las verdaderas penas» de la madurez. «Ay, hijo, ya tendrás problemas de verdad para preocuparte dentro de poco», nos han dicho a casi todos en la infancia para consolarnos, y lo hemos repetido a otros en cuanto hemos crecido. Todos hemos sollozado lastimeramente, sostenidos por diminutas piernas desnudas que asomaban por encima de pequeños calcetines, al perder de vista a nuestra madre o a la niñera en algún lugar desconocido, pero ya no podemos evocar el dolor del momento y llorarlo de nuevo, tal como podemos hacer con los sufrimientos de cinco o diez años atrás. Todos estos instantes tan intensos han dejado su huella y perduran en nosotros, pero estas huellas se han mezclado irremisiblemente con la textura más sólida de la juventud y la madurez; por ello podemos contemplar los disgustos de nuestros niños con una sonrisa de incredulidad ante su dolor. ¿Hay alguien que pueda recuperar la experiencia de su infancia, no sólo con el recuerdo de lo que hizo y lo que le sucedió, de lo que le gustaba y lo que le disgustaba cuando llevaba bata y pantalones, sino plenamente, con la conciencia revivida de lo que sentía entonces, cuando el tiempo entre dos veranos transcurría tan lentamente? ¿Lo que sentía cuando los compañeros de colegio lo echaban de su juego porque lanzaba mal el balón por mera terquedad? ¿O en un día de vacaciones lluvioso, cuando no sabía cómo divertirse y pasaba de la ociosidad a la travesura, de ésta al desafío y de éste al malhumor? ¿O cuando su madre se negaba tajantemente a permitir que tuviera una levita aquel trimestre, aunque todos los niños de su edad llevaban ya la chaqueta con faldones? Si pudiéramos recordar estas amarguras tan

tempranas y nuestras oscuras previsiones, aquella concepción de la vida sin perspectivas que tan intensa hacía la amargura, no nos reiríamos de las penas de nuestros hijos.

—Señorita Maggie, tiene que bajar ahora mismo —anunció Kezia, entrando en la habitación a toda prisa—. ¡Cielo santo! ¿Qué ha hecho? Nunca había visto adefesio semejante.

—No quiero bajar, Kezia —exclamó Maggie enfadada—. ¡Vete!

—Señorita, tiene que bajar ahora mismo: su madre lo ha dicho —dijo Kezia, acercándose a Maggie y tomándola de la mano para levantarla del suelo.

—Vete, Kezia. No quiero comer —insistió Maggie, resistiéndose a Kezia—. No iré.

—En fin, no puedo quedarme: tengo que servir la comida —dijo Kezia, saliendo otra vez.

—Maggie, tonta —dijo Tom asomando la cabeza a la habitación diez minutos más tarde—. ¿Por qué no bajas a comer? Hay muchas cosas buenas y dice nuestra madre que bajas. ¿Por qué lloras, boba?

¡Era terrible! Tom se comportaba con dureza e indiferencia: si hubiera sido él el que lloraba en el suelo, Maggie habría llorado con él. Y, además, estaba aquella comida tan buena: y tenía tanta hambre. Aquello era muy triste.

Sin embargo, Tom no era totalmente indiferente. No era propenso a las lágrimas y no le apetecía que la pena de Maggie le estropeará la perspectiva de disfrutar de los dulces, de modo que se acercó a Maggie, puso su cabeza junto a la suya y le dijo en un tono bajo y consolador:

—¿No quieres venir, Maggie? ¿Te traigo un poco de pudín cuando ya me haya comido el mío? ¿Un poco de crema y otras cosas?

—Sssí —contestó Maggie, empezando a sentirse un poco mejor.

—Muy bien —dijo Tom, alejándose. Pero regresó de nuevo a la puerta y añadió —: será mejor que vengas, ¿sabes? Tenemos postre con nueces y vino de primula.

Las lágrimas de Maggie habían cesado y cuando Tom se marchó parecía reflexionar. El buen carácter de Tom había quitado filo al sufrimiento y las nueces con vino de primula empezaban a ejercer legítima influencia.

Se levantó lentamente sobre los mechones dispersos y bajó las escaleras despacio. Se detuvo detrás de la puerta entreabierta del comedor con el hombro apoyado en la jamba, y atisbó por ella. Vio a Tom y a Lucy, separados por una silla vacía, y la crema en una mesilla lateral: aquello era demasiado. Entró furtivamente y se dirigió hacia la silla vacía. Pero apenas se había sentado cuando se arrepintió y deseó encontrarse de nuevo en el piso de arriba.

La señora Tulliver soltó un gritito al verla y se llevó tal susto que dejó caer la gran cuchara de salsa de carne en la fuente, con graves resultados para el mantel.

Kezia no había revelado el motivo de la negativa de Maggie a bajar, ya que no deseaba sobresaltar a la señora en el momento de trincar la carne, y la señora Tulliver pensó que no sería nada más que un ataque de terquedad que llevaba en sí mismo su castigo al privar a Maggie de la mitad de la comida.

El grito de la señora Tulliver hizo que todos los ojos se volvieran hacia donde ella miraba; las mejillas y las orejas de Maggie empezaron a arder mientras el tío Glegg, un anciano caballero de aire afable y cabello blanco exclamaba:

—¡Vaya! ¿Quién es esta muchacha, si no la conozco? ¿Es una niña que has recogido en la calle, Kezia?

—Caramba, si s'ha cortado el pelo —comentó el señor Tulliver en voz baja al señor Deane, riendo divertido—. ¿Habías visto alguna vez una niña como ésta?

—¡Vaya con la señorita! Qué graciosa t'has puesto —dijo el tío Pullet, y tal vez fuera el comentario más lacerante que hizo en su vida.

—¡No te da vergüenza! —exclamó la tía Glegg con el tono de voz más severo y sonoro que pudo emplear—. Deberían azotar a las niñas que se cortan el pelo y alimentarlas con pan y agua, en lugar de permitir que se sienten con sus tíos y tías.

—¡Vaya, vaya! —añadió el tío Glegg, intentando suavizar con una broma esta denuncia—. Creo que hay que enviarla al calabozo y cortarle el resto del pelo, al menos para igualárselo.

—Ahora parece más que nunca una gitana —señaló la tía Pullet, en tono de conmiseración—. Qué mala suerte, hermana, que esta niña sea tan morena: y eso que el niño es rubito. No creo que ser tan morena le facilite las cosas en la vida.

—Es una niña mala, capaz de destrozar el corazón de su madre —gimió la señora Tulliver con lágrimas en los ojos.

Maggie tenía la sensación de estar escuchando un coro de burlas y reproches. Se sonrojó de rabia y, por unos momentos, se sintió capaz de adoptar una actitud rebelde; Tom pensó que estaba lista para defenderse reconfortada por la llegada del pudín con crema. Convencido de ello, le susurró:

—¡Atiza! Maggie, ya t'he dicho que te las cargarías —murmuró con intención amable, pero Maggie dio por hecho que Tom se recreaba con su ignominia. La capacidad de desafío la abandonó y, con el corazón henchido de pena, se puso en pie, corrió hacia su padre, escondió el rostro en su hombro y estalló en sollozos.

Vamos, vamos, mocita —la consoló su padre con cariño, rodeándola con el brazo—. No importa: tenías derecho a cortártelo si te molestaba. Deja de llorar: tu padre está de tu parte.

¡Qué dulces y tiernas palabras! Maggie nunca olvidó los momentos en que su padre estuvo a su lado: los guardó en el corazón y pensaba en ellos años más tarde, cuando todos decían que su padre los había tratado muy mal.

—¡Cómo malcría tu marido a esta niña, Bessy! —exclamó la señora Glegg en un

sonoro «apart» con la señora Tulliver—. Como te descuides, la va a estropear. Nuestro padre nunca educó así a sus hijas: en ese caso, habríamos sido una familia muy distinta de la que somos.

En aquel momento, las penas domésticas de la señora Tulliver parecían haber alcanzado el punto en que se llega a la insensibilidad. No advirtió la observación de su hermana y se limitó a echar hacia atrás las cintas de la cofia y servir el pudín con muda resignación.

Con el postre llegó la liberación completa de Maggie, porque dijeron a los niños que podían tomar las nueces y el vino de prímula en el cenador, puesto que el día era templado, y correataron por los arbustos del jardín, cubiertos de brotes, con la presteza de animalillos escapados de una lente ustoría.

La señora Tulliver tenía motivos especiales para darles permiso: ahora que se había terminado la comida y estaba todo el mundo más relajado, era el momento adecuado para comunicar la intención del señor Tulliver en relación con Tom, y le parecía preferible que éste se encontrara ausente. Los niños estaban acostumbrados a oír hablar de ellos con tanta libertad como si fueran pájaros y no pudiera entender nada, por mucho que estiraran el cuello y escucharan; sin embargo en esta ocasión, la señora Tulliver mostraba una discreción inusual porque se había dado cuenta de que a Tom no le gustaba la idea de entrar de pupilo de un clérigo, cosa que le parecía equiparable a ir a estudiar con un agente de la policía. La señora Tulliver tenía la triste sensación de que su marido haría lo que se le antojara, sin importarle lo que dijeran sus hermanas Glegg o Pullet, pero por lo menos, si todo salía mal, no podrían decir que Bessy se había visto arrastrada por el capricho de su marido sin decir una palabra a sus parientes.

—Tulliver —dijo, interrumpiendo la conversación de su marido con el señor Deane—: ha llegado el momento de contar a las tías y tíos de los niños lo que piensas hacer con Tom, ¿no te parece?

—D'acuerdo —contestó el señor Tulliver secamente—: no me importa contarles a todos lo que pienso hacer con él. He decidido —añadió, mirando hacia el señor Glegg y el señor Deane— que lo enviaré con el señor Stelling, un clérigo que vive en King's Lorton, un individuo muy brillante, para que lo prepare en diversas materias.

Se oyó un murmullo de sorpresa entre los presentes, similar al que se observa en una congregación rural cuando desde el púlpito se alude a sus asuntos cotidianos: en la misma medida resultaba asombroso que apareciera un clérigo en los asuntos familiares del señor Tulliver. En cuanto al tío Pullet, no se habría desconcertado más si el señor Tulliver hubiera dicho que iba a enviar a Tom con el presidente de la Cámara de los Lores, ya que el tío Pullet pertenecía a esa clase extinta de propietarios rurales británicos que vestían con buen paño, pagaban impuestos y contribuciones municipales elevadas, acudían a la iglesia y comían bien los domingos, sin pararse a

pensar en el origen de la constitución de la Iglesia y el Estado británicos, de la misma manera que no meditaba sobre el sistema solar o las estrellas. Es triste, pero cierto, el hecho de que el señor Pullet tuviera la confusa idea de que un obispo era una especie de baronet que podía o no ser clérigo; y puesto que el rector de su parroquia era un hombre de familia y fortuna notables, la idea de que un clérigo pudiera ser maestro resultaba demasiado alejada de su experiencia para resultar concebible. Ya sé que resulta difícil en estos tiempos instruidos concebir la ignorancia del tío Pullet, pero basta con pensar en los notables resultados que obtienen las facultades naturales en condiciones favorables. Y el tío Pullet poseía una gran capacidad natural para la ignorancia. Fue él el primero en expresar su asombro.

—¡Vaya! ¿Y por qué va a enviarlo con un clérigo? —exclamó con expresión de asombro en los ojos, mirando al señor Glegg y al señor Deane para ver si éstos daban muestras de comprensión.

—¡Caramba! Porque, por lo que sé, los clérigos son los mejores maestros —contestó el pobre Tulliver que, en el laberinto de este mundo tan enredoso, se asía con rapidez y tenacidad a lo que parecía seguro—. Jacobs, el de la *'cademia*, no es clérigo y lo ha hecho muy mal. Así que pensé que si lo ponía a estudiar otra vez, debería ser con otra persona. Y, por lo que he podido averiguar, el señor Stelling es del tipo de hombre que quiero. Y tengo intención de que mi chico vaya con él desde el principio del trimestre de verano —concluyó con tono decidido, dando un golpecito a la tabaquera y tomando un pellizco de rapé.

—Entonces tendrá usted que pagar una hermosa factura cada medio año, ¿verdad, Tulliver? En general, los clérigos saben bastante —dijo el señor Deane, aspirando una pulgarada vigorosamente, como siempre hacía cuando deseaba mantener una postura neutral.

—¡Cómo! ¿Y cree que el clérigo éste le enseñará a distinguir un buen puñado de trigo cuando lo vea, vecino Tulliver? —preguntó el señor Glegg, divertido con su broma. Dado que se había retirado de los negocios, consideraba que no sólo le estaba permitido tomarse todo a la ligera, sino que era incluso adecuado que lo hiciera.

—Bueno, saben, tengo planes para Tom —afirmó el señor Tulliver; después hizo una pausa y alzó la copa.

—Bien, si se me permite hablar, cosa que sucede raras veces —intervino la señora Glegg con tono amargo—, diré que me gustaría saber qué cosa buena le traerá al chico el ser educado por encima de su fortuna.

—¡A ver! —exclamó el señor Tulliver sin mirar a la señora Glegg y dirigiéndose a la sección masculina de su público—: Miren, he decidido que Tom no se dedique a lo mío. Lo he pensado bien y he tomado la decisión a partir de lo que vi que hizo Garnett con su hijo. Quiero que se dedique a algún negocio en el que pueda entrar sin capital, y quiero darle una educación que le permita tratar en pie de igualdad a los

abogados y tipos así y echarme una mano de vez en cuando.

La señora Glegg emitió un prolongado sonido gutural con los labios apretados en una sonrisa mezcla de lástima y burla.

—Algunas personas harían mejor en dejar tranquilos a los abogados —espetó.

—Entonces, ¿este clérigo dirige un colegio de enseñanza secundaria, como el de Market Bewley? —preguntó el señor Deane.

—No, nada de eso —contestó el señor Tulliver—. Sólo piensa aceptar dos o tres alumnos, así podrá dedicarles más tiempo.

—Ah, así terminará antes su educación: no pueden aprender mucho cuando son tantos en clase —comentó el tío Pullet, pensando que ya estaba empezando a entender este asunto tan complicado.

—Entonces, querrá que le pague más, supongo —dijo el señor Glegg.

—Claro, claro: ni más ni menos que cien al año, sólo eso —dijo el señor Tulliver, orgulloso de su decisión—. Pero eso es como una inversión: la educación será para Tom como un capital.

—Sí, eso es cierto —dijo el señor Glegg—. Bien, bien, vecino Tulliver: quizá tenga usted razón, quizá tenga razón:

*Cuando no quedan tierras ni dinero,
la educación es lo primero.*

—Recuerdo que leí este versito en un escaparate de Buxton. Y nosotros, que no tenemos estudios, será mejor que guardemos el dinero, ¿verdad, vecino Pullet? —El señor Glegg se frotó las rodillas con aire complacido.

—Glegg, me sorprendes —dijo su esposa—. Esto es impropio de un hombre de tu edad y situación.

—¿Qué es impropio, señora Glegg? —preguntó el señor Glegg con un guiño a los presentes—. ¿La chaqueta nueva que llevo de color azul?

—Cuánto lamento tu debilidad, Glegg. Como digo, es impropio que bromees cuando ves que un miembro de tu familia se dirige de cabeza a la ruina.

—Si se refiere usted a mí —dijo el señor Tulliver, francamente irritado—, no es necesario que se inquiete. Puedo dirigir mis asuntos sin molestar a nadie.

—¡Ah! —dijo el señor Deane, introduciendo prudentemente una nueva idea—. Ahora recuerdo que alguien dijo que Wakem iba a enviar a su hijo, el chico deforme, con un clérigo, ¿verdad, Susan? —añadió, dirigiéndose a su esposa.

—No sé nada de eso —contestó la señora Deane, cerrando de nuevo los labios con fuerza. La señora Deane no era partidaria de intervenir en una conversación en la que se lanzaran tantos proyectiles.

—Bien —prosiguió el señor Tulliver, hablando animadamente para que la señora Glegg advirtiera que no le importaba su opinión—: si Wakem piensa en enviar a su hijo con un clérigo, pueden estar seguros de que yo no me equivoco al mandar a Tom

con otro. Wakem es el mayor bribón que haya creado Pero Botero, pero sabe calar a un hombre enseguida. Sí, sí, díganme quién es el carnicero de Wakem y les diré dónde deben comprar la carne.

—Pero el hijo del abogado Wakem es jorobado —objetó la señora Pullet, pensando que la conversación adquiriría un sesgo fúnebre—. Es más natural que a él lo envíen con un clérigo.

—Sí —coincidió el señor Glegg, interpretando la observación de la señora Pullet de modo erróneo—. Debe tener esto en cuenta, vecino Tulliver: es probable que el hijo de Wakem no trabaje nunca y Wakem pretenda hacer de él un caballero, pobre muchacho.

—Glegg —exclamó su esposa en un tono que implicaba que su indignación seguía burbujeando, si bien estaba decidida a contenerla—. Harías mejor dejando quieta la lengua. El señor Tulliver no quiere conocer tu opinión ni tampoco la mía. En este mundo hay personas que lo saben todo mejor que nadie.

—Caramba, pues se diría que usted es una de esas, si nos atenemos a sus palabras —exclamó el señor Tulliver, cuya indignación hervía de nuevo.

—Si no digo nada —contestó la señora Glegg con sorna—. No se me ha pedido consejo y no pienso darlo.

—Entonces, será la primera vez —dijo el señor Tulliver—. Ésa es la única cosa que siempre está dispuesta a dar.

—Tal vez me haya precipitado a la hora de prestar, por no decir que me he apresurado a dar —repuso la señora Glegg—. He prestado dinero a algunos, aunque quizás tenga que arrepentirme de prestar dinero a la familia.

—Vamos, vamos, vamos —intervino el señor Glegg con tono conciliador. Pero el señor Tulliver no estaba dispuesto a que nadie le impidiera responder.

—A cambio de un pagaré y del cinco por ciento, por muy familiar que fuera.

—Hermana —rogó la señora Tulliver—, tómate el vino y permítame que t'ofrezca unas almendras y unas pasas.

—Bessy, lo siento mucho por ti —dijo la señora Glegg, como el perro callejero que aprovecha para dedicar sus ladridos al hombre que no lleva bastón—. No viene a cuento hablar de almendras y pasas.

—Por Dios, hermana Glegg, no seas tan picajosa —imploró la señora Pullet, soltando unas lagrimitas—. Te puede dar un ataque si te pones tan colorada después de comer... Piensa que acabamos de salir del luto y de quitarnos los vestidos negros... Es muy triste que esto suceda entre hermanas.

—Sin duda, está mal —dijo la señora Glegg—. Hay que ver hasta dónde hemos llegado cuando una hermana invita a otra a su casa para pelearse con ella e insultarla.

—Tranquila, tranquila, Jane. Sé razonable —dijo el señor Glegg.

Pero mientras hablaba, el señor Tulliver, que de ningún modo había dicho lo

suficiente para desahogarse, estalló de nuevo.

—¿Quién quiere discutir con usted? —preguntó—. Es usted quien no puede dejar a la gente en paz y tiene que dar siempre la lata. Ni se me pasa por la cabeza discutir con una mujer, siempre que ésta sepa estar en su sitio.

—¡Mi sitio! —exclamó la señora Glegg con voz cada vez más estridente—. Sus mayores, señor Tulliver, muertos y enterrados, me trataban con otro respeto... Aunque yo tengo un marido que se queda sentado tan tranquilo mientras me humillan, cosa que nunca habría pasado si algún miembro de mi familia no hubiera hecho peor boda de lo que le correspondía.

—Ya que habla de eso —dijo el señor Tulliver—, mi familia es tan buena como la suya, e incluso mejor, porque en ella no hay ninguna maldita mujer con mal carácter.

—¡Muy bien! —dijo la señora Glegg, poniéndose en pie—. No sé si te parece bien quedarte ahí sentado oyendo cómo me insultan, Glegg, pero no voy a aguantar en esta casa ni un minuto más. Puedes quedarte si quieres e ir a casa con la calesa, porque yo me voy andando.

—Por Dios, por Dios —dijo el señor Glegg con tono abatido mientras salía de la habitación detrás de su esposa.

—Tulliver, ¿cómo has podido decir estas cosas? —exclamó la señora Tulliver con lágrimas en los ojos.

—Que se vaya —exclamó el señor Tulliver, demasiado enfadado para que lo ablandaran las lágrimas—, que se vaya, y cuanto antes, mejor: así no intentaré mandarme.

—Hermana Pullet —rogó la señora Tulliver, con gesto impotente—, ¿crees que serviría de algo que fueras tras ella e intentaras calmarla?

—No, será mejor que no —dijo el señor Deane—. Ya lo arreglarán otro día.

—Entonces, hermanas, ¿vamos a ver a los niños? —preguntó la señora Tulliver, secándose las lágrimas.

Ninguna otra propuesta podía haber sido más oportuna. En cuanto las mujeres salieron de la sala, el señor Tulliver se sintió como si hubieran limpiado el aire de moscas molestas. Pocas cosas le gustaban más que charlar con el señor Deane, cuya estrecha dedicación a los negocios raras veces les permitía ese placer. Consideraba que el señor Deane era el «más capacísimo» de sus conocidos y, además, tenía una lengua rápida y cáustica que suponía un agradable contrapunto a la tendencia en este sentido del señor Tulliver, que permanecía en estado embrionario o muda. En cuanto las mujeres se marcharon, pudieron hablar de cosas serias sin interrupciones frívolas, intercambiar puntos de vista en relación al duque de Wellington, cuya actitud en lo referente a la Cuestión Católica había proyectado una luz completamente nueva sobre su carácter, y comentar un poco su comportamiento en la batalla de Waterloo, que nunca habría ganado sin el respaldo de muchísimos ingleses, para no mencionar a

Bucher y los prusianos que, como había oído decir el señor Tulliver a una persona muy versada sobre el tema, habían aparecido en el momento oportuno; si bien en este punto se produjo una ligera discrepancia cuando el señor Deane señaló que no estaba dispuesto a confiar mucho en los prusianos, ya que la construcción de sus barcos, junto con el carácter insatisfactorio de las transacciones de cerveza de Danzig, lo inclinaban no tener en gran estima el valor prusiano en general. Sintiéndose derrotado en este terreno, el señor Tulliver pasó a expresar sus temores de que el país nunca volviera a ser lo que había sido; pero el señor Deane, vinculado a una empresa con beneficios cada vez mayores, tendía a una visión más alegre del presente y tenía algunos detalles que dar en relación con el estado de las importaciones, especialmente de curtidos y pieles, lo que alivió la imaginación del señor Tulliver proyectando a una perspectiva más lejana la época en que el país fuera presa completa de los papistas y los radicales, y los hombres honrados ya no tuvieran cabida en él.

El tío Pullet escuchaba sentado todos estos elevados asuntos con los ojos brillantes. No entendía nada de política y pensaba que tal conocimiento se debía a algún don natural pero, por lo que podía deducir, ese duque de Wellington no valía gran cosa.

Capítulo VIII

El señor Tulliver muestra su lado mas débil

—Imagina que la hermana Glegg te pide que le devuelvas el dinero: te pondría en un aprieto tener que reunir quinientas libras en este momento —dijo la señora Tulliver a su marido aquella noche, mientras efectuaba un repaso quejumbroso del día.

La señora Tulliver llevaba trece años viviendo con su marido y, sin embargo, conservaba intacta la capacidad de decir cosas que lo empujaban en dirección opuesta a la que ella deseaba. Algunas personas consiguen ser siempre como el primer día, de la misma manera que un anciano pececillo de colores parece conservar hasta el final la juvenil ilusión de que es posible nadar en línea recta en el interior de una pecera redonda. La señora Tulliver era un pececillo afable y, tras golpearse la cabeza contra la misma superficie resistente durante trece años, aquel día insistía con prontitud inmarcesible.

Su comentario empujó al señor Tulliver al convencimiento de que no le costaría nada reunir quinientas libras y cuando la señora Tulliver insistió en preguntar cómo las conseguiría sin hipotecar el molino y la casa —cosa que, según él había asegurado siempre, nunca haría—, puesto que en los tiempos que corrían la gente no estaba muy dispuesta a prestar dinero sin garantías, el señor Tulliver, irritándose, declaró que la señora Glegg podía reclamar su dinero si le apetecía: lo pidiera o no, él estaba decidido a devolvérselo inmediatamente. No estaba dispuesto a depender de las hermanas de su esposa. Cuando un hombre se casaba con una familia con toda una camada de hembras, mucho tendría que aguantar si se lo toleraba. Y él no se lo iba a tolerar.

La señora Tulliver lloró con abundantes lágrimas y escaso ruido mientras se ponía el gorro de dormir, pero no tardó en caer en un plácido sueño, acunada por el pensamiento de que al día siguiente hablaría de todo ello con su hermana Pullet, cuando llevara los niños a Garum Firs para tomar el té. No esperaba que la conversación cambiara las cosas, aunque parecía imposible que los acontecimientos del pasado fueran tan obstinados como para permanecer inamovibles a pesar de los lamentos.

Su marido estuvo despierto mucho más rato, ya que él también pensaba en la visita que realizaría al día siguiente y sus ideas no eran tan vagas ni balsámicas como las de su amable compañera.

Cuando el señor Tulliver se encontraba bajo la influencia de un sentimiento poderoso, tendía a actuar con una prontitud que podría parecer contraria a la dolorosa

idea que tanto le gustaba repetir acerca de lo enredoso de los asuntos humanos; pero no es improbable que hubiera una relación directa entre ambos fenómenos, aparentemente contradictorios, puesto que tengo observado que no hay como tirar bruscamente de una sola hebra para obtener la nítida sensación de que una madeja está enmarañada. Debido a esta diligencia, al día siguiente, poco después de comer — el señor Tulliver no era dispéptico—, se encontró montado a caballo, de camino a Basset para visitar a su hermana Moss y a su esposo. Tras decidir de modo irrevocable que devolvería el préstamo de quinientas libras a la señora Glegg, se le ocurrió pensar que, puesto que tenía un pagaré por las trescientas libras prestadas a su cuñado Moss, si éste podía devolverle el dinero en un plazo acordado, se amortiguaría en gran medida la consideración errónea que merecía el atrevido paso del señor Tulliver a los ojos de esas personas débiles que necesitan saber cómo debe hacerse una cosa antes de estar seguras de que será fácil llevarla a cabo.

La situación del señor Tulliver no era nueva ni sorprendente pero, como en otras cuestiones cotidianas, sin duda tendría un efecto acumulativo que se percibiría a largo plazo: se le tenía por hombre mucho más acaudalado de lo que era en realidad. Y como tendemos a creer lo que el mundo cree de nosotros, solía pensar en el fracaso y la ruina con la misma piedad remota que siente un hombre enjuto y cuellilargo al oír que su pletórico vecino cuellicorto ha sufrido una apoplejía. Estaba acostumbrado a oír agradables bromas sobre las ventajas de su situación por ser dueño de un molino y poseer un buen trozo de tierra, y estas bromas lo mantenían en la idea de que era un hombre de considerable fortuna. Daban un agradable sabor al vaso de cerveza que tomaba los días de mercado y, si no hubiera sido por la regularidad de los pagos semestrales, el señor Tulliver habría olvidado que pesaba una hipoteca de dos mil libras sobre el molino y la casa. La culpa no era totalmente suya, puesto que mil libras correspondían a la cantidad que había tenido que dar a su hermana cuando se casó, y un hombre que tiene vecinos capaces de recurrir a los tribunales difícilmente podrá cancelar una hipoteca, especialmente si goza de la buena consideración de sus amistades, dispuestas a pedirle cien libras con una garantía demasiado elevada para que aparezca escrita en un pergamino. Nuestro amigo Tulliver era buena persona y no le gustaba negar nada, ni siquiera a una hermana que no sólo había llegado al mundo de modo superfluo —cosa habitual en las hermanas y que tenía como consecuencia la necesidad de hipotecarse—, sino que se había lanzado al matrimonio y había coronado sus errores con un octavo hijo. El señor Tulliver era consciente de ser un poco débil en este punto, pero se disculpaba pensando que la pobre Gritty era una chica guapa antes de casarse con Moss, e incluso algunas veces, cuando lo decía, le temblaba un poco la voz. No obstante, aquella mañana tenía un talante más próximo al de un hombre de negocios y durante el camino por los senderos de Basset — estriados por profundos surcos, tan alejados de cualquier mercado que la tarea de

conseguir una cosecha y estiércol consumía la mayor parte de los beneficios de los habitantes de las pobres tierras de aquella parroquia—, fue desarrollando una justa irritación contra Moss, aquel hombre sin capital que, en caso de que se extendieran plagas de morriña y añublo seguro que no se libraba, y que, cuanto más intentabas ayudarlo a salir del fango, más se hundía. En realidad, no le iría nada mal verse obligado a devolver las trescientas libras: haría que anduviera con más cuidado y no actuara de modo tan alocado con la lana como el año anterior: sin duda, el señor Tulliver había sido demasiado blando con su cuñado y como le había perdonado los intereses durante dos años, Moss era capaz de pensar que no debía molestarse por el principal. Pero el señor Tulliver estaba decidido a no fomentar más actitudes tan poco responsables y el viaje por los caminos de Basset no tendía a debilitar la decisión de un hombre calmando su enfado. Las profundas huellas secas de los cascos de las caballerías, grabadas durante los fangosos días del invierno, lo sacudían de vez en cuando y le hacían proferir alguna imprudente pero estimulante imprecación contra el padre de los abogados que, mediante su pezuña o de otro modo, algo tendría que ver con el estado de los caminos. La abundancia de malas tierras y vallas descuidadas que veían sus ojos, aunque no pertenecieran a la granja de su hermano Moss, contribuían en gran medida a su descontento con aquel desgraciado agrónomo. Si aquellos no eran los barbechos de Moss bien podrían haberlo sido: todos los campos de Basset eran iguales; en opinión del señor Tulliver, aquella era una parroquia indigente y, sin duda, su opinión no carecía de fundamento. Basset tenía malas tierras, caminos miserables, un vicario y un terrateniente absentistas y pobres, e incluso lo era el medio párroco que le correspondía. Si alguna persona profundamente impresionada por el poder de la mente humana para triunfar sobre las circunstancias adversas afirmara que los parroquianos de Basset tal vez pertenecieran a una clase de gente superior, nada tendría que objetar a esa afirmación abstracta. Lo único que sé es que, de hecho, el espíritu de Basset estaba a la altura de las circunstancias. Los embarrados caminos, verdes o arcillosos, que para la mirada forastera parecían no conducir a ningún lugar, sino, simplemente, de uno a otro, en realidad llevaban, con paciencia, a una lejana carretera; sin embargo, los pies de Basset se encaminaban con mayor frecuencia hacia un antro de disipación conocido oficialmente con el nombre de *Markis o'Grandby*, si bien los habituales lo llamaban «la casa de Dickinso». Tal vez no pareciera muy tentadora aquella gran sala con el suelo cubierto de arena, frío olor a tabaco mezclado con posos de cerveza, el señor Dickinson apoyado contra la jamba de la puerta mientras su granujiento rostro de expresión triste parecía tan irrelevante a la luz del día como la oscilante vela de la víspera; y, sin embargo, la mayoría de los hombres de Basset encontraba el lugar fatalmente atractivo cuando pasaban por delante hacia las cuatro de la tarde de un día de invierno; y si cualquier esposa de Basset deseaba indicar que su marido no era un hombre que buscara

placeres, difícilmente podría decirlo con más énfasis que afirmando que no gastaba ni un chelín en Dickinson en todo el año. La señora Moss lo había dicho de su marido en más de una ocasión cuando su hermano se mostraba propenso a encontrarle defectos, como sin duda sucedía aquel día. Y nada podía calmar menos al señor Tulliver que el portón de la granja, pues en cuanto intentó abrirlo con la fusta se comportó como hacen las puertas que han perdido la bisagra superior con el consiguiente peligro para las espinillas, tanto equinas como humanas. Estaba a punto de desmontar y conducir el caballo por la tierra mojada del corral —situado en una hondonada a la triste sombra de los grandes cobertizos de madera— hasta el caserón en ruinas emplazado en lo más alto de terreno cuando la oportuna aparición de un vaquero le permitió seguir el plan previsto de no descabalgarse en toda la visita. Cuando un hombre pretende comportarse con dureza debe quedarse sobre la silla y hablar desde arriba, por encima de los ojos suplicantes, dominando el lejano horizonte. La señora Moss había oído el sonido de los cascos del caballo y cuando apareció su hermano estaba ya ante la puerta de la cocina con una débil sonrisa cansada en el rostro y un niño de ojos negros en los brazos. La señora Moss guardaba un pálido parecido con su hermano: la manita que el bebé le ponía en la mejilla mostraba con mayor crudeza su tinte apagado.

—M'alegro de verte, hermano —dijo ella con tono afectuoso—. No t'esperaba, ¿cómo estás?

—Oh, bastante bien, señora Moss... Bastante bien —contestó el hermano deliberadamente frío, como si la posición de la mujer no le permitiera formular preguntas como aquella. Ella advirtió de inmediato que su hermano no estaba de buen humor: sólo la llamaba señora Moss cuando estaba enfadado y cuando se encontraban en público. Sin embargo, ella creía que formaba parte del mundo natural el que los pobres recibieran desaires. La señora Moss no pretendía defender la igualdad entre los seres humanos: era una mujer paciente, fecunda y de aspecto descuidado.

—¿Está tu marido en casa? —añadió el señor Tulliver tras una pausa durante la cual cuatro niños salieron corriendo, como los polluelos cuya madre se ha eclipsado súbitamente detrás del gallinero.

—No —contestó la señora Moss—, pero está en el campo de patatas, allá lejos. Georgy, corre al campo y dile a tu padre que ha venido tu tío. ¿Quieres desmontar, hermano, y tomar algo?

—No, no. No puedo descabalgarse: tengo que irme a casa directamente —dijo el señor Tulliver, mirando a lo lejos.

—¿Y cómo están la señora Tulliver y los niños? —preguntó la señora Moss humildemente, sin atreverse a insistir en su invitación.

—Oh, bastante bien. Tom irá a un colegio nuevo para el trimestre de verano: es un gran gasto para mí. Me viene muy mal que no se me paguen las deudas.

—T'agradecería que tuvieras la bondad de dejar que tus niños vinieran a visitar a sus primos algún día. Los pequeños tienen muchísimas ganas de ver a la prima Maggie. Y yo también, que soy su madrina y tanto l'aprecio: ya sabes que celebramos que venga tanto como podemos. Y sé que le gusta venir, porque es una niña encantadora... ¡y qué rápida y qué lista es!

Si la señora Moss hubiera sido una de las mujeres más astutas del mundo en lugar de ser una de las más simples no se le habría ocurrido mejor idea para predisponer a su favor a su hermano que alabar a Maggie. Pocas veces el señor Tulliver oía alabanzas espontáneas a la «mocit»: por lo general, los demás le dejaban a él la tarea de insistir en sus méritos. No obstante, en casa de su tía Moss, Maggie siempre era vista bajo la mejor luz: aquel era su refugio, el lugar donde se encontraba más allá de la ley. Si volcaba algo, se ensuciaba los zapatos o se rompía la bata, todas estas cosas eran normales en casa de su tía Moss. A pesar de sí mismo, los ojos del señor Tulliver se suavizaron y no apartó la vista de su hermana al hablar.

—Sí, y a ti te quiere más que a sus otras tías, según creo. Se parece a nuestra familia: no tiene nada de la familia de su madre.

—Dice Moss que es como yo era —dijo la señora Moss—, aunque yo nunca fui tan rápida ni amiga de los libros. Creo que mi Lizzy es como ella: es un rato lista. Ven, Lizzy, hija, y deja que te vea tu tío: has crecido tan aprisa que casi no te conoce.

Lizzy, una niña de siete años de ojos negros, avanzó empujada por su madre con actitud muy tímida, porque los pequeños Moss sentían gran reverencia por su tío del molino de Dorlcote. Su expresión era notablemente menos fogosa e intensa que la de Maggie, de modo que la comparación no resultaba totalmente halagadora para el amor paterno del señor Tulliver.

—Sí, se parecen un poco —admitió, mirando amablemente a la pequeña figura del delantal manchado—. Las dos han salido a nuestra madre. Ya has tenido suficientes niñas, Gritty —añadió en un tono a medias entre la piedad y el reproche.

—Cuatro, benditas sean —contestó la señora Moss con un suspiro, acariciando el cabello de Lizzy a ambos lados de la frente—. Tantas como chicos. Un chico por cada chica.

—Ah, pero deben despabilar y luchar por sí mismas —dijo el señor Tulliver, advirtiéndole que su severidad se iba relajando e intentando apuntalarla con una buena indirecta—. No deben depender de sus hermanos.

—No, pero espero que sus hermanos quieran a las pobrecitas y recuerden que son del mismo padre y de la misma madre: los chicos no serán por ello más pobres —dijo la señora Moss con un súbito destello, como si fuera un fuego casi extinguido.

El señor Tulliver dio un golpecito al caballo en el flanco, tiró de las riendas y exclamó, ante el asombro del inocente animal:

—¡Estate quieto!

—Y cuantos más sean, más tendrán que quererse —prosiguió la señora Moss, mirando a sus hijos con intención didáctica. Pero se volvió de nuevo hacia su hermano para añadir—: Espero que tu chico sea siempre bueno con su hermana, aunque solo sean dos, como tú y yo, hermano.

Esta flecha se clavó directamente en el corazón del señor Tulliver. No tenía una imaginación rápida pero como Maggie permanecía siempre en su pensamiento, no le costó imaginar el paralelismo entre la relación que mantenía con su hermana y el trato entre Tom y Maggie. Se preguntó si la mocita sería pobre y su hermano Tom se comportaría con ella con dureza.

—Sí, sí, Gritty —contestó el molinero, adoptando, por primera vez, un tono cálido—. Pero yo siempre he hecho por ti cuanto estaba en mi mano —añadió, como defendiéndose de un reproche.

—No lo niego, hermano, y no soy desagradecida —dijo la pobre señora Moss, demasiado reventada por el trabajo y los niños para ser orgullosa—. Aquí está el padre de los niños: has tardado mucho, Moss.

—¿Te parece mucho? —exclamó el señor Moss, sin aliento y ofendido—. He venido corriendo. ¿No quiere descabalgar, señor Tulliver?

—Bueno, bajaré y charlaré un poco contigo en el huerto —dijo el señor Tulliver, pensando que se mostraría más resuelto si su hermana no se encontraba presente.

Desmontó y entró con el señor Moss en el huerto, en dirección a una vieja pérgola de tejo, mientras su hermana se quedaba dando palmaditas al bebé en la espalda y mirándolos con inquietud.

Su entrada en la pérgola de tejo sorprendió a varias gallinas que se recreaban cavando profundos agujeros en el suelo polvoriento, e inmediatamente se marcharon con gran revuelo y cacareo. El señor Tulliver se sentó en el banco y, tras golpear el suelo aquí y allá con la fusta, como si buscara un hueco, inició la conversación comentando con cierto tono gruñón:

—Vaya, así que has vuelto a plantar trigo en el cercado de la esquina. Y sin echar ni un poco de abono. No vas a sacar nada este año.

El señor Moss, que cuando se casó con la señorita Tulliver era considerado el muchacho más apuesto y atildado de Basset, llevaba ahora una barba de casi una semana y tenía el aire deprimido y sin esperanza de un caballo de labor.

—Los granjeros pobres como yo hacen lo que pueden —rezongó con aire paciente—: En cambio, los que tienen dinero de sobra ponen en el terreno la mitad de lo que piensan sacar de él.

—No sé quién tiene dinero de sobra, a menos que te refieras a los que pueden pedirlo prestado sin pagar intereses —dijo el señor Tulliver, deseoso de discutir un poco: era el modo más natural y sencillo de pedirle que le devolviera el dinero.

—Ya sé que no estoy al día con los intereses —dijo el señor Moss—, pero el año

pasado tuve muy mala suerte con la lana, y la parienta ha pasado tanto tiempo en cama que las cosas han ido peor que de costumbre.

—Sí —exclamó el señor Tulliver en tono burlón—: a algunos, las cosas nunca les salen bien. Los sacos vacíos no se sostienen en pie.

—Bien, no sé qué reproche puede hacerme, Tulliver —dijo Moss con aire de desaprobación—. Ningún jornalero trabaja tanto como yo.

—¿Y de qué sirve, cuando un hombre se casa y no tiene otro capital para trabajar en su granja que el dinero de su esposa? —preguntó el señor Tulliver secamente—. Siempre he estado en contra, pero ninguno de los dos quiso escucharme. Y ya no puedo prescindir de mi dinero durante más tiempo, porque tengo que pagar quinientas libras a la señora Glegg y *m*'espera el gasto de Tom, de modo que voy a necesitarlo. Tienes que mirar tus cosas y ver cómo me devuelves las trescientas libras.

—Así haré, si eso es lo que quiere —contestó Moss, mirando al frente con aire inexpresivo—, lo venderemos todo y terminaremos con esto. Tendré que desprenderme de todo el ganado que tengo para pagarle a usted y al dueño del terreno.

No cabe duda de que los parientes pobres son irritantes: su existencia es innecesaria y, además, casi siempre son personas incorrectas. El señor Tulliver había conseguido irritarse con el señor Moss tanto como deseaba, de modo que pudo decir enfadado mientras se ponía en pie:

—Bien, haz lo que puedas. Yo no puedo encontrar dinero para los demás y para mí también, debo velar por mis asuntos y por mi familia. No puedo prescindir de mi dinero durante más tiempo, de modo que debes devolvérmelo tan pronto como puedas.

El señor Tulliver salió de la pérgola bruscamente mientras decía esta última frase y, sin volverse para mirar al señor Moss, se dirigió hacia la puerta de la cocina, donde el hijo mayor le sujetaba el caballo y donde su hermana lo aguardaba alarmada e inquieta, aunque los gorjeos y manotazos del niño pequeño sobre su rostro mortecino amenizaban la espera. La señora Moss tenía ocho hijos, pero nunca podría superar la tristeza por los gemelos que no sobrevivieron: en cambio, para el señor Moss su partida supuso cierto consuelo.

—¿No quieres entrar, hermano? —preguntó, mirando inquieta a su marido, que se acercaba caminando lentamente, mientras que el señor Tulliver tenía ya el pie en el estribo.

—No, no. Adiós —dijo él, girando la cabeza del caballo y partiendo.

No había hombre más decidido que el señor Tulliver hasta que salió por la puerta del patio y avanzó por el estropeado camino; pero antes de que llegara a la siguiente curva, que le haría perder de vista la deteriorada granja, un pensamiento repentino pareció golpearlo, porque detuvo el caballo y permaneció inmóvil en el mismo lugar

durante dos o tres minutos, durante los cuales volvió la cabeza de lado a lado con tristeza, como si examinara un asunto doloroso desde varios puntos de vista. No cabía duda de que, tras el arrebató, el señor Tulliver volvía a sentirse dominado por la sensación de que este mundo es un lugar muy enredoso. Hizo volver grupas al caballo, retrocedió lentamente y se abandonó al sentimiento que había determinado el giro al decir en voz alta, mientras golpeaba al caballo:

—¡Pobre mocita! Cuando yo me muera lo probable es que no tenga a nadie más que Tom.

Varios jóvenes Moss describieron el regreso del señor Tulliver al patio e inmediatamente corrieron a su madre con la noticia, de modo que cuando su hermano entró, la señora Moss estaba de nuevo en la puerta. Había estado llorando, pero ahora mecía al bebé en los brazos para que se durmiera y, cuando su hermano la miró, no dio muestras de pena y se limitó a decir:

—El padre de los chicos ha vuelto al campo, ¿quieres hablar con él, hermano?

—No, Gritty, no —dijo el señor Tulliver con tono amable—. No t'inquietes, eso es todo. Ya me las arreglaré sin el dinero, pero debéis ir con cuidado y ahorrar todo lo que podáis.

Las lágrimas de la señora Moss brotaron de nuevo ante esta inesperada muestra de amabilidad y no pudo decir nada.

—¡Vamos, vamos! Ya te traeré a la mocita para que os vea. La traeré con Tom, antes de que él se vaya al colegio. No t'inquietes. Siempre me portaré contigo como un buen hermano.

—Gracias por tu palabra, hermano —dijo la señora Moss, secándose las lágrimas; después se volvió hacia Lizzy y le dijo—: corre a buscar el huevo de colores para la prima Maggie.

Lizzy entró en la casa corriendo y reapareció rápidamente con un paquetito de papel.

—Es un huevo duro coloreado con hebras de hilo: ha quedado muy bonito, lo hicieron especialmente para Maggie. ¿Se lo llevarás en el bolsillo?

—Sí, sí —contestó el señor Tulliver, guardándolo cuidadosamente en el bolsillo de la chaqueta—. Adiós.

Y así regresó el respetable molinero por los caminos de Basset más desconcertado que antes al pensar en medios y modos, pero con la sensación de haber escapado al peligro. Se le había ocurrido pensar que si se comportaba con dureza con su hermana, tal vez eso hiciera que Tom fuera también duro con Maggie en un futuro lejano, cuando su padre ya no estuviera allí para ponerse de su parte; porque la gente simple, como nuestro amigo Tulliver, es capaz de vestir sentimientos intachables con ideas erróneas y ésta era su confusa manera de explicarse que su amor y su inquietud por «la mocita» le habían hecho adoptar una actitud más sensible con su hermana.

Capítulo IX

De camino a Garurm Firs

Mientras los posibles problemas del futuro de Maggie ocupaban la mente de su padre, la niña experimentaba tan solo la amargura del presente. La infancia no piensa en el futuro ni recuerda las penas del pasado.

Lo cierto era que el día había empezado mal para Maggie. El placer de contemplar a Lucy y la perspectiva de la visita por la tarde a Garum Firs, donde oiría la caja de música del tío Pullet, se estropeó hacia las once con la llegada del peluquero de Saint Ogg's, el cual se refirió en los términos más severos al estado de su cabello.

—¡Mira! ¡Ay, ay, ay! —dijo, asiendo un mechón tras otro con una mezcla de conmiseración y disgusto que para la imaginación de Maggie equivalía a la más dura expresión de la opinión pública. El señor Rappit, el peluquero, cuyos untuosos rizos de la coronilla se alzaban ondulados como la simulada pirámide de llamas de una urna monumental, en aquel momento le parecía el más temible de sus coetáneos y estaba decidida a no volver a pasar por su calle, en Saint Ogg's, durante el resto de su vida.

Además, dado que los preparativos para una visita constituían siempre un asunto muy serio en la familia Dodson, Martha tuvo que recoger el cuarto de la señora Tulliver una hora antes que de costumbre para que el momento de sacar las mejores ropas no se retrasara, como sucedía algunas veces en familias con criterios laxos en las que las cintas no se enrollaban nunca, apenas había nada envuelto en papel de seda y se consideraba normal tratar de cualquier modo la ropa de los domingos. A las doce, la señora Tulliver llevaba ya el traje de las visitas con una bata de holanda de color pardo, como si fuera un mueble tapizado en raso protegido de las moscas, y Maggie fruncía el ceño y se retorció como si intentara escapar del más áspero cuello de encaje mientras su madre la regañaba.

—Quieta, Maggie, no hagas eso. ¡No hagas muecas!

Las mejillas de Tom brillaban en agradable contraste con su mejor traje azul, que lucía con adecuada calma después de conseguir, tras una pequeña lucha, su objetivo principal cuando cambiaba de ropa: traspasar todo el contenido de los bolsillos cotidianos a los que llevara puestos.

En cuanto a Lucy, estaba tan bonita y pulcra como el día anterior: sus vestidos nunca sufrían accidentes y nunca se sentía incómoda con ellos, de modo que contemplaba con sorprendida compasión cómo Maggie se debatía y hacía mohínes por encima de aquel cuello insoportable. Maggie se lo habría arrancado sin vacilar si

no la hubiera frenado el recuerdo de la reciente humillación sufrida por culpa de su pelo, de modo que se limitaba a agitarse, retorcerse y comportarse con irritación mientras construían castillos de naipes hasta la hora de comer, entretenimiento adecuado para niños y niñas vestidos con sus mejores galas. Tom era capaz de construir una pirámide perfecta, pero las de Maggie nunca resistían la colocación de la cubierta: siempre sucedía lo mismo con las cosas que fabricaba Maggie, y Tom había llegado a la conclusión de que las chicas eran incapaces de hacer nada. No obstante, resultó que Lucy era extraordinariamente hábil con los castillos de naipes: colocaba las cartas con tanta suavidad y las movía tan despacio que Tom condescendió en admirar sus edificios tanto como los propios, especialmente después de que ella le pidiera que le enseñara. Maggie también habría abandonado sus fracasados castillos para admirar y alabar los de Lucy sin enfado alguno si el cuello no le hubiese fastidiado tanto y si Tom no se hubiese reído de modo desconsiderado y la hubiese llamado tonta cuando se desmoronó su construcción.

—¡No te rías de mí, Tom! —exclamó enfadada—. No soy tonta. Sé muchas cosas que tú no sabes.

—¡Oh, estoy seguro, señorita Malaspulgas! Yo nunca sabría tener tanto mal genio ni hacer tantas muecas. Lucy tampoco las hace. Me gusta más Lucy que tú: ojalá fuera ella mi hermana.

—Eres malo y cruel por desear esas cosas —gritó Maggie, levantándose del suelo rápidamente y tirando la maravillosa pagoda de Tom. En realidad no quería hacerlo, pero todo parecía indicar lo contrario; Tom se puso blanco de ira, aunque no dijo nada: deseaba pegarle, pero sabía que era de cobardes pegar a una chica y Tom Tulliver había tomado la decisión de no actuar jamás con cobardía.

Maggie contempló desolada y aterrorizada como Tom, completamente pálido, se levantaba y se alejaba de las ruinas dispersas de su pagoda mientras Lucy los miraba enmudecida, como un gatito que levanta la vista del plato.

—¡Oh, Tom! —exclamó Maggie, por fin, acercándose a él—. No quería tirarla, de verdad, de verdad, de verdad.

En lugar de hacerle caso, Tom sacó dos o tres guisantes secos del bolsillo y los disparó contra la ventana con la uña del pulgar; al principio sin blanco concreto, pero no tardó en adoptar el propósito de dar a un achacoso moscardón que exhibía su imbecilidad a los rayos del sol primaveral, sin duda contra los designios de la naturaleza, que había creado a Tom y los guisantes para la pronta destrucción de aquel débil ejemplar.

Así quedó malograda la mañana para Maggie, y la persistente frialdad de Tom para con ella durante el paseo le impidió disfrutar del sol y del aire fresco. Tom llamó a Lucy para enseñarle un nido a medio hacer, sin preocuparse por mostrárselo a Maggie, y descortezó una vara de fresno para Lucy y otra para él sin ofrecer ninguna

a su hermana. Cuando Lucy le preguntó: «¿No te gustaría tener una, Maggie?», Tom se hizo el sordo.

Sin embargo, el espectáculo del pavo real que desplegaba oportunamente su cola en lo alto de un muro del corral, en el momento en que llegaron a Garum Firs, bastó para distraerlos momentáneamente de sus agravios personales. Y aquello era sólo el comienzo de las bellezas de Garum Firs. Los animales del corral eran todos preciosos: había gallinas enanas de Bantam con pintas y moño; despeinadas gallinas frisias; gallinas de guinea que revoloteaban, chillaban y dejaban caer bonitas plumas moteadas; palomas buchonas y una urraca domesticada. Y más aún: una cabra y un perro con bellas manchas, mitad mastín, mitad bull-dog, grande como un león. Y por doquier se alzaban cercados con puertas blancas y veletas de formas variadas, y todos los senderos estaban empedrados con guijarros dispuestos en lindos dibujos: nada era vulgar en Garum Firs y Tom incluso creía que el tamaño excepcional que allí tenían los sapos se debía simplemente a lo extraordinario de la finca del tío Pullet, propietario de sus tierras. Como era natural, los sapos arrendatarios eran más delgados. En cuanto a la casa, no era menos notable: estaba estucada en un blanco deslumbrante y constaba de un edificio central retranqueado y dos alas con torrecillas almenadas.

El tío Pullet había visto desde la ventana al grupo que se acercaba y se apresuró a quitar la barra y la cadena de la puerta principal, mantenidas siempre en este estado de defensa por miedo a los vagabundos, los cuales tal vez supieran de la existencia de la vitrina de cristal de la entrada, llena de pájaros disecados, y podría ocurrírseles asaltar la casa para llevárselos agarrándolos por la cabeza. La tía Pullet apareció también en el umbral y tan pronto como su hermana pudo oírla, gritó:

—¡Por Dios, Bessy, detén a los niños! ¡No los dejes subir las escaleras! Sally bajará ahora el felpudo viejo y el trapo del polvo para limpiarles los zapatos.

Los felpudos de las puertas de la señora Pullet nunca estaban destinados a limpiar los zapatos: incluso el limpiabarros contaba con un ayudante para el trabajo sucio. Tom siempre se rebelaba contra esta limpieza de zapatos, que consideraba un atentado a la dignidad de un varón. Veía en ella el comienzo de los desagradables incidentes de las visitas a casa de la tía Pullet, donde en una ocasión se le obligó a permanecer sentado con las botas envueltas en trapos; hecho que tal vez corrija la conclusión excesivamente apresurada de que las visitas a Garum Firs constituían un gran placer para un joven caballero aficionado a los animales... Es decir, aficionado a tirarles piedras.

El siguiente incidente desagradable únicamente afectó a su compañía femenina: consistió en subir la encerada escalera de roble. Ésta tenía unas magníficas alfombras, enrolladas y guardadas en un trastero, de forma que la ascensión por los resbaladizos peldaños podría haber servido, en tiempos bárbaros, como prueba para una ordalía

que nadie, excepto las personas de virtud intachable, podría superar sin romperse un hueso. La debilidad de la tía Sofía por estas pulidas escaleras constituía siempre tema de amargos reproches por parte de la señora Glegg; pero la señora Tulliver no osó hacer comentario alguno y se limitó a alegrarse cuando ella y los niños llegaron al rellano sanos y salvos.

—La señora Gray *m'ha* mandado a casa la capota nueva, Bessy —anunció la señora Pullet en tono lastimero mientras su hermana se ajustaba la cofia.

—¿Ah sí, hermana? —contestó la señora Tulliver con aire de gran interés—. ¿Y qué te parece?

—Temo que se estropee con el roce de las ropas del armario con tanto trajín de sacarla y volverla a guardar —dijo la señora Pullet, sacando un manojito de llaves del bolsillo y examinándolo con inquietud—, pero sería una lástima que te fueras sin verla. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

La señora Pullet meneó la cabeza lentamente al hacer esta solemne observación que la decidió a escoger una llave concreta.

—Temo que te dé mucha molestia enseñármela, hermana —dijo la señora Tulliver—, pero *m'encantaría* ver la corona que *t'ha* hecho.

La señora Pullet se levantó con aire melancólico y abrió una de las puertas de un brillante armario en donde tal vez el lector haya supuesto precipitadamente que se encontraba la capota nueva. Nada de eso. Semejante conclusión sólo podría ser producto de un conocimiento muy superficial de los hábitos de la familia Dodson. La señora Pullet buscaba en ese armario algo pequeño que quedaba oculto entre la ropa blanca: la llave de una puerta.

—Debes venir conmigo al dormitorio bueno —dijo a su hermana.

—¿Pueden venir también las niñas? —preguntó la señora Tulliver al ver que Maggie y Lucy parecían desearlo ansiosamente.

—En fin —contestó la tía Pullet después de reflexionar—; tal vez sea más seguro que vengan; si las dejamos solas pueden toquetearlo todo.

De modo que avanzaron en procesión por el brillante y resbaladizo pasillo, apenas iluminado por la luneta de la ventana situada sobre los cerrados postigos: resultaba todo muy solemne. La señora Pullet se detuvo y abrió una puerta que daba a un lugar más solemne aún que el corredor: una habitación oscura, en la que la débil luz procedente del exterior dejaba ver lo que parecían los cadáveres de los muebles envueltos en blancos sudarios. Todo lo que no estaba amortajado se encontraba con las patas hacia arriba. Lucy agarró del vestido a Maggie y el corazón de ésta se puso a latir a toda velocidad.

La tía Pullet entreabrió el postigo y procedió a abrir el armario con la llave, con gestos lentos y pesarosos sumamente adecuados a la gravedad de la escena. El delicioso aroma a pétalos de rosa que emergió del armario transformó el proceso de

retirada de hoja tras hoja de papel de seda en un hermoso espectáculo, aunque la aparición final de la capota resultó decepcionante para Maggie, que habría preferido algo más sobrenatural. Sin embargo, pocas cosas podrían impresionar más a la señora Tulliver.

—Sophy, nunca más volveré a criticar los sombreros de copa completa —declaró con énfasis tras contemplarlo en silencio durante unos instantes.

Era una gran concesión y la señora Pullet así lo reconoció: tuvo la sensación de que tenía que agradecerlo de algún modo.

—¿Te gustaría ver cómo queda puesto, Bessy? —preguntó con aire abatido—. Abriré un poco más la contraventana.

—Claro, si no t'importa quitarte la cofia —contestó la señora Tulliver.

La señora Pullet se la quitó y dejó a la vista el sedoso cabello castaño en el que sobresalía el promontorio de rizos habitual en las mujeres juiciosas y maduras del momento y, tras colocarse la capota en la cabeza, se dio media vuelta lentamente, como si fuera el maniquí de un pañero.

—En algún momento he pensado que en el lado izquierdo tiene demasiados adornos de cinta. ¿Qué te parece, Bessy? —preguntó la señora Pullet. La señora Tulliver miró con seriedad el punto indicado y ladeó la cabeza.

—Bueno, yo creo que está bien así: si lo tocas a lo mejor t'arrepientes.

—Es verdad —dijo la tía Pullet, quitándose el sombrero y mirándolo con aire reflexivo.

—¿Y cuánto te cobrará por esta capota, Sophy? —preguntó la señora Tulliver, pensando ya en la posibilidad de imitar aquel *chef d'oeuvre* con una pieza de seda que tenía en casa.

La señora Pullet apretó los labios y meneó la cabeza.

—La paga el señor Pullet —susurró—: dijo que quería que tuviera la mejor capota de la iglesia de Garum y que el segundo en calidad la llevara cualquier otra parroquiana.

Empezó a recoger los adornos para devolverlos a su lugar en el armario; sus pensamientos parecían haber tomado un sesgo melancólico porque movía la cabeza en un gesto de negación.

—¡Ay! —exclamó finalmente—. Quizá no me la ponga ni dos veces, Bessy. ¿Quién sabe?

—No digas eso, Sophy —contestó la señora Tulliver—. Espero que este verano recuperes la salud.

—Sí, claro. Pero podría fallecer algún miembro de la familia, como sucedió poco después de que me comprara el sombrero de raso verde. Podría morir el primo Abbott y es imposible pensar en llevar luto por él durante menos de medio año.

—Eso sí que sería mala suerte —comentó la señora Tulliver, repentinamente

absorta en la posibilidad de un fallecimiento inoportuno. No es lo mismo llevar un sombrero el primer año que el segundo: no se disfruta de la misma manera, especialmente ahora que la copa cambia tanto con la moda y no se lleva dos veranos igual.

—En fin, así es el mundo —dijo la señora Pullet, devolviendo la capota al armario y cerrándolo con llave. Permaneció en silencio y negó con la cabeza hasta que salieron de la solemne habitación y se encontraron de nuevo en su dormitorio.

Ay, Bessy —dijo, echándose a llorar—, si no vuelves a ver esta capota hasta que me muera, recuerda que te la enseñé tal día como hoy.

La señora Tulliver consideró que debía entristecerse pero era una mujer de pocas lágrimas, recia y saludable, incapaz de llorar tanto como su hermana Pullet, cosa que lamentaba con frecuencia en los funerales. Cuando ponía todo su empeño en que le brotaran lágrimas de los ojos, sólo conseguía una mueca extraña. Maggie, que las observaba atentamente, tuvo la sensación de que la capota de su tía encerraba algún doloroso misterio y, debido a su juventud, ambas creían que era incapaz de entenderlo; y se enfadó porque sabía que, si se lo explicaban, lo entendería tan bien como cualquier otra cosa.

Cuando bajaron, el señor Pullet comentó, con cierta perspicacia, que adivinaba que su señora había estado enseñando la capota: por eso se habían entretenido tanto. A Tom el tiempo le había parecido todavía más largo, porque se había quedado sentado muy incómodo en el borde de un sofá, justo enfrente de su tío Pullet, que lo contemplaba con ojos grises y brillantes y de vez en cuando se dirigía a él llamándolo «caballeret».

—Bien, caballerete, ¿qué aprendes en el colegio?

Era la pregunta habitual del tío Pullet, ante la cual Tom siempre parecía avergonzado, se pasaba la mano por la cara y contestaba «no lo s». Además, le resultaba tan violento estar sentado tete-á-tete con el tío Pullet que ni siquiera podía mirar los grabados de las paredes, las trampas para moscas o las preciosas macetas: no veía nada más que las polainas de su tío. Este respeto no se debía a la reverencia que pudiera sentir Tom ante la superioridad mental de su tío: en realidad, había decidido que no quería llegar a ser propietario rural porque no quería parecer un individuo tonto de piernas flacas como su tío Pullet: era, en definitiva, un blandengue. La timidez de un chico de ningún modo es indicio de gran reverencia: y mientras uno intenta animarlo, pensando que está abrumado por la conciencia de nuestra edad y sabiduría, lo probable es que esté pensando que uno es un bicho muy raro. El único consuelo que se me ocurre es que probablemente los chicos griegos pensaban lo mismo de Aristóteles. Sólo cuando uno ha dominado a un caballo inquieto o ha azotado a un carretero o sostiene un arma en la mano, estos jóvenes tímidos consideran que es un individuo admirable y digno de envidia. Al menos,

estoy seguro de los sentimientos de Tom Tulliver en este punto. En su más tierna infancia, cuando todavía llevaba una gorrita con encaje para salir al exterior, se le veía con frecuencia espiando a través de las barras de alguna verja y haciendo gestos amenazadores con el pequeño índice mientras regañaba a las ovejas con un gruñido confuso, destinado a provocar terror en los sorprendidos animales: así indicaba, tan temprano, ese deseo de dominio sobre los animales inferiores, tanto domésticos como salvajes —incluidos los escarabajos de mayo, los perros de los vecinos y las hermanas pequeñas—, que siempre ha sido un atributo muy prometedor para la fortuna de nuestra raza. En cambio, el señor Pullet jamás montaba un animal más alto que un pequeño poni, era el menos rapaz de los hombres y consideraba que las armas de fuego eran cacharros peligrosos capaces de dispararse solos, sin obedecer a los deseos de nadie. De modo que a Tom no le faltaban serios motivos cuando, en una conversación confidencial con un muchacho, describió a su tío Pullet como un papanatas, aunque se acordó de señalar que era un «individuo muy rico».

Las únicas circunstancias atenuantes del tête-à-tête con el tío Pullet era que siempre tenía cerca diversos caramelitos de menta y, cuando la conversación desfallecía, llenaba el vacío proponiendo semejante solaz.

—¿Te gustan los caramelos de menta, caballere? —preguntaba y si, además, ofrecía el artículo en cuestión, bastaba con una respuesta tácita.

La aparición de las niñas sugirió al tío Pullet la posibilidad de recrearse con las galletitas dulces que también guardaba bajo llave para su consumo particular en días lluviosos; pero en cuanto los niños tuvieron en los dedos la tentadora exquisitez, la tía Pullet manifestó su deseo de que se abstuvieran de comerla hasta que llegara la bandeja con los platos, puesto que las crujientes galletitas llenarían «todo el suelo» de migas. A Lucy no le importó mucho, porque la galleta era tan bonita que le daba pena comérsela; Tom aprovechó la oportunidad, mientras los mayores hablaban, para tragársela en dos bocados y masticarla furtivamente. En cuanto a Maggie, que en aquel momento estaba fascinada, como de costumbre, con un grabado de Ulises y Nausícaa que el tío Pullet había comprado como «una bonita estampa de las escrituras», dejó caer el pastelito y, con un movimiento desafortunado, lo aplastó con el pie. Aquello fue una fuente de tanta agitación para la tía Pullet y de vergüenza para Maggie que ésta empezó a perder la esperanza de oír la caja de rapé con música aquel día, hasta que, tras reflexionar un poco, se le ocurrió que Lucy estaba lo bastante bien considerada como para lanzarse a pedir que les hiciera sonar una melodía. De modo que se lo susurró a Lucy, y ésta, que siempre hacía lo que se le pedía, se acercó en silencio hasta las rodillas de su tío y sonrojada hasta el cuello, le rogó mientras jugueteaba con el collar que llevaba puesto:

—¿Nos deja oír una canción, tío?

Lucy creía que debido a algún talento excepcional de su tío Pullet, la caja de

música para rapé tocaba aquellas melodías tan bonitas, y lo cierto era que la mayoría de los vecinos de Garum pensaban lo mismo. En primer lugar, el señor Pullet había comprado la caja, sabía cómo darle cuerda y conocía de antemano la canción que iba a sonar; en conjunto, la posesión de aquella «pieza musica» era prueba de que el señor Pullet no era tan inútil como podría pensarse.

Sin embargo, cuando le rogaban que mostrara su destreza, el tío Pullet nunca la rebajaba con un consentimiento excesivamente rápido y por lo general, contestaba: «Ya veremos», sin dar ninguna muestra de conformidad hasta pasados los minutos adecuados. El tío Pullet tenía un programa específico para todas las grandes ocasiones sociales y de esta manera se defendía de la excesiva confusión y del desconcertante libre albedrío.

Tal vez, efectivamente, esta espera en ascuas aumentara el placer de Maggie cuando empezó a sonar aquella música mágica, y por primera vez estuvo a punto de olvidar la carga que sobrellevaba: la conciencia de que Tom estaba enfadado con ella. Mientras sonaba la música del *Hush, ye pretty warbling choir*^[5], su rostro conservó una expresión de felicidad y permaneció inmóvil con las manos unidas, ofreciendo una imagen que algunas veces consolaba a su madre con la idea de que Maggie podía parecer bonita de vez en cuando, a pesar de su piel morena. Pero cuando cesó la música mágica, se puso en pie de un brinco y, corriendo hacia Tom, le rodeó el cuello con el brazo.

—¡Oh, Tom! ¡Qué bonito! —exclamó.

Este gesto de cariño no solicitado y, para Tom, inexplicable, provocó de nuevo la irritación del muchacho contra su hermana; pero, lector, si te sientes tentado de creer que fue una condenable muestra de insensibilidad, debo decirte que el chico sostenía un vaso de vino de primula en la mano y que Maggie le propinó tal sacudida que se derramó la mitad de su contenido.

—¡Mira lo que haces! —contestó con enfado; y habría debido ser tremendamente blandengue para no hacerlo, especialmente cuando su rabia estaba respaldada, como era el caso, por un sentimiento de desaprobación general hacia la conducta de Maggie.

—¿Por qué no te quedas sentada y quietecita, Maggie? —exclamó su madre, enfadada.

—Las niñas que se comportan de esta manera no deben venir a verme —dijo la tía Pullet.

—¡Vaya! Señorita, eres demasiado brusca —apostilló el tío Pullet.

La pobre Maggie se sentó de nuevo. La huella de la música había desaparecido de su espíritu y otra vez se habían adueñado de él los siete diablillos.

La señora Tulliver, previendo que mientras los niños permanecieran en el interior de la casa no tendrían más que travesuras, aprovechó para proponer que, ahora que

habían descansado ya tras el paseo, salieran a jugar; la tía Pullet les dio permiso, aunque les encareció que no abandonaran los senderos empedrados del jardín y que, si querían ver cómo daban de comer a las aves, miraran desde lejos, subidos al montador, restricción impuesta desde el día en que Tom corrió tras el pavo real con la ilusoria idea de que el miedo haría que se le cayera alguna pluma.

Los sombreros y las inquietudes maternas habían distraído temporalmente a la señora Tulliver de la pelea con la señora Glegg, pero ahora que veía la gran cuestión de la capota con cierta perspectiva y los niños estaban ya fuera, regresaron las inquietudes del día anterior.

—Siento un peso tremendo, como nunca he sentido —dijo, iniciando la conversación—, por el modo en que nuestra hermana Glegg se marchó de casa. Nunca he tenido la menor intención *d'*ofender a una hermana.

—¡Ah! —exclamó la tía Pullet—. Nunca se puede saber lo que hará Jane. No lo comentaría con nadie que no fuera de la familia, con la única excepción del doctor Turnbull, pero creo que Jane vive de manera inadecuada. Se lo he dicho al señor Pullet una y otra vez, y él lo sabe.

—Caramba, como que el lunes hizo una semana que me lo dijiste: fue en cuanto llegamos de tomar el té con ellos —contestó el señor Pullet, sujetándose la rodilla y protegiéndola con el pañuelo del bolsillo, como solía hacer cuando la conversación tomaba un sesgo interesante.

—Seguro que sí —dijo la señora Pullet—, porque tú recuerdas siempre lo que digo mejor que yo misma. Pullet tiene una memoria maravillosa —prosiguió, mirando a su hermana con aire lastimero—. Si él sufriera un ataque, me sentiría perdida, porque él siempre recuerda cuándo debo tomar los medicamentos: ahora tomo tres cosas distintas.

—Están las pastillas de siempre, que toma una noche sí y otra no, y las pastillas nuevas a las once y a las cuatro, y el preparado efervescente cuando le parece oportuno —recitó el señor Pullet de modo entrecortado debido al caramelito que tenía en la lengua.

—Ah, tal vez le iría mejor a Jane si fuera alguna vez al médico, en lugar de mascar ruibarbo cuando le pasa alguna cosa —dijo la señora Tulliver, analizando la cuestión médica en relación con la señora Glegg.

—Es terrible pensar en cómo juega la gente con sus tripas —dijo la tía Pullet, alzando las manos y dejándolas caer—. Eso es ir en contra de la misma Providencia: ¿Para qué existen los médicos sino para llamarlos? Y cuando uno tiene dinero para pagar un médico, no es ni siquiera respetable no hacerlo, ya se lo he dicho a Jane muchas veces. *M'*avergüenza que lo sepan nuestros conocidos.

—Bueno, no es necesario que *t'*avergüences —dijo el señor Pullet—, porque, ahora que la señora Sutton se ha ido, el doctor Turnbull no tiene en la parroquia a otro

paciente como tú.

—El señor Pullet guarda todos los frascos de mis medicinas, ¿sabes, Bessy? —explicó a la señora Tulliver—. No venderá ninguno. Dice que la gente debería verlos cuando yo haya muerto. Ya llenan dos estantes largos de la despensa. Pero —añadió, echándose a llorar— es probable que no llene el tercero. Podría morirme antes de tomar la docena de frascos del último. Las cajas de pastillas están en el armario de mi dormitorio, ya sabes cuál es, pero de las tabletas no queda nada que enseñar, como no sean las facturas.

—No hables de tu muerte, Sophy —dijo la señora Tulliver—. Si te fueras me quedaría sin nadie para mediar con nuestra hermana Glegg. Y sólo tú puedes conseguir que haga las paces con el señor Tulliver, porque nuestra hermana Deane nunca está de mi parte y, cuando lo está, es inesperado, porque ella comparte muchos puntos de vista con ellos, puesto que tiene una fortuna independiente.

—Bien, tu marido es bastante torpe, Bessy, ya lo sabes —dijo la señora Pullet, afablemente dispuesta a compartir su depresión con su hermana—. Nunca s'ha comportado con nuestra familia como debiera. Y los niños han salido a él: el niño es muy travieso y no quiere saber nada de sus tíos y tías, y la niña es basta y morena. Has tenido mala suerte y lo siento por ti, Bessy. Tú siempre has sido mi hermana favorita y siempre hemos coincidido en nuestras ideas.

—Ya sé que el señor Tulliver es irritable y dice cosas raras —dijo la señora Tulliver, enjugándose una lagrimilla—, pero desde que se casó nunca ha puesto reparo a que mis amistades o mi familia acudiera a casa.

—No quiero pintártelo muy negro, Bessy —dijo la señora Pullet compasiva—, porque estoy segura de que ya tienes bastantes problemas... Como tu marido carga con esa pobre hermana y con sus hijos sobre sus espaldas... y, según dicen, es tan dado a pleitear... Imagino que te dejará en muy mala situación cuando muera, aunque no pienso comentarlo fuera del círculo familiar.

Como es natural, este retrato de su situación no alegró a la señora Tulliver. No era fácil estimular su imaginación, pero no pudo evitar el pensamiento de que su situación era difícil, puesto que los demás así la consideraban.

—Estoy segura, Sophy, de que no puedo hacer más —dijo, sintiéndose obligada a revisar su conducta, no fueran a creer que las desgracias que le auguraban pudieran ser consideradas culpa suya—. Ninguna mujer lucha más que yo por sus hijos. Te aseguro que en la limpieza de esta primavera, descolgué todos los doseles y tapices de las camas y trabajé tanto como las dos doncellas juntas. Y acabo de preparar una espléndida reserva de vino de saúco. Y siempre lo ofrezco junto con el jerez, aunque nuestra hermana Glegg diría que despilfarro. Y me gusta ir bien arreglada por casa, y nadie en la parroquia puede decir nada contra mí porque yo no murmuro, no hago daño a nadie, ni deseo mal a nadie, y mis empanadas de cerdo son de las mejores del

vecindario, y tengo la ropa blanca tan ordenada que, si me muriera mañana, no tendría motivos para avergonzarme. Ninguna mujer puede hacer más de lo que es capaz.

—Pero Bessy, todo esto no sirve para nada si tu marido liquida todo el dinero —dijo la señora Pullet, ladeando la cabeza y mirando a su hermana con expresión compasiva—. Si tuvieras que vender todos tus muebles a otras personas, de escaso consuelo te resultaría pensar que los has cuidado bien. Y la ropa marcada con tus iniciales de soltera podría dispersarse por todo el país. Sería un disgusto para la familia —dijo la señora Pullet, negando lentamente con la cabeza.

—Pero, ¿qué puedo hacer, Sophy? —dijo la señora Tulliver—. El señor Tulliver no es hombre que se deje manejar: ni aunque fuera a hablar con el párroco y aprendiera de memoria lo que debo decir a mi marido. Y, además, no pretendo saberlo todo sobre lo que hay que hacer con el dinero. Nunca entenderé los negocios de los hombres, como nuestra hermana Glegg.

—Bueno, en esto eres como yo, Bessy —dijo la señora Pullet. Y me parece que sería mucho más apropiado que Jane se ocupara de que le limpiaran el espejo grande con más frecuencia, que la semana pasada estaba lleno de manchas, en lugar de decir a la gente que tiene más ingresos de los que ella ha tenido nunca lo que debe hacer con su dinero. Pero Jane y yo nunca hemos estado de acuerdo en nada: a ella le gustaban las rayas ya mí los lunares. A ti también te gustan los lunares, Bessy: en esto, siempre hemos estado de acuerdo.

La señora Pullet, conmovida por este último recuerdo, miró a su hermana con aire lastimero.

—Sí, Sophy —dijo la señora Tulliver—. Recuerdo que las dos teníamos una tela de fondo con un lunar blanco, todavía conservo un trocito en una colcha. Y si quisieras ir a ver a nuestra hermana Glegg y la convencieras para que se reconciliara con Tulliver, te lo agradecería mucho. Siempre t'has portado conmigo como una buena hermana.

—Pero lo adecuado sería que Tulliver fuera a hacer las paces y se disculpara por hablar de modo tan imprudente. No debería olvidar que le ha prestado dinero —dijo la señora Pullet, cuya parcialidad no le impedía recordar las cuestiones de principio: no olvidaba el respeto debido a las gentes de fortuna independiente.

—De nada sirve hablar de todo esto —se lamentó la señora Tulliver, casi enfadada—. Aunque se lo pidiera de rodillas, Tulliver jamás se humillaría.

—Bien, no esperes que yo convenza a Jane de que pida perdón —dijo la señora Pullet. Es imposible hacer frente a su mal genio: parece como si el mal genio pudiera volverla loca, aunque nunca nadie de nuestra familia ha terminado en un manicomio.

—No pretendo que ella pida perdón —dijo la señora Tulliver—, sólo que haga como si no hubiera pasado nada y no reclame el dinero: no es mucho pedir a una

hermana. El tiempo arreglará las cosas, a Tulliver se le olvidará todo y volverán a ser amigos.

Como puedes ver, lector, la señora Tulliver ignoraba que su esposo hubiera tomado la decisión irrevocable de devolver las quinientas libras: ni le pasaba por la cabeza semejante idea.

—Bien, Bessy —dijo la señora Pullet tristemente. No quiero contribuir a tu ruina. No dudaré en ayudarte, si eso es lo que hay que hacer. Y no quiero que nuestras amistades digan que hay disputas en la familia. Se lo diré a Jane: y no *m'importa* ir mañana a su casa, si al señor Pullet le parece bien. ¿Qué dices, Pullet?

—No tengo nada que objetar —dijo el señor Pullet, al que tanto le daba el curso que tomara la pelea siempre que el señor Tulliver no recurriera a él para pedirle dinero. Al señor Pullet le inquietaban sus inversiones y no entendía cómo un hombre podía sentir que su dinero estaba seguro a menos que lo transformara en tierras.

Tras una breve conversación sobre si era adecuado que la señora Tulliver los acompañara en la visita a la señora Glegg, la señora Pullet, tras indicar que era hora de tomar el té, se volvió para buscar una delicada servilleta adamascada y se la prendió a modo de delantalito. Efectivamente, la puerta no tardó en abrirse pero, en lugar de la bandeja del té, Sally introdujo algo tan asombroso que tanto la señora Pullet como la señora Tulliver dejaron escapar un grito, provocando que el señor Pullet se tragara el caramelo: era la quinta vez que le sucedía en toda su vida, señalaría él más tarde.

Capítulo X

Maggie se comporta peor de lo que esperaba

El objeto asombroso que marcó así un hito para el tío Pullet no era otra cosa que la pequeña Lucy con medio lado de su cuerpo, desde el piececito a la capotita, empapado y cubierto de barro, con las dos manitas negras extendidas y expresión lastimera. Para explicar esta aparición sin precedentes en el salón de la tía Pullet, debemos remontarnos al momento en que los tres chicos salieron a jugar al jardín y los pequeños demonios que se habían apoderado del ánimo de Maggie a primeras horas del día regresaron con mayor ímpetu tras una ausencia temporal. Sentía sobre sí el peso de todos los recuerdos desagradables de la mañana cuando Tom, cuyo enfado hacia ella se había reavivado después de que le derramara tontamente el vino de prímula, dijo:

—Ven, Lucy, ven conmigo y se alejó en dirección a la zona donde estaban los sapos, como si Maggie no existiera. Su hermana permaneció a lo lejos con aire de pequeña Medusa con las serpientes cortadas. Como es lógico, Lucy se alegró de que el primo Tom fuera tan amable con ella y encontró muy divertido ver cómo hacía cosquillas a un sapo gordo con un trozo de cuerda a través de una rejilla de hierro. Con todo, Lucy deseó que Maggie también disfrutara del espectáculo, sobre todo porque a buen seguro pondría nombre al sapo y le contaría su historia; a Lucy le encantaban las historias de Maggie, que creía a medias, sobre los seres vivos que encontraban aquí y allá: de cómo la señora Tijereta estaba haciendo la colada en casa y uno de sus hijos se cayó en el caldero, por eso corría tan deprisa en busca del médico. Tom sentía un profundo desprecio por esas tonterías de Maggie y aplastaba la tijereta inmediatamente, una manera, superflua pero fácil de demostrar la falsedad de la historia; Lucy no podía evitar la idea de que tenían algo de cierto y, en cualquier caso, le parecían fantasías muy bonitas. De modo que el deseo de conocer la historia de un sapo muy corpulento, sumada a su carácter afectuoso, hizo que corriera hacia Maggie.

—¡Maggie! ¡Hay un sapo grande y muy divertido! Ven a verlo.

Maggie no dijo nada y se alejó de ella con el ceño fruncido. Mientras Tom, pareciera preferir a Lucy, ésta formaría parte de su crueldad. No hacía mucho que Maggie creía que nunca se mostraría desagradable con la pequeña y linda Lucy, del mismo modo que no podría ser cruel con una ratita blanca; pero entonces Tom era indiferente a Lucy y era Maggie quien la mimaba y le hacía caso. Ahora, en cambio, pensaba que le gustaría hacer llorar a Lucy dándole una bofetada o un pellizco, especialmente si así molestaba a Tom, al que sería inútil abofetear —suponiendo que

se atreviera—, porque no le importaba. Maggie estaba segura de que si Lucy no hubiera estado allí, Tom no habría tardado en hacer las paces con ella.

Es fácil cansarse de hacer cosquillas a un sapo poco sensible, y al poco rato Tom empezó a mirar a su alrededor en busca de otra manera de pasar el rato. Sin embargo, en un jardín tan cuidado donde no les estaba permitido salir de los senderos empedrados, no había gran elección. El único gran placer que permitía semejante restricción era, precisamente, soslayarla, y Tom empezó a pensar en una visita insurgente al estanque situado tras unos campos.

—Oye, Lucy —dijo, moviendo la cabeza con aire misterioso mientras recogía la cuerda—. ¿Sabes lo que quiero hacer?

—¿Qué quieres hacer, Tom? —preguntó Lucy con curiosidad.

—Quiero ir al estanque y mirar el lucio. Puedes venir conmigo si quieres —ofreció el joven sultán.

—¡Oh, Tom! ¿Vas a atreverte? —exclamó Lucy—. La tía dijo que no debíamos salir del jardín.

—Bueno, saldré por el otro extremo del jardín —dijo Tom—. Nadie nos verá. Además, no me importa si me ven: me iré corriendo a casa.

—Pero yo no puedo correr —dijo Lucy, que nunca se había visto ante tentación semejante.

—No importa, contigo no se enfadarán —dijo Tom—. Podrás decir que te llevé yo.

Tom se alejó y Lucy trotó a su lado tímidamente, disfrutando del raro placer de hacer una travesura y entusiasmada también por la mención de aquel ser célebre, el lucio, aunque no sabía exactamente si eso era un pez o un ave. Maggie los vio salir del jardín y no pudo resistir el impulso de seguirlos. La ira y los celos, al igual que el amor, no pueden soportar perder de vista el objeto de su pasión, y que Tom y Lucy hicieran o vieran algo que ella ignorara era una idea intolerable para Maggie. De manera que se mantuvo a unas yardas de distancia sin que Tom la viera, absorto como estaba en la búsqueda del señor lucio —un monstruo sumamente interesante—, del que se decía que era muy viejo, muy grande y que tenía un apetito voraz. El lucio, como otros famosos personajes, no se mostraba cuando lo buscaban, pero Tom advirtió un movimiento rápido en el agua que lo atrajo hacia otro lugar de la orilla del estanque.

—¡Aquí, Lucy! —exclamó en un susurro—. ¡Ven aquí! ¡Cuidado! Quédate en la hierba, no pises donde han estado las vacas —añadió, señalando una península de hierba seca rodeada de barro pisoteado; el pésimo concepto que tenía de las chicas incluía la incapacidad total de caminar por lugares sucios.

Lucy se acercó con cuidado, siguiendo las instrucciones, y se inclinó para mirar lo que parecía una cabeza de flecha dorada corriendo por el estanque. Era una culebra

de agua, le dijo Tom, y Lucy por fin pudo ver la onda de su cuerpo y se maravilló ante la posibilidad de que las serpientes supieran nadar. Maggie se había ido acercando cada vez más: ella también tenía que verlo, aunque le dolía mucho que a Tom no le importara que lo viera o no. Al final se encontró junto a Lucy, y Tom, que había advertido en silencio su aproximación, dio media vuelta.

—Vete, Maggie —dijo—. No cabes en este trozo de hierba. Nadie te ha pedido que vinieras.

En aquel momento, en Maggie se debatían pasiones suficientes para una tragedia, si las tragedias se hicieran solamente con pasiones; pero el aspecto «de cierta magnitud»^[6] presente en la pasión exigía acción; lo máximo que podía hacer Maggie, con un brusco movimiento de su bracito moreno, era empujar a la pobrecita Lucy, toda de rosa y blanco, al barro pisado por las vacas.

Tom no pudo contenerse y propinó a Maggie dos manotazos en el brazo mientras corría a sujetar a Lucy que lloraba desconsoladamente en el suelo. Maggie retrocedió hacia las raíces de un árbol, situado a varias yardas de distancia, y los contempló impenitente. Por lo general, se arrepentía en cuanto cometía alguna hazaña impetuosa, pero en esta ocasión Tom y Lucy habían hecho que se sintiera tan mal que se alegraba de haber estropeado su felicidad, de conseguir que todo el mundo se fastidiara. ¿Por qué iba a sentirlo? Tom tardaba demasiado en perdonarla, por mucho que ella hubiera podido arrepentirse.

—Se lo diré a nuestra madre, ¿sabes, señorita? —dijo Tom con voz alta y enfática en cuanto Lucy estuvo de pie, dispuesta a caminar.

Tom no acostumbraba a «chivars», pero en este caso la justicia exigía que Maggie recibiera el mayor castigo, aunque Tom no había aprendido a formular sus pensamientos de modo abstracto, ya que nunca mencionaba la palabra «justici» y no tenía ni idea de que sus deseos de castigar pudieran recibir un nombre tan elegante. Lucy estaba demasiado absorta en la calamidad sobrevenida —se había estropeado su mejor vestido y se encontraba incómoda, tan sucia y mojada— para pensar en la causa, que para ella era totalmente misteriosa. Era incapaz de adivinar qué había hecho para que Maggie se enfadara con ella, pero advertía su conducta antipática y desagradable, de modo que no intercedió ante Tom para que no se «chivar» y se limitó a correr a su lado llorando lastimeramente mientras Maggie permanecía sentada en las raíces del árbol y los miraba alejarse con su pequeño rostro de Medusa.

—Sally —dijo Tom en cuanto llegaron a la puerta de la cocina y Sally los contempló muda de asombro, con un trozo de pan con mantequilla en la boca y un tenedor de tostar en la mano—. Sally, di a mi madre que Maggie ha empujado a Lucy y la ha hecho caer en el barro.

—¡Ay, madre! ¿Cómo s'han *acercado* tanto al barro? —preguntó Sally torciendo el gesto mientras se inclinaba para examinar el *corpus delicti*.

La imaginación de Tom no había sido lo bastante rápida y capaz para incluir esta pregunta entre las consecuencias posibles, pero en cuanto se la formularon previó el resultado y calibró que Maggie no sería considerada la única culpable del accidente. Se alejó en silencio de la puerta de la cocina, dejando a Sally el placer de adivinar, cosa que las mentes activas prefieren con mucho a los conocimientos dados.

Como bien sabes, lector, Sally no se demoró en presentar a Lucy en la puerta del salón, porque tener un ser tan sucio en Garum Firs suponía una carga excesiva para una sola persona.

—¡Cielo santo! —exclamó la tía Pullet tras proferir un grito inarticulado. ¡Déjala en la puerta, Sally! No se t'ocurra meterla en el salón.

—Vaya, s'ha caído en el barro —dijo la señora Tulliver, levantándose para examinar el estado de unas ropas de las que se sentía responsable ante su hermana Deane.

—Señora, ha sido Maggie quien la empujó —dijo Sally—. Lo ha dicho el señorito Tom. Y tiene que haber sido en el estanque, porque sólo allí hay tanto barro.

—Eso es, Bessy. Lo que yo te decía —dijo la señora Pullet con un tono de tristeza profética—: nunca se sabe de qué serán capaces tus niños.

La señora Tulliver enmudeció, sintiéndose una madre desgraciadísima. Como siempre, pensó que la gente creería que había cometido alguna maldad para merecer aquellos problemas maternales, mientras la señora Pullet empezaba a dar a Sally órdenes complicadísimas sobre cómo debía proteger la casa de sufrir severos daños durante el proceso de eliminación de la porquería. Entre tanto, la cocinera debía traer el té y los niños traviosos tomarían el suyo ignominiosamente relegados a la cocina. La señora Tulliver, suponiendo que estarían cerca, salió a hablar con aquellos niños malos, pero sólo encontró a Tom tras buscarlo un buen rato, apoyado en la blanca empalizada del gallinero con aire indiferente, agitando su trozo de cuerda por el otro lado, para molestar a un pavo.

—Tom, niño malo, ¿dónde está tu hermana? —preguntó la señora Tulliver con voz consternada.

—No lo sé —contestó Tom. El deseo de que se hiciera justicia con Maggie había disminuido desde el momento en que advirtió con claridad que difícilmente podría realizarse sin la injusticia de que le reprocharan también su conducta.

—¡Vamos! ¿Dónde la has dejado? —preguntó su madre mirando a su alrededor.

—Sentada bajo el árbol que está junto al estanque —dijo Tom simulando no prestar atención más que a la cuerda y al pavo.

—Ve a buscarla ahora mismo, chico malo. ¿Cómo se t'ha ocurrido ir al estanque y llevar a tu hermana hasta el barro? Ya sabes que si se le presenta la oportunidad de hacer alguna travesura, la hace.

La señora Tulliver tenía por costumbre vincular la mala conducta de Tom, de un

modo u otro, a Maggie.

La idea de que Maggie estaba sola, sentada junto al estanque, despertó el temor habitual de la señora Tulliver y subió al montador para tranquilizarse con la visión de aquella niña fatídica mientras Tom caminaba, no muy deprisa, hacia ella.

—Si hay niños que se sientan atraídos por el agua, esos son los míos —dijo en voz alta, sin caer en la cuenta de que no había nadie que pudiera oírlo—. Algún día se ahogarán. Me gustaría que el río estuviera más lejos.

Pero cuando no sólo no localizó a Maggie sino que vio regresar sólo a Tom del estanque, el miedo se apoderó de ella y corrió hacia él.

—Maggie no está por el estanque, madre —dijo Tom—. Se ha ido.

Puedes imaginar, lector, la búsqueda aterrorizada y las dificultades para convencer a la madre de Maggie de que no se encontraba ahogada en el estanque. La señora Pullet comentó que, si vivía, tal vez llegara a conocer peor final que ése, quién podía saberlo; y el señor Pullet, confuso y abrumado por el cariz revolucionario de las cosas —el retraso del té y las aves de corral alarmadas por aquel inusual ir y venir—, cogió una escarda y alcanzó con ella la llave para abrir el corral de las ocas, donde era probable que Maggie se hubiera escondido.

Al cabo de un rato, Tom lanzó la idea de que Maggie se había ido a casa (sin considerar necesario declarar que eso era lo que habría hecho él en circunstancias similares), y su madre se tranquilizó con esa posibilidad.

—Sophy, por el amor de Dios, haz que pongan el caballo en el coche y me lleven a casa, quizá la encontremos por el camino. Lucy no puede caminar con esta ropa —dijo, contemplando a la víctima inocente, envuelta en un chal y sentada con los pies desnudos sobre el sofá.

La tía Pullet se mostró bien dispuesta a tomar medidas para recuperar cuanto antes la tranquilidad y el orden en su casa, y no transcurrió mucho rato antes de que la señora Tulliver se encontrara en el coche mirando inquieta hacia delante. La pregunta que más le abrumaba era: ¿qué diría su padre si Maggie se perdía?

Capítulo XI

Maggie intenta huir de su sombra

Como de costumbre, las intenciones de Maggie iban más allá de lo que Tom había imaginado. La decisión que tomó después de que Tom y Lucy se alejaran no era tan sencilla como regresar a casa. ¡No! Se escaparía y se iría a vivir con los gitanos y Tom no volvería a verla nunca más. Esta idea no era nueva para Maggie: le habían dicho tantas veces que parecía una gitana y que, además, era «medio salvaj», que cuando estaba triste le parecía que la única manera de escapar al oprobio y sentirse en armonía con las circunstancias era viviendo bajo una carpa de color pardo en los terrenos comunales del municipio: creía que los gitanos la recibirían encantados y le tendrían mucho respeto por sus conocimientos superiores. En una ocasión mencionó esta idea ante Tom y le sugirió que se tiñera la cara de oscuro para huir juntos, pero Tom rechazó el proyecto con desprecio y le contestó que los gitanos eran ladrones, apenas tenían para comer y sólo poseían algún burro para desplazarse. Sin embargo, aquel día Maggie pensó que su infelicidad había alcanzado tal punto que los gitanos constituían su último refugio, y se levantó de las raíces del árbol donde estaba sentada con la sensación de estar viviendo una crisis; correría hasta llegar al terreno comunal de Dunlow, donde sin duda encontraría gitanos, y así aquel Tom tan cruel y el resto de parientes que tantos defectos le encontraban no tendrían que verla nunca más. Mientras corría pensó en su padre, pero se reconcilió con la idea de separarse de él decidiendo que le enviaría en secreto una carta mediante algún gitano que se escaparía corriendo sin decirle dónde estaba y se limitaría a comunicarle que se encontraba bien, era feliz y lo quería mucho.

La carrera pronto la dejó sin aliento, pero cuando Tom regresó al estanque, Maggie se encontraba tres largos campos más allá, al borde de un camino que llevaba a la carretera principal. Se detuvo para recuperar el aliento y se le ocurrió pensar que aquello de huir no era muy agradable, por lo menos, antes de llegar al terreno donde se encontraban los gitanos, pero su decisión no flaqueó: cruzó la puerta de la verja y entró en el camino sin saber adónde conducía, porque nunca había pasado por allí cuando viajaban del molino de Dorlcote a Garum Firs, y se sintió más segura al pensar que así no sería posible que la alcanzaran. Pronto advirtió, no sin temor, que se acercaban dos hombres por el camino que se extendía ante ella: demasiado ocupada con la idea de que los conocidos fueran tras ella, no se le había ocurrido la posibilidad de encontrarse con desconocidos. Eran dos impresionantes individuos de aspecto andrajoso y rostro coloradote; uno de ellos llevaba un hatillo colgado de un palo sobre el hombro: pero para su sorpresa, aunque Maggie temía que la censuraran por

huir, el portador del hatillo se detuvo y con un tono entre implorante y zalamero le preguntó si tenía alguna moneda para dar a un pobre hombre. Maggie llevaba una moneda de seis peniques en el bolsito —regalo del tío Glegg— y se la tendió al mendigo con una sonrisa educada, esperando que apreciara su generosidad.

—Esto es todo lo que tengo —dijo, excusándose.

—Gracias, señorita —contestó el hombre, con tono menos respetuoso y agradecido de lo que Maggie esperaba, e incluso observó que sonreía y guiñaba el ojo a su compañero. Maggie se alejó caminando muy deprisa, pero advirtió que los dos caminantes se quedaban inmóviles, probablemente para mirarla, y los oyó reír con sonoras carcajadas. De repente, se le ocurrió pensar que la habrían tomado por una niña boba: Tom le había dicho que el cabello corto le hacía parecer la tonta del pueblo y aquella idea era demasiado dolorosa para olvidarla rápidamente. Además, no llevaba manga larga, sólo una capa y una capota. No era probable que causara una impresión favorable a los caminantes y pensó en regresar a los campos, pero no al mismo costado del sendero, no fuera a encontrarse todavía en las propiedades del tío Pullet. Entró por la primera puerta de un cercado que vio abierta y, tras aquel humillante encuentro, sintió una deliciosa sensación de intimidad al avanzar entre los setos. Estaba acostumbrada a vagar sola por los campos y allí se sentía menos asustada que en la carretera. En alguna ocasión tuvo que trepar para cruzar altas puertas cerradas, pero aquel era un mal menor; se alejaba muy deprisa y probablemente pronto llegaría a ver las tierras comunales de Dunlow u otras cualesquiera, porque había oído decir a su padre que no se podía ir muy lejos sin llegar a alguna. Eso esperaba, porque se sentía cada vez más cansada y hambrienta, y hasta que encontrara a los gitanos no tenía perspectiva alguna de tomar pan con mantequilla. Era todavía pleno día, pues la tía Pullet, que conservaba las costumbres tempranas de la familia Dodson, tomaba el té a las cuatro y media, según la hora solar, y a las cinco, según el reloj de la cocina; así pues, aunque hacía casi una hora que Maggie se había puesto en camino, todavía no se cernía sobre los campos penumbra alguna que le recordara la llegada de la noche. No obstante, tenía la sensación de haber caminado una gran distancia y le parecía sorprendente que no apareciera ante sus ojos el terreno comunal. Hasta el momento, había recorrido la rica parroquia de Garum, que poseía grandes extensiones de pastos, y sólo había visto a un campesino a lo lejos: eso, en cierto modo, era una suerte, pues los braceros podían ser demasiado ignorantes para entender sus motivos para ir al terreno comunal de Dunlow; de todos modos, habría sido mejor encontrar a alguien que le indicara el camino sin por ello preguntarle nada sobre sus asuntos. Por fin terminaron los campos verdes y Maggie se encontró mirando entre los barrotes de una puerta que daba a un camino con un alto margen de hierba a ambos lados. Nunca había visto una carretera tan ancha y, sin saber por qué, le dio la impresión de que el terreno comunal

no podría estar muy lejos; tal vez fuera porque había visto un burro con un tronco atado a las patas para impedirle la huida comiendo del herboso margen, y en otra ocasión, cuando cruzó los terrenos comunales de Dunlow en la calesa de su padre, también vio un burro con aquel triste estorbo. Se coló entre los barrotes de la puerta y siguió caminando animada, aunque la asustaban las imágenes recurrentes de Apolión^[7], de algún salteador de caminos armado, de un enano vestido de amarillo con una boca de oreja a oreja y de otros peligros diversos, ya que la pobrecita Maggie poseía a un tiempo la timidez de una imaginación activa y la osadía de un impulso imperioso. Se había lanzado a la aventura de buscar a sus desconocidos semejantes, los gitanos, y ahora se encontraba en aquel camino extraño en el que apenas se atrevía a mirar a uno y otro lado, no fuera a ver al diabólico herrero de delantal de cuero sonriendo con los brazos en jarras. Y, con sobresalto, reparó en unas piernecitas desnudas que sobresalían, con los pies por delante, junto a una loma; demasiado alterada para distinguir a primera vista los andrajos y la oscura cabeza greñuda que acompañaban a las piernas, aquello le pareció algo horriblemente sobrenatural: algo así como un hongo diabólico. Era un muchacho dormido y Maggie se alejó corriendo, no fuera a despertarlo: no se le ocurrió que acaso fuera uno de sus amigos gitanos y que, de confirmarse tendría unos modales muy amistosos. Sin embargo, así era, porque al siguiente recodo del camino, Maggie distinguió la pequeña tienda semicircular; el humo azulado ascendía ante lo que iba a ser su refugio de todo el vilipendio que la había acosado en la vida civilizada. Incluso vio, junto a la columna de humo, una alta figura femenina: sin duda, la madre gitana, que se encargaba de suministrar el té y otros alimentos. Le asombró no sentir mayor alegría. Le sorprendía encontrar a los gitanos junto al camino y no en un terreno comunal: lo cierto era que resultaba decepcionante, porque el mismo terreno comunal misterioso e ilimitado, con zonas de arena donde esconderse, lejos del alcance de cualquiera, siempre había formado parte de la imagen que Maggie tenía de la vida de los gitanos. No obstante, siguió avanzando y pensó con cierto consuelo que probablemente los gitanos no sabían nada de los tontos de pueblo, de modo que no había peligro de que cayeran en el error de clasificarla de entrada como uno de ellos. Resultaba evidente que había atraído su atención, porque la figura alta, que resultó ser una mujer joven con una criatura en brazos, se dirigió lentamente a su encuentro. Maggie contempló aquel rostro mientras se le acercaba y se tranquilizó al pensar que su tía Pullet y los demás tenían razón cuando la llamaban gitana, porque aquel rostro de brillantes ojos negros y cabello largo se parecía bastante a la imagen que ella había observado en el espejo antes de cortarse el pelo.

—¿Adónde va *usté*, señorita? —preguntó la gitana con tono zalamero.

A Maggie aquello le encantó porque era exactamente lo que esperaba: los gitanos se habían dado cuenta al instante de que era una señorita y estaban dispuestos a

tratarla del modo adecuado.

—Aquí mismo —dijo Maggie, con la sensación de que decía lo que había ensayado en un sueño—. Vengo a quedarme con vosotros si me dejáis.

—¡Qué gracia! Venga, pues. Vaya, qué señorita más linda —dijo la gitana, tomándola de la mano. A Maggie le pareció una mujer muy agradable, aunque le habría gustado que no estuviera tan sucia.

Se acercaron a la hoguera, en torno a la cual había un grupo reunido. Una vieja gitana, sentada en el suelo, se frotaba las rodillas y, de vez en cuando, metía un pincho en una olla de la que salía un vapor oloroso: dos niños greñudos, tendidos boca bajo, se apoyaban en los codos como dos pequeñas esfinges, y un plácido burro inclinaba la cabeza sobre una chica que, tendida de espaldas, le rascaba la nariz y lo obsequiaba con un poco de excelente heno robado. El sol poniente los iluminaba y la escena resultaba hermosa y agradable, pensó Maggie, aunque deseaba que no tardaran mucho en sacar las tazas del té. Todo sería encantador cuando hubiera enseñado a los gitanos a lavarse con una jofaina y a sentir interés por los libros. De todos modos, le desconcertó que la mujer joven empezara a hablar con la vieja en una lengua que Maggie no entendía mientras la chica alta que daba de comer al burro se incorporaba y la escrutaba sin saludarla.

—Cómo es eso, linda damita —dijo finalmente la anciana—: ¿Ha venido a quedarse con nosotros? *Asiéntese* y cuéntenos de *ande* viene.

Aquello parecía un cuento: a Maggie le gustaba que la llamaran linda damita y la trataran de aquella manera.

—Vengo de mi casa porque allí soy desgraciada y quiero ser gitana —explicó después de sentarse—. Viviré con vosotros, si queréis, y puedo enseñaros muchas cosas.

—Qué damita tan lista —exclamó la mujer del nene, sentándose al lado de Maggie y depositando el niño en el suelo para que gateara—. Y qué sombrerito y qué vestido tan bonitos —añadió mientras le quitaba la capota a Maggie y la examinaba, tras lo cual comentó algo a la vieja en aquel lenguaje desconocido. La chica alta le arrebató la capota y se la puso con una gran sonrisa burlona, pero Maggie estaba decidida a no dar muestras de debilidad alguna en ese aspecto, como si el sombrero le importara algo.

—No quiero llevar sombrero —dijo Maggie—. Prefiero un pañuelo rojo, como vosotras —añadió, mirando a la amiga que tenía al lado—. Hasta ayer tenía el pelo bastante largo, pero me lo corté. Aunque me parece que me crecerá enseguida —añadió con aire de disculpa, pensando que tal vez las gitanas tenían especial preferencia por el cabello largo. En aquel momento, el deseo de caer en gracia a los gitanos había hecho que Maggie hubiera olvidado incluso el hambre que tenía.

—Oh, qué damita tan encantadora. Y, seguramente, tan rica —dijo la anciana—.

¿Vive en una casa bonita?

—Sí, mi casa es linda y me gusta mucho el río donde vamos a pescar, pero muchas veces soy muy desgraciada. *M'*habría gustado traerme libros, pero me he escapado a toda prisa ¿sabes? Pero puedo contaros casi todo lo que sale en mis libros, porque los he leído muchas veces, y eso os divertirá. Y también puedo contaros cosas de geografía, que son cosas sobre el mundo en que vivimos, que son muy útiles e interesantes. ¿Habéis oído hablar de Colón?

Los ojos de Maggie empezaban a brillar y sus mejillas se ruborizaban: estaba comenzando a instruir a los gitanos y a tener influencia sobre ellos. Los gitanos la escuchaban asombrados, aunque su atención se dividía entre la niña y el contenido de su bolsito, que la amiga situada a la derecha le había vaciado sin que ella se diera cuenta.

—¿Es allí *ande* vive usted, señorita? —preguntó la anciana cuando mencionó a Colón.

—¡Oh, no! —exclamó Maggie con cierta pena—. Colón fue un hombre muy importante que encontró medio mundo, lo encadenaron y lo trataron muy mal. Lo pone en mi catecismo de geografía, pero a lo mejor es una historia demasiado larga para contarla antes del té... Quiero merendar.

A Maggie se le escaparon estas palabras a pesar de su voluntad y así pasó del tono didáctico y condescendiente al mero mal humor infantil.

—Vaya, la pobre damita tiene hambre —comentó la mujer joven—. *Darle* algo frío para comer. Seguramente habrá *caminao* mucho, querida niña. ¿Dónde está su casa?

—Es el molino de Dorlcote, está muy lejos —dijo Maggie—. Mi padre es el señor Tulliver, pero no debemos decirle dónde estoy porque me llevaría a casa de nuevo. ¿Dónde vive la reina de las gitanas?

—¡Vaya! ¿Quiere verla? —preguntó la mujer joven. La niña alta, entre tanto, no dejaba de escrutar a Maggie y de sonreír con una mueca. Sin duda, sus modales no eran nada agradables.

—No —contestó Maggie—. Sólo pensaba que si no es una buena reina, os alegraríais si muriera y pudierais escoger a otra. Si yo fuera reina, sería muy buena y amable con todos.

—Aquí *tie* un poco de buena comida —dijo la vieja, tendiéndole a Maggie un trozo de pan, que había sacado de una bolsa con mendrugos y un poco de tocino frío.

—Gracias —dijo Maggie, mirando la comida, pero sin tomarla—, pero ¿no podrías darme un poco de pan con mantequilla y un poco de té, en lugar de esto? No me gusta el tocino.

—No tenemos té ni mantequilla —contestó la vieja frunciendo un poco el ceño, como si estuviera cansándose de contemplaciones.

—Bueno, pues me servirá un poco de pan con melaza dijo Maggie.

—No tenemos melaza —contestó la vieja enfadada, tras lo cual tuvo lugar un brusco diálogo en aquella lengua desconocida y una de las pequeñas esfinges le arrebató el pan con tocino y empezó a comérselo. En aquel momento, la chica alta, que se había alejado unos metros, regresó y dijo algo que causó gran conmoción. La vieja pareció olvidar el hambre de Maggie, introdujo el pincho en la olla y lo agitó con energía; la mujer joven entró en la tienda y sacó platos y cucharas. Maggie tembló un poco y temió que los ojos se le llenaran de lágrimas. Entretanto, la chica alta soltó un grito agudo y corrió hacia el muchacho junto al que había pasado Maggie cuando dormía: un tosco pilluelo de la edad de Tom, el cual miró fijamente a Maggie y a continuación prosiguió con su charla incomprensible. Maggie se encontraba muy sola y estaba segura de que no tardaría en echarse a llorar: los gitanos no parecían ocuparse de ella y se sentía muy débil en su compañía. Pero un nuevo terror contuvo sus lágrimas: cuando aparecieron los dos hombres cuya aproximación había sido la causa del súbito revuelo. El mayor de los dos dejó caer la bolsa que llevaba y se dirigió a las mujeres con gritos de reprimenda que ellas contestaron con una retahíla en tono agudo e insolente; mientras tanto, un chucho negro corrió hacia Maggie ladrando, lo que sumió a la niña en unos temblores que encontraron nueva causa en las maldiciones con que el hombre más joven llamó al perro y en el golpe que le propinó con el gran bastón que llevaba en la mano.

Maggie pensó que era imposible que fuera nunca reina de esa gente o que llegara siquiera a comunicarles conocimientos útiles y divertidos. Los hombres parecían estar haciendo preguntas sobre Maggie, porque la miraban y la conversación fue adoptando el tono pacífico que implica curiosidad por un lado y capacidad de satisfacerla por otro.

—Esta preciosa damita ha *veníoa* vivir con nosotros, ¿no os alegráis? —dijo finalmente la mujer joven en el tono zalamero empleado antes.

—Ajá, *m'alegro* mucho —contestó el hombre joven, que examinaba el dedal de plata de Maggie y otras cosillas que le habían cogido del bolsito.

Las devolvió todas, excepto el dedal, a la mujer joven con un comentario y ésta volvió a guardarlas inmediatamente en el bolsito de Maggie, mientras los hombres se sentaban y empezaban a atacar el contenido de la olla —un estofado de carne con patatas— que habían sacado del fuego y habían servido en una fuente amarilla.

Maggie empezó a pensar que tal vez Tom tuviera razón sobre los gitanos: sin duda, eran ladrones, a menos que el hombre tuviera intención de devolverle de inmediato el dedal. Se lo habría regalado gustosa porque no sentía por él especial cariño; pero la idea de que se encontraba entre ladrones le impedía sentir ningún consuelo en las nuevas atenciones que recibía: todos los ladrones eran malos, con la única excepción de Robin Hood. Las mujeres se dieron cuenta de que estaba

asustada.

—No tenemos *na* bueno *pa* que coma la señorita —dijo la vieja con tono meloso—. Y *tie* tanta hambre, la pobre damita.

—Tome, cariño, mire si le gusta esto —dijo la mujer joven, tendiéndole un poco de estofado en un plato marrón con una cuchara de hierro; Maggie, recordando el enfado de la vieja porque no le había gustado el pan con tocino, no se atrevió a rechazar el guiso, aunque el miedo le había quitado el apetito. ¡Ojalá su padre apareciera por allí con la calesa y se la llevara! ¡O pasaran por ahí Jack el Matagigantes o el señor Greatheart^[8], o San Jorge, el que mataba al dragón en las monedas de medio penique! Maggie pensó, abatida, que nunca se había visto a aquellos héroes en las proximidades de Saint Ogg's: allí nunca pasaba nada extraordinario.

Como se ha podido apreciar, Maggie Tulliver estaba muy lejos de poseer la educación y formación que tiene actualmente una niña de ocho o nueve años: sólo había asistido un año a la escuela de Saint Ogg's, y tenía tan pocos libros que algunas veces incluso leía el diccionario; de manera que, si fuera posible recorrer su mente, se distinguiría la mas sorprendente ignorancia junto con el conocimiento mas insospechado. Era capaz de explicar que existía una palabra tal como «poligami» y, puesto que conocía también el término «polisílab», había deducido que «pol» significaba «mucho».; pero no tenía la menor idea de que los gitanos no poseyeran una gran despensa, y sus pensamientos, por lo general, estaban formados por una extraña mezcla de perspicacia clarividente y ciegos sueños.

En los últimos cinco minutos, sus ideas sobre los gitanos habían sufrido una rápida modificación. Tras considerarlos compañeros muy respetables y bien dispuestos a la instrucción, había empezado a pensar que tal vez quisieran matarla en cuanto se hiciera de noche y, más tarde, trocear su cuerpo para ir guisándolo poco a poco: incluso sospechó que el viejo de ojos feroces era, en realidad, el demonio y podía despojarse en cualquier momento de ese disfraz y convertirse en el herrero de la gran sonrisa o en un monstruo de ojos fieros con alas de dragón. No conseguía comerse el guiso y, sin embargo, lo que más temía era ofender a los gitanos revelando la opinión extremadamente desfavorable que acababa de formarse sobre ellos; se preguntaba con un fervoroso interés que ningún teólogo podría haber superado si, en caso de que el demonio estuviera presente, podría leerle el pensamiento.

—¡Cómo! ¿No le gusta cómo huele, querida? —preguntó la mujer joven, observando que Maggie ni siquiera había comido una cucharada—. Anda, pruébelo.

—No, gracias —dijo Maggie, haciendo acopio de todas sus fuerzas para sonreír amistosamente—. Me parece que no tengo tiempo, está haciéndose de noche. Me parece que tengo que irme a casa. Ya volveré otro día y os traeré una cesta con tartas de mermelada y otras cosas.

Maggie se levantó mientras anunciaba aquel plan ilusorio, deseando fervientemente que Apolión fuera crédulo; pero sus esperanzas naufragaron cuando la vieja gitana dijo:

—Pare un poco, pare un poco, damita: la llevaremos a su casa, sana y salva, después de cenar: irá montada, como corresponde a una dama.

Maggie se sentó de nuevo con escasa fe en esa promesa, aunque vio cómo la chica alta embridaba el burro y le echaba encima unas alforjas.

—Andando, señorita —dijo el hombre joven, poniéndose en pie y conduciendo el burro—. ¿*Ande* vive? ¿Cómo se llama ese sitio?

—Vivo en el molino de Dorlcote —se apresuró a contestar Maggie—. Mi padre es el señor Tulliver, allí vive.

—Caramba, ¿un molino grande un poco para acá de Saint Ogg's?

—Sí —dijo Maggie—. ¿Está muy lejos? Me parece que me gustaría irme andando, si le parece bien.

—No, no. Empieza a oscurecer y debemos darnos prisa. Y el burro la llevará *mu* bien, ya verá.

Alzó a Maggie mientras hablaba y la sentó sobre el borrico. La niña sintió alivio al ver que no era el viejo quien se disponía a acompañarla, pero apenas se atrevía a esperar que, efectivamente, la llevara a su casa.

—Aquí está su bonito sombrero —dijo la mujer joven, colocándole la prenda antes despreciada y ahora recibida con alegría—. Y les diré que nos hemos *portao* muy bien con usted, ¿verdad? Y que hemos dicho que era una damita preciosa.

—Oh, sí. Muchas gracias. Os estoy muy agradecida. Pero me gustaría que tú también vinieras conmigo —dijo Maggie, pensando que cualquier cosa sería mejor que partir sola con uno de aquellos hombres tan terribles: sería más alegre que la asesinara un grupo numeroso.

—Ah, yo le gusto más, ¿verdad? —dijo la mujer—. Pero no puedo ir, irán demasiado aprisa para mí.

Al parecer, el hombre tenía intención de montar en el borrico y sostener a Maggie ante él, y la niña fue tan incapaz de protestar contra esta solución como el propio burro, aunque aquello le pareciera peor que cualquier pesadilla. Después de que la mujer se despidiera de ella con unas palmaditas en la espalda, el burro, siguiendo la enérgica indicación del bastón del hombre, se puso en marcha rápidamente por el camino en dirección hacia el lugar por donde había venido Maggie una hora atrás, mientras la chica alta y el tosco pilluelo, provistos también de palos, los escoltaron amablemente durante el primer centenar de yardas entre gritos y golpes.

Ni siquiera Leonora^[9] en su sobrenatural viaje nocturno con el fantasma de su amado estaba más aterrorizada que la pobre Maggie en aquel recorrido perfectamente normal sobre un burro de paso corto, con un gitano a su espalda convencido de estar

ganándose media corona. La luz rojiza del sol poniente parecía poseer un significado profético, relacionado sin duda con el alarmante rebuzno del otro borrico, atado al tronco. Las dos casitas con tejado de paja, las únicas que vieron junto al camino, hacían el paisaje aún más lúgubre; no tenían ventanas propiamente dichas y las puertas estaban cerradas: seguro que allí vivían brujas, y Maggie sintió alivio al ver que el burro no se detenía.

Por fin —¡qué hermosa visión!— aquel camino, el más largo del mundo, se terminó y desembocó en una carretera ancha por la que, en aquel momento, circulaba incluso un carruaje. Y en la esquina había una indicación: seguro que la había visto antes. La señal decía: «A Saint Ogg's, 2 milla». Así pues, el gitano de veras la llevaba a casa: después de todo, probablemente, era un buen hombre y quizá se había ofendido al pensar que no quería viajar sola con él. La idea fue ganando terreno a medida que Maggie se convencía de que el hombre conocía bien la carretera, y estaba pensando en cómo iniciar una conversación con el ofendido gitano y no sólo reparar sus sentimientos sino también borrar la impresión causada por su cobardía cuando llegaron a un cruce y Maggie divisó a alguien que se acercaba montado en un caballo de cara blanca.

—¡Para, para! —gritó—. ¡Es mi padre! ¡Padre, padre!

Aquella alegría repentina resultó casi dolorosa y, antes de que su padre llegara hasta ella, se echó a llorar. El señor Tulliver se asombró muchísimo, porque regresaba de Basset y todavía no había pasado por su casa.

—¡Caramba! ¿Qué significa esto? —dijo, frenando el caballo mientras Maggie se deslizaba del burro y corría hacia el estribo de su padre.

—Me parece que la señorita s' ha perdío —dijo el gitano—. Llegó hasta nuestro campamento, en el camino de Dunlow. Ahora la llevaba hacia donde nos ha dicho que vivía. Cae muy lejos, cuando uno se ha *pasao* todo el día por ahí.

—Oh, sí, padre. Ha sido muy bueno al traerme a casa —dijo Maggie—. ¡Es un hombre amable y bueno!

—Tenga, buen hombre —dijo el señor Tulliver, tendiéndole cinco chelines—. Es la mejor acción que ha hecho nunca. No soportaría perder a esta mocita. Venga, sube aquí delante.

Se pusieron en marcha y Maggie apoyó la cabeza en su padre y siguió llorando.

—¡Vaya! ¡Maggie, qué es eso, qué es eso! ¿Cómo ha sido que has estado vagando por ahí y t' has perdido?

—Padre —sollozó Maggie—. Me he escapado porque era muy desgraciada. Tom se ha enfadado mucho conmigo y no lo podía soportar.

—Ea, ea —dijo el señor Tulliver tranquilizándola—. Ni se t' ocurra escaparte de tu padre, ¿qué haría tu padre sin su mocita?

—No, no. Nunca volveré a escaparme, nunca.

Cuando llegaron a casa aquella noche, el señor Tulliver habló con claridad con la señora Tulliver y con Tom, lo que tuvo el sorprendente resultado de que Maggie nunca oyó un reproche de su madre ni una broma de su hermano sobre la tonta escapada con los gitanos. Aquella reacción tan poco habitual atemorizó a Maggie y algunas veces interpretaba que su conducta había sido demasiado terrible para que se mencionara.

Capítulo XII

En casa del señor y la señora Glegg

Para ver a los señores Glegg en su casa, debemos adentrarnos en Saint Ogg's, esa venerable población de rojos tejados estriados y almacenes con amplios gabletes, donde los barcos negros depositan sus cargas del lejano Norte y se llevan, a cambio los preciosos productos del interior, el queso bien prensado y las finas lanas con los que, sin duda, mis selectos lectores se habrán familiarizado a través de la mejor literatura clásica pastoril.

Se trata de una de esas ciudades viejas, muy viejas, que producen la sensación de ser una prolongación de la naturaleza, al igual que los nidos de los tilonorrincos o pájaros pergoleros australianos o las laberínticas galerías de los termes: un pueblo que lleva consigo las huellas de su crecimiento y su historia, como un árbol milenario, y ha brotado y se ha desarrollado entre el río y la baja colina desde la época en que le daban la espalda las legiones romanas del campamento situado en la ladera, y los reyes del mar de largos cabellos remontaban el río y miraban con ojos ávidos y fieros la feracidad de las tierras. Es una población «familiarizada con los años olvidado».^[10] La sombra del rey héroe sajón todavía deambula vacilante, rememorando las escenas de su juventud y amoríos, y a su encuentro sale la sombra aún más melancólica del temible pagano danés, al que atravesó la espada de un vengador invisible cuando se hallaba entre sus guerreros, y en las tardes de otoño se alza de su túmulo situado en la colina como una neblina blanca que flota en el patio del viejo ayuntamiento situado junto al río, el lugar donde fue milagrosamente asesinado en los días previos a la construcción del viejo edificio. Los normandos empezaron la construcción de aquel hermoso y viejo ayuntamiento que, como la ciudad, habla de los pensamientos y las manos de generaciones dispersas; pero es todo tan viejo que contemplamos con benevolencia sus incongruencias y nos alegramos de que quienes construyeron el mirador de piedra y quienes edificaron la fachada y las torres góticas con pequeños ladrillos y ornamentos trifoliados, así como las ventanas y almenas delimitadas en piedra, no cometieran el sacrilegio de demoler la vieja nave de entramado de madera, con su salón de banquetes con techo de roble.

Incluso más antiguo que este antiguo ayuntamiento tal vez sea el fragmento de muro inserto en el campanario de la iglesia parroquial, que, según dicen, es un resto de la capilla original dedicada a san Ogg, el santo patrón de esta antigua ciudad, de cuya historia poseo varias versiones manuscritas. Me inclino a favor de la más breve puesto que, si no fuera totalmente cierta, al menos contendría menos falsedades. «Ogg, hijo de Beor», dice mi hagiógrafo particular, «era un barquero que se ganaba

apenas la vida cruzando pasajeros por el río Floss. Una noche muy ventosa vio a una mujer con un niño en brazos gimiendo a la orilla del río; iba vestida con andrajos y tenía aspecto agotado y abatido. Rogaba que la llevaran al otro lado del río, y los hombres que allí había le preguntaban: "¿Por qué quieres cruzar el río? Aguarda hasta la mañana y cobíjate aquí para pasar la noche, sé prudente y no cometas locuras". Pero ella seguía gimiendo e implorando. Entonces apareció Ogg, hijo de Beorl, y le dijo: "Yo te cruzaré al otro lado: basta con que tu corazón lo necesite", y así lo hizo. Y sucedió que en cuando la mujer puso un pie en la orilla, sus harapos se transformaron en un largo vestido blanco, su rostro adquirió una belleza extraordinaria y la envolvió un halo tan luminoso que proyectaba sobre el agua la luz de una luna llena. Y le dijo: "Ogg, hijo de Beorl, bendito seas porque no discutiste los deseos del corazón, sino que te compadeciste y me ayudaste. De ahora en adelante, aquel que entre en tu barca estará protegido de la tormenta, y cuando ésta se aventure a rescatar a alguien, salvará vidas de hombres y ganado". Y cuando llegaron las inundaciones, la bendición de la barca salvó a muchos. Pero cuando murió Ogg, hijo de Beorl, en el momento en que partió su alma, la barca se soltó de las amarras, se dejó llevar por el reflujo de la marea rápidamente hacia el océano y nunca más volvieron a verla. A partir de entonces, siempre que había una inundación, al llegar el crepúsculo se veía a Ogg, hijo de Beorl, con su barca sobre las extensas aguas: en la proa se sentaba la Virgen, iluminando las aguas como la luna llena para que los remeros que se hallaban en penumbra pudieran redoblar sus fuerzas y seguir remando».

Como se ve, esta leyenda refleja la periodicidad de las inundaciones que, incluso cuando no se cobraban ninguna vida humana resultaban fatales para el ganado indefenso y causaban la muerte repentina de todos los seres vivos mas pequeños. Sin embargo, la población conoció trastornos incluso peores que las inundaciones: guerras civiles cuando aquel era un continuo campo de batalla y los primeros puritanos agradecían a Dios la sangre de los legitimistas, y después los legitimistas daban gracias a Dios por la sangre de los puritanos. En aquellos tiempos, muchos ciudadanos honrados perdieron todas sus posesiones por cuestiones de conciencia y marcharon, empobrecidos, de su ciudad natal. Sin duda, todavía se alzan muchas de las casas que estos honrados ciudadanos tuvieron que abandonar apenados: pintorescas casas con gabletes situadas frente al río, comprimidas entre almacenes más recientes y atravesadas por sorprendentes pasajes con recodos y ángulos agudos que terminan por conducir a la fangosa orilla, continuamente inundada por la marea. Las casas de ladrillo tienen aspecto añejo y, en la época de la señora Glegg, ningún detalle moderno resultaba incongruente: no había escaparates con grandes lunas, ninguna fachada de estuco ni ningún otro intento falaz de simular que la vieja y roja población de Saint Ogg's había surgido la víspera. Los escaparates eran pequeños y

sencillos porque las esposas e hijas de los granjeros, que iban a hacer la compra el día del mercado, no tenían la menor intención de adquirir nada en tiendas distintas de las habituales; y los comerciantes no ofrecían mercancías destinadas a clientes de paso que no volverían a ver. Ah, se diría que incluso la época de la señora Glegg queda muy lejana, separada de nosotros por unos cambios que parecen ensanchar los años. La guerra y el rumor de la guerra habían desaparecido de la mente de los hombres, y si alguna vez pensaban en ella los granjeros cubiertos con sobretodos de sayal que agitaban los sacos de muestra para vaciarlos y murmuraban en la atestada plaza del mercado, era como un estado de cosas que pertenecía a una edad de oro pasada, cuando los precios eran altos. Sin duda, se habían ido para siempre los tiempos en que el ancho río podía traer barcos poco gratos: ahora Rusia no era más que el lugar de origen de la linaza —cuanta más llegara, mejor— destinada a las grandes piedras verticales de los molinos, cuyos brazos como guadañas rugían, gemían y barrían cuidadosamente como si tuvieran dentro un alma. Los católicos, las malas cosechas y las misteriosas fluctuaciones del comercio eran los tres males que debía temer la humanidad: ni siquiera las inundaciones habían sido grandes durante los últimos años. El espíritu de Saint Ogg's no se proyectaba demasiado hacia el futuro o hacia el pasado. Había heredado una larga historia a la que no prestaba atención y no tenía ojos para los espíritus que recorrían sus calles. Desde los siglos en que se había visto en las aguas crecidas a san Ogg y a la Virgen Madre en la proa, se habían dejado atrás muchos recuerdos que habían ido desvaneciéndose, de la misma manera que la cumbre de las colinas iba redondeándose. Y el presente era como una llanura donde los hombres hubieran dejado de creer en la existencia de volcanes y terremotos, convencidos de que el mañana sería idéntico al ayer y que dormían para siempre las fuerzas gigantescas que antes agitaban la tierra. Habían pasado ya los días en que la gente se forjaba, en gran medida, de acuerdo con su fe y de ningún modo podía cambiarla. Los católicos resultaban formidables porque habrían deseado apoderarse del gobierno y de las propiedades y quemar vivos a los hombres, pero no porque pudieran convencer a ningún parroquiano cuerdo y honrado de Saint Ogg's para que creyera en el Papa. Un anciano recordaba que cuando John Wesley predicaba en la plaza del mercado convenció a una tosca multitud, pero hacía ya mucho tiempo que no se esperaba que los predicadores conmovieran el alma de los hombres. El único síntoma de un celo inadecuado para aquellos tiempos más sobrios, cuando los hombres habían terminado ya con los cambios, era el ocasional estallido de fervor en los púlpitos discrepantes a propósito del bautismo infantil. El protestantismo se sentía cómodo, despreocupado de los cismas, indiferente al proselitismo: la discrepancia se heredaba, lo mismo que el emplazamiento del banco en la iglesia o las relaciones comerciales, y el clero trataba despectivamente la discrepancia como una tonta costumbre propia de familias dedicadas al comercio de comestibles y a la fabricación

de velas, si bien no resultaba incompatible con el próspero comercio al por mayor. Sin embargo, con la Cuestión Católica llegó un ligero viento de controversia que alteró la calma: el anciano párroco en algunas ocasiones se mostraba aficionado a la historia y al debate, y el señor Spray, el ministro de la Iglesia Independiente empezó a pronunciar sermones políticos en los que distinguía con gran sutileza entre su ferviente fe en el derecho de los católicos al voto y el convencimiento de que se condenarían para la eternidad. No obstante, la mayoría de los oyentes del señor Spray eran incapaces de seguir sus sutilezas y muchos discrepantes anticuados se apenaban de que «respaldara a los católicos», mientras que otros pensaban que sería mejor que dejara en paz la política. En Saint Ogg's el espíritu público no se tenía en gran estima y los hombres que se ocupaban de cuestiones políticas eran considerados con cierto recelo como personajes peligrosos: por lo general, poseían escasos o inexistentes negocios y, de tenerlos, era probable que resultaran insolventes.

Así era el aspecto general de Saint Ogg's en los tiempos de la señora Glegg, en el momento concreto de la historia de su familia en que tuvo lugar la pelea con el señor Tulliver. En aquella época, la ignorancia era mucho más cómoda que ahora, y se acogía con todos los honores en la mejor sociedad sin que fuera necesario disfrazarla con complicados trajes de conocimientos; una época en la que los periódicos baratos no existían y a los médicos rurales ni se les ocurría preguntar a sus pacientes femeninas si les gustaba leer, sino que daban por hecho que preferían chismorrear: unos tiempos en que las damas con ricos trajes de seda llevaban grandes bolsos en los que guardaban un hueso de oveja para protegerse de los calambres. La señora Glegg llevaba un hueso de esos, que había heredado de su abuela, junto con un traje de brocado que podía sostenerse solo, como si fuera una armadura, y un bastón con empuñadura de plata, ya que la familia Dodson era respetable desde hacía muchas generaciones.

La señora Glegg tenía un salón delantero y otro trasero en su excelente casa de Saint Ogg's, de manera que contaba con dos puntos de vista desde los que observar las debilidades de sus congéneres y sentirse así más agradecida por su excepcional fortaleza de carácter. Desde las ventanas que daban a la calle, divisaba el camino que salía de Saint Ogg's en dirección a la carretera de Tofton, y advertía la tendencia creciente «a callejea» de las mujeres cuyos maridos no se habían retirado de los negocios, así como la costumbre de llevar medias de algodón tejido, lo que abría una perspectiva temible para la generación siguiente. Desde las ventanas traseras veía el agradable jardín y el huerto que se extendía hasta el río, y observaba el absurdo empeño del señor Glegg en pasar las horas entre «flores y hortaliza». El señor Glegg, tras abandonar la actividad de tratante en lanas con el propósito de disfrutar del resto de sus días, había encontrado que esta última ocupación resultaba mucho más penosa que su negocio, de modo que se aficionó a trabajar la tierra como distracción y

acostumbraba a relajarse haciendo el jornal de dos jardineros normales. El ahorro del sueldo de un jardinero tal vez habría empujado a la señora Glegg a hacer la vista gorda ante esa tontería, si es que era posible que una mujer sensata llegara a simular respeto por las aficiones de su marido. Pero es bien sabido que esta excesiva complacencia conyugal sólo es propia del sector más débil de este sexo, apenas sensible a la responsabilidad de una esposa como freno a las debilidades de su esposo, que casi nunca son de carácter racional o encomiable.

Por su parte, el señor Glegg tenía una doble fuente de ocupación mental que prometía ser inagotable. Por un lado, se sorprendía con sus descubrimientos de historia natural y encontraba que el terreno de su jardín contenía maravillosas orugas, babosas e insectos que, por lo que sabía, nunca habían sido objeto de observación humana, y advertía coincidencias notables entre estos fenómenos zoológicos y los grandes acontecimientos de la época: por ejemplo, antes de que ardiera la catedral de York aparecieron misteriosas señales serpenteantes en las hojas de los rosales, así como una inusual abundancia de babosas cuyo origen le intrigó hasta que, de repente, se le ocurrió establecer un vínculo con la triste conflagración. (El señor Glegg tenía una actividad mental inusual que, en cuanto se retiró del negocio de la lana, se encaminó de modo natural en otras direcciones). Y el segundo tema de meditación consistía en lo «contrarios» que era la mente femenina, de la que la señora Glegg constituía un ejemplo típico. El que una criatura hecha —desde el punto de vista genealógico— a partir de la costilla del varón y, en ese caso concreto, mantenida en la mayor respetabilidad sin la menor inquietud por su parte, se encontrara habitualmente en un estado de contradicción con las propuestas más anodinas e incluso con las concesiones más complacientes, constituía un misterio en el orden del universo cuya respuesta había buscado en vano en los primeros capítulos del Génesis. El señor Glegg había escogido a la mayor de las señoritas Dodson en tanto que hermosa encarnación de la prudencia y el ahorro femeninos, y puesto que él era partidario de conseguir y guardar dinero, había previsto una gran armonía conyugal. Sin embargo, en aquella curiosa mezcla del carácter femenino, podía suceder con facilidad que el aroma fuera desagradable a pesar de la excelencia de los ingredientes; y una tacañería adecuada y sistemática puede ir acompañada de una salsa que estropee el disfrute. El propio señor Glegg era tacaño del modo más afable: sus vecinos lo llamaban «agarrad», lo que siempre significa que la persona en cuestión es un avaro amable. Cuando alguien expresaba cierta predilección por las cortezas del queso, el señor Glegg se acordaba de guardárselas, encantado de recrearle el paladar, y era propenso a tener animales de compañía que no requirieran cuidados. No había hipocresía ni engaño en el señor Glegg: habría llorado con sentimientos verdaderos al ver cómo una viuda se veía obligada a vender sus muebles, aunque un billete de cinco libras de su bolsillo pudiera impedir la venta: pero la donación de cinco libras a una

persona humilde le habría parecido una loca forma de despilfarro más que de «carida», ya que siempre había concebido ésta como una serie de pequeñas ayudas, no como una neutralización de la desgracia. Y el señor Glegg era tan entusiasta de ahorrar el dinero propio como el ajeno: habría dado un gran rodeo para evitar un peaje, tuviera que pagarlo él u otra persona, y ponía cierto empeño en convencer a conocidos indiferentes para que adoptaran un sustituto barato del betún negro. Este hábito inalienable del ahorro como un fin en sí mismo era propio de los industriosos hombres de negocios de la generación anterior, que habían construido lentamente sus fortunas, casi como es natural en el lebrél seguir el rastro del zorro: y los había convertido en una «raz», casi perdida en estos días de dinero de fácil consecución, cuando el despilfarro sigue los pasos a la necesidad. En esos tiempos pasados, la «independencia económica» apenas se conseguía nunca sin cierta tacañería, y esta cualidad se encontraba en todas las regiones combinada con caracteres tan diversos como los frutos de los que se puede extraer ácido. Los verdaderos harpagonos eran siempre personajes notorios y excepcionales, pero no lo eran los respetables contribuyentes que, tras pasar apuros, conservaban, incluso cuando disfrutaban ya de un cómodo retiro, con el huerto y la bodega bien provistos, la costumbre de contemplar la vida como un ingenioso proceso de recorte de su sustento sin dejar por ello un déficit perceptible, y no les habría costado abandonar de inmediato un lujo gravado con un nuevo impuesto, tuvieran quinientas libras de renta anual o de capital. El señor Glegg era uno de estos hombres que tan difíciles resultaban para los ministros de hacienda; si tienes esto en cuenta, lector, te resultará más sencillo comprender por qué seguía convencido de que había hecho un buen matrimonio, a pesar del acre condimento que la naturaleza había dado a las virtudes de la mayor de las señoritas Dodson. El hombre de tendencia afectuosa que encuentra una esposa que coincide con su idea de la vida, se convence fácilmente de que ninguna otra mujer le habría convenido tanto y se pelea un poco a diario sin sentir por ello ningún distanciamiento. El señor Glegg, que poseía un carácter reflexivo y ya no estaba ocupado con las lanas, pasaba muchas horas meditando sobre las peculiaridades de la mente femenina tal como se mostraba ante él en su vida doméstica: y, con todo, pensaba que el modo que la señora Glegg tenía de dirigir la casa era un modelo para su sexo: le parecía una irregularidad lamentable que otras mujeres no enrollaran las servilletas con la misma tirantez y énfasis que la señora Glegg, que sus dulces no poseyeran la misma consistencia correosa y que sus conservas de ciruelas damascenas no tuvieran la misma venerable solidez: ¡ca!, incluso la peculiar combinación de olores a alimentos y productos de limpieza del armario de la señora Glegg le producía la impresión de ser el único olor correcto para un aparador. Y es probable que no echara de menos las discusiones si éstas hubieran dejado de producirse durante una semana; sin duda una esposa débil y aquiescente habría

dejado sus meditaciones ayunas y desprovistas de misterio.

La inequívoca bondad del señor Glegg se manifestaba en que le dolía más ver a su esposa en desacuerdo con los demás —aunque fuera con Dolly, la criada— que discrepar él mismo con ella, y la pelea con el señor Tulliver le irritó tanto que, a la mañana siguiente, al contemplar el estado de las primeras coles durante el paseo que dio por el huerto antes del desayuno, apenas experimentó el placer que habría sentido en otras circunstancias. Sin embargo, se dirigió a desayunar con cierta esperanza de que ahora que la señora Glegg lo «había consultado con la almohad», su enfado se hubiera amortiguado lo bastante para ceder paso a su habitual sentido del decoro familiar. Presumía con frecuencia de que en la familia Dodson nunca se había producido una de esas peleas a muerte que habían destrozado otras familias: nunca se había desheredado a un Dodson ni se había repudiado a ningún primo, ¿por qué iba a hacerse? Todos los primos tenían dinero o, como mínimo, poseían varias casas.

La nube vespertina en forma de flequillo postizo no aparecía sobre la frente de la señora Glegg cuando se sentaba a la mesa del desayuno. Dado que pasaba la mañana ocupada en asuntos domésticos, habría sido un dispendio absurdo adornarse con algo tan superfluo para preparar dulces correosos. Hacia las diez y media, el decoro exigía flequillo, pero hasta entonces la señora Glegg podía ahorrárselo sin que la sociedad tuviera la menor noticia. Sin embargo, aquel día esa ausencia dejaba de manifiesto la permanencia de otra nube de severidad; y el señor Glegg, tras advertirlo después de sentarse a tomar las gachas con leche con que acostumbraba a poner frugal freno al hambre matutina, decidió prudentemente dejar a la señora Glegg la oportunidad de decir la primera frase, ya que dado la delicadeza del ánimo de una dama, temía ofenderla con el menor comentario. La gente que parece disfrutar con su mal carácter sabe cómo conservarlo intacto infligiéndose privaciones. Así lo hacía la señora Glegg: aquella mañana se había preparado el té mas flojo que de costumbre y no quiso tomar mantequilla. Era una dura prueba que tantos deseos de pelea y tan ávidos de aprovechar la menor oportunidad no obtuvieran ni un solo comentario por parte del señor Glegg para ejercitarse. Pero, poco a poco, su silencio resultó suficiente y el señor Glegg oyó finalmente cómo su esposa lo apostrofaba en ese tono tan propio de su bienamada cónyuge.

—¡Magnífico, Glegg! No es mucho lo que recibo a cambio de haber sido tu esposa durante todos estos años. Si es así cómo vas a tratarme, habría preferido saberlo antes de que muriera mi pobre padre y entonces, si hubiera querido un hogar, me habría ido a cualquier otro sitio, puesto que podía elegir.

El señor Glegg dejó de comer gachas y levantó la vista: no con sorpresa, sino con el mudo desconcierto con que contemplamos los misterios repetidos.

—¡Caramba, señora Glegg! ¿Y ahora qué he hecho?

—¿Que qué has hecho? ¿Qué has hecho? Cuánto lo siento.

Como no se le ocurría ninguna respuesta adecuada, el señor Glegg regresó a sus gachas.

—En este mundo hay maridos que habrían sabido hacer algo distinto que ponerse en el bando de todos los demás y en contra de su propia esposa —prosiguió la señora Glegg tras una pausa—. Quizá *m'*equivoque y puedas sacarme de mi error, pero siempre he oído decir que la tarea del marido es apoyar a su esposa en lugar de alegrarse y sentir como un triunfo que los demás la insulten.

—Pero ¿qué motivos tienes para decir eso? —preguntó el señor Glegg, algo enfadado, porque aunque era un hombre amable, no era tan dócil como Moisés—. ¿Cuándo me he alegrado de que te derroten?

—Hay comportamientos que resultan peores que las palabras, Glegg. Preferiría que me dijeras a la cara la poca estima en que me tienes a que *t'esforzaras* por manifestar que todo el mundo, menos yo, tiene razón, y bajas a desayunar por la mañana, cuando apenas he dormido una hora en toda la noche, y me pongas cara larga y *m'hagas* menos caso que a la porquería que pisan tus zapatos.

—¿Cara larga? —preguntó el señor Glegg en un tono de enfadada burla—. Vaya, eres como el borracho que cree que todo el mundo ha bebido demasiado, excepto él.

—¡No te rebajes utilizando un lenguaje ordinario conmigo, Glegg! Te da un aspecto lamentable, aunque no puedas verte —espetó la señora Glegg con enérgico tono compasivo—. Los hombres de tu posición deben dar ejemplo y hablar de modo más sensato.

—Claro, pero ¿escuchas las palabras sensatas? —contestó el señor Glegg bruscamente—. Lo más sensato que puedo decirte te lo dije ya anoche: que *t'equivocas* al pedir que te devuelvan el dinero cuando está invertido de modo seguro, todo por una pequeña riña, y esperaba que esta mañana hubieras cambiado de opinión. Pero si quieres recuperarlo, no te des prisa porque sembrarás más discordia en la familia: espera a que aparezca una bonita hipoteca. Ahora tendrías que pedirle al abogado que se pusiera a buscarte una inversión, y *t'embarcarías* en gastos interminables.

La señora Glegg pensó que aquello sí era digno de ser tenido en consideración, pero echó la cabeza hacia atrás y emitió una interjección gutural para indicar que su silencio era sólo un armisticio, no una paz. Y las hostilidades no tardaron en estallar de nuevo.

—Te agradecería que me sirvieras una taza de té, señora Glegg —dijo el señor Glegg al ver que, en contra de lo habitual, no se lo servía en cuanto terminaba las gachas. Ella alzó la tetera ladeando un poco la cabeza.

—Me alegra oír que *m'*agrades algo, señor Glegg. No se puede decir que se *m'*agradezca mucho lo que hago por los demás en este mundo. Aunque en tu familia nunca ha habido una mujer que estuviera a mi altura, Glegg, y eso mismo diría si

estuviera en mi lecho de muerte. No sólo *m'* he comportado siempre bien con los tuyos y ninguno de ellos puede decir lo contrario, aunque no son mis iguales y nadie conseguirá nunca que yo afirme semejante cosa.

—Será mejor que no encuentres más defectos en mi familia hasta que dejes de pelearte con la tuya, señora Glegg —dijo el señor Glegg con enfadado sarcasmo—. Si no es mucha molestia, quisiera la jarra de leche.

—Estas palabras son las más falsas que has dicho en tu vida, señor Glegg —dijo la señora, vertiendo leche con inusual profusión, como si le dijera que, puesto que quería leche, la tendría como venganza—. Y sabes perfectamente que son falsas. No soy mujer que se pelee con los suyos: tal vez tú sí lo seas, porque sé que lo has hecho.

—¡Vaya! Entonces, ¿cómo llamas a lo de ayer, eso de salir de la casa de tu hermana en plena pataleta?

—Nunca me pelearía con mi hermana, señor Glegg, y miente quien diga lo contrario. El señor Tulliver no lleva mi sangre, y fue él quien se peleó conmigo y *m'*echó de la casa. Pero tal vez habrías preferido que me quedara para que me insultaran, señor Glegg; tal vez *t'*ofendió no oír más ofensas ni lenguaje grosero vertido contra tu esposa. Pero permite que te diga que eso es una vergüenza para ti.

—Pero ¿alguien ha oído alguna vez algo semejante en esta parroquia? —exclamó el señor Glegg, enfadándose de veras—. Una mujer a la que se le da de todo, que se le permite conservar todo su dinero, que disfruta de una calesa recién tapizada con un gasto considerable, que cuando yo muera tendrá mucho más de lo que puede esperar... ¡y se comporta así, mordiendo y despotricando como un perro rabioso! ¡Es inconcebible que Dios haya hecho así a las mujeres! —El señor Glegg pronunció estas últimas palabras con triste agitación y, a continuación, apartó la taza de té y golpeó la mesa con ambas manos.

—Muy bien, señor Glegg. Si eso es lo que sientes, es mejor saberlo —exclamó la señora Glegg, quitándose la servilleta y doblándola con gran agitación—. Pero si crees que recibo más de lo que merezco, permite que te diga que tengo derecho a esperar muchas cosas que no tengo. Y en cuanto a eso de que parezco un perro rabioso, tienes suerte de que no *t'*avergüencen públicamente por el modo en que me tratas, porque no lo pienso soportar y no lo quiero soportar más...

Llegado a este punto, la voz de la señora Glegg dejó traslucir que estaba al borde de las lágrimas, de modo que se calló y tocó la campanilla violentamente.

—Sally —dijo, levantándose de la silla y hablando con voz ahogada—. Enciende el fuego en el piso de arriba y echa las persianas. Glegg, pide que te sirvan para comer lo que *t'*apetezca. Yo tomaré gachas.

La señora Glegg recorrió la habitación en dirección a la pequeña librería, tomó el *Descanso eterno de los Santos de Baxter* y se lo llevó al piso superior. Era el libro que acostumbraba a tener abierto ante ella en ocasiones especiales: por las mañanas

de los domingos lluviosos, cuando le llegaba la noticia de una muerte en la familia o cuando, como en este caso, la pelea con el señor Glegg se había desarrollado una octava por encima de lo habitual.

Sin embargo, la señora Glegg se llevó consigo al piso superior algo que, junto con el *Descanso eterno de los Santos* y la sopa de gachas, tal vez contribuyera a calmarla gradualmente y hacerle soportar la existencia hasta poco antes del té: por un lado, la sugerencia del señor Glegg de que bien podía dejar las quinientas libras hasta que apareciera una buena inversión y, por otro, la insinuación parentética sobre lo mucho que heredaría a su muerte. El señor Glegg, como todos los hombres de carácter parecido, era tremendamente reservado en relación con su testamento, y la señora Glegg, en los malos momentos, presentía que, como otros maridos de los que había oído hablar, tal vez acariciara el mezquino proyecto de incrementar el pesar por su muerte dejándola en muy mala situación, en cuyo caso estaba firmemente decidida a no contratar apenas plañideras y no llorar más que si fuera un segundo marido. Pero si le demostraba alguna ternura testamentaria, resultaría muy triste pensar en él, pobre hombre, cuando se hubiera ido, así como en sus tonterías con las flores y hortalizas, e incluso su insistencia en los caracoles resultaría conmovedora cuando se hubiera terminado. Una serie de pensamientos contribuyó a ofrecerle una imagen halagüeña y conciliatoria del futuro: sobrevivir al señor Glegg y loar su memoria como hombre que, al margen de sus debilidades, se había comportado bien con ella a pesar de sus numerosos parientes pobres; aguardar la frecuente llegada de los intereses y esconderlos en los diversos rincones para desorientar a los ladrones más ingeniosos (porque, para la señora Glegg, los bancos y las cajas fuertes anulaban el placer de la propiedad: antes habría preferido tomar el alimento en forma de pastillas); y, por último, que el vecindario y su familia la miraran con respeto, pues no hay nada como la dignidad de una viuda rica. De manera que cuando el buen señor Glegg, tras recuperar el buen humor cavando, conmovido por la visión de la silla vacía de su esposa con la labor en un rincón, subió al piso y le contó que habían estado doblando las campanas por el pobre señor Morton, la señora Glegg contestó magnánimamente, como si nunca hubiera recibido una ofensa.

—Ah, alguien heredará un buen negocio.

El libro de Baxter llevaba abierto al menos ocho horas, porque eran casi las cinco, y si a la gente le gusta pelearse con frecuencia, se deduce, como corolario, que sus riñas no pueden superar determinados límites.

El señor y la señora Glegg charlaron amablemente aquella noche sobre los Tulliver: el señor Glegg llegó a reconocer que Tulliver tenía una habilidad especial para meterse en líos y que era capaz de labrarse su propia ruina; y la señora Glegg, dándole en parte la razón, declaró que era indigno de ella tener en cuenta la conducta de un hombre como aquel y que, por su hermana, dejaría que conservara las

quinientas libras un poco más, porque si lo invertía en una hipoteca percibiría únicamente el cuatro por ciento.

Capítulo XIII

El señor Tulliver sigue enmarañando la madeja de la vida

Gracias a este cambio de opinión de la señora Glegg, a la señora Pullet le resultó sorprendentemente fácil su tarea mediadora. En realidad, la señora Glegg la hizo callar bruscamente por haberse atrevido a dictar a su hermana mayor cuál era el comportamiento correcto en asuntos de familia. El argumento de la señora Pullet sobre el mal efecto que causaría en el vecindario el que la gente pudiera decir que había una pelea en la familia resultaba especialmente ofensivo. Si el buen nombre de la familia sólo estaba amenazado por la señora Glegg, la señora Pullet podía dormir tranquila.

—Supongo que nadie espera —señaló la señora Glegg, zanjando el asunto— que me presente en el molino antes de que Bessy venga a verme, o que vaya y me arrodille delante del señor Tulliver para pedirle perdón por hacerle un favor; yo no voy con mala intención y cuando el señor Tulliver me hable de modo cortés, yo le hablaré de la misma manera. Nadie tiene motivos para decirme cómo hay que comportarse.

En vista de que no era necesario inquietarse por los Tulliver, la tía Pullet se relajó y volvió a las molestias sufridas la víspera por culpa de los hijos de esa casa aparentemente tan desafortunada. La señora Glegg oyó una narración detallada, a la cual la notable memoria del señor Pullet añadió algunos datos; y, mientras la tía Pullet se compadecía de la mala suerte de la pobre Bessy con sus hijos y manifestaba el proyecto que le rondaba por la cabeza de pagar la educación de Maggie en un internado lejano, que, aunque no le aclarara la piel, bien podría enderezar algunos de sus otros defectos la tía Glegg culpaba a Bessy por su debilidad y apelaba a todos los testigos que pudieran estar vivos cuando los niños Tulliver se torcieran irremediablemente, para que declararan que ella, la señora Glegg, ya lo había dicho desde el principio, y señalaba que le asombraba cómo sus palabras iban haciéndose realidad.

—Entonces, ¿puedo visitar a Bessy y decirle que no estás enfadada y que todo queda como antes? —preguntó la señora Pullet, justo antes de salir.

—Sí, puedes hacerlo, Sophy —dijo la señora Glegg—. Puedes decírselo al señor Tulliver y a Bessy, porque no estoy dispuesta a comportarme mal aunque los demás se comporten mal conmigo: sé que me corresponde, como hermana mayor, dar ejemplo en todos los sentidos, y así lo hago. Nadie puede decir lo contrario sin mentir.

Teniendo en cuenta el estado de satisfacción con su propia magnanimidad en que se encontraba la señora Glegg, dejó que el lector juzgue el efecto que le causó la

recepción de una breve carta del señor Tulliver esa misma tarde, después de que se marchara la señora Pullet, informándole de que no tenía que preocuparse más por sus quinientas libras porque le serían devueltas a más tardar en el curso del mes siguiente, junto con los intereses debidos hasta la fecha de pago. Y, además, que el señor Tulliver no deseaba comportarse de modo descortés con la señora Glegg y sería bien recibida en su casa siempre que quisiera visitarlos, pero que no deseaba recibir favores suyos, ni para sí mismo ni para sus hijos.

La desdichada señora Tulliver, debido a la irreprimible esperanza de que causas similares produjeran resultados distintos, había acelerado la catástrofe. Sabía por experiencia que el señor Tulliver muchas veces tendía a actuar de un modo concreto simplemente porque le decían que no podía hacerlo, porque lo compadecían por su supuesta incapacidad o de alguna manera le ofendían en su orgullo: sin embargo, ese día pensó que todos comerían más contentos si le comunicaba, cuando llegara a tomar el té, que la hermana Pullet había ido a arreglar las cosas con la hermana Glegg, de modo que no tendría que inquietarse por devolverle el dinero. El señor Tulliver seguía firmemente decidido a conseguirlo, pero la noticia lo empujó definitivamente a escribir una carta a la señora Glegg que eliminara toda posibilidad de error. ¡Pero bueno! ¡Que la señora Pullet fuera a rogar en su nombre! El señor Tulliver no acostumbraba a escribir cartas por voluntad propia, y encontraba que la relación entre el lenguaje oral y el escrito, normalmente llamada ortografía, era una de las cosas más enredosas de este mundo tan enredoso. Pero tal como sucede con la escritura vehemente, llevó a cabo la tarea en menos tiempo de lo habitual y, si su ortografía difería de la empleada por la señora Glegg, qué más daba: ella pertenecía, como él mismo, a una generación en la cual la ortografía respondía únicamente a criterios personales.

La señora Glegg no cambió su testamento como consecuencia de esta carta y no privó a los niños Tulliver de la quinta y sexta parte que les correspondía de sus mil libras, porque ella tenía sus principios. Nadie podría decir de ella, cuando hubiera muerto, que no había dividido su dinero con justicia perfecta entre sus familiares: en cuestión de testamentos, las cualidades personales estaban subordinadas al hecho fundamental de la sangre; y decidir la distribución de las propiedades por capricho y no hacer que lo legado guardara una proporción directa con el grado de parentesco equivaldría a una ignominia que le habría amargado la vida. Ésta siempre había sido una cuestión de principio en la familia Dodson, como manifestación del sentido del honor y rectitud que constituía una orgullosa tradición en familias como aquella, una tradición que ha sido la sal de nuestra sociedad rural.

Sin embargo, aunque la carta no alteró los principios de la señora Glegg, hizo que la ruptura familiar resultara mucho más difícil de arreglar, debido a la opinión que la señora Glegg se hizo del señor Tulliver: rogó que los demás comprendieran que, a

partir de aquel momento, no quería saber nada de él; al parecer, su estado mental estaba demasiado deteriorado para que ella le dedicara ni un minuto de su pensamiento. Hasta la víspera del día en que Tom debía ir al colegio, a principios de agosto, la señora Glegg no visitó a su hermana Tulliver. En esta ocasión, no bajó de la calesa y demostró su disgusto de modo notorio al no dar ningún consejo y abstenerse de toda crítica, ya que, como comentó a su hermana Deane, «Bessy debe soportar las consecuencias de tener semejante marido, aunque lo siento mucho por ell», y la señora Deane coincidió en que Bessy era digna de lástima.

Aquella noche, Tom dijo a Maggie:

—¡Vaya! Maggie, la tía Glegg vuelve a venir: me alegro de irme al colegio. ¡Ahora te las cargarás tú siempre!

Maggie estaba tan triste por la marcha de Tom que la broma le pareció muy antipática, y aquella noche lloró hasta quedarse dormida.

La rápida reacción del señor Tulliver exigió más rapidez todavía para encontrar la persona adecuada que le prestara quinientas libras bajo hipoteca. «No debe ser cliente de Wake», se dijo y, sin embargo, al cabo de dos semanas resultó lo contrario; no porque la voluntad del señor Tulliver flaqueara, sino porque así fueron las circunstancias. El cliente de Wakem fue la única persona adecuada que pudo encontrar. El señor Tulliver, como Edipo, tenía un destino y en este caso podría alegar, también como Edipo, que, mas que llevar a cabo una acción, ésta le fue impuesta.

Libro segundo

Tiempo de estudio

Capítulo I

El primer semestre de Tom

Los padecimientos de Tom Tulliver durante el primer trimestre que pasó en King's Lorton al distinguido cuidado del reverendo Walter Stelling fueron considerables. En la academia del señor Jacobs, la vida no se le había presentado como un problema difícil: tenía muchos compañeros para divertirse y, puesto que se le daban bien todos los juegos activos, especial mente la lucha, ocupaba el lugar destacado que le parecía consustancial con su personalidad; el señor Jacobs, conocido con el mote de «el Viejo Antejo» debido a las gafas que usaba habitualmente, no imponía ningún respeto penoso; y si era propio de los viejos hipócritas como él escribir con buena letra, rodear su firma de arabescos, no vacilar en la ortografía y declamar «Me llamo Norva».^[11] sin equivocarse, lo cierto era que Tom se alegraba de no correr peligro alguno de alcanzar metas tan mediocres. No tenía la menor intención de convertirse en un maestro aficionado al rapé sino en un hombre importante, como su padre, que cuando era joven iba de caza y montaba una magnífica yegua negra, el animal más hermoso que pudiera verse: Tom había oído cientos de veces cantar sus alabanzas. Él también quería ir a cazar y que todo el mundo lo respetara. Reflexionaba que a las personas mayores nadie les preguntaba si tenían buena letra o cometían faltas de ortografía: cuando fuera un hombre sería el amo de todo y haría lo que le viniera en gana. Le había costado mucho reconciliarse con la idea de que debía seguir estudiando y no iba a ocuparse de negocio de su padre, que siempre había considerado extraordinariamente agradable porque consistía simplemente en ir de acá para allá a caballo dar órdenes y acudir al mercado; y le parecía que un clérigo le daría muchas lecciones sobre las Escrituras y probablemente le haría aprender el Evangelio y la epístola de los domingos, así como la colecta. Sin embargo, en ausencia de toda información específica, le resultaba imposible imaginar una escuela y un maestro totalmente diferentes a la academia y al señor Jacobs. De manera que para no hallarse en situación de inferioridad, en caso de que encontrara compañeros afables, no olvidó llevar consigo una cajita con cápsulas fulminantes que, aunque no para otra cosa, le serían útiles para impresionar a los chicos desconocidos al dar idea de su familiaridad con las armas de fuego. Aunque el pobre Tom no se engañaba con las ilusiones de Maggie, sí lo hacía con las propias, que la larga experiencia en King's Lorton se encargaría de disipar.

No llevaba allí ni quince días cuando le resultó evidente que la vida, complicada no sólo con la gramática latina sino con un modo nuevo de pronunciar el inglés, resultaba una empresa muy difícil, oscurecida por una densa bruma de timidez. Como

el lector habrá podido observar, Tom no era una excepción entre los chicos de su edad en lo que respecta a la facilidad de trato; pero tan grande era la dificultad que le suponía articular un mero monosílabo en respuesta al señor o la señora Stelling que incluso temía que le ofrecieran más pudín en la mesa. En cuanto a las cápsulas fulminantes, estaba casi decidido, movido por la amargura, a tirarlas a un estanque cercano: porque no sólo era el único alumno, sino que empezaba a experimentar cierto escepticismo ante las armas y a sentir que su concepción de la vida se resquebrajaba. Al parecer, el señor Stelling no tenía buen concepto de las armas ni tampoco de los caballos; y, sin embargo, a Tom le resultaba imposible despreciarlo tal como había desdeñado a «el Viejo Anteojo». Tom era totalmente incapaz de distinguir si las virtudes que aparentaba el señor Stelling eran auténticas: sólo mediante una amplia comparación de hechos los adultos más sabios pueden discernir el retumbar de un barril del de un trueno.

El señor Stelling era un hombre que todavía no había cumplido los treinta, de buena talla, pecho amplio, cabello tieso y rubísimo y grandes ojos grisáceos que mantenía siempre muy abiertos; poseía una sonora voz de bajo y un aire de seguridad desafiante cercano a la petulancia. Había iniciado su carrera con gran energía y pretendía causar una impresión considerable en sus congéneres. El reverendo Walter Stelling no estaba dispuesto a pertenecer al «bajo cler» durante toda la vida y albergaba una determinación, auténticamente británica, de abrirse paso en el mundo. En primer lugar, como maestro, ya que algunas escuelas secundarias contaban con plazas magníficas y el señor Stelling tenía intención de conseguir una de ellas; pero también como predicador, pues se había propuesto adoptar un estilo brillante para que su congregación creciera con admiradores procedentes de otras parroquias cercanas, y, además, causar gran sensación cuando tuviera que sustituir a algún colega con menor don de palabra. Había optado por un estilo improvisado, cosa que en parroquias rurales como la de King's Lorton parecía poco menos que una maravilla. Algunos fragmentos de Massillon y Bourdaloue, que el señor Stelling sabía de memoria, producían gran efecto cuando los recitaba con voz grave, pero otros discursos de su cosecha, menos poderosos, pronunciados con la misma voz sonora e imponente impresionaban a sus oyentes en grado similar. La doctrina del señor Stelling no pertenecía a ninguna escuela en concreto: a lo sumo, se distinguía por un toque de evangelicalismo, ya que eso era lo que se llevaba en el momento en la diócesis a la que pertenecía King's Lorton. En definitiva, el señor Stelling era un hombre decidido a prosperar en su profesión y progresar de modo incuestionable por méritos propios, puesto que no le interesaban las posibles promesas de un dudoso parentesco con un gran abogado que todavía no había alcanzado el puesto de Lord Chancellor. Es natural que un clérigo de intenciones tan vigorosas contraiga algunas pequeñas deudas al principio: no es de esperar que viva de acuerdo con la modestia

propia de quien pretende ser durante toda su vida un pobre pastor y, si los pocos cientos que el señor Timpson había dado como anticipo de la herencia de su hija no bastaban para comprar muebles hermosos, una pequeña bodega y un piano de cola, así como para plantar un espléndido jardín de flores, al reverendo señor Stelling no le quedaba otra opción que procurárselos por otros medios o pasarse sin todo ello, y esta última alternativa supondría demorar absurdamente los frutos de un éxito seguro. El señor Stelling era un individuo de tan ancho pecho y tan decidido que se sentía capaz de cualquier cosa: se haría famoso por agitar la conciencia de sus oyentes y no tardaría en editar algún clásico griego e inventar algunas interpretaciones nuevas. Todavía no había escogido la obra, porque llevaba casado poco más de dos años y había dedicado gran parte de su tiempo libre a la señora Stelling; pero ya había manifestado sus intenciones a aquella magnífica mujer y ésta sentía gran confianza en su marido y en su capacidad para entender de maravilla cosas como aquélla.

Pero en aquel momento el paso inmediato hacia el éxito futuro consistía en potenciar el talento de Tom Tulliver durante ese semestre, ya que, debido a una coincidencia singular, había iniciado tratos con otro alumno del mismo lugar y tal vez consiguiera que se decidieran a su favor si se hacía público que el joven Tulliver que, tal como había comentado el señor Stelling en la intimidad conyugal, era un toco jovenzuelo, conseguía progresar prodigiosamente en un breve período de tiempo. Por ese motivo se mostraba severo en las lecciones: resultaba evidente que la capacidad de aquel muchacho nunca podría desarrollarse a través de la gramática latina a menos que se lo tratara con cierta severidad. Ello no se debía a que el señor Stelling fuera adusto o desabrido, sino todo lo contrario: en la mesa se mostraba festivo con Tom y corregía su provincialismo y su comportamiento con humor, pero esta doble novedad contribuía a la confusión y la vergüenza de Tom, que no estaba acostumbrado a bromas como las del señor Stelling y por primera vez en su vida experimentaba la dolorosa sensación de estar fuera de lugar. En una ocasión, mientras descubrían la carne asada, el señor Stelling le preguntó:

—Dígame, Tulliver. ¿Qué prefiere declinar, el latín o el asado que le ofrezco?

Incluso en los momentos más serenos un juego de palabras habría supuesto un problema difícil para Tom; en aquel instante, el muchacho se sumió en un estado de desconcierto y alarma que lo oscureció todo, excepto la sensación de que preferiría no saber nada del latín. Naturalmente, contestó que el asado y acogieron su respuesta con risas y bromas, de lo que dedujo que, de algún modo misterioso, había rechazado la carne y había quedado como «un tont». Si hubiera podido ver cómo un compañero pasaba por dolorosos trances similares y los superaba con buen humor, no habría tardado en aprender a encajarlos. Pero cuando un padre envía a su hijo como único alumno de un clérigo, paga por una forma u otra de educación: la primera consiste en disfrutar para sí de todo el abandono del reverendo caballero; la segunda, en soportar

toda su atención. Durante los meses iniciáticos que Tom pasó en King's Lorton, el señor Tulliver pagó un alto precio por este segundo privilegio.

Tras dejar allí a Tom, el respetable molinero y malteador regresó a su casa en un estado de gran satisfacción espiritual. En buena hora se le había ocurrido consultar a Riley sobre la educación de Tom. El señor Stelling tenía los ojos tan abiertos y hablaba de modo tan franco y pragmático mientras respondía con un «Sin duda, señor mío, sin dud».; «Entiendo, entiendo: usted quiere que su hijo se abra paso en la vid» a las observaciones que el señor Tulliver formulaba con dificultad, que éste había quedado encantado al ver en él a un clérigo cuyos conocimientos se podían aplicar a la vida cotidiana. El señor Tulliver consideraba al reverendo Stelling el hombre más listo que había conocido nunca, con la única excepción del abogado Wylde, al que había oído en las últimas sesiones; y lo cierto era que se parecían mucho: ambos tenían por costumbre suspender los pulgares de las aberturas del chaleco. El señor Tulliver no era el único que tomaba la osadía por sagacidad: la mayoría de los legos pensaban que Stelling era un hombre agudo y de notables capacidades: en cambio, sus colegas lo tenían por un individuo anodino. Sin embargo, Stelling contó al señor Tulliver varias historias sobre «el capitán Swin» y los incendiarios^[12], y le pidió consejo sobre la alimentación de los cerdos con un talante tan secular y juicioso, con tanta labia, que el molinero pensó que aquello era exactamente lo que quería para Tom. No le cabía la menor duda de que se trataba de un hombre de primera categoría, familiarizado con todas las ramas del conocimiento, que sabía exactamente lo que debía aprender Tom para estar a la altura de los abogados —cosa que el pobre señor Tulliver ignoraba y por ello tuvo que fiarse de sus propias inferencias—. No sería justo reírse de él, ya que he conocido a personas mucho más instruidas que hacían deducciones igualmente amplias y mucho menos sabias.

En cuanto a la señora Tulliver, tras averiguar que los puntos de vista de la señora Stelling en relación con el oreado de la ropa de cama y la frecuencia con que se presentaba el hambre en un chico en edad de crecer coincidían plenamente con los suyos y que, además, la señora Stelling, a pesar de su juventud y de estar todavía a la espera de su segundo parto, había pasado por una experiencia muy similar a la suya en relación con el comportamiento y el carácter de la niñera que atendió a su hijo durante el primer mes, mientras se alejaban expresó a su marido su gran satisfacción por dejar a Tom con una mujer que, a pesar de su juventud, parecía muy sensata y maternal, y pedía consejo con tantísima amabilidad.

—De todos modos, deben de tener una buena posición económica —comentó la señora Tulliver—, porque en la casa todo es muy bonito, y el vestido de moaré que llevaba le habrá costado su buen dinero. Mi hermana Pullet tiene uno igual.

—Imagino que tendrá algunos ingresos suplementarios, además de la parroquia; quizá el padre de ella les dé algo. Y Tom les supondrá un centenar más y no muchas

molestias, según dice él mismo: dice que, para él, enseñar es algo natural. Es estupendo —añadió el señor Tulliver, volviendo la cabeza hacia un lado y cosquilleando al caballo en el costado mientras reflexionaba.

Quizá debido a que enseñar era algo natural en él, el señor Stelling se aplicó con esa uniformidad de método e indiferencia hacia las circunstancias que caracterizan los actos de los animales, supuestamente bajo la enseñanza directa de la naturaleza. El afable castor del señor Broderip^[13], tal como nos cuenta este encantador naturalista, ponía tanto afán en construir una alta presa en un tercer piso londinense como si se encontrara en un río o un lago del norte de Canadá. La función del animal, llamado «Binn» era construir: la ausencia de agua o de prole eran circunstancias que nada tenían que ver con él. Con ese mismo instinto infalible, el señor Stelling se dispuso a inculcar la geometría de Euclides y la Gramática latina de Eton en la cabeza de Tom Tulliver. Ésta era la única base de una instrucción sólida: todos los demás métodos de educación eran pura charlatanería y sólo podían producir majaderos. Un hombre bien asentado sobre esta base tan firme podía observar con una sonrisa de conmiseración la exhibición de conocimientos diversos o especiales por parte de personas con una educación irregular: todo aquello estaba muy bien, pero era imposible que esas personas pudieran formarse opiniones sólidas. Al defender estas ideas, los puntos de vista del señor Stelling no estaban sesgados, como podría ser el caso de otros profesores, por la excesiva extensión o precisión de sus propios conocimientos y, en lo que respecta a Euclides, ninguna opinión podría haber más libre de parcialidad personal. El señor Stelling distaba de verse arrastrado por el entusiasmo intelectual o religioso: por otra parte, tampoco abrigaba ningún escepticismo Consideraba que la religión era algo excelente, que Aristóteles era una gran autoridad, que los deánatos y las prebendas eran instituciones útiles, que Gran Bretaña era el providencial baluarte del Protestantismo y que la fe en lo invisible constituía un gran apoyo para los espíritus afligidos: creía en todas estas cosas de la misma manera que un hotelero suizo cree en la belleza del paisaje que lo rodea y en el placer que proporciona a los visitantes con temperamento artístico. Y así confiaba en su método de educación: no le cabía duda de que hacía lo mejor para el hijo del señor Tulliver. Cuando el molinero se refirió de modo vago e inseguro a hacer mapas y sumar, el señor Stelling lo tranquilizó asegurándole que sabía lo que se esperaba de él, ya que ¿cómo podía ser que aquel buen hombre tuviera una idea razonable de la cuestión? La tarea del señor Stelling consistía en enseñar al muchacho del único modo correcto: en realidad, no conocía otro, ya que no había perdido el tiempo adquiriendo conocimientos inusuales.

No tardó en catalogar a Tom como un muchacho completamente tonto, ya que, si bien mediante arduo trabajo, podía llegar a meterle alguna declinación en la cabeza, era imposible inculcarle algo tan abstracto como la relación entre los casos y las

terminaciones para que pudiera reconocer un posible genitivo o un dativo. El señor Stelling creía que aquello era algo más que torpeza natural: sospechaba que se trataba de obstinación o, por lo menos, de indiferencia, y amonestaba a Tom severamente por su falta de aplicación.

—No se interesa usted por lo que hace, caballero —decía el señor Stelling, y el reproche era dolorosamente cierto.

Desde el momento en que le habían explicado la diferencia, Tom nunca había tenido la menor dificultad en distinguir un pointer de un setter, y su perspicacia no era en absoluto deficiente. Imagino que era similar a la del reverendo Stelling, porque Tom podía deducir con exactitud cuántos caballos avanzaban tras él a medio galope, lanzar una piedra al agua y acertar en el centro de cualquier onda, adivinar con precisión cuántas veces cabía su bastón a lo largo de un campo de juegos y dibujar cuadrados casi perfectos en la pizarra sin tomar ningún tipo de medida. Pero el señor Stelling no tenía en cuenta estas cosas: sólo observaba que las facultades de Tom fracasaban ante las abstracciones odiosamente simbolizadas en las páginas de la Gramática de Eton, y que caía en un estado limítrofe con la idiotez ante la demostración de que dos triángulos dados debían ser semejantes, aunque advertía con gran rapidez y certeza el hecho de que lo fueran. De todo esto el señor Stelling concluyó que, puesto que el cerebro de Tom era particularmente impermeable a la etimología y a las demostraciones, debía ararlo y trabajarlo de modo especial con estos aperos: según su metáfora favorita, la geometría y los clásicos cultivaban la mente para la llegada de toda cosecha posterior. Nada tengo que decir contra la teoría del señor Stelling: si todos debemos recibir la misma educación, su tesis me parece tan buena como cualquier otra. Sólo sé que resultó tan incómoda para Tom Tulliver como si lo hubieran cebado con queso para remediar una deficiencia gástrica que le impidiera digerirlo. ¡Resulta asombroso cómo cambian las cosas si se toma otra metáfora! En cuanto se considera que el cerebro es un estómago intelectual, la ingeniosa imagen de las lenguas clásicas y la geometría como arados y rastras pierde todo sentido. Sin embargo, cualquiera puede seguir a grandes autoridades y considerar que la mente es una página en blanco o un espejo, en cuyo caso los conocimientos sobre el proceso digestivo resultan irrelevantes. Sin duda, fue una idea ingeniosa llamar al camello «el barco del desierto», pero no se puede decir que eso facilite la domesticación de ese animal tan útil. ¡Oh, Aristóteles! Si en lugar de ser el mayor de los clásicos hubieras tenido la suerte de ser el más nuevo de los modernos, ¿acaso no habrías mezclado tus alabanzas a la metáfora como signo de elevada inteligencia con el lamento de que esta última raras veces se muestre en el habla sin aquélla? ¿No te habrías lamentado de que en contadas ocasiones decimos lo que es una cosa si no es afirmando que es algo distinto?^[14]

Tom Tulliver, poco dotado para las palabras, no utilizaba metáfora alguna para

manifestar su punto de vista sobre el latín: nunca lo denominó instrumento de tortura; hasta bien avanzado el semestre siguiente e iniciado ya en el *Delectus*, no lo definió como una «lat» y «un fastidi». En aquel momento, ante la exigencia de que aprendiera las declinaciones y conjunciones latinas, Tom era tan incapaz de imaginar la causa y la tendencia de sus sufrimientos como lo sería una musaraña aprisionada en la hendidura de un fresno con la finalidad de curar la cojera del ganado. Resulta casi increíble para las personas cultivadas de hoy día que un niño de doce años que no pertenecía en sentido estricto a «las masa», a las que actualmente se atribuye el monopolio de la oscuridad mental, no tuviera una idea clara de que pudiera existir algo parecido al latín en esta tierra: y, sin embargo, eso era lo que sucedía a Tom. Le habría costado largo rato concebir que existiera alguna vez un pueblo que compraba y vendía ovejas y bueyes, y negociaba los asuntos cotidianos de la vida con aquella lengua, y todavía más entender por qué debía aprenderla cuando el nexo con estos asuntos había dejado de ser visible. Las leves ideas que Tom había adquirido sobre los romanos en la academia del señor Jacobs eran correctas, pero no iban más allá del hecho de que «aparecían en el Nuevo Testamento». Y el señor Stelling no era hombre partidario de debilitar ni castrar la mente de su alumno simplificando o explicando las cosas, o de reducir el efecto tonificante de la etimología mezclándola con información superficial y superflua como la que se da a las niñas.

No obstante, por extraño que parezca, bajo este vigoroso tratamiento, Tom, más que nunca en toda su vida, parecía una niña. Poseía un gran orgullo que, hasta el momento, se había sentido muy cómodo en este mundo, despreciando a «el Viejo Anteojos» y sustentándose en la conciencia de una serie de derechos incuestionables: pero ahora este mismo orgullo no recibía más que golpes y heridas. Tom era lo bastante perspicaz para darse cuenta de que los criterios del señor Stelling sobre las cosas eran muy distintos y más elevados, a los ojos del mundo, que los de las personas con las que él había convivido, y que medido con éstos, él, Tom Tulliver, parecía zafio y tonto: Tom no era en absoluto indiferente a esto, y su orgullo se encontraba en una incómoda situación que eliminaba el amor propio habitual en un muchacho y le daba parte de la susceptibilidad de una chica. Poseía un temperamento muy firme, por no decir obstinado, pero no rebelde ni alocado: predominaba en él la sensibilidad y, si se le hubiera ocurrido que podía conseguir mayor viveza en las lecciones y así lograr la aprobación del señor Stelling si permanecía largo rato sobre una pierna o golpeándose la cabeza moderadamente contra la pared —o con cualquier acción voluntaria de ese tipo—, lo habría intentado. Pero lo cierto era que Tom nunca había oído decir que semejantes medidas avivaran el entendimiento o reforzaran la memoria verbal; y no era dado a las hipótesis ni a los experimentos. Se le ocurrió que tal vez conseguiría un poco de ayuda si lo pedía en sus rezos, pero puesto que las plegarias que repetía cada noche eran fórmulas aprendidas de memoria, no se atrevió

con la novedad e irregularidad que suponía introducir un párrafo improvisado con una petición de la que no conocía ningún precedente. Sin embargo, un día, cuando fracasó por quinta vez con los supinos de la tercera conjugación y el señor Stelling, convencido de que tenía que deberse al descuido, ya que aquello superaba los límites de cualquier estupidez posible, lo amonestó severamente diciendo que si desperdiciaba la oportunidad de oro que se le ofrecía de aprender los supinos lo lamentaría de mayor, Tom, más abatido que de costumbre, se decidió a probar aquel único recurso, y aquella noche, tras los habituales rezos por sus padres y «su hermanit». (había empezado a rezar por Maggie cuando era una nena) y la petición de ser siempre capaz de cumplir los mandamientos de la Ley de Dios, añadió con el mismo murmullo: «Y, por favor, ayúdame a recordar siempre el latí». Hizo una pausa para pensar si debía rogar también por Euclides, ya que no sabía si debía desear comprenderlo o bien había otro estado mental más adecuado para el caso. Pero, al final, añadió: «Y haz que el señor Stelling diga que no debo seguir con Euclides. Amé».

El hecho de que, al día siguiente, pasara por los supinos sin cometer errores lo animó a perseverar en el apéndice a los rezos y neutralizó el escepticismo derivado de que el señor Stelling siguiera insistiendo en Euclides. No obstante, su fe se quebró con la aparente ausencia de toda ayuda cuando llegó a los verbos irregulares. Parecía claro que su desesperación al verse sometido a los caprichos de las formas verbales del presente no constituía un *nodus* digno de interferencia, y puesto que aquél era el punto máximo de sus dificultades, ¿de qué servía seguir rezando en petición de ayuda? A esta conclusión llegó en una de las solitarias y aburridas tardes de estudio preparando las lecciones del día siguiente. Aunque odiaba llorar y lo avergonzaba, se le enturbiaban los ojos: no podía evitar pensar con afecto incluso en Spouncer, con el que acostumbraba a discutir Y pelearse; con él se habría sentido a sus anchas y en situación de superioridad. Y en cuanto jugueteaba con su gran navaja, un fragmento de látigo y otras reliquias del pasado, aparecían ante él, como en un delirio, el molino, el río y Yap enderezando las orejas, dispuesto a obedecer en cuanto Tom dijera: «¡Hala!». Tom, como he dicho antes, nunca había sido tan semejante a una niña, y durante aquella época de verbos irregulares su espíritu se deprimió todavía más debido a la nueva actividad que se le encomendaba en horas libres. La señora Stelling había tenido a su segundo hijo en fechas recientes y, puesto que nada podía resultar más saludable para un muchacho que sentirse útil, la señora Stelling consideraba que le hacía un favor encomendándole la custodia de Laura, su querubín, mientras la niñera permanecía ocupada con el recién nacido, algo enfermizo. Para Tom sería una ocupación agradable sacar a Laura durante las horas más soleadas de los días de otoño, así sentiría que la casa parroquial de Lorton era también su hogar y él era uno más de la familia. Como Laura, el querubín, todavía no sabía andar, llevaba una cinta

atada a la cintura por la cual Tom la sujetaba como si fuera un perrito durante los minutos que la niña quería caminar, pero como estos eran escasos, casi siempre daba vueltas y vueltas por el jardín con la preciosa niña en brazos, ahí donde la señora Stelling pudiera verlos desde su ventana, según las órdenes recibidas. Si alguien considera que eso no era justo con Tom y resultaba incluso tiránico, le rogaría que tuviera en cuenta que algunas virtudes femeninas se combinan con dificultad, si es que no son incompatibles: cuando la esposa de un pobre pastor se las ingenia, a pesar de todas sus carencias, para vestir con la máxima elegancia y llevar un peinado que exige que la niñera haga ocasionalmente las funciones de doncella; cuando, además, sus cenas y su salón son muestra de una elegancia y perfección en los detalles para los que las mujeres normales creerían necesario poseer grandes ingresos, sería poco razonable esperar que contratara a otra niñera o llegara incluso a realizar ella estas funciones. El señor Stelling no pretendía nada semejante: sabía que su esposa hacía maravillas y estaba orgulloso de ella. Tal vez no fuera lo más adecuado para la postura del joven Tulliver caminar cargado con una niña tan pesada, pero hacía así mucho ejercicio paseando y, durante el siguiente semestre, el señor Stelling le buscaría un profesor de gimnasia. Entre los muchos medios por los que el señor Stelling pretendía ser más afortunado que la mayoría de sus congéneres se encontraba la renuncia a dirigir su casa. Se había casado con «la mujercita más dulce de la tierra», según el señor Riley, que conocía los dorados tirabuzones y el rostro sonriente de la señora Stelling desde que era soltera y que, basándose en eso, habría estado dispuesto a declarar que, si alguna vez surgían diferencias domésticas en su matrimonio, sin duda serían culpa del señor Stelling.

Si Tom hubiera tenido peor carácter habría terminado odiando a Laura, el querubín, pero era un muchacho demasiado bondadoso, poseía demasiada fibra de la que se transforma más tarde en verdadera virilidad y deseo de proteger al débil. En cambio, sospecho que odiaba a la señora Stelling y que contrajo una duradera aversión hacia los tirabuzones rubios y las anchas trenzas, que asociaba a la altanería y a la referencia constante a los «deberes» de los demás. Sin embargo, no podía menos de jugar con la pequeña Laura y divertirse entreteniéndola: incluso le sacrificó sus cápsulas fulminantes, que ya no confiaba en destinar a fines más altos, con la idea de que el pequeño fogonazo y la detonación le encantarían, aunque no consiguió más que una regañina de la señora Stelling por enseñar a la niña a jugar con fuego. Laura era lo más parecido a un compañero de juegos, ¡y cuánto los echaba de menos! En el fondo de su corazón, deseaba fervientemente que Maggie estuviera con él y estaba casi dispuesto a pasar por alto sus desesperantes despistes; en cambio, cuando estaba en casa, toleraba, como si fuera un gran favor, que Maggie trotara a su lado en las excursiones.

Y, efectivamente, antes de que terminara aquel terrible semestre, Maggie fue de

visita. La señora Stelling la había invitado, sin precisar mucho, a pasar unos días con su hermano; de manera que cuando el señor Tulliver se acercó a King's Lorton a finales de octubre, Maggie fue con él con la sensación de que emprendía un gran viaje y estaba empezando a ver mundo. Fue la primera visita del señor Tulliver, porque el muchacho tenía que aprender a no pensar demasiado en su casa.

—Bien, muchacho —dijo a Tom en cuanto el señor Stelling salió de la sala para anunciar su llegada a su esposa, y Maggie se lanzó a besar a Tom a sus anchas—. ¡Cómo has cambiado! El estudio te sienta bien.

A Tom le habría gustado parecer enfermo.

—Me parece que no estoy muy bien, padre. Desearía que le dijera al señor Stelling que no me hiciera hacer Euclides: creo que me da dolor de muelas —dijo Tom, acordándose del único mal que había padecido en su vida.

—Así que Euclides... ¿Y eso qué es? —preguntó el señor Tulliver.

—Oh, no lo sé: trata de definiciones, axiomas, triángulos y esas cosas. Tengo que aprenderlo en un libro y no tiene ningún sentido.

—¡Vamos, vamos! —le reprendió el señor Tulliver—. No debes decir eso. Tienes que aprender lo que te diga tu maestro, él sabe lo que te conviene saber.

—Yo te ayudaré, Tom —dijo Maggie con cierto aire de consuelo protector—. Me quedaré todo el tiempo que quiera la señora Stelling. He traído la maleta y los delantales, ¿verdad, padre?

—¿Ayudarme tú, tonta? —exclamó Tom, tan divertido por el anuncio que le entraron ganas de desconcertar a Maggie enseñándole una página de Euclides—. Ya me gustaría verte estudiando una de mis lecciones. ¡Caramba, y también latín! Las niñas no aprenden estas cosas, son demasiado tontas.

—Sé perfectamente lo que es el latín —declaró Maggie con aplomo—. Es una lengua: hay palabras latinas en el diccionario. Por ejemplo, está *bonus*, que significa regalo.

—¡Pues te equivocas, señorita Maggie! —contestó Tom, ocultando su asombro—: ¡Te crees muy lista, pero *bonus* significa «buen».: es de *bonus, bona, bonum!*

—De acuerdo, pero también puede significar «regal». —contestó Maggie categóricamente—. Puede significar varias cosas: sucede con casi todas las palabras: por ejemplo, «plant», que puede querer decir vegetal o una parte del pie.

—Bien dicho, nena —rió el señor Tulliver mientras Tom experimentaba cierto desagrado ante los conocimientos de Maggie, aunque le alegraba mucho la idea de que fuera a quedarse con él. Aquel engreimiento desaparecería en cuanto examinara los libros.

La señora Stelling, en su insistente invitación, en ningún momento sugirió que Maggie permaneciera con ellos más de una semana, pero el señor Stelling, tras colocarla entre sus rodillas y preguntarle dónde había robado aquellos ojos negros,

insistió en que se quedara con ellos quince días. Maggie pensó que el señor Stelling era un hombre encantador y el señor Tulliver se sintió muy orgulloso de dejar a su mocita en un lugar donde tendría oportunidad de demostrar lo lista que era ante desconocidos que sabrían valorarlo, de manera que acordaron que no la irían a buscar antes de una quincena.

—Ahora, ven conmigo al estudio, Maggie —dijo Tom cuando su padre se alejaba—. Oye, tonta ¿por qué sacudes la cabeza? —prosiguió; porque aunque Maggie llevaba el cabello peinado tras las orejas, seguía imaginando que se lo apartaba de los ojos—. Pareces una loca.

Vaya, no puedo evitarlo —contestó Maggie con impaciencia—. No te metas conmigo, Tom. ¡Oh, cuántos libros! —exclamó al ver las librerías del estudio—. ¡Cuánto me gustaría tener tantos!

—Si no puedes leer ni uno: están todos en latín —contestó Tom con aire triunfal.

—No, todos no —contestó Maggie—: puedo leer el lomo de éste: *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*.

—Bueno, ¿y qué significa? Si ni siquiera lo entiendes —dijo Tom, meneando la cabeza.

—Pero puedo averiguarlo enseguida —contestó Maggie con aire burlón.

—¿Cómo?

—Miro dentro y veo de qué trata.

—Ni se te ocurra, señorita Maggie —contestó Tom al ver que extendía la mano hacia el volumen—;. El señor Stelling no permite que nadie toque los libros sin su permiso y, si lo sacas, me las cargaré yo.

—Bueno, pues entonces enséñame los tuyos —dijo Maggie. Se dio la vuelta, rodeó el cuello de Tom con los brazos y se frotó la nariz contra sus mejillas.

Tom, feliz de tener a su querida Maggie para discutir y pavonearse, le pasó un brazo por la cintura y empezaron a brincar juntos alrededor de la gran mesa de la biblioteca. Saltaron cada vez con más bríos, hasta que el cabello de Maggie se soltó de detrás de las orejas y empezó a agitarse como un molinillo. Pero las vueltas en torno a la mesa fueron haciéndose cada vez más irregulares hasta que al final tropezaron con el atril del señor Stelling y tiraron los pesados léxicos al suelo. Afortunadamente, el estudio se encontraba en un ala de la casa que sólo tenía planta baja, de modo que la caída no alzó ecos alarmantes, aunque Tom permaneció aturdido y horrorizado durante unos minutos, temiendo la llegada del señor o la señora Stelling.

—Oh, Maggie —dijo Tom por fin, levantando el atril—. En esta casa no hay que hacer ruido, sabes. Y si rompemos algo, la señora Stelling nos hará *peccavi*.

—¿Y qué es eso? —preguntó Maggie.

—Es la palabra latina para regañina —explicó Tom no sin cierta satisfacción por

sus conocimientos.

—¿Tiene mal genio? —preguntó Maggie.

—¡Ni te lo imaginas! —contestó Tom, asintiendo con énfasis.

—Me parece que las mujeres tienen peor genio que los hombres —dijo Maggie—. La tía Glegg tiene mucho peor genio que el tío Glegg, y madre me regaña mucho más que padre.

—Bueno, algún día tú serás una mujer —dijo Tom—, así que mejor te calles.

—Pero yo seré una mujer inteligente —dijo Maggie, agitando la cabeza.

—Sí, seguro. Y una presumida. Todo el mundo te tendrá manía.

—Pero tú no, Tom: estaría muy feo porque soy tu hermana.

—Sí, pero si eres antipática, te odiaré.

—¡Si no seré antipática! Me portaré muy bien contigo, y con todos los demás. No me odiarás, ¿verdad, Tom?

—¡Basta, déjalo! Vamos, es hora de que aprenda las lecciones. Mira lo que tengo que hacer —dijo Tom, atrayendo a Maggie hacia sí y mostrándole el teorema, mientras ella se apartaba el cabello tras las orejas y se preparaba para demostrarle que era capaz de ayudarlo con Euclides. Empezó a leer con plena confianza en su capacidad, pero al instante quedó desconcertada y se sonrojó de irritación: era inconfesable, pero debía reconocer su incapacidad y no le gustaba nada sentirse humillada.

—¡Qué tonterías! —dijo—. Y qué feo es esto, nadie necesita entenderlo.

—¡Ah, mira la señorita Maggie! —dijo Tom, quitándole el libro y moviendo la cabeza—. Ahora ves que no eres tan lista como tú te crees.

—¡Oh! —exclamó Maggie haciendo una mueca de disgusto—. Me parece que lo entendería si hubiese estudiado las lecciones anteriores, como tú.

—Pero eso es justo lo que no puedes hacer, señorita sabihonda —replicó Tom—, porque es todavía más difícil cuando sabes lo que viene antes, porque entonces tienes que saber la definición 3 y el axioma V Pero ahora vete, que tengo que estudiar esto. Ten la *Gramática latina*, a ver si entiendes algo.

Tras la mortificación matemática, la gramática latina le pareció tranquilizadora; además, le encantaban las palabras nuevas y no tardó en descubrir un glosario inglés al final que le ayudaría a entender el latín sin gran esfuerzo. Decidió saltarse las normas sintácticas: los ejemplos eran muy interesantes. Las misteriosas frases, extraídas de un contexto desconocido —como extraños cuernos de bestias u hojas de plantas arrancadas, procedentes de alguna región lejana—, prestaban alas a su imaginación y resultaban tanto más fascinantes cuanto que se encontraban en una lengua propia que podía aprender a interpretar. Era muy interesante aquella Gramática latina que, según Tom, las chicas no podían aprender: y se enorgullecía de encontrarla interesante. Los ejemplos más fragmentarios eran sus favoritos. Mors

omnibus est communis no le transmitía otra cosa que la idea de que le gustaría saber latín; pero el afortunado caballero al que todo el mundo felicitaba porque tenía un hijo «dotado con tanta inteligenci» le permitió entregarse a una serie de conjeturas agradables, y andaba perdida por el «espeso bosque que ninguna estrella puede atravesar», cuando Tom le dijo:

—Anda, Maggie: dame la *Gramática*.

—Tom, es un libro precioso —declaró mientras se levantaba de un brinco del gran sillón para dársela—. Me gusta mucho mas que el diccionario. Sería capaz de aprender latín muy deprisa, no me parece nada difícil.

—Ah, ya sé lo que has hecho —dijo Tom—: has estado leyendo lo que pone en inglés al final. Eso puede hacerlo hasta el más asno.

Tom tomó el libro y lo abrió con un aire decidido y eficiente encaminado a sugerir que tenía que estudiar una lección que estaba fuera del alcance de los asnos. Maggie, bastante molesta, se volvió hacia la librería para entretenerse examinando los títulos.

—Mira, Maggie —llamó Tom—, ven a oír si me lo sé. Ponte al extremo de la mesa, donde se sienta el señor Stelling cuando me toma la lección.

Maggie obedeció y cogió el libro abierto.

—¿Dónde vas a empezar, Tom?

—En *Appellativa arborum*, porque voy a repetir todo lo que he aprendido esta semana.

Tom recitó tres líneas con seguridad, y Maggie empezaba a olvidarse de su tarea de apuntador, perdida en la especulación sobre lo que podría significar *mas*, palabra que aparecía dos veces, cuando Tom se trabó en *Sunt etiam volucrum*

—No me digas nada, Maggie; *Sunt etiam volucrum... Sunt etiam volucrum... ut ostrea, cetus...*

—No —dijo Maggie, abriendo la boca y negando con la cabeza.

—*Sunt etiam volucrum* —repitió Tom muy despacio, como si esperara que las palabras que venían a continuación aparecieran por sí solas en cuanto sugiriera que las estaba esperando.

—*C, e, u* dijo Maggie, impacientándose.

—Sí, ya lo sé: cállate —dijo Tom—. *Ceu passer, hirundo, ferarum... ferarum...*

—Tom tomó el lápiz y pintó varios puntos en la tapa del libro— *...ferarum...*

—Tom, qué despacio vas —protestó Maggie—. *Ut...*

—*Ut, ostrea...*

—No, no —dijo Maggie—: *ut, tigris...*

—Ah, sí. Ya sé —dijo Tom—: era *tigris, vulpes*, se me había olvidado: *ut tigris, vulpes, et piscium*.

Trastabillando y repitiéndose, Tom consiguió decir los renglones siguientes.

—Ahora llega lo que acabo de aprender para mañana. Dame el libro un minuto.

Tras farfullar en susurros y con la ayuda de algún puñetazo sobre la mesa, Tom le devolvió el libro.

—*Macula nomina in a. . .* —empezó.

—No, Tom —dijo Maggie—. No es eso lo que viene a continuación: es *Nomen non «creszens jenitivo»*.

—«*Creszens jenitiv*». —exclamó Tom con una carcajada burlona, ya que había aprendido este párrafo para la lección del día anterior y un joven caballero no necesita poseer un conocimiento íntimo ni extenso del latín para advertir errores semejantes—: «*creszens jenitiv*». ¡Qué tonta eres, Maggie!

—Bueno, no hace falta que te rías, Tom: tú tampoco lo recuerdas todo. Estoy segura de que es eso lo que pone, ¿y yo qué sé cómo se pronuncia?

—¡Bah! Ya te he dicho que las niñas no son capaces de aprender latín. Es: *Nomen non crescens jenitivo*.

—Muy bien —protestó Maggie, enfurruñada—. Puedo decirlo tan bien como tú. En cambio, tú no te fijas en las pausas: deberías pararte el doble de tiempo en un punto y coma que en una coma y, además, haces las pausas más largas donde no debería haber ninguna.

—Bien, basta de tonterías. Déjame seguir.

Al poco rato fueron a buscarlos para que pasaran el resto de la tarde en el salón, y Maggie se mostró tan vivaracha con el señor Stelling, el cual, sin duda, admiraba lo lista que era, que Tom se sintió desconcertado y alarmado por su audacia.

Sin embargo, Maggie se achantó cuando el señor Stelling hizo referencia a una niña de la que había oído contar que había huido para vivir con los gitanos.

—¡Qué niña tan rara debía de ser! —comentó la señora Stelling con intención de bromear, pero a Maggie no le hacía ninguna gracia que se bromeara a costa de su supuesta rareza. Temía que, a fin de cuentas, el señor Stelling no tuviera buena opinión de ella, y se acostó bastante abatida. Tenía la sensación de que la señora Stelling la miraba como si pensara que tenía el cabello muy feo porque le caía lacio sobre la espalda.

Con todo, durante la visita a Tom, Maggie pasó allí una feliz quincena. Le permitían permanecer en el estudio mientras él recibía clase y, tras sucesivas lecturas, consiguió profundizar en los ejemplos de la gramática latina. El astrónomo que odiaba a todas las mujeres la desconcertaba tanto que un día preguntó al señor Stelling si todos los astrónomos odiaban a las mujeres o si sólo se trataba de aquél en concreto.

—Supongo que todos —dedujo Maggie, anticipándose a su respuesta—. Porque puesto que viven en altas torres, si las mujeres subieran se pondrían a hablar y no les dejarían mirar las estrellas.

Al señor Stelling le divertía muchísimo su cháchara y se llevaban de maravilla. Maggie dijo a Tom que ella también debería asistir a las clases del señor Stelling, igual que él, y aprender las mismas cosas. Sabía que podía entender a Euclides, porque lo había vuelto a mirar y había visto lo que querían decir A B y C: era el nombre de las líneas.

—Estoy seguro de que no puedes —dijo Tom—. Ya se lo preguntaré al señor Stelling.

—Me da igual —contestó con aplomo la descarada niña—: ya se lo preguntaré yo.

—Señor Stelling —dijo aquella misma tarde, cuando se encontraban en el salón—. ¿Podría estudiar a Euclides y todas las lecciones si, en lugar de Tom, su alumna fuera yo?

—No, no podrías —intervino Tom enfadado—. Las niñas no son capaces de estudiar a Euclides: ¿verdad que no, señor?

—Me parece que pueden adquirir nociones de cualquier cosa —contestó el señor Stelling—: poseen una gran capacidad superficial, pero no pueden profundizar en nada. Son rápidas y banales.

Tom, encantado con este veredicto, envió a Maggie una señal de triunfo agitando la cabeza por detrás de la silla del señor Stelling. En cuanto a Maggie, jamás se había sentido más mortificada: durante su corta vida se había enorgullecido siempre de que la llamaran «rápid» y ahora parecía que esta rapidez era signo de inferioridad. Habría sido preferible ser lenta como Tom.

—¡Ja, ja! ¡Señorita Maggie! —se burló Tom en cuanto estuvieron solos—. Ya ves que no es gran cosa ser rápida. Nunca profundizarás en nada, ya lo sabes.

Y Maggie se sintió tan abrumada por este terrible destino que no tuvo ánimos para contestar.

Pero cuando Luke se llevó en la calesa a esa pequeña muestra de rapidez superficial y el estudio volvió a resultar solitario, Tom la echó tremendamente de menos. Durante el tiempo que había pasado allí, le había ido mejor en clase y se había mostrado más despejado; Maggie había hecho muchas preguntas al señor Stelling sobre el Imperio Romano y quiso saber si realmente existió el hombre que dijo en latín: «No lo compraría por un cuarto ni por una nuez podrid», o si se habían limitado a traducir aquella frase, de modo que Tom había empezado a comprender el hecho de que había existido un pueblo en la tierra tan afortunado como para hablar latín sin tener que aprenderlo con la Gramática de Eton. Esa luminosa idea supuso una importante contribución a los conocimientos históricos que adquirió durante el semestre que, por otra parte, se reducían a un compendio de la historia de los judíos.

A pesar de todo, aquel terrible semestre tocaba a su fin. ¡Con qué alegría contemplaba Tom las últimas hojas amarillas arrastradas por el frío viento! Las tardes

oscuras y las primeras nieves de diciembre le parecían más alegres que el sol de agosto; y para contar mejor el paso de los días gracias al cual estaba cada vez más cerca de casa, cuando sólo quedaban tres semanas para las vacaciones clavó veintiún palos en un rincón del jardín y cada día arrancaba uno de un tirón y lo lanzaba a lo lejos con tanta energía que si las estacas hubiera podido viajar tan lejos, habrían llegado al limbo.

Sin embargo, merecía la pena alcanzar, incluso al elevado precio de la gramática latina, la felicidad de ver la brillante luz del salón de su casa desde el puente cubierto de nieve cuando la calesa lo cruzó en silencio: la dicha de pasar del aire frío a la calidez, los besos y las sonrisas del hogar familiar donde el dibujo de la alfombra, la chimenea y los atizadores constituían «ideas primera» tan imposibles de criticar como la solidez y la extensión de la materia. En ningún lugar nos sentimos tan a gusto como allí donde nacimos, donde quisimos a los objetos antes de que supiéramos elegir y donde el mundo exterior tan sólo parecía una extensión de nuestra personalidad: lo aceptamos y lo quisimos como aceptamos nuestro propio sentido de la existencia y nuestros miembros. Vulgares, incluso feos, nos parecerían los muebles de nuestro primer hogar si los viéramos en una subasta: el gusto en las tapicerías ha mejorado y los pone en ridículo; ¿acaso no es la lucha por conseguir un entorno cada vez mejor la principal característica que distingue al hombre del bruto o, para satisfacer una escrupulosa precisión en las definiciones, lo que distingue al británico del bruto extranjero? Sin embargo, sólo el cielo sabe hasta dónde podría llevarnos esta lucha si nuestros afectos no tendieran a aferrarse a esos objetos inferiores, si las devociones y amores de nuestra vida no se anclaran con profundas raíces en la memoria. El entusiasmo que sentimos por el arbusto de saúco que sobresale por encima de un seto, como si fuera más hermoso que una jara o una fucsia erguida sobre el césped más suave y ondulado, es una preferencia totalmente injustificada desde el punto de vista de un jardinero paisajista o cualquiera de esas otras mentes ordenadas que no sienten ninguna afición que no se base en una superior calidad demostrable. Y, en realidad, prefiero el saúco porque evoca algún recuerdo antiguo: no es una novedad que se dirige a mi sensibilidad actual por ciertas formas y colores, sino un viejo compañero de mi existencia, entretejido con mis alegrías, cuando éstas eran intensas.

Capítulo II

Las vacaciones de Navidad

Aquellas Navidades, el anciano de barbas nevadas y rostro rubicundo cumplió generosamente con su deber y depositó ricos regalos de calidez y color que contrastaban con la escarcha y la nieve.

La nieve cubría los campos y las orillas del río en ondulaciones más suaves que el cuerpo de un niño; se recortaba nítidamente sobre los tejados y hacía destacar su color rojo oscuro con tonos más profundos; se depositaba pesadamente sobre los laureles y abetos hasta que caía con un estremecimiento; vestía de blanco el tosco campo de nabos y transformaba las ovejas en oscuros borrones; los montones de nieve bloqueaban las puertas y aquí y allá, algún olvidado cuadrúpedo se alzaba como petrificado «en erguida tristeza».^[15]; no había brillos ni sombras, porque los cielos eran una única nube pálida: no había más sonido o movimiento que el del oscuro río que fluía y gemía como una pena inconsolable. El anciano sonreía mientras cubría los campos durante aquel período aparentemente cruel con intención de dar más brillo al hogar, intensificar sus olores y hacer más deliciosa la cálida fragancia de los alimentos: pretendía preparar una dulce cárcel que reforzara los primitivos lazos familiares y conseguir que el resplandor de los rostros humanos familiares fuera tan bienvenido como el de la estrella diurna ahora oculta. Sin embargo, su amabilidad resultaba muy dura para las personas sin hogar, en las casas donde el fuego no era muy cálido y donde la comida poseía escasa fragancia; donde los rostros humanos no poseían un brillo solar, sino la mirada inexpresiva y sombría de la miseria sin esperanza. Pero el excelente y viejo invierno tenía buena intención; y si todavía no ha aprendido el modo de repartir de modo imparcial sus bendiciones entre los hombres, se debe a que su padre, el Tiempo, con un propósito implacable, sigue ocultando el secreto en su poderoso y lento corazón.

Sin embargo, aquel día de Navidad, a pesar del reciente placer que experimentaba Tom al estar en casa, por un motivo u otro no le pareció tan feliz como los anteriores. El acebo tenía tantas bolitas rojas como siempre, y él y Maggie habían adornado la víspera todas las ventanas, chimeneas y marcos con su buen gusto habitual, entrelazando las bayas de color escarlata del acebo con las negras de las ramas de hiedra. Se habían oído cánticos bajo las ventanas pasada la media noche: a Maggie siempre le parecían cantos sobrenaturales, a pesar de que Tom insistía con desprecio en que los cantantes eran el viejo Patch, el sacristán, y el resto del coro de la iglesia: temblaba sobrecogida cuando sus villancicos la sacaban del sueño, y la imagen de ángeles sentados sobre una nube sustituía siempre a la de unos hombres vestidos de

fustán. Con todo, la serenata contribuyó, como de costumbre, a que la mañana siguiente se distinguiera de todas las otras; además, a la hora del desayuno se olió el aroma a tostadas con cerveza; el himno favorito, las verdes ramas y el breve sermón proporcionaron el adecuado carácter festivo a la asistencia a la iglesia; y, después de que los fieles regresaron y se sacudieron los pies para limpiarlos de nieve, los rostros del tío y la tía Moss y sus ocho hijos reflejaron el fuego de la chimenea del salón como otros tantos espejos; el budín de ciruelas fue tan redondo y hermoso como siempre y apareció envuelto en las simbólicas llamas azules, como si lo hubieran arrancado heroicamente del fuego del averno, donde lo habían arrojado los puritanos dispéuticos; el postre fue tan espléndido como de costumbre, con sus naranjas doradas, las nueces marrones y el cristalino contraste entre la jalea de manzana y el dulce de ciruela damascena: en todas estas cosas, la Navidad fue como siempre había sido desde que a Tom le alcanzaba la memoria; sólo se distinguió, a lo sumo, porque aquel año se divirtieron más con el trineo y las bolas de nieve.

Las Navidades eran alegres, pero no se sentía así el señor Tulliver. Estaba furioso y desafiante, y Tom, aunque siempre respaldaba a su padre en las disputas y compartía sus ofensas, esta vez participaba de los sentimientos que oprimían a Maggie cuando, llegado el relajamiento de los postres, el señor Tulliver narró sus problemas en tono cada vez más alto e irritado. La atención que en otras circunstancias Tom habría concentrado en el vino y las nueces se distrajo con la sensación de que en el mundo uno tenía enemigos muy pillos y que los asuntos de los adultos difícilmente podían llevarse sin grandes altercados. Pero a Tom no le gustaban las riñas que no podían zanjarse al instante con una pelea justa contra un adversario fácil de zurrar; y la conversación irritada de su padre lo incomodaba, aunque nunca le había pasado por la cabeza que su padre pudiera estar equivocado.

La encarnación concreta del principio maligno que ahora provocaba la decidida resistencia de Tulliver era el señor Pivart, el cual poseía tierras curso arriba del Ripple y había empezado a tomar medidas para regarlas, cosa que (basándose en el principio de que el agua era el agua) era, sería o llegaría a ser lesiva para los derechos legítimos del señor Tulliver a explotar la energía hidráulica. Dix, que también tenía un molino en el río, era un débil ayudante del viejo Pero Botero en comparación con Pivart: el arbitraje había hecho que Dix se comportara con sensatez y el asesoramiento de Wakem no lo había llevado muy lejos: no, el señor Tulliver consideraba que Dix, desde un punto de vista legal, no había conseguido nada y, a la luz de la intensidad de su indignación contra Pivart, su desprecio hacia un adversario confundido como Dix empezaba a parecer una relación amistosa. Aquel día no tenía otro público masculino que el señor Moss, el cual, tal como declaró, «*na* sabía de molino» y sólo podía asentir ante los argumentos del señor Tulliver en calidad de pariente y de deudor; pero Tulliver no hablaba con la fútil intención de convencer a

su audiencia, sino para desahogarse: mientras tanto, el buen señor Moss hacía ímprobos esfuerzos para mantener los ojos abiertos a pesar del sopor que una comida inusualmente buena provocaba en su cansado cuerpo. La señora Moss, más sensible al tema e interesada en cualquier cosa que afectara a su hermano, lo escuchaba e intervenía en cuanto sus ocupaciones maternas se lo permitían.

—Caramba, el nombre de Pivart es nuevo por aquí, hermano, ¿verdad? —preguntó—. No era propietario en época de nuestro padre, ni en la tuya, antes de que me casara.

—¿Nuevo? Sí, claro que es un apellido nuevo —afirmó el señor Tulliver con enfado—. El molino de Dorlcote lleva en nuestra familia más de cien años y nunca nadie ha oído hablar de que un tal Pivart se mezclara en los asuntos del río, hasta que llegó este individuo y compró la granja de Bincome antes de que nadie se diera cuenta. ¡Pero ya me encargaré yo de *pivarlo*! —añadió el señor Tulliver, alzando el vaso con la sensación de que había definido su decisión con toda nitidez.

—Espero que no te veas obligado a ir a los tribunales, hermano —aventuró la señora Moss con cierta inquietud.

—No sé a qué me veré obligado, pero sí sé a qué lo obligaré con sus acequias y sus *riegadíos*, si es que las leyes son capaces de hacer justicia. Sé perfectamente quién está detrás de todo esto: Wakem respalda e incita a Pivart. Sé que Wakem le dice que la ley no puede hacer nada contra él: pero Wakem no es el único en manejar la ley. Hace falta un buen granuja para ganarlo, pero los hay que saben más que él, porque, ¿cómo es posible si no que perdiera el pleito de Brumley?

El señor Tulliver era un hombre absolutamente honrado y se enorgullecía de serlo, pero consideraba que los fines de la justicia sólo podían alcanzarse contratando a un truhán más poderoso que el del contrario. La ley era una especie de pelea de gallos en la que la honradez atropellada debía conseguir un animal de pelea con mayor valor y mejores espolones.

—Gore no es tonto, no hace falta que me lo digáis —anunció a continuación con tono belicoso, como si la pobre Gritty insistiera en destacar la capacidad del abogado—, pero no sabe tanto de leyes como Wakem. Y el agua es un tema muy especial, no se puede coger con una horca; por eso resulta tan complicado para el Diablo y los abogados. Con el agua, está muy claro lo que está bien y lo que está mal, si se mira sin tapujos; un río es un río, y si tienes un molino, tienes que tener agua para que le dé vueltas; y no sirve de nada decirme que los *riegadíos* de Pivart y esas tonterías no me van a parar la rueda: sé muy bien lo que es del agua. ¡Mira que contarme a mí lo que dicen los ingenieros! Es de sentido común que las acequias de Pivart me perjudican. Pero si eso dicen sus ingenieros, dentro de poco pondré a Tom a estudiar esas cosas y ya veremos qué pasa.

Tom miró a su alrededor con cierta inquietud al oír este anuncio sobre su futuro y

se olvidó de agitar el sonajero que entretenía a la pequeña de los Moss; ésta, que era una niña de ideas muy claras, expresó al instante sus sentimientos con un grito penetrante que no se calmó ni cuando le devolvieron el sonajero, como si nada pudiera aplacar el agravio. La señora Moss se la llevó a toda prisa a otra habitación y expresó a la señora Tulliver, que la acompañaba, la convicción de que la nena tendría buenas razones para llorar, dando a entender que si suponían que lloraba únicamente por el sonajero, no comprendían a la niña. Tras aplacar unos aullidos plenamente justificados, la señora Moss miró a su cuñada y dijo:

—Siento ver a mi hermano tan preocupado por eso del agua.

—Así es tu hermano, señora Moss: nunca vi nada parecido antes de casarme —contestó la señora Tulliver con un reproche implícito. Cuando hablaba con la señora Moss siempre se refería a «tu hermano» o, por lo menos, lo hacía cuando la actitud de éste no merecía toda su admiración. La afable señora Tulliver, que jamás en su vida había mostrado enfado por nada, poseía, sin embargo, una versión suavizada de aquel espíritu sin el cual difícilmente podría haber sido al mismo tiempo una Dodson y una mujer. Si bien cuando trataba con sus hermanas se situaba a la defensiva, era natural que, a pesar de ser el miembro más débil de la familia Dodson, fuera vivamente consciente de su superioridad sobre la hermana de su esposo que, además de ser pobre y tender a «colgar» de su hermano, poseía la bondadosa docilidad propia de una mujer grande, pacífica, desaliñada y prolífica que albergaba afecto suficiente, no sólo para su marido y sus numerosos hijos, sino también para una serie de parientes colaterales.

—Deseo y ruego que no vaya a los tribunales —dijo la señora Moss—, porque nunca se sabe cómo acaban estas cosas. Y no siempre gana quien tiene razón. Supongo que este señor Pivart es un hombre rico, y los ricos casi siempre se salen con la suya.

—En fin, ya he visto cómo actúan los ricos que hay en mi familia, ya que mis hermanas tienen maridos que pueden permitirse hacer todo lo que quieren —dijo la señora Tulliver, alisándose el vestido con las manos—. Pero algunas veces pienso que me van a volver loca con estas historias de abogados y *riegadíos*, y mis hermanas *m'echan* la culpa, porque no saben lo que es estar casada con un hombre como tu hermano, ¿cómo iban a saberlo? Mi hermana Pullet hace lo que se *l'antoja* de la mañana a la noche.

—Bueno —objetó la señora Moss—: me parece que no me gustaría que mi marido no tuviera cabeza y yo tuviera que pensar por él. Es mucho más fácil hacer lo que gusta al marido que dar vueltas y vueltas pensando en lo que hay que hacer.

—Si hablamos de hacer lo que gusta al marido —replicó la señora Tulliver, imitando pálidamente a su hermana Glegg—, estoy segura de que mucho le habría costado a tu hermano encontrar una esposa que lo dejara hacer a su antojo en todo

como yo. Ahora sólo piensa en la ley y los *riegadíos* desde que se levanta hasta que se acuesta, y nunca le llevo la contraria, sólo digo: Tulliver, haz lo que quieras, pero en ningún caso te metas en pleito...

Como hemos visto, la señora Tulliver no carecía de influencia sobre su marido. No hay esposa que no la tenga: siempre puede empujar a su esposo o en un sentido o en el contrario; y entre los diversos impulsos que amenazaban con inclinar al señor Tulliver a «meterse en pleito», sin duda los monótonos ruegos de la señora Tulliver pesaban considerablemente; su actitud podía compararse con la del personaje de aquel proverbio, el padre que tuvo el mérito o la culpa de romper la espalda de un camello cargado de plumas, aunque, desde un punto de vista imparcial, la culpa fuera del peso que soportaba ya el animal, hasta tal punto que no podía sostener una pluma más sin daño. Sin duda, la personalidad de la señora Tulliver no confería a sus débiles súplicas el peso de esa pluma definitiva, pero cada vez que llevaba la contraria a su marido éste veía en ella a un representante de la familia Dodson; y uno de los principios que guiaban al señor Tulliver era hacerles saber que no podrían dominarlo o —para ser más exactos— que un varón Tulliver valía mucho más que cuatro mujeres Dodson, aunque una de ellas fuera la señora Glegg.

Pero ni siquiera un argumento directo procedente de esa típica representante de las Dodson aconsejándole que no recurriera a los tribunales podría haberlo predispuesto tan a favor como el mero recuerdo de Wakem, renovado continuamente por la presencia todos los días de mercado de este abogado excesivamente hábil. Estaba seguro de que Wakem se encontraba, metafóricamente hablando, detrás de los regadíos de Pivart: Wakem había intentado hacer que Dix pleiteara por la presa: no cabía duda de que Wakem había conseguido que Tulliver perdiera el pleito por la servidumbre de paso por el camino y el puente, lo que había convertido sus tierras en vía para cualquier vagabundo que prefiriera aprovechar la oportunidad de dañar la propiedad privada en lugar de caminar, como cualquier hombre honrado, por la carretera principal: todos los abogados eran unos sinvergüenzas en mayor o menor medida, pero la sinvergüenzonería de Wakem era especialmente grave porque se aplicaba directamente a atropellar el derecho personificado en los intereses y opiniones del señor Tulliver. Y, como amargura añadida, el agraviado molinero se había visto obligado recientemente, al tomar prestadas quinientas libras, a entrar en contacto con el despacho de Wakem. ¡Aquel individuo con tanta labia y nariz ganchuda! ¡Fresco como una lechuga Y tan seguro de su juego! Era humillante que el abogado Gore no se le pareciera, sino que fuera calvo, orondo, de modales blandos y manos gruesas: sería imprudente colocar a aquel gallo de pelea ante Wakem. Gore era un individuo astuto: su debilidad no residía en su escrupulosidad, pero no es lo mismo lanzar guiños significativos que ser capaz de ver a través de una pared de piedra, y por muy seguro que estuviera el señor Tulliver de que el agua era el agua y

de que Pivart llevaba todas las de perder en ese asunto de los regadíos, recelaba de que Wakem pudiera, contra este hecho incontrovertible, recurrir a algún argumento legal desconocido para Gore. Con todo, si llegaban a los tribunales, tal vez pudiera contratar al abogado Wylde y tener así a ese admirable matón a su favor y no en contra, y la perspectiva de hacer que un testigo de Wakem sudara confundido, tal como había sucedido una vez con el del señor Tulliver, le hacía amar la justicia punitiva.

El señor Tulliver rumiaba sobre estos asuntos tan enredosos durante los trayectos sobre el caballo gris, y movía la cabeza de un lado a otro mientras los platillos de la balanza oscilaban alternativamente; pero el resultado probable no se vislumbraba, y sólo llegaría a él mediante acaloradas y repetidas discusiones en su vida social y doméstica. Aquella fase inicial de la disputa, que consistía en la narración del caso y la exposición de los puntos de vista del señor Tulliver sobre la cuestión en su círculo de conocidos, tomaría un tiempo necesario y, a finales de enero, cuando Tom tenía que volver al colegio, apenas podían detectarse datos nuevos en la declaración de su padre contra Pivart, ni ninguna indicación específica sobre las medidas que se había visto obligado a tomar contra el osado violador del principio que afirmaba que el agua era agua. La repetición, igual que la fricción, tiende a generar más calor que avance, y el acaloramiento del señor Tulliver era cada vez más visible. Si no habían aparecido nuevas pruebas, por lo menos estaba demostrado que Pivart «estaba compinchad» con Wakem.

—Padre —dijo Tom una tarde, hacia el final de las vacaciones—. El tío Glegg dice que el abogado Wakem va a enviar a su hijo con el señor Stelling. No es cierto eso que decían de que lo mandaban a Francia. No querrás que estudie con el hijo de Wakem ¿verdad?

—No importa, hijo —contestó el señor Tulliver—. No aprendas nada malo de él y Ya está. El muchacho es una pobre criatura deforme y de cara se parece a su madre: yo diría que no ha salido al padre. Es señal de que Wakem tiene buena opinión del señor Stelling, si le envía su hijo, y Wakem es un individuo listo que sabe distinguir el grano de la paja.

En el fondo del corazón, el señor Tulliver estaba orgulloso de que su hijo disfrutara de los mismos privilegios que el de Wakem: pero Tom no estaba muy de acuerdo: habría preferido que el hijo del abogado no fuera deforme, porque así habría podido arremeter contra él con la libertad que se deriva de una postura moral superior.

Capítulo III

El nuevo compañero de estudios

Un húmedo y frío día de enero, Tom regresó a sus estudios: el día estaba en consonancia con aquella severa fase de su destino. Si no hubiese llevado en una bolsa un paquete de azúcar cande y una pequeña muñeca articulada de madera para Laurita, ninguna perspectiva de ilusión habría animado tanta tristeza. Pero le gustaba pensar que Laura extendería las manitas y avanzaría los labios para recibir trocitos de azúcar cande, y, para intensificar estos placeres imaginarios, sacó él el paquete, hizo un agujerito en el papel y mordió un par de cristalitos, lo que tuvo un efecto tan reconfortante en el reducido espacio con olor a humedad situado bajo la capota de la calesa que repitió más de una vez el proceso durante el camino.

—Bien, Tulliver: nos alegramos de volverlo a ver —saludó el señor Stelling efusivamente—. Quítese las prendas de abrigo y entre en el estudio hasta la hora de cenar. Allí encontrará un buen fuego y a un compañero nuevo.

Tom sintió una molesta inquietud cuando se quitó la bufanda de lana y demás abrigo. Había visto a Philip Wakem en Saint Ogg's, pero siempre había apartado la mirada tan rápidamente como había podido. Le habría molestado tener como compañero a un chico deforme aunque Philip no hubiera sido hijo de un mal hombre. Y Tom tenía la sensación de que el hijo de un mal hombre no podía ser muy buena persona. Su padre, por ejemplo, era un hombre bueno y no habría vacilado en pelear con quien se atreviera a afirmar lo contrario. Siguió al señor Stelling al estudio sumido en una mezcla de turbación y desafío.

—Tulliver, estreche la mano a su nuevo compañero —dijo el caballero al entrar en el estudio—, el señor Wakem. Los dejo para que vayan conociéndose. Supongo que ya saben algo el uno del otro, puesto que proceden del mismo lugar.

Tom se sintió confuso y torpe mientras Philip se ponía en pie y le lanzaba una mirada tímida. No le apetecía adelantarse y tenderle la mano, y no estaba dispuesto a decir: «Hola, ¿cómo está usted?» de buenas a primeras.

El señor Stelling dio media vuelta y cerró la puerta tras de sí prudentemente: la timidez de los muchachos desaparece con la ausencia de los mayores.

Philip era demasiado orgulloso y demasiado tímido para caminar hasta Tom. Advirtió o, para ser más exactos, sintió, que Tom tenía aversión a mirarlo: a casi todo el mundo le disgustaba hacerlo; además, cuando andaba, su deformidad resultaba más notoria. De modo que no se estrecharon la mano y ni siquiera hablaron; Tom se aproximó al fuego para calentarse y, de vez en cuando, lanzaba miradas furtivas a Philip, que parecía absorto en el dibujo de un objeto tras otro en el trozo de papel que

tenía delante. Había vuelto a sentarse y, mientras dibujaba, pensaba en qué podría decir a Tom e intentaba vencer la repugnancia a dar el primer paso.

Tom empezó a mirar cada vez más y durante más tiempo el rostro de Philip, porque podía examinarlo sin ver la joroba, y no le pareció una cara desagradable: era mayor, y se preguntó cuántos años tendría más que él. Un experto en anatomía —o incluso bastaría un fisonomista— habría reparado en que la deformidad de la columna de Philip no era congénita, sino resultado de un accidente en la infancia; pero no se podía esperar de Tom la capacidad de distinguir semejante cosa: para él, Philip era simplemente un jorobado. Tenía una vaga idea de que la deformidad del hijo de Wakem guardaba alguna relación con la sinvergonzonería del abogado, de la que había oído hablar con tanta frecuencia a su padre con acalorado énfasis; y sentía también cierto temor de que fuera un individuo resentido que, al no ser capaz de luchar abiertamente, empleara modos encubiertos para hacer daño. En el vecindario de la academia del señor Jacobs había un sastre jorobado al que se consideraba un personaje desagradable; los chicos más preocupados por el bien común corrían tras él abucheándolo con el mero pretexto de sus cualidades morales insatisfactorias; de modo que Tom no carecía de modelo por el que guiarse. Sin embargo, el rostro de aquel chico triste no podía ser más distinto que el del feo sastre, si bien Tom consideró lastimoso que el cabello castaño que lo enmarcaba se ondulara y rizara en las puntas como el de una muchacha. Aquel Wakem era un sujeto pálido y raquítico y resultaba evidente que no sería capaz de jugar a nada digno de mención; sin embargo, manejaba el lápiz de modo envidiable y, por lo que parecía, dibujaba sin gran dificultad. ¿Qué estaría retratando? Tom había entrado ya en calor y deseaba que sucediera algo nuevo. Sin duda, resultaba más agradable tener como compañero a un jorobado malhumorado que mirar la lluvia por la ventana y dar patadas al zócalo de madera en total soledad; tal vez sucediera algo —«una pelea o alg».—, y Tom pensó que le gustaría dejar bien claro a Philip que ni se le ocurriera gastarle bromas maliciosas. De repente, avanzó por delante del hogar y miró hacia el papel de Philip.

—¡Caramba! ¡Si eso es un burro con serones, y un perro, y perdices en un trigal! —exclamó, pues la admiración le había soltado la lengua—. ¡Atiza! ¡Me encantaría dibujar así! Voy a aprender a dibujar este semestre, me pregunto si podré aprender a pintar perros y burros.

—Oh, puedes dibujarlos sin aprender —contestó Philip—. A mí nadie me ha enseñado.

—¿Nadie te ha enseñado? —preguntó Tom, desconcertado—. ¡Vaya! Cuando pinto perros, caballos y cosas de ésas, las cabezas y las patas me salen mal, aunque sé muy bien cómo deberían ser. Sé dibujar casas y todo tipo de chimeneas: de las que están pegadas a la pared, ventanas en el tejado y cosas de esas. De todos modos, seguro que podría dibujar perros y caballos si lo intentara de nuevo —añadió,

pensando que Philip podría suponer erróneamente que se daba por vencido si se mostraba demasiado sincero en relación con la imperfección de sus logros.

—¡Oh, claro que sí! —contestó Philip—. Es muy fácil. Sólo tienes que mirar bien las cosas y dibujarlas una y otra vez. Lo que te salga mal una vez, lo cambias a la siguiente.

—¿Seguro que no te han enseñado nada de nada? —preguntó Tom desconcertado, empezando a sospechar que la jorobada espalda de Philip bien podría ser origen de unas facultades notables—. Pensaba que habías ido al colegio durante mucho tiempo.

—Sí —contestó Philip con una sonrisa—. Me han dado clases de latín, griego y matemáticas... caligrafía y esas cosas.

—¡Ah! Pero bueno, no te gustará el latín, ¿verdad? —preguntó Tom, bajando la voz y adoptando un tono confidencial.

—Bueno... no me quita el sueño.

—Ah, quizá es porque todavía no has llegado a las *Propriae quae maribus* —dijo Tom, meneando la cabeza, como si dijera: «Ése es el punto crítico: es fácil hablar hasta que se llega allí».

Philip sintió cierta amarga complacencia ante la previsible estupidez de aquel niño bien formado de aspecto activo; pero su extrema sensibilidad y su deseo de llevarse bien hacían de él un chico educado, de modo que contuvo el deseo de reír.

—Ya he dado toda la gramática, ya no tengo que estudiarla —contestó discretamente.

—Entonces, seguro que no estudias las mismas lecciones que yo —contestó Tom algo decepcionado.

—No, pero quizá pueda ayudarte. Me encantaría ayudarte, si puedo.

Tom no le agradeció el ofrecimiento porque estaba absorto pensando que el hijo de Wakem no parecía tan malo como podía esperarse.

—Oye —preguntó—, ¿tú quieres a tu padre?

—Sí —contestó Philip, sonrojándose intensamente—. ¿Acaso no quieres tú al tuyo?

—Oh, sí... pero quería saberlo —contestó Tom, avergonzado de sí mismo al ver que Philip se había ruborizado y se sentía incómodo. No sabía qué pensar sobre el hijo del abogado Wakem y se le había ocurrido que si Philip no quería a su padre eso le ayudaría a resolver su perplejidad.

—¿Y ahora vas a aprender a dibujar? —preguntó para cambiar de tema.

—No —contestó Philip—. Mi padre quiere que me dedique a otras cosas.

—¿Cómo el latín, Euclides y cosas de esas? —preguntó Tom.

—Sí —contestó Philip, que había dejado el lápiz y descansaba la cabeza en una mano mientras Tom se inclinaba hacia delante, apoyado en ambos codos, y contemplaba con creciente admiración el perro y el burro.

—¿Y a ti no te fastidia? —preguntó Tom, con gran curiosidad.

—No; me gusta saber lo que saben los demás. Y no tardaré en estudiar lo que me gusta.

—No sé por qué hay que estudiar latín —dijo Tom—. No sirve para nada.

—Forma parte de la educación de un caballero —contestó Philip—. Todos los caballeros aprenden las mismas cosas.

—¡Caramba! ¿Crees que sir John Crake, el dueño de los lebreles, sabe latín? —preguntó Tom, que con frecuencia había pensado que le gustaría parecerse a sir John Crake.

—Naturalmente, lo estudió cuando era pequeño —contestó Philip—Aunque supongo que lo ha olvidado.

—Oh, bueno. Entonces, puedo hacer lo mismo —afirmó Tom sin ninguna intención epigramática y seriamente satisfecho ante la idea de que, en lo que al latín respectaba, éste no sería un obstáculo en su semejanza con sir John Crake—. Uno sólo lo tiene que recordar mientras está en el colegio, igual que tiene que aprender muchos fragmentos del *Speaker*. El señor Stelling es muy maniático, ¿no lo sabías? Te lo hace repetir diez veces si te equivocas y dices una cosa por otra... No perdona ni una letra, te lo aseguro.

—¡Oh, me da igual! —contestó Philip, incapaz de retener una carcajada—. Recuerdo las cosas con facilidad. Y algunas lecciones me gustan mucho. Me gusta mucho la historia de Grecia y todo lo relacionado con los griegos. Me habría gustado ser griego y luchar contra los persas, regresar a mi país y escribir tragedias, o que me escuchara todo el mundo por mi sabiduría, como a Sócrates, y morir gloriosamente.

(Como bien puedes observar, lector, a Philip no le faltaban deseos de impresionar con su superioridad intelectual a aquel bárbaro bien formado).

—¡Vaya! ¿Los griegos fueron grandes guerreros? —preguntó Tom, al que la noticia abría nuevas perspectivas. ¿Tienen alguna historia como la de David y Goliat, o la de Sansón? Son los únicos trozos que me gustan de la historia de los judíos.

—¡Oh, los griegos tienen muchas historias de ésas! Por ejemplo, con los héroes de los primeros tiempos, que mataban animales salvajes, igual que Sansón. Y en la Odisea, que es un bonito poema, sale un gigante mejor que Goliat: se llamaba Polifemo, tenía un solo ojo en mitad de la frente, y Ulises, que era un hombre pequeño pero muy listo y astuto, le clavó en el ojo una estaca ardiendo y lo hizo bramar como miles de toros.

—¡Oh, qué divertido! —exclamó Tom, alejándose de un brinco de la mesa y golpeando el suelo con uno y otro pie—. Oye, ¿podrías contarme cosas así? Porque yo no voy a aprender griego, sabes... ¿o sí? —añadió, dejando de saltar alarmado, no fuera a estar equivocado—. ¿Los caballeros tienen que aprender griego?... ¿Crees que el señor Stelling me hará estudiar griego?

—No, creo que no. Seguro que no —contestó Philip—. Pero puedes leer estas historias sin saber griego, las tengo en inglés.

—Oh, es que no me gusta leer. Preferiría que me las contaras tú. Pero sólo las de peleas, ¿sabes? Mi hermana Maggie siempre quiere contarme historias, pero son tonterías. Cosas de chicas. ¿Podrás contarme muchas historias de luchas?

—¡Oh, sí! Muchísimas. No sólo las de los griegos. Te puedo contar las de Ricardo Corazón de León y Saladino, y las de William Wallace, Robert Bruce y James Douglas... Sé muchísimas.

—Eres mayor que yo, ¿verdad? —preguntó Tom.

—Bueno, ¿cuántos años tienes? Yo tengo quince.

—Yo voy a cumplir catorce —dijo Tom—. Pero en la academia de Jacobs zurraba a todos los demás. Allí estaba antes de venir aquí. Y los ganaba a todos jugando al *bandy* y trepando. Y me gustaría que el señor Stelling nos dejara ir a pescar. Podría enseñarte. Puedes pescar, ¿verdad? Sólo tienes quedarte de pie bien quieto.

Tom, a su vez, quería inclinar la balanza a su favor. Aquel jorobado no debía dar por hecho que su familiaridad con las historias de combates lo ponía a la altura de un verdadero luchador como Tom Tulliver. Philip se estremeció ante esta alusión a su incapacidad para los deportes activos.

—No me gusta nada pescar —contestó casi irritado—. Creo que los pescadores parecen tontos, ahí sentados contemplando una caña hora tras hora, o lanzando el sedal una y otra vez para no atrapar nada.

—Pero no dirás que parecen idiotas cuando sacan un gran lucio, te lo aseguro —contestó Tom, que en su vida había pescado nada «grand», pero cuya imaginación se esforzaba con entusiasmo en defender el honor del deporte. No cabía duda de que el hijo de Wakem tenía sus cosas desagradables y debía mantenerlo a raya. Afortunadamente para la armonía de aquella primera conversación, en aquel momento los llamaron a cenar y Philip no pudo seguir desarrollando sus inconsistentes puntos de vista sobre la pesca, pero Tom se dijo: eso era exactamente lo que habría debido esperar de un jorobado.

Capítulo IV

La joven idea^[16]

La alternancia de sentimientos de este primer diálogo entre Tom y Philip se mantuvo en sus relaciones, incluso tras varias semanas de convivencia escolar. Tom no olvidaba que, en tanto que hijo de un «bribó», Philip era su enemigo natural, y nunca superó por completo la repulsión que le inspiraba su deformidad: Tom se aferraba tenazmente a las impresiones recibidas: tal como sucede a las personas en las que la simple percepción predomina sobre el pensamiento y la emoción, lo externo se impuso de modo definitivo. Y, sin embargo, le resultaba imposible no apreciar la compañía de Philip cuando éste se encontraba de buen humor: era una gran ayuda para los ejercicios de latín, que Tom consideraba como una especie de acertijo que sólo se podía resolver gracias a un afortunado azar; y podía contarle fantásticas historias de combates sobre Hal del Wynd^[17], por ejemplo, y otros héroes que Tom tenía en gran aprecio porque la emprendían a mamporros con todos. No estimaba mucho a Saladino, cuya cimitarra podía partir en dos un almohadón en un instante, porque ¿a quién se le ocurría partir almohadones? Era una historia tonta y no tenía el menor interés en volver a oírla. Pero cuando Robert Bruce, montado en el poni negro, se ponía en pie sobre los estribos y alzaba su hacha de guerra para partir en dos el yelmo y el cráneo del demasiado apresurado caballero en Bannockburn, entonces Tom se identificaba plenamente y, si hubiera tenido un coco a mano, lo habría partido de inmediato con el atizador de la chimenea. Cuando Philip estaba de buenas, daba gusto a Tom en la medida de sus posibilidades y describía los golpes y la furia de los combates con toda la artillería de epítetos y símiles a su alcance. Pero no siempre estaba contento o de buen humor. Los arrebatos de mal humor o de irritada susceptibilidad que mostró en el primer encuentro eran síntoma de un trastorno recurrente debido en parte a cierta irritabilidad nerviosa y en parte a la amargura que le producía su deformidad. Cuando era presa de uno de esos ataques de susceptibilidad, cada mirada le parecía cargada de piedad ofensiva o de rechazo mal reprimido, aunque sólo fuera de indiferencia pero Philip la sentía como un niño del sur recibe el helado aire de una primavera septentrional. La torpe actitud protectora que adoptaba el pobre Tom cuando se encontraban en el exterior hacía que algunas veces Philip se volviera con violencia contra el bienintencionado muchacho y que sus ojos, por lo general tristes y tranquilos, relampaguearan. No es de extrañar que Tom se mostrara receloso con el jorobado.

No obstante, la habilidad autodidacta de Philip para el dibujo constituía otro nexo de unión entre ambos: porque Tom se había encontrado, ante su disgusto, con que su

nuevo profesor de dibujo no le daba perros ni burros como modelos, sino arroyos, puentes rústicos y ruinas con suaves sombras a lápiz que sugerían una naturaleza satinada; y puesto que el interés de Tom por lo pintoresco en el paisaje se encontraba todavía latente, no es de extrañar que las producciones del señor Goodrich le parecieran una forma de arte poco interesante. Dado que el señor Tulliver tenía la imprecisa intención de que Tom se dedicara a algún trabajo relacionado con el dibujo de planos y mapas, cuando había visto al señor Riley en Mudport se había lamentado de que Tom no estuviera aprendiendo nada de eso, por lo cual el atento consejero sugirió que Tom recibiera clases de dibujo. Al señor Tulliver no debía importarle pagar un poco más: si Tom se convertía en un buen dibujante, sería capaz de utilizar el lápiz con cualquier propósito. De modo que se ordenó que Tom recibiera clases de dibujo, ¿y a quién mejor que el señor Goodrich, considerado el más destacado de su profesión en doce millas a la redonda de King's Lorton, podía haber escogido el señor Stelling como maestro? Gracias a él, Tom aprendió a afilar muchísimo el lápiz y a representar un paisaje «en líneas generale», lo que, sin duda, debido a su afición por los detalles, encontraba tremendamente aburrido.

Recordará el lector que todo esto sucedía en aquellas épocas oscuras en que no existían academias de dibujo, antes de que los maestros de escuela fueran invariablemente hombres de integridad escrupulosa y antes de que los clérigos fueran todos hombres de mente abierta y varia cultura. En aquellos días menos favorecidos, es bien cierto que existían algunos clérigos de escasa inteligencia y grandes ambiciones, cuyos ingresos —por una lógica confusión de la que la diosa Fortuna, siendo a un tiempo mujer y llevando los ojos vendados, es especialmente responsable— no guardaban proporción con sus necesidades sino con su inteligencia, con la que los ingresos carecen de todo vínculo inherente. Aquellos caballeros debían resolver el problema de adaptar la proporción entre sus necesidades y sus rentas; y puesto que no es fácil aniquilar las necesidades, parecía más sencillo incrementar los ingresos. Sólo había un modo de hacerlo: todas las ocupaciones bajas en las que los hombres se ven obligados a realizar un buen trabajo por un bajo precio estaban prohibidas a los clérigos; ¿era culpa suya si no tenían otro recurso que cobrar muy caro un mal trabajo? Además, ¿cómo podía esperarse que el señor Stelling supiera que la tarea de educar era delicada y difícil? No tenía de ello mayor idea de la que podría poseer sobre técnicas de excavación un animal con capacidad de taladrar la roca. Las facultades del señor Stelling se habían formado, desde muy pronto, para cavar en línea recta, y tampoco andaba muy sobrado de ellas. Sin embargo, entre los contemporáneos de Tom cuyos padres enviaban a sus hijos a estudiar con un clérigo y, pasado el tiempo, advertían su ignorancia, muchos eran menos afortunados que Tom Tulliver. En aquella época lejana, la educación era casi siempre cuestión de suerte —de mala suerte—. La disposición con que se toma un taco de billar o una

caja de dados es de sobria certeza comparada con la de los padres de otros tiempos, como el señor Tulliver, cuando escogían un colegio o un tutor para sus hijos. Aquellos hombres excelentes, que se habían visto obligados a escribir durante toda su vida de acuerdo con un sistema fonético improvisado y, a pesar de esta desventaja, habían conseguido tener éxito en los negocios y ganar el dinero suficiente para dar a sus hijos un mejor punto de partida en la vida, debían arriesgarse en lo que respectaba a la conciencia y la competencia del maestro cuya carta circular caía en sus manos Y parecía prometer mucho más de lo que se les habría ocurrido nunca pedir, incluida la devolución de la ropa blanca, la cuchara y el tenedor. Tenían suerte si conocían a algún pañero ambicioso que no hubiera dedicado su hijo a la Iglesia y este joven caballero, a la edad de veinticuatro años, no hubiera puesto fin a sus disipaciones estudiantiles mediante un matrimonio imprudente; de no ser así, estos padres inocentes, deseosos de conseguir lo mejor para sus hijos, sólo podían escapar del hijo del pañero Participando en la fundación de un colegio por el que no hubieran pasado todavía los inspectores, donde dos o tres chicos podían disfrutar para ellos solos de las ventajas de un gran edificio de altos techos, de un director desdentado, cegato y sordo, cuyo erudito desorden y desinterés recompensaban con trescientas libras por cabeza; sin duda, se contrataba a un profesor maduro, pero toda madurez tiende a degenerar hacia un estado menos apreciado en el mercado.

Así pues, Tom Tulliver, comparado con muchos otros jóvenes británicos de su época que han tenido que abrirse paso en la vida con algunos fragmentos de conocimientos más o menos relevantes y una ignorancia notoria, no resultaba muy desafortunado. El señor Stelling era un hombre saludable y de ancho pecho con el porte de un caballero, la convicción de que un chico en edad de crecer necesita carne suficiente y con cierta amabilidad campechana que le hacían desear ver a Tom con buen aspecto y buen apetito: no era hombre de conciencia refinada ni profundo conocimiento de los infinitos asuntos que afectaban a su quehacer cotidiano; no era muy competente en su tarea, pero los caballeros incompetentes también tienen derecho a vivir y, si no poseen una fortuna personal, resulta difícil saber cómo podrían sobrevivir dignamente si no se vincularan a la educación o al gobierno. Por otra parte, la constitución mental de Tom tenía la culpa de que sus facultades no pudieran alimentarse con el tipo de conocimiento que el señor Stelling podía transmitirle. Un chico nacido con una capacidad deficiente para asimilar signos y abstracciones debe sufrir el castigo de esta deficiencia congénita, igual que si hubiera nacido con una pierna mas larga que otra; un método de educación sancionado por la larga práctica de nuestros venerables antecesores no debía ceder ante la excepcional cortedad de un chico que se limitaba a vivir en el presente. Y el señor Stelling estaba convencido de que un chico tan tonto para los signos y abstracciones tenía que serlo forzosamente para todo lo demás, suponiendo que aquel reverendo caballero hubiera

podido enseñarle algo más. Nuestros venerables antecesores acostumbraban a aplicar un ingenioso instrumento llamado empulguera que apretaba y apretaba los pulgares para obtener lo que no existía: partían de la convicción de su existencia, ¿y qué otra cosa podían hacer que apretar la empulguera? De la misma manera, el señor Stelling creía firmemente que todos los chicos con alguna capacidad podían aprender la única cosa que debía enseñarse; si eran algo lerdos, no quedaba más remedio que apretar la empulguera e insistir con mayor severidad en los ejercicios y castigar con una página de Virgilio para fomentar y estimular una inclinación demasiado tibia por el verso latino.

Sin embargo, durante este segundo semestre se relajó un poco la empulguera. Philip era tan listo y estaba tan avanzado en sus estudios que el señor Stelling podía alimentar su reputación con mayor facilidad gracias a su inteligencia, necesitada de escasa ayuda, que mediante el complicado proceso necesario para vencer la torpeza de Tom. Los caballeros de amplio pecho y ambiciosas intenciones algunas veces decepcionan a sus amigos y fracasan en su deseo de ascenso social: tal vez los altos logros exijan algún mérito inusual y no baste el inusual deseo de altas recompensas; o tal vez se deba a que estos fornidos caballeros resultan bastante indolentes y su *divinae particulam aurae*^[18] está lastrada por un apetito excesivo. Por un motivo u otro, el señor Stelling retrasaba la ejecución de varios briosos proyectos y no abordaba en sus horas libres la edición de la obra griega o cualquier otro trabajo erudito; en cambio, tras encerrarse con llave en su estudio privado con gran decisión, se sentaba a leer alguna de las novelas de Theodore Hook^[19]. Tom pudo ir pasando por las lecciones con menos rigor y, puesto que Philip lo ayudaba, conseguía aparentar ciertos confusos conocimientos sin que ningún interrogatorio revelara que su mente se mantenía al margen de todo aquello. Tras este cambio de circunstancias, la escuela le parecía mucho más soportable; y siguió adelante razonablemente satisfecho, adquiriendo una educación deslavazada, sobre todo a partir de cosas que no se consideraban parte de su formación. Su educación consistía, en realidad, en leer, redactar y escribir sin faltas de ortografía mediante la elaborada aplicación de ideas ininteligibles y repetidos fracasos en su esfuerzo por aprender las cosas de memoria.

Con todo, gracias a esta formación se produjo en Tom una mejoría visible; tal vez porque no era un muchacho abstracto cuya existencia se debiera a la mera necesidad de ilustrar los males de una educación equivocada, sino un chico de carne y hueso con aptitudes no del todo a merced de las circunstancias.

Por ejemplo, mejoró mucho su porte, y parte de este logro se debió al señor Poulter, el maestro del pueblo que debido a su condición de antiguo soldado en la guerra librada en la Península Ibérica fue contratado para la instrucción física de Tom, fuente de placer para ambos. Entre los parroquianos de *The Black Swan* se

decía que en otros tiempos causaba terror en los corazones franceses, pero ya no era un individuo formidable. Algo encogido, su pulso temblaba por las mañanas, aunque no por la edad sino debido a la perversidad extrema de los chicos de King's Lorton, que sólo podía soportar con ayuda de la ginebra. Con todo, caminaba erguido con aire marcial, llevaba la ropa cuidadosamente cepillada, los pantalones sujetos al pie con firmeza y las tardes de los miércoles y los sábados, cuando acudía a dar clase a Tom, se encontraba siempre inspirado por la ginebra y los viejos recuerdos, lo que le daba un aire excepcionalmente brioso, como un viejo caballo de batalla al oír un tambor. La instrucción física terminaba siempre con episodios de narrativa bélica mucho más interesantes para Tom que las historias de la *Ilíada* que le contaba Philip; en la *Ilíada* no salía ningún cañón y, además, a Tom le había fastidiado enterarse de que tal vez Héctor y Aquiles no habían existido. Pero el duque de Wellington estaba vivo y no hacía mucho de la muerte de Bonaparte, por lo que no podía sospecharse que los recuerdos del señor Poulter sobre la guerra de la Península fueran míticos. Al parecer, el señor Poulter había destacado en Talavera y contribuido en gran medida al terror que aquel regimiento de infantería inspiraba en el enemigo. Las tardes en que su memoria estaba más estimulada que de costumbre, recordaba que el duque de Wellington había manifestado su estima por aquel buen muchacho llamado Poulter (eso sí, en la más estricta intimidad, no fuera a despertar envidias). El mismo cirujano que lo atendió en el hospital cuando recibió una herida de bala quedó profundamente impresionado por la superioridad de la carne del señor Poulter: ninguna otra sanaba con rapidez semejante. Respecto a temas más personales que la guerra en que había participado, el señor Poulter se mostraba más discreto y se esforzaba en no dar el peso de su autoridad a ideas erróneas relacionadas con la historia militar. Cuando alguien pretendía conocer lo ocurrido en el sitio de Badajoz, el señor Poulter callaba piadosamente: le habría gustado que hubieran arrollado a aquel bocazas nada más empezar, tal como le había pasado a él, ¡entonces sí que habría podido hablar del sitio de Badajoz! Incluso Tom lo irritaba algunas veces con su curiosidad por otros asuntos militares no relacionados directamente con su experiencia personal.

—¿Y el general Wolfe, señor Poulter? ¿Era un gran soldado, verdad? —preguntaba Tom, que tenía la idea de que todos los héroes militares conmemorados en las enseñas de las tabernas habían luchado contra Bonaparte.

—¡En *asoluto*! —exclamaba Poulter con desprecio—. ¡Ni por asomo!... ¡La cabeza bien alta! —añadía en un tono de mando que encantaba a Tom y lo hacía sentirse como si él solo fuera todo un regimiento—. ¡No, no! —Continuaba el señor Poulter cuando se producía una pausa en la disciplina—. Es mejor que no me hable del general Wolfe. No hizo otra cosa que morir por su herida: no es una gran *acción*, digo yo. Cualquiera otro s'habría muerto con mis heridas... Cualquiera de los mandobles que recibí habría *matao* a un tipo como el general Wolfe.

—Señor Poulter —decía Tom en cuanto oía mencionar el sable—. ¡Me gustaría que trajera el sable e hiciéramos ejercicios!

Durante mucho tiempo, el señor Poulter se limitó a negar con la cabeza ante la petición y sonreír con aire de suficiencia, como podría haber hecho Júpiter ante las demandas demasiado ambiciosas de Semele. Pero una tarde, después de que un repentino chaparrón retuviera al señor Poulter durante veinte minutos más de lo habitual en *The Black Swan*, trajo consigo el sable sólo para que Tom lo viera.

—¿Y esta es la verdadera espada con la que combatió en todas esas batallas, señor Poulter? —preguntó Tom, sosteniéndola por la empuñadura—. ¿Le ha cortado la cabeza a algún francés?

—¿La cabeza? Y hasta tres hubiera cortado si los franceses las tuvieran.

—Pero, además, ¿tenía un fusil y una bayoneta? —preguntó Tom—. Me gustan más el fusil y la bayoneta, porque puedes disparar primero al enemigo y atravesarlo después. ¡Bum! ¡Zas! —Tom representó la pantomima necesaria para indicar la doble diversión de apretar el gatillo y propinar una estocada.

—¡Ah! Pero el sable es lo más adecuado cuando se combate cuerpo a cuerpo —contestó el señor Poulter, cediendo involuntariamente al entusiasmo de Tom y desenvainando el sable tan repentinamente que Tom retrocedió de un ágil salto.

—¡Oh, señor Poulter! Si va a hacer ejercicios con el sable —dijo Tom, consciente de que no se había mantenido impassible en su puesto, como correspondía a un caballero inglés—, deje que vaya a buscar a Philip. Le gustará verlo.

—¡Cómo! ¿Al muchacho jorobado? —exclamó Poulter con desdén—. ¿Y de qué le servirá mirar?

—¡Oh, sabe mucho de luchas! —dijo Tom—. Y de cómo se combatía con arcos y flechas y hachas de guerra.

—Pues que venga, le enseñaré algo distinto de los arcos y las flechas —dijo el señor Poulter, tosiendo e irguiéndose mientras empezaba a mover la muñeca.

Tom corrió a buscar a Philip, que disfrutaba de la tarde de asueto ante el piano del salón, sacando canciones de oído y cantándolas después. Se sentía inmensamente feliz, posado como un amasijo amorfo en la alta banqueta, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos clavados en la cornisa que tenía enfrente y la boca abierta con los labios hacia delante, entregado en cuerpo y alma a improvisar unas sílabas sobre una melodía de Arne que le había venido a la cabeza.

—¡Ven, Philip! —exclamó Tom entrando precipitadamente—. No te quedes ahí bramando la-la-la. ¡Ven a ver cómo el viejo Poulter hace ejercicios con el sable en la cochera!

La estridencia de esta interrupción, la disonancia de los tonos de Tom a través de las notas con las que Philip vibraba en cuerpo y alma habrían bastado para desencadenar su mal genio, aunque no se hubiera tratado de Poulter, el entrenador. Y

Tom, en su prisa por encontrar algo que decir para evitar que el señor Poulter pensara que tenía miedo del sable cuando se había apartado de un brinco, se había entusiasmado con la idea de ir a buscar a Philip, aunque sabía de sobra que éste no soportaba siquiera la mención de las clases. Nunca habría hecho nada tan desconsiderado si no se hubiera visto empujado por el orgullo.

Philip se estremeció visiblemente y dejó de tocar. Sonrojándose, dijo con violenta pasión:

—¡Vete de aquí, idiota! ¡No me vengas con esos berridos: sólo sirves para hablar con las bestias de tiro!

No era la primera vez que Tom irritaba a Philip, pero éste nunca lo había atacado con armas verbales que comprendiera tan bien.

—¡Sirvo para hablar con cualquiera mejor que tú, imbécil! —exclamó Tom, inflamándose de inmediato bajo el fuego de Philip—. ¡Sabes que no voy a pegarte porque eres tan débil como una niña, pero yo soy hijo de un hombre honrado y, en cambio, tu padre es un granuja! ¡Todo el mundo lo dice!

Tom, salió de la habitación dando un portazo, extrañamente osado debido al enfado; cerrar las puertas de golpe cerca de la señora Stelling, que probablemente no se encontraba muy lejos, constituía una infracción castigada con veinte líneas de Virgilio. De hecho, la señora en cuestión descendía en aquel momento de su dormitorio, doblemente intrigada por el ruido y la interrupción de la música de Philip. Lo encontró sentado en el taburete, llorando amargamente.

—¿Qué pasa, Wakem? ¿A qué se ha debido este ruido? ¿Quién ha dado un portazo?

Philip alzó los ojos y se los secó apresuradamente.

—Ha sido Tulliver, que ha entrado... para pedirme que fuera con él.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó la señora Stelling.

Philip no era su pupilo favorito: era menos servicial que Tom, el cual resultaba útil en muchos aspectos. En cambio, su padre pagaba más que el señor Tulliver y la señora Stelling quería que se convencieran de que se comportaba con él extraordinariamente bien. Sin embargo, Philip acogía sus gestos de aproximación de la misma manera que un molusco recibiría las caricias destinadas a convencerlo de que saliera de la concha. La señora Stelling no era una mujer tierna y cariñosa: mientras se interesaba por el bienestar de los demás se ocupaba de que le cayera bien la falda, se ajustaba la cintura y se palpaba los rizos con aire preocupado; sin duda, estos gestos describen una gran capacidad para las relaciones sociales, pero no para el amor y sólo éste podría sacar a Philip de su reserva.

—Otra vez me duelen las muelas —dijo éste, en respuesta a su pregunta— me ha hecho perder la calma.

Así había sucedido en otra ocasión, y Philip se alegraba de haberse acordado a

tiempo: era como una inspiración que le permitía justificar las lágrimas. Tuvo que aceptar el agua de colonia y rechazó la creosota sin mayor dificultad.

Entre tanto, Tom, que por primera vez había lanzado una flecha envenenada al corazón de Philip, había regresado a la cochera, donde encontró al señor Poulter con expresión seria y petrificada, ofreciendo inútilmente las perfecciones de sus ejercicios con el sable a las ratas, tal vez atentas pero sin duda incapaces de apreciar su talento. No obstante, el señor Poulter era él mismo toda una hueste; es decir, se admiraba más de lo que lo habría hecho todo un ejército de espectadores. No advirtió el regreso de Tom, ya que estaba demasiado absorto en asestar tajos y mandobles —con solemnidad: uno, dos, tres, cuatro— y Tom, no sin una leve sensación de alarma ante la mirada fija de Poulter y el ávido sable que parecía deseoso de hender algo más que el aire, admiró el espectáculo desde tan lejos como pudo. Hasta que el señor Poulter se detuvo y se secó el sudor de la frente, Tom no sintió todo el encanto del ejercicio y deseó que lo repitiera.

—Señor Poulter —rogó Tom cuando por fin éste envainó el sable—, me gustaría que me dejara el sable durante unos días.

—No, no, caballero —contestó el señor Poulter, moviendo la cabeza con firmeza—. Podría cometer con él alguna travesura.

—No, le aseguro que no. Tendré cuidado y no me haré daño. No lo desenvainaré mucho, pero podré rendir armas y todo eso.

—No, no. *L'aseguro* que no pienso dejárselo —contestó el señor Poulter, disponiéndose a marchar—. ¿Qué me diría el señor Stelling?

—¡Por favor, déjemelo, señor Poulter! Si me permite que lo tenga durante una semana le daré una moneda de cinco chelines. ¡Mire! —insistió Tom, tendiéndole la atractiva moneda de plata. El jovenzuelo calculó el efecto causado con tanta exactitud como si fuera un filósofo.

—Bueno —dijo el señor Poulter con aire más grave todavía—. Deberá mantenerlo *guardao*, ya lo sabe.

—¡Oh, sí! Lo guardaré bajo la cama —dijo Tom con entusiasmo— o bien en el fondo del baúl.

—Y veamos ahora si puede desenvainarlo sin hacerse daño.

Tras repetir varias veces el proceso, el señor Poulter se convenció de que había actuado con cuidadosa escrupulosidad.

—Bien, señor Tulliver —dijo—: si acepto la moneda es para asegurarme de que no hará nada malo con el sable.

—Desde luego, señor Poulter —contestó Tom, tendiéndole encantado la moneda de una corona y tomando el sable que, en su opinión, habría sido más manejable si fuera más ligero.

—¿Y si el señor Stelling lo sorprende mientras lo mete en la casa? —preguntó el

señor Poulter, embolsándose provisionalmente la corona mientras planteaba esa nueva duda.

—Oh, los sábados por la tarde siempre está en su estudio del piso de arriba — contestó Tom, al que no gustaba actuar a escondidas, pero no desdeñaba emplear una pequeña estratagema por una causa justa. De manera que, con una mezcla de triunfo y temor a encontrarse con el señor o la señora Stelling, se llevó el sable a su habitación donde, tras algunas dudas, lo escondió en el armario, detrás de la ropa colgada. Aquella noche se durmió pensando en que sorprendería a Maggie cuando fuera de visita: se lo ataría a la cintura con la bufanda roja y la convencería de que era suyo e iba a ser soldado. Sólo Maggie era lo bastante tonta como para creérselo, y sólo se atrevía a contárselo a ella. Y Maggie, efectivamente, iría a verlo la semana siguiente, antes de que la enviaran a un internado con su prima Lucy.

Si consideras, lector, que un niño de trece años no debería comportarse de modo tan infantil, debes de ser un hombre muy sabio que, aunque entregado a una vocación civil que exige un aspecto más anodino que formidable, desde que te creció la barba nunca has posado con actitud marcial y ceñuda ante un espejo. Cabe preguntarse si nuestros soldados seguirían existiendo si no hubiera personas pacíficas que, desde su casa, se imaginan soldados. La guerra, como otros espectáculos dramáticos, tal vez desaparecería si careciera de público.

Capítulo V

La segunda visita de Maggie

La brecha entre los dos chicos tardó en cerrarse y durante un tiempo no se hablaron más de lo necesario. La antipatía natural de sus temperamentos facilitaba el paso del resentimiento al odio y en Philip parecía haber empezado la transición: no era de carácter perverso, pero su susceptibilidad lo hacía propenso a sentir repulsiones intensas. Podríamos aventurarnos a afirmar, basándonos en la autoridad de un gran clásico, que el buey no acostumbra a utilizar los dientes como instrumentos de ataque; y Tom era un muchacho perfectamente bovino que atacaba con ingenuidad bovina; pero había herido a Philip en su punto más débil y le había causado un daño tan agudo como si hubiera estudiado el medio con la mayor precisión y la maldad más venenosa. Tom no veía motivo para que no superaran esa pelea como tantas otras, comportándose como si no hubiera sucedido nada; porque, aunque nunca le había dicho que su padre fuera un granuja, esa idea había estado tan presente en la relación con su turbio compañero de estudios —el cual no le gustaba ni disgustaba— que su expresión en palabras no marcaba ningún hito para él. Y, además, tenía derecho a decirlo, ya que Philip lo había ofendido e insultado. No obstante, al ver que sus avances hacia la concordia no obtenían respuesta, adoptó de nuevo una actitud menos favorable hacia Philip y decidió no volverle a pedir ayuda para dibujar o realizar los ejercicios. Se comportaban con la corrección necesaria para que el señor Stelling, que habría aplastado enérgicamente esas tonterías, no advirtiera su enemistad.

Cuando llegó Maggie, sin embargo, ésta no pudo dejar de examinar con gran interés al nuevo compañero de estudios, aunque fuera el hijo de Wakem, el malvado abogado que tanto hacía enfadar a su padre. Maggie llegó durante las horas de clase y permaneció sentada mientras Philip estudiaba las lecciones con el señor Stelling. Unas semanas antes, Tom le había escrito que Philip sabía innumerables historias —pero no historias tontas, como ella— y, tras observarlo, se convenció de que tenía que ser un chico muy listo: esperaba que, cuando tuvieran oportunidad de hablarse, él también considerara que ella era lista. Además, Maggie sentía cierta ternura por las cosas deformes; prefería los corderitos con el cuello torcido porque le parecía que a los fuertes y bien hechos no les importaban las caricias, y le gustaba mimar a quienes apreciaban sus atenciones. Quería mucho a Tom, pero con frecuencia deseaba que valorara más su cariño.

—Creo que Philip Wakem parece un chico agradable, Tom —comentó cuando salieron juntos del estudio al jardín mientras esperaban la comida—. Él no ha

escogido a su padre, ¿sabes? Y he leído casos de hombres muy malos que tuvieron hijos buenos y de padres buenos que tuvieron hijos malos. Y si Philip es bueno, creo que deberíamos compadecernos más todavía de él porque su padre no sea bueno. A ti te gusta, ¿no?

—Uf, es un chico raro —respondió Tom bruscamente—. Y está muy enfadado conmigo porque le dije que su padre era un granuja. Y yo tenía toda la razón al decírselo, porque es verdad; además, empezó él insultándome. Oye, ¿puedes quedarte aquí un momento, Maggie? Tengo algo que hacer arriba.

—¿Y no puedo subir? —preguntó Maggie, que en el primer día de reencuentro con Tom no quería separarse ni de su sombra.

—No, ya te lo contaré todo más tarde, pero ahora no —dijo Tom, alejándose a toda prisa.

Después de comer los chicos se dedicaron a sus libros en el estudio y prepararon las lecciones del día siguiente para tener libre el resto de la tarde en honor a la llegada de Maggie. Tom, inclinado sobre su gramática latina, movía los labios de modo inaudible, como un católico estricto pero impaciente repitiendo una retahíla de padrenuestros, mientras Philip, en el otro extremo de la sala, se dedicaba a dos volúmenes con una expresión de diligencia satisfecha que despertó la curiosidad de Maggie: no parecía que estuviera estudiando una lección. Maggie estaba sentada en un escabel, situado en ángulo recto respecto a ambos chicos y los contemplaba alternativamente. En una ocasión, Philip levantó la vista de su libro en dirección a la chimenea y sus ojos se cruzaron con unos ojos negros e interrogantes clavados en él. Pensó que la hermanita de Tulliver parecía una niña agradable, no como su hermano: le habría gustado tener una hermana pequeña. Se preguntó por qué los ojos de Maggie le recordaban esos cuentos de princesas convertidas en animales... Probablemente se debía a que eran ojos llenos de una inteligencia insatisfecha y un insatisfecho e implorante deseo de afecto.

—Oye, Maggie —dijo Tom finalmente, cerrando los libros y apartándolos con la energía y decisión de un maestro en el arte de «terminar el trabajo».—. Ya estoy listo. Ven arriba conmigo.

—¿Para qué? —preguntó Maggie cuando cerraron la puerta a sus espaldas. Recordaba la anterior visita de Tom al piso de arriba y empezaba a sospechar algo—. ¿Vas a gastarme una broma?

—No, no, Maggie —dijo Tom en el tono más persuasivo que pudo—. Es algo que te gustará mucho.

Le pasó un brazo por el cuello y ella le rodeó la cintura con el suyo, y enlazados de este modo subieron las escaleras.

—Maggie: no debes contárselo a nadie —advirtió Tom—: si lo haces, me castigarán con cincuenta líneas.

—¿Está vivo? —preguntó Maggie, pensando que tal vez Tom guardara un hurón a escondidas.

—Oh, no voy a decírtelo —dijo él—. Vete al rincón y tápate la cara mientras lo busco —añadió, mientras cerraba a su espalda la puerta del dormitorio—. Ya te diré cuándo puedes darte la vuelta. No debes gritar.

—Oye, si me asustas, gritaré —anunció Maggie, adoptando un aire muy serio.

—No te asustarás, tonta —insistió Tom—. Tápate la cara y que no se te ocurra mirar a hurtadillas.

—Claro que no miraré a hurtadillas —dijo Maggie con desdén: enterró la cabeza en la almohada como una persona de palabra.

Tom miró a su alrededor con aire receloso mientras se dirigía hacia el armario; entró en el reducido espacio y casi cerró la puerta tras él. Maggie mantuvo la cabeza enterrada sin ayuda de ningún principio, ya que en aquella postura tan propicia a las ensoñaciones no tardó en olvidar dónde estaba y sus pensamientos derivaron hacia aquel pobre chico deforme y tan inteligente, hasta que Tom la llamó:

—¡Mira ahora, Maggie!

Tan sólo una larga reflexión y una estudiada disposición de los efectos podía haber permitido a Tom presentar una imagen tan sorprendente ante Maggie cuando ésta alzó los ojos. Disgustado con el aspecto pacífico de un rostro en el que apenas se insinuaban unas cejas rubísimas sobre unos afables ojos de color gris azulado y unas mejillas redondas y sonrosadas que se negaban a adoptar un aspecto formidable, por mucho que frunciera el ceño delante del espejo (en una ocasión, Philip le había hablado de un hombre con el ceño en forma de herradura, y Tom había intentado conseguirlo por todos los medios), había tenido que apelar al infalible recurso de un trozo de corcho quemado y se había pintado unas cejas negras que se unían satisfactoriamente sobre la nariz, acompañadas de una barbilla emborronada con menor precisión. Se había atado un pañuelo rojo sobre la gorra a modo de turbante y llevaba la bufanda roja cruzada sobre el pecho como una banda: tanto color rojo, sumado al tremendo ceño y la decisión con que sostenía el sable con la punta apoyada en el suelo bastaban para transmitir una idea aproximada de su fiero y sanguinario talante.

Durante un momento Maggie pareció desconcertada y Tom disfrutó intensamente de aquellos instantes; pero acto seguido la niña se echó a reír con una palmada.

—¡Oh, Tom! Estás igual que Barba Azul en aquella obra de teatro. Parecía evidente que la presencia del sable no le había provocado temor alguno: estaba enfundado. Aquella mente frívola necesitaba un estímulo más poderoso para advertir cosas terribles, y Tom se preparó para dar el golpe maestro. Frunciendo el ceño con más empeño que efecto, desenvainó cuidadosamente el sable y lo extendió hacia Maggie.

—¡Oh, Tom, por favor! ¡No hagas eso! —exclamó Maggie en tono de temor contenido, encogiéndose en el rincón opuesto de la habitación—. ¡Voy a gritar! ¡Te lo aseguro! ¡Ojalá no hubiera subido!

Las comisuras de los labios de Tom mostraron cierta tendencia a una sonrisa de satisfacción que éste contuvo de inmediato por impropia de la severidad de un gran soldado. Dejó la vaina en el suelo lentamente, para que no hiciera demasiado ruido:

—¡Soy el duque de Wellington! ¡Marchen! —anunció con aire muy serio mientras daba un paso al frente con la pierna derecha un poco flexionada, sin dejar de apuntar a Maggie con el sable. Ésta, temblorosa y con los ojos llenos de lágrimas, subió a la cama como último recurso para ensanchar el espacio que los separaba.

Tom, feliz por ejecutar su representación militar en público, aunque éste sólo estuviera integrado por Maggie, aplicó todas sus fuerzas a una demostración de cómo asestaba tajos y mandobles, tal como sin duda era de esperar en el duque de Wellington.

—¡Tom: no quiero verlo! ¡Voy a gritar! —exclamó Maggie en cuanto se movió el sable—. ¡Vas hacerte daño! ¡Te vas a cortar la cabeza!

—Uno, dos —dijo Tom con decisión, aunque en el «do» le temblaba ya un poco el pulso—. Tres —dijo ya mas lentamente, y entonces el sable describió un giro hacia el suelo. Maggie soltó un grito agudo. El sable había caído con el filo sobre el pie de Tom: a los pocos instantes, Tom también caía. Maggie saltó de la cama sin dejar de gritar e inmediatamente se oyó el rumor de pasos presurosos hacia la habitación. El señor Stelling, procedente de su estudio, situado en aquel mismo piso, fue el primero en entrar. Encontró a los dos niños en el suelo. Tom se había desmayado y Maggie lo sacudía sujetándolo por la solapa de la chaqueta, gritando, con los ojos despavoridos. ¡La pobrecita creía que había muerto y lo sacudía como si con ello pudiera resucitarlo! Al minuto siguiente sollozaba de alegría porque Tom había abierto los ojos: todavía no le entristecía que se hubiera herido en el pie, tan feliz se sentía de que estuviera vivo.

Capítulo VI

Una escena de amor

El pobre Tom soportó el agudo dolor con heroísmo y se mantuvo firme en la decisión de no «chivars» del señor Poulter mas de lo imprescindible: la existencia de la moneda de cinco chelines permaneció en secreto, incluso para Maggie. Sin embargo, lo atenazaba un temor terrible —tan terrible que ni siquiera se atrevía a formular la pregunta que podría obtener un «s» fatal— y no osó preguntar al médico ni al señor Stelling: «Señor, ¿Voy a quedarme cojo?». Se dominó para no llorar de dolor, pero después de que le curaran el pie y lo dejaran solo con Maggie, sentada a la cabecera de la cama, los niños lloraron juntos con las cabezas recostadas sobre la misma almohada. Tom se veía caminando con muletas, como el hijo del carretero, y Maggie, que no tenía la menor idea de lo que pensaba su hermano, lloraba de verlo llorar. Ni al médico ni al señor Stelling se les había ocurrido prever el temor de Tom y tranquilizarlo con palabras de esperanza. En cambio, Philip vio salir al médico de la casa y abordó al señor Stelling para formularle la misma pregunta que Tom no se había atrevido a hacer.

—Disculpe, señor, ¿el doctor Askern ha dicho que Tulliver se quedaría cojo?

—¡Oh, claro que no! —contestó el señor Stelling—. Sólo cojeará una temporada.

—¿Y cree que se lo ha dicho a Tulliver?

—No, no se le ha comunicado nada sobre esta cuestión.

—Entonces, ¿puedo ir a decírselo?

—Sí, naturalmente: ahora que lo menciona, imagino que puede estar inquieto por ello. Vaya a su dormitorio, pero no haga ruido.

En cuanto se enteró del accidente, la primera idea de Philip fue: «¿Tulliver se quedará cojo? Sería terrible para él», y este sentimiento de compasión enjuagó los agravios de Tom, que todavía no había olvidado. Philip sintió que ya no se repelían, sino que se veían arrastrados hacia una corriente compartida de sufrimiento y triste privación. Su imaginación no se concentraba en la calamidad externa ni en el efecto que tendría en la vida de Tom, sino que ilustraba con nitidez el probable estado de ánimo de Tom: sólo había vivido catorce años, pero casi todos ellos los había pasado sumido en la sensación de que cargaba con un destino irremediabilmente penoso.

—El doctor Askern dice que pronto estarás bien, Tulliver, ¿lo sabías? —anunció con cierta timidez cuando se acercó amablemente a la cama de Tom—. Acabo de preguntárselo al señor Stelling y dice que dentro de poco andarás como siempre.

Tom alzó la vista conteniendo el aliento, como sucede cuando nos llega una alegría repentina; después exhaló un largo suspiro y volvió los ojos de color azul

grisáceo para mirar francamente a Philip a la cara, cosa que no había hecho durante la última quincena, por lo menos. En cuanto a Maggie, se inquietó entonces por una posibilidad que, hasta el momento, ni le había pasado por la cabeza: la mera idea de que Tom quedara cojo para siempre se impuso sobre la certeza de que tal desgracia probablemente no ocurriría; y se agarró a él y se echó a llorar de nuevo.

—No seas boba, Maggie —dijo Tom tiernamente, sintiéndose ahora muy valiente—. Pronto estaré bien.

—Adiós, Tulliver —dijo Philip, tendiéndole una mano pequeña y delicada que Tom asió de inmediato con sus recios dedos.

—Oye —dijo Tom—: pídele al señor Stelling que te deje venir algunas veces hasta que pueda levantarme, Wakem; así me contarás historias de Robert Bruce.

A partir de entonces, Philip pasó todo su tiempo libre con Tom y Maggie. A Tom le gustaban las historias de peleas tanto como antes, pero insistía con firmeza en el hecho de que aquellos grandes guerreros que llevaban a cabo tantas cosas maravillosas y salían ilesos iban vestidos de pies a cabeza con excelentes armaduras que, en su opinión, hacían de la pelea tarea sencilla. No se hubiera hecho daño en el pie de haber llevado un zapato de hierro. Tom escuchó con gran interés una nueva historia de Philip sobre un hombre que había sufrido una grave herida en el pie y lloraba de dolor de modo tan desahogado que sus amigos no pudieron soportarlo por más tiempo y lo abandonaron en una isla desierta sin otra ayuda que unas flechas envenenadas para que cazara animales con que alimentarse.

—Yo no grité de dolor —proclamó Tom—, y estoy seguro de que tenía el pie tan mal como él. Gritar de dolor es de cobardes.

Pero Maggie sostuvo que cuando uno sentía un gran dolor podía llorar y si los demás se negaban a soportarlo se comportaban con crueldad. Quiso saber si Filoctetes tenía alguna hermana y por qué no había ido con él a la isla desierta para cuidarlo.

Un día, poco después de que Philip les contara esta historia, éste y Maggie se encontraban solos en el estudio mientras cambiaban a Tom el vendaje del pie. Philip se dedicaba a sus libros y Maggie, tras pasear ociosa por la habitación, sin pretender hacer nada en particular porque no tardaría en subir a ver a Tom, se acercó y se inclinó sobre la mesa, junto a Philip, para ver lo que hacía, porque eran ya buenos amigos y se sentían a gusto el uno con el otro.

—¿Qué estás leyendo en griego? —preguntó Maggie—. Es poesía: me doy cuenta porque los renglones son muy cortos.

—Leo sobre Filoctetes, el cojo del que os hablé ayer —contestó, apoyando la cabeza en la mano y mirándola, como si no le importara en absoluto la interrupción. Maggie permaneció inclinada hacia delante, apoyada en los brazos y moviendo los pies mientras sus ojos negros se perdían en el vacío, olvidando la presencia de Philip

y su libro.

—Maggie —dijo Philip al cabo de un par de minutos, apoyado todavía en el codo y mirándola—: si tuvieras un hermano como yo, ¿te parece que lo querrías tanto como a Tom?

Maggie se sobresaltó un poco al ver interrumpidas sus ensoñaciones.

—¿Qué?

Philip repitió la pregunta.

—Oh, sí: todavía más —respondió inmediatamente—. No, más no, porque no creo que pudiera quererte más que a Tom. Pero te compadecería mucho, muchísimo.

Philip se sonrojó: en su pregunta estaba implícita la duda de si lo querría a pesar de su deformidad y cuando Maggie aludió a ella con tanta franqueza, se sintió herido por su compasión. A pesar de su edad, Maggie advirtió el error. Hasta el momento se había comportado instintivamente como si no viera la deformidad de Philip: su aguda sensibilidad y la experiencia adquirida soportando las críticas familiares habían bastado para enseñárselo, como si hubiera recibido la más refinada educación.

—Philip, pero tú eres muy listo, y sabes tocar el piano y cantar —añadió rápidamente—. Me gustaría que fueras hermano mío: me gustas mucho, y te quedarías en casa conmigo cuando Tom se fuera, y me enseñarías todo lo que sabes, ¿verdad? Griego y todo eso.

—Pero te irás y pronto te mandarán al colegio, Maggie —dijo Philip—. Y te olvidarás de mí y no te interesarás por mí nunca más. Y cuando te vea de mayor ni siquiera me saludarás.

—Oh, no. No te olvidaré, estoy segura —dijo Maggie, negando con la cabeza muy seria—. Nunca se me olvida nada, y pienso en los demás cuando no están conmigo. Pienso en el pobre Yap, que tiene un bulto en la garganta y Luke dice que se va a morir. Pero no se lo cuento a Tom porque se inquietaría muchísimo. No conoces a Yap: es un perrito muy raro y sólo Tom y yo lo queremos.

—¿Me querrías tanto a mi como a Yap, Maggie? —preguntó Philip con una sonrisa triste.

—Claro que sí —contestó Maggie con una carcajada.

Yo te aprecio mucho, Maggie; nunca te olvidaré —dijo Philip—. Y cuando me sienta desgraciado, pensaré siempre en ti y desearé tener una hermana con unos ojos negros como los tuyos.

—¿Por qué te gustan mis ojos? —preguntó Maggie complacida. Sólo su padre hablaba de sus ojos como si tuvieran un mérito especial.

—No lo sé —contestó Philip—. No son como los demás. Parece como si quisieran hablar, como si quisieran decir cosas agradables. No me gusta que los demás me miren demasiado, pero me gusta que tú me mires. Maggie.

—Vaya, parece que me quieres más que Tom —dijo Maggie con cierta tristeza.

Después, preguntándose cómo podía convencer a Philip de que lo apreciaba aunque fuera jorobado, dijo:

—¿Quieres que te dé un beso, como se los doy a Tom? Si quieres, te lo daré.

—Sí, me gustaría mucho: nadie me da besos.

Maggie le pasó un brazo alrededor del cuello y lo besó de todo corazón.

—Ya está. Y siempre te recordaré y te daré un beso cuando te vuelva a ver, aunque pase muchísimo tiempo. Pero ahora tengo que irme porque me parece que el doctor Askern ha terminado con el pie de Tom.

Cuando su padre fue a buscarla, Maggie le dijo:

—Oh, padre: Philip Wakem es tan bueno con Tom... es un chico muy listo y lo quiero mucho. Y Tom también lo quiere, ¿verdad? Di que lo quieres —añadió suplicante.

Tom se sonrojó un poco al mirar a su padre.

—No seré amigo suyo cuando me vaya de aquí, padre; pero hemos hecho las paces, porque he tenido daño en el pie y me ha enseñado a jugar a las damas, y ahora soy capaz de ganarlo.

—Bueno, bueno —dijo el señor Tulliver—. Si se porta bien contigo, intenta desagraviarlo y sé bueno con él. Es una pobre criatura cheposa y ha salido a su difunta madre. Pero no te hagas muy amigo de él: también lleva la sangre de su padre, y de tal palo, tal astilla.

Los caracteres opuestos de ambos chicos provocaron lo que no habría conseguido una simple reprobación del señor Tulliver: a pesar de la nueva amabilidad de Philip y del correspondiente agradecimiento de Tom en sus malos momentos, nunca fueron muy amigos. Cuando Maggie se fue y cuando Tom, poco a poco, empezó a caminar como siempre, la amistosa calidez que habían despertado la compasión y la gratitud fue muriendo y regresaron a su antigua relación. Philip se mostraba con frecuencia malhumorado y despectivo: y las impresiones amables y concretas de Tom fueron fundiéndose en el antiguo clima de recelo y desagrado hacia aquel chico raro, jorobado e hijo de un granuja. Para que los hombres y los chicos se unan gracias al calor de sentimientos efímeros deben estar hechos de metales que puedan alearse: de no ser así, se separarán en cuanto el calor cese.

Capítulo VII

Se cierran las puertas doradas del paraíso

De manera que Tom siguió en King's Lorton hasta el quinto semestre —hasta cumplir dieciséis años— mientras Maggie crecía, con una rapidez que sus tías consideraban altamente reprehensible, en el internado de la señorita Firniss, situado en la antigua población de Laceham on the Floss, en compañía de la prima Lucy. En las primeras cartas a Tom enviaba siempre recuerdos a Philip y hacía muchas preguntas sobre él que recibían como respuesta breves frases sobre el dolor de muelas de Tom, explicaciones sobre la casita de hierba que estaba ayudando a construir en el jardín y asuntos de índole similar. Se apenó al oír a Tom decir en vacaciones que Philip volvía a ser tan raro como siempre y estaba de malhumor con frecuencia: advirtió que ya no eran muy amigos y cuando recordó a Tom que debería querer siempre a Philip por ser tan bueno con él cuando tuvo el pie enfermo, éste contestó:

—Bien, no tengo la culpa: yo no le hago nada malo.

Maggie apenas volvió a ver a Philip durante el resto de su vida escolar: en las vacaciones de verano él iba siempre a la playa y en Navidades sólo se veían algunas veces en las calles de Saint Ogg's. Cuando se encontraban, ella recordaba la promesa de saludarlo con un beso pero, como señorita interna en un colegio, ahora sabía que tal saludo era totalmente impropio y Philip tampoco lo esperaba. La promesa era nula, como tantas otras dulces e ilusorias promesas de nuestra infancia; nula como las promesas hechas en el Edén antes de que se dividieran las estaciones, cuando las flores crecían al mismo tiempo que los frutos, e imposible de llevar a cabo una vez cruzadas las puertas doradas del paraíso.

Pero cuando su padre se embarcó finalmente en el pleito con que llevaba tantos años amenazando, y Wakem, como agente al mismo tiempo de Pivart y de Pero Botero, actuó contra él, incluso Maggie sintió, con cierta tristeza, que probablemente no volvería a tener ninguna intimidad con Philip: el mero nombre de Wakem hacía enfadar a su padre y en una ocasión le oyó decir que si su hijo jorobado vivía hasta heredar las fraudulentas ganancias de su padre, caería sobre él una maldición.

—Trata con él tan poco como puedas, hijo mío dijo a Tom; y éste obedeció la orden fácilmente, pues el señor Stelling, en aquella época, tenía otros dos pupilos en casa; porque si bien el ascenso social de ese caballero no había sido tan meteórico como los admiradores de su improvisada elocuencia esperaban de un predicador cuya voz exigía tan amplia esfera, sin embargo su prosperidad crecía lo bastante como para permitirle ir aumentando los gastos en continua desproporción con sus ingresos.

En cuanto al curso escolar de Tom, éste seguía con la monotonía propia de un

molino y su mente continuaba moviéndose con un pulso lento y apagado en un medio de ideas poco interesantes o ininteligibles. Con todo, en cuanto llegaban las vacaciones llevaba a su casa dibujos cada vez más grandes con satinadas reproducciones paisajísticas y acuarelas de vívidos verdes, junto con libros manuscritos llenos de ejercicios y problemas realizados con excelente caligrafía, ya que ponía en ella toda la atención. Llevaba también uno o dos libros nuevos que indicaban su recorrido por los distintos períodos de la historia, la doctrina cristiana y la literatura latina, y de su paso había sacado algún provecho más que la mera posesión de los libros. El oído y la lengua de Tom se habían acostumbrado a muchas palabras y frases que se consideran propias de una condición educada y, aunque nunca se había dedicado a fondo a una lección, éstas habían dejado en él un poso de nociones vagas, fragmentarias e inútiles. El señor Tulliver advertía algunas señales de estas adquisiciones y pensaba que la educación de Tom iba bien: y aunque observó que no había mapas ni tampoco muchas sumas no se quejó formalmente al señor Stelling. Eso de los estudios era una cosa desconcertante; además, si sacaba a Tom de allí, tampoco conocía otra escuela mejor donde enviarlo.

Para cuando Tom se encontraba ya en el último trimestre en King's Lorton, los años habían operado cambios sorprendentes en él desde el día en que lo vimos regresar de la academia del señor Jacobs. Ahora era un joven alto que se desenvolvía con soltura y hablaba sin más timidez que la necesaria como síntoma adecuado de una mezcla de reserva y orgullo; llevaba levita y camisas de cuello alto y contemplaba con impaciencia el bozo que le crecía sobre el labio superior mientras examinaba a diario la navaja de afeitar virgen, comprada en las últimas vacaciones. Philip se había marchado ya —en el trimestre de otoño— para pasar el invierno en el Sur, atento a su salud; y este cambio contribuyó al ánimo inquieto y jubiloso que por lo general acompaña a los últimos meses previos al fin del colegio. También se esperaba que en ese trimestre se fallara el pleito de su padre: eso hacía que la perspectiva de regresar a casa fuera todavía más atractiva. A Tom, cuyo punto de vista se derivaba de las conversaciones con su padre, no le cabía la menor duda de que Pivart saldría derrotado.

Hacía ya varias semana que Tom no tenía noticias de su casa —hecho que no le sorprendía, porque su padre y su madre no eran propensos a manifestar su afecto en cartas innecesarias— cuando, para su sorpresa, una mañana de un día frío y duro hacia finales del mes de noviembre, le comunicaron, poco después de que entrara en el estudio a las nueve, que su hermana lo aguardaba. La señora Stelling fue al estudio para anunciarlo y lo acompañó al salón, donde Tom entró solo.

Maggie también había crecido y llevaba el cabello trenzado y enroscado en un moño: era casi tan alta como Tom, aunque sólo tenía trece años, y en aquel momento parecía mayor que él. Se había quitado la capota y desprendido las trenzas de la

frente, como si no pudiera soportar esa carga, y volvía los ojos hacia la puerta con inquietud y expresión agotada en su joven rostro. Cuando entró Tom, no dijo nada, sino que se dirigió hacia él, lo rodeó con los brazos y le dio un beso con todo su corazón. Tom estaba acostumbrado a sus diversos estados de ánimo y no se alarmó ante aquel saludo inusualmente serio.

—Vaya, ¿cómo es que has venido tan temprano en una mañana tan fría, Maggie? ¿Has venido en la calesa?

—No, he tomado un coche de punto y después he venido caminando desde el puesto de peaje.

—Pero ¿cómo es que no estás en el colegio? Todavía no han empezado las vacaciones.

—Padre me hizo llamar —contestó Maggie con un ligero temblor en los labios—. Fui a casa hace tres o cuatro días.

—¿Padre se encuentra mal? —preguntó Tom inquieto.

—No exactamente. Se siente muy desgraciado, Tom. Ha terminado el pleito y he venido a decírtelo porque me pareció que sería mejor que lo supieras antes de que llegaras a casa, y no me gustaba la idea de enviarte una carta.

—Padre no habrá perdido el pleito, ¿verdad? —preguntó Tom rápidamente, levantándose del sofá de un brinco y plantándose delante de Maggie con las manos repentinamente hundidas en los bolsillos.

—Sí, querido Tom —contestó Maggie, temblorosa, alzando los ojos hasta él.

Tom permaneció en silencio un par de minutos con los ojos clavados en el suelo.

—Padre tendrá que pagar mucho dinero, ¿no? —dijo.

—Sí —contestó Maggie con voz débil.

—Bueno, es inevitable —dijo Tom con voz valiente, sin hacerse una idea tangible de lo que suponía la pérdida de una gran cantidad de dinero—. Pero no estará muy enfadado, ¿no? —añadió, mirando a Maggie y pensando que su rostro agitado se debía a la manera que tenían las niñas de encajar los golpes.

—Sí —contestó Maggie de nuevo con voz débil y a continuación, empujada a hablar por la calma de Tom, añadió con voz fuerte y rápida, como si se le escaparan las palabras—: Tom, perderá el molino y la tierra, todo. No le quedará nada.

Los ojos de Tom lanzaron un destello de sorpresa antes de que el muchacho palideciera y se echara a temblar. No dijo nada; se limitó a sentarse en el sofá de nuevo y a mirar por la ventana con aire ausente.

Tom nunca se había inquietado por el futuro. Su padre siempre montó un buen caballo, tuvo una buena casa y el aire alegre y seguro de un hombre respaldado por sus propiedades. A Tom ni le había pasado por la cabeza que su padre pudiera «fracasa»: el fracaso era un tipo de infortunio del que siempre había oído hablar como una gran deshonra, y no podía asociar la idea de deshonra con ninguno de sus

conocidos y menos todavía con su padre. La orgullosa conciencia de la respetabilidad familiar formaba parte del mismo aire que Tom respiraba desde que nació. Sabía que había gente en Saint Ogg's que vivía de modo ostentoso sin poseer dinero que respaldara su actitud, y siempre había oído hablar de esas gentes con desprecio y reprobación: estaba firmemente convencido, con una fe de toda la vida que no necesitaba pruebas para sustentarse, de que su padre Podía gastar mucho dinero si quería; y puesto que su educación en casa del señor Stelling le había hecho ver la vida desde un punto de vista más dispendioso, había pensado con frecuencia que cuando creciera se convertiría en un personaje destacado, dueño de perros y un caballo, una silla de montar y otros aditamentos propios de un joven caballero, y parecería igual que cualquier otro de sus contemporáneos de Saint Ogg's que tal vez creían ocupar un puesto más elevado en la sociedad porque sus padres tenían profesiones liberales o poseían grandes molinos de aceite. En cuanto a los pronósticos y los gestos de censura de sus tíos y tías, sólo habían conseguido hacerle pensar que eran personas muy desagradables: en todo lo que alcanzaba su memoria, no habían parado de lanzar críticas. Su padre era más listo que todos ellos.

Por fin el vello había crecido sobre el labio superior de Tom y, sin embargo, sus pensamientos esperanzas habían sido hasta el momento una reproducción, apenas cambiada en la forma, de los sueños infantiles de unos años atrás. En aquel momento despertaba con un brusco golpe.

Maggie se había asustado ante el pálido y tembloroso silencio de Tom. Tenía que decirle algo más, algo peor le lanzó los brazos al cuello y dijo entre sollozos:

—Oh, querido Tom, no te inquietes tanto. Intenta sobrellevarlo.

Tom ofreció la mejilla para recibir pasivamente sus besos implorantes; se le humedecieron los ojos y se los secó con la mano. Este gesto pareció despertarlo.

—¿Tengo que ir a casa contigo, Maggie? —preguntó dando un respingo—. ¿Dijo padre que fuera?

—No, Tom. Padre no quería —contestó Maggie. La inquietud que sentía por los sentimientos de Tom la ayudaba a controlar su agitación: ¿qué haría cuando se lo contara todo?—. Pero madre quiere que vengas. Pobre madre: no para de llorar. Tom, en casa la situación es terrible.

Los labios de Maggie palidecieron todavía más y se echó a temblar tanto como Tom. Las dos criaturas se abrazaron, temblorosas; una de ellas debido a un temor incierto, la otra ante la imagen de una terrible certeza. Maggie habló en apenas un susurro.

—Y... nuestro pobre padre...

Maggie no pudo seguir, pero Tom no podía soportar la tensión. Sus temores habían empezado a imaginar la vaga idea del encarcelamiento por deudas.

—¿Dónde está padre? —preguntó con impaciencia—. Dímelo, Maggie.

—Está en casa —contestó Maggie, respondió Maggie a esta pregunta, mas fácil de responder—. Pero... —añadió tras una pausa— no es el de siempre. Se cayó del caballo... Sólo me reconoce a mí desde entonces... Parece haber perdido la cabeza... padre, padre...

Con estas últimas palabras, los sollozos de Maggie, retenidos durante tanto tiempo, estallaron con mayor violencia. Tom sentía esa presión del corazón que prohíbe las lágrimas: no tenía una visión de sus problemas familiares tan clara como Maggie, que había estado en casa; sólo sentía el peso aplastante de lo que parecía una desgracia absoluta. Estrechó a Maggie de modo casi convulsivo, pero su rostro permaneció rígido y sin lágrimas —los ojos inexpresivos—, como si una cortina de nubes le cerrara el camino de repente.

Maggie, sin embargo, no tardó en dejar de llorar bruscamente: una idea la sobresaltó como una señal de alarma.

—Tenemos que ponernos en camino, Tom. No podemos quedarnos más rato. Padre me echará en falta. Debemos estar en el peaje a las diez para subir al coche-dijo con apresurada decisión, frotándose los ojos y poniéndose en pie para recoger la capota.

Tom se puso en pie con el mismo impulso.

—Espera un minuto, Maggie —dijo—. Primero tengo que hablar con el señor Stelling.

Se dirigió al estudio donde estaban los alumnos, pero en el camino se encontró con el señor Stelling. Su esposa le había explicado que Maggie parecía muy preocupada cuando apareció en busca de su hermano y, transcurrido un tiempo prudencial, acudía para interesarse por ellos.

—Señor, tengo que marcharme a casa —dijo Tom bruscamente cuando se encontró al señor Stelling en el pasillo—. Debo volver ahora mismo con mi hermana. Mi padre ha perdido el pleito y todas sus propiedades y se encuentra muy enfermo.

El señor Stelling reaccionó como un hombre bondadoso: aunque preveía que, probablemente, dejaría de ganar algún dinero, esta idea no influyó en sus sentimientos mientras contemplaba con compasión a aquellos hermanos para los que la juventud y la pena llegaban juntos. En cuanto se enteró de cómo había viajado Maggie y lo ansiosa que estaba por regresar a su casa, apresuró su marcha y se limitó a susurrar algo a la señora Stelling, que lo había seguido. Ésta desapareció inmediatamente de la habitación.

Tom y Maggie se encontraban en el umbral, preparados para marcharse, cuando apareció la señora Stelling con una cestita que colgó a Maggie del brazo diciendo:

—No olviden comer algo durante el camino, hijos míos.

De repente, Maggie sintió una oleada de cariño hacia una mujer que nunca le había gustado y le dio un beso sin decir palabra. Así conoció la pobre niña un

sentimiento que es el don de la tristeza: la sensibilidad ante los gestos humanitarios que une con lazos de camaradería, de la misma manera que entre los hombres salvajes que viven entre hielos, la mera presencia de un compañero despierta profundos afectos.

El señor Stelling puso la mano sobre el hombro de Tom.

—Dios lo bendiga, hijo. Ya me darán noticias tuyas —dijo.

Estrechó la mano de Maggie, pero no se oyó ninguna palabra de despedida. Tom había pensado con mucha frecuencia en lo alegre que estaría el día en que abandonara los estudios «¡para siempre!». En cambio ahora esos años de estudio parecían unas vacaciones que tocaban a su fin.

Las dos menudas figuras juveniles no tardaron en desdibujarse en la lejana carretera y pronto se perdieron detrás de los altos setos.

Se habían adentrado en una nueva vida de tristeza y a partir de ese momento el sol no tendría ya el mismo brillo. Habían entrado en un territorio agreste lleno de espinas y las puertas doradas de la infancia se cerraban tras ellos para siempre.

VOLUMEN II

Libro tercero

La ruina

Capítulo I

Lo que había sucedido en casa

Quienes tuvieron oportunidad de ver al señor Tulliver en el momento en que se enteraba de que había perdido el pleito y que Pivart y Wakem habían triunfado pensaron que, para ser un hombre tan seguro de sí mismo e irascible, encajaba el golpe extraordinariamente bien. Él también lo creyó: decidió demostrar que si Wakem o cualquier otro creían que estaba derrotado, se equivocaban. No podía negarse a ver que las costas de aquel juicio tan prolongado se llevarían más de lo que poseía, pero se creía lleno de recursos que le permitirían defenderse de cualquier tipo de resultado como si fuera tolerable y evitar la apariencia de ruina. Toda la obstinación y rebeldía de su carácter, desviada de su antiguo cauce, encontró una válvula de escape en la elaboración de planes mediante los cuales podría hacer frente a sus dificultades y seguir siendo el señor Tulliver del molino de Dorlcote. Afluyó a su cabeza tal avalancha de proyectos que no resultaba sorprendente que tuviera el rostro encendido cuando salió de su conversación con su abogado, el señor Gore, y montó el caballo para dirigirse a casa desde Lindum. Furley, en cuyas manos estaba la hipoteca sobre las tierras, era un individuo razonable que sin duda, al parecer del señor Tulliver, estaría encantado no sólo de comprar la finca entera, incluido el molino y la casa, sino que aceptaría al señor Tulliver como arrendatario y estaría dispuesto a prestarle dinero, que éste le devolvería con elevados intereses procedentes de los beneficios del negocio mientras se quedaba tan sólo con lo necesario para mantenerse él y su familia. ¿Quién se negaría a tan provechosa inversión? Seguro que Furley no lo hacía, porque el señor Tulliver había decidido que Furley aceptaría sus planes con la mayor presteza; y hay hombres —cuyo cerebro todavía no se ha acalorado peligrosamente por la pérdida de un pleito— capaces de ver en sus propios intereses o deseos motivo suficiente para las acciones de otros hombres. En el pensamiento del molinero no cabía la menor duda de que Furley haría exactamente lo que él deseaba; y, si lo hacía, caramba, no irían tan mal las cosas. El señor Tulliver y su familia vivirían de modo más humilde y modesto, pero sólo hasta que los beneficios del negocio hubieran pagado el adelanto de Furley, y eso sucedería cuando el señor Tulliver tuviera todavía muchos años de vida por delante. Estaba claro que las costas del proceso podían pagarse sin tener que abandonar el lugar donde siempre había vivido ni quedar ante todos como un hombre arruinado. Sin duda, era un momento difícil. Además, estaba la garantía prestada al pobre Riley, que había muerto repentinamente el último mes de abril dejando a su amigo la carga de una deuda de doscientas cincuenta libras: este hecho había contribuido a convertir la

lectura navideña del libro de cuentas del señor Tulliver en algo menos agradable de lo que cualquiera desearía. ¡En fin! Nunca había sido de esos miserables que se niegan a ayudar a un compañero de viaje en este mundo enredoso. Lo más irritante de todo era que, unos meses atrás, el acreedor que le había prestado las quinientas libras para que pudiera devolvérselas a la señora Glegg había empezado a ponerse nervioso por su dinero (azuzado por Wakem, sin duda), y el señor Tulliver, todavía convencido de ganar el pleito y considerando poco oportuno reunir esa cantidad hasta la resolución del caso, accedió apresuradamente a firmar una escritura de venta de los muebles de su casa y otros objetos como garantía del préstamo. Daba lo mismo, se había dicho: pronto devolvería el dinero y no era más peligrosa aquella garantía que cualquier otra. Sin embargo, ahora veía las consecuencias de esta escritura de venta bajo otra luz y recordó que no tardaría en llegar el momento en que se ejecutara la venta, a menos que devolviera el dinero. Dos meses antes habría declarado categóricamente que nunca pediría prestado a los parientes de su esposa; pero ahora se decía, de modo igualmente categórico, que era perfectamente justo y natural que Bessy fuera a ver a los Pullet y se lo explicara todo: no permitirían que se vendieran los muebles de Bessy, y éstos también podrían ser garantía para Pullet, si les prestaba el dinero: al fin y al cabo, no sería un trato de favor. El señor Tulliver nunca pediría nada para sí a un individuo tan pusilánime, pero bien podía hacerlo Bessy si quería.

Los hombres más orgullosos y obstinados son precisamente los más propensos a cambiar de opinión y contradecirse de modo tan súbito como Tulliver: para ellos, cualquier cosa resulta más fácil que enfrentarse al simple hecho de que han sufrido una derrota absoluta y deben empezar de cero. Y habrás advertido, lector, que el señor Tulliver, aunque no era más que un destacado molinero y malteador, era tan orgulloso y terco como si fuera un importante personaje cuyo talante inspirara destacadas tragedias de esas en las que se barre el escenario con regios ropajes y se convierte en sublime al más anodino cronista. El orgullo y la obstinación de los molineros y otras personas insignificantes que se cruzan cada día en nuestro camino también tienen su tragedia, pero ésta es silenciosa, escondida, pasa de generación en generación sin dejar huella: una tragedia, tal vez, como la que se da en los conflictos de las almas jóvenes, hambrientas de alegrías, aplastadas por una carga que súbitamente se torna demasiado pesada, sometidas a la tristeza de un hogar donde las mañanas no traen consigo nuevas promesas y donde el descontento de unos padres cansados, decepcionados y sin esperanzas recae sobre los hijos como una masa de aire densa y húmeda en la que todas las funciones vitales están amortiguadas; o como la tragedia que existe en la muerte lenta o repentina posterior a una pasión herida, aunque sea ésta una muerte sólo digna de un funeral en la parroquia. Para algunos animales, es ley de vida aferrarse a su posición y son incapaces de rehacerse tras un golpe: y para algunos seres humanos, la supremacía es ley de vida y sólo pueden

soportar la humillación negándose a verla y, en su opinión, seguir dominando.

El señor Tulliver seguía ocupando un lugar predominante —en su imaginación— mientras se acercaba a Saint Ogg's, que debía atravesar de camino a casa. Pero ¿qué fue lo que le hizo seguir al coche de Laceham hasta la cochera, en cuanto lo vio entrar en la población, para que el encargado escribiera una nota pidiéndole a Maggie que regresara al día siguiente? Al señor Tulliver le temblaba demasiado la mano para escribir y quería que dieran la carta al cochero para que éste la entregara la mañana siguiente en la escuela de la señorita Firniss. Sentía una imperiosa necesidad, que no quería explicarse siquiera, de tener a Maggie junto a él —sin demora-y, por lo tanto, debía regresar en el coche de punto del siguiente día.

Al llegar a casa, no quiso admitir ante la señora Tulliver que se vieran enfrentados a ninguna dificultad y la regañó por dejarse llevar por la inquietud en cuanto supo que habían perdido el pleito, afirmando, enfadado, que no había motivo alguno para lamentarse. Aquella noche no le dijo nada de la escritura de venta y de la petición a la señora Pullet, porque la había mantenido en la ignorancia sobre la naturaleza de aquella transacción y le había explicado la necesidad de hacer un inventario de los muebles como un asunto relacionado con su testamento. El tener por esposa a una mujer cuyo intelecto es notablemente inferior al de uno tiene, igual que ciertos privilegios, unos pocos inconvenientes, tales como la necesidad de recurrir ocasionalmente a algún pequeño engaño.

Al día siguiente por la tarde, el señor Tulliver montó otra vez a caballo para dirigirse al despacho del señor Gore en Saint Ogg's. Gore tenía la misión de ver al señor Furley por la mañana y sondearlo en relación con los asuntos de Tulliver. Sin embargo, no había recorrido la mitad del camino cuando se encontró con un escribiente del gabinete del señor Gore que le llevaba una carta. Una repentina llamada le impedía atender a Tulliver, tal como habían quedado pero se encontrarían al día siguiente en su oficina a las once y, entre tanto, le enviaba por carta una información importante.

—¡Vaya! Dígale a Gore que lo veré mañana a las once —dijo Tulliver; después tomó la carta y volvió grupas.

El escribiente, sorprendido por los ojos brillantes e inquietos del señor Tulliver, lo miró alejarse durante unos momentos antes de marcharse. La lectura de una carta no era asunto de unos instantes para Tulliver: comprendía muy lentamente el sentido de cada frase, fuera manuscrita o incluso en caracteres impresos; de modo que se metió la carta en el bolsillo con la idea de abrirla cuando estuviera en su casa, sentado en el sillón. Pero al poco se le ocurrió que tal vez contuviera algo que la señora Tulliver no debiera saber, por lo que sería más seguro que no la viera siquiera. Detuvo el caballo, sacó la carta y la leyó. Era breve: venía a decir que el señor Gore sabía de buena fuente, aunque secreta, que Furley había necesitado dinero últimamente y se había

desprendido de algunos bienes, entre los que se contaba la hipoteca que pesaba sobre la propiedad del señor Tulliver, que había ido a parar a manos de Wakem.

Media hora más tarde, el carretero del propio señor Tulliver lo encontró inconsciente, tendido junto al camino, junto a una carta abierta y a su caballo gris, que lo olfateaba inquieto.

Cuando Maggie llegó a su casa aquella noche, obedeciendo a la llamada de su padre, éste ya no se encontraba inconsciente. Una hora antes había vuelto en sí y, tras una mirada vaga y ausente, murmuró algo sobre «una carta» e insistió en reclamarla. A instancias del señor Turnbull, el médico, sacaron el mensaje de Gore y lo depositaron sobre la cama, lo que pareció aplacar la impaciencia de Tulliver. El enfermo se quedó con los ojos fijos en la carta, como si ésta pudiera ayudarlo a hilvanar sus pensamientos. Sin embargo, una nueva oleada de recuerdos pareció llegar y barrer los anteriores: apartó los ojos del papel para fijarlos en la puerta y, tras mirarla inquieto, como si se esforzara por ver algo que sus ojos no alcanzaban a distinguir, dijo:

—La mocita...

De vez en cuando repetía la palabra con impaciencia, aparentemente ajeno a todo lo que no fuera ese imperioso deseo, sin dar muestras de reconocer a nadie, ni siquiera a su esposa, y la pobre señora Tulliver, cuyas escasas facultades estaban casi paralizadas por aquella repentina acumulación de problemas, se acercaba una y otra vez a la puerta de la verja para ver si llegaba el coche de Laceham, aunque todavía no era la hora.

Al final llegó el coche y depositó a la inquieta muchacha, que sólo era una niña en el cariñoso recuerdo de su padre.

—Madre, ¿qué sucede? —preguntó Maggie con los labios pálidos cuando su madre se acercó hasta ella llorando. No sospechaba que su padre estuviera enfermo, ya que él mismo había dictado la carta en la oficina de Saint Ogg's.

Pero el doctor Turnbull salió a recibirla: los médicos son los ángeles buenos de las casas con dificultades, y Maggie corrió hacia aquel amable y viejo amigo, del que guardaba los más antiguos recuerdos, con una mirada trémula e interrogante.

—No te alarmes en exceso, hija —dijo, tomándola de la mano—. Tu padre ha sufrido un ataque repentino y todavía no ha recuperado la memoria. Pero ha estado preguntando por ti y le hará mucho bien verte: haz el menor ruido posible, quítate las prendas de abrigo y sube conmigo.

Maggie obedeció con ese terrible latido del corazón que hace que la existencia parezca una mera pulsación dolorosa. La voz queda del doctor Turnbull había alarmado su sensible imaginación. Los ojos de su padre seguían mirando hacia la puerta con inquietud cuando ella entró y se enfrentó a aquella mirada extraña, ansiosa e indefensa que había estado buscándola en vano. Con un movimiento repentino, Tulliver se incorporó y Maggie corrió hacia él, lo abrazó y lo besó con angustia.

¡Pobre criatura! Era muy pronto para que conociera uno de los momentos decisivos de la existencia, cuando todo aquello que hemos deseado o disfrutado, todo lo que podemos temer o soportar se torna insignificante a nuestros ojos y se pierde, como un recuerdo trivial, frente al amor sencillo y primitivo que nos ata a nuestros seres más cercanos cuando éstos atraviesan momentos de angustia o desamparo.

El destello de reconocimiento había sido excesivo para la capacidad del padre enfermo y débil, que cayó de nuevo en un estado de inconsciencia y rigidez que duró varias horas; sólo se interrumpió de vez en cuando con breves momentos de lucidez durante los que tomó pasivamente todo lo que le dieron con una especie de satisfacción infantil por hallarse cerca de Maggie... Satisfacción semejante a la que sentiría un nene al regresar al regazo de su niñera.

La señora Tulliver mandó llamar a sus hermanas y en el piso de abajo hubo lamentos y alharacas: tanto los tíos como las tías comprobaron que la ruina de Bessy y de su familia era tan absoluta como siempre habían predicho, y la familia coincidió en la idea de que Tulliver había sufrido un castigo divino y sería poco piadoso intentar contrarrestarlo con excesivas muestras de amabilidad. Pero Maggie casi no oyó nada de eso, ya que apenas abandonó el dormitorio de su padre, donde permanecía sentada frente a él, dándole la mano. La señora Tulliver quería que fueran a buscar a Tom y parecía pensar más en el chico que en su esposo; pero las tías y los tíos se opusieron: puesto que el doctor Turnbull decía que, en su opinión, no había peligro inminente, Tom estaba mejor con su maestro. Sin embargo, al final del segundo día, cuando Maggie se había ido acostumbrando a los estados temporales de inconsciencia de su padre y a la esperanza de que los superara, ella misma empezó a desear intensamente el regreso de Tom.

—¡Mi pobre muchacho...! Debería volver a casa... —lloró su madre por la noche.

—Madre, deje que vaya a buscarlo y se lo cuente todo —dijo Maggie—: iré mañana por la mañana si padre no me llama ni me reconoce. Sería horrible para Tom volver a casa sin saber nada.

Ya la mañana siguiente, Maggie se fue, tal como hemos visto. Sentados en el coche de regreso a su casa, los hermanos hablaban en tristes susurros esporádicos.

—Dicen que el señor Wakem se ha quedado con la hipoteca o algo parecido sobre la tierra, Tom —dijo Maggie—. Creen que lo que provocó el ataque de padre fue la carta con la noticia.

—Estoy seguro de que ese sinvergüenza ha estado planeándolo todo para arruinar a padre —afirmó Tom, dando un salto desde una sucesión de vagas impresiones a una conclusión definitiva—. Cuando sea mayor haré que se arrepienta. Ni se te ocurra volver a dirigir la palabra a Philip.

—¡Oh, Tom! —exclamó Maggie, con tono de triste reproche; pero no tenía

ánimos para discutir y menos aún de irritar a Tom llevándole la contraria.

Capítulo II

Los terafines^[20] de la señora Tulliver o las divinidades del hogar

Cuando el carruaje depositó a Tom y a Maggie, hacía ya cinco horas que ésta había salido de su casa y estaba inquieta ante la posibilidad de que su padre la hubiera echado de menos y hubiera preguntado en vano «dónde estaba la mocit». No se le ocurría que hubiera podido tener lugar otro cambio. Corrió por el sendero de gravilla y entró en la casa antes que Tom, pero en el umbral se sorprendió al percibir un fuerte olor a tabaco. La puerta del salón estaba entreabierta y de ahí salía el olor. Aquello era muy raro: ¿qué visita podría ponerse a fumar en un momento como aquél? ¿Estaba allí su madre? En ese caso, debía comunicársele la llegada de Tom. Tras la pausa debida a la sorpresa, Maggie estaba abriendo la puerta cuando llegó Tom y ambos miraron juntos hacia el salón. Allí se encontraba un hombre tosco y sucio cuyo rostro Tom recordaba vagamente, sentado en el sillón de su padre, fumando, junto a una jarra y un vaso.

Tom adivinó en el acto la verdad. Había oído con frecuencia, incluso de pequeño, frases como «tener el alguacil en cas» y «liquidar los bienes para pagar a los acreedores»: formaban parte de la vergüenza y la desgracia del «fracas», de quedarse sin dinero y arruinarse, de caer en la condición de los pobres trabajadores manuales. Parecía lógico que eso sucediera, puesto que su padre había perdido sus propiedades, y pensó que la única causa de aquella desgracia era la pérdida del pleito. Pero la presencia inmediata de aquella forma de deshonra era para Tom una experiencia mucho más intensa que el peor de los temores, como si los problemas verdaderos no hubieran hecho más que empezar: no es lo mismo el dolor espontáneo en un nervio que el estímulo directo sobre éste.

—¿Cómo está usted, señor? —saludó el hombre, quitándose la pipa de la boca con un tosco gesto de cortesía. Aquellos rostros juveniles sorprendidos hacían que se sintiera un poco incómodo.

Pero Tom se dio media vuelta rápidamente, sin decir nada: le resultaba odioso verlo. En cambio, Maggie no entendió qué hacía ahí el desconocido y siguió a Tom.

—¿Quién puede ser, Tom? ¿Qué pasa? —susurró.

Entonces, con un indefinido temor a que el desconocido tuviera algo que ver con un posible cambio en la salud de su padre, corrió escaleras arriba, se detuvo un instante a la puerta del dormitorio para quitarse la capota a toda prisa y entró de puntillas. Todo estaba en silencio: su padre se encontraba acostado, inconsciente de lo que lo rodeaba, con los ojos cerrados, igual que cuando se había ido. Le hacía

compañía una criada, pero su madre no estaba.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó. La criada no lo sabía. Maggie salió rápidamente y dijo a Tom:

—Padre está acostado y tranquilo: vamos a buscar a madre; no sé dónde está.

La señora Tulliver no se encontraba en la planta baja ni en ninguno de los dormitorios. Bajo el desván, a Maggie sólo quedaba una habitación sin registrar: el ropero donde su madre guardaba su ropa blanca y todos los objetos «mejore» que sólo se desempaquetaban y se sacaban en ocasiones especiales. Cuando regresaban por el pasillo, Tom, que iba delante de Maggie, abrió la puerta de esa habitación y exclamó al instante:

—¡Madre!

La señora Tulliver estaba sentada allí, rodeada de sus guardados tesoros. Uno de los arcones estaba abierto: la tetera de plata ya no estaba envuelta en capas y capas de papel y la mejor porcelana descansaba sobre un arcón cerrado; en los estantes había cucharas, broquetas y cucharones dispuestos en hileras; y la pobre mujer agitaba la cabeza y lloraba con los labios tensos en una mueca amarga, mientras contemplaba su nombre, Elizabeth Dodson, bordado en la esquina de unos manteles que tenía sobre el regazo.

En cuanto oyó a Tom, se puso en pie de un brinco y los dejó caer.

—¡Mi niño, mi niño! —dijo, agarrándosele al cuello—. ¡Nunca pensé que viviría este día! Estamos en la ruina... van a venderlo todo... ¡Pensar que tu padre se casó conmigo para llegar a esto! No tenemos nada... seremos mendigos... tendremos que ir al asilo de pobres...

Lo besó, se sentó de nuevo y se puso otro mantel sobre el regazo. Lo desdobló un poco para mirar el dibujo mientras los niños permanecían de pie a su lado en silenciosa desdicha, sin otra idea en la mente que las palabras «mendigo» y «asil».

—Y pensar que yo misma hilé esta ropa —prosiguió, levantando una cosa tras otra y agitándola, con una animación extraña y lastimosa, especialmente en una mujer recia y linfática como ella, normalmente tan pasiva: si en alguna ocasión anterior se había alterado, había sido en la superficie—. ¡Y Job Haxey tejió la pieza y cargó con ella sobre l'espalda hasta casa, pues recuerdo que yo estaba en la puerta y lo vi venir, y era antes de que pensara en casarme con tu padre! Y el dibujo que escogí... Lo bien que la blanqueé... Y la marqué con un punto tan especial que hay que cortar la tela para quitar el hilo. Y ahora todo se venderá... irá a parar a casas de desconocidos, donde quizá la corten con dos cuchillos y se desgaste antes de que me muera. Nunca será tuya, hijo mío —dijo, mirando a Tom con dos ojos llenos de lágrimas—, y era para ti. Quería que toda la que lleva este dibujo fuera para ti: Maggie podía quedarse con la de dos cuadros grandes, que no luce tanto con los platos puestos.

Tom se sintió profundamente conmovido, pero reaccionó con enfado de

inmediato.

—Pero, ¿es que las tías van a dejar que se venda, madre? —preguntó acalorado—. ¿Lo saben? No permitirán que su ropa se pierda, ¿verdad? ¿Las ha avisado?

—Sí, envié a Luke en cuanto pusieron en casa a dos alguaciles, y ha estado aquí da tía Pullet. Ay, hijo, no paraba de gritar y de decir que tu padre ha deshonrado a mi familia y l'ha convertido en la comidilla de toda la región: y comprará la ropa de topos porque todavía quiere tener más y así no irá a parar a manos de desconocidos, pero ya tiene demasiados cuadros. —La señora Tulliver empezó a guardar dos manteles en el arcón tras doblarlos y alisarlos con gestos mecánicos—. Y también ha venido el tío Glegg, y dice que hay que comprar algunas cosas para que tengamos con qué acostarnos, pero que tiene que hablar con tu tía; y van a ir a consultar... Pero sé que ninguno de ellos comprará mi *pocelana* —dijo, volviéndose hacia las tazas y platos— porque a todos les pareció mal cuando la compré por culpa de la ramita dorada que tiene pintada entre las flores. Pero ninguno tiene mejor *pocelana*, ni siquiera la tía Pullet, y además la compré con mi dinero porque ahorré desde los quince años. Y la tetera de plata también: tu padre no ha pagado nada de lo que hay aquí. ¡Y pensar que se casó conmigo para esto!

La señora Tulliver se echó a llorar de nuevo y sollozó con el pañuelo ante los ojos durante unos momentos; después se lo apartó y dijo con tono de desprecio, todavía entre sollozos, como si se viera obligada hablar antes de poder dominar la voz.

—Y mira que se lo dije una y otra vez: «Hagas lo que hagas, no se te ocurra meterte en pleito». ¿Qué más podía hacer yo? He tenido que quedarme sentada mientras gastaba mi fortuna, que tendría que haber sido la de mis hijos. No tendrás ni un penique, hijo mío... Pero no será por culpa de tu madre.

Extendió un brazo hacia Tom y lo miró lastimeramente con sus indefensos e infantiles ojos azules. El pobre muchacho se le acercó y la besó; ella se aferró a él. Por primera vez en su vida, Tom pensó en su padre con cierto reproche. Su tendencia natural a la censura —de la que hasta el momento su padre se había librado gracias a la predisposición a pensar que tenía siempre razón, por el mero hecho de ser el padre de Tom Tulliver— se abrió paso hacia este nuevo canal debido a los lamentos de su madre y junto con la que sentía contra Wakem, empezó a mezclarse otro tipo de indignación. Tal vez su padre hubiera contribuido a su ruina y a que la gente hablara de ellos con desprecio: pero nadie menospreciaría a Tom Tulliver durante mucho tiempo. La fuerza y firmeza naturales de su carácter empezaban a manifestarse, acicateadas por el doble estímulo del resentimiento contra sus tías y la sensación de que debía comportarse como un hombre y cuidar de su madre.

—No se inquiete, madre —dijo tiernamente—. Pronto podré ganar dinero: conseguiré algún trabajo.

—¡Bendito seas, hijo mío! —exclamó da señora Tulliver, algo más calmada.

Después, mirando a su alrededor con tristeza, añadió—: Pero no me preocuparía tanto si pudiera quedarme las cosas que llevan mi nombre.

Maggie había contemplado la escena cada vez más enfadada. Los reproches implícitos contra su padre —su padre, que yacía ahí al lado como una especie de muerto viviente— le impedían apenarse por manteles y porcelanas. Y la rabia que sentía en nombre de su padre se acentuaba con un resentimiento egoísta por la silenciosa complicidad de Tom con su madre para excluirla de la calamidad común. Era ya casi indiferente al habitual menosprecio de su madre, pero de dolía mucho que Tom, aunque fuera de modo pasivo, lo respaldara. La pobre Maggie no sentía por sus seres queridos una devoción absoluta, pero exigía justa correspondencia a quienes tanto quería. Terminó por estallar.

—¡Madre! ¿Cómo puede decir eso? —dijo en tono alterado, casi violento. Como si sólo le importaran las cosas que llevan su nombre y no las que llevan también el de padre. ¡Y preocuparse por estas cosas en lugar de dedicarse solamente a nuestro querido padre, que está ahí acostado y tal vez nunca vuelva a hablar con nosotros! Tom, deberías decir lo mismo que yo y no permitir que nadie lo critique.

Maggie, casi ahogada por la mezcla de pena y rabia, salió de la habitación y volvió a ocupar su puesto a la cabecera del lecho de su padre. Al pensar en que la gente iba; a censurarlo, sintió que lo quería más que nunca. Maggie no soportaba las críticas: había tenido que aguantarlas durante toda la vida y no habían hecho más que fomentar su mal genio. Su padre siempre la había defendido y excusado, y el cariñoso recuerdo de su ternura le daba fuerzas para hacer o soportar cualquier cosa por él.

Tom se irritó un poco ante el estallido de Maggie: ¡cómo se le ocurría decirle a él, y también a su madre, lo que debían hacer! Y adoptar esos modales autoritarios y arrogantes... Sin embargo, no tardó en entrar en el dormitorio de su padre y al verlo se conmovió tanto que se borraron las impresiones negativas de la hora anterior. Maggie vio lo impresionado que estaba y se acercó a él, y cuando Tom se sentó junto a la cama, le pasó un brazo por los hombros. Los dos niños olvidaron todo lo que no fuera la certeza de que tenían un solo padre y una sola pena.

Capítulo III

El consejo de familia

A la mañana siguiente, los tíos llegaron a las once para celebrar un consejo de familia. El fuego estaba encendido en el salón y la pobre señora Tulliver, con la confusa idea de que se trataba de una gran ocasión, similar a un funeral, quitó la funda a las bordas de las cintas de las campanas, soltó las cortinas y arregló adecuadamente los pliegues mientras miraba a su alrededor y meneaba tristemente la cabeza al contemplar las superficies y las patas de las mesas, tan pulidas que ni siquiera su hermana Pullet podría reprocharles falta de brillo.

El señor Deane no iba a acudir, ya que estaba en viaje de negocios; pero la señora Deane apareció puntualmente con la nueva y hermosa calesa con capota y cochero de librea, la cual había proyectado una luz muy reveladora sobre diversos rasgos de su carácter ante algunas de sus amistades femeninas de Saint Ogg's. El ascenso del señor Deane en la escala social había sido tan rápido como el hundimiento del señor Tulliver, y en casa de la señora Deane la ropa blanca y la vajilla de plata procedentes de los Dodson estaban empezando a ocupar un lugar secundario, como mero repuesto de artículos semejantes pero más hermosos comprados en años más recientes: este cambio había provocado alguna frialdad en las conversaciones fraternales entre la señora Deane y la señora Glegg, que percibía que Susan estaba volviéndose «como los demás» y que pronto poco quedaría del verdadero espíritu de los Dodson, excepto en ella misma y era de esperar que también en los sobrinos que llevaban el apellido Dodson en las fincas familiares situadas en los lejanos Wolds. Las personas que viven lejos muestran menos defectos que aquellos que se encuentran ante nuestros ojos; y parece superfluo, si tenemos en cuenta la remota posición geográfica de los etíopes y lo poco que los griegos tenían que ver con ellos, preguntarse por qué Homero los denominó «intachable».^[21]

La señora Deane fue la primera en llegar y, después de que se acomodara en el gran salón, acudió la señora Tulliver con su lindo rostro algo distorsionado, de modo similar a como habría estado si hubiera llorado: no era mujer de lágrima fácil, excepto en momentos en que la posibilidad de perder los objetos de su casa parecía inusualmente verosímil, pero se daba cuenta de lo poco adecuado que resultaba conservar la calma en aquellas circunstancias.

—¡Oh, hermana, qué mundo éste! —exclamó al entrar—. ¡Qué cosas pasan! La señora Deane era una mujer de labios finos que pronunciaba breves y meditados discursos en ocasiones especiales; después se los repetía a su marido y le preguntaba si no le parecía que sus palabras habían sido muy acertadas.

—Sí, hermana —contestó lentamente—. Este mundo cambia mucho y no sabemos hoy lo que podrá suceder mañana. Pero hay que estar preparado para todo y, si llegan los problemas, debemos recordar que no se nos envían sin motivos. Como hermana tuya que soy, lo siento mucho por ti, y si el médico dice que el señor Tulliver tome jalea, espero que me lo digas: te la enviaré enseguida. Porque es justo que esté bien atendido mientras está enfermo.

—Gracias, Susan —contestó la señora Tulliver, retirando su gruesa mano de la fina mano de su hermana—. Pero todavía no ha hablado de jaleas. —Después, tras una pausa, añadió—: Arriba tengo una docena de jarras de jalea talladas... Nunca volveré a llenarlas...

Pronunció estas últimas palabras con voz alterada, pero el sonido de unas ruedas le hizo pensar en otra cosa. El señor y la señora Glegg habían llegado y los Pullet aparecieron casi de inmediato.

La señora Pullet entró llorando: así expresaba, en toda ocasión, su punto de vista sobre la vida en general y su opinión sobre aquel caso en particular.

La señora Glegg llevaba el más rizado de sus postizos y unas ropas que parecían recién resucitadas tras soportar alguna forma de enterramiento propiciadora de las arrugas: un traje elegido con el elevado propósito moral de instilar una humildad perfecta en el ánimo de Bessy y de sus hijos.

—Señora Glegg, ¿no deseas sentarte más cerca del fuego? —preguntó su esposo, que no quería ocupar el sillón más cómodo sin ofrecérselo primero.

—Ya ves que me he sentado aquí, Glegg —contestó la arrogante mujer—. Ásate tú, si te gusta.

—Bueno —dijo el señor Glegg, sentándose sin perder el buen humor—. ¿Y cómo está el pobre enfermo *d'arriba*?

—Esta mañana el doctor Turnbull lo ha encontrado mucho mejor —contestó la señora Tulliver—: parece más despierto y ha hablado conmigo, pero todavía no reconoce a Tom y mira al pobre chico como si no lo conociera, aunque alguna vez ha dicho algo sobre Tom y el poni. El médico dice que ha perdido la memoria de todo lo reciente y no reconoce a Tom porque lo recuerda como un niño. ¡Ay, madre mía!

—A lo mejor se *l'*ha metido agua en el cerebro —señaló la tía Pullet dándose la vuelta tras colocarse bien la cofia con gesto triste frente al espejo del entrepaño—A lo mejor no vuelve a levantarse y, si se levanta, lo más seguro es que se quede como un niño, como el pobre señor Carr. Tenían que darle de comer con una cucharita como si fuera un nene. No podía mover los brazos ni las piernas; pero tenía una silla de ruedas y alguien que lo llevara, y tú no tienes eso, Bessy.

—Hermana Pullet —intervino la señora Glegg con severidad—: si no *m'equivoco*, hemos venido esta mañana para hablar y dar consejos sobre lo que hay que hacer en relación con la deshonra que ha caído sobre la familia y no para hacer

comentarios sobre desconocidos. Y que yo sepa, ese señor Carr no es de nuestra sangre ni ha estado nunca relacionado con nosotros.

—Hermana Glegg —protestó la señora Pullet en tono lastimero, volviendo a ponerse los guantes y ajustándose los dedos con agitación—: si tienes algo ofensivo que decir sobre el señor Carr, *has* el favor de no decírmelo a mí. Yo sí lo conocía —añadió con un suspiro—: respiraba tan mal que se le oía a dos habitaciones de distancia.

—¡Sophy! —exclamó la señora Glegg indignada—. Es indecoroso explicar así los males ajenos. Insisto en lo que he dicho: no he venido aquí desde mi casa para hablar de las amistades, respiren bien o mal. Si no estamos aquí para oír lo que los demás piensan hacer para salvar a una hermana y a sus hijos de la caridad pública, yo, al menos, me voy. No va a encargarse una sola y no esperéis que lo haga todo yo.

—Bueno, Jane —dijo la señora Pullet—. No creo que *t*'hayas dado mucha prisa en hacer algo. Por lo que yo sé, es la primera vez que vienes desde que se sabe que *l'*alguacil está en la casa; en cambio, yo estuve ayer aquí y miré toda la ropa y las cosas de Bessy, y le dije que compraría los manteles de lunares; no puedo ser más justa; y de la tetera, que Bessy no quiere que salga de la familia, la verdad es que no me vale de nada tener dos teteras de plata, aunque no tuviera el pitorro recto; en cambio, el damasco con lunares siempre me ha gustado.

—Desearía que pudieran arreglarse las cosas para que mi tetera, la *pocelana* y los azucareros no salieran a la venta —intervino la señora Tulliver con tono suplicante—: y las tenacillas para los terrones de azúcar, que fue lo primero que compré.

—Pero no se puede evitar, ya lo sabes —contestó la señora Glegg—. Si alguien de la familia quiere comprarlo, puede hacerlo, pero todo habrá que subastarlo.

—Tampoco se puede esperar —señaló el tío Pullet con inesperada independencia de juicio— que la familia pague más por los *ojetos* de lo que vaya a darse por ellos en la subasta. Lo probable es que en la subasta se vendan por una bicoca.

—¡Ay de mí! —exclamó la señora Tulliver—. Pensar que mi *pocelana* se venderá así... y la compré cuando me casé, como vosotras, Jane y Sophy: y sé que no os gustaba la mía, por culpa de la ramita, pero a mí sí me gustaba, y no se ha desportillado ni una pieza, porque la he lavado siempre yo... y esos tulipanes en las tazas, y esas rosas que da gusto mirar... Seguro que a vosotras no os gustaría que vuestra *pocelana* la subastaran por una bicoca y terminara rota, aunque la tuya no tenga color, Jane, porque es blanca y estriada y no costó tanto como la mía. Y los azucareros, hermana Deane. Creía que te gustaría tenerlos porque te oí decir una vez que eran bonitos.

—Bien, no diré que no vaya a comprar algunos de los mejores *ojetos* —dijo la señora Deane con aire altivo—. En casa caben cosas de sobra.

—¡Los mejores *ojetos*! —exclamó la señora Glegg; su severidad había ido

creciendo con el largo silencio—. Me agota la paciencia oírlos hablar de «mejores *ojeto*». y de comprar eso y aquello, la plata y la *pocelana*. Bessy, debes concentrarte en las circunstancias y dejar de pensar en plata y *pocelana* para ocuparte de tener un colchón de borra para acostarte, una manta para taparte, y un taburete donde sentarte. Recuerda que si los tienes será porque tus parientes te los habrán comprado, porque ahora dependes de ellos para todo: porque tu marido está en cama *imposibilitado* y no tiene un penique. Y te digo todo esto por tu propio bien, para que te hagas cargo de tu situación y de la deshonra que tu marido ha traído a esta familia, ya que tendrás que ocuparte de todo y comportarte con humildad.

La señora Glegg hizo una pausa, ya que hablar con energía por el bien de los demás es cosa muy fatigante. La señora Tulliver, que siempre había estado aplastada por el dominio de su hermana Jane, que le había hecho llevar el yugo de los hermanos menores desde tierna edad, contestó en tono suplicante:

—T'aseguro, hermana, que no he pedido a nadie un favor, sólo que compren cosas si les apetece tenerlas, para que no se estropeen en casa de desconocidos. No he pedido a nadie que las compre para mí y mis hijos, aunque ahí está la ropa que yo hilé, y cuando Tom nació, una de las primeras cosas que pensé cuando estaba acostado en la cuna fue que todas las cosas que había comprado con mi propio dinero y que había cuidado tanto serían para él. Pero no he dicho nada de que quisiera que mis hermanas las pagaran. Nadie sabe lo que mi esposo ha hecho por su propia hermana, y ahora tendríamos más dinero si él no se lo hubiera prestado y no le hubiera pedido nunca que lo devolviera.

—Vamos, vamos —intervino el señor Glegg amablemente—. No pintemos el panorama demasiado negro. Lo que está hecho no puede deshacerse. Entre todos nos las arreglaremos para comprar lo que usted necesite aunque, como dice la señora Glegg, deben ser cosas útiles y sencillas. No debemos ponernos a pensar en lo que no hace falta. Una mesa y una silla o dos, *utinsilios* de cocina, una buena cama y cosas así. En otros tiempos yo mismo no sabía lo que era dormir en una cama. En realidad tenemos muchas cosas inútiles sólo porque tenemos dinero para gastar.

—Glegg —protestó la señora Glegg—, si fueras tan amable de permitirme, hablar en lugar de quitarme las palabras de la boca... Iba a decir, Bessy, que está muy bien que digas que nunca nos has pedido que te compremos cosas: pues permite que te diga que deberías habérmelo pedido. Dime, ¿quién va a ocuparse de ti, si no es tu familia? Si no lo hace, tendrás que vivir de la caridad parroquial. Y deberías metértelo en la cabeza y no olvidarlo, y rogar humildemente que hagamos por ti lo que podamos en lugar de alardear de no habernos pedido nunca nada.

—Hablando de lo que ha dicho usted de los Moss y de lo que el señor Tulliver ha hecho por ellos —señaló el señor Pullet, que se volvía inusualmente charlatán en cuanto se hablaba de prestar dinero—. ¿Han dicho algo? Deberían hacer algo, igual

que los demás; y si se les ha dejado dinero, debería obligárseles a que lo devolvieran.

—Pues claro —intervino la señora Deane—. Ya lo había pensado. ¿Cómo es que el señor y la señora Moss no están aquí para hablar con nosotros? Lo justo es que ellos también arrimen el hombro.

—¡Ay madre! Si no les he enviado recado contando lo del señor Tulliver —exclamó la señora Tulliver—. Y viven tan lejos, por los caminos de Basset, que sólo se enteran de las noticias cuando el señor Moss va al mercado. Pero ni se *m'ocurrió* pensar en ellos. Aunque me sorprende que a Maggie no se le haya ocurrido, porque, siempre ha querido mucho a la tía Moss.

—¿Por qué no vienen tus hijos, Bessy? —sugirió la señora Pullet tras la alusión a Maggie—. Deberían oír lo que tienen que decir sus tíos y tías: y hablando de Maggie, ya que yo le he pagado la mitad de los estudios, debería pensar más en mí que en su tía Moss. Podría morirme hoy mismo de repente: nunca se sabe.

—Si por mí fuera —dijo la señora Glegg—, los chicos habrían estado en la sala desde el principio. Ya es hora de que sepan con quién pueden contar, y es justo que alguien hable con ellos y les informe de su situación en la vida, en qué se han convertido, y les explique lo mucho que van a tener que sufrir por los errores de su padre.

—Bien, iré a buscarlos, hermana —contestó la señora Tulliver con resignación; estaba abatida y los tesoros guardados en el ropero ya no le inspiraban más sentimientos que una muda desesperación.

Subió al piso para buscar a Tom y a Maggie, que se encontraban en el dormitorio de su padre y, cuando se encaminaba de nuevo hacia la planta baja, al pasar ante la puerta del ropero se le ocurrió una nueva idea. Se encaminó hacia allí y dejó que los chicos bajaran solos.

Cuando los hermanos entraron con cierta renuencia parecía como si sus tíos acabaran de sostener una agitada discusión; Tom, con una sagacidad práctica alentada por los fuertes estímulos de las nuevas emociones que había experimentado desde el día anterior, había estado elaborando un plan que pretendía proponer a alguno de sus tíos o tías, pero no sentía la menor simpatía hacia ellos y temía enfrentarse a todos a la vez, de la misma manera que tampoco habría deseado tomar de golpe una gran dosis de un medicamento concentrado que, incluso a pequeños sorbos, le resultara apenas tolerable. En cuanto a Maggie, aquella mañana se encontraba especialmente abatida: la habían despertado a las tres, tras un breve descanso, y ese extraño sopor fatigado, consecuencia de velar el sueño de un enfermo durante las frías horas de la penumbra y el amanecer, cuando la vida diurna parece carecer de importancia y ser un mero margen de las horas en la alcoba oscura. Su entrada interrumpió la conversación. Saludaron a sus tíos estrechándoles la mano en una ceremonia triste y silenciosa, hasta que el tío Pullet señaló, cuando se le acercó Tom:

—Bien, caballere: decíamos que vamos a necesitar que cojas papel y pluma; supongo que ahora, tras la escuela, tendrás pocas oportunidades para escribir.

—Eso es —dijo el tío Glegg con un tono admonitorio que pretendía ser amable—. Debemos sacar partido a esos estudios que tan caros han salido a tu padre.

*Cuando no quedan tierras ni dinero,
la educación es lo primero.*

—Tom, ha llegado el momento de que nos demuestres lo mucho que has aprendido. Veamos si lo haces mejor que yo, que he hecho mi fortuna sin estudios. Pero empecé con muy poco: podía vivir con un tazón de gachas y un mendrugo de pan con queso. Pero no creo que la buena vida y los buenos estudios que has tenido t'hagan más difícil el camino de lo que fue para mí, jovencito.

—Pero tendrá que seguir adelante —intervino la tía Glegg con energía— sea fácil o difícil. No debe pararse a pensar en lo que es difícil, sino convencerse de que sus parientes no lo van a mantener para que lleve una vida de ocio y lujo: tendrá que recoger los frutos de la mala conducta de su padre y acostumbrarse a comer mal y a trabajar mucho. Y debe ser humilde y mostrarse agradecido a sus tíos y tías por lo que están haciendo por su madre y su padre, que acabarían en la calle y en el asilo si no recibieran su ayuda. Y también su hermana debe meterse en la cabeza que debe ser humilde y trabajadora —prosiguió la señora Glegg, mirando con severidad a Maggie, que se había sentado en el sofá junto a la tía Deane, atraída hacia ella sólo porque era la madre de Lucy—, porque ya no tendrá criados que la sirvan, y debe tenerlo muy presente. Tendrá que hacer el trabajo de la casa, respetar y querer a sus tías que tanto han hecho por ella y han ahorrado dinero para dejárselo a sus sobrinos y sobrinas.

Tom seguía de pie junto a la mesa, en el centro del grupo. Estaba sonrojado y distaba de parecer humillado: se disponía a decir, en un tono respetuoso, lo que había meditado previamente cuando se abrió la puerta y entró de nuevo su madre.

La pobre señora Tulliver llevaba en las manos una pequeña bandeja donde había colocado la tetera de plata, una taza y un plato de muestra, los azucareros y las tenacillas para los terrones.

—Aquí tienes, hermana —dijo, mirando a la señora Deane mientras depositaba la bandeja sobre la mesa—. Se m'ha ocurrido pensar que si veías otra vez la tetera, como hace mucho tiempo que la viste por última vez, a lo mejor te gustaba más: hace un buen té y tiene el juego completo: podrías utilizarlo a diario, o guardarlo para Lucy. Sería horrible que lo compraran los de *The Golden Lion* —dijo la pobre mujer emocionada, con lágrimas en los ojos—. La tetera que compré cuando me casé... y pensar que se arañará y la colocarán delante de los viajeros y de la gente, con mis iniciales: mirad, aquí pone E. D, y todo el mundo las verá...

—¡Santo cielo! —dijo la tía Pullet, meneando la cabeza con gran pesadumbre—. Es muy triste pensar que las iniciales de la familia estarán por ahí. Nunca había

sucedido, has tenido muy mala suerte, Bessy. Pero de qué sirve comprar la tetera cuando la ropa, los cubiertos, todo irá por ahí, algunos con tu nombre completo... Es que, además, tiene el pitorro recto.

—No se puede evitar la deshonra de la familia comprando teteras —declaró la señora Glegg—. Nuestra vergüenza es que un miembro de la familia se haya casado con un hombre que l'ha llevado a la mendicidad. Nuestra vergüenza es que van a vender sus bienes en pública subasta. No podemos impedir que todo el mundo lo sepa.

Ante la alusión a su padre, Maggie se levantó de un brinco del sofá, pero Tom vio el gesto y su rostro encendido a tiempo de impedir que hablara.

—Tranquila, Maggie dijo Tom con tono autoritario, apartándola. Y en cuanto calló la tía Glegg, en una muestra de autodominio y sensatez notables en un muchacho de quince años, empezó a hablar en un tono tranquilo y respetuoso, si bien le temblaba la voz, porque las palabras de su madre lo habían herido en lo más vivo.

—Así pues, tía —dijo, mirando directamente a la señora Glegg—, si usted cree que es una vergüenza para la familia que se vendan nuestros bienes en pública subasta, ¿no sería preferible impedirlo? Y si usted y la tía Pullet —prosiguió, mirando hacia esta última— están pensando en legarnos dinero a Maggie y a mí, ¿no sería mejor que nos lo dieran ahora para pagar la deuda y evitar así que mi madre se separe de sus cosas?

Durante unos momentos se hizo el silencio, ya que todos, incluida Maggie, se asombraron ante la súbita actitud varonil de Tom. El tío Glegg fue el primero en hablar.

—Vaya, vaya, muchacho. No vas por mal camino. Pero debes recordar que está la cuestión del interés: tus tías reciben el cinco por ciento de su dinero y lo perderían si os lo adelantaran: no habías pensado en eso.

—Puedo trabajar y pagar un interés anual —contestó Tom rápidamente—. Haré todo lo que sea necesario para evitar que mi madre pierda sus cosas.

—¡Bien dicho! —exclamó el tío Glegg con admiración, movido por el deseo de animar a Tom, sin pararse a pensar en la posibilidad de llevar a la práctica su plan; sin embargo, su intervención tuvo el infortunado efecto de molestar a su esposa.

—¡Sí, señor Glegg! —dijo la dama con enfadado sarcasmo—. Ya veo que te gusta dar mi dinero, aunque me dijiste que estaba a mi disposición. Y mi dinero me lo dio mi padre y no el tuyo, Glegg, y he ahorrado y añadido un poco casi cada año. Y ahora se va destinar a comprar objetos de otros, a fomentar el lujo y el despilfarro que ellos no pueden mantener por ningún medio. Y yo tendré que alterar mi *testamento*, o añadir un *codicilio*, y dejar doscientas o trescientas libras menos cuando me muera; yo, que siempre me he comportado correctamente y con prudencia; yo, que soy la mayor de la familia. Ahora tengo que despilfarrar el dinero en unas personas que han

tenido las mismas oportunidades que yo, pero se han comportado mal y lo han despilfarrado. Hermana Pullet, tú puedes hacer lo que quieras y puedes permitir que tu marido te quite el dinero que te ha dado, pero esa no es mi intención.

—¡Vaya, Jane!, ¡cómo te pones! —dijo la señora Pullet—. La sangre te va a subir a la cabeza y tendrán que hacerte una sangría. Lo siento por Bessy y sus hijos, paso unas noches horribles pensando en ellos, porque ahora, con esta nueva medicina, duermo muy mal: pero no vale la pena que piense en hacer algo si no me vas a ayudar.

—Bien, hay que tener en cuenta una cosa —dijo el señor Glegg—: de nada sirve saldar esta deuda y salvar *los ojetos* de la casa cuando están también todas las otras deudas legales que se llevarán cada chelín que se pueda sacar de la tierra y del ganado, y todavía más: lo sé porque he hablado con el abogado Gore. Tenemos que guardar el dinero para este pobre hombre en lugar de gastarlo en ojetos que no se pueden comer ni beber. Siempre te precipitas, Jane... como si yo no supiera lo que es más razonable.

—En ese caso, que se vea en tus palabras, Glegg —exclamó su esposa lentamente y con mucho énfasis, inclinando la cabeza hacia él en un gesto elocuente.

La serenidad de Tom había desaparecido durante la conversación y le temblaban los labios, pero estaba decidido a no rendirse. Se comportaría como un hombre. Maggie, por el contrario, tras el momentáneo entusiasmo por las palabras de Tom, volvía a temblar de indignación. Su madre se encontraba junto a Tom y se aferraba a su brazo desde el momento en que éste había hablado: de repente, Maggie se puso de pie y se plantó ante ellos con los ojos centelleantes como una joven leona.

—Entonces —estalló—, ¿por qué han venido aquí a hablar, a meterse en nuestras cosas y regañarnos, si no piensan hacer nada para ayudar a mi pobre madre, su propia hermana? ¿Si les da igual que tenga problemas y no quieren prescindir de su dinero, aunque no lo necesiten, para evitarle este trago? En ese caso, no queremos saber nada de ustedes y no vengán a buscar defectos a mi padre: era mejor que ustedes, porque era un buen hombre y los habría ayudado en caso de apuro. Si no ayudan a mi madre, Tom y yo no querremos saber nada de su dinero. ¡Preferiremos no tenerlo! ¡Nos las arreglaremos sin él!

Tras estas palabras de desafío a sus tíos, Maggie permaneció inmóvil, mirándolos con sus grandes ojos oscuros, como si estuviera preparada para afrontar las consecuencias.

La señora Tulliver estaba asustada: aquel loco estallido resultaba ominoso y ya no podía imaginar qué curso tomaría la vida tras él. Tom, en cambio, estaba enfadado: no servía para nada hablar así. La sorpresa hizo callar a las tías durante un momento. Finalmente, ante una aberración semejante, les pareció más adecuado comentarla que dar respuesta a las preguntas que había planteado.

—Lo que vas a sufrir por culpa de esta niña, Bessy —anunció la señora Pullet. Es lo más desagradecido y descarado que he visto en mi vida. Es terrible. No tenía que haberle pagado el colegio, porque está peor que nunca.

—Eso es lo que yo siempre he dicho —prosiguió la señora Glegg—. A lo mejor otros se sorprenden, pero yo no. Lo he dicho una y otra vez, hace ya muchos años: «Recordad lo que os digo: esta niña va por mal camino, no hay en ella nada de nuestra famili». Y en lo que respeta a tanto estudio, nunca me pareció buena idea. Tenía mis motivos cuando dije que yo no pensaba pagar nada de eso.

—Vamos, vamos —dijo el señor Glegg—. No perdamos más tiempo hablando y pongámonos a trabajar. Tom, coge papel y pluma...

Mientras la señora Glegg hablaba, una figura alta y oscura pasó apresuradamente ante la ventana.

—Caramba, aquí está la señora Moss —dijo la señora Tulliver—; se habrá enterado de la mala noticia.

Fue a abrir la puerta y Maggie se apresuró a seguirla.

—Es una suerte —dijo la señora Glegg—, así podrá dar su consentimiento para la lista de cosas que hay que comprar. Es justo que se ocupe de lo que le corresponde, ya que se trata de su hermano.

La señora Moss estaba demasiado agitada para negarse a seguir a la señora Tulliver cuando ésta la condujo hasta el salón con un gesto mecánico, sin pensar que era poco atento por su parte llevarla ante tanta gente en el doloroso momento de la llegada. Aquella mujer alta, ajada y morena, vestida con un traje raído, cubierta con un chal y una capota colocados a toda prisa y con la total ausencia de afectación propia de las personas profundamente preocupadas ofrecía un fuerte contraste con las hermanas Dodson. Maggie la asía por el brazo y la señora Moss pareció no ver a nadie más que a Tom, se dirigió hacia él y lo tomó de la mano.

—¡Queridos niños! —exclamó—. Cómo vais a pensar bien de mí: soy una tía que no sirve de nada, porque soy de los que toman mucho y dan poco. ¿Cómo está mi pobre hermano?

—El doctor Turnbull cree que se irá poniendo mejor —contestó Maggie—. Siéntate, tía Gritty, y no te inquietes.

—Oh, querida niña, no sé qué hacer, estoy entre dos fuegos —dijo la señora Moss, permitiendo que Maggie la acompañara hasta el sofá, aunque se diría que seguía sin advertir la presencia de los demás—: tenemos trescientas libras del dinero de mi hermano, y ahora que las necesita, y vosotros también, pobrecitos, tendremos que venderlo todo para devolverlo. Pero tengo hijos... mis ocho niños... el pequeño todavía no habla bien... Y me siento como si fuera una ladrona. Pero estoy segura de que mi hermano... —Un sollozo le impidió seguir hablando.

—¡Trescientas libras! ¡Santo cielo! —exclamó la señora Tulliver. Cuando había

dicho que su esposo había hecho lo indecible por su hermana no pensaba en ninguna cantidad concreta y ahora sentía la irritación propia de una esposa mantenida en la ignorancia.

—¡Qué locura! —exclamó la señora Glegg—. ¡Un hombre con familia! No tenía derecho a prestar dinero de ese modo: y sin ningún papel, seguro. La voz de la señora Glegg atrajo la atención de la señora Moss que, alzando la mirada, dijo:

—Sí, mi marido firmó un pagaré. No somos de esa clase de gente capaz de robar a los hijos de su hermano y pensábamos devolverle el dinero cuando las cosas fueran un poco mejor.

—Bien —dijo el señor Glegg—, pero ahora ¿tiene su esposo de dónde sacar el dinero? Porque para ellos sería una pequeña fortuna, si conseguimos salvarlos de la bancarrota. Su esposo posee ganado: es justo que reúna el dinero, me parece, aunque lo sienta mucho por ustedes, señora Moss.

—Oh, señor, no sabe usted la mala suerte que ha tenido mi esposo con el ganado: tenemos menos que nunca, hemos vendido todo el trigo y estamos atrasados en el pago de la renta... Desearíamos hacer lo cometo y trabajaría durante media noche si sirviera de algo... pero mis pobres niños... tengo cuatro tan pequeños...

—No llores así, tía, no te inquietes —susurró Maggie, que tenía una mano entre las suyas.

—¿Tulliver te prestó todo el dinero de una vez? —preguntó la señora Tulliver, todavía absorta en las cosas que habían ido sucediendo sin que ella se enterara.

—No, en dos veces —contestó la señora Moss, frotándose los ojos y haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas—. La última vez fue después de aquella enfermedad que tuve, hace cuatro años, cuando todo nos fue mal, y entonces se firmó otro pagaré. Con mi enfermedad y mi mala suerte, no he sido más que una carga durante toda mi vida.

—Sí, señora Moss —afirmó tajante la señora Glegg—: la suya es una familia muy desgraciada: mi hermana es digna de lástima.

—Subí al carro en cuanto *m'enteré* de lo que había sucedido —dijo la señora Moss, mirando a la señora Tulliver—. No habría tardado tanto en venir si usted se hubiera acordado de avisarme. Y no es que piense mucho en nosotros y nada en mi hermano; es que como no paraba de pensar en el dinero, no podía evitar hablar de él. Mi esposo y yo deseamos hacer lo adecuado, señor —añadió, mirando al señor Glegg—. Nos las apañaremos y devolveremos el dinero si eso es lo único que tiene mi hermano. Estamos acostumbrados a los apuros y no esperamos otra cosa, pero cuando pienso en mis hijos, me siento dividida en dos.

—Bien, debo advertirle una cosa, señora Moss —dijo el señor Glegg—: si el señor Tulliver es declarado en bancarrota y tiene un pagaré de su esposo por trescientas libras, tendrán que pagarlas: los apoderados acudirán a cobrarlas.

—¡Ay, madre mía! —exclamó la señora Tulliver pensando, no en la inquietud de la señora Moss sino en la bancarrota. La pobre señora Moss escuchaba sumisa y temblorosa, mientras Maggie contemplaba desconcertada y abatida a Tom, para ver si, por lo menos él, daba muestras de entender el problema y de preocuparse por la tía Moss. Tom, con los ojos clavados en el mantel, parecía pensativo.

—Y si no se le declara en bancarrota —prosiguió el señor Glegg—, entonces, como he dicho antes, la cantidad de trescientas libras será para él una fortuna, pobre hombre. Lo único que sabemos es que podría quedar medio paralítico, si es que vuelve a levantarse. Lo siento mucho por usted, señora Moss, pero creo que, por un lado, es justo que se esfuerce en conseguir ese dinero y, por otro, de cualquier modo van a verse obligados a devolverlo. Espero que no se ofenda conmigo por decirle la verdad.

—Tío —dijo Tom alzando la vista de repente y abandonando la contemplación del mantel—. No creo que mi tía esté obligada a devolver el dinero. ¿Y si no fuera ésa la voluntad de mi padre?

—¡Cómo! —exclamó el señor Glegg tras unos instantes de sorpresa—. No, quizá no, Tom; pero en ese caso, habría roto el pagaré. Debemos buscarlo: ¿qué te hace pensar que no tenía intención de reclamarlo?

—Porque recuerdo muy bien que, antes de que me marchara a estudiar con el señor Stelling —contestó Tom sonrojándose, pero esforzándose por hablar con firmeza a pesar de su temblor infantil—, mi padre me dijo una noche cuando estábamos sentados junto al fuego y no había nadie más en la habitación... —Tom vaciló un momento y después prosiguió—... Me dijo algo sobre Maggie y después añadió: «Siempre he sido bueno con mi hermana, aunque se casó contra mi voluntad; y he prestado dinero a Moss, pero nunca lo pondré en un aprieto para que me lo devuelva: prefiero perderlo; no por eso mis hijos serán más pobre». Ahora mi padre está enfermo y no puede hablar por sí mismo, y yo no quisiera que se actuara en contra de su voluntad.

—Bien, pero hijo mío —dijo el tío Glegg, cuyos buenos sentimientos lo empujaban a compartir los deseos de Tom, pero al mismo tiempo no podía desprenderse de su habitual aversión ante actitudes alocadas, tales como destruir documentos o prescindir de algo lo bastante importante como para suponer una diferencia apreciable en las propiedades de un hombre—: en ese caso, tendremos que destruir el pagaré, si queremos impedir lo que podría llegar a suceder si se declarara a tu padre en bancarrota...

—Señor Glegg —interrumpió su esposa con severidad—: ten cuidado con lo que dices. Estás metiéndote mucho en los asuntos de los demás. Si dices alguna imprudencia, no digas después que fue culpa mía.

—Nunca había oído decir nada semejante —dijo el tío Pullet tras tragarse a toda

prisa su caramelito para expresar su asombro—: destruir un pagaré; seguro que está castigado por la ley.

—Pero si ese pagaré vale tanto dinero —dijo la señora Tulliver—, ¿por qué no lo damos para salvar mis cosas? No tenemos por qué meternos en los asuntos de los tíos Moss, Tom, si crees que tu padre se enfadará cuando se cure.

La señora Tulliver no comprendía la cuestión y se esforzaba en encontrar ideas originales.

—¡Bah! —dijo el tío Glegg—. Las mujeres no entienden estas cosas: no hay otra manera de proteger al señor y la señora Moss que destruyendo el pagaré.

—Entonces, espero que me ayude a hacerlo, tío —insistió Tom—. Si mi padre no se recuperara, sentiría mucho pensar que se había hecho algo contra su voluntad a pesar de que yo podía impedirlo. Y estoy seguro de que quería que recordara lo que me dijo esa noche. Debo obedecer los deseos de mi padre en relación con sus bienes.

Ni siquiera la señora Glegg pudo evitar dar su aprobación a las palabras de Tom: sin duda, la sangre de los Dodson hablaba por él, aunque si su padre hubiera sido un Dodson, nunca habría hecho un préstamo tan imprudente. Maggie no se habría contenido y habría saltado a abrazar a Tom si la tía Moss no se lo hubiera impedido levantándose y cogiéndole la mano para decir con voz ahogada:

—Querido muchacho, si Dios existe, tu gesto no te hará más pobre: y si tu padre necesita este dinero, Moss y yo lo pagaremos, igual que si existiera el pagaré. Nos comportaremos tal como os habéis comportado con nosotros, porque si mis hijos no han tenido más suerte que ésta, al menos tienen un padre y una madre honrados.

—Bien —dijo la señora Glegg, que había estado pensando en las palabras de Tom—. Suponiendo que, *efetivamente*, tu padre esté en bancarrota, no creo que eso suponga un engaño para los acreedores. Lo he pensado atentamente, porque yo misma he sido acreedora y he visto infinitas trampas. Si antes de meterse en este funesto pleito tu padre tenía ya intención de regalarle el dinero a tu tía, es lo mismo que si hubiera destruido entonces el pagaré, puesto que había decidido empobrecerse voluntariamente. Pero hay que tener en cuenta muchas otras cosas, jovencito, cuando se trata de dinero —añadió la señora Glegg mirando a Tom con aire de censura—: no puedes quitarle a un hombre la comida para darle a otro el desayuno. Pero está claro que no lo entiendes.

—Sí, claro que sí —contestó Tom con decisión—: sé que si debo dinero a un hombre no tengo derecho a dárselo a otro. Pero si mi padre había decidido dar el dinero a mi tía antes de endeudarse, entonces sí tenía derecho a hacerlo.

—¡Bien contestado, muchacho! No creía que fueras tan listo —dijo el tío Glegg con franqueza—. Pero quizá tu padre llegó a destruir el pagaré. Miremos si lo encontramos en el arcón.

—Está en su habitación. Vamos nosotras también, tía Gritty —susurró Maggie.

Capítulo IV

Un rayo de luz se desvanece

Incluso entre los accesos de rigidez espasmódica que padecía a intervalos regulares desde que lo habían encontrado a los pies del caballo, el señor Tulliver se hallaba en un estado tan apático que las entradas y salidas de la habitación tenían lugar sin grandes miramientos. Aquella mañana había permanecido tan quieto, con los ojos cerrados, que Maggie dijo a la tía Moss que no esperara que su padre advirtiera su presencia.

Entraron sin hacer ruido y la señora Moss se sentó junto a la cabecera de la cama, mientras Maggie volvía a ocupar su puesto sobre ésta y colocaba la mano sobre la de su padre sin que en el rostro de éste se produjera cambio alguno.

El señor Glegg y Tom habían entrado también de puntillas y se afanaban por encontrar la llave del viejo arcón de roble en el manajo que Tom había traído del escritorio de su padre. Abrieron el arcón, situado a los pies de la cama del señor Tulliver, y apoyaron la tapa en el soporte de hierro sin hacer apenas ruido.

—Hay una caja de lata —susurró el señor Glegg—: es posible que guarde allí algo pequeño como un pagaré. Levántala, Tom; pero primero quitaré yo estas escrituras. Supongo que son las de la casa y el molino, y veremos qué hay debajo.

El señor Glegg había levantado los pergaminos y, afortunadamente, se había apartado ya un poco cuando el soporte cedió y la pesada tapa cayó con tal estruendo que resonó por toda la casa.

Tal vez aquel sonido, más allá de la fuerte vibración, poseía alguna característica especial que produjo un efecto instantáneo en el hombre postrado, el cual se liberó de la parálisis durante unos instantes. El arcón había pertenecido a su padre y al padre de su padre, y su apertura había constituido siempre una ceremonia solemne. Todos los objetos que conocemos desde hace tiempo, incluso el simple cierre de una ventana o un pestillo concreto, producen sonidos que son como una voz familiar, una voz que nos estremece y despierta cuando toca fibras muy profundas. En ese preciso momento, cuando todos los ojos de los presentes estaban vueltos hacia él, el señor Tulliver se incorporó con un respingo y, con expresión de reconocerlos perfectamente, miró el arcón, los pergaminos que estaban en las manos del señor Glegg y a Tom con la caja de hojalata.

—¿Qué van a hacer con esas escrituras? —preguntó con el tono que acostumbraba a emplear cuando estaba irritado—. Ven aquí, Tom. ¿Qué estás hurgando en mi arcón?

Tom obedeció, tembloroso: era la primera vez que su padre lo reconocía. Pero en

lugar de decirle algo más, éste siguió mirando, cada vez con más recelo, al señor Glegg y las escrituras.

—¿Qué está pasando aquí? —espetó—. ¿Para qué toca usted mis escrituras? ¿Wakem está quedándose con todo...? ¿Por qué no me cuentan lo que han estado haciendo? —añadió con impaciencia mientras el señor Glegg avanzaba hacia los pies de la cama antes de hablar.

—No, no, amigo Tulliver —dijo Glegg con tono tranquilizador—. Todavía nadie se queda con nada. Sólo hemos venido a ver lo que había en el arcón. Ha estado enfermo, ¿sabe?, y teníamos que encargarnos un poco de las cosas. Pero esperemos que pronto se encuentre lo bastante bien para ocuparse usted de todo.

El señor Tulliver miró a su alrededor con aire pensativo: a Tom, al señor Glegg y a Maggie; de repente, advirtiendo que había alguien junto a la cabecera, se volvió bruscamente y vio a su hermana.

—¡Ah, Gritty! —exclamó con el tono entre triste y cariñoso que acostumbraba a emplear con ella—: cómo es eso, ¿también estás aquí? ¿Y cómo te las has apañado pera dejar a los niños?

—¡Oh, mi querido hermano! —dijo la buena señora Moss, demasiado impulsiva para ser prudente—. Cuánto *m'* alegre de haber venido y de verte otra vez como siempre: pensaba que nunca más volverías a reconocernos.

—¡Cómo! ¿He tenido un ataque? —preguntó el señor Tulliver inquieto, mirando al señor Glegg.

—Se cayó del caballo y ha estado un poco pachucho, sólo es eso, me parece —dijo el señor Glegg—. Pero enseguida se encontrará bien, espero.

El señor Tulliver clavó los ojos en la ropa de la cama y permaneció en silencio durante dos o tres minutos. Su rostro volvió a ensombrecerse. Miró a Maggie y le preguntó con tono grave:

—Así pues, ¿tenéis la carta, mocita?

—Sí, padre —contestó y le dio un beso con todo el corazón. Se sentía como si su padre hubiera regresado de entre los muertos y ella pudiera cumplir ya el deseo de demostrarle lo mucho que lo había querido siempre.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó, tan preocupado que recibió el beso con la pasividad de un animal.

—Está abajo con las tías, padre: ¿quiere que vaya a buscarla?

—Sí, sí, pobre Bessy y cuando Maggie salió de la habitación, volvió los ojos hacia Tom.

—Si me muero, tendrás que ocuparte de las dos, Tom. Tendréis muchos apuros de dinero. Pero debes intentar pagarlo todo. Y acuérdate: invertí cincuenta libras de Luke en el negocio, me las dio hace tiempo y no tiene ningún papel que lo demuestre: debéis pagarle a él en primer lugar.

El tío Glegg meneó la cabeza involuntariamente con aire más inquieto que nunca, pero Tom dijo con firmeza:

—Sí, padre. ¿Y no tiene usted el pagaré por trescientas libras de mi tío Moss? Habíamos venido a buscarlo. ¿Qué quiere que haga con él?

—Ah, *m'alegro* de que pensaras en eso, muchacho —dijo el señor Tulliver— Siempre he tenido intención de ser indulgente con ese dinero, por tu tía. No debe importaros perderlo si no pueden pagar y lo más seguro es que no puedan. ¡Cuidado, el pagaré está en esa caja! Siempre he querido portarme bien contigo, Gritty, aunque ya sabes que me sacaste de quicio cuando *t'empañaste* en casarte con Moss.

En ese momento, Maggie regresó con su madre, que entró muy alterada por la noticia de que su esposo volvía a ser el de siempre.

—Bien, Bessy —dijo él mientras ella le daba un beso—: tendrás que perdonarme si tu situación económica es peor de lo que habías imaginado nunca. Pero la culpa es de la ley, no mía —añadió enfadado—. ¡Es culpa *d'esos* bribones! Tom, atiende bien: si tienes la oportunidad, castiga a Wakem por lo que ha hecho. Si no lo haces, es que no vales para nada como hijo. Podrías darle con el látigo, pero haría que te castigara la ley: la ley está hecha para defender a los bribones.

El señor Tulliver se estaba excitando y acalorando de modo alarmante. El señor Glegg deseaba decir algo tranquilizador, pero se lo impidió Tulliver, que hablaba de nuevo a su esposa.

—Ellos harán un gran esfuerzo para pagarlo todo, Bessy —dijo—, y para que te quedes con tus cosas, y tus hermanas te ayudarán... y Tom crece... aunque no sé lo que será de él... yo he hecho todo lo que he podido... le he dado una educación... y la mocita se casará... Pero las cosas están muy mal...

El efecto sanador de la fuerte vibración se agotó y con estas últimas palabras el pobre hombre volvió a caer en un estado de inconsciencia y rigidez. Aunque no dejaba de ser una repetición de lo sucedido antes, impresionó a los presentes como si se tratara de la muerte, no sólo por contraste con el estado anterior, sino también porque sus palabras habían aludido a la posibilidad de que su fallecimiento estuviera cerca. Pero para el pobre Tulliver la muerte no sería un salto, sino un largo descenso hacia sombras cada vez más densas.

Enviaron a buscar al doctor Turnbull; cuando éste oyó lo que había sucedido dijo que una recuperación total, aunque fuera solo momentánea, era indicio esperanzador de que no existía una lesión permanente que le impidiera curarse del todo.

Entre las cuestiones pendientes que el enfermo había mencionado no se encontraba el documento de venta: el breve destello de memoria sólo había iluminado las ideas más destacadas, y volvió a caer en la desmemoria sin recordar parte de la humillación sufrida.

Sin embargo, Tom tenía dos cosas bien claras: había que destruir el pagaré del tío

Moss y tenía que devolver el dinero de Luke, aunque fuera recurriendo al que él y Maggie guardaban en la caja de ahorros. Como bien puedes ver, lector, en algunas cuestiones Tom era mucho más rápido que cuando se trataba de las sutilezas de la construcción clásica o las relaciones de una demostración matemática.

Capítulo V

Tom da el primer paso

Al día siguiente a las diez, Tom estaba ya de camino hacia Saint Ogg's para ver al tío Deane, que debía llegar a casa la noche anterior, según había dicho su tía; y Tom había decidido que el tío Deane era la persona adecuada para pedir consejo a fin de conseguir un trabajo. Participaba en negocios importantes, no tenía la estrechez de miras del tío Glegg y había progresado socialmente de una manera acorde con las ambiciones de Tom.

Era una mañana oscura, gélida y neblinosa que, probablemente, terminaría en lluvia: una de esas mañanas en las que incluso las personas felices se refugian en sus esperanzas. Y Tom se sentía muy desgraciado: percibía con la nitidez propia de un carácter orgulloso la humillación y las futuras dificultades que le depararía la suerte; y junto a la firme fidelidad hacia su padre se mezclaba una indignación incontenible contra él, lo que daba a la desgracia el matiz insoportable del error. Puesto que eso era lo que sucedía cuando se recurría a los tribunales, su padre tenía toda la culpa, tal como siempre habían dicho los tíos; un dato muy revelador sobre el carácter de Tom era el hecho de que aunque pensaba que sus tías deberían hacer algo más por su madre, no sentía nada similar al violento rencor de Maggie contra ellas por no mostrarse más tiernas o más generosas. En Tom no había ningún impulso que lo llevara a esperar lo que no le parecía un derecho que pudiera exigir. ¿Por qué iba la gente a dar dinero a manos llenas a quienes no sabían cuidar del suyo? Le parecía justa cierta severidad, especialmente porque confiaba en que nunca se le aplicara a él. Le resultaba muy duro verse en una situación tan desfavorable por la falta de prudencia de su padre, pero no pensaba quejarse ni buscar defectos a los demás porque no le facilitarían las cosas. No pediría más ayuda que un trabajo y un sueldo a cambio. El pobre Tom no carecía de esperanzas en las que refugiarse de la húmeda y gélida prisión de la niebla de diciembre que parecía formar parte de sus problemas familiares. A los dieciséis años, ni siquiera el pensamiento más apegado a la realidad puede escapar a la ilusión y a la vanidad y Tom, mientras bosquejaba su futuro no tenía más guía que una valiente confianza en sí mismo. Sabía que tanto el señor Glegg como el señor Deane habían sido muy pobres: Tom no quería ahorrar dinero lentamente y retirarse con una fortuna moderada como el tío Glegg, sino que deseaba ser como el tío Deane: conseguir un puesto en una gran empresa y ascender rápidamente. Apenas había visto al tío Deane durante los últimos tres años, puesto que las dos familias habían ido distanciándose pero, por ese mismo motivo, Tom confiaba en que sirviera para algo recurrir a él. Estaba seguro de que el tío Glegg

nunca respaldaría un proyecto osado, pero tenía cierta idea de la magnitud de los recursos de que disponía el tío Deane. Tiempo atrás, oyó una vez decir a su padre que Deane se había convertido dentro de Guest & Co. en alguien tan importante como para que le ofrecieran participar en el negocio: y Tom había decidido que él haría lo mismo. Le resultaba intolerable ser pobre y que lo miraran por encima del hombro toda la vida. Se ocuparía de su madre y de su hermana, y conseguiría que todo el mundo dijera que era un hombre de gran carácter. Saltaba así sobre los años y, empujado por una decisión tan firme como sus deseos, olvidaba que estarían hechos de lentísimos días, horas y minutos.

Cuando ya había cruzado el puente de piedra sobre el Floss y estaba entrando en Saint Ogg's, pensaba en que, cuando fuera lo bastante rico, compraría de nuevo el molino y las tierras de su padre, mejoraría la casa y viviría allí: la preferiría a otra más elegante y más nueva, y allí podría tener tantos caballos y perros como deseara.

Mientras caminaba por la calle con un paso rápido y firme, perdido en estas ensoñaciones, se cruzó con un vecino y éste lo sobresaltó con una voz tosca y familiar:

—¡Caramba, señorito Tom! ¿Cómo está su padre esta mañana? —era un tabernero de Saint Ogg's, uno de los clientes de su padre.

Aunque le molestó que lo interrumpiera en aquel momento, contestó cortésmente:

—Está muy enfermo, gracias.

—Ah, qué mala suerte han tenido, joven, al perder el pleito —dijo el tabernero, con aliento a cerveza y la confusa idea de ser amable.

Tom se sonrojó y siguió adelante: incluso la referencia más cortés y delicada a su situación le habría causado el mismo dolor que si le apretaran en un cardenal.

—Éste es el hijo de Tulliver —comunicó el tabernero al tendero que se encontraba ante una puerta cercana.

—Ah, ya decía yo que lo reconocía. Se parece a la familia de su madre: era una Dodson. Es un chico serio, ¿qué le han enseñado?

—A mirar por encima del hombro a los clientes de su padre y a ser un caballero: creo que poco más.

La conciencia del presente despertó a Tom de los sueños sobre el futuro y aceleró el paso para alcanzar las oficinas de Guest & Co., donde confiaba en encontrar al tío Deane. Pero le dijo un empleado, con cierto desprecio por su ignorancia, que aquella mañana le tocaba estar en el banco: los jueves por la mañana el señor Deane no se encontraba en River Street.

En el banco, tras anunciar su nombre, permitieron a Tom entrar en el despacho privado donde se encontraba su tío. El señor Deane estaba revisando cuentas, pero en cuanto entró Tom levantó la vista.

—Buenos días, Tom —dijo, tendiéndole la mano—. ¿Alguna novedad por tu

casa? ¿Cómo está tu padre?

—Igual, gracias, tío —contestó Tom, nervioso—. Quisiera hablar con usted en cuanto tenga tiempo.

—Siéntate, siéntate —dijo el señor Deane, volviendo a sus cuentas, en las que él y un empleado permanecieron tan absortos durante la siguiente media hora que Tom empezó a preguntarse si tendría que seguir allí sentado hasta que cerrara el banco, ya que el monótono trabajo de los acicalados y prósperos hombres de negocios no parecía mostrar ninguna tendencia a concluir. ¿Querría su tío darle un puesto en el banco? Sería un trabajo tedioso y aburrido, pensó, estar allí siempre escribiendo, siguiendo el tictac del reloj. Prefería otros caminos para hacerse rico. Finalmente se produjo un cambio: su tío cogió una pluma y escribió algo con una rúbrica al final.

—Señor Spence, si le parece bien, vaya ahora a ver a Torry —dijo el señor Deane, y, de repente, a Tom le pareció que el sonido del reloj era menos lento y pausado.

—Bien, Tom —dijo el señor Deane en cuanto estuvieron solos, acomodando el corpachón en la butaca y sacando la caja de rapé—. ¿Qué pasa? El señor Deane, que había oído contar a su esposa lo sucedido el día anterior, pensaba que Tom acudía para rogarle que buscara algún modo de evitar la venta.

—Le ruego que me excuse por molestarlo, tío —dijo Tom sonrojándose, con voz que, aunque algo temblorosa, reflejaba cierta orgullosa independencia—, pero me parece que es usted la persona más adecuada para aconsejarme qué debo hacer.

—¿Sí? —preguntó el señor Deane, deteniendo la pulgarada de rapé y mirando a Tom con nueva atención—. Dime.

—Desearía conseguir un empleo para ganar un poco de dinero —dijo Tom, que no era partidario de los circunloquios.

—¿Un empleo? —preguntó el señor Deane; se acercó entonces la pulgarada de rapé a la nariz y la repartió con meticulosa justicia en cada orificio. Tom pensó que la costumbre de tomar rapé era la más irritante que conocía.

—Veamos, ¿qué edad tienes? —preguntó el señor Deane mientras se recostaba de nuevo en la butaca.

—Dieciséis, estoy a punto de cumplir los diecisiete —dijo Tom con la esperanza de que su tío advirtiera cuánta barba tenía.

—Veamos... Tu padre tenía intención de que fueras ingeniero, ¿no es eso?

—Pero creo que con ese oficio tardaría en ganar dinero, ¿no?

—Es cierto: pero no es fácil ganar mucho dinero con nada, muchacho, cuando se tiene sólo dieciséis años. Aunque has estudiado muchos años: supongo que sabes mucho de cuentas, ¿no? ¿Sabes teneduría?

—No —contestó Tom, con cierto titubeo—. Estudiaba fracciones. Pero el señor Stelling dice que tengo buena letra, tío. Esta es mi letra —añadió Tom, poniendo

sobre la mesa una copia de la lista que había hecho la víspera.

—Ah, muy bien, muy bien. Pero mira, el mejor calígrafo del mundo si no es buen tenedor de libros no llega a más que a amanuense. Y un copista es barato. Pero, entonces, ¿qué has aprendido en tus estudios?

El señor Deane no se había interesado nunca por los métodos de educación y no tenía una idea exacta de lo que sucedía en los colegios caros.

—Aprendíamos latín, mucho latín —dijo Tom y, con una pequeña pausa entre cada materia, como si estuviera repasando los libros de su escritorio Para ayudarse a recordar, añadió—: y el último año escribí composiciones, una semana en latín y la otra en inglés; y estudié historia de Grecia y de Roma; y Euclides; y empecé álgebra, pero lo dejé; y cada semana teníamos un día de aritmética. También me daban lecciones de dibujo, y también estudiábamos o leíamos varios libros de poesía inglesa, *Horae Paulinae* y la *Retórica* de Blair, durante el último semestre.

El señor Deane tamborileó sobre la caja de rapé y frunció los labios: se sentía como muchas personas estimables que, tras leer la lista de nuevos aranceles se sorprendían al ver cuántos bienes se importaban sin que supieran nada de ello: como precavido hombre de negocios, no pensaba hablar imprudentemente de una materia prima de la que no tenía experiencia alguna. Pero suponía que si aquello fuera bueno, un hombre de tanto éxito como él no lo ignoraría. En cuanto al latín, su opinión personal era que, en caso de otra guerra, puesto que la gente ya no se empolvaba el cabello, estaría bien poner un impuesto sobre el latín como lujo propio de las clases altas y totalmente ajeno al mundo de las navieras. Aunque, por lo que sabía, lo de las *Horae Paulinae* podría ser algo menos neutral. En conjunto, esta lista de conocimientos le provocaba cierto rechazo hacia el pobre Tom.

—Bien —dijo finalmente, con un tono frío y algo sardónico—: has dedicado tres años a estas cosas, debes de saber mucho. ¿No crees que sería mejor que buscaras algo relacionado con ellas?

Tom se sonrojó y exclamó con nueva energía.

—Preferiría que el trabajo no estuviera relacionado con eso, tío. No me gustan el latín ni esas cosas. No sé para qué me servirán, como no sea para hacer de profesor ayudante en un colegio y, ni siquiera las conozco lo bastante bien para ello: además, antes preferiría ser chico de los recados, no me gusta convertirme en esa clase de persona. Me gustaría entrar en un negocio en el que pudiera progresar, un trabajo de hombres en el que tuviera que cuidar cosas y labrarme una reputación. Y desearía cuidar de mi madre y de mi hermana.

—Ah, jovencito —dijo el señor Deane, con esa tendencia a reprimir las esperanzas de los jóvenes que los prósperos y robustos hombres de negocios de cincuenta años consideran uno de sus más simples deberes—, es más fácil decirlo que hacerlo.

—Pero tío, ¿no fue así como usted empezó? —preguntó Tom, un poco irritado porque el señor Deane tardara tanto en respaldar su punto de vista—. ¿No fue ascendiendo por su capacidad y buen comportamiento?

—Sí, sí, caballero —dijo el señor Deane arrellanándose en la butaca y apresurándose a recordar su trayectoria—; pero te diré cómo lo hice: no me monté a horcajadas en un palo, esperando que se convirtiera en un caballo si esperaba lo suficiente. Mantenía los oídos y los ojos bien alerta, no me importaba *eslomarme* y convertía el interés de mi patrono en el mío. Caramba, si sólo vigilando lo que sucedía en el molino vi cómo se despilfarraban quinientas libras al año tontamente. No tuve más estudios que los que dan las instituciones benéficas, pero pronto me di cuenta de que no podría avanzar mucho sin saber teneduría y aprendí en las horas libres que me dejaba el trabajo, tras descargar barcos. Mira esto —el señor Deane abrió un libro y señaló la página—: tengo buena letra y estoy a la altura de cualquiera en todo tipo de cálculos mentales, y todo esto lo he conseguido trabajando mucho y pagándolo con mi sueldo, muchas veces quitándolo de la comida y de la cena. Y me fijaba en todas las cosas relacionadas con el negocio y luego les daba vueltas. Caramba, no soy mecánico y nunca he pretendido serlo, pero se *m*'han ocurrido un par de cosas que a ellos ni les han pasado por la cabeza, y eso ha supuesto una importante diferencia en nuestros beneficios. Y no hay artículo que se cargue o descargue en nuestro muelle que yo no conozca. Si he ido ascendiendo es porque me he preparado. Si quieres meterte en un agujero redondo, debes convertirte en una pelota: así son las cosas.

El señor Deane tamborileó sobre la caja otra vez. Se había dejado arrastrar por el entusiasmo que suscitaba en él ese tema y se le había olvidado por completo el efecto que podría causar en su interlocutor. No era la primera vez que contaba esa historia y en esta ocasión no había advertido que no tenía ante sí una copa de oporto.

—Bien, tío —dijo Tom con ligero tono de queja—: eso es lo que me gustaría hacer, ¿no puedo progresar del mismo modo?

—¿Del mismo modo? —preguntó el señor Deane, examinando a Tom con calma—. Hay que tener en cuenta varias cosas, caballero. Depende del tipo de artículo con que empieces y de si *t*'han encarrilado por la vía adecuada. Pero yo ya te diré cuál es. Tu padre se equivocó al darte educación. No era asunto mío y no me metí, pero ha sucedido lo que yo pensaba: lo que has aprendido está muy bien para un joven como Stephen Guest, que no hará otra cosa en su vida que firmar cheques y puede tener la cabeza rellena de latín o de cualquier otra cosa.

—Pero tío —insistió Tom—, no veo por qué el latín iba a impedirme entrar en los negocios: pronto se me olvidará todo, no supone ninguna diferencia. Tenía que estudiar las lecciones, pero siempre pensé que no me servirían para nada, no me interesaban nada.

—Sí, sí, muy bien —prosiguió el señor Deane—, pero eso no cambia lo que iba a decir. Quizá te sacudas pronto el latín y esas historias, pero te quedarás como un palo pelero. Además, *t'ha* dejado las manos blancas y *t'ha* quitado la costumbre de trabajar duro. ¿Y qué es lo que sabes? Vaya, si no sabes nada de contabilidad y sabes menos de cálculo que cualquier tendero. Permite que te diga que tendrás que empezar por el escalón más bajo si quieres progresar en esta vida. No sirve de nada olvidar la educación por la que tanto ha pagado tu padre si no te buscas una nueva.

Tom se mordió los labios con fuerza; sentía que las lágrimas pugnaban por salir pero prefería morir a dejarlas asomar.

—Quieres que te ayude a conseguir un empleo —prosiguió el señor Deane—; bien, no tengo nada que *ojetar*. deseo hacer algo por ti. Pero vosotros los jóvenes creéis que vais a empezar viviendo bien y con un trabajo fácil: no pensáis en que, antes de ir a caballo, uno va a pie. Debes recordar lo que eres: un muchacho de dieciséis años sin ninguna formación para trabajar. Hay montones como tú, como si fueran guijarros que no encajan en ningún lado. Bien, podrías hacer de aprendiz de alguna profesión: boticario, por ejemplo. Quizá en eso ayudara lo del latín...

Tom iba a hablar, pero el señor Deane levantó la mano.

—¡Espera! Escucha lo que tengo que decirte. No quieres ser aprendiz, ya lo sé, ya lo sé: quieres ir más aprisa y, además, no quieres estar detrás de un mostrador. Pero si eres amanuense, estarás detrás de un escritorio y te pasarás todo el día mirando la tinta y el papel: eso no tiene mucho futuro y terminarás el año tan sabio como lo empezaste. El mundo no está hecho de pluma, tinta y papel, y si vas a lanzarte al mundo, joven, deberás saber de qué está hecho. Creo que lo que más oportunidades te ofrecerá será conseguir un empleo en un muelle o un almacén, donde aprenderás cómo son las cosas: pero seguro que eso no te gusta: tendrás que aguantar el frío y la humedad y tratar con gentes toscas. Eres un caballero demasiado refinan para eso.

El señor Deane hizo una pausa y miró a Tom fijamente, el cual contestó tras cierta lucha interior:

—Señor, preferiría hacer lo que, a la larga, sea más provechoso: aceptaré todo lo que sea desagradable.

—Eso está bien, si eres capaz de llevarlo a la práctica. Pero debes recordar que no sólo se trata de sujetar la cuerda, sino de tirar de ella. Ése es el error que cometéis los muchachos que no tenéis nada en el cerebro ni en el bolsillo: creéis que es mejor empezar en un lugar donde puedas conservar limpia la chaqueta y que las mozas de las tiendas os tomen por caballeros. No fue así como yo empecé, jovencito: cuando tenía dieciséis años, la chaqueta *m'olía* a alquitrán y no *m'asustaba* cargar quesos. Por eso ahora puedo ir vestido con buen paño y compartir mesa con los propietarios de las mejores empresas de Saint Ogg's.

El tío Deane tabaleó con los dedos sobre la caja de rapé, se recostó en la butaca y

pareció ensancharse un poco bajo el chaleco y la leontina.

—Tío, ¿conoce usted algún empleo vacante para el que sirva? Desearía ponerme a trabajar de inmediato —dijo Tom con un ligero temblor en la voz.

—Para el carro, para el carro: no debemos tener tanta prisa. Debemos tener en cuenta que si te coloco en un sitio para el que seas un poco joven, por la simple circunstancia de ser mi sobrino, seré responsable de ti. Y no hay otro argumento a tu favor que el hecho de que seas mi sobrino, porque todavía está por ver si sirves para algo.

—Espero no dejarlo en mal lugar, tío —contestó Tom, ofendido como cualquier muchacho cuando los adultos declaran la desagradable verdad de que no tienen motivos para confiar en ellos—. También quiero cuidar de mi prestigio.

—¡Bien dicho, Tom! ¡Bien dicho! Esa es la actitud adecuada, y nunca me niego a ayudar a alguien dispuesto a esforzarse. Conozco a un hombre de veintidós años: *m'*he fijado en él y haré por él todo lo que pueda, ya que vale mucho. Pero fíjate en cómo ha aprovechado el tiempo: calcula como el mejor, ya que puede calcular en cuestión de segundos el volumen de cualquier mercancía, y el otro día me mostró un nuevo mercado para las cortezas de madera sueca; y es gran experto en productos manufacturados.

—Tal vez fuera mejor que empezara por la teneduría, ¿no cree, tío? —preguntó Tom, ansioso por demostrar su disposición a esforzarse.

—Sí, sí, eso siempre es un acierto. Pero... Ah, Spence, aquí está usted de nuevo. Bien, Tom, me parece que por ahora no tenemos nada más que decir y tengo que volver a mi trabajo. Adiós. Saluda a tu madre de mi parte.

El señor Deane le tendió la mano en un amistoso gesto de despedida y Tom no se atrevió a hacerle otra pregunta, especialmente delante del señor Spence. De modo que salió de nuevo al aire húmedo y frío. Fue a ver al tío Glegg para tratar la cuestión del dinero de la caja de ahorros y cuando se puso en marcha otra vez, la niebla se había hecho tan densa que apenas veía lo que tenía delante. Mientras caminaba de nuevo por River Street, se sobresaltó al ver, a dos yardas del escaparate de una tienda, las palabras «Molino de Dorlcot» escritas en grandes letras en un anuncio que parecía colocado con el propósito de que le saltara a la vista. Era el catálogo de la venta que debía tener lugar la semana siguiente, motivo suficiente para que se apresurara a salir del pueblo.

El pobre Tom se encaminó a su casa sin perderse en ensoñaciones sobre el futuro lejano, aplastado por el peso del presente. Le parecía que el tío Deane era injusto al no confiar en él, al no advertir que se desenvolvería bien, cosa de la que el propio Tom estaba tan seguro como de la luz del día. Por lo que parecía, él, Tom Tulliver, estaba destinado a ocupar un lugar muy poco relevante en el mundo y, por primera vez, se sintió abatido al comprender que en realidad era muy ignorante y bien poco

podía hacer. ¿Quién sería el envidiable joven que podía calcular el volumen de las cosas en segundos y proponer nuevas ideas sobre las cortezas suecas? ¡Cortezas de Suecia! Tom se había sentido siempre muy satisfecho de sí mismo a pesar de su fracaso en algunas demostraciones y su traducción de *nunc illas promite vires* como «ahora promete a esos hombre».: pero en aquel momento se sentía, de repente, en situación de desventaja, porque sabía menos que los demás. Debía de haber todo un mundo relacionado con la corteza sueca y, si él lo conociera, podría haberle servido para empezar. Habría sido mucho más fácil destacar con un brioso corcel y una silla nueva.

Dos horas antes, cuando Tom caminaba hacia Saint Ogg's, veía ante sí un futuro lejano, como si fuera una tentadora playa tras una franja de guijarros silíceos: entonces se encontraba todavía sobre la hierba y creía que no tardaría en cruzar la zona de piedras. Pero ahora estaba ya en los cantos afilados, que ocupaban una extensión cada vez más ancha, y la playa de arena se había reducido mucho.

—¿Qué ha dicho el tío Deane, Tom? —preguntó Maggie, rodeando a Tom, con el brazo mientras éste se calentaba abatido junto al fuego de la cocina—. ¿Ha dicho que te daría un empleo?

—No, no lo ha dicho. No me ha prometido nada: parecía creer que no podía lograr nada bueno porque soy demasiado joven.

—Pero ¿ha sido amable?

—¿Amable? ¡Bah! ¿De qué sirve hablar de eso? Me da igual que sea amable o no si consiguiera un trabajo. Pero es un fastidio haber estado tanto tiempo estudiando latín y otras cosas que no me han servido para nada, y ahora el tío dice que tengo que ponerme a estudiar teneduría, cálculo y otras cosas. Parece pensar que no sirvo para nada.

Mientras contemplaba el fuego, la boca de Tom se contrajo en una expresión amarga.

—Oh, qué pena que no hayamos estudiado con dómine Sampson —dijo Maggie, mezclando cierta alegría con su pena—. Si me hubiera enseñado contabilidad por partida doble según el método italiano, como enseñó a Lucy Bertram^[22], podría enseñarte, Tom.

—¡Enseñar, tú! Sí, supongo que sí. Siempre te las das de maestra —dijo Tom.

—¡Tom!, si sólo es una broma —exclamó Maggie, apoyando la mejilla contra la manga de la chaqueta de Tom.

—Pero siempre es igual, Maggie —protestó Tom con el ceño ligeramente fruncido, como hacía siempre que se proponía ser razonablemente severo—. Siempre estás poniéndote por encima de mí y de los demás. He pensado muchas veces en decírtelo. No tenías que hablar a los tíos como lo hiciste, debes dejar que yo me ocupe de vosotras y no meterte en nada. Te crees más lista que nadie, pero casi

siempre estás equivocada. Soy capaz de juzgar mucho mejor que tú.

¡Pobre Tom! Acababan de sermonearle y de hacerle sentir inferior: la reacción de su carácter fuerte y egocéntrico debía canalizarse de un modo u otro, y con Maggie podía mostrarse justificadamente dominante. Maggie se sonrojó y le temblaron los labios en una mezcla de rencor y afecto, sumada al temor y la admiración que suscitaba en ella un carácter más firme y fuerte que el suyo. No contestó enseguida; le brotaban palabras de enfado, pero las contuvo.

—Muchas veces crees que soy engreída, Tom, pero no es esa mi intención en absoluto —dijo finalmente—. No quiero destacar más que tú y sé que ayer te portaste mejor que yo. Pero eres siempre muy severo conmigo, Tom.

Con estas últimas palabras, regresó el enfado.

—No, no soy severo —afirmó Tom con decisión—. Siempre soy amable contigo y así pienso seguir: siempre me ocuparé de ti, pero debes hacer caso de lo que te diga.

En aquel momento entró su madre y Maggie se apresuró a marcharse, ya que sentía que iba a llorar y no quería que eso sucediera hasta encontrarse a salvo en el piso de arriba. Eran lágrimas amargas: todo el mundo parecía muy severo y muy duro con ella: nadie mostraba indulgencia ni cariño, a diferencia de cómo serían las cosas en el mundo imaginario que se construía. En los libros salían personas que eran siempre amables o cariñosas, disfrutaban haciendo cosas para conseguir que los demás fueran felices y no mostraban su interés encontrando defectos. Maggie pensaba que fuera de los libros, el mundo no era un lugar feliz: parecía ser un mundo en el que la gente se portaba mejor con quienes no simulaba amar y no eran nada suyo. Y si en la vida no había amor, ¿qué le quedaba a Maggie? Sólo la pobreza y la compañía de las mezquinas penas de su madre; quizá también la desgarradora dependencia infantil de su padre. No hay desesperanza más triste que la de la primera juventud, cuando el alma está llena de anhelos, carece de grandes recuerdos y la vida no se prolonga en la de los demás; y, sin embargo, los observadores no tenemos muy en cuenta esta desesperación prematura, como si nuestra visión del futuro iluminara el ciego presente del que sufre.

Maggie, con su vestido marrón, los ojos enrojecidos y el abundante cabello echado hacia atrás, contemplaba desde la cama donde yacía su padre las apagadas paredes de la triste habitación que era ahora el centro de su mundo: era una criatura llena de anhelos impacientes y apasionados por todo lo amable y hermoso, sedienta de todo tipo de conocimientos, ansiosa por oír una música que se extinguía antes de llegar hasta ella, con un deseo ciego e inconsciente de que algo uniera las impresiones maravillosas de esta vida misteriosa y diera a su alma un hogar.

No es de extrañar que, cuando se produce un contraste entre el exterior y el interior tengan lugar dolorosas colisiones. Una muchacha de aspecto anodino que nunca será una Safo, una madame Roland ni un personaje destacado puede, a pesar

de ello, albergar en su interior una fuerza similar a la de una semilla que, tarde o temprano, e incluso de modo violento, se abre paso.

Capítulo VI

Encaminado a refutar los prejuicios populares sobre el obsequio de una navaja

La venta de los enseres domésticos tuvo lugar en los oscuros días de diciembre y duró hasta la tarde del segundo día. El señor Tulliver, que en los momentos de lucidez había empezado a manifestar una irritabilidad que con frecuencia parecía tener como consecuencia directa la reaparición de la rigidez espasmódica y la pérdida de conciencia, yació como un muerto viviente durante las horas críticas, cuando más cerca estuvo de su alcoba el ruido de la venta. El doctor Turnbull había decidido que supondría menor riesgo dejarlo donde estaba que trasladarlo a la casita de Luke, tal como el bondadoso empleado había propuesto a la señora Tulliver, pensando que sería mala cosa que el señor «se despertara» al oír la subasta; y la esposa y los niños permanecieron encerrados en el silencioso dormitorio, contemplando temblorosos la larga figura acostada en la cama, no fuera el rostro inexpresivo a dar señales de respuesta a los sonidos que les llegaban con una repetición obstinada y dolorosa.

Pero por fin terminaron aquellos momentos de pertinaz incertidumbre e inquietud agotadora. Cesó el sonido agudo de una voz casi tan metálica como el martillazo que la seguía; se extinguió el rumor de los pasos en la gravilla. El rubio rostro de la señora Tulliver parecía haber envejecido diez años durante las últimas treinta horas: la pobre mujer había estado concentrada intentando adivinar qué martillazo ponía fin a la subasta de cada uno de sus objetos favoritos, y el corazón le palpitaba al pensar que uno tras otro sería identificado como suyo públicamente en *The Golden Lion*; y durante todo aquel tiempo la mujer tuvo que permanecer sentada sin dar muestra alguna de la agitación que sentía. Esa tensión produce arrugas en los rostros más perfectos e incrementa el número de mechones blancos en los cabellos que en otros tiempos parecieron bañados en rayos de sol. A las tres, Kezia, la doncella de mal carácter y buen corazón que había mirado a las personas que habían acudido a la venta como si fueran enemigos personales y como si la suciedad que traían en los pies fuera especialmente perversa, empezó a trotar y a lavar con energía sin dejar de murmurar contra «esos que iba a comprar las cosas de los demás» y no les importaba arañar la superficie de las mesas de caoba de otras personas mejores que ellos. No lo limpió todo, porque la gente que todavía tenía que recoger sus compras volvería a ensuciar, pero sí arregló el salón donde había permanecido sentado ese «cerdo con pip» del alguacil para darle el aspecto más acogedor posible mediante un poco de limpieza y los escasos artículos comprados para la familia. Kezia estaba decidida a que la señora y los niños tomaran allí el té por la tarde.

Entre las cinco y las seis, hacia la hora habitual del té, subió las escaleras y anunció que el señorito Tom tenía visita. La persona que quería hablar con él se encontraba en la cocina y, en el primer momento, a la luz del fuego irregular y el de la vela, Tom no reconoció en absoluto la silueta ancha e inquieta de un muchacho tal vez un par de años mayor que él que lo miraba con unos ojos azules en un rostro redondo y pecoso, mientras tironeaba de unos mechones rojos con intenso aire de respeto. Un sombrero de hule y copa pequeña y una fina capa de brillante suciedad sobre el resto de su atuendo, como la de una tablilla para escribir, sugería una profesión relacionada con los barcos, pero eso no le refrescó la memoria a Tom.

—*Pa servirle, señor Tulliver* —dijo el de los mechones rojizos con una sonrisa que pareció abrirse paso en un rostro voluntariamente apenado—. Me supongo que no me recuerda —prosiguió mientras Tom lo miraba con aire interrogante—, pero me gustaría hablar un poco con *usté*.

—Hay fuego en el salón, señorito —anunció Kezia, que se resistía a dejar la cocina en el delicado momento de tostar el pan.

—Entonces, pasa por aquí —dijo Tom, preguntándose si aquel joven trabajaría en el muelle de Guest & Co., ya que no dejaba de pensar en ello y en que en cualquier momento el tío Deane podía enviarle recado de que había un empleo.

El fuego brillante del salón era la única luz que iluminaba las sillas, el escritorio, el suelo sin alfombra y la única mesa —no, no era la única: quedaba otra en un rincón, con una gran Biblia y algunos libros encima—. Lo primero que advirtió Tom fue aquella extraña desnudez, antes de acordarse de mirar de nuevo el rostro que también estaba iluminado por el fuego y que lo observaba de soslayo, con un aire entre tímido e interrogante.

—¡Cómo! —preguntó una voz totalmente desconocida—. ¿No recuerda *usté* a Bob, al que regaló una navaja, señor?

Sacó en ese mismo instante la gastada navaja y abrió la enorme hoja a modo de demostración irresistible.

—¡Vaya! ¿Eres Bob Jakin? —preguntó Tom, no del todo cordial, porque se avergonzaba un poco de aquella antigua intimidad, simbolizada por la navaja, y no estaba muy seguro de que los motivos de Bob para recordarla fueran totalmente irreprochables.

—Ajajá, Bob Jakin: tengo que decir el apellido, porque hay muchos Bobs. El que iba tras las ardillas con *usté* el día en que me caí de una rama y me di un golpe en la espinilla, pero conseguí la ardilla y una buena cicatriz. Y la hoja se rompió, ya ve, pero no quise que pusieran otra porque podrían engañarme y darme otra navaja, porque no hay una hoja igual en *to* el país, está acostumbrada a mi mano. Nunca nadie me ha *dao na*, sólo he tenido lo que he podido coger, sólo *usté*, señor Tom; bueno, Bill Fawks me dio el cachorro de terrier en lugar de ahogarlo, pero tuve que

darle mucho al *pico pa* convencerlo.

Bob dijo todo esto con locuacidad y voz aguda, a una velocidad sorprendente; al terminar, se frotó con afecto la hoja contra la manga.

—Bien, Bob —dijo Tom con ligero aire de suficiencia: los recuerdos mencionados lo habían inclinado a mostrarse adecuadamente amable, aunque de su trato con Bob lo que mejor recordaba era la pelea que los había separado definitivamente—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Oh, no es eso, señor Tom —contestó Bob, cerrando la navaja con un chasquido y devolviéndola al bolsillo, donde parecía hurgar buscando otra cosa—. No habría venido a pedirle *na* ahora que, según dice la gente, está en apuros el amo al que le espantaba los pájaros, que *m'azotaba* un poco, medio en broma, cuando me pillaba comiéndome un nabo, pero dicen que ya no se levantará más. No se *m'ocurriría* venir a pedirle otra navaja porque una vez me dio una. Si uno me pone un ojo morado, ya me basta: no le pediré más antes de que yo le sirva: de *tos* modos, un buen gesto vale más que uno malo. No volveré a ser pequeño, señor Tom. Y usted era mi amigo favorito cuando era pequeño, aunque *m'azotó* y no quiso verme más. Por ejemplo, ahí está Dick Brumby: podía darle tanto como quisiera, pero uno se aburre de pegar a un chaval incapaz de ver adónde debe tirar. He visto críos capaces de quedarse mirando una rama hasta que se les salen los ojos antes de distinguir la cola de un pájaro de una hoja. Es una pérdida de tiempo ir con esos; pero *usté* era bueno *pa* tirar, señor Tom, y se podía confiar en que daría con el palo en el momento adecuado a una rata, a un armiño o cualquier otro animal cuando yo batía los arbustos.

Bob había sacado una sucia bolsa de lona y tal vez no se habría callado si Maggie no hubiera entrado entonces en la habitación y le hubiera lanzado una mirada de sorpresa y curiosidad, ante lo cual él se pasó la mano por los rojizos mechones con el debido respeto. No obstante, el cambio que había sufrido la habitación cayó al instante sobre Maggie con una fuerza tal que le hizo olvidar la presencia de Bob. Los ojos de Maggie pasaron de Bob al lugar donde antes colgaban unos estantes con libros; no quedaba más que un rectángulo más oscuro en la pared y, debajo, la mesita con la Biblia y unos pocos libros.

—Oh, Tom —exclamó, juntando las manos—: ¿Dónde están los libros? Creí que el tío Glegg los iba a comprar. ¿No los ha comprado? ¿Ha comprado solamente los que quedan?

—Supongo que sí —dijo Tom, con una especie de indiferencia desesperada—. ¿Por qué iban a comprar muchos libros si han comprado tan pocos muebles?

—Pero Tom —dijo Maggie, con los ojos llenos de lágrimas mientras corría hacia la mesa para ver qué libros habían rescatado—. Nuestro querido *Viaje del peregrino*, ese que tú coloreaste con tus pinturas, y el dibujo del peregrino cubierto con un manto que parecía una tortuga... —Maggie prosiguió, casi sollozando mientras

examinaba los escasos libros—: pensaba que jamás en la vida nos desprenderíamos de ellos... Estamos perdiéndolo todo... Cuando muramos no tendremos con nosotros ningún objeto de cuando nacimos.

Maggie se alejó de la mesa y se dejó caer en una silla mientras unas gruesas lágrimas se preparaban para caerle por las mejillas, olvidando la presencia de Bob, que la observaba con la mirada propia de un animal inteligente y mudo, con mayor percepción que comprensión.

—Bien, Bob —dijo Tom, que consideraba inoportuna la cuestión de los libros—. Imagino que has venido a verme porque estamos en apuros: eso es muy amable por tu parte.

—Le diré a lo que he venido, señor Tom —dijo Bob, empezando a desatar la bolsa de lona—. Durante estos dos años he *estao* en una gabarra, así me he *ganao* la vida, cuando no *m'ocupaba* del horno del molino de Torry. Pero hace un par de semanas tuve suerte. Siempre *m'he* tenido por un tío con suerte, porque siempre que he puesto una trampa he cogido algo. Pero esa vez no fue una trampa, sino que se prendió fuego en el molino y lo apagué yo: si no llego a hacerlo arde el aceite. El amo me dio diez soberanos: me los dio en persona la semana pasada. Y dijo primero que era un chico bien dispuesto, aunque yo ya lo sabía, pero entonces va y saca los diez soberanos, y eso era ya algo nuevo. ¡Aquí están, sólo falta uno! —y con estas palabras, Bob vació la bolsa sobre la mesa—. Cuando me los dio, la cabeza me se puso a hervir como si fuera una olla de caldo, pensando en qué clase de vida debería llevar, porque se *m'ocurrían* muchos oficios, porque estoy cansado de la gabarra, porque allí los días se hacen más largos que las tripas de un cerdo. Primero pensé que tendría hurones y perros, y sería cazador de ratas; después pensé que quería algo más importante, vivir algo nuevo, porque de cazar ratas ya lo sé *to* y pensé y pensé hasta que al final decidí que quería ser buhonero porque son tipos bien *informaos*, claro que sí, y llevaría las cosas más ligeras en un fardo, y podría darle a la lengua, y eso no se hace con las ratas ni en las gabarras, y recorrería el país a mis anchas, y camelaría a las mujeres con mi cháchara, y comería caliente en la taberna: ¡Una vida estupenda!

Bob hizo una pausa y después añadió, con una decisión desafiante, como si diera la espalda con firmeza a aquella descripción paradisíaca.

—Pero no *m'importa*, no *m'importa* una pizca. Y he cambian uno de los soberanos *pa* comprar a mi madre una oca *pa* comer, y he compran un chaleco de felpa azul y un gorro de piel de foca, porque si quiero ser buhonero, tengo que tener un aspecto respetable. Pero no *m'importa*, no *m'importa* ni una pizca. No tengo un nabo por cabeza y a lo mejor puedo apagar otro fuego dentro de poco, soy un tío con suerte. Así que le agradecería que aceptara los nueve soberanos, señor Tom, y que haga con ellos lo que quiera, si es verdad que el señor está *arruinao*. No bastarán, pero serán de ayuda.

Tom se conmovió tanto que olvidó su orgullo y sus recelos.

—Bob, eres muy amable —dijo Tom, sonrojándose, con ese pequeño temblor en la voz que le daba cierto encanto, incluso cuando hablaba con aire orgulloso y severo—. Y no volveré a olvidarte. Pero no puedo aceptar los nueve soberanos: sería quitarte una pequeña fortuna y a mí no me servirían de mucho.

—¿No, señor Tom? —preguntó Bob apesadumbrado—. No lo diga porque piense que yo los quiero: no soy pobre. Mi madre gana sus buenos peniques *esplumando* y haciendo otras cosas, y si come otra cosa que pan y agua echa demasiadas carnes: *amás*, yo tengo siempre mucha suerte, y creo que *usté* no tiene tanta: en cualquier caso, el amo no la tiene, y puede tomar un poco de mi suerte y nadie sufre por ello. Vamos, si es que un día encontré una pata de cerdo en el río: de seguro se había caído de uno de esos barcos holandeses de popa redonda. Vamos, piénselo mejor, señor Tom, que somos viejos conocidos; si no, pensaré que está *enfadao* conmigo.

Bob empujó los soberanos; pero antes de que pudiera hablar Tom, Maggie, entrelazando las manos y mirando a Bob con aire contrito, exclamó:

—Oh, Bob: cuánto lo siento. Nunca pensé que fueras tan buena persona. Vamos, ¡si es que eres la mejor persona del mundo!

Bob no advirtió la injuriosa opinión que provocaba el íntimo gesto de penitencia de Maggie y sonrió con placer ante sus elogios, especialmente porque procedían de una joven que, como informó esa misma noche a su madre, poseía «unos ojos como no hay otros; cuando te miran, te dejan *atontao*»

—No, de verdad, Bob. No puedo aceptarlos —insistió Tom—. Pero no creas que por eso aprecio menos tu amabilidad. No quiero tomar nada de nadie, sino ponerme a trabajar. Y esos soberanos no me serían de gran ayuda, de verdad, si me los quedara. Permite que, en cambio, te estreche la mano.

Tom le tendió la rosada palma y Bob no se demoró en darle su mano sucia y curtida.

—Permite que vuelva a guardarte los soberanos en el talego —dijo Maggie—, y ven a vernos cuando tengas ya la bolsa de buhonero.

—Así, es como si hubiera venido a darme aires, a presumir —dijo Bob con aire de descontento cuando Maggie le devolvió la bolsa—. Algunas veces sí soy un poco pillo, pero sólo con los sinvergüenzas o los primos, que me gusta liarlos un poco.

—Pues ahora no te metas en líos, Bob —dijo Tom—: si no, te deportarán a las colonias.

—No, no; a mí no, señor Tom —contestó Bob con aire alegre y confiado—. No hay leyes contra las picaduras de pulga: si no engañara de vez en cuando a los tontos, nunca espabilarían. En fin, tenga *usté* un soberano, señorita, y cómprese algo, como muestra de mi agradecimiento por la navaja. Mientras hablaba, Bob depositó el soberano y cerró el talego de nuevo con decisión. Tom empujó la moneda de oro.

—No, de verdad, Bob: te lo agradezco muchísimo, pero no puedo aceptarla.

Maggie, tomándola entre los dedos, se la tendió a Bob y dijo con más capacidad de persuasión que Tom.

—Ahora no la aceptamos, Bob, pero quizá sí en otra ocasión. Si Tom o mi padre necesitan ayuda que tú puedas prestar, te lo diré, ¿verdad, Tom? Eso es lo que deseas, que sepamos que podemos recurrir a ti como amigo, ¿verdad, Bob?

—Sí, señorita, gracias —dijo Bob, tomando a regañadientes el dinero—. Eso es lo que quiero: que cuenten conmigo *pa* cualquier cosa. Así pues, adiós, señorita, y buena suerte, señor Tom. Gracias por estrecharme la mano, aunque no haya querido tomar el dinero.

La entrada de Kezia y su mirada fulminante mientras preguntaba si debía traer el té o esperar a que las tostadas estuvieran duras como ladrillos puso fin oportunamente a la verborrea de Bob, que se despidió apresuradamente con una inclinación.

Capítulo VII

De cómo una gallina se aficiona a las estratagemas

Pasaban los días y el señor Tulliver daba cada vez mayores muestras, por lo menos, según el criterio del médico, de ir regresando a su condición normal: la parálisis iba mostrándose menos tenaz y la mente reaccionaba mediante combates intermitentes, como un ser vivo que se abriera paso bajo una gran masa de nieve acumulada por el viento con tendencia a deslizarse y a cerrar la abertura recién hecha.

Si la única medida del tiempo para los velantes hubiera sido la dudosa y lejana esperanza, éste habría parecido transcurrir muy despacio: sin embargo, el punto de referencia era la amenaza inminente que hacía llegar demasiado pronto la noche. Mientras el señor Tulliver volvía lentamente a ser el mismo, su destino se apresuraba hacia el momento del cambio. Los tasadores habían hecho su trabajo, del mismo modo que un respetable armero prepara concienzudamente el mosquete que, en poder de un brazo valiente y certero, pondrá fin a una o dos vidas. Las condenas a pagar las costas, los escritos de los tribunales y las sentencias de venta son bombas o balas de cadena legales que nunca dan limpiamente sobre el objetivo, sino que caen causando gran destrozo. Es tan inherente a esta vida que unos sufran por los pecados de otros y tan grande es la inevitable tendencia del sufrimiento humano a difundirse, que incluso la justicia provoca víctimas, y no podemos imaginar castigo que no se extienda en pulsaciones de dolor inmerecido más allá del culpable.

A principios de la segunda semana de enero salieron los carteles anunciando, como consecuencia de la sentencia del tribunal, la venta en pública subasta del ganado y animales de la granja del señor Tulliver, seguida de la venta del molino y tierras adyacentes, a primera hora de la tarde en *The Golden Lion*. El molinero, inconsciente del tiempo transcurrido, se creía todavía en la primera etapa de su desgracia, cuando todavía podía pensar en algún tipo de recurso; y, con frecuencia, en los momentos en que se encontraba consciente, hablaba con voz débil e inconexa de los planes que llevaría a cabo cuando «se pusiera bie». Su esposa y sus hijos todavía albergaban la esperanza de un desenlace que evitara que el señor Tulliver tuviera que abandonar aquel lugar e iniciar una vida totalmente distinta, ya que habían conseguido interesar al tío Deane en aquella etapa del caso. Éste admitía que no sería mal negocio para Guest & Co. comprar el molino de Dorlcote y encargarse del negocio, que era bueno y podía mejorarse con una máquina de vapor; en ese caso, Tulliver podría quedarse como encargado. Sin embargo, el señor Deane no quería decir nada concreto sobre el asunto: el hecho de que la hipoteca estuviera en manos de Wakem podría hacer que se le ocurriera pujar por toda la finca y ofrecer más que

la prudente empresa que era Guest & Co., que no se guiaba en sus negocios por motivos sentimentales. El señor Deane se vio obligado a contárselo a la señora Tulliver cuando acudió al molino para examinar los libros en compañía del señor Glegg, después de que ésta señalara que «si Guest & Co. pensaran un poco en ello, se darían cuenta de que el padre y el abuelo del señor Tulliver se ocupaban ya del molino de Dorlcote mucho antes de que nadie pensara siquiera en poner en marcha el molino de esa empresa». El señor Deane le contestó que dudaba de que fuera precisamente la relación entre los dos molinos lo que pudiera determinar su valor como inversiones. En cuanto al tío Glegg, ni remotamente se le ocurría embarcarse en semejante inversión: el buen hombre sentía sincera lástima por la familia Tulliver, pero tenía el dinero invertido en excelentes hipotecas y no podía correr riesgos: sería injusto para sus parientes: no obstante, había decidido que Tulliver tuviera unos chalecos nuevos de franela, a los que había renunciado a favor de prendas más elásticas, y que de vez en cuando compraría a la señora Tulliver una libra de té: su benevolencia se recreaba de antemano en aquellos viajes en que le llevaría té y contemplaría su felicidad cuando le asegurara que era el mejor té negro.

Con todo, era evidente que el señor Deane estaba bien dispuesto hacia los Tulliver. Un día llevó a Lucy, que se encontraba en casa pasando las vacaciones de Navidad, y la pequeña cabeza de ángel se apoyó en la más oscura mejilla de Maggie con muchos besos y algunas lágrimas. Más de un socio de la respetable empresa sentía cierta debilidad por aquellas niñas bonitas y esbeltas, y tal vez las preguntas inquietas de Lucy sobre sus pobres primos contribuyeron a que el tío Deane se diera prisa por encontrar a Tom un empleo temporal en el almacén y lo ayudara a tomar lecciones nocturnas de teneduría y cálculo.

Todo esto podría haber animado al muchacho y haber alimentado un poco sus esperanzas si no hubiera recibido al mismo tiempo el temido golpe de la noticia de que su padre, después de todo, sería declarado en bancarrota: en realidad, se pediría a los acreedores que no se cobraran toda la deuda, aunque para el inexperto Tom eso equivalía a la bancarrota. No sólo se diría que su padre había «perdido sus propiedades», si no que había «fracasado», palabra que suponía para Tom el mayor oprobio. Porque después de pagar las costas todavía quedaría la amistosa factura del señor Gore, el déficit en el banco y otras deudas, lo que reduciría los bienes a una desproporción inequívoca: «no más de diez o doce chelines por libra», predijo el señor Deane en tono decidido, apretando los labios; y las palabras cayeron sobre Tom como un líquido ardiente y le produjeron una herida mortificante.

Se encontraba tristemente necesitado de algo que lo animara un poco en la desagradable novedad de aquella situación: de repente, se había visto trasladado del fácil hastío alfombrado de las horas de estudio en casa del señor Stelling y las atareadas horas de ocio del último semestre, dedicadas a construir castillos en el aire,

a la compañía de costales y pieles, hombres que se desgañitaban y depositaban con estrépito pesadas cargas junto a él. El primer paso para progresar en el mundo era un trabajo que le exigía permanecer en un lugar frío, polvoriento y ruidoso, y lo obligaba a prescindir del té y permanecer en Saint Ogg's para recibir clases de un viejo oficinista manco en una habitación que olía intensamente a tabaco malo. El rostro rosado y blanco de Tom tenía un tono apagado cuando se quitaba el sombrero en casa y se sentaba a cenar hambriento. No era de extrañar que, si Maggie o su madre le dirigían la palabra, se mostrara algo irritado.

No obstante, entre tanto la señora Tulliver daba vueltas a un plan gracias al cual ella, y sólo ella, podría evitar el mas temible resultado e impedir que Wakem deseara pujar por el molino. Imaginad una gallina digna y respetable que, por alguna anomalía portentosa, se diera a la reflexión y a maquinari planes gracias a los cuales pudiera convencer al granjero de que no le retorciera el cuello o no la enviara al mercado con sus polluelos: el resultado difícilmente podría ser otro que un barullo de cacareos y aleteos. La señora Tulliver, al ver que todo iba mal, había empezado a pensar que había sido demasiado pasiva y que si se hubiera ocupado de los negocios y hubiera tomado de vez en cuando alguna decisión firme todo habría ido mucho mejor para ella y su familia. Al parecer, a nadie se le había ocurrido ir a hablar con Wakem sobre el asunto del molino y, sin embargo, reflexionaba la señora Tulliver, habría sido la vía más corta para llegar a buen puerto. Sin duda, habría sido inútil que fuera el señor Tulliver —suponiendo que pudiera y quisiera ir— porque él se había embarcado en el pleito contra Wakem y lo había insultado durante los últimos diez años: era probable que Wakem abrigara contra él algún resentimiento. Y ahora que la señora Tulliver había llegado a la conclusión de que su marido estaba muy equivocado al haberla llevado a ese conflicto, se sentía inclinada a pensar que su opinión sobre Wakem también era errónea. No cabía duda de que Wakem «había metido en la casa a los alguaciles y la había subastad», pero imaginaba que lo había hecho para agradar al hombre que había prestado el dinero al señor Tulliver, porque un abogado se veía obligado a contentar a muchos, y no era probable que apreciara demasiado al señor Tulliver, que había ido contra él en los tribunales. El abogado podría ser un hombre razonable —¿por qué no?—. Se había casado con la señorita Clint y cuando la señora Tulliver oyó hablar de esa boda, el verano en que llevaba aquella chaqueta de raso azul y todavía no pensaba en Tulliver, no había oído contar nada malo de Wakem. Y sin duda, era imposible que le mostrara otra cosa que buena voluntad —puesto que sabía que era una Dodson— en cuanto le dejara bien claro que ella nunca había querido pleitear, y lo cierto era que, en aquel momento, estaba más dispuesta a aceptar los puntos de vista del señor Wakem que los de su esposo. En definitiva, si el abogado en cuestión veía a una respetable matrona como ella decidida a «conversar en buenos término» con él ¿por qué no iba a escuchar sus quejas? Ella le

expondría el caso con claridad, cosa que todavía no había hecho nadie, y él no querría pujar por el molino con el propósito de fastidiarla, ya que era una mujer inocente; además, seguro que habían bailado juntos en su juventud en casa del señor de Darleigh, porque en aquellas grandes fiestas con frecuencia bailó con jóvenes cuyos nombres había olvidado.

La señora Tulliver guardó para sí estos razonamientos, ya que cuando insinuó al señor Deane y al señor Glegg que no le importaría ir a hablar con Wakem, le dijeron «No, no, n», «Bah, ba» y «Deje en paz a Wake» en un tono que indicaba que no deseaban prestar una atención imparcial a la exposición detallada de su proyecto. Aún menos se atrevió a mencionar el plan a Tom y a Maggie, porque «los niños estaban siempre en contra de lo que decía su madre» y veía que Tom sentía tanta antipatía hacia Wakem como su padre. Sin embargo, esta infrecuente concentración dio a la señora Tulliver una inusual capacidad de inventiva y de decisión, y un día o dos antes de que se celebrara la venta en *The Golden Lion*, cuando ya no quedaba tiempo que perder, llevó a cabo su plan mediante una estratagema. Tenía una gran cantidad de encurtidos y salsa de tomate en conserva y sin duda, el señor Hyndmarsh, el tendero, se los compraría si podían llegar a un acuerdo personalmente, de manera que propuso a Tom, ir caminando con él a Saint Ogg's aquella mañana; y cuando Tom insistió en que se olvidara de los encurtidos —no le gustaba que su madre anduviera por ahí—, se mostró tan ofendida por la conducta de su hijo, que le llevaba la contraria con los encurtidos que había preparado según la receta tradicional heredada de la abuela, fallecida cuando su madre era pequeña, que Tom cedió y caminaron juntos hasta que ella tomó por Danish Street, donde el señor Hyndmarsh vendía sus productos al por menor, no lejos de las oficinas del señor Wakem.

Dicho caballero todavía no había llegado a la oficina, pero ofrecieron asiento a la señora Tulliver junto al fuego, en su despacho privado, para esperarlo. No tuvo que aguardar mucho antes de que entrara el puntual abogado, el cual frunció el ceño para examinar a la corpulenta mujer rubia que se puso en pie con cortés deferencia. Lector, todavía no conoces al señor Wakem y tal vez te preguntes si era un bribón de tal calibre y tan hábil e implacable enemigo de la humanidad honrada en general y del señor Tulliver en particular como aparecía en la imagen o el retrato que de él hemos visto en el pensamiento del molinero.

No cabe duda de que el irascible molinero era hombre tendente a interpretar cualquier disparo fortuito que pudiera rozarlo como un atentado deliberado contra su vida, y era propenso a perderse en conflictos en este enredoso mundo; y, puesto que era consciente de su propia infalibilidad, se hacía necesaria la hipótesis de la existencia de una mano diabólica para explicarlos. Con todo es posible creer que el abogado no fuera más culpable que cualquier máquina a la que, mientras trabaja regularmente, se le acerca demasiado un hombre osado, queda atrapado por algún

engranaje y se convierte rápidamente en inesperadas salchichas.

No obstante, es imposible llegar a conclusión alguna con un somero vistazo: las líneas y las luces del rostro humano son como otros símbolos cualesquiera, y no siempre es fácil descifrarlos sin una clave. En una contemplación a priori de la nariz aguileña que tanto ofendía al señor Tulliver no se apreciaba más bribonería que en la forma de su cuello duro, aunque éste, junto con la nariz, podrían considerarse siniestros en cuanto se demostrara su condición de bribón.

—Así pues, ¿es usted la señora Tulliver? —preguntó el señor Wakem.

—Sí, señor. De soltera, Elizabeth Dodson.

—Haga el favor de sentarse. ¿Desea usted consultarme alguna cosa?

—Bueno, sí... —contestó la señora Tulliver, empezando a alarmarse de su intrepidez ahora que se encontraba en presencia que aquel hombre tan imponente, y advirtiéndole que no había pensado en cómo debía comenzar. El señor Wakem se hurgó en los bolsillos del chaleco y la miró en silencio.

—Espero, señor... —dijo finalmente la señora Tulliver—... Espero que no piense que le guardo rencor porque mi marido ha perdido el pleito y los alguaciles han venido a casa y s'ha vendido la ropa ¡Ay de mí!... Yo me crié de otra manera. Estoy segura de que recordará usted a mi padre, porque era buen amigo del señor de Darleigh y siempre íbamos a sus bailes... A las señoritas Dodson nos miraban más que a nadie... y con razón, porque éramos cuatro, y supongo que sabe que la señora Glegg y la señora Deane son hermanas mías. Y eso de pleitear, perder dinero, subastar lo tuyo antes de morir son cosas que nunca había visto antes de casarme ni tampoco durante muchos años después. Y yo no tengo la culpa de mi mala suerte por haber dejado a mi gente y haberme casado con el miembro de una familia con otra manera de hacer las cosas. Y no se *m'ocurriría* insultarle a usted como hacen otros, señor, nadie podrá decir eso de mí.

La señora Tulliver meneó un poco la cabeza y examinó el dobladillo de su pañuelo de bolsillo.

—No me cabe la menor duda de lo que me dice, señora Tulliver —contestó el señor Wakem con fría cortesía—. Pero, ¿tiene usted alguna consulta que hacerme?

—Pues sí, señor. Pero es lo que yo me digo: usted tendrá sentimientos digo yo; y como mi marido lleva dos meses sin ser el mismo de antes... No crea que lo defiendo, de ninguna manera, por empeñarse tanto en lo del *riegadio*, pero no es un hombre malo, porque nunca se ha quedado con un chelín o un penique de otro como no fuera por error, y si es muy orgulloso y dado a los pleitos, ¿qué le voy a hacer? Y tuvo un ataque que quedó como muerto cuando llegó la carta que decía que usted tenía poder de decisión sobre las tierras... pero estoy segura de que usted se comportará como un caballero.

—¿Qué quiere decir con todo esto, señora Tulliver? —preguntó el señor Wakem

con cierta brusquedad—. ¿Qué es lo que quiere preguntarme?

—Bien, señor, si usted fuera tan bueno... —dijo la señora Tulliver, un poco sobresaltada y hablando más deprisa— si usted fuera tan bueno como para no comprar el molino y la tierra... En realidad, la tierra no importaría mucho, pero mi marido se volverá loco si se la queda usted.

Algo parecido a una idea nueva recorrió el rostro del señor Wakem.

—¿Quién le ha dicho que yo tenía intención de comprar?

—Vaya, señor, no me lo invento, y nunca se *m'*habría ocurrido, ya que mi marido, que algo sabe de leyes, siempre decía que los abogados nunca necesitan comprar nada, ni tierras ni casas, porque siempre llegan a sus manos de otros modos. Pensaba que usted también lo hacía así y nunca dije lo contrario.

—Ah, entonces, ¿quién lo dijo? —preguntó Wakem, abriendo el escritorio y cambiando las cosas de sitio mientras se acompañaba de un silbido casi inaudible.

—Caramba, pues fueron el señor Glegg y el señor Deane, que se encargan de todo: y el señor Deane piensa que Guest & Co. podría comprar el molino y dejar que el señor Tulliver trabajara en él para ellos si usted no pujara y elevara el precio. Y para mi marido sería tan importante quedarse donde está, si pudiera ganarse la vida: porque fue de su padre, el molino, quiero decir, y lo construyó su abuelo, aunque a mí no me gustaba el ruido que hacía, de recién casada, porque en nuestra familia, en los Dodson, no había molinos, y si hubiera sabido que los molinos tenían tanto que ver con la ley, no habría sido yo la primera Dodson en casarse con un molinero; pero me metí a ciegas en esto, así fue, en lo del *riegadío* y todo lo demás.

—Vaya, ¿así que Guest & Co. se quedaría con el molino y pagaría un salario a su esposo?

—Ah, señor, qué pena pensar en que mi marido tenga que vivir de un sueldo —dijo la pobre señora Tulliver con una lagrimilla—. Pero, al menos, si nos quedáramos en el molino, todo se parecería a como era antes. Y si a usted se *l'*ocurriera pujar por el molino y comprarlo, mi marido podría sufrir otro ataque peor y no recuperarse nunca.

—¿Y si compro el molino y permito a su marido que se encargue de él? ¿Entonces, qué pasaría? —preguntó el señor Wakem.

—Oh, señor, creo que sería imposible convencerlo, ni que el mismo molino se lo pidiera de rodillas, porque su nombre es para él como un veneno, lo considera culpable de su ruina desde que usted le echó la ley por encima por la carretera del prado: eso fue hace ocho años y desde entonces va a más, aunque yo siempre le he dicho que estaba equivocado...

—¡Es un imbécil testarudo y calumniador! —estalló el señor Wakem, perdiendo la calma.

—¡Oh, señor! —dijo la señora Tulliver, asustada ante aquel resultado, tan distinto

del esperado—. No desearía llevarle la contraria, pero es muy probable que cambie de opinión con esta enfermedad, ya que ha olvidado muchas cosas. Y si muriera no desearía cargar usted, con el peso de un cadáver; y de veras que dicen que trae mala suerte que el molino de Dorlcote cambie de manos, porque podría quedarse sin agua y entonces... no es que le desee mala suerte, señor, porque había olvidado decirle que recordaba su boda como si fuera ayer: la señora Wakem era la señorita Clint de soltera, lo recuerdo muy bien, y *m'hijo*, y no hay otro mejor, mas guapo ni más honrado, ha estudiado con el suyo...

El señor Wakem se puso en pie, abrió la puerta y llamó a uno de sus empleados.

—Disculpe que la interrumpa, señora Tulliver, pero tengo mucho trabajo que atender y creo que ya no tenemos nada más que decirnos.

—Pero si usted quisiera tener en cuenta lo que le he dicho y no ir contra mí ni contra mis hijos... —dijo la señora Tulliver poniéndose en pie—. No niego que el señor Tulliver s'ha equivocado, pero ya ha sufrido suficiente castigo, y hay hombres peores... Su mayor defecto ha sido la generosidad... Al fin y al cabo él sólo se ha hecho daño a sí mismo y a su familia ¡Qué pena! Y cuando miro los estantes vacíos cada día y pienso que allí estaban mis cosas...

—Sí, lo tendré en cuenta —contestó el señor Wakem rápidamente mirando hacia la puerta abierta.

—Por favor, no diga a nadie que he venido a hablar con usted, porque mi hijo se enfadaría mucho conmigo por rebajarme así, estoy segura, y ya tengo suficientes problemas para que me regañen los hijos.

La voz de la pobre señora Tulliver temblaba un poco y fue incapaz de contestar al «Que tenga usted un buen día» del abogado con más que una pequeña inclinación, tras la cual se alejó en silencio.

—¿Cuándo se subasta el molino de Dorlcote? ¿Dónde están los papeles? —preguntó el señor Wakem al empleado en cuanto estuvieron solos.

—El próximo viernes: el viernes a las seis.

—Corra a casa de Winship, el subastador, y mire si está allí. Tengo que tratar un asunto con él: dígame que venga.

Aunque cuando el señor Wakem había entrado aquella mañana en la oficina no tenía intención de comprar el molino de Dorlcote, había tomado ya una decisión: la señora Tulliver le había sugerido varios motivos decisivos y Wakem pensaba muy deprisa: era uno de esos hombres que pueden apresurarse sin por ello precipitarse, ya que sus motivos siguen siempre los mismos razonamientos y no tienen necesidad de conciliar distintos objetivos.

Imaginar que Wakem sentía hacia Tulliver el mismo odio inveterado que éste tenía por él sería como suponer que un lucio y un gobio pueden mirarse a la cara. El gobio, como es natural, aborrece el modo en que se alimenta el lucio, y es probable

que el lucio se limite a pensar incluso del mas irritado gobio que constituye un plato excelente: a menos que se atragante con él, es difícil que sienta alguna antipatía personal. Si el señor Tulliver hubiera ofendido u obstaculizado los deseos del abogado, tal vez éste lo habría distinguido como objeto de su venganza. Pero cuando el señor Tulliver llamaba bribón a Wakem en la mesa de la comida del mercado, los clientes del abogado no pensaban ni por un momento en retirarle sus negocios; y si cuando el propio Wakem se hallaba presente, algún bromista criador de ganado, estimulado por la oportunidad y el brandy, le lanzaba alguna pulla mencionando testamentos y ancianas, él conservaba toda la sangre fría, consciente de que la mavoría de los hombres de cierta importancia que se hallaban presentes sabían que «Wakem era Wake».: es decir, un hombre que conocía bien las piedras pasaderas que le permitían cruzar terrenos fangosos Es probable que un hombre que había amasado una gran fortuna poseía una hermosa casa entre árboles en Tofton y la mejor bodega de oporto de todo Saint Ogg's se sintiera a la altura de su reputación. Y es muy probable que incluso el honrado señor Tulliver, a pesar de que consideraba que la ley era poco más que una gallera, no hubiera llegado, en otras circunstancias, a considerar adecuada la afirmación de que «Wakem era Wake».; pues tal como me han enseñado algunas personas versadas en historia, la humanidad no está dispuesta a juzgar con severidad la conducta de los grandes vencedores cuando su victoria se halla en lado adecuado. Así pues, Tulliver no podía ser obstáculo para Wakem: por el contrario, era un pobre diablo al cual el abogado había derrotado en varias ocasiones: un individuo irascible que no paraba de tirar piedras sobre su propio tejado. Wakem no tenía la conciencia intranquila por haber utilizado algunas artimañas contra el molinero, así pues, ¿por qué iba a odiar a aquel demandante, ese lamentable toro furioso enmarañado en una red?

Sin embargo, entre los diversos excesos a los que puede entregarse la naturaleza humana, los moralistas nunca han mencionado el de sentir un aprecio excesivo por las personas que nos vilipendian abiertamente. El victorioso candidato Amarillo de la población de Old Topping tal vez no sienta adecuado odio hacia el Azul que consuela a sus partidarios con una retórica vituperante contra los Amarillos que vendieron su país y constituyen los demonios de su vida privada; pero no lamentaría, si la ley y la oportunidad lo permitieran, dar patadas en la espinilla a un director de periódico Azul hasta dejársela de un tono más vivo que su color favorito. Los hombres prósperos disfrutan con alguna pequeña venganza de vez en cuando, a modo de entretenimiento, cuando se les cruza en su camino y no obstaculiza sus asuntos, y estas pequeñas venganzas —que abarcan todos los grados de las ofensas desagradables— tienen un enorme efecto sobre la vida, ahuyentan a los hombres preparados y deshonoran a terceros con conversaciones banales. Es más, es probable que contemplar cómo humillamos sin especial esfuerzo a aquellos que nos han ofendido levemente tenga un

efecto balsámico y halagador. Al parecer, la Providencia o cualquier otro poder terrenal ha hecho suya la tarea de recompensarnos; y efectivamente gracias a una agradable disposición de las cosas, resulta que de un modo u otro nuestros enemigos no prosperan.

Wakem albergaba un latente deseo de venganza contra aquel desatento molinero y ahora que la señora Tulliver le había dado la idea le resultaba placentero hacer exactamente aquello que provocaría en el señor Tulliver una mortificación infalible y resultaría para él un placer refinado que no era mero producto de la maldad, sino que se mezclaba con la buena conciencia. Produce cierta satisfacción ver a un enemigo humillado, pero eso es poco en comparación con la que proporciona verlo humillado por nuestra benevolencia. Esa clase de venganza pertenece al terreno de las virtudes, y Wakem tenía la intención de no salirse de éste. En una ocasión se dio el gusto de ingresar a un viejo enemigo en una de las casas para pobres de Saint Ogg's, cuya reconstrucción había sufragado generosamente; y aquí tenía la oportunidad de ocuparse de otro convirtiéndolo en criado suyo. Tales detalles suponen un complemento para la prosperidad y son mucho más agradables que la venganza que ofende directamente. Y Tulliver, con su tosca lengua lastrada por la obligación, sería mejor empleado que cualquier otro individuo que le rogara un empleo gorra en mano. Tulliver era tenido por un hombre orgulloso de su honradez y Wakem era demasiado perspicaz para no creer en la existencia de ésta. Tendía a observar a la gente, no a juzgarla de acuerdo con algún patrón, y sabía mejor que nadie que todos los hombres no eran como él. Además, tenía intención de controlar de cerca el negocio de la tierra y del molino: le gustaban estos asuntos rurales. Sin embargo, no sólo la posibilidad de ejercer una benévola venganza lo empujaba a comprar el molino de Dorlcote. Era una buena inversión de capital y, además, Guest & Co. tenían intención de pujar. El señor Guest y el señor Wakem mantenían una relación social cordial, comían juntos en alguna ocasión, y al abogado le gustaba imponerse sobre el armador y fabricante, demasiado estridente en sus negocios y en su conversación de sobremesa. Wakem no era un simple hombre de negocios: en los círculos más altos de Saint Ogg's se le consideraba un individuo agradable, tenía una conversación amena ante una copa de oporto, era algo aficionado al cultivo de la tierra y, sin duda, había sido un excelente esposo y padre: en la iglesia, cuando acudía, se sentaba bajo la más hermosa lápida conmemorativa, dedicada a la memoria de su esposa. En las mismas circunstancias, cualquier hombre se habría casado de nuevo, pero se decía que era más cariñoso con su hijo deforme que la mayoría de los hombres con sus hijos mejor plantados. Lo cierto era que el señor Wakem también tenía otros hijos, si bien la relación parental era más difusa, y aunque se ocupaba de mantenerlos, les proporcionaba un nivel de vida adecuadamente inferior al suyo. Ahí radicaba, en realidad, el motivo principal para la compra del molino de Dorlcote: mientras la señora Tulliver hablaba, al rápido

abogado se le había ocurrido que, entre todas las demás circunstancias del caso, aquella compra podría servir para que pasados pocos años proporcionara una posición adecuada a un muchacho especial que tenía intención de lanzar al mundo.

La señora Tulliver se había propuesto influir en ese modo de pensar y había fracasado: hecho que puede ilustrarse con la observación de un gran filósofo, según la cual los pescadores fracasan cuando preparan el cebo porque desconocen el modo en que razonan los peces.

Capítulo VIII

Cae la luz sobre las ruinas

Un gélido y claro día de enero, el señor Tulliver bajó por primera vez al piso inferior: el brillante sol que daba sobre las ramas del castaño y los tejados que veía por la ventana le hicieron declarar con impaciencia que no quería seguir encerrado; creía que, con aquel sol, cualquier otro lugar sería más alegre que su dormitorio, porque no sabía nada de la desnudez de la planta baja, en la que la luz solar resultaba inoportuna, como si ésta experimentara el despiadado placer de mostrar los lugares vacíos y las marcas que quedaban allí donde antes se encontraban los objetos familiares. En su conversación resultaba evidente que seguía creyendo que había recibido la víspera la carta del señor Gore, y los intentos de transmitirle la idea de que desde entonces habían transcurrido muchas semanas fracasaban ante una desmemoria recurrente, hasta tal punto que el doctor Turnbull había empezado a renunciar a la idea de ir familiarizándolo con los acontecimientos. Sólo podría llegar a comprender por completo el presente poco a poco y mediante nuevas experiencias, ya que las palabras eran más débiles que las impresiones dejadas por los acontecimientos antiguos. Su esposa y sus hijos oyeron con un estremecimiento su decisión de bajar al piso inferior. La señora Tulliver pidió a Tom que no fuera a Saint Ogg's a la hora habitual, sino que esperara a ver a su padre en la planta baja: y Tom obedeció, aunque se estremecía al imaginar la dolorosa escena. Durante los últimos días los tres se habían sentido más abatidos que nunca: Guest & Co. no había comprado el molino: la subasta había adjudicado a Wakem el molino y las tierras, y éste se había presentado en el lugar y había manifestado delante del señor Deane y el señor Glegg, y en presencia de la señora Tulliver, su intención de contratar a Tulliver como encargado del negocio en caso de que éste se recuperara. La familia había discutido mucho esta proposición. Los tíos y las tías coincidían de modo casi unánime en que no se podía rechazar, ya que el único obstáculo eran los sentimientos que albergaba la mente del señor Tulliver y, puesto que los tíos no los compartían, los consideraban irracionales e infantiles; en realidad, les parecía que Tulliver transfería a Wakem la indignación y el odio que debería sentir hacia sí mismo por su belicosidad y el modo en que la manifestaba pleiteando. Así el señor Tulliver tendría la oportunidad de mantener a su esposa y a su hija sin ninguna ayuda de los parientes de ésta y sin experimentar un descenso demasiado evidente hacia la pobreza, ya que para las personas respetables resulta muy violento encontrarse con un pariente pobre al borde del camino. La señora Glegg consideraba que cuando recuperara la razón, Tulliver debería comprender que no podría nunca humillarse bastante: al final, había sucedido lo que

ella siempre dijo como resultado de su insolencia «con ellos, que eran las amistades que mas debería cuida». El señor Glegg y el señor Deane eran menos inflexibles, pero ambos pensaban que Tulliver ya había hecho daño suficiente con sus malhumoradas manías y que debería dejarlos al margen en cuanto le ofrecían un medio de vida. Wakem estaba comportándose correctamente y no parecía guardar ningún resentimiento hacia Tulliver. Tom se negó a considerar siquiera la proposición: no le gustaba la idea de que su padre fuera subordinado de Wakem; le parecía mezquino. En cambio, la mayor inquietud de su madre era la total imposibilidad de «hacer cambiar de opinión al señor Tulliver sobre Wake» o conseguir que atendiera a razones: no, tendrían que irse a vivir a una pocilga a propósito para fastidiar a Wakem, el cual hablaba con tanta justicia como el que más. En realidad, la señora Tulliver estaba tan confusa por tener que vivir en aquella extraña situación de tristeza incomprensible —de la que no dejaba de lamentarse diciendo: «Madre mía, ¿qué he hecho yo para merecer peor suerte que otras mujeres?».— que Maggie empezó a pensar que su pobre madre estaba perdiendo la razón.

—Tom —dijo Maggie cuando estuvieron fuera de la habitación de su padre—, tenemos que intentar por todos los medios que padre comprenda un poco lo que ha sucedido antes de bajar. Pero debemos alejar a madre: seguro que dice algo que lo estropea todo. Pídele a Kezia que la entretenga abajo con algo en la cocina.

Kezia estaba a la altura de las circunstancias. Tras declarar su intención de quedarse «con sueldo o sin sueldo» hasta que el señor estuviera de nuevo en pie, encontraba cierta compensación tratando con mano dura a su señora, regañándola por dar vueltas por ahí aturdida y pasar el día sin cambiarse de cofia y con una actitud tan «chafad». Aquellos momentos de inquietud eran para Kezia como unas saturnalias en las que podía regañar a su ama sin restricciones. En aquella ocasión en concreto, había que recoger la ropa tendida y Kezia manifestó su deseo de saber si un par de manos bastaba para hacerlo todo, dentro y fuera, y señaló que le habría parecido buena idea que la señora Tulliver se pusiera el sombrero y tomara un poco de aire fresco realizando ese trabajo tan útil. La pobre señora Tulliver bajó las escaleras con docilidad: que la regañara la criada era el último vestigio de su dignidad doméstica. Pronto ni siquiera tendría criada que la riñera.

El señor Tulliver descansaba en una butaca tras fatigarse vistiéndose, y Maggie y Tom estaban sentados junto a él cuando Luke entró para preguntar si ayudaba al señor a bajar las escaleras.

—Sí, sí. Luke, espera un poco, siéntate —dijo el señor Tulliver, señalando una silla con el bastón y siguiéndolo con la mirada, con esa expresión que con frecuencia tienen los convalecientes cuando miran a las personas que los han cuidado, similar a la de un niño pequeño cuando busca con los ojos a su niñera. Y Luke había velado

con constancia a su amo durante las noches.

—¿Cómo está el agua, Luke? —preguntó el señor Tulliver—. ¿Dix ha vuelto a quitártela?

—No, señor. Todo va bien.

—No creo que se dé prisa en hacerlo, ahora que Riley ha acabado con eso. Eso fue lo que le dije a Riley ayer... le dije...

El señor Tulliver se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre los brazos del sillón, con la vista clavada en el suelo como si buscara algo, de la misma manera que un hombre que lucha contra el sueño intenta captar imágenes fugaces. Maggie miró a Tom con muda expresión de abatimiento: la mente de su padre estaba tan alejada del presente... A Tom le faltaba poco para salir corriendo, con esa incapacidad para soportar la emoción que constituye una de las diferencias entre un muchacho y una muchacha, entre un hombre y una mujer.

—Padre —dijo Maggie, poniendo una mano sobre la suya—. ¿No recuerda que el señor Riley murió?

—¿Se murió? —contestó el señor Tulliver bruscamente, mirándola a la cara con una extraña expresión escrutadora.

—Sí, murió de una apoplejía hace casi un año; recuerdo que dijo usted que tendría que pagar algún dinero en su nombre, y dejó a sus hijas en muy mala situación: una de ellas es ayudante en el colegio de la señorita Firniss, donde he estado estudiando, ya lo sabe.

—Ah, ¿sí? —dijo su padre con aire de duda, sin dejar de mirarla, pero en cuanto Tom empezó a hablar, volvió los ojos hacia él con la misma mirada interrogadora, como si le sorprendiera sobremanera la presencia de aquellos jóvenes. Siempre que su mente se perdía en el pasado lejano, olvidaba sus rostros: ya no eran los del niño y la mocita de aquellos tiempos.

—Hace ya mucho tiempo de la pelea con Dix, padre —dijo Tom—. Recuerdo que habló usted de ello hace unos tres años, antes de que fuera a estudiar a casa del señor Stelling. He estado estudiando allí tres años, ¿no lo recuerda?

El señor Tulliver se recostó en el asiento de nuevo y su mirada perdió el aspecto infantil bajo una avalancha de ideas nuevas que lo distrajeron de las impresiones externas.

—Sí, sí —dijo al cabo de un par de minutos—. Pagué mucho dinero... Decidí que mi hijo tuviera cultura y una buena educación: yo no l'he tenido y l'he echado de menos. Y así no necesitaré otra fortuna: es lo que yo digo... Si Wakem tenía que ganarme otra vez la partida...

Al pensar en Wakem se animó y, tras una pausa, empezó a mirar la chaqueta que llevaba puesta y a palpar el bolsillo lateral. Se volvió hacia Tom y le preguntó con su brusquedad habitual en otro tiempo:

—¿Dónde han puesto la carta de Gore?

Estaba en un cajón cercano, ya que la pedía con cierta frecuencia.

—¿Sabe lo que dice la carta, padre? —preguntó Tom, mientras se la tendía.

—Claro que sí —contestó el señor Tulliver con cierto enfado—. ¿Y qué más da? Si a Furley no le interesa la propiedad, entonces será otro: hay más gente en el mundo. Pero es muy molesto que no *m'*encuentre bien: ve a decirles que enganchen el caballo al coche, Luke: podré ir yo mismo a Saint Ogg's, Gore me espera.

—¡No, padre! —exclamó Maggie con tono suplicante Hace va mucho tiempo de esto: lleva usted muchas semanas enfermo, más de dos meses: todo ha cambiado.

El señor Tulliver los miró a los tres alternativamente con expresión de asombro en otras ocasiones la idea de que habían ocurrido cosas que él ignoraba lo había detenido momentáneamente, pero ahora le parecía una novedad completa.

—Sí, padre —dijo Tom en respuesta a la mirada—. No necesita preocuparse por los negocios hasta que esté bien: por ahora todo lo relacionado con el molino, las tierras y las deudas está arreglado.

—Entonces, ¿qué es lo que está arreglado? —preguntó su padre con enfado.

—No se lo tome muy a pecho, señor —dijo Luke—. De haber podido, *usté* habría pagao a todo el mundo; eso le dije al señorito Tom: *usté* habría pagao a todos.

El bueno de Luke sentía, como sienten los hombres satisfechos de haber dedicado toda su vida a servir, que el sistema de clases era adecuado y natural, de modo que la ruina de su amo constituía una tragedia también para él. A su lenta manera, se sentía empujado a decir algo que expresara su participación en las penas de la familia, y esas palabras, que había repetido una y otra vez a Tom cuando no quería aceptar que le devolviera las cincuenta libras de su dinero, aparecían una y otra vez. Eran las más adecuadas para alterar el inquieto espíritu de su amo.

—¿Pagar a todo el mundo? —dijo con vehemente agitación mientras enrojecía y lanzaba chispas por los ojos—. ¿Por qué...? ¿Cómo...? ¿Me han declarado en bancarrota?

—¡Oh, padre, querido padre! —exclamó Maggie, convencida de que esa terrible palabra representaba la realidad—. Tiene que soportarlo... nosotros le queremos... sus hijos siempre le querrán... Tom pagará a todo el mundo... dice que lo hará cuando sea mayor.

Advirtió que su padre se echaba a temblar; le tembló la voz cuando dijo, transcurridos unos momentos:

—Sí, mocita, pero yo no viviré dos veces.

—Pero tal vez viva usted para ver como pago a todos, padre —se esforzó Tom en decir.

—Ah, hijo mío —dijo el señor Tulliver, negando lentamente con la cabeza—, lo que está roto, roto está: será obra tuya, no mía. —Después, alzando la vista, añadió

—: sólo tienes dieciséis años, es una tarea muy dura para ti, pero no debes reprochárselo a tu padre: he tenido que luchar contra demasiados bribones. T'he dado una buena educación: eso te servirá para empezar.

Estas últimas palabras se le trabaron en la garganta; pasó el sofoco que alarmó a sus hijos, porque con frecuencia precedía a la parálisis, y quedó pálido y tembloroso. Tom no dijo nada; seguía combatiendo los deseos de marcharse corriendo. Su padre permaneció en silencio durante unos minutos, pero no parecía tener la cabeza perdida.

—Entonces, ¿han subastado todo lo que tengo? —preguntó con mas calma, como si lo empujara el mero deseo de saber.

—Lo han subastado todo, padre; pero todavía no sabemos qué ha pasado exactamente con el molino y la tierra —dijo Tom, deseoso de evitar cualquier pregunta que condujera al hecho de que el comprador era Wakem.

—Padre, no se sorprenda si abajo ve la sala muy vacía —dijo Maggie—. Pero ahí están su butaca y su escritorio, ahí siguen.

—Vamos. Ayúdame a bajar, Luke. Iré a verlo todo —dijo el señor Tulliver, apoyándose en el bastón y tendiendo la otra mano hacia Luke.

—Sí, señor —dijo Luke mientras le tendía el brazo a su señor—. Se hará mejor idea cuando lo vea todo: s'acostumbrará. Eso es lo que dice mi madre de que le falte el resuello: ahora s'ha acostumbrao, aunque al principio le fastidiaba.

Maggie se adelantó rápidamente para ver si todo estaba bien en el lóbrego salón donde el fuego, amortiguado por la gélida luz solar, parecía formar parte de la desolación general. Giró la butaca de su padre y apartó la mesilla para dejarle el paso expedito y se quedó aguardando, con el corazón latiéndole a toda prisa, el momento en que entrara y mirara por primera vez. Tom pasó primero, llevando un escabel para la pierna, y se detuvo junto a Maggie, frente a la chimenea. El dolor de Tom era más puro que el de Maggie; ésta, aunque era vivamente vulnerable, en cierto modo sentía que la pena le dejaba más espacio para que fluyera el amor y eso permitía respirar a su naturaleza apasionada. Los chicos no sienten estas cosas: prefieren matar al león de Nemea o llevar a cabo tareas heroicas que sufrir por males que no les permiten actuar.

El señor Tulliver entró y se detuvo junto a la puerta, apoyado en Luke, para mirar a su alrededor todos los lugares desnudos ocupados por las sombras de los objetos ausentes, compañeros cotidianos de toda su vida. El esfuerzo pareció renovarle las facultades.

—¡Ah! —exclamó lentamente mientras avanzaba hacia la butaca—. Lo han subastado todo... lo han subastado todo.

Después, tras sentarse y dejar el bastón, miró otra vez a su alrededor mientras Luke salía de la habitación.

—Han dejado la gran Biblia —observó—. En ella está todo apuntado: el día en que nací y el día en que me casé.

Abrieron ante el señor Tulliver la Biblia en cuarto por las guardas y mientras leía lentamente, entró en la sala la señora Tulliver, pero se quedó muda de sorpresa al ver a su marido en el salón con la gran Biblia delante.

—¡Ah! —exclamó él, mirando el lugar donde tenía el dedo—. Mi madre se llamaba Margaret Beaton, murió a los cuarenta y siete años: la suya no era una familia longeva. Gritty y yo somos sus hijos y no tardaremos mucho en descansar eternamente.

Pareció detenerse sobre los datos que se referían al nacimiento y el matrimonio de su hermana, como si le sugirieran nuevas ideas: de repente, alzó los ojos hacia Tom.

—¿Han ido a pedirle a Moss el dinero que le presté? —preguntó alarmado.

—No, padre —contestó Tom—. Quemamos el pagaré. El señor Tulliver volvió los ojos hacia la página.

Ah... Elizabeth Dodson... hace dieciocho años que me casé con ella...

—Se cumplirán el próximo día de la Virgen —precisó la señora Tulliver, acercándose y mirando la página.

Su marido la miró con expresión seria.

—¡Pobre Bessy! —dijo—. Eras muy bonita entonces, todo el mundo lo decía, y yo pensaba que era extraño que te conservaras tan bien. Pero ahora has envejecido mucho... no me lo reproches... Yo quería ser bueno contigo,,. Prometimos amarnos en la riqueza y en la pobreza...

—Pero nunca creí que lo malo sería tan malo —contestó la señora Tulliver con la expresión extraña y asustada que tenía últimamente—. Y mi pobre padre *m'*entregó en matrimonio... para encontrarme con esto de repente...

—Oh, madre —protestó Maggie—: no hable así.

—No, ya sé que no dejaréis que hable vuestra madre... Ha sido siempre así, durante toda la vida... Vuestro padre no hacía caso de lo que yo decía... No *m'*habría servido de nada rogar y llorar... Como tampoco me serviría ahora, aunque *m'*arrodillara...

—No digas eso, Bessy —contestó el señor Tulliver, cuyo orgullo, en aquellos primeros momentos de humillación, se encontraba en suspenso y podía entender que el reproche de su esposa no carecía de fundamento. Si todavía hay alguna manera de enmendarlo, no diré que no.

—Entonces, quedémonos aquí trabajando, así podré estar con mis hermanas... Yo que siempre he sido tan buena esposa y nunca *t'*he contrariado... Todos lo dicen... Dicen que sería muy justo... pero tú le tienes tanta manía a Wakem...

—Madre —intervino Tom con severidad—: éste no es momento para hablar de eso.

—Déjala —dijo el señor Tulliver—: di lo que tengas que decir, Bessy. Vaya, ahora que el molino y la tierra son de Wakem y todo está en sus manos, ¿de qué sirve que t'enfrentes a él? Si él dice que puedes quedarte y habla con tanta justicia, y dice que puedes encargarte del negocio y ganar treinta chelines a la semana y tener un caballo para ir al mercado... ¿Y dónde vamos a quedarnos? Tendremos que ir a una de las casitas del pueblo... Tener que verme así con mis hijos... Y todo porque te empecinas en ir en contra de la gente y nada te hace cambiar *d'*opinión.

El señor Tulliver temblaba, hundido de nuevo en la butaca.

—Haz lo que quieras conmigo, Bessy —murmuró—. Te he arrastrado a la pobreza... Este mundo es demasiado para mí... Estoy en la ruina... Ya no tengo nada que defender...

—Padre —dijo Tom—, no estoy de acuerdo con madre ni con los tíos y no creo que usted deba verse sometido a Wakem. Ahora gano una libra por semana y cuando esté bueno usted podrá encontrar algún trabajo.

—Calla, Tom, calla: ya es suficiente por hoy. Dame un beso, Bessy, y no nos guardemos rencor: ya nunca volveremos a ser jóvenes... este mundo es demasiado para mí.

Capítulo IX

Un nuevo dato en el registro familiar

Tras ese primer momento de renuncia y sumisión, el molinero pasó por días de violenta lucha interior a medida que la recuperación gradual de sus fuerzas traía consigo una capacidad mayor para abarcar todas las facetas del conflicto en que se encontraba. Los miembros débiles se resignan con facilidad al encadenamiento, y cuando la enfermedad nos domina, parece posible cumplir promesas que rompe la vieja energía al regresar. En algunas ocasiones, el pobre Tulliver pensaba que era demasiado duro para la naturaleza humana cumplir la promesa hecha a Bessy: había accedido antes de saber lo que iba a pedirle: de la misma manera podría haberle hecho prometer que cargaría con una tonelada. Sin embargo, Bessy tenía a su favor demasiados sentimientos, no sólo la conciencia de que, como resultado de su matrimonio, había llevado una vida muy dura. Tulliver pensó en la posibilidad de ahorrar dinero de su salario, con muchos esfuerzos, para pagar un segundo dividendo a los acreedores, pero no le sería fácil conseguir un trabajo adecuado para él. Hasta la fecha, había llevado una vida regalada, mandando mucho y trabajando poco, y no estaba preparado para otra clase de empleo. Tal vez debería emplearse como jornalero y su esposa podría recibir ayuda de sus hermanas, aunque esa perspectiva le resultaba doblemente amarga, especialmente después de que hubieran permitido la venta de todos los objetos preciosos de Bessy, probablemente porque querían ponerla en su contra y hacerle sentir que era él quien la había llevado a esa situación. Cuando se presentaron para insistir en lo que tenía que hacer por la pobre Bessy, escuchó sus reconvenciones sin mirarlos más que de reojo y cuando estaban de espaldas. Sólo el temor de necesitar su ayuda había hecho que aceptar su consejo fuera la alternativa más sencilla.

Pero el argumento de mayor peso era el amor al lugar por donde había correteado de pequeño, igual que Tom lo hizo años más tarde. Los Tulliver habían vivido allí durante varias generaciones, y cuando era pequeño durante las noches de invierno permanecía sentado en un escabel mientras su padre le contaba la historia del viejo molino de madera que se alzaba allí antes de que las últimas grandes inundaciones lo dañaran tanto que su abuelo lo echó abajo y construyó otro nuevo. Cuando Tulliver pudo caminar otra vez y contemplar los viejos objetos, sintió la fuerza de un afecto que lo ataba a su hogar como parte de su vida, parte de sí mismo. No podía soportar la idea de tener que vivir en otro sitio que aquel, donde conocía el ruido de cada puerta y portón, sentía que la forma y el color de cada tejado y de cada mancha producida por el tiempo, de cada montículo truncado, eran los adecuados porque sus

sentidos se habían nutrido de ellos. Nuestra clase ociosa ilustrada, que apenas tiene tiempo que perder entre los setos, huye rápidamente hacia los trópicos y se encuentra en su casa entre palmeras y bananos, que se alimenta de libros de viajes y ensancha el teatro de su imaginación hasta el Zambeze, difícilmente puede concebir lo que un hombre a la antigua como Tulliver podía sentir por el lugar que era centro de todos sus recuerdos y donde la vida parecía una herramienta familiar, adaptada a la mano por el uso, en la que los dedos encajan con amorosa facilidad. Y, en aquellos momentos, Tulliver vivía en el recuerdo de tiempos lejanos que acostumbra a asaltarnos en las horas pasivas de la convalecencia.

—Mira, Luke —dijo una tarde, mientras miraba sobre la valla del huerto—. Recuerdo el día en que plantaron esos árboles. A mi padre *l'*entusiasmaba plantar, para él era una fiesta traer un carro lleno *d'*arbolitos, y yo me quedaba con él al aire libre, siguiéndolo como un perro.

Se dio media vuelta y, apoyándose en el pilar de la verja, miró hacia las construcciones que tenía ante sí.

—Creo que el viejo molino *m'*echaría de menos, Luke. Según cuenta una vieja historia, el río se enfada cuando el molino cambia de manos: se *l'*oí contar a mi padre muchas veces. Quién sabe si *l'*historia tendrá algo de cierto, porque este mundo es un lugar muy enredoso y el viejo Pero Botero siempre anda metido en él: todo esto es demasiado para mí.

—Pues sí, señor —dijo Luke con comprensión tranquilizadora—: la *verdá* es que con la roya del grano, el fuego de los almiarés y otras cosas que he visto yo mismo, muchas veces pasan cosas raras: el tocino de nuestro último cerdo se funde como si fuera mantequilla, no deja más que un chicharrón.

—Es como si fuera ayer mismo cuando mi padre empezó a hacer malta —prosiguió el señor Tulliver—. Recuerdo el día en que terminaron la caseta para maltear, y pensé que de allí iba a salir algo importante, porque aquel día comimos budín de ciruelas e hicimos una fiestecita, y pregunté a mi madre, que era una mujer delicada de ojos negros... La mocita se le parecerá como una gota a otra... —Llegado a este punto, el señor Tulliver se puso el bastón entre las piernas y sacó la cajita de rapé para disfrutar mejor de la anécdota, que iba desgranando poco a poco, como si de vez en cuando perdiera de vista la narración que deseaba contar—. Entonces yo era un niño pequeño, poco más alto que la rodilla de mi madre, que nos quería muchísimo, y yo le pregunté: «Madre, ahora que tenemos la casita para maltear, ¿comeremos budín de ciruelas cada día?». *L'*hizo tanta gracia que me lo contó una y otra vez hasta el día de su muerte. Murió joven, mi madre. Pero hace ya sus buenos cuarenta años que se construyó la casita de maltear y son pocos los días que no ha sido lo primero que he mirado al levantarme, año tras otro, en todas las estaciones. En otro sitio me volvería loco, me sentiría perdido. Es muy duro, lo mires

como lo mires, me irritará cargar con un yugo, pero prefiero seguir por el viejo camino en lugar de tomar otro nuevo.

—Sí, señor: aquí estará mejor que en cualquier otro *lao* —contestó Luke—. Yo no aguantaría tener que trabajar en otro sitio: todo es distinto: lo mismo los carros tienen las ruedas estrechas, las escaleras son distintas o son distintas las galletas de avena, como aquí mismo, Floss arriba. No es bueno cambiar de lugar.

—Imagino que querrán echar a Ben y hacer que te las apañes con un chico, y tendré que ayudar un poco. Tendrás peor empleo.

—No importa, señor —dijo Luke—, no pienso amargarme. He estado con *usté* veinte años, y veinte años no pasan porque uno quiera, igual que uno no puede hacer crecer los árboles: uno debe esperar a que nuestro Señor los envíe. Yo no me acostumbro a las nuevas comidas ni a las nuevas caras. No soy capaz: estas cosas atan mucho.

Tras esto, el paseo concluyó en silencio, porque Luke se había descargado de sus pensamientos hasta agotar todos sus recursos para la conversación, y el señor Tulliver había pasado de los recuerdos a una dolorosa reflexión sobre las distintas dificultades entre las que podía elegir. Aquella tarde, a la hora del té, Maggie advirtió que se encontraba inusualmente ausente; después permaneció sentado en el sillón, echado hacia delante, mirando el suelo mientras movía los labios y meneaba la cabeza de vez en cuando. Después miró intensamente a la señora Tulliver, que tejía delante de él; más tarde observó a Maggie, la cual, mientras se inclinaba sobre su labor, era plenamente consciente de que en la mente de su padre estaba desarrollándose una tragedia. De repente, el señor Tulliver cogió el atizador y rompió con rabia un gran trozo de carbón.

—Pero Tulliver, ¿en qué estás pensando? —exclamó la señora Tulliver, alzando los ojos alarmada—. Es un derroche romper el carbón: apenas nos queda carbón del grande y no sé de dónde podremos sacar más.

—Me parece que esta noche no se encuentra usted muy bien, padre —dijo Maggie—. Parece usted inquieto.

—Bueno, ¿cómo es que Tom no está aquí? —preguntó el señor Tulliver con impaciencia.

—¡Ay, señor! ¿Es ya la hora? Tengo que ir a prepararle la cena —dijo la señora Tulliver, dejando lo que estaba tejiendo y saliendo de la habitación.

—Son casi las ocho y media —dijo el señor Tulliver—. No tardará en llegar. Ve a buscar la Biblia grande y ábrela en la primera página, allí donde lo apuntamos todo. Y trae pluma y tintero.

Maggie obedeció intrigada: pero su padre no le dio más órdenes y se limitó a aguardar el rumor de los pasos de Tom en la gravilla, aparentemente irritado por el viento que se había levantado y cuyo rumor ahogaba todos los otros sonidos. Sus ojos

tenían una luz extraña que consiguió asustar a Maggie y ésta empezó a desear también la llegada de Tom.

—Aquí está —exclamó el señor Tulliver animado cuando por fin se oyó llamar a la puerta. Maggie fue a abrirla, pero su madre salió apresuradamente de la cocina.

—Espera, Maggie. Ya abro yo —dijo.

La señora Tulliver había empezado a asustarse un poco por la tardanza de su hijo y estaba celosa de todo lo que los demás pudieran hacer por él.

—Tienes la cena lista junto al fuego de la cocina, hijo mío —anunció mientras Tom se quitaba la chaqueta y el sombrero—. Puedes cenar solo, como a ti te gusta, sin que yo t’hable.

—Madre, me parece que padre quiere hablar con Tom —intervino Maggie—. Primero debe ir al salón.

Tom entró con la expresión triste que acostumbraba a tener por las noches, pero vio de inmediato la Biblia abierta y la escribanía, y lanzó a su padre una mirada de sorpresa e inquietud.

—Pasa, pasa, llegas tarde —dijo su padre—. Quiero que hagas una cosa.

—¿Pasa algo, padre? —preguntó Tom.

—Siéntate, sentaros todos —ordenó el señor Tulliver—. Y tú, Tom, siéntate aquí, quiero que escribas una cosa en la Biblia.

Los tres tomaron asiento sin dejar de mirar al señor Tulliver, el cual empezó a hablar lentamente, mirando primero a su esposa.

—He tomado una decisión, Bessy, y quiero cumplir la promesa que te hice. Nos espera la misma tumba a los dos y no debemos guardarnos rencor. Me quedaré aquí, trabajaré para Wakem y me comportaré con honradez: no hay Tulliver que no sea honrado, no lo olvides, Tom —añadió, alzando la voz—: Seguirán criticándome incluso mientras intento pagar las deudas, pero no es culpa mía, es que hay demasiados bribones en este mundo, son demasiados para mí y tengo que rendirme. Dejaré que me pongan el yugo, porque tienes razón al decir que t’he metido en todo este lío, Bessy, y trabajaré para él como si se tratara de un hombre honrado: yo soy un hombre honrado, aunque nunca volveré a levantar cabeza: soy un árbol caído... Un árbol caído.

Hizo una pausa y miró hacia el suelo.

—¡Pero no se lo perdonaré! —añadió de repente en un tono más fuerte y profundo, levantando la cabeza—. Ya sé que dicen que él no me quería perjudicar, así es como el viejo Pero Botero ayuda a los bribones, ha estado en la raíz de todo. Aunque es un caballero educado, ya lo sé, ya lo sé. Dicen que yo no tenía que recurrir a la ley, pero ¿cómo se hace justicia? Para él la ley no significa nada, ya lo sé, es uno de los caballeros que consiguen dinero haciendo negocios con los pobres y, cuando los han convertido en mendigos, les dan limosna. ¡No pienso perdonarlo! Desearía

que cayera sobre él tal deshonra, que su hijo quisiera olvidarlo. Quisiera que cometiera algún delito que se viera obligado a trabajar con sus propias manos. Pero eso no sucederá, es demasiado bribón para que la ley lo pille. Y no olvides eso, Tom: no lo perdones nunca, nunca, si quieres ser hijo mío. Quizá llegue el día en que consigas que se arrepienta: yo no veré ese momento. Yo tendré la cabeza agachada bajo el yugo. Ahora escribe eso, todo eso, en la Biblia.

—¿Qué cosa, padre? —preguntó Maggie, dejándose caer junto a sus rodillas, pálida y temblorosa—. Es malo maldecir y guardar rencor.

—No lo es, te lo aseguro —exclamó su padre con ferocidad—. Lo malo es que los bribones prosperen, eso es obra del demonio. Haz lo que te digo Tom: escribe.

—¿Qué debo escribir, padre? —preguntó Tom con sombría sumisión.

—Escribe que tu padre, Edward Tulliver, se puso a trabajar para John Wakem, el hombre que había contribuido a su ruina, porque había prometido a su esposa reparar en la medida de lo posible el daño hecho, y porque quiero morir en el lugar donde nací y donde nació mi padre. Ponlo con las palabras adecuadas, ya sabrás cómo, y después escribe que no perdono a Wakem por todo esto y que, aunque trabajaré para él como un hombre honrado, deseo que caiga sobre él todo tipo de males. Escríbelo.

Se produjo un silencio sepulcral mientras la pluma de Tom se desplazaba sobre el papel: la señora Tulliver parecía asustada y Maggie temblaba como una hoja.

—Ahora léeme lo que has escrito —ordenó el señor Tulliver.

Tom lo leyó lentamente.

—Ahora pon que recordarás lo que Wakem ha hecho a tu padre y que, llegado el momento, harás que él y los suyos se arrepientan. Y firma con tu nombre completo, Tomas Tulliver.

—¡No, padre, querido padre! —exclamó Maggie, estremecida de miedo—. No hagas que Tom escriba eso.

—¡Calla, Maggie! —exclamó Tom—: Quiero escribirlo.

Libro cuarto

El valle de la humillación

Capítulo I

Una variedad del protestantismo que Bossuet desconocía

Tal vez, lector, hayas tenido oportunidad de descender por el Ródano en un día de verano y sentir que la luz del sol se tornaba sombría por causa de los pueblos en ruinas que salpican las orillas en algunos tramos de su curso, contándonos que el rápido río creció en una ocasión, igual que un dios que arrastra «todo lo que tenía aliento de espíritu de vida en sus narice».^[23] y convierte su morada en desolación. Quizás hayas pensado, lector, que estos tristes restos de casas vulgares, que en sus mejores tiempos eran meras muestras de una vida sórdida, propia en todos sus detalles de nuestra era vulgar, causan un efecto muy distinto al de las ruinas del castillado Rin, desmoronadas y fundidas con tal armonía en las laderas verdes y rocosas que parecen formar parte del paisaje natural, como el pino de montaña: es más, incluso recién contruidos, los castillos poseerían esa cualidad natural, como si los hubiera edificado una raza nacida de la tierra que hubiera heredado de su poderosa madre un sublime instinto creador de formas. ¡Qué época novelesca! Si aquellos saqueadores feudales eran ogros malhumorados y borrachos, al menos la bestia salvaje que llevaban dentro poseía cierta grandeza: eran jabalíes que rasgaban y desgarraban con sus colmillos, pero no cerdos domésticos: representaban las fuerzas demoníacas siempre en conflicto con la belleza, la virtud y las costumbres civilizadas: ofrecían un hermoso contraste con el trovador errante, la princesa de labios suaves, el piadoso ermitaño y el tímido judío. Cuando la luz del sol caía sobre el destellante acero y los estandartes al viento, aquella eras una época llena de color: una época de aventuras y fieras luchas; y no sólo eso, sino también de arte y entusiasmo religiosos. ¿Acaso no fue entonces cuando se construyeron las catedrales y los grandes emperadores dejaron sus palacios occidentales para morir ante las fortalezas infieles en el sagrado Oriente? Por todos estos motivos los castillos del Rin me inspiran poesía: pertenecen a la gran vida histórica de la humanidad y evocan en mí toda una época. En cambio, los esqueletos angulosos de ojos hundidos y color mortuorio de los pueblos a orillas del Ródano me oprimen con la sensación de que la vida humana —gran parte, por lo menos— es una existencia angosta, fea y humillante que ni siquiera la calamidad eleva, sino que, al contrario, tiende a exhibirla en toda su vulgaridad; y tengo la cruel convicción de que las vidas de las que esas ruinas son resto formaban parte de una tosca suma de oscura vitalidad que caerá en el mismo olvido que las sucesivas generaciones de hormigas y castores.

Quizá, lector, hayas sentido una similar sensación opresiva mientras contemplabas la anticuada vida familiar que transcurre a orillas del Floss y que la

pena difícilmente consigue elevar por encima de lo tragicómico. Dirás que es una vida sórdida ésta que llevan los Tulliver y los Dodson, los cuales no se guían por principios sublimes, por visiones románticas ni por una fe activa y sacrificada; no los empujan ninguna de esas pasiones incontrolables que crean las oscuras sombras de la miseria y el crimen; no tienen necesidades toscas y primitivas, no conocen las tareas duras, sumisas y mal pagadas, no descifran con capacidad infantil lo que ha escrito la naturaleza, todo lo cual da carácter poético a la vida del campesino. Poseen costumbres y conceptos mundanos convencionales sin educación y sin refinamiento. Sin duda, la forma de vida humana más prosaica: orgullosa respetabilidad sobre una basta calesa; mundanería sin guarnición. Si observamos de cerca a estas gentes, incluso cuando la mano de hierro de la desgracia les ha hecho perder el vínculo mecánico que las une al mundo, se advierte escasa huella de la religión y la impronta aún menor de un claro credo cristiano. Su fe en lo oculto, en lo que respecta a sus manifestaciones, se diría que posee un carácter pagano: sus nociones morales, si bien sostenidas con tenacidad, no parecen responder a otro criterio que a la costumbre hereditaria. No se puede vivir entre gente así; uno se ahoga por falta de una salida hacia lo hermoso, grande o noble; se irrita con esos hombres y mujeres grises que no casan con la tierra en donde viven, esta rica llanura por la que fluye el gran río hacia delante y une el débil pulso de la vieja población inglesa con los latidos del poderoso corazón del mundo. Se diría más propia del misterio de la suerte humana la vigorosa superstición que azota a sus dioses o a sí misma que la formicante actitud de esos Dodson y Tulliver.

Comparto contigo, lector, esta sensación de estrechez opresiva; pero es necesario que la sintamos si queremos entender cómo actuaba sobre las vidas de Tom y de Maggie, cómo ha afectado a los jóvenes de varias generaciones que, empujados por la tendencia al progreso de las cosas humanas, se han elevado por encima del nivel mental de la generación precedente, a la que, sin embargo, los ataban las fibras más fuertes de su corazón. De este modo, en cada población, cientos de corazones oscuros representan el sufrimiento, como víctimas o mártires, propio de todo avance histórico de la humanidad: y no debemos temer esta comparación de las cosas pequeñas con las grandes: ¿acaso la ciencia no nos dice que centra su empeño en la búsqueda de aquello que vincule lo más pequeño a lo más grande? Por lo que sé, en las ciencias naturales nada carece de importancia para el estudioso que posea una amplia visión de estos vínculos ni para quien cada objeto sugiera una amplia gama de condiciones. Y lo mismo sucede con la observación de la naturaleza humana.

Sin duda, las ideas religiosas y morales de los Dodson y los Tulliver eran demasiado específicas para que pudiera llegarse a ellas de modo deductivo partiendo de la afirmación de que formaban parte de la población protestante de Gran Bretaña. Su teoría de la vida poseía una base sólida, como todas las teorías a partir de las

cuales se han criado y florecido todas las familias decentes y prósperas; pero carecía de toda teología. Si cuando las hermanas Dodson eran solteras sus Biblias se abrían con más facilidad en una página que en otra se debía a que guardaban en ellas pétalos secos de tulipanes, distribuidos con cierta imparcialidad, sin preferencia alguna por lo histórico, piadoso o doctrinal. Su religión era sencilla, casi pagana, pero no había en ella herejía alguna —si es que herejía significa elección— porque no sabían que existiera ninguna otra religión, con la única excepción de las corrientes no anglicanas, rasgo que parecía transmitirse de padres a hijos, como el asma. ¿Cómo podrían saberlo? El vicario de su agradable parroquia rural no era polemizador y, en cambio, se le daba bien jugar al *whist* y tenía siempre a punto alguna broma para las parroquianas de buen ver. La religión de los Dodson consistía en reverenciar todo aquello que fuera tradicional y respetable: era necesario estar bautizado para que te enterraran en el cementerio y tomar los últimos sacramentos como garantía contra una serie de vagos peligros; pero era igualmente necesario contar para el funeral con adecuados portadores del féretro y con unos jamones bien curados, así como dejar un testamento irreprochable. Ningún Dodson desearía que se le echara en cara el olvido de nada apropiado o que formara parte desde tiempo inmemorial de las tradiciones familiares y de las costumbres claramente indicadas en la práctica de los parroquianos más acaudalados: cosas tales como la obediencia a los padres, la fidelidad a los consanguíneos, la laboriosidad, la honradez, el espíritu de ahorro, la limpieza cuidadosa de todo tipo de utensilios de madera y cobre, la acumulación de monedas que podrían desaparecer de la circulación, la producción de bienes de primera clase para el mercado y la preferencia general por todo aquello que fuera casero. Los Dodson eran orgullosos y su orgullo residía en frustrar por completo todo deseo ajeno de reprocharles algún incumplimiento de un deber o norma tradicional. En muchos sentidos se trataba de un orgullo razonable, puesto que identificaba el honor con la integridad perfecta, el cuidado en el trabajo y la fidelidad a las normas establecidas; y la sociedad debe la presencia de cualidades importantes en algunos de sus miembros a las madres de la clase de los Dodson, que preparaban bien la mantequilla y los platos tradicionales y se habrían sentido avergonzadas por hacerlo de otro modo. Ser honrado y pobre nunca fue la divisa de un Dodson, pero todavía menos lo era ser pobre y parecer acaudalado; el lema de la familia era ser rico y honrado, y no sólo rico, sino más incluso de lo imaginado. Llevar una existencia respetable y contar con los portadores adecuados en el funeral suponía alcanzar los objetivos últimos de esta vida, pero ese éxito quedaría totalmente anulado si, al leer el testamento, el prestigio del difunto cayera por los suelos por ser más pobre de lo esperado o por legar sus bienes de modo caprichoso, sin guardar la adecuada proporción con los grados de parentesco. El comportamiento con los familiares debía ser siempre el adecuado: y lo propio era corregirlos severamente si su actitud no

honraba a la familia, pero sin privarlos de su parte correspondiente de hebillas de los zapatos y otras propiedades. Cualidad destacada del carácter de los Dodson era su sinceridad; tanto sus vicios como sus virtudes formaban parte de un egoísmo orgulloso y franco que aborrecía enérgicamente cualquier gesto contra su fama y su interés; reprenderían duramente a cualquier familiar descarriado, pero nunca lo abandonarían o harían caso omiso de su presencia: no permitirían que le faltara el pan, aunque exigirían que lo comiera con hierbas amargas.

La misma fe tradicional corría por las venas de los Tulliver, pero arrastrada por una sangre más rica, con trazas de una imprudencia generosa un afecto cálido y una temeridad impetuosa. Algunos habían oído contar al abuelo del señor Tulliver que descendía de un tal Ralph Tulliver, un individuo brillante que terminó en la ruina. Es muy probable que el listo de Ralph viviera por todo lo alto, montara briosos corceles y fuera obstinado en sus opiniones. En cambio, nunca se había oído hablar de un Dodson que se arruinara: no era ése el estilo de la familia.

Si éstas eran las filosofías de la vida según las cuales se habían educado los Dodson y los Tulliver en los meritorios tiempos de Pitt y de los precios altos, el lector podrá deducir de lo que ya conoce de la sociedad de Saint Ogg's que en sus años de madurez ninguna influencia los había cambiado. Incluso era posible que, tras tantos años de sermones anticatólicos, las gentes conservaran múltiples ideas paganas y, sin embargo, se tuvieran por buenos fieles anglicanos: de modo que no puede sorprendernos que el señor Tulliver, aunque asistía a la iglesia con frecuencia, dejara constancia de su afán de venganza en las guardas de la Biblia familiar. Nada podía reprocharse al vicario de la encantadora parroquia rural a la que pertenecía el molino de Dorlcote: era hombre de una familia excelente, un soltero irreprochable de aficiones elegantes que se había licenciado con notas brillantes y pertenecía a una hermandad universitaria. El señor Tulliver sentía por él el debido respeto, como hacía con todo lo relacionado con la Iglesia; pero consideraba que la Iglesia era una cosa y el sentido común otra, y que no quería que nadie le contara, precisamente a él, lo que era el sentido común. La naturaleza ha dotado con pequeños zarcillos a algunas semillas que necesitan encontrar un cobijo para protegerse en circunstancias desfavorables, con la finalidad de que puedan aferrarse a superficies poco receptivas. Al parecer, la semilla espiritual sembrada en el señor Tulliver carecía de recursos y se la había llevado el viento.

Capítulo II

Las espinas atraviesan el nido desgarrado

La agitación que acompaña a los primeros golpes de la adversidad trae consigo una fuerza que nos sostiene, de la misma manera que con frecuencia el dolor agudo es también estímulo y produce una excitación que se transforma en fuerza efímera. En cambio, la desesperación amenaza en la vida lenta y alterada que los sigue, cuando la pena ya no es novedad y no posee la intensidad emotiva que contrarresta el dolor, cuando los días transcurren en una monotonía sin esperanza y el sufrimiento es una aburrida rutina; entonces se siente el hambre perentoria del alma y los sentidos se alertan para aprender algún secreto de nuestra existencia que permita obtener satisfacción de la resistencia.

Este momento de extrema necesidad había llegado a Maggie, que sólo contaba trece años. A su precocidad, la niña añadía esta temprana experiencia de lucha, de combate entre el impulso interior y el hecho exterior, propio de todo carácter imaginativo y apasionado; y los años transcurridos desde que clavaba clavos en el fetiche de madera, entre las vigas carcomidas de la buhardilla, se habían llenado con una vida tan ansiosa del triple mundo de la realidad, los libros y las fantasías que Maggie resultaba extrañamente adulta para su edad, con la única excepción de su total falta de prudencia y dominio de sí misma, cualidades que, por el contrario, hacían adulto a Tom en plena infancia intelectual. Y en aquellos momentos, la vida que le había tocado en suerte empezaba a adquirir una monotonía triste y tranquila que la hacía encerrarse más en sí misma. Su padre podía ocuparse otra vez de su trabajo, sus asuntos se habían solucionado y trabajaba como empleado de Wakem en el lugar de siempre. Tom iba y venía por las mañanas y por las tardes, y en casa estaba cada vez más callado: ¿qué había que decir? Todos los días eran iguales y el interés de Tom por la vida, aplastado y repelido en todos los otros sentidos, se concentraba en la única vía posible: la ambiciosa resistencia a la adversidad. Las rarezas de su padre y de su madre le resultaban muy irritantes, ahora que estaban despojadas de todos los acompañamientos propios de una casa próspera, ya que Tom tenía una mirada muy clara y prosaica que no enturbiaban las neblinas de los sentimientos o de la imaginación. La pobre señora Tulliver parecía incapaz de volver a ser la misma y de recuperar su plácida actividad doméstica: ¿cómo iba a hacerlo? Habían desaparecido los objetos entre los que su mente se desplazaba satisfecha: le habían arrebatado repentinamente todas las pequeñas esperanzas, planes y especulaciones, todos los pequeños cuidados que dedicaba a unos tesoros que durante un cuarto de siglo, desde que compró las primeras tenacillas para los terrones de

azúcar, habían hecho de su mundo un lugar comprensible, y aquella vida vacía la desconcertaba. No dejaba de dar vueltas a la insoluble pregunta de por qué había tenido que sucederle a ella lo que no sucedía a otras mujeres, y así expresaba la perpetua comparación entre el pasado y el presente. Daba pena contemplar cómo aquella rubia atractiva y robusta iba ajándose y adelgazando, víctima de una inquietud física y mental que con frecuencia la hacía vagar por la casa vacía tras terminar su trabajo, hasta que Maggie, alarmada, iba a buscarla y la hacía parar explicándole lo mucho que inquietaba a Tom que arruinara su salud por no sentarse a descansar. Y, sin embargo, en medio de aquella indefensa imbecilidad, un humilde rasgo de devoto espíritu materno resultaba conmovedor e inspiraba la ternura de Maggie hacia su pobre madre, en medio de las pequeñas pero agotadoras penas que su debilidad mental causaba. No permitía que Maggie hiciera el trabajo más pesado y que más estropeaba las manos, y se enfurruñaba cuando Maggie intentaba aliviarla de tanto frotar y restregar.

—Déjalo, hija mía, se t'encallecerán las manos —decía—. Corresponde a tu madre hacerlo: yo ya no puedo coser, me falla la vista.

Y seguía cepillando y cuidando con mimo el cabello de Maggie, con el que se había reconciliado, a pesar de su negativa a rizárselo, ahora que era tan largo y espeso. Maggie no era su niña mimada y, en general, habría preferido que fuera muy distinta; sin embargo, aquel corazón femenino, tan herido en sus pequeños deseos personales, hallaba consuelo en el futuro de su joven hija, y la madre encontraba satisfacción estropeándose las manos para salvar otras con tanta vida por delante.

Pero la presencia constante de los perplejos lamentos de su madre resultaba menos dolorosa para Maggie que la depresión hosca y taciturna de su padre. Mientras estuvo paralizado y pareció que seguiría siempre en aquella condición infantil de dependencia —es decir, mientras apenas fue consciente de sus problemas—, el amor y la compasión eran para Maggie casi una inspiración, un nuevo poder que haría fácil lo más difícil, por cariño a él; sin embargo, tras la dependencia infantil pasó a un estado de concentración que contrastaba con su antiguo talante comunicativo y animado, y se prolongaba día tras día y semana tras semana, sin que sus ojos tristes mostraran nunca entusiasmo ni alegría. Para los jóvenes resulta cruelmente incomprensible esta sombría monotonía en las personas ancianas o de mediana edad arrastradas por la vida a la decepción y el descontento, en cuyos rostros una sonrisa resulta tan extraña que las tristes líneas en torno a los labios y el ceño parecen ignorar lo que es y ésta desaparece porque nada la acoge. «¿Por qué no se animan y se alegran de vez en cuando?», piensa la vitalidad juvenil. «Si se lo propusieran, les resultaría muy fácil». Y esas nubes plomizas que nunca se abren consiguen impacientar incluso al afecto filial que mana sólo de la ternura y la piedad en momentos de la más obvia aflicción.

El señor Tulliver no se demoraba fuera de su casa: se escabullía a toda prisa del mercado y rechazaba todas las invitaciones para quedarse a charlar, como en los viejos tiempos, en las casas donde acudía por asuntos de trabajo. No era capaz de resignarse: en todas las actitudes su orgullo se sentía herido, y en todo comportamiento, amable o frío, detectaba una alusión a su cambio de circunstancias. Ni siquiera los días en que Wakem aparecía para recorrer las tierras a caballo e interesarse por el negocio eran tan malos como los de mercado, en los que tenía que encontrarse con varios de los acreedores que habían llegado a un acuerdo con él. En aquellos momentos, concentraba todo su pensamiento y esfuerzo en pagar las deudas; y bajo la influencia de esta absorbente exigencia de su carácter, el otrora hombre generoso que odiaba que se le escatimara nada o escatimar a los demás en su propia casa, fue metamorfoseándose en un tacaño y un mezquino. La señora Tulliver no conseguía economizar a su gusto en la comida y el fuego, y él se negaba a comer nada que no fuera de la peor calidad. Tom, aunque abatido y hastiado por la hosquedad de su padre y la tristeza de la casa, coincidía plenamente en que había que pagar a los acreedores, y el pobre chico aportó su primera paga trimestral con una deliciosa sensación de éxito y se la entregó a su padre para que la metiera en la caja de hojalata que contenía los ahorros. La pequeña reserva de soberanos de la lata parecía ser lo único que aportaba un débil rayo de placer a los ojos del molinero; tenue y efímero, porque pronto se disipaba al pensar en el tiempo necesario —tal vez superior a los años que le quedaban— para que los menguados ahorros pudieran terminar con la pesadilla de la deuda. El déficit de más de quinientas libras, al que habría que sumar los intereses acumulados, parecía un abismo demasiado difícil de llenar economizando treinta chelines al mes, aunque a esto se sumaran los probables ahorros de Tom. En este punto coincidían por completo los cuatro seres tan distintos que, poco antes de irse a la cama, se sentaban ante el agonizante fuego de astillas que producía un calor barato. La señora Tulliver llevaba en las venas la orgullosa integridad de los Dodson y de acuerdo con la educación recibida pensaba que quitar a los demás su dinero de modo fraudulento —otro modo de definir una deuda— equivalía a una especie de picota moral: habría sido perverso, en su opinión, ir en contra de los deseos de su esposo de «hacer lo correct» y reparar su nombre. Albergaba la confusa noción de que si se pagaba a todos los acreedores se le devolvería la plata y la ropa y, al mismo tiempo, tenía la idea innata de que mientras uno debía dinero y no lo devolvía no podía considerarse dueño de nada. Refunfuñaba un poco porque el señor Tulliver se negaba a exigir la devolución de la deuda de los Moss: pero aceptaba sumisamente todas las exigencias de economía doméstica, hasta el punto de privarse de los caprichos más baratos: su único gesto de rebelión consistía en introducir clandestinamente en la cocina algo que pudiera mejorar un poco la cena de Tom.

Estas ideas estrictas sobre las deudas que defendían los anticuados Tulliver tal vez hagan sonreír a muchos lectores de estos tiempos de filosofía más relajada y criterios comerciales menos estrictos, según los cuales todo se equilibra sin que tengamos que intervenir: el hecho de que mi proveedor pierda dinero por mi culpa se contempla desde la serena certeza de que habrá otro proveedor que saque más beneficios de la cuenta y, puesto que en este mundo bien tiene que haber deudas, es mero egoísmo no querer ser nosotros los deudores. Cuento aquí la historia de personas muy sencillas que nunca habían tenido dudas esclarecedoras en relación con su integridad y su honor.

Bajo esta lúgubre melancolía y limitación de afanes, el señor Tulliver conservaba un cariño especial hacía la «mocita», que convertía su presencia en una necesidad, aunque ésta no bastara para alegrarlo. Seguía siendo la niña de sus ojos, pero la dulce fuente del amor paternal se mezclaba ahora con la amargura, igual que todo lo demás. Cuando, por la noche, Maggie dejaba su trabajo, acostumbraba a sentarse en un taburete junto a las rodillas de su padre y apoyaba en ellas la mejilla. ¡Cuánto deseaba que le acariciara la cabeza o diera alguna muestra de que lo tranquilizaba la sensación de tener una hija que lo quería! Pero ahora sus pequeños mimos no obtenían respuesta de su padre ni de Tom, sus dos ídolos. Durante los breves intervalos que pasaba en casa, Tom se mostraba cansado y abstraído, y su padre estaba amargamente preocupado con la idea de que la niña crecía y se transformaba rápidamente en una mujer. En aquellas circunstancias, tenía pocas posibilidades de contraer un buen matrimonio y le repugnaba la idea de que se casara con un hombre pobre, como su tía Gritty: eso sí que haría que se revolviera en su tumba: ver a su mocita aplastada por los hijos y el trabajo como su tía Moss. Cuando las mentes incultas, con una estrecha gama de experiencias personales, se encuentran bajo la presión de la desgracia continuada, su vida interior tiende a convertirse en una rueda perpetua de pensamientos tristes y amargos: las mismas palabras y las mismas escenas se repiten una y otra vez, acompañadas del mismo estado de ánimo; el fin de año los encuentra tal como estaban al principio, como si fueran máquinas preparadas para repetir una serie de movimientos recurrentes.

Pocos visitantes rompían la monotonía de los días. Las visitas de los tíos eran breves: sin duda, no podían quedarse a comer y la coacción que ejercía el tenso silencio del señor Tulliver, que parecía sumarse al eco de la sala vacía y sin alfombra cuando hablaban las tías, hacía que esas visitas familiares resultaran desagradables para ambos lados y tendían a escasear. En cuanto a otras amistades, las personas que sufren un revés social parecen quedar envueltas en un aire gélido, y la gente prefiere mantenerse tan lejos como de una habitación helada: unos seres humanos, sólo un hombre y una mujer, sin muebles, sin nada que ofrecer y que han dejado de figurar en sociedad, presentan una embarazosa ausencia de motivos para desear visitarlos o de

temas de conversación posibles. En aquellos tiempos lejanos, en la civilizada sociedad cristiana de estos reinos, las familias que habían descendido de nivel social se veían envueltas en un terrible aislamiento, a menos que pertenecieran a alguna pequeña corriente religiosa, en la que se consigue cierta calidez fraternal ardiendo en el fuego sagrado.

Capítulo III

Una voz del pasado

Una tarde, cuando los castaños empezaban a florecer, Maggie sacó una silla a la puerta de la casa y se sentó con un libro sobre las rodillas. Sus ojos negros se apartaban del libro, pero no parecían disfrutar de los rayos de sol que atravesaban la pantalla de jazmín del porche situado a su derecha y proyectaban sombras en forma de hoja sobre su pálida y redonda mejilla; por el contrario, se diría que buscaban algo que el sol no mostraba. Aquel día había sido más aciago que de costumbre: su padre, tras una visita a Wakem, había sufrido un ataque de ira durante el cual había pegado por una falta fútil al chico que servía en el molino. Ya en otra ocasión, tras su enfermedad, había sufrido un ataque similar y había azotado a su caballo, y la escena había dejado en Maggie una huella duradera. Se le había ocurrido pensar que tal vez pudiera pegar a su madre si a ésta se le ocurriera intervenir con voz blanda en un momento poco oportuno. El peor de sus temores era que su padre pudiera añadir a su desgracia presente algún acto desdichado e irreparable. El ajado libro de texto de Tom que tenía sobre las rodillas no le proporcionaba ningún consuelo ante aquel temor y sus ojos se le llenaban de lágrimas una y otra vez mientras vagaban de un lado a otro sin ver los castaños ni el lejano horizonte, sino sólo escenas futuras de tristeza doméstica.

De repente le sorprendió el sonido de la puerta de la verja y el rumor de pasos en la gravilla. No era Tom, sino un hombre con una gorra de piel de foca y un chaleco de felpa azul; llevaba un saco a la espalda y lo seguía un bull terrier moteado de fiero aspecto.

—¡Ah, Bob! ¡Eres tú! —exclamó Maggie con una sonrisa de placer al reconocerlo, porque no habían sido muchos los gestos amables capaces de borrar el recuerdo de la generosidad de Bob—. ¡Cuánto me alegro de verte!

—Gracias, señorita —saludó Bob, levantando la gorra con expresión radiante, pero inmediatamente se sintió violento y se relajó mirando al perro y diciéndole en tono de enfado—. Lárgate, idiota.

—Mi hermano todavía no ha llegado a casa, Bob —dijo Maggie—. Pasa el día en Saint Ogg's.

—Bueno, señorita —dijo Bob—. Me gustaría ver al señor Tom, pero no he venido por eso. Mire lo que traigo.

Bob depositaba en aquel momento el fardo en el umbral y, junto con él, un paquete de libros pequeños atados con un cordel. Sin embargo, al parecer no era ése el objeto sobre el que pretendía llamar la atención de Maggie, sino algo que llevaba

bajo el brazo, envuelto en un pañuelo rojo.

—¡Mire! —dijo, colocando el paquete rojo sobre los otros y desenvolviéndolo—. A lo mejor se piensa que me tomo libertades, señorita, pero he encontrado estos libros por *casualidad* y me se ocurrió pensar que a lo mejor compensan un poco los que perdió: oí que decía algo de las *‘lustraciones* ¡mire ésta!

Al abrir el pañuelo rojo mostró un número atrasado del anuario *Keepsake* y seis o siete ejemplares de *Portrait Gallery* en octavo; la enfática petición se refería a un retrato de Jorge IV con toda la majestad de su cráneo hundido y un voluminoso pañuelo anudado al cuello.

—Aquí hay toda clase de caballeros —siguió Bob, pasando las páginas con entusiasmo—, con todo tipo de narices, algunos son calvos y otros llevan peluca. Caballeros del *parliament*, digo yo que serán. Y aquí hay muchas damas —añadió, abriendo el ejemplar de *Keepsake*—, algunas con el cabello rizado y otras con el cabello liso: unas sonríen con la cabeza torcida y otras parecen a punto de echarse a llorar, mire ésas, sentadas en el campo y vestidas como las damas que bajan de los carruajes cuando van a los bailes del Old Hall. Caramba, ¡qué se pondrán los hombres cuando vayan a cortejarlas! Anoche me quedé hasta las doce mirándolas. Como que me miraban como si me conocieran. Pero bueno, yo no sabría qué decirles. Serán mejor compañía para *usté*, señorita, y el hombre del puesto de libros me dijo que eran las mejores *lustraciones*, que eran de primera.

—¿Y las has comprado para mí, Bob? —preguntó Maggie, profundamente conmovida por su amabilidad—. ¡Qué bueno eres! Pero temo que te hayan costado muy caras.

—¡Ca! —dijo Bob—. Habría pagado tres veces más si con eso se consolara *usté* por lo que ha perdido, señorita. Porque no me se olvida la cara que tenía cuando perdió los otros libros: me s’ha quedado pintada como si la tuviera delante de los ojos. Y cuando vi los libros abiertos en el puesto, con una dama que me miraba con unos ojos como los de esté cuando estaba triste, perdone esta libertad, señorita, pensé que me tomaría la libertad de comprárselos, y entonces compré estos libros llenos de caballeros para completar el lote, y después —llegado a este punto, Bob alzó el pequeño paquete de libros— pensé que también le gustaría tener un poco de letra, no sólo dibujos, y compré estos por si le parecen bien, están llenos de letras, y pensé que no estaría mal que acompañaran a los otros que son un poco mejores. Y espero que no me los rechace y me diga que no los quiere, como hizo el señor Tom con los soberanos.

—No, claro que no, Bob —contestó Maggie—. Te agradezco mucho que hayas pensado en mí, creo que nadie ha sido nunca tan amable conmigo. No tengo muchos amigos que se ocupen de mí.

—Pues tenga un perro, señorita: son mejores amigos que cualquier cristiano —

dijo Bob, depositando de nuevo el saco que había tomado con intención de marcharse; se sentía muy tímido ante una muchacha como Maggie aunque, como acostumbraba a decir, «se le escapaba la lengua» en cuanto empezaba a hablar—. No puedo regalarle a Mumps, porque se moriría de pena si se separara de mí. ¿Verdad, perillán? —Mumps optó por expresarse con un único movimiento afirmativo del rabo —, pero le regalaré un cachorro si quiere.

—No, gracias, Bob. Tenemos ya un perro guardián y no puedo tener otro mío.

—Bueno, pues es una pena. Conozco un cachorro *manífico*, si no le importa que no sea de raza: su madre actúa en un número de feria, es una perra *excepcional*: algunos, desde que se levantan hasta que se acuestan, muestran menos cabeza que ella con sus ladridos. Uno que vende ollas por ahí, un oficio tan humilde como el de todos los vendedores ambulantes, fue y dijo un día: «Esa Toby no es más que una perra mestiza que no vale *pa n*», pero yo le dije: «¿Y tú qué? Tampoco pareces de raza. Si se te mira bien, no parece que tuvieras gran cosa que heredar de tu padre y de tu madre». No es que yo sea muy *refinao*, pero no me gusta que un chucho se meta con otro. Buenas tardes, señorita —añadió Bob bruscamente, alzando de nuevo el fardo, consciente de que su lengua estaba comportándose con poca disciplina.

—Ven alguna tarde a ver a mi hermano, Bob —dijo Maggie.

—Sí, señorita. Gracias. Otro día. Presente mis respetos a su hermano. Ah, él si que ha crecido: a él le han crecido las piernas más que a mí.

El hatillo volvía a estar en el suelo, pues el gancho del bastón que lo sostenía estaba mal colocado.

—*Mumps* no es un chucho callejero, ¿verdad? —preguntó Maggie, adivinando que el amo agradecería cualquier interés por el perro.

—No, qué va, señorita —dijo Bob con una sonrisa de desdén—. *Mumps* es un cruce tan bueno como el mejor que se pueda encontrar a lo largo de todo el Floss, y lo he recorrido mucho con la barcaza. Caramba, si hasta los señores se detienen a mirarlo, pero *Mumps* no los mira: él va a lo suyo.

La expresión de *Mumps*, que parecía tolerar la existencia superflua de los objetos en general, confirmaba con creces estas alabanzas.

—Parece muy arisco, ¿dejará que lo acaricie?

—Sí, claro, se lo agradecerá. *Mumps* sabe distinguir a la gente. No es fácil engañarlo: sabe distinguir perfectamente a los ladrones. Vaya, hablo con él todo el rato cuando ando por sitios solitarios, y si he hecho alguna trampa, *tamién* se lo cuento: no tengo secretos para él. Sabe todo lo del dedo gordo.

—¿Y qué le pasa al dedo gordo? —preguntó Maggie.

—Pues eso —dijo Bob, mostrando un ejemplar singularmente ancho de aquello que distingue al hombre del mono—: que cuando mido un trozo de franela, porque llevo franela porque pesa poco y es cara, pues un pulgar ancho cuenta mucho. Señalo

la yarda con el pulgar y corto por el lado de dentro, y las viejas no se dan ni cuenta.

—Pero Bob —le reconvino Maggie con aspecto serio—: eso es un engaño, no me gusta oírte contar estas cosas.

—¿No, señorita? —preguntó Bob compungido—. Entonces siento habérselo contado. Pero estoy *acostumbrao* a hablar con *Mumps*, y a él no le importa que engañe un poquillo a esas viejas tacañas que no paran de regatear, que querrían que les diera gratis la franela y les da igual que yo no gane ni *pa* comer. Señorita, no engaño a nadie que no quiera engañarme a mí, soy una persona honrada, señorita. Pero tengo que divertirme un poco, y ya no voy con los hurones. Ahora no veo más alimañas que a esas mujeres que regatean. Buenas tardes, señorita.

—Adiós, Bob. Gracias por traerme esos libros. Y vuelve a ver a Tom.

—Sí, señorita —dijo Bob, alejándose unos pasos; después dio media vuelta y añadió—: dejaré de hacer el truco del pulgar si no le parece bien, señorita, pero será una pena. No podré encontrar otro tan bueno. ¿Y de qué me servirá tener el pulgar ancho? *Pa* eso, lo mismo daba tenerlo delgado.

Maggie, convertida así en la Madonna y guía de Bob, se echó a reír a pesar suyo, ante lo cual los ojos azules de su adorador centellearon; bajo esos auspicios favorables, Bob saludó llevándose la mano a la gorra y se alejó.

A pesar del gran canto fúnebre de Burke, los días de los caballeros todavía no han desaparecido: sobreviven en la adoración que muchos jóvenes y hombres sienten por mujeres a las que siquiera piensan tocar el meñique o el orillo del vestido. Bob, cargado con su fardo, sentía una veneración tan respetuosa por aquella doncella de ojos negros como si fuera un caballero con armadura que pronunciara su nombre mientras espoleaba al caballo para entrar en batalla.

La expresión alegre no tardó desaparecer del rostro de Maggie, y tal vez sólo consiguió que, por contraste, la tristeza le pareciera mayor. Estaba demasiado abatida para dar respuesta alguna a la curiosidad que sentía sobre los libros que le había regalado Bob, de modo que se los llevó a su cuarto, los dejó allí y se sentó en el único taburete, sin ocuparse de mirarlos todavía. Apoyó la mejilla contra el marco de la ventana, pensando que el desenfadado Bob era mucho más feliz que ella.

La sensación de soledad y total privación de alegría había ido haciéndose más profunda a medida que avanzaba la luminosa primavera. Todos los rincones favoritos del entorno, que se diría que la habían criado y alimentado junto con sus padres, participaban ahora de la tristeza familiar y no recibían la sonrisa solar. Todo afecto, todo placer que la pobre niña hubiera conocido era ahora como un nervio doloroso. Ya no tenía música, ni piano, ni voces armoniosas, ni deliciosos instrumentos de cuerda, cuyos apasionados cantos de espíritus presos transmitían una extraña vibración que le recorría todo el cuerpo. Y de su vida escolar no le quedaba nada más que una pequeña colección de libros de texto que hojeaba con la desagradable

sensación de que ya los conocía y no le ofrecían ningún consuelo. Incluso en el colegio deseaba con frecuencia libros que contuvieran algo más: todo lo que aprendía en ellos le parecía como el extremo de una larga hebra que se rompía de inmediato. Y ahora, sin el atractivo indirecto de la emulación escolar, *Telémaco* resultaba árido, así como las difíciles cuestiones de la doctrina cristiana: carecían de sabor, de fuerza. Algunas veces, Maggie pensaba que se conformaría con algunas fantasías absorbentes: ¡Si tuviera todas las novelas de Scott y todos los poemas de Byron! Entonces quizá encontrara felicidad suficiente para aliviar el sufrimiento que le proporcionaba la vida diaria. Y, sin embargo... tampoco era eso lo que deseaba. Podía inventar mundos soñados, aunque ahora ninguno le resultaba satisfactorio. Quería alguna explicación sobre la dura vida real: sobre su taciturno padre, sentado a la triste mesa del desayuno; su madre infantil y desconcertada; las pequeñas tareas sórdidas que llenaban las horas, o el opresivo vacío de un ocio tedioso y sombrío; la necesidad de un amor tierno y efusivo; la cruel sensación de que a Tom no le importaba lo que ella pudiera pensar o sentir y de que ya no eran compañeros de juegos; la privación de todas las cosas agradables que se le ocurrían: deseaba poseer la clave que le permitiera comprender y así soportar la pesada carga que había caído sobre su joven corazón. Pensaba que si le hubieran enseñado «las cosas serias e importantes que sabían los grandes hombre», tal vez conocería los secretos de la vida; ¡ojalá tuviera libros en los que pudiera aprender lo que sabían los sabios! A Maggie los santos y los mártires nunca le habían interesado tanto como los sabios y los poetas. Sabía poco de santos y mártires y había deducido, como resultado general de las enseñanzas recibidas, que eran un instrumento contra la expansión del catolicismo y que todos habían muerto en Smithfield^[24].

En una de estas meditaciones se le ocurrió pensar que había olvidado los libros de texto de Tom, enviados a casa en su baúl, pero se encontró con que, de modo inexplicable, éstos habían quedado reducidos a los pocos y sobados ejemplares conocidos: el diccionario y la gramática latina, un *Delectus*, un ajado Eutropio, un manoseado Virgilio, una Lógica de Aldrich y el exasperante Euclides. Sin duda, el latín, Euclides y la lógica serían escalones fundamentales en la sabiduría masculina, en el conocimiento que hacía que a los hombres la vida les pareciera satisfactoria e incluso alegre. El afán de saber se mezclaba con fantasías en las que, por algún milagro, en el desierto de su futuro se imaginaba honrada por sus sorprendentes logros. Y la pobre niña, empujada por el hambre intelectual y la ilusión de recibir halagos algún día, empezó a mordisquear la dura corteza del fruto del árbol de la sabiduría y a llenar las horas de ocio con el latín, la geometría y las formas del silogismo; y, cuando conseguía comprender aquellos estudios masculinos, experimentaba una sensación de triunfo. Durante un par de semanas fue avanzando con decisión, aunque con alguna decepción ocasional, como si se hubiera encaminado

sola hacia la Tierra Prometida y se encontrara perdida en un incierto viaje sin caminos y sin agua. Empujada por la severidad de su decisión, se llevaba a Aldrich a los campos y apartaba la vista del libro para fijarla en el cielo, donde brillaba la alondra, o hacia los juncos y arbustos de la orilla del río, donde un ave acuática susurraba en un vuelo inquieto y torpe, con la brusca sensación de que la relación entre Aldrich y el mundo vivo le resultaba tremendamente remota. A medida que pasaban los días iba desanimándose y el corazón inquieto se imponía sobre la mente paciente. Sin saber cómo, cuando se sentaba junto a la ventana con el libro, los ojos se empeñaban en mirar al vacío hacia el soleado exterior: después se le llenaban de lágrimas y algunas veces, si su madre no estaba presente, los estudios terminaban en sollozos. Se rebelaba contra su suerte, desfallecía ante esa soledad, e incluso los arrebatos de rabia y odio contra un padre y una madre tan distintos de lo que habría deseado —contra Tom, que recibía y frenaba sus sentimientos y pensamientos y con una actitud distante— brotaban y fluían por encima de sus afectos y su conciencia como un río de lava, asustándola con la idea de que no le costaría mucho convertirse en un demonio. Después se perdía en fantasías descabelladas en las que huía del hogar en busca de algo menos triste y sórdido: iría a ver a algún gran hombre, Walter Scott, tal vez, y le contaría lo desgraciada y lo lista que era, y seguro que la ayudaba. Pero cuando se encontraba perdida en sus ensoñaciones, su padre bien podía entrar en la sala para pasar la tarde y, al ver que permanecía inmóvil sin advertir su presencia, espetarle:

—¡Vamos! ¿Es que tengo que irme a buscar yo las zapatillas?

La voz punzaba a Maggie como una espada: ella no era la única en estar triste y había estado pensando en dar la espalda a su familia y abandonarla.

Aquella tarde, la visión del alegre rostro pecoso de Bob había dado una nueva dirección a su descontento. Llegó a la conclusión de que parte de las penalidades de su vida se debían a que debía cargar con mayores ambiciones que los demás, que tenía que soportar un ansia imposible de algo, fuera esto lo que fuere, un deseo de lo mayor y mejor que ofrecía la tierra. Le habría gustado ser como Bob, con su ignorancia fácilmente satisfecha, o como Tom, que podía concentrarse en sus quehaceres con una firmeza que le permitía olvidar todo lo demás. ¡Pobre criatura! Mientras apoyaba la cabeza contra el marco de la ventana, retorciéndose las manos cada vez con más fuerza y golpeando el suelo con los pies, estaba tan sola como si fuera la única niña del mundo civilizado y hubiera abandonado la vida escolar inmadura para combates inevitables, sin mayor porción de la herencia que le correspondía de los tesoros del pensamiento —que las sucesivas generaciones de penosos esfuerzos han conseguido para la humanidad— que algunos fragmentos y retales de literatura menor e historia falsa, junto con abundante información banal sobre los sajones y otros reyes de dudoso ejemplo. Y, sin embargo, era infelizmente

ignorante de las irrevocables leyes internas y externas a sí misma que, puesto que gobiernan las costumbres, se convierten en moralidad y que, tras desarrollar los sentimientos de sumisión y dependencia, se transforman en religión. Estaba tan sola en su sufrimiento como si todas las demás niñas recibieran mimos y cuidados de adultos que tuvieran bien presentes los tiempos en que fueron jóvenes, cuando las necesidades eran imperiosas y poderosos los impulsos.

Finalmente, los ojos de Maggie cayeron sobre los libros y revistas depositados en el alféizar de la ventana y abandonó a medias las fantasías para hojear con desgana las páginas de *Portrait Gallery*, pero pronto lo apartó para examinar el pequeño atado de volúmenes. *Beauties of the Spectator*, *Rasselas*, *Economía de la vida humana*, *Las cartas de San Gregario* conocía el contenido de todos ellos; El *anuario cristiano* parecía ser un libro de himnos y lo dejó otra vez. ¿Y quién sería Tomás de Kempis? En alguna ocasión había topado con aquel nombre en sus lecturas y sentía la satisfacción, de todos conocida, de poseer algunas ideas relacionadas con un nombre que vagaba solitario en su memoria. Cogió aquel libro viejo, pequeño y tosco con cierta curiosidad: tenía muchas esquinas dobladas y alguna mano ahora inmóvil para siempre, había señalado algunos párrafos con pluma y tinta, dorada por el paso de los años. Maggie pasó de una página a otra y leyó allí donde la mano señalaba... «Sabe que el amor propio te daña mas que ninguna cosa del mundo... Si buscas esto o aquello, y quisieres estar aquí o allí por tu provecho, y propia voluntad, nunca tendrás quietud, ni estarás libre de cuidados; porque en todos hay alguna falta, y en cada lugar habrá quien te ofenda... Vuélvete arriba, vuélvete abajo, vuélvete fuera, vuélvete dentro, y en todo esto hallarás cruz. Y es necesario que en todo lugar tengas paciencia, si quieres tener paz interior, y merecer perpetua corona... Si deseas subir a esta cumbre, conviene comenzar varonilmente, y ponerla segura a la raíz, para que arranques y destruyas la oculta desordenada inclinación que tienes a ti mismo, y a todo bien propio y corporal. De este amor desordenado que se tiene el hombre a sí mismo, depende casi todo lo que se ha de vencer radicalmente: vencido y señoreado este mal, luego hay gran paz y sosiego... Poco es lo que padeces, en comparación con lo que padecieron tantos, tan fuertemente tentados, tan gravemente atribulados, probados y ejercitados de tan diversos modos. Conviénete, pues, traer a la memoria las cosas muy graves de otros, para que fácilmente sufras tus pequeños trabajos. Y si no te parecen pequeños, mira no lo cause tu impaciencia... Bienaventurados los oídos que perciben los raudales de las inspiraciones divinas, y no cuidan de las murmuraciones mundanas. Bienaventurados los oídos que no escuchan la voz que oyen de fuera, sino la verdad que enseña de dentro».

Un extraño escalofrío de reverencia recorrió a Maggie mientras leía, como si la hubiera despertado una música solemne en plena noche para hablarle de seres cuyas almas bullían mientras la suya se encontraba sumida en el sopor. Pasó de una señal

marrón a otra, hacia donde la mano silenciosa parecía señalar, apenas consciente de que estaba leyendo, ya que le parecía oír una voz que le decía: «¿Qué miras aquí no siendo este lugar de tu descanso? En los cielos debe ser tu morada, y como de paso has de mirar todo lo terrestre. Todas las cosas pasan, y tú también con ellas. Guárdate de pegarte a ellas, porque no seas preso y perezcas. Si el hombre diere su hacienda toda, aún no es nada. Si hiciere gran penitencia, aún es poco. Aunque tenga toda la ciencia, aún está lejos: y si tuviere gran virtud Y muy ferviente devoción, aún le falta mucho; le falta cosa que le es más necesaria. Y ésta ¿cuál es? Que dejadas todas las cosas, deje a sí mismo y salga de sí del todo, y que no le quede nada de amor propio... Muchas veces te dije, y ahora te lo vuelvo a decir: déjate a ti, renúnciate y gozarás de grande paz interior... Entonces se desvanecerán todas las vanas imaginaciones, las perturbaciones malas, y los cuidados superfluos. Entonces también desaparecerá el temor excesivo y morirá el amor desordenad».

Maggie respiró hondo y se echó hacia atrás el pesado cabello, como si quisiera percibir con mayor claridad una visión repentina. Ahí tenía un secreto sobre la vida que le permitiría renunciar a todos los demás; ahí había una cumbre sublime que podría alcanzar sin ayuda externa; el libro podría ofrecerle la posibilidad de obtener perspicacia, fuerza y conquista con los medios que existían en su propia alma, donde un maestro supremo aguardaba para que lo escuchara. Se le ocurrió de repente, como solución a un problema, que todas las desgracias de su corta vida se debían a que había vinculado su corazón a su placer, como si ésa fuera la necesidad central del universo; y por primera vez vio la posibilidad de cambiar una actitud desde la que buscaba la satisfacción de sus deseos, ocuparse menos de sí misma y contemplar su vida como una parte insignificante de un conjunto guiado por una mano divina. Leyó y leyó el viejo libro, devorando con avidez los diálogos con el invisible maestro, modelo para las penas, fuente de toda fuerza; regresó a él después de que la interrumpieran un momento, y leyó hasta que el sol se ocultó tras los sauces. Con la prisa de una imaginación que no podía descansar en el presente, permaneció sentada en el crepúsculo imaginando situaciones de humillación y devoción y, llevada por el ardor del reciente descubrimiento, la renunciación le parecía la vía de entrada en la satisfacción que durante tanto tiempo había ansiado en vano. No había percibido — ¿cómo podría hacerlo tan pronto? — la recóndita verdad de los viejos escritos de aquel monje: que la renunciación es pena, aunque se trate de una pena soportada voluntariamente. Maggie seguía suspirando por la felicidad y se hallaba en éxtasis porque había encontrado la llave. No sabía nada de doctrinas ni sistemas, de misticismo ni de quietismo: pero esa voz procedente de la lejana Edad media era una comunicación directa con las creencias y experiencias de un alma humana y llegó a Maggie como un mensaje incuestionable.

Tal vez sea ése el motivo por el cual este pequeño libro pasado de moda, que se

puede comprar en cualquier librería por seis peniques, sigue obrando milagros y convierte en dulzor la amargura; en cambio, otros tratados y sermones más caros y recientes lo dejan todo como estaba. Lo escribió una mano que aguardaba un estímulo para el corazón, es la crónica de una angustia, un combate, una confianza y un triunfo escondidos y solitarios que no se escribió sobre cojines de terciopelo para enseñar a resistir a los que avanzan sobre piedras con los pies ensangrentados. Y sigue siendo un registro duradero de las necesidades y consuelos humanos, la voz de un hermano que, mucho tiempo atrás, sintió, sufrió y renunció, tal vez en el claustro, con hábito de estameña y cabeza tonsurada, con muchos cantos y largos ayunos, y con un modo de hablar distinto del nuestro, pero bajo los mismos cielos silenciosos y lejanos y con los mismos deseos apasionados, los mismos combates, fracasos y cansancios.

Cuando se escribe la historia de familias poco distinguidas, es fácil caer en un tono de énfasis que está muy lejos de ser el propio de la buena sociedad, donde los principios y las creencias no sólo son extremadamente tibios, sino que siempre se dan por supuesto, como algo que no depende de una elección personal y sobre lo que puede hablarse con leve ironía y desenfado. Pero las clases altas tienen vino de Burdeos y alfombras de terciopelo, compromisos para cenar con seis semanas de antelación, óperas y bailes; pasean su hastío en caballos de pura raza, haraganean en clubes y saben apartarse de los torbellinos de miriñaques; Faraday se ocupa de su ciencia y el alto clero, que es recibido en las mejores casas, se encarga de su religión: ¿cómo van a tener tiempo o necesidad de creencias y énfasis? Pero esta buena sociedad, sustentada en sutiles alas de leve ironía, resulta muy cara de producir; requiere nada menos que una amplia y ardua vida nacional condensada en las fábricas ensordecedoras y poco fragantes, apretujada en las minas, sudorosa en los hornos, que muele, martillea y teje sometida a una opresión variable de ácido carbónico, o bien se extiende por los pastos, se dispersa en casas y chozas solitarias en campos arcillosos o calcáreos plantados con cereales, donde los días lluviosos son sombríos. Esta amplia vida nacional se basa totalmente en el énfasis: el énfasis de la necesidad, que la empuja a todas las actividades necesarias para el mantenimiento de la buena sociedad y la leve ironía: con frecuencia pasa pesados años en un frío sin alfombras, entre disputas familiares y sin largos pasillos que las atenúen. En estas circunstancias, muchas de esas miríadas de almas necesitan de modo imperioso unas creencias enfáticas, ya que la vida, bajo este aspecto desagradable, exige alguna solución, incluso a las mentes poco dadas a la especulación; de la misma manera que uno intenta inspeccionar su lecho cuando alguna protuberancia le molesta, mientras que las plumas y los perfectos muelles franceses no provocan ninguna inquietud. Algunos poseen una fe enfática en el alcohol y buscan el *ekstasis* o «salir de uno mismo» en la ginebra, pero los demás necesitan algo que la buena sociedad denomina entusiasmo,

algo que empuje a la acción sin premio importante, algo que dé paciencia y alimente el amor humano cuando duele el cuerpo de cansancio y los demás nos contemplan con dureza, algo que, sin duda, se encuentre lejos de los deseos personales, que comporte resignación en lo propio y amor por lo ajeno. De vez en cuando, esta clase de entusiasmo encuentra un eco lejano en una voz que procede de una experiencia nacida de la mas profunda necesidad. Y en las duraderas vibraciones de esa voz, Maggie, con su rostro de niña y sus penas ocultas, encontró el esfuerzo y la esperanza que la ayudaron a sobrellevar dos años de soledad y a elaborar una fe propia sin ayuda de autoridades establecidas ni guías oficiales, porque no los tenía a mano y su necesidad era urgente. Dado lo que conoces de ella, lector, no te sorprenderá que se lanzara a esta empresa de renunciación con cierta exageración y terquedad, impetuosidad y orgullo: su vida seguía siendo para ella un drama teatral y ella exigía interpretar su papel con intensidad. De modo que con frecuencia sucedió que perdiera el espíritu de humildad por lo excesivo de sus actos; muchas veces se propuso volar demasiado alto y cayó con las pobres alas medio desplumadas para chapotear en el barro. Por ejemplo, no sólo decidió ponerse a coser para contribuir un poco a la reserva de la caja de lata sino que, empujada por el deseo de mortificarse, fue a pedir trabajo a una tienda de ropa blanca de Saint Ogg's en lugar de solicitarlo de manera más discreta e indirecta y, cuando Tom le reprochó aquel acto innecesario, no vio en él más que un gesto desagradable e incluso enconado.

—No quiero que mi hermana haga eso —protestó Tom—. Yo ya me encargaré de que se paguen las deudas sin que tengas que rebajarte de ese modo.

Sin duda, estas palabras mundanas y orgullosas eran al mismo tiempo valientes y tiernas, pero Maggie se quedó con la escoria y dejó el oro, y tomó la negativa de Tom como una más de las cruces que debía soportar. Tom era muy duro con ella, pensaba Maggie en sus largas noches de insomnio: con ella, que siempre lo había querido tanto; entonces luchaba por conformarse con esta dureza y no pedir nada más. Ése es el camino que queremos cuando nos disponemos a abandonar el egoísmo: el del martirio y la resistencia, allí donde crecen las palmas de la victoria, en lugar del camino de la tolerancia y la indulgencia, carente de toda gloria. Los viejos libros de Virgilio, Euclides y Aldrich —el marchito fruto del árbol de la ciencia— habían quedado abandonados, porque Maggie había dado la espalda a la vana ambición de compartir los pensamientos de los sabios. En un primer arrebato ardoroso, los tiró con un gesto de triunfo, como si hubiera superado la etapa en que los necesitaba, y si hubieran sido suyos, los habría quemado, convencida de que nunca se arrepentiría. Leía con tanta ansiedad y constancia los otros tres libros —la Biblia, el Kempis y el *Anuario cristiano* (que ya no rechazaba como «libro de himno».)— que tenía la cabeza llena de citas rítmicas; y se dedicaba a ver la naturaleza y la vida a la luz de su nueva fe con un entusiasmo tal que no necesitaba de ningún otro material para que

trabajara su mente mientras se aplicaba con la aguja a la costura de camisas y otras complicadas labores mal llamadas sencillas, que nada sencillas resultaban para Maggie, puesto que bien podía coser el puño al revés cuando pensaba en otra cosa.

Diligentemente inclinada sobre la costura, Maggie ofrecía una imagen que daba gusto mirar. Aquella nueva vida interior, pese a los esporádicos estallidos volcánicos propios de las pasiones contenidas, brillaba en su rostro con una luz suave que hacía mas hermosa su juventud floreciente. Su madre advertía el cambio y se maravillaba, asombrada, de que «Maggie se desarrollara tan bie», era sorprendente que aquella niña que había sido tan «contrarios» se convirtiera en una persona tan dócil, tan reacia a imponer su voluntad. En muchas ocasiones, cuando Maggie alzaba la vista de la labor encontraba los ojos de su madre clavados en ella: la miraban y esperaban la amplia mirada de la joven, como si su viejo cuerpo necesitara su calor. La madre empezaba a apreciar a su hija alta y morena, única pieza en la que ahora podía depositar su inquietud y su orgullo, y Maggie, a pesar del deseo ascético de no llevar adornos personales, se veía obligada a ceder ante su madre y lucir las gruesas trenzas en un moño en forma de corona, siguiendo la lamentable moda de aquellos tiempos anticuados.

—Dale gusto a tu madre, hija mía —decía la señora Tulliver—. Bastante me Molesté por tu pelo en otros tiempos.

Así pues, Maggie, contenta de que algo aliviara a su madre y alegrara los largos días que pasaban juntas, consentía en llevar aquel vano adorno y lucía una cabeza regia sobre viejos vestidos, aunque se negaba con firmeza a mirarse al espejo. A la señora Tulliver le gustaba llamar la atención del padre sobre el cabello de Maggie y otras virtudes inesperadas, pero él contestaba con brusquedad:

—Sabía muy bien lo que valía la niña, no es nuevo para mí. Pero es una pena que no sea más vulgar: la rechazarán. No encontrará a nadie digno de ella para casarse.

Y las gracias de cuerpo y alma de Maggie alimentaban su melancolía. Permanecía pacientemente sentado mientras ella le leía un capítulo o, cuando estaban solos, intentaba explicarle tímidamente que las penas podían resultar bendiciones. Él interpretaba todo ello como parte de la bondad de su hija, lo que hacía más triste su desgracia, pues le había arruinado el futuro. En un espíritu ocupado por un propósito y un afán de venganza insatisfecho, no caben nuevos sentimientos: el señor Tulliver no quería consuelo espiritual, sólo quería librarse de la degradación de las deudas y vengarse.

Libro quinto

El trigo y la cizaña

Capítulo I

En las Fosas Rojas

El salón familiar era una habitación alargada con una ventana en cada extremo; desde una se divisaba la granja y un tramo del curso del Ripple hasta las orillas del Floss, y la otra daba sobre el patio del molino. Maggie estaba sentada con su labor junto a esta última ventana cuando vio entrar en el patio al señor Wakem, montado, como de costumbre, en su bello caballo negro; pero aquella vez no iba solo. Lo acompañaba alguien, cubierto con una capa, sobre un hermoso poni. Maggie apenas tuvo tiempo de advertir que se trataba de Philip cuando estaban ya ante la ventana y el muchacho la saludaba quitándose el sombrero; el padre de Philip percibió el gesto con el rabllo del ojo y giró la cabeza para mirarlos con aire severo.

Maggie se alejó apresuradamente de la ventana y se llevó la labor al piso de arriba; puesto que el señor Wakem algunas veces entraba y examinaba los libros de cuentas, Maggie pensó que la presencia de sus padres despojaría de todo aliciente al encuentro con Philip. Tal vez lo viera algún día, cuando pudiera estrecharle la mano y contarle que se acordaba de lo bueno que había sido con Tom y de todo lo que le había dicho en aquellos tiempos, aunque ahora ya no pudieran ser amigos. A Maggie no le inquietaba volver a ver a Philip: sentía la misma gratitud y piedad que antes y recordaba lo listo que era. Además, durante las primeras semanas de su soledad, había evocado continuamente su imagen junto a la de otras personas que se habían mostrado amables con ella, y con frecuencia deseaba tenerlo por hermano y maestro, tal como habían imaginado en su charla. Sin embargo, había expulsado aquel deseo junto con otros sueños encaminados a satisfacer su voluntad; además, pensaba que tal vez Philip hubiera cambiado tras su estancia en el extranjero: quizá ahora fuera más mundano y no le importara lo que ella pudiera decirle. No obstante, resultaba agradable comprobar lo poco que había cambiado el rostro de Philip: era sólo una copia ampliada y masculina de los pequeños y pálidos rasgos del niño, con sus mismos ojos grises y el infantil cabello castaño y ondulado; la antigua deformidad suscitaba la misma piedad y, después de tantas meditaciones, Maggie pensó que, sin duda, debería gustarle conversar un poco con él. Tal vez siguiera siendo un muchacho triste, como antes, y deseara que ella lo tratara con afecto. Se preguntó si recordaría lo mucho que admiraba sus ojos. Con este pensamiento, Maggie echó un vistazo al espejo cuadrado condenado a colgar de cara a la pared y estuvo a punto de levantarse para cogerlo; pero se contuvo y tomó la costura, intentando reprimir aquellos deseos con el recuerdo de algunos fragmentos de himnos, hasta que vio que Philip y su padre regresaban por el camino y pudo bajar de nuevo.

Estaban ya a mediados de junio y Maggie tendía a alargar el paseo diario que era ahora el único placer que se permitía; pero aquel día y el siguiente estuvo tan ocupada con un trabajo que debía terminar que no llegó más allá de la puerta de la verja y satisfizo sus deseos sentándose al aire libre. Cuando no tenía que ir a Saint Ogg's, uno de sus paseos más frecuentes, la encaminaba a un lugar situado tras lo que se conocía con el nombre de «la colina». —una insignificante elevación de terreno coronada de árboles, situada junto al camino que discurría frente a las puertas del molino de Dorlcote—. La denomino insignificante porque apenas era más alta que un montículo; pero en algunos momentos la Naturaleza convierte un mero montículo en un medio para alcanzar un resultado funesto, y por eso te ruego, lector, que imagines este promontorio boscoso que formaba una pared desigual de casi un cuarto de milla, junto al costado izquierdo del molino de Dorlcote, y los agradables campos situados detrás de él y limitados por el rumoroso Ripple. A los pies de la colina nacía un camino que la rodeaba y conducía a la parte posterior, rota en caprichosos hoyos y túmulos por los trabajos de una cantera agotada, abandonada tanto tiempo atrás que las zarzas y los árboles vestían los agujeros y montículos, y aquí y allá la cubrían las franjas de hierba que unas pocas ovejas mantenían bien corta. En su infancia, Maggie sentía un gran respeto por aquel lugar, llamado «las Fosas Roja», y sólo una gran confianza en el valor de Tom conseguía convencerla para llegar hasta allí, ya que imaginaba bandidos y animales salvajes en cada hoyo. Con todo, ahora aquel lugar tenía para ella el encanto que posee cualquier terreno escarpado, cualquier remedo de rocas y barrancos, para los ojos habituados al llano; especialmente en verano, cuando se sentaba en una hondonada herbosa a la sombra de un frondoso fresno que crecía torcido en un talud, y escuchaba el zumbido de los insectos, diminutas campanillas que adornaban el silencio, o contemplaba cómo el sol atravesaba las ramas lejanas, como si pretendiera hacer regresar a casa el azul cerúleo de los jacintos silvestres, escapado del cielo. También en junio los rosales silvestres florecían en todo su esplendor, y ése fue el motivo de que Maggie se dirigiera hacia las Fosas Rojas en cuanto tuvo un día libre: disfrutaba tanto que algunas veces, en su deseo de renuncia, pensaba que debería poner límite a aquellos paseos.

Si pudieras verla, lector, mientras avanza por su camino favorito y entra en las Fosas por el estrecho sendero que cruza un grupo de pinos albares, distinguirías una figura alta con un viejo traje color lavanda, visible bajo un chal hereditario de malla grande en seda negra; en cuanto está segura de que no la ve nadie, se quita la capota y se la ata al brazo. Se diría que lleva en este mundo más de diecisiete años, tal vez por la lenta y resignada tristeza de su mirada, de la que parece haber desaparecido toda búsqueda e inquietud; quizá porque su torso ancho corresponde al de una mujer joven. La juventud y la salud han resistido bien las penurias voluntarias e involuntarias que le ha deparado el destino, y las noches pasadas sobre el duro suelo a

modo de penitencia no han dejado en ella huella evidente: tiene ojos brillantes, mejillas oscuras, firmes y redondas, labios llenos y rojos. Con su tez oscura y la corona azabache que remata su alta figura, parece poseer cierta afinidad con los grandes pinos albares que contempla como si los amara. Pero si se la observa atentamente surge cierta inquietud: produce la sensación de que en ella conviven elementos opuestos entre los que parece inminente una violenta colisión. Sin duda, posee una expresión apagada, como la que se ve con frecuencia en rostros más maduros, bajo cofias sin adornos, que no encaja con la juventud rebelde que uno esperaría ver aparecer de repente, en una mirada súbita y apasionada que disipara toda la quietud, como un fuego que reviviera cuando parecía ya extinguido.

No obstante, en aquel momento Maggie no se sentía inquieta. Disfrutaba tranquilamente del aire libre mientras alzaba la vista hacia los viejos pinos y pensaba que los extremos rotos de las ramas eran la huella de tormentas pasadas, tras las cuales las rojas ramas apuntaban todavía más arriba. Pero mientras tenía todavía los ojos puestos en lo alto, percibió el movimiento de una sombra que el sol de la tarde proyectó en el sendero herboso situado ante ella. Bajó los ojos sobresaltada y vio a Philip Wakem, que primero la saludó quitándose el sombrero y después, enrojeciendo profundamente, avanzó hacia ella y le tendió la mano. Maggie también se sonrojó con una sorpresa que de inmediato se convirtió en placer. Extendió la mano y bajó la vista hacia la figura deforme, más menuda que ella, con ojos francos, llenos tan sólo con los recuerdos de sus sentimientos de niña, que nunca había olvidado. Fue ella la primera en hablar.

—Me has asustado —dijo, con una leve sonrisa—. Por aquí nunca encuentro a nadie. ¿Cómo es que paseas por aquí? ¿Has venido a verme?

Era imposible no advertir que Maggie se sentía de nuevo una niña.

—Sí, así es —contestó Philip, todavía algo tenso—. Tenía muchas ganas de verte. Ayer esperé durante largo rato, en la colina cercana a tu casa, para ver si salías, pero no lo hiciste. Hoy he vuelto y cuando he visto el camino que tomabas, no te he perdido de vista y he bajado de la colina. Espero que no te moleste.

—No —dijo Maggie, algo seria, poniéndose otra vez a caminar, como si pretendiera que Philip la acompañara—. Me alegro mucho de que hayas venido, porque deseaba tener la oportunidad de hablar contigo. Nunca he olvidado lo bueno que fuiste hace tiempo con Tom y también conmigo; pero no estaba segura de que tú lo recordaras tan bien como yo. Tom y yo lo hemos pasado muy mal desde entonces, y creo que eso hace que uno piense más en lo que sucedió antes de que llegaran las dificultades.

—No creo que hayas pensado tanto en mí como yo he pensado en ti —contestó Philip tímidamente—. Sabes, cuando estaba lejos de aquí, te retraté tal como te veía aquella mañana en el estudio, cuando dijiste que nunca me olvidarías.

Philip sacó un estuche del bolsillo y lo abrió. Maggie vio una acuarela en la que aparecía inclinada sobre una mesa, con los mechones negros sujetos tras las orejas, mirando al vacío con ojos extraños y soñadores. El retrato era francamente bueno.

—¡Vaya! —exclamó Maggie, sonriendo y enrojeciendo de placer—. ¡Qué niña tan extraña! Me recuerdo peinada así y con ese vestido rosa. La verdad, parecía una gitana. Diría que todavía lo soy. —Tras una pequeña pausa, añadió—: ¿Ahora soy tal como esperabas?

Aquellas palabras podrían haber sido las de una mujer coqueta, pero la mirada franca y brillante que Maggie volvió hacia Philip no lo era. Deseaba sinceramente que le gustara su rostro tal como era ahora, pero se debía tan sólo a su deseo innato de admiración y amor. Philip la miró a los ojos durante largo rato.

—No, Maggie —contestó en voz baja.

El rostro de Maggie se ensombreció un poco y le tembló ligeramente el labio. Bajó la vista, pero no apartó el rostro y Philip siguió mirándola.

—Eres mucho más hermosa de lo que imaginé que serías —añadió Philip lentamente.

—¿De veras? —preguntó Maggie, y el placer hizo que se sonrojara de nuevo más intensamente. Dejó de mirarlo y dio unos pasos con la vista al frente en silencio, como si estuviera asimilando la idea. Tan acostumbradas están las muchachas a considerar que la vanidad reside en el atuendo que Maggie, al renunciar al espejo, se había propuesto renunciar a todo interés por acicalarse más que a la contemplación de su rostro. Al compararse con las damas jóvenes ricas y elegantes, no se le había ocurrido que bastaba su persona para producir algún efecto. A Philip parecía gustarle el silencio. Caminó a su lado, contemplando su rostro, como si esa visión no le permitiera ningún otro deseo. Habían dejado atrás los pinos y se encontraban ahora en una verde hondonada casi rodeada por un anfiteatro de pálidas rosas silvestres. Pero a medida que la luz se hacía más intensa, el rostro de Maggie se iba apagando. Se detuvo en la hondonada y miró de nuevo a Philip.

—Me habría gustado que pudiéramos ser amigos —dijo con voz seria y triste—: es decir, si nos hubiera parecido oportuno. Pero debo soportar una pesada carga: no puedo conservar nada de lo que amaba cuando era pequeña. Los viejos libros desaparecieron. Ahora Tom es distinto, y también mi padre. Es como si fuera la muerte: debo separarme de todo lo que me importaba antes. Y debo separarme de ti: debemos hacer como si el otro no existiera. Por eso quería hablar contigo. Quería que supieras que Tom y yo no podemos actuar como deseábamos en estas cosas, y que si me comporto como si te hubiera olvidado no se debe a la envidia o al orgullo ni a ningún sentimiento adverso.

Maggie hablaba con voz cada vez más triste y suave, y empezaron a llenársele los ojos de lágrimas. El sufrimiento que expresaba el rostro de Philip hacía que éste se

pareciera más al de su infancia y que su deformidad conmoviera más a Maggie.

—Ya lo sé, entiendo lo que dices —contestó él con voz débil por el abatimiento—. Ya sé qué es lo que nos separa por ambas partes. Pero no es justo, Maggie. Y no te ofendas si te llamo por tu nombre y te tuteo, estoy acostumbrado a hacerlo así en mi pensamiento. No es justo sacrificarlo todo a los sentimientos poco razonables de otras personas. Yo renunciaría a muchas cosas por mi padre, pero no renunciaría a una amistad o... a un vínculo de cualquier tipo por obedecer un deseo suyo que a mí no me pareciera justo.

—No lo sé —reflexionó Maggie—. Muchas veces, si me he enfadado o me he disgustado, he creído que no tenía por qué renunciar a nada, y lo he seguido pensando hasta que me he sentido capaz de olvidar mis deberes. Pero no sale nada bueno de eso, es una mala actitud. Estoy segura de que, haga lo que haga, al final preferiré haber renunciado a algo personal antes que haber hecho más difícil la vida de mi padre.

—Pero ¿cómo podría hacerle la vida más difícil que nos viéramos de vez en cuando? —preguntó Philip. Estuvo a punto de decir algo más, pero se contuvo.

—Oh, estoy segura de que no le gustaría. No me preguntes el motivo ni nada sobre ello —contestó Maggie abatida—. Mi padre tiene ideas muy fijas sobre algunas cosas, y ahora es muy desgraciado.

—No más de lo que yo soy —exclamó Philip impetuosamente—. Yo no soy nada feliz.

—¿Por qué? —preguntó Maggie amablemente—. Por lo menos... No debería preguntártelo. Lo siento muchísimo.

Philip se dio media vuelta para seguir caminando, como si no tuviera paciencia para permanecer inmóvil por más tiempo, y siguieron caminando por la hondonada, serpenteando entre árboles y arbustos en silencio. Tras estas últimas palabras de Philip, Maggie no se sintió capaz de insistir de inmediato en que se separaran.

—Desde que renuncié a pensar en lo que es fácil y agradable —dijo finalmente Maggie con timidez— y dejé de mortificarme por no hacer mi propia voluntad, he sido mucho más feliz. Nuestra vida está determinada de antemano y cuando dejamos de desear cosas y sólo pensamos en soportar la carga impuesta y en hacer lo que nos es encomendado, el pensamiento se siente mucho más libre.

—Pero yo no puedo dejar de tener deseos —contestó Philip con impaciencia—. Me parece que, mientras estamos vivos, no podemos dejar de tener deseos y anhelos. Algunas cosas nos parecen bellas y buenas, y tenemos obligatoriamente que desearlas. ¿Cómo podemos sentirnos satisfechos sin ellas mientras nuestros sentimientos sigan vivos? Me entusiasman los cuadros hermosos, deseo ardientemente pintarlos. Por mucho que luche, no soy capaz de hacer lo que quiero. Eso para mí resulta doloroso y será siempre así hasta que vaya perdiendo facultades,

como quien pierde la vista. Y también deseo muchas otras cosas... —Philip vaciló un poco al llegar a este punto, y añadió—: ...cosas que otros hombres tienen y que a mí siempre se me negarán. Mi vida no tendrá nada grande o hermoso: preferiría no haber nacido.

—¡Oh, Philip! —exclamó Maggie—. Me gustaría que no te sintieras así. —Sin embargo, su corazón empezó a latir al compás del descontento de Philip.

—Entonces —dijo Philip, volviéndose rápidamente y clavando en su rostro los ojos grises y suplicantes—, me conformaría con esta vida si me dejaras verte de vez en cuando —Philip se detuvo al observar el temor que aparecía en el rostro de Maggie y apartó los ojos de nuevo—. No tengo ningún amigo al que contar mis cosas, nadie que se interese por mí —dijo con más calma—. Y si pudiera verte de vez en cuando, me dejaras hablar un poco contigo, y me mostraras que te interesas por mí, que nuestros corazones siempre podrán ser amigos y que nos ayudaremos, entonces quizá me gustara más la vida.

—Pero ¿cómo podría verte, Philip? —preguntó Maggie, titubeando. (¿De veras podría hacerle algún bien? Sería muy doloroso despedirse de él aquel día y no volver a hablar con él nunca más. Acababa de encontrar un nuevo interés para dar amenidad a sus días y lo cierto era que habría resultado mucho más fácil renunciar a ese nuevo interés antes de que apareciera).

—Si me dejaras verte por aquí de vez en cuando, pasear contigo... Me contentaría con que fuera una o dos veces al mes. Eso no puede estropear la felicidad de nadie y, en cambio, endulzaría mi vida. Además —prosiguió Philip, con toda la astucia e imaginación del amor a los veintiún años—, si hay alguna enemistad entre nuestros familiares, razón de más para que intentemos suavizarla con nuestra amistad. Tal vez, si yo conociera bien los hechos y gracias a nuestra influencia por ambas partes, podríamos sanar las heridas del pasado. Y no creo que mi padre sienta gran enemistad: creo que ha demostrado lo contrario.

Maggie negó lentamente con la cabeza y permaneció en silencio, presa de pensamientos encontrados. Tendía a creer que ver a Philip de vez en cuando y mantener el lazo de la amistad con él era no sólo inocente sino también bueno; quizá pudiera ayudarlo a hallar alguna satisfacción en la vida, como ella había encontrado. La voz que le decía esto sonaba para Maggie como música celestial, pero sobre ella se imponía otra voz, que había aprendido obedecer, que le advertía una y otra vez que aquellos encuentros suponían una relación secreta, algo que temería que descubrieran y, si así era, causaría enfado y dolor, y que admitir algo tan cercano a la doblez actuaría como un cáncer espiritual. Sin embargo, la música se hacía más fuerte, como las campanadas que arrastrara una brisa recurrente, convenciéndola de que eran los otros quienes se equivocaban, con sus errores y sus debilidades, y que se trataba de un sacrificio fútil de uno que lastimaba a otro. Era cruel para Philip que se alejara de

él debido a un injustificable afán de venganza contra su padre: pobre Philip, del que muchos se apartaban por su deformidad. A Maggie no se le había ocurrido la idea de que Philip pudiera convertirse en su enamorado ni que pudieran censurar sus encuentros al considerarlos bajo esa luz; Philip lo advirtió, no sin dolor, aunque así resultara más probable que accediera. Sintió cierta amargura al ver que Maggie se comportaba con él con casi la misma franqueza y libertad que cuando era niña.

—No puedo decirte que sí ni que no —dijo finalmente Maggie, dando media vuelta y volviendo por donde había venido—. Debo esperar para no tomar una decisión equivocada. Debo buscar una guía.

—Entonces, ¿puedo volver? ¿Mañana? ¿Pasado mañana? ¿La semana que viene?

—Me parece que será mejor que te escriba —dijo Maggie, vacilando de nuevo—. Algunas veces tengo que ir a Saint Ogg's y puedo echar la carta al correo.

—¡Oh, no! —exclamó Philip con ansiedad—. No es buena idea. Mi padre podría ver la carta y... aunque creo que no siente ninguna animadversión hacia vosotros, ve las cosas de modo distinto que yo: piensa mucho en la riqueza y en la posición social. Te ruego que me dejes venir otra vez. Di tú cuándo quieres que sea; o, si no puedes, vendré tanto como pueda hasta que te vea.

—Dejémoslo así, pues —dijo Maggie—, porque no estoy segura de que venga ninguna tarde en concreto.

Maggie sintió gran alivio al aplazar la decisión. Ahora podía disfrutar durante unos minutos de su compañía... incluso pensó en prolongarlos un poco: la siguiente vez que se encontraran tendría que herir a Philip comunicándole su decisión.

—No dejes de pensar en lo extraño que resulta que nos hayamos encontrado y hayamos hablado como si nos hubiéramos separado ayer mismo en Lorton —dijo Maggie mirándolo con una sonrisa, tras unos momentos de silencio—. Y, sin embargo, supongo que hemos cambiado mucho durante estos cinco años... me parece que han pasado cinco años. ¿Cómo es que parecías estar seguro de que yo era la misma Maggie? Yo no estaba segura de que tú siguieras siendo el mismo: sé que eres muy inteligente y seguro que has visto y aprendido muchas cosas que ahora llenan tu pensamiento: no estaba segura de que te interesaras por mí.

—Nunca he dudado un instante de que seguirías siendo la misma —dijo Philip—. Es decir, la misma en todo aquello que hizo que me gustaras más que ninguna otra persona. No quiero explicarlo: no creo que se pueda explicar por qué algunas cosas nos impresionan más que otras. No podemos detectar el proceso por el cual llegan a nosotros ni el modo en que actúan. El pintor más grande que ha existido sólo pintó una vez un niño misteriosamente divino, y no sería capaz de explicar cómo lo hizo ni nosotros podemos explicar por qué sentimos que es divino. Me parece que en nuestra naturaleza humana hay almacenes de los que la razón no puede hacer un inventario completo. Algunos fragmentos de música me afectan de modo tan extraño que no

puedo escucharlos sin que cambie mi estado de ánimo durante un si el efecto durara sería capaz de actos heroicos.

—¡Ah! Sé muy bien lo que quieres decir con la música, yo también lo siento — exclamó Maggie, uniendo las manos, movida por su antigua impetuosidad—, por lo menos, así me sentía cuando oía música. Ahora ya no puedo oír nada, excepto el órgano de la iglesia —añadió, entristecida.

—¿Y te gustaría, Maggie? —preguntó Philip, mirándola con cariñosa lástima—. Ah, disfrutas de muy pocas cosas hermosas de la vida. ¿Tienes libros? Cuando eras pequeña te gustaban mucho.

Se encontraban ya de regreso en la hondonada en torno a la cual crecían los rosales silvestres y ambos se detuvieron bajo el encanto de la feérica luz del atardecer que reflejaban las matas de color rosa pálido.

—No, he dejado de leer —contestó Maggie con voz tranquila—; ahora sólo leo unos pocos libros.

Philip había sacado ya del bolsillo un pequeño volumen y dijo mientras examinaba el lomo.

—Ah, éste es el segundo volumen. Tal vez te habría gustado llevártelo. Me lo metí en el bolsillo porque estoy estudiando una escena para dibujarla.

Maggie miró también el lomo y vio el título: le hizo recordar una antigua impresión con imperiosa fuerza.

—El pirata^[25] —dijo, tomando el libro de las manos de Philip—. Oh, lo empecé una vez, leí hasta cuando Minna camina con Cleveland, pero no pude terminarlo. Me imaginé el resto e inventé varios finales, todos ellos desgraciados. No se me ocurría ningún final feliz con ese principio. ¡Pobre Minna! Me pregunto cómo termina de verdad. Durante un tiempo, no pude quitarme de la cabeza las islas Shetland, sentía el viento que soplaba del mar encrespado —dijo Maggie rápidamente, con ojos refulgentes.

—Llévate el libro a casa, Maggie —dijo Philip, contemplándola con placer—. Ahora no lo necesito: en lugar de pintar esa escena, haré un retrato tuyo bajo los pinos y las sombras tangenciales.

Maggie no había oído ni una palabra de lo que había dicho, absorta en la lectura de la página por la cual había abierto el libro. De repente, cerró el libro y se lo devolvió a Philip moviendo la cabeza en gesto de rechazo, como si dijera *vade retro* a una visión.

—Llévatelo, Maggie —insistió Philip—, te gustará.

—No, gracias —contestó Maggie, apartándolo con la mano y caminando de nuevo—. Volvería a enamorarme de este mundo, como antes; haría que deseara ver y conocer muchas cosas, haría que deseara una vida plena.

—Pero no siempre vivirás como ahora, ¿por qué has de privarte así? No me gusta

verte entregada a este ascetismo tan estricto, Maggie. La poesía, el arte y el conocimiento son sagrados y puros.

—Pero no son para mí, no son para mí —insistió Maggie, caminando más deprisa—. Porque yo querría demasiado. Tengo que esperar, esta vida no durará tanto.

—No huyas de mí sin despedirte, Maggie —exclamó Philip cuando alcanzaron el bosquecillo de pinos albares y ella siguió caminando sin hablar—. No debo seguir adelante, me parece, ¿no es así?

—¡Oh, no! Se me había olvidado. Adiós —dijo Maggie, deteniéndose y tendiéndole la mano. Este gesto provocó en ella una oleada de cariño hacia Philip y, después de mirarse en silencio durante unos momentos, con las manos unidas, Maggie dijo retirando la mano: Te agradezco mucho que hayas pensado en mí durante estos años. Es muy agradable que alguien te quiera. Qué maravilloso, qué hermoso es que Dios te haya dado un corazón capaz de interesarse por una niña rara con la que sólo tuviste trato durante unas semanas. Recuerdo que te dije que me parecía que sentías por mí mas cariño que Tom.

—Ah, Maggie —dijo Philip, casi quejoso—: nunca me querrás tanto como a tu hermano.

—Tal vez no —contestó Maggie con sencillez—. Pero es que en el recuerdo más antiguo que tengo estamos Tom y yo junto al Floss mientras él me coge de la mano. Todo lo anterior es oscuridad. Pero nunca te olvidaré, aunque debamos seguir separados.

—No digas eso, Maggie —protestó Philip—. Si he mantenido a aquella niña durante cinco años en mi recuerdo, ¿no he conseguido con ello parte de su cariño? No debería alejarse tanto de mí.

—No lo haría si fuera libre, pero no lo soy. Debo rendirme —dijo Maggie. Tras un momento de duda, añadió—: y quería decirte que, cuando veas a mi hermano, es mejor que te limites a saludarlo inclinando la cabeza. Una vez me dijo que no volviera a hablar contigo y él no cambia de opinión... Oh, vaya. Se ha puesto ya el sol y estoy todavía lejos. Adiós —dijo tendiéndole otra vez la mano.

—Vendré por aquí tanto como pueda hasta que vuelva a verte, Maggie. Piensa tanto en mí como en los demás.

—Si, sí, lo haré —dijo Maggie. Se alejó a toda prisa y no tardó en desaparecer tras el último pino, aunque la mirada de Philip permaneció fija en aquel lugar durante varios minutos, como si todavía la viera.

Maggie se dirigió a su casa sumida en un conflicto interno; Philip se marchó a la suya, donde no hizo más que recordar y esperar. Sin duda, debemos censurar severamente su actitud. Tenía cuatro o cinco años más que Maggie y era plenamente consciente de sus sentimientos hacia ella, lo que debía ayudarlo a prever el carácter que cualquier observador podría atribuir a sus encuentros. Pero no debe suponer el

lector que Philip fuera capaz de un tosco egoísmo, o que pudiera quedar satisfecho sin convencerse previamente de que pretendía insuflar cierta felicidad en la vida de Maggie; y esta idea lo empujaba más que cualquier otro objetivo personal. Podía darle comprensión y apoyo. La actitud de Maggie no albergaba la menor promesa de amor hacia él, sólo la misma ternura propia de una niña dulce que había mostrado a los doce años. Quizá nunca lo amara; quizá ninguna mujer podría nunca llegar a amarlo: bien, lo soportaría entonces, pero al menos tendría la felicidad de verla y de sentir cierta cercanía. Y Philip se aferraba apasionadamente a la posibilidad de que pudiera llegar a amarlo: tal vez ese sentimiento se desarrollara si lo asociaba con la atenta ternura a la que su carácter era tan sensible. Si alguna mujer podía quererlo, sin duda ésa era Maggie: estaba llena de amor y nadie parecía reclamarlo. Así pues... era una pena que un talento como el suyo se marchitara en plena juventud, como un árbol joven en pleno bosque que careciera de la luz y del espacio necesarios para crecer bien. Se preguntaba si no podría impedirlo y convencerla de que abandonara sus privaciones. Sería su ángel de la guarda; haría cualquier cosa, soportaría cualquier cosa por ella, excepto dejar de verla.

Capítulo II

La tía Glegg se entera del tamaño del pulgar de Bob

Mientras los combates vitales de Maggie se libraban casi por completo en el interior de su alma, donde luchaban dos ejércitos de sombras y se alzaban de nuevo los fantasmas caídos, Tom combatía en una guerra mas polvorienta y ruidosa, lidiaba con obstáculos más sólidos y obtenía conquistas más concretas. Así ha sido desde los días de Hécuba y de Héctor, domador de caballos: en el interior de la casa, las mujeres de cabello ondeante y manos alzadas al cielo ofrecían plegarias, contemplaban el combate del mundo desde lejos y llenaban los días largos y vacíos con recuerdos y temores; en el exterior, los hombres, en feroz lucha contra lo divino y lo humano, sofocaban los recuerdos bajo los propósitos y perdían la noción del temor e incluso del riesgo de caer heridos en el apresurado ardor de la acción.

De lo que has visto de Tom, lector, podemos concluir que se trata de un muchacho al que nadie profetizaría un fracaso en lo que deseara firmemente emprender: probablemente, las apuestas estarían de su parte a pesar del escaso éxito que había tenido con los clásicos. Lo cierto era que Tom nunca había deseado alcanzar el éxito en ese terreno: y para obtener una buena cosecha de estupidez, no hay nada como sembrar en un cerebro una serie de asuntos que no le interesen. Sin embargo, ahora la poderosa voluntad de Tom, concentrando los esfuerzos y superando los desalientos, había unido la integridad, el orgullo, los pesares familiares y la ambición personal y los había convertido en una fuerza. El tío Deane, que lo observaba atentamente, pronto empezó a albergar esperanzas sobre él y a sentirse orgulloso de haber colocado en la empresa a un sobrino que parecía estar hecho para el comercio. Tom, en cuanto su tío empezó a insinuar que transcurrido un tiempo, tal vez se le encargaría algún viaje en determinadas temporadas y la compra para la empresa de algunas mercancías vulgares —que prefiero no mencionar para no ofender a los oídos delicados— advirtió que había sido un gesto amable por su parte emplearlo de entrada en el almacén; y, sin duda, pensando en ello, el señor Deane, cuando tenía previsto tomar a solas un vasito de oporto, invitaba a Tom a pasar con él una hora, que dedicaba a sermonear e instruirlo sobre los artículos de exportación e importación, con alguna digresión ocasional de utilidad indirecta sobre las ventajas relativas que para los comerciantes de Saint Ogg's suponía que les trajeran las mercancías en bodegas propias o extranjeras, tema que al señor Deane, en su condición de naviero, hacía soltar chispas en cuanto se calentaba con la conversación y el vino. Durante el segundo año, aumentó el salario de Tom, pero todo, excepto lo que costaba la comida y la ropa, iba a parar a la caja de lata de su casa, y el joven

rehuía la camaradería por temor a que lo empujara a gastos no deseados. Con todo, Tom no encajaba en el bobo modelo del «aprendiz industrioso»; deseaba ardientemente algunos placeres, le habría gustado ser domador de caballos y ofrecer una figura distinguida ante los ojos del vecindario, repartir bienes y prebendas con calculada generosidad y ser considerado uno de los jóvenes más refinados de la región; más aún, estaba decidido a conseguir todo eso tarde o temprano. Pero su astucia le decía que los medios para lograrlo exigían que se sacrificara en aquel momento: debía superar determinadas etapas y una de las primeras era el pago de las deudas de su padre. Tras tomar esta decisión, siguió adelante sin vacilar, envuelto en cierta severidad saturnina, tal como hace un hombre joven cuando se le exige de modo prematuro que se muestre responsable. Tom sentía intensamente esa necesidad de hacer causa común con su padre que se deriva del orgullo familiar, y se concentraba en comportarse como un hijo irreprochable; pero la experiencia que iba adquiriendo le hacía condenar en silencio la imprudencia e irreflexión de la conducta pasada de su padre: no tenían caracteres afines y el rostro de Tom, no se mostraba muy alegre durante las horas que pasaba en casa. Maggie sentía por él un respeto reverencial y aunque luchaba para combatirlo, porque era consciente de que ella poseía pensamientos más amplios y motivos más profundos, era inútil. Un carácter en armonía consigo mismo, que logra lo que se propone, domina los impulsos opuestos y no se plantea nada imposible, es fuerte gracias a lo que niega.

Como bien puedes imaginar, lector, las diferencias entre Tom y su padre, cada vez más obvias, sirvieron para reconciliarlo con las tías y los tíos maternos; y los informes y predicciones favorables del señor Deane al señor Glegg en relación con la aptitud de Tom para los negocios empezaron a ser tema de conversación entre ellos con distintos grados de convicción. Al parecer, Tom era capaz de hacer honor a la familia sin causar gasto ni problema alguno. A la señora Pullet siempre le había parecido extraño que la excelente tez de Tom, tan propia de los Dodson, no fuera indicio de que el muchacho acabaría saliendo bien, y que errores juveniles tales como correr tras el pavo real y la falta de respeto general a sus tías sólo indicaban la presencia de unas gotas de la sangre de los Tulliver que, sin duda, se habían diluido al crecer. El señor Glegg, que había contraído un prudente afecto por Tom al comprobar la actitud enérgica y sensata de éste cuando subastaron los objetos de la casa, comunicó que abrigaba una decisión para favorecer sus perspectivas más adelante, cuando se le ofreciera la posibilidad de hacerlo de modo prudente y sin grandes pérdidas; pero la señora Glegg destacó que ella no era dada a hablar sin autoridad, como otras personas, y que quienes menos hablaban, más éxito acostumbraban a tener, y que cuando llegara el momento, ya se vería quién podía hacer algo mejor que hablar. El tío Pullet, tras meditar en silencio durante varios caramelitos, llegó claramente a la conclusión de que cuando era probable que un joven se desarrollara

adecuadamente, lo mejor era no inmiscuirse en sus cosas.

Entre tanto, Tom no había mostrado ninguna disposición a confiar en nadie más que en sí mismo aunque, con una natural sensibilidad hacia los indicios de opiniones favorables, se alegraba de que su tío pasara por su trabajo a hacerle alguna visita y que lo convidara a comer a su casa, aunque generalmente prefería rechazar la invitación con el pretexto de que tal vez no fuera puntual. No obstante, un año atrás había sucedido algo que indujo a Tom a poner a prueba la disposición amistosa del tío Glegg.

Bob Jakin, que pocas veces olvidaba visitar a Tom y a Maggie cuando regresaba de uno de sus recorridos, una tarde esperó a Tom en el puente cuando volvía a casa desde Saint Ogg's con intención de mantener una conversación en privado. Se tomó la libertad de preguntar al señor Tom si alguna vez se le había ocurrido ganar dinero comerciando un poco por su cuenta. ¿Comerciar? ¿Cómo?, quiso saber Tom. Caramba, pues enviando una carga a algún puerto extranjero; Bob tenía un amigo que le había ofrecido ayudarlo con mercancías de Laceham y que de buen grado ayudaría al señor Tom en las mismas condiciones. Tom se interesó de inmediato y le pidió que le diera más detalles, sorprendido de que no se le hubiera ocurrido a él antes esa idea. Le agradaba tanto el proyecto de una especulación que pudiera cambiar el lento proceso de la suma por el de la multiplicación que decidió de inmediato tratar el asunto con su padre y conseguir su consentimiento para tomar parte de los ahorros de la caja y comprar un pequeño cargamento. Habría preferido no tener que consultar a su padre, pero acababa de depositar hasta la última moneda en la caja de lata y no tenía otro remedio. Allí estaban todos los ahorros: el señor Tulliver no querría de ningún modo colocar el dinero para que produjera interés por temor a perderlo. Desde que una vez especuló comprando grano y perdió la inversión, no se sentía seguro si no tenía el dinero al alcance de la mano.

Aquella noche, mientras estaba sentado frente a la chimenea, Tom abordó la cuestión con cuidado, y el señor Tulliver escuchó, inclinado hacia delante en el sillón y mirándolo a la cara con expresión escéptica. Su primer impulso fue negarse en redondo, pero sentía cierto respeto por los deseos de Tom y, dado que tenía la sensación de ser un padre «funest», ya no tenía la misma imperiosa necesidad de mandar. Sacó del bolsillo la llave del escritorio, extrajo la llave del arcón y tomó la caja de lata lentamente, como si intentara retrasar el momento de una dolorosa separación. Después volvió a sentarse ante la mesa y abrió la caja con la llavecita del candado con la que jugueteaba en el bolsillo del chaleco siempre que tenía un rato libre. Allí estaban los sucios billetes de banco y los brillantes soberanos, y los contó sobre la mesa: tras tanto escatimar durante dos años, sólo habían conseguido ahorrar ciento dieciséis libras.

—Entonces, ¿cuánto quieres? —preguntó, hablando como si las palabras le

abrasaran los labios.

—¿Qué le parece que empiece con treinta y seis libras, padre? —preguntó Tom.

El señor Tulliver separó esa cantidad del resto.

—Es todo lo que ahorro de mi paga en un año —dijo sin quitar la mano de encima.

—Sí, padre. Es muy lento ahorrar con lo poco que ganamos. Y, de esa manera, podremos doblar nuestros ahorros.

—Ah, muchacho —dijo el padre, sin levantar la mano del dinero—. Pero podrías perderlo, podrías perder un año de mi vida, y no me quedan muchos.

Tom permaneció en silencio.

—Y sabes que no quise pagar dividendos con las primeras cien libras, porque quería verlas todas juntas y, cuando las veo, me siento más tranquilo. Si confías en la suerte, seguro que estará en mi contra. Es Pero Botero quien tiene la suerte en sus manos. Y si pierdo un año, nunca lo recuperaré, la muerte podría llevarseme —dijo con voz temblorosa.

—En ese caso, padre —dijo Tom tras unos minutos de silencio—, ya que pone tantas objeciones, no seguiré adelante.

Sin embargo, no deseaba abandonar el proyecto por completo, de modo que resolvió pedir al tío Glegg que le prestara veinte libras a cambio del cinco por ciento de los beneficios. No era mucho pedir. Así que cuando Bob pasó al día siguiente por el muelle para saber qué decisión había tomado, Tom le propuso que fueran juntos a ver al tío Glegg para iniciar el negocio; seguía siendo un chico tímido y orgulloso y tenía la sensación de que la lengua de Bob haría que se sintiera más seguro.

Como es natural, en aquella hora agradable, las cuatro de la tarde de un cálido día de agosto, el señor Glegg estaba contando los frutos de sus árboles para asegurarse de que el número total no había variado desde el día anterior. Tom se le acercó junto a lo que al señor Glegg le pareció una compañía poco recomendable: un hombre con un saco al hombro —ya que Bob estaba preparado para emprender otro viaje— y un enorme bull-terrier manchado que caminaba contoneándose lentamente y miraba con los ojos entrecerrados, con una hosca indiferencia que bien podría ocultar las intenciones más aviesas. Las gafas del señor Glegg, que lo habían ayudado a contar los frutos, destacaron estos detalles sospechosos de modo alarmante.

—¡Eh, eh! ¡Que se vaya ese perro! —gritó, agarrando un palo y sosteniéndolo ante él como protección en cuanto los visitantes se encontraron a tres yardas de distancia.

—Largo *Mumps* —ordenó Bob, dándole una patada—. Es tranquilo como un corderito. —*Mumps* corroboró la observación con un largo gruñido mientras se replegaba tras las piernas de su amo.

—¡Vaya! ¿Qué significa esto, Tom? —preguntó el señor Glegg—. ¿Sabes algo de

los sinvergüenzas que me cortan los árboles? —Si Bob acudía como «informado», entonces el señor Glegg podría tolerar alguna irregularidad.

—No, señor —dijo Tom—. Hemos venido a hablar de un pequeño negocio que me interesa.

—Ah, bien. Pero, ¿qué tiene que ver el perro con eso? —preguntó el anciano caballero, volviendo a mostrarse amable.

—El perro es mío —intervino Bob con su habitual rapidez—. Y soy yo quien ha *contao* al señor Tom lo *d'ese* negocio, porque el señor Tom ha sido amigo mío desde que era un crío: mi primer trabajo fue espantar a los pájaros *pa* el viejo amo. Y siempre pienso que, si se presenta la buena suerte, dejaré que el señor Tom también se aproveche. Y es una verdadera pena que si se presenta la oportunidad *d'hacer* algún dinero enviando género fuera, con un diez o doce por ciento de beneficio después de pagar los costes de flete y las comisiones, no pueda hacerlo porque no tiene dinero. Y son géneros de Laceham, a ver, que están hechos a propósito *pa* gente que quiera enviar una pequeña partida: son ligeros y no ocupan sitio; el paquete de veinte libras ni se ve, y son *manufaturas* que gustan a cualquiera, de manera que es fácil venderlas. Y yo iré a Laceham y compraré los productos *pa* el señor Tom y *pa* mí, y el encargado de un carguero se ocupará de ellos, lo conozco personalmente, es un buen hombre y tiene familia aquí, en el pueblo: se llama Salt y, como es natural, es un individuo muy *salao* y de fiar; si no se lo cree, puedo acompañarlo a que lo vea.

El tío Glegg escuchó con la boca abierta de sorpresa el locuaz discurso de Bob, que apenas comprendía. Lo miró primero por encima de las gafas, después por debajo y luego otra vez por encima; entre tanto, Tom, inseguro de la opinión que tendría su tío, empezó a desear no haber llevado a aquel Aarón o portavoz. La charla de Bob le parecía menos convincente ahora que la oía ante otra persona.

—Parece usted muy entendido —dijo el señor Glegg finalmente.

—Pues sí, señor, eso es —prosiguió Bob, asintiendo—. Como que me parece que tengo la cabeza viva por adentro, como si fuera un queso viejo, porque estoy tan lleno de planes que uno choca con otro. Si no tuviera a Mumps *pa* hablar, me se llenaría tanto que me daría un ataque. Será porque nunca fui demasiado al colegio. Es lo que yo digo a mi madre: «Debería haberme enviado más al colegio, entonces podría leer *pa* distraerme y tendría la cabeza más fría y vací». Vaya, ahora está bien y cómoda, mi vieja, come carne asada y habla *to* lo que quiere. Porque estoy ganando tanto que tendré que casarme *pa* que lo gaste mi mujer, pero es una lata tener mujer, y a Mumps a lo mejor no le gusta.

El tío Glegg que, desde que se había retirado de los negocios se consideraba un hombre jocosos, empezaba a encontrar divertido a Bob, pero todavía tenía que hacer un comentario desaprobador que lo mantenía serio.

—Ah, me parece que no sabe usted cómo gastar su dinero; si no, no tendría ese

perrazo, que comerá como dos cristianos. ¡Es una vergüenza, es una vergüenza! — exclamó, más triste que enfadado. Y añadió rápidamente—: Pero vamos, oigamos más cosas sobre este negocio, Tom. Imagino que quieres un poco de dinero para probar fortuna. Pero, ¿dónde está el tuyo? No te lo gastarás todo, ¿verdad?

—No, señor —contestó Tom sonrojándose—. Pero mi padre no desea arriesgarlo y yo no quiero insistir. Si pudiera conseguir veinte o treinta libras para empezar, podría pagar el cinco por ciento y así, gradualmente, formar un pequeño capital propio y seguir adelante sin préstamos.

—Vaya, vaya —dijo el señor Glegg con tono de aprobación—. No es una mala idea, y no te digo que no sea yo la persona indicada. Pero preferiría ver a ese Salt del que habláis. Y el amigo aquí presente s'ofrece a comprar el género... ¿Si le damos el dinero, l'avalará alguien? —añadió el precavido anciano, mirando a Bob por encima de las gafas.

—Me parece que no es necesario, tío —dijo Tom—. Por lo menos, para mí no sería necesario, porque conozco bien a Bob; pero quizá usted sí quiera alguna garantía.

—Usted se quedará con algún porcentaje de la compra, supongo —dijo el señor Glegg, mirando a Bob.

—No, señor —contestó Bob indignado—. No l'he ofrecido al señor Tom una manzana *pa* llevarme un *bocao*. Cuando engaño a otro lo hago con más ingenio.

—Pero si es perfectamente correcto que usted tenga un pequeño porcentaje —dijo el señor Glegg—. No soy partidario de las *transacciones* en las que la gente trabaja a cambio de nada.

—Bien, pues —contestó Bob, que gracias a su agudeza vio de inmediato a qué se refería—: le diré lo que saco yo *d'*esto que, al final, *m'*hará *tamién* ganar dinero. Si hago compras mayores, gano consideración: ése es mi plan. Soy un tipo listo.

—Glegg, Glegg —espetó una voz severa desde la ventana abierta del salón—. ¿Te importaría venir a tomar el té? ¿O piensas seguir charlando con buhoneros hasta que te asesinen a plena luz del día?

—¿Asesinen? —preguntó el señor Glegg—. ¿De qué habla esta mujer? Aquí está tu sobrino Tom hablando de negocios.

—Pues sí, de que te asesinen. No hace mucho se juzgó el caso de un buhonero que asesinó a una joven, le robó el dedal y tiró el cadáver a una cuneta.

—No, no —protestó el señor Glegg con tono tranquilizador—: te refieres a un hombre sin piernas que iba en un carrito tirado por un perro.

—Bueno, es lo mismo, Glegg, pero tú te empeñas en llevarme la contraria. Y si mi sobrino ha venido a hablar de negocios, sería más adecuado que lo hicieras pasar a la casa y permitieras que su tía se enterara, en lugar de murmurar por los rincones como si conspirarais o tramaraís algo.

—Bien, bien —accedió el señor Glegg—, ahora entramos.

—No es necesario que se quede —dijo la dama dirigiéndose a Bob con voz fuerte, más adecuada a la distancia moral que los separaba que a la física—. No queremos nada. Yo no compro a los buhoneros. Y cierre bien la puerta del jardín al salir.

—Alto, no vaya tan aprisa, señora Glegg —dijo el señor Glegg—. Todavía no he terminado con el joven. Pasa, Tom, pasa—añadió, entrando por una puerta ventana.

—Glegg —declaró la señora Glegg en tono de fatalidad—: si tienes intención de permitir que este hombre y su perro me pisen la alfombra delante de mis narices, *has* el favor de comunicármelo. Supongo que una esposa tiene el derecho a saberlo.

—No se inquiete, señora mía —dijo Bob, tocándose la gorra. Advirtió de inmediato que la señora Glegg era una pieza digna de cazarse y se aprestó a ello—. *Mumps* y yo nos quedaremos aquí, en la gravilla. *Mumps* sabe con quién trata, ni que le silbe durante una hora se tirará sobre una verdadera señora como *usté*. Hay que ver cómo reconoce a las damas hermosas, Y le gustan especialmente las de buena figura. A ver, —añadió Bob, depositando el fardo en la gravilla—, es una lástima que una dama como *usté* no trate con buhoneros en lugar de ir a esas tiendas modernas donde hay media docena de caballeros con la barbilla bien tiesa por el cuello duro, que parecen botellas con tapones *d'adorno*, que tienen que sacar *d'un* trozo de percal pa comer. No es razonable que pague tres veces lo que pagaría a un buhonero, pues ésa es la manera natural de comprar porque no paga alquiler y no tiene que soltar una mentira tras otra quiera o no quiera. Pero señora, *usté* sabe mejor que yo lo que es bueno, seguro que adivina las intenciones de los tenderos.

—Pues sí, claro que sí. Y también de los vendedores ambulantes —observó la señora Glegg, con intención de dejar claro que los halagos de Bob no habían producido en ella el menor efecto; entre tanto, su esposo, que permanecía en pie detrás de ella, con las manos en los bolsillos y las piernas separadas, sonrió y guiñó un ojo con deleite conyugal ante la probabilidad de que embaucaran a su esposa.

—Sí, seguro, señora —dijo Bob—. ¡A ver! Seguro que ha tratado con cientos de buhoneros cuando era muchacha, antes de que el señor aquí presente tuviera la suerte de poner los ojos en *usté*. Sé dónde vivía, he visto la casa muchas veces, cerca del señor Darleigh, una casa de piedra con escaleras...

—Ah, así era —dijo la señora Glegg, sirviendo el té—. Entonces, conoce un poco a mi familia... ¿es pariente de aquel buhonero con un ojo bizco que traía lino irlandés?

—¡Ahí está! —exclamó Bob, eludiendo la pregunta—. Si ya sabía yo que las mejores compras de su vida habían sido a algún buhonero. ¡A ver! Si hasta un buhonero bizco es mejor que un tendero con los ojos rectos. Pardiez, ojalá hubiera tenido la suerte de visitar la casa de piedra con este fardo... —dijo, inclinándose y

asestando un enfático puñetazo en el saco—, mientras las hermosas jóvenes esperaban en los escalones de piedra... cómo me habría gustado enseñarles mi fardo. Ahora, los buhoneros sólo pasan por casas pobres, si no es por las criadas. Qué tiempos tan malos éstos, señora. Mire los algodones estampados que se llevan ahora y cómo eran cuando usted los llevaba. Seguro que usted no se pondrá nada *d'eso*. Tiene que ser de primera, la tela que usted compre, algo que lleve con gusto.

—Sí, mejores que los que usted tiene, sin duda: no creo que tenga nada de primera, excepto el descaro —dijo la señora Glegg, convencida de su sagacidad insuperable—. Glegg, ¿piensas sentarte a tomar el té? Tom, toma esta taza.

—En eso ha tenido razón, señora —dijo Bob—, mi fardo no es *pa* damas como usted. Ya pasaron esos tiempos. Ahora llevamos gangas baratísimas, con alguna tara aquí o allá, que puede cortarse o que no se ve una vez puesto; pero nada bueno *pa* ofrecer a las personas ricas que pagan por lo que nadie ve. Yo no soy *d'esos* que querrían enseñarle su mercancía, señora: no, no; yo soy un tipo insolente, como *usté* dice, porque estos tiempos que corren nos hacen insolentes, pero no tanto.

—Bueno, ¿qué telas lleva en el fardo? —preguntó la señora Glegg—. Tejidos de colores, supongo; chales y todo eso.

—De todo tipo, señora, de todo tipo —dijo Bob, dando un golpe al hatillo—. Pero no hablemos más *d'eso*, si *usté* quiere. Estoy aquí por los negocios del señor Tom y no soy *d'esos* que ocupan el tiempo de los demás con sus asuntos.

—Pues hagan el favor de decirme en qué consiste ese negocio que me quieren ocultar —dijo la señora Glegg que, acosada por una doble curiosidad, se veía obligada a posponer una de ellas.

—Un pequeño plan de nuestro sobrino Tom, aquí presente —dijo él señor Glegg con aire afable—, y no del todo malo, creo yo. Un *proyeto* para ganar dinero que es justo la clase de plan adecuado para los jóvenes que tienen que labrarse un futuro, ¿verdad, Jane?

—Espero que en su plan no cuente con que sus parientes se encarguen de todo, pues así es como piensan ahora los jóvenes. Les ruego que me cuenten qué tiene que ver este buhonero con lo que sucede en nuestra familia. ¿Es que no puedes hablar por ti mismo, Tom, e informar a tu tía, como debe hacer un sobrino?

—Este joven se llama Bob Jakin, tía —explicó Tom, dominando la irritación que le producía la tía Glegg—. Y lo conozco desde qué éramos niños. Es muy buen muchacho y siempre está dispuesto a hacer algo por mí. Y tiene cierta experiencia en esto de enviar manufacturas a otros lugares en pequeñas cantidades; y cree que si yo hiciera lo mismo, podría ganar algún dinero. Así se obtiene un elevado interés.

—¿Un gran interés? —preguntó la tía Glegg con entusiasmo.

—¿Y a qué llamas tú un gran interés?

—Al diez o doce por ciento, dice Bob, tras pagar todos los gastos.

—En ese caso, ¿por qué no se me ha comunicado antes, Glegg? —preguntó la señora Glegg, volviéndose hacia su marido con un chirriante tono de reproche—. ¿No me has dicho siempre que no es posible obtener más del cinco por ciento?

—Bah, bah, tonterías, mujer —contestó él señor Glegg—. Tú no puede meterte en negocios, ¿verdad? No se puede obtener más del cinco por ciento con seguridad.

—Pero yo sí puedo ocuparme de su dinero, y muy agradecido, señora —dijo Bob—, si *usted* desea arriesgarlo, aunque tampoco puede decirse que sea un verdadero riesgo. Pero si *usted* quisiera prestar un poco de dinero al señor Tom, él le pagaría el seis o el siete por ciento y ganaría también un pellizco *pa* él, y a una dama bondadosa como *usted* le gustará más el negocio si su sobrino participa en él.

—¿Qué dices, señora Glegg? —preguntó el señor Glegg—. Me parece que, después de hacer algunas averiguaciones, ayudaré a Tom con un poquito de *cúmquibus* para empezar, me pagará intereses, y si tienes por ahí alguna cantidad metida en un calcetín o algo así...

—¡Glegg!, ¡esto es inconcebible! Eres capaz de ir por ahí informando a los vagabundos para que puedan venir a robarme.

—Bien, bien. Como decía, si quisieras aportar veinte libras, bien podrías hacerlo: yo las aumentaría hasta cincuenta. Sería un buen punto de partida, ¿no, Tom?

—Espero que no cuentes conmigo, Glegg —dijo su esposa—. No dudo de que, con mi dinero, puedes hacer grandes cosas.

—Pues muy bien —contestó el señor Glegg, algo irritado—, entonces, lo haremos sin ti. Iré con usted a ver a ese Salt —añadió, volviéndose hacia Bob.

—Y ahora, imagino que te irás al otro extremo, Glegg —dijo la señora Glegg—, y querrás excluirme del negocio con mi sobrino. No he dicho nunca que no quisiera poner dinero, y no digo si serán o no esas veinte libras, aunque tú te das mucha prisa en opinar por mí, pero algún día Tom se dará cuenta de que su tía tiene razón al no arriesgar, hasta que se demuestre que no se va a perder, el dinero que ha ahorrado para él.

—Sí, ése es un riesgo agradable —dijo el señor Glegg, guiñando el ojo a Tom indiscretamente, el cual no pudo reprimir una sonrisa. Pero Bob contuvo el estallido de la ofendida dama.

—Caramba, señora —intervino con aire de admiración—, *usted* sí que sabe cómo hacer las cosas. Y está en *to* su derecho. Primero mira cómo funciona el negocio y después toma una generosa decisión. Pardiez, es buena cosa esa de tener buenos parientes. Yo gané mi *cúmquibus*, como dice el señor, espabilándome solo, diez soberanos fueron, apagando el fuego del molino de Torry, y ha ido creciendo y creciendo poco a poco, hasta que he reunido treinta libras, *amás* de poner cómoda a mi madre. Podría tener más, pero soy demasiado blando con las mujeres y no puedo evitar venderles verdaderas gangas. Por ejemplo, aquí tengo este fardo —dijo,

golpeándolo con energía—. Cualquier otro ganaría un buen dinero, pero yo... Pardiez, si casi lo vendo por lo mismo que *m'ha costao*.

—¿Lleva usted tela de visillos? —preguntó la señora Glegg con tono condescendiente, acercándose desde la mesilla de té y doblando la servilleta.

—Eh, señora, que no llevo nada que a *usté* le valga la pena ver. No se me ocurriría enseñárselo, sería un insulto.

—Pero deje que lo vea —insistió la señora Glegg, sin abandonar el aire de superioridad—. Si son piezas taradas, tal vez sean de la mejor calidad.

—No, señora. Yo sé qué lugar me corresponde —dijo Bob, levantando el saco y echándoselo al hombro—. No quiero mostrar mi mercancía barata a una dama como *usté*. La venta ambulante ya no es lo que era: se escandalizaría al ver la diferencia. Señor, estoy a sus órdenes: cuando quiera nos vamos a ver a Salt.

—Todo a su debido tiempo —dijo el señor Glegg, sin ningunas ganas de cortar la conversación—. ¿Te necesitan en el muelle, Tom?

—No, señor. He dejado a Stowe en mi lugar.

—Vamos, entonces deje el fardo y muéstreme lo que lleva —dijo la señora Glegg mientras arrastraba una silla hasta la ventana y se sentaba con gran dignidad.

—No me lo pida, señora —le rogó Bob.

—No se hable más —ordenó la señora Glegg con severidad— y haga lo que le digo.

—Señora, no deseo hacerlo, pero se hará lo que *usté* ordene —dijo Bob lentamente, depositando el fardo en la puerta y empezando a desatarlo con dedos remisos. Sin dejar de farfullar en las pausas entre una frase y otra, añadió—: no va a comprarme nada... sentiría que lo hiciera... Piense en las mujeres de los pueblos de por aquí, que nunca han ido a más de cien yardas de su casa... sería una pena que *usté* les comprara sus gangas. Pardiez, si cuando me ven organizan una fiesta... Y nunca volveré a conseguirles gangas como éstas. Ahora no tengo tiempo, porque tengo que irme a Laceham. Mire esto —añadió Bob, recobrando su rapidez habitual y sosteniendo un pañuelo de lana escarlata con una corona bordada en la esquina—: aquí tiene algo con lo que a una muchacha se le haría la boca y sólo por dos chelines. ¿Por qué? Porque tiene un agujerito de polilla en esta esquina sin bordar. Pardiez, me parece que la Providencia envió las polillas y el moho a propósito *pa* rebajar un poco los tejidos *pa* las mujeres hermosas que no tienen mucho dinero. Si no hubiera sido por eso, todos los pañuelos serían de las damas ricas y hermosas como *usté*, señora, a cinco chelines la pieza, ni un cuarto de penique menos. Pero, ¿qué hace la polilla? ¡A ver! Se zampa tres chelines en un santiamén, y así los vendedores ambulantes como yo podemos llevar un poquito de fuego a las muchachas pobres que viven en casas oscuras. ¡Pardiez, si cuando mira uno este pañuelo tiene la sensación de que es una hoguera!

Bob lo sostuvo a distancia para admirarlo bien:

—Sí, pero en esta época del año nadie quiere fuego —espetó la señora Glegg—. Deje a un lado las cosas de color y déjeme ver las telas de visillo, si tiene.

—Señora, ya le dije lo que iba a suceder —dijo Bob, arrojando a un lado las telas de colores con aire de desesperación—. Ya sabía yo que se enojaría por tener que ver estos artículos miserables que yo llevo. Aquí tiene un retal de muselina estampada pero, ¿*pa* qué va a perder el tiempo mirándola? Es como si se dedicara a mirar lo que comen los pobres: sólo conseguiría perder el apetito. En mitad de la pieza, hay una yarda que ha quedado sin dibujo. Pardiez, si esta muselina es digna de la princesa Victoria —dijo Bob, arrojándola hacia el césped, como si quisiera apartarla de los ojos de la señora Glegg—, pero la comprará la mujer del buhonero de Fibb's End, allí irá a parar. Diez chelines por todo, diez yardas, contando la estropeada: habría costado veinticinco chelines, ni un penique menos. Pero no diré nada más, señora; eso no es nada *pa* usted. Usted puede pagar tres veces mas por algo que no sea ni la mitad de bueno. Y de los visillos de que hablaba usted... bien, tengo una pieza de risa...

—Traiga esa muselina —dijo la señora Glegg—. Es de color crema y tengo debilidad por ese color.

—Señora, que es una pieza tarada —insistió Bob con tono de desprecio—. ¡No hará nada con ella, señora! Se la dará a la cocinera, ya lo sé, y sería una pena porque parecerá una señora: no es adecuada *pa* una criada.

—Cójala y mídala —ordenó la señora Glegg.

Bob obedeció a regañadientes.

—¡Mire lo que sobra! —dijo, mostrando media yarda, mientras la señora Glegg examinaba el trozo estropeado y echaba la cabeza hacia atrás para juzgar si se veía la tara de lejos.

—Le doy seis chelines por ella —soltó la señora Glegg con aire de quien da un ultimátum.

—Señora, si ya le dije que le ofendería mirar mi fardo. Ese trozo estropeado le ha revuelto el estómago, me doy cuenta —dijo Bob, recogiendo la muselina a toda velocidad con intención aparente de recoger la carga—. Cuando usted vivía en la casa de piedra, estaba usted acostumbrada a que los buhoneros le trajeran otro tipo de artículos. La venta ambulante ya no es lo que era, ya se lo he dicho: lo que yo llevo es *pa* gente vulgar. La señora Pepper me dará diez chelines por esa muselina y será una pena que no le pida más. Estos artículos se amortizan: conservan el color hasta que se deshacen los hilos en la tina de lavar, cosa que no sucederá mientras yo sea joven.

—Bien, pues siete chelines —dijo la señora Glegg.

—Quíteselo de la cabeza, señora —dijo Bob—. Aquí tiene un trozo de visillo, *pa* que lo mire mientras recojo el fardo. *Pa* que vea en qué se ha convertido este oficio.

Con topos y ramitas, ya ve; bonito, pero amarillento: se ha quedado arrinconado y ha cogido ese color. Nunca habría podido comprar un visillo de esta calidad si no hubiera estado de este color. Pardiez, me ha costado mucho aprender el valor de estos artículos; cuando empecé a llevar el fardo era ignorante como un cerdo: no distinguía entre el visillo y el calicó. Creía que las telas, cuanto más gruesas, más valían. Me asusté, porque soy un tipo simple, incapaz de artimañas, señora. No veo mucho más allá de mi nariz y si voy más lejos, temo equivocarme. Y di cinco chelines con ocho peniques por este retal *pa* visillos, y si le dijera otra cosa, estaría contándole mentiras: y cinco chelines con ocho peniques pediré por él, ni un penique más, porque es un artículo *pa* mujer y a mí me gusta complacerlas. Cinco con ocho por seis yardas: es tan barato como si se pagara sólo el polvo que cubre la tela.

—No me importaría quedarme tres yardas —dijo la señora Glegg.

—Caramba, si hay seis en total —dijo Bob—. No, señora, no le merece la pena: mañana mismo puede ir a la tienda y comprar el mismo dibujo blanqueado. Sólo le costará tres veces más, pero ¿qué es eso *pa* una señora como *usté*? —añadió Bob, atando el fardo con énfasis.

—Vamos, déme esa muselina —ordenó la señora Glegg—. Tenga ocho chelines por ella.

—Estará de broma, señora —dijo Bob, mirándola con aire divertido—. En cuanto la vi en la ventana, me di cuenta de que *usté* es una dama muy bromista.

—Bien, apártemela —ordenó la señora Glegg.

—Pero si se la dejo por diez chelines, señora, espero que tenga la *bondá* de no decírselo a nadie. Me convertiría en el hazmerreír de mi gremio, se burlarían de mí si lo supieran. Tengo que hacer creer que pido más por mi mercancía, si no se darán cuenta de que soy tonto. Le agradezco que no insista en comprar el visillo, porque entonces habría perdido mis dos mejores gangas y pensaba ofrecérselas a la señora Pepper de Fibb's End, que es una buena clienta.

—Déjeme ver otra vez el visillo —dijo la señora Glegg, encaprichada con los topos y las ramitas, ahora que los perdía de vista.

—Bien, no puedo negarme, señora —dijo Bob, tendiéndoselo—. ¡Qué dibujo! Auténticas *manufaturas* de Laceham. Ésta es la clase de telas que recomiendo que envíe el señor Tom. Pardiez, es un buen artículo *pa* cualquiera que tenga un poco de dinero. Estas telas de Laceham harán que el dinero críe como conejos. ¡Si yo fuera una señora con un poco de dinero! Vaya, conocí una que puso treinta libras en este negocio, una señora con una pierna de madera, pero tan lista que no había quien la pillara: antes de empezar cualquier cosa, ya sabía por dónde tenía que ir. Pues bien, prestó treinta libras a un joven dedicado a la pañería y él las invirtió en tejidos de Laceham; un oficial encargado de la carga que es amigo mío, aunque no es Salt, se las llevó, y consiguió el ocho por ciento a la primera, y ahora estará enviando

mercancías en todos los barcos, hasta que se haga tan rica como un judío. Bucks se llama, no vive en esta ciudad. Ahora, señora, si hiciera el favor de darme ese retal de visillo...

—Quince chelines por los dos —propuso la señora Glegg—, pero es un precio vergonzoso.

—Quia, señora. No lo dirá cuando lleve cinco años arrodillándose en la iglesia. Le estoy haciendo un regalo, de veras. Esos ocho peniques me recortan los beneficios como una navaja. Ahora, señor —prosiguió Bob, echándose el fardo al hombro—, si hace *usté* el favor, quisiera ir a encargarme de ayudar al señor Tom a hacerse rico. Ah, me gustaría que tuviera otras veinte libras *pa* prestármelas a mí: las emplearía más deprisa de lo que se tarda en decir el catecismo.

—Aguarda un momento, Glegg —dijo la dama cuando su esposo cogía el sombrero—. Nunca quieres darme oportunidad de hablar. Vete ahora y ocúpate de este negocio, y al regresar dime si todavía estoy a tiempo de hablar. ¡Como si no fuera tía de mi propio sobrino y cabeza de su familia materna! Como si no tuviera unas buenas guineas apartadas para él, así sabrá a quién debe respetar cuando yo esté en el ataúd.

—Vamos, señora Glegg, di lo que quieras decir de una vez —la apremió el señor Glegg.

—Bien, deseo que no se haga nada sin que yo lo sepa. No digo que no vaya a arriesgar veinte libras, si averiguas que todo es correcto y seguro. Y, si lo hago, Tom —concluyó la señora Glegg, volviéndose hacia su sobrino con aire imponente—, espero que recuerdes siempre y guardes agradecimiento a esta tía. Ya sabes que te pediré un interés, porque no soy partidaria de dar cosas: en mi familia nunca hemos esperado regalos.

—Gracias, tía —contestó Tom con orgullo—. Yo también prefiero que se trate de un préstamo.

—Muy bien, ése es el espíritu de los Dodson —sentenció la señora Glegg, levantándose para recoger su labor con la sensación de que cualquier cosa que se añadiera a esta frase lapidaria supondría un súbito descenso de lo sublime a lo vulgar.

Tras descubrir a Salt —ese individuo tan *salao*— envuelto en una nube de humo de tabaco en *The Anchor Tavern*, el señor Glegg inició una investigación que resultó lo bastante satisfactoria como para garantizar el adelanto del «cúmquibu», al que la tía Glegg contribuyó con veinte libras; y en este modesto principio puedes ver, lector, el origen de un hecho que, de otro modo, te habría sorprendido. Sin que su padre lo supiera, Tom empezó a acumular unos ahorros que prometían, a no muy largo plazo, superar la cantidad guardada y saldar las deudas. En cuanto empezó a dedicarse a esta fuente de beneficios, Tom decidió sacarle el mayor partido posible y no perdió oportunidad de obtener información y ampliar sus pequeños negocios. No se lo dijo a

su padre, influido por esa extraña mezcla de sentimientos opuestos que con frecuencia da razón por igual a quienes censuran un comportamiento y a quienes lo admiran: por un lado, se debía a ese rechazo a las confianzas que se da entre familiares próximos —un rechazo hacia la familia que estropea la relación más sagrada de nuestra vida—; y, por otro, lo empujaba el deseo de sorprender a su padre con una gran alegría. No se le ocurrió pensar que habría sido mejor aliviar el intervalo con una esperanza y evitar el delirio de una alegría repentina.

Cuando Maggie se encontró con Philip por primera vez, Tom poseía ya un capital de casi ciento cincuenta libras y, mientras caminaban a la luz del atardecer por las Fosas Rojas, bajo la misma luz del ocaso, Tom cabalgaba hacia Laceham, orgulloso de emprender el primer viaje en nombre de Guest & Co., dando vueltas a las oportunidades que, a finales del año siguiente, le permitirían duplicar los beneficios, borrar del nombre de su padre el oprobio de las deudas y tal vez —porque ya tendría veintiún años— empezar de nuevo en otro empleo más digno. ¿Acaso no lo merecía? Estaba convencido de que así era.

Capítulo III

La balanza inestable

Tal como he dicho, tras pasar la tarde en las Fosas, Rojas Maggie se marchó a su casa sumida ya en un conflicto. Habrás visto con claridad en su encuentro con Philip, lector, de qué conflicto se trataba. De repente, encontraba una abertura en la pared de piedra que cerraba el estrecho Valle de la Humillación; donde no tenía otro panorama que un cielo remoto e insondable; y algunos de los placeres terrenales que le rondaban por la memoria ya no le parecían fuera de su alcance. Podría tener libros, conversación, afecto; podría oír noticias del mundo, del que no había perdido la sensación de exilio; y, al mismo tiempo, sería un gesto amable hacia Philip, el cual era digno de lástima porque, sin duda, no era feliz. Y quizá aquélla fuera una oportunidad para hacer que su mente fuera más digna del más alto servicio; quizá la devoción más noble y completa apenas podía existir sin cierta amplitud de conocimientos. ¿Acaso debería vivir siempre en aquel resignado encarcelamiento? Era algo tan bueno, tan irreprochable que hubiera una amistad entre ella y Philip; los motivos que lo prohibían eran tan poco razonables, ¡tan poco cristianos! Pero la advertencia severa y monótona se repetía una y otra vez: estaba perdiendo la simplicidad y la claridad de su vida al pensar en ocultar algo, y al abandonar la simple regla de la renuncia se ponía bajo la seductora guía de deseos ilimitables. A la semana siguiente, cuando regresó por la tarde a las Fosas Rojas, creía haber reunido ya fuerza suficiente para obedecer a aquella advertencia. Pero si bien estaba decidida a despedirse afectuosamente de Philip, ¡cuánto ansiaba que llegara el paseo vespertino en la tranquila y moteada sombra de las hondonadas!, lejos de todo lo desagradable y feo; la mirada de afectuosa admiración que la recibiría; la sensación de camaradería que los recuerdos de la infancia daban a una conversación mas sabia y adulta; la seguridad de que Philip escucharía con un interés único todo lo que ella dijera. Sería muy duro dar la espalda a aquella media hora con la sensación de que no volvería a repetirse. No obstante, dijo todo lo que quería con aire firme y serio.

—Philip, he tomado una decisión. Tenemos que renunciar el uno al otro en todo, excepto en nuestros recuerdos. No puedo verte si no es a escondidas. Espera, ya sé lo que vas a decir: son los sentimientos erróneos de otras personas lo que nos obliga a ocultarnos; pero la ocultación es mala, sea cual sea la causa: tengo la sensación de que sería perjudicial para ti, para ambos. Y, además, si se descubriese nuestro secreto habría penas y enfados, y también tendríamos que separarnos. Y entonces, ya acostumbrados a tratarnos, sería más difícil.

El rostro de Philip se sonrojó y, por un momento, pareció que estuviera dispuesto

a resistirse a esa decisión con todas sus fuerzas. Sin embargo, se controló.

—Bien, Maggie —dijo con simulada calma—. Si tenemos que separarnos, intentemos olvidarlo durante media hora y hablemos un ratito por última vez.

Le tomó la mano y Maggie no vio motivo alguno para retirarla: el silencio de Philip le confirmaba que le había infligido un gran dolor y quería mostrarle que no había sido por voluntad propia. Caminaron en silencio, cogidos de la mano.

—Sentémonos en esa hondonada —propuso Philip—, allí donde nos detuvimos la última vez. Mira cómo se han desparramado las rosas silvestres y han llenado el suelo de pétalos.

Se sentaron al pie del fresno inclinado.

—He empezado ya tu retrato entre los pinos, Maggie —dijo Philip—. Así pues, deja que estudie un poco tu rostro mientras estás quieta, puesto que no voy a volver a verlo. Por favor, ladea un poco la cabeza —dijo con un tono suplicante al que difícilmente podría haberse negado Maggie. El rostro pleno y resplandeciente, con la corona negra y brillante, parecía el de una diosa satisfecha de la adoración del joven pálido de rasgos menudos que la miraba.

—Así pues, voy a posar para el segundo retrato —dijo Maggie con una sonrisa—. ¿Será mayor que el otro?

—Sí, mucho mayor. Éste será un óleo. Parecerás una hamadriade alta, morena, fuerte y noble, salida de uno de los pinos cuando las ramas proyecten las sombras crepusculares sobre la hierba.

—Se diría que lo que más te gusta es pintar, ¿no es así, Philip?

—Quizá sí —contestó Philip con cierta tristeza—, pero pienso en demasiadas cosas: siembro todo tipo de semillas y no consigo gran cosecha de ninguna de ellas. Tengo la desgracia de estar interesado por muchas cosas diversas y de no tener gran talento para ninguna en concreto. Me gustan la pintura y la música, la literatura clásica, medieval y moderna: revoloteo por todas partes y no me quedo en ningún sitio.

—Pero, sin duda, es una suerte sentir tantas inclinaciones y disfrutar de tantas cosas hermosas cuando están a tu alcance —meditó Maggie—. Siempre me ha parecido una especie de estúpida habilidad la de tener una sola clase de talento, es ser algo así como una paloma mensajera.

—Si yo fuera como cualquier otro hombre, podría ser una fuente de felicidad tener muchas aficiones —dijo Philip con amargura—. Me bastaría la mediocridad para conseguir cierto poder y distinción, como hacen los demás. Por lo menos, podría obtener esas tibias satisfacciones que permiten a los hombres pasarse sin las más grandes. Entonces, quizá me pareciera agradable la sociedad de Saint Ogg's. En cambio, sólo alguna facultad que me elevara por encima del nivel de esta vida provinciana me compensaría el dolor que siento. Bueno, con una excepción: una

pasión amorosa.

Maggie no oyó esta última frase porque luchaba contra la conciencia de que las palabras de Philip habían hecho vibrar de nuevo su propio descontento.

—Entiendo lo que quieres decir, aunque no sé tantas cosas como tú —dijo Maggie—. Antes pensaba que no podría soportar la vida si cada día fuera siempre igual al anterior y me viera obligada a hacer cosas sin importancia alguna y a no conocer nunca nada más grande. Pero, querido Philip, creo que somos como niños a los que cuida alguien más sabio que nosotros. ¿Acaso no es justo que nos resignemos por completo, por muchas cosas que se nos nieguen? Durante los últimos dos o tres años esta idea me ha proporcionado mucha paz; se encuentra alegría en el sometimiento de la voluntad.

—Sí, Maggie —dijo Philip con vehemencia—, y te estás encerrando en un fanatismo estrecho con el que te engañas, y es sólo un modo de huir del dolor sofocando lo más poderoso de tu carácter. La alegría y la paz no son resignación: resignación es soportar voluntariamente un dolor sin paliativos, un dolor que uno no espera mitigar. El estupor no es resignación, y mantenerse en la ignorancia equivale a vivir en un estado de estupor, a cerrar todos los caminos por los que puedes conocer la vida de tus iguales. Yo no me he resignado: no estoy seguro de que la vida sea lo bastante larga para aprender esta lección. Y, en realidad, tú tampoco te has resignado: sólo intentas aturdirte.

Los labios de Maggie temblaban: advertía que a Philip no le faltaba razón pero, en el fondo de su conciencia, sabía que la aplicación inmediata de estas ideas a su conducta equivaldría poco menos que a la falsedad. La doble sensación de Maggie correspondía al doble impulso de su interlocutor: Philip estaba convencido de sus palabras, pero las pronunciaba con vehemencia para argumentar contra una decisión que se oponía a sus deseos. Pero el rostro de Maggie, infantilizado por las lágrimas que le llenaban los ojos, lo conmovió y provocó en él un sentimiento menos egoísta y más tierno.

—No pensemos en eso en esta corta media hora —dijo Philip suavemente tras tomarle da mano—. Limitémonos a pensar en que estamos juntos... seremos amigos a pesar de esta separación... siempre pensaremos el uno en el otro. Mientras vivas, me alegraré de estar vivo, porque pensaré en que siempre podrá llegar el momento en que pueda... en que me dejes ayudarte de un modo u otro.

—Qué hermano tan bueno y querido habrías sido, Philip —dijo Maggie, sonriendo a través de la bruma de las lágrimas—. Creo que me habrías mimado tanto y habrías estado tan contento de que te quisiera que hasta yo me habría sentido satisfecha. Me habrías querido tanto como para soportarme y perdonármelo todo. Eso es lo que siempre deseé que hiciera Tom. Nunca me he contentado con un poco de una cosa, por eso es mejor para mí prescindir por completo de la felicidad terrenal...

Nunca he tenido la sensación de tener suficiente música: quería que tocaran más instrumentos, quería voces más plenas y profundas. ¿Todavía cantas, Philip? —añadió bruscamente, como si hubiera perdido el hilo de la conversación.

—Sí —contestó—, casi cada día. Pero tengo una voz mediocre, como todo lo demás.

—Oh, por favor, cántame algo, sólo una canción. Para que pueda oírla antes de irme... una de las canciones que cantabas en Lorton los sábados por la tarde, cuando teníamos todo el salón para nosotros y me tapaba la cabeza con el delantal para escuchar.

—Sí, ya lo sé —dijo Philip, y Maggie enterró la cara en las manos mientras él cantaba sotto voce «El amor juguetea en sus ojos».^[26] y añadía—: era ésa, ¿no?

—Oh, no. No quiero quedarme para oírla —dijo Maggie, poniéndose en pie—. Después no podría quitármela de la cabeza. Caminemos un poco, Philip. Tengo que irme a casa.

Maggie se alejó y Philip se vio obligado a ponerse en pie y seguirla.

—Maggie —dijo en tono de reproche—. No persistas en esta privación voluntaria y sin sentido. Me destroza ver cómo embotas y aturdes tu carácter de este modo. Estabas tan llena de vida cuando eras pequeña... pensaba que serías una mujer brillante, toda ingenio, con una imaginación genial. Y todavía se advierten, de vez en cuando, destellos en tu rostro, hasta que echas por encima este velo de pasividad.

—¿Por qué me dices cosas tan amargas, Philip? —preguntó Maggie.

—Porque preveo que esto no va a terminar bien; no podrás seguir adelante con esta tortura.

—Espero que se me conceda fuerza suficiente —dijo Maggie temblorosa.

—No, Maggie: nadie recibe fuerzas para hacer algo antinatural. Es pura cobardía buscar la seguridad en las negaciones. Ningún carácter se hace fuerte de este modo. Algún día te verás lanzada al mundo y entonces todas las satisfacciones racionales de tu naturaleza que ahora te niegas te asaltarán como un deseo salvaje.

Maggie se sobresaltó y se detuvo, mirando a Philip con expresión de alarma.

—Philip, ¿cómo te atreves a agitarme de este modo? Estás tentándome.

—No, no te tiento; pero el amor nos hace más perspicaces, Maggie, y la perspicacia muchas veces ayuda a augurar el rumbo de las cosas. Haz el favor de escucharme, permite que te dé libros. Deja que te vea de vez en cuando, que sea tu hermano y profesor, como dijiste en Lorton. Es preferible que me veas a que cometas este largo suicidio.

Maggie se sintió incapaz de hablar. Negó con la cabeza y caminó en silencio hasta que llegaron al final de los pinos albares y extendió la mano en un gesto de despedida.

—Entonces, Maggie, ¿me destierras de este lugar para siempre? Imagino que

podré venir a caminar algunas veces y, si entonces nos encontramos por casualidad, no estaremos ocultando nada, ¿verdad?

Es precisamente cuando nuestra decisión parece a punto de ser irrevocable — cuando las puertas de hierro fatales están a punto de cerrarse sobre nosotros— el momento en que se pone a prueba nuestra fuerza. Entonces, tras horas de claros razonamientos y firmes convicciones, nos aferramos a cualquier sofisma que anule nuestras largas luchas y nos traiga una derrota que deseamos más que la victoria.

El corazón de Maggie dio un brinco ante el subterfugio de Philip y en su rostro se reflejó el pequeño sobresalto que acompaña a la sensación de alivio. Philip lo advirtió y se separaron en silencio.

Philip percibía la situación con excesiva exactitud para que no lo asaltara el temor de haber intervenido con demasiada impertinencia en la conciencia de Maggie, tal vez con un fin egoísta. ¡Pero no! Sus objetivos no eran egoístas. Tenía pocas esperanzas de que Maggie lo correspondiera alguna vez; y sería mejor para la vida futura de Maggie, cuando hubieran desaparecido los mezquinos obstáculos familiares que le impedían ser libre, que no hubiera sacrificado totalmente el presente y que hubiera tenido alguna oportunidad de adquirir cultura, de intercambiar impresiones con una inteligencia situada por encima del nivel vulgar de las personas con las que ahora estaba condenada a vivir. Si analizamos las consecuencias de nuestras acciones a un plazo lo bastante largo, siempre podemos encontrar algún punto en la combinación de resultados en que estos actos puedan estar justificados: al adoptar el punto de vista de una Providencia que dispone los resultados o de un filósofo que los rastrea, podemos encontrar una excusa perfecta para optar por hacer lo que nos resulta más agradable en el momento. Y así justificaba Philip sus sutiles esfuerzos por vencer los sinceros impulsos de Maggie contra una ocultación que introduciría doblez en su espíritu y podría provocar nuevas penas a quienes tenían mayores derechos naturales sobre ella. Sin embargo, un exceso de pasión en Philip hacía que no prestara mucha atención a las justificaciones. Su deseo de ver a Maggie y formar parte de la vida de ésta contenía algo de ese impulso salvaje por apoderarse de la felicidad que surge de una vida en la que la constitución mental y física han hecho que predomine el dolor. Philip estaba al margen de los bienes que compartían otros hombres: ni siquiera podía formar parte de los insignificantes y sólo se lo distinguía como objeto de piedad, alejado de lo que era natural para los demás. Incluso para Maggie él era una excepción: resultaba evidente que ni siquiera se le había ocurrido que pudiera ser su enamorado.

Lector, no juzgues a Philip con severidad: las personas feas y deformes tienen gran necesidad de virtudes excepcionales porque sin ellas es probable que se sientan muy incómodas: pero quizá vaya demasiado lejos la teoría de que, como consecuencia de las desventajas personales, surgen virtudes inusuales, de la misma

manera que los animales de climas más severos poseen pelo más denso. Se ha hablado demasiado de las tentaciones de la belleza, pero creo que son parejas a las de la fealdad, puesto que la tentación de excederse en un festín donde se ofrecen variadas delicias para los ojos, oídos y paladar depende en gran medida de la tentación que asalta a la desesperación del hambre. ¿Acaso la Torre del Hambre^[27] no es la prueba máxima a la que puede someterse lo que hay de humano en nosotros?

Philip nunca había conocido el alivio del amor materno, que nos llega en abundancia porque nuestra necesidad es grande; que se aferra a nosotros tanto más tiernamente cuanto más débiles somos; y, además, la percepción de los defectos de su padre amortiguaba la conciencia de su afecto e indulgencia. Alejado de la vida real y con una sensibilidad casi femenina, poseía cierta repulsión intolerante propia de las mujeres hacia lo mundano y la búsqueda de los placeres sensuales. El único lazo natural poderoso de su vida —su relación como hijo— le resultaba extremadamente doloroso. Tal vez sea inevitable que haya algo malsano en un ser humano que queda relegado de la vida normal hasta que la capacidad de lucha ha tenido tiempo de triunfar, y pocas veces lo ha tenido a la edad de veintidós años. Aquella fuerza era muy poderosa en Philip, pero el mismo sol parece débil a través de la neblina de la mañana.

Capítulo IV

Otra escena de amor

A principios del siguiente mes de abril, casi un año después de la dudosa despedida que acabas de presenciar, lector, puedes, si así lo deseas, ver de nuevo a Maggie entrar en las Fosas Rojas a través del bosquecillo de pinos albares. Mas, en esta ocasión, es a primera hora de la tarde y no a última, y el filo cortante de la brisa primaveral hace que Maggie se arrebuje en el gran chal y avance rápidamente; aunque mira a su alrededor, como siempre, para contemplar a sus anchas sus amados árboles. Su mirada es más inquisitiva que en junio pasado y una sonrisa vaga por sus labios, como si algún comentario jovial aguardara al oyente adecuado; éste no tarda en aparecer.

—Toma tu *Corinne*^[28] —dijo Maggie, sacando el libro de debajo del chal—. Tenías razón al decirme que no me haría ningún bien. Pero te equivocabas al pensar que desearía ser como ella.

—Entonces, ¿de veras no te gustaría ser la décima musa, Maggie? —preguntó Philip, mirándole la cara como contemplaríamos nosotros el primer resquicio entre las nubes que promete otra vez un cielo despejado.

—En absoluto —contestó Maggie riendo—. Las musas eran diosas que vivían muy incómodas, siempre cargando con instrumentos musicales o rollos de pergaminos. Si llevara un arpa en este clima, debería tajarla con un tapete verde y seguro que me la olvidaba por todas partes.

—Así pues, ¿coincides conmigo y no te gusta el personaje de Corinne?

—No he terminado el libro —contestó Maggie—. En cuanto llegué a la parte de la joven dama rubia que leía en el parque, lo cerré y decidí no seguir leyendo. Preveo que la joven de tez clara arrebatará a Corinne todos sus amores y hará que sea desgraciada. He decidido no leer más libros en los que las rubias arrambren con toda la felicidad. Empiezo a tenerles manía. Si me das una historia en que la morena triunfe, la situación se equilibrará un poco. Quiero vengar a Rebecca, a Flora Mac-Ivor y a Minna^[29], y a todas las demás morenas desgraciadas. Puesto que eres mi tutor, deberías evitar que me formara esos prejuicios contra los que tú tanto clamas.

—Bien, quizá vengues a las morenas tú misma: quítale todo el amor a tu prima Lucy. Seguro que tiene a sus pies a algún apuesto joven de Saint Ogg's. Sólo debes mostrarte radiante y tu rubia prima quedará sofocada por tus rayos.

—Philip, cómo se te ocurre mezclar mis tonterías con la vida real —exclamó Maggie con aspecto ofendido—. Como si yo, con mis viejos vestidos y mis carencias, pudiera ser rival de mi pequeña y querida Lucy, que sabe hacer todo tipo de cosas

encantadoras y es diez veces más bonita que yo, suponiendo que yo fuera lo bastante odiosa y vil como para desear ser su rival. Además, nunca voy a casa de tía Deane cuando hay invitados: pero mi querida Lucy es buena y me quiere, por eso algunas veces viene a verme y desea que yo vaya a verla de vez en cuando.

—Maggie —dijo Philip con tono de sorpresa—, no es propio de ti tomar las bromas al pie de la letra. Habrás estado esta mañana en Saint Ogg's y se te habrá contagiado un poco de estupidez.

—Bien —contestó Maggie con una sonrisa—; si se trata de una broma, la verdad es que era bastante mala. Pero me ha parecido que tenías razón al reprobarme, he creído que querías recordarme que soy presumida y deseo que todo el mundo me admire. Pero no defiendo a las morenas porque yo lo sea, sino porque siempre me preocupo por los que son desgraciados. Si abandonaran a las rubias, me gustarían más ellas. En las historias de amor siempre me pongo de parte del abandonado.

—Entonces, nunca tendrás valor para rechazar a nadie, ¿no es así, Maggie? —preguntó Philip, sonrojándose un poco.

—No lo sé —contestó Maggie vacilando. Y con una amplia sonrisa, añadió—: Me parece que si el pretendiente fuera muy engreído no me costaría rechazarlo. Y después, si se sintiera muy humillado, me ablandaría.

—Me he preguntado alguna vez si no sería más probable que tú llega a amar a un hombre al que otras mujeres tal vez no amarían nunca.

—Eso dependería de cuál fuera el motivo por el que lo rechazaran —contestó Maggie riendo—. Podría ser muy desagradable. Quizá me mirara a través de un monóculo que sujetara con el ojo con una horrible mueca, como el joven Torry. Supongo que a otras mujeres tampoco les gusta, pero nunca he sentido ninguna pena por él. No me dan pena los engreídos, porque creo que se bastan a sí mismos para consolarse.

—Pero imagina, Maggie... imagina que no fuera un hombre presumido, que creyera que no tenía nada de que presumir... que hubiera estado marcado desde la infancia por algún tipo de sufrimiento y para quien tú fueras la luz de su vida... que te quisiera, te adorara tanto que se sintiera feliz con verte de vez en cuando...

Philip se interrumpió, presa de un súbito temor a que su confesión pusiera fin a aquella felicidad, una punzada del mismo temor que le había obligado a mantener su amor en secreto durante largos meses. Una oleada de timidez le decía que había sido un atolondrado al hablar, puesto que la actitud de Maggie, aquella mañana, era tan espontánea e indiferente como de costumbre.

Mas en aquel momento ya no parecía indiferente. Sorprendida por el inusual tono emocionado de Philip, se había dado la vuelta rápidamente para mirarlo y, a medida que él hablaba, su rostro había experimentado un gran cambio: se había sonrojado y sobresaltado, tal como sucede a las personas que oyen una noticia que les hace alterar

sus ideas sobre el pasado. Permaneció en silencio y, tras caminar hacia el tronco de un árbol caído, se sentó como si no le quedara fuerza para los músculos. Temblaba.

—Maggie —dijo Philip, alarmándose cada vez más a medida que transcurría el silencio—. He sido un tonto al decir esto, olvídale. Me conformaré con que las cosas sigan como antes. —Habló con tanta angustia que Maggie se sintió obligada a decir algo.

—Philip, estoy tan sorprendida... Ni me había pasado por la cabeza. —El esfuerzo por hablar hizo que se le saltaran las lágrimas.

—¿Me odiarás por culpa de lo que he dicho? —preguntó Philip impetuosamente—. ¿Crees que soy un vanidoso estúpido?

—¡Oh, Philip! ¿Cómo puede ocurrírsete que piense eso? Como si yo no agradeciera cualquier clase de amor... Pero... pero nunca se me había ocurrido que pudieras ser mi enamorado. Todo eso me parecía tan lejano... como un sueño, como una de esas historias que uno imagina... No creía que nunca nadie se enamorara de mí.

—Entonces, ¿puedes soportar la idea de pensar en mí como tu enamorado, Maggie? —preguntó Philip, sentándose a su lado y tomándole la mano, arrastrado por una repentina esperanza—. ¿Me quieres?

Maggie palideció. Aquella pregunta directa no parecía tener fácil respuesta. Pero sus ojos se encontraron con los de Philip, que en aquel momento brillaban hermosos, implorando amor.

—Creo —contestó Maggie vacilando, con sencilla ternura infantil—, creo que no podría querer a nadie como a ti. —Hizo una pequeña pausa y añadió—: Pero me parece que será mejor para nosotros que no digamos nada más, ¿verdad, querido Philip? Sabes que, si se supiera, ni siquiera podríamos ser amigos. Nunca estuve segura de que hiciera bien al verte, aunque nuestros encuentros han sido para mí preciosos en distintos aspectos, y ahora vuelvo a temer que todo esto nos conduzca al desastre.

—Pero no ha sucedido nada malo, Maggie, y si te hubieras dejado llevar por tu temor, sólo habrías pasado otro año monótono y embotado en lugar de revivir y de ser de nuevo tal como eres.

Maggie negó con la cabeza.

—Sé que todo esto ha sido muy agradable: las conversaciones, los libros y la sensación de esperar el paseo con ganas para contarte todo lo que me había pasado por la cabeza mientras estaba lejos de ti. Pero me ha inquietado, me ha hecho pensar mucho en el mundo; y vuelvo a tener pensamientos impacientes, me canso de mi casa. Y después me duele muchísimo haber sentido cansancio de mi padre y de mi madre. Creo que eso que tu llamas embotamiento era mejor; por lo menos, mejor para mí, porque también mis sentimientos egoístas estaban entumecidos.

Philip se había puesto en pie otra vez y caminaba de un lado a otro con impaciencia.

—No, Maggie, ya te he dicho muchas veces que tienes ideas erróneas sobre lo que es el control de los sentimientos. Lo que tú llamas control de ti misma no es más que un empeño en ser ciega y sorda a todo excepto a una serie de impresiones; es el cultivo de una monomanía, en un carácter como el tuyo —dijo Philip con cierta irritación, pero después se sentó a su lado y le tomó la mano—. No pienses en el pasado, Maggie: piensa sólo en nuestro amor. Si puedes aferrarte a mí con todo tu corazón, terminaremos venciendo todos los obstáculos, sólo tenemos que esperar. Puedo vivir de la esperanza. Mírame, Maggie, y dime otra vez si podrías llegar a quererme. Y no apartes la vista para mirar ese árbol hendido, es un mal augurio.

Maggie volvió hacia él su mirada grande y oscura con una triste sonrisa.

—Vamos, Maggie. Dime algo amable. Eras más buena conmigo en Lorton. Allí me preguntaste si me gustaría que me besaras. ¿No te acuerdas? Y me prometiste que me darías un beso cuando volvieras a verme. No has cumplido nunca esa promesa.

Maggie sintió cierto alivio al recordar aquel episodio infantil: hacía que el presente de pareciera menos extraño. Le dio un beso tan sencillo y silencioso como cuando tenía doce años. Los ojos de Philip brillaron de deleite, pero sus palabras mostraron descontento.

—No parece feliz, Maggie: te sientes obligada a decirme que me quieres por pura compasión.

—No, Philip —dijo Maggie, negando con la cabeza con el mismo gesto de su infancia—. Te digo la verdad. Para mí esto es nuevo y extraño; pero no creo que pueda querer a nadie más de lo que te quiero a ti. Me gustaría vivir siempre contigo, hacerte feliz. Pero hay una sola cosa que no haría por ti: herir a mi padre. No debes pedírmelo nunca.

—No, Maggie, no te pediré nada, lo soportaré todo. Esperaré un año entero otro beso, si dejas que ocupe el primer lugar en tu corazón.

—No —dijo Maggie con una sonrisa—, no te haré esperar tanto. —Pero de nuevo con semblante serio, se puso en pie y añadió—: Pero ¿qué diría tu padre, Philip? Es imposible que podamos ser nunca algo más que amigos, hermanos en secreto, como hemos sido hasta ahora. No pensemos en otra cosa.

—No, Maggie, no puedo renunciar a ti, a menos que me engañes, a menos que sólo te intereses por mí como hermano. Dime la verdad.

—De veras te quiero, Philip. ¿Qué otra felicidad he conocido en la vida tan grande como estar contigo? Desde que era pequeña, cuando Tom era bueno conmigo. Y tu cerebro es para mí como un mundo, puedes contarme todo lo que quiero saber. Creo que nunca me cansaría de estar contigo. Caminaban de la mano, mirándose; en realidad, Maggie tenía prisa por marcharse, porque era ya hora. Pero la sensación de

que faltaba poco para que se separaran aumentaba el temor de haber dicho algo sin querer que hubiera causado algún dolor a Philip. Aquél era uno de esos momentos peligrosos en que las palabras son a un tiempo sinceras y engañosas, cuando los sentimientos se desbordan en una crecida que deja marcas que nunca vuelven a alcanzarse.

Se detuvieron entre los pinos para separarse.

—Entonces, Maggie, ¿mi vida estará llena de esperanza, y seré más feliz que otros hombres, a pesar de todo? ¿Nos pertenecemos el uno al otro para siempre, estemos juntos o separados?

—Sí, Philip, desearía no separarme nunca de ti, desearía hacerte muy feliz.

—Espero algo más y me pregunto si algún día llegará.

Maggie sonrió con lágrimas brillantes y agachó su alta cabeza para besar aquel rostro bajo y pálido, lleno de un amor tímido e implorante, como el de una mujer.

En ese momento experimentó verdadera felicidad, convencida de que si aquel amor exigía sacrificio resultaba por ello más rico y gratificante. Dio media vuelta y se alejó hacia su casa a toda prisa con la sensación de que en la hora transcurrida desde que había pasado por aquel camino había empezado para ella una nueva época. Ahora, el tejido de los difusos sueños debía hacerse más espeso y la trama de su vida diaria real debía absorber gradualmente todas las hebras de pensamientos y emociones.

Capítulo V

El árbol hendido

Raras veces los secretos se traicionan o se descubren tal como han previsto nuestros temores. Por lo general, el miedo imagina escenas terribles y dramáticas que nos acosan a pesar de la conciencia de que son poco probables; y durante el año que Maggie había soportado la carga de estar ocultando algo, la posibilidad de que la descubrieran se le había presentado siempre en forma de súbito encuentro con su padre o Tom mientras paseaba con Philip por las Fosas Rojas. Era consciente de que no era lo más probable; pero era ésa la escena que mejor simbolizaba su íntimo temor. La realidad prefiere mecanismos basados en indicios indirectos que dependen de coincidencias aparentemente triviales y actitudes imprevisibles, pero la imaginación trabaja con otro material.

Sin duda, una de las personas más alejada de los temores de Maggie era la tía Pullet y, puesto que no vivía en Saint Ogg's y no era muy aguda de vista ni talento, éstos difícilmente se habrían fijado en ella. Y, sin embargo, la vía de la fatalidad —el trayecto del rayo— pasaba por ella. No vivía en Saint Ogg's, pero el camino de Garum Firs se encontraba junto a las Fosas Rojas, en el extremo opuesto que tomaba Maggie.

Al día siguiente del último encuentro de Maggie con Philip era domingo; el señor Pullet debía aparecer con cinta negra en el sombrero y bufanda fúnebre en la iglesia de Saint Ogg's, y la señora Pullet aprovechó la ocasión para comer con su hermana Glegg y tomar el té con la desgraciada hermana Tulliver. La tarde del domingo era la única que Tom pasaba en casa y aquel día el buen humor que había tenido últimamente se manifestó en una charla inusualmente alegre con su padre y la invitación «¡Vamos, Maggie, ven tú también!» a la vez que salía al jardín a dar un paseo con su madre para contemplar la avanzada floración de los cerezos. Tom se sentía más satisfecho con Maggie desde que había dejado de mostrarse extraña y ascética; incluso empezaba a sentirse orgulloso de ella: había oído comentar más de una vez que su hermana era una muchacha muy hermosa. Aquel día su rostro resplandecía especialmente por una agitación oculta, debida en partes iguales al placer y al dolor, pero que podía interpretarse como señal de felicidad.

—Tienes muy buen aspecto, querida —dijo la tía Pullet moviendo la cabeza con aire triste cuando se sentaron ante la mesa del té—. Bessy, nunca pensé que tu hija llegara a ser tan guapa. Pero deberías ir de rosa, hija mía: este vestido azul que te dio la tía Glegg te da aire de flor de cuclillo. Jane nunca tuvo buen gusto, ¿por qué no te pones aquel vestido mío?

—Es tan bonito y tan elegante, tía, que me parece exagerado para mí: contrastaría demasiado con las prendas que lo acompañaran.

—A lo mejor sería poco adecuado si no supiera todo el mundo que te corresponden, pues yo puedo dártelos cuando ya no me los pongo. Es razonable que dé ropa de vez en cuando a mi sobrina, cosas que yo puedo comprar cada año y casi no desgasto. A Lucy no tengo nada que darle, porque tiene de todo y de lo más selecto: nuestra hermana Deane puede llevar la cabeza bien alta, aunque tiene una tez horriblemente amarilla, pobrecilla: creo que esa enfermedad del hígado acabará con ella. Eso es lo que ha dicho hoy el nuevo párroco, ese tal doctor Kenn, en el sermón del funeral.

—Ah, es un orador estupendo, ¿verdad, Sophy? —preguntó la señora Tulliver.

—Vaya, Lucy llevaba hoy mismo un cuello *manífico* —prosiguió la señora Pullet, con la mirada perdida y aire pensativo—. No digo yo que no tenga alguno tan bueno como el suyo, pero está a la altura del mejor de los míos.

—Según dicen, la llaman «la Beldad de Saint Ogg'». Qué palabra tan rara: será porque es verdad —observó el señor Pullet, para el cual algunas palabras encerraban misterios impenetrables.

—¡Ca! —exclamó el señor Tulliver, celoso por Maggie—. Es muy menuda, poquita cosa. Pero vistan el palo y parecerá algo. No veo nada admirable en estas mujeres tan pequeñas: parecen *insinificantes* al lado de un hombre, desproporcionadas. Cuando escogí a mi esposa, la escogí del tamaño adecuado, ni demasiado grande ni demasiado pequeña.

La pobre esposa, con su ajada belleza, sonrió satisfecha.

—Pero no todos los hombres son altos —dijo el señor Pullet, aludiéndose a sí mismo—. Se puede ser un joven bien plantado sin medir seis pies, como el joven caballero Tom, aquí presente.

—Ah, qué más da el tamaño: lo que importa es ser normal —intervino la tía Pullet—. Por ejemplo, ahí está el hijo contrahecho del abogado Wakem. Lo he visto hoy mismo en la iglesia. ¡Santo cielo! Pensar en las propiedades que tendrá. ... Y dicen que es muy murrioso, que no le gusta estar con la gente. Me pregunto si estará en su sano juicio, porque cuando venimos por el camino no hay vez que no lo encontremos abriéndose paso entre las zarzas y árboles de las Fosas Rojas.

Esta afirmación general con que la señora Pullet presentaba el hecho de haber visto a Philip en dos ocasiones en el lugar indicado produjo gran efecto en Maggie, acentuado por el hecho de que tenía a Tom delante y quiso esforzarse en parecer indiferente. Al oír el nombre de Philip había enrojecido y siguió enrojeciendo, hasta que la mención de las Fosas Rojas le hizo creer que habían desvelado su secreto y ni siquiera se atrevió a sostener la cucharilla de té, no fuera a resultar evidente su temblor. Permaneció sentada, con las manos unidas bajo la mesa, sin atreverse a

levantar la vista. Afortunadamente, su padre estaba sentado al mismo lado que ella, al otro lado del tío Pullet y no podía verle la cara a menos que se inclinara hacia delante. La voz de su madre aportó cierto alivio al desviar la conversación, porque la señora Tulliver se alarmaba siempre que se mencionaba el nombre de Wakem en presencia de su esposo. Poco a poco Maggie fue recuperando suficiente compostura para alzar la vista: sus ojos se encontraron con los de Tom, pero éste los apartó de inmediato y aquella noche Maggie se acostó preguntándose si su confusión había sembrado en él alguna sospecha. Tal vez no, quizá pensara que sólo se había alarmado porque su tía había mencionado a Wakem delante de su padre: ésa era la interpretación de su madre. Para su padre, Wakem era como una enfermedad desfiguradora: se veía obligado a soportar la conciencia de su existencia, pero le sacaba de quicio que la reconocieran los demás. Nadie podía sorprenderse de que se mostrara muy sensible a los deseos de su padre, pensaba Maggie.

Pero Tom era demasiado observador para quedar satisfecho con esa interpretación: había advertido con claridad que la excesiva confusión de Maggie ocultaba algo diferente a la inquietud por su padre. Al intentar recordar todos los detalles que podían dar forma a sus sospechas, recordó que últimamente su madre había regañado a Maggie por pasear por las Fosas Rojas cuando la tierra estaba húmeda y llegar a casa con los zapatos sucios de arcilla: sin embargo, Tom, que conservaba su vieja repulsión por la deformidad de Philip, no se atrevía a atribuir a su hermana la probabilidad de sentir algo más que un interés amistoso por aquella desgraciada excepción entre los hombres normales. Tom sentía una especie de repugnancia supersticiosa por todo lo excepcional. El amor por un hombre deforme sería algo odioso en cualquier mujer e intolerable en una hermana. Pero si Maggie había estado manteniendo cualquier tipo de relación con Philip, debía ponerle fin de inmediato; no sólo se comprometía al mantener citas secretas, sino que estaba desobedeciendo los deseos más poderosos de su padre y las órdenes expresas de su hermano. A la mañana siguiente, Tom salió de su casa en ese estado de ánimo vigilante que convierte los acontecimientos más insignificantes en coincidencias preñadas de significado.

Aquella tarde, hacia las tres y media, Tom se encontraba en el muelle hablando con Bob Jankin sobre la probabilidad de que un buen barco llamado *Adelaide* llegara en el plazo de uno o dos días con resultados muy importantes para ambos.

—¡Eh! —interrumpió Bob, mientras miraba hacia los campos situados al otro lado del río—. Ahí va Wakem, el *jobao*. Lo reconozco, a él o a su sombra, *na* más los veo. Tropiczo mucho con él por ese lado del río.

Un pensamiento repentino pareció asaltar a Tom.

—Tengo que irme, Bob. Debo hacer una cosa —dijo, y salió a toda prisa en dirección al almacén, donde dejó recado de que alguien ocupara su puesto porque un

asunto urgente lo reclamaba en su casa.

Un paso rápido y un atajo lo llevaron al instante hasta la puerta de la valla de su casa, y mientras descansaba un poco antes de abrirla, para entrar en la casa con total compostura, Maggie salió por la puerta delantera cubierta con una capota y un chal. Su suposición parecía cierta y la aguardó junto a la valla. Maggie se sobresaltó cuando lo vio.

—Tom, ¿cómo es que vienes a casa? ¿Pasa algo? —preguntó con voz trémula.

—He venido para caminar contigo hasta las Fosas Rojas y encontrarme allí con Philip Wakem —dijo Tom. La arruga que se le formaba habitualmente en el ceño se hizo más profunda.

Maggie se quedó quieta e indefensa, pálida y helada. Así pues, de un modo u otro, Tom se había enterado de todo.

—No voy —declaró finalmente, y dio media vuelta.

—Sí, claro que sí. Pero primero quiero hablar contigo. ¿Dónde está padre?

—Ha salido a caballo.

—¿Y madre?

—En el patio, con las gallinas.

—Entonces, ¿puedo entrar sin que me vea? Entraron juntos en la casa.

—Ven aquí —ordenó Tom, pasando al salón. Maggie obedeció y él cerró la puerta.

—Maggie, haz el favor de contarme ahora mismo todo lo que ha sucedido entre Philip Wakem y tú.

—¿Nuestro padre sabe algo? —preguntó Maggie, sin dejar de temblar.

—No —contestó Tom, indignado—. Pero lo sabrá si intentas engañarme de nuevo.

—No deseo engañar a nadie —dijo Maggie, enrojeciendo de enfado al ver que aplicaba esa palabra a su conducta.

—Entonces, cuéntame toda la verdad. —Quizá ya la sabes.

—No importa que la sepa o no. Cuéntame exactamente lo que ha sucedido o nuestro padre se enterará de todo.

—Entonces, te lo contaré por él.

—Sí, ahora te conviene mostrarte muy afectuosa, pero has despreciado sus sentimientos más poderosos.

—¿Es que tú nunca te equivocas, Tom? —preguntó Maggie con aire desafiante.

—Nunca deliberadamente —contestó Tom, con orgullosa sinceridad—. Pero no tengo nada que decirte: cuéntame qué ha pasado entre Philip Wakem y tú. ¿Cuándo os visteis por primera vez en las Fosas Rojas?

—Hace un año —contestó Maggie con calma. La severidad de Tom le hacía mostrarse más desafiante y alejaba la conciencia de haber cometido un error—. No

tienes que hacerme más preguntas. Hemos sido amigos un año nos hemos visto y hemos paseado con frecuencia. Y me ha prestado libros.

—¿Eso es todo? —preguntó Tom mirándola fijamente con el ceño fruncido.

Maggie hizo una pausa: entonces, decidida a poner fin al derecho de Tom a acusarla de engaño, añadió con aire altivo:

—No, no es todo. El sábado me dijo que me quería. A mí ni me había pasado por la cabeza, lo consideraba un viejo amigo.

—¿Y le diste esperanzas? —preguntó Tom con expresión de desagrado.

—Le contesté que yo también lo amaba.

Tom permaneció en silencio durante unos momentos, mirando el suelo y frunciendo el ceño, con las manos metidas en los bolsillos. Finalmente, levantó los ojos.

—Bien, Maggie —dijo fríamente—. Decide qué prefieres: o me juras solemnemente, con la mano sobre la Biblia de nuestro padre, que nunca más volverás a citarte o a hablar en privado con Philip Wakem o te niegas y yo se lo cuento todo, y este mes cuando mi esfuerzo podría hacer que se sintiera feliz otra vez, le darás un duro golpe cuando se entere de que eres una hija desobediente y mentirosa, que pone en entredicho su reputación con citas clandestinas con el hijo del hombre que ha ayudado a arruinar a su padre. ¡Elige! —exclamó Tom con fría decisión, dirigiéndose hacia la gran Biblia, tomándola y abriéndola por las guardas manuscritas.

Maggie se enfrentaba a una alternativa terrible.

—Tom —dijo, empujada a suplicar por su mismo orgullo—. No me pidas eso. Te prometo dejar de citarme con él si permites que lo vea una sola vez o le escriba y se lo explique todo, que lo dejo para no causar dolor a mi padre. Siento algo por él, no es feliz.

—No quiero oír nada sobre tus sentimientos. He dicho exactamente lo que quería decir: escoge. Y date prisa, no vaya a entrar madre.

—Si te doy mi palabra, será un juramento tan fuerte como si hubiera puesto la mano sobre la Biblia. No hace falta que lo haga.

—Haz lo que yo te digo —ordenó Tom—. Maggie, no puedo confiar en ti. No eres coherente. Pon la mano sobre la Biblia y di: renuncio a cualquier conversación privada y a cualquier trato con Philip Wakem a partir de este momento. Si no lo haces, nos avergonzaras a todos y apenarás a tu padre. ¿De qué sirve que me esfuerce y renuncie a todo para pagar las deudas de nuestro padre si tú vas a volverlo loco y avergonzarlo precisamente cuando podía empezar a levantar cabeza?

—Oh, Tom, ¿tan pronto van a pagarse las deudas? —preguntó Maggie, uniendo las manos con una repentina sensación de alegría, a pesar de la tristeza.

—Sí, si las cosas salen como tengo previsto. Pero —añadió Tom, con voz temblorosa por la indignación—, mientras yo luchaba y trabajaba para que mi padre

tuviera un poco de paz espiritual antes de morir, mientras trabajaba por la respetabilidad de la familia, tú te has dedicado a hacer todo lo que podías para destruir ambas cosas.

Maggie sintió un profundo impulso de arrepentimiento: durante un momento, dejó de luchar contra una imposición que le parecía cruel e irracional y, movida por el sentimiento de culpa, justificó a su hermano.

—Tom —murmuró—. Me equivoqué, pero me sentía tan sola... Y Philip me daba tanta pena. Y creo que el odio y la enemistad son malos sentimientos.

—¡Tonterías! —contestó Tom—. Tu deber estaba muy claro. No digas nada más. Pero prométemelo con las palabras que yo te diga.

—Tengo que hablar con Philip una vez más.

—Irás conmigo ahora mismo y hablarás con él.

—Te prometo que no volveré a citarme con él ni a escribirle sin que tú lo sepas. Eso es lo único que diré. Pondré la mano sobre la Biblia, si quieres.

—Dilo, entonces.

Maggie puso la mano sobre la página manuscrita y repitió la promesa. Tom cerró el libro.

—Ahora, vamos —dijo.

Caminaron sin decir una palabra. Maggie padecía de antemano por lo que Philip iba a sufrir y temía las mortificantes palabras que caerían sobre él, procedentes de los labios de Tom; pero sentía que era inútil cualquier otra actitud que no fuera la sumisión. Tom tenía un poder tremendo sobre su conciencia y sus mayores temores: se estremecía ante la verdad incuestionable de la etiqueta que había puesto a su conducta y, sin embargo, toda su alma se rebelaba contra ella ya que, al ser incompleta, era también injusta. Tom, entre tanto, sentía que el ímpetu de su indignación se desviaba hacia Philip. No sabía cuánto del antiguo rechazo infantil, de mero orgullo y enemistad personal había en la amarga severidad de las palabras con que pretendía cumplir con su deber de hijo y hermano: Tom no era dado a interrogarse sutilmente sobre sus motivos ni otros asuntos intangibles; estaba seguro de que sus motivos y sus actos eran buenos, de no ser así, no serían suyos.

La única esperanza de Maggie era que, por primera vez, algo hubiera impedido acudir a Philip. Así se produciría una demora en la que podría pedir permiso a Tom para escribirle. El corazón le latía con redoblada violencia cuando llegaron bajo los pinos albares. Maggie pensó que aquel era el último momento de incertidumbre, ya que Philip siempre se reunía con ella al otro lado del bosquecillo. Pero cruzaron el espacio abierto y entraron en el sendero estrecho y tupido situado junto al montículo sin encontrarlo, hasta que al tomar un recodo, se toparon con él frente a frente, tan cerca que Tom y Philip se detuvieron bruscamente, a menos de una yarda de distancia. Durante unos instantes de silencio, Philip lanzó una mirada interrogante a

Maggie y allí, en los labios separados y pálidos, y en la expresión aterrorizada de los grandes ojos, vio la respuesta. La imaginación de Maggie, que siempre se adelantaba, desbocada, vio cómo su hermano alto y fuerte agarraba al débil Philip, lo aplastaba y lo pisoteaba.

—¿Le parece a usted que su comportamiento es propio de un hombre y un caballero, señor? —preguntó Tom con voz de áspero desdén en cuanto Philip volvió hacia él los ojos.

—¿A qué se refiere? —preguntó Philip con aire altivo.

—¿A qué me refiero? Aléjese, no vaya a ponerle encima las manos para explicarle a qué me refiero. Me refiero a aprovecharse de la estupidez y la ignorancia de una joven para obligarla a mantener entrevistas secretas con usted. Me refiero a atreverse a jugar con la respetabilidad de una familia que tiene un nombre honrado y decente que mantener.

—¡Lo niego por completo! —le interrumpió Philip impetuosamente—. Jamás podría jugar con algo que afectara a la felicidad de su hermana. La quiero más que usted mismo, la honro más de lo que usted hará nunca, daría mi vida por ella.

—¡No me cuente tonterías rimbombantes, caballero! ¿Pretende que no sabía que sería perjudicial para ella encontrarse aquí con usted, semana tras semana? ¿Pretende que tenía algún derecho a declararle su amor, aún en el caso de que pudiera ser un marido adecuado, cuando los padres de ambos jamás consentirían su matrimonio? ¡Y usted... usted intenta ganarse con astucia el afecto de una hermosa muchacha que todavía no tiene dieciocho años, aislada del mundo por las desventuras de su padre! Ése es su torcido sentido del honor, ¿verdad? Yo lo llamo abyecta traición, lo llamo aprovecharse de las circunstancias para obtener algo que es demasiado bueno para usted y que nunca conseguiría abiertamente.

—Resulta muy masculino por su parte hablarme de ese modo —señaló Philip con amargura, agitado por violentas emociones—. Los gigantes tienen un derecho inmemorial a la estupidez y al insulto insolente. Ni siquiera es capaz de entender lo que siento por su hermana. Tanto la quiero que podría incluso desear tener una relación amistosa con usted.

—Sentiría mucho ser capaz de entender sus sentimientos —dijo Tom con feroz desprecio—. Lo que deseo es que usted me entienda a mí: voy a ocuparme de mi hermana y si usted se atreve a hacer el menor intento de acercarse a ella, escribirle o tener sobre ella la menor influencia, su cuerpo raquítico y miserable, que debería haberle hecho más modesto, no le servirá de protección alguna. Le daré una paliza, lo someteré a la vergüenza pública. ¿Quién no se reiría ante la idea de que fuera el enamorado de una muchacha hermosa?

—Tom, no quiero soportar esto, no quiero oír nada más —exclamó Maggie con voz convulsa.

—¡Quédate, Maggie! —dijo Philip, haciendo un gran esfuerzo para hablar. Después, mirando a Tom, añadió—: Ha arrastrado a su hermana hasta aquí para que vea cómo me amenaza y me insulta. Le parecía el modo más natural de influir sobre mí, pero está muy equivocado. Deje que hable su hermana. Si ella dice que está decidida a dejarme, acataré sus deseos al pie de la letra.

—Es por mi padre, Philip —imploró Maggie—. Tom me amenaza con contárselo a mi padre, y mi padre no podría soportarlo. Le he prometido, le he jurado solemnemente que no nos veremos sin que lo sepa.

—Es suficiente, Maggie. Yo no voy a cambiar, pero deseo que seas libre. Confía en mí, ya sabes que sólo te deseo cosas buenas.

—Sí —dijo Tom, exasperado por la actitud de Philip—, ahora habla mucho de lo que es bueno para ella, ¿pero pensó en ello antes?

—Sí, tal vez de modo un poco arriesgado. Pero deseaba que tuviera un amigo para toda la vida; un amigo que la apreciara, que le hiciera más justicia que ese hermano tosco y estrecho de miras por el que ella siempre se ha desvivido.

—Sí, mi manera de protegerla es distinta de la suya, y le diré cuál es la mía: yo la ayudaré a no desobedecer a su padre y hacerlo desgraciado, la ayudaré a que no se desperdicie con usted, a no convertirse en el hazmerreír de todo el mundo, a que no la desprecie un hombre como el padre de usted porque no es lo bastante buena para su hijo. Sabe muy bien qué clase de justicia y aprecio preparaba para ella. Yo no me impongo con bellas palabras, yo veo lo que significan los actos. Vámonos, Maggie.

Mientras hablaba, sujetó a Maggie por la muñeca derecha; ella extendió la mano izquierda. Philip la asió un instante con expresión ansiosa y después se alejó a toda prisa.

Tom y Maggie caminaron en silencio unos cuantos metros. Él seguía agarrándole la muñeca, como si arrastrara al culpable del escenario de sus actos. Finalmente, Maggie liberó la mano con un violento tirón y la irritación largo tiempo contenida estalló.

—No te creas que pienso que tienes razón, Tom, ni que me inclino ante tu voluntad. Desprecio los sentimientos que has mostrado al hablar con Philip y detesto el modo poco varonil en que lo has insultado aludiendo a su deformidad. Durante toda la vida has lanzado reproches a los demás, convencido de que tú tenías toda la razón: eso se debe a que eres tan estrecho de miras que no puedes ver que hay cosas mejores que tu conducta y tus mezquinas ambiciones.

—Sin duda —contestó Tom con frialdad—, no soy capaz de ver que tu conducta o tus objetivos sean mejores que los míos. Si tu comportamiento y el de Philip Wakem han sido correctos, ¿por qué os avergonzáis de que se sepa? Contéstame. Yo sí sé cuáles han sido mis objetivos y que los he conseguido. Ahora te ruego que me digas: ¿qué bien ha reportado tu conducta a ti o a dos demás?

—No quiero defenderme —dijo Maggie, todavía con vehemencia—. Sé que me he equivocado, muchas veces, continuamente. Sin embargo, algunas veces, cuando me he equivocado, ha sido debido a sentimientos que, si tú tuvieras, te harían mejor persona. Si alguna vez tú cometieras un error, si hubieras hecho algo muy malo, yo sentiría el dolor que te causara, no querría que se te castigara. Pero a ti siempre te ha gustado castigarme, siempre has sido duro y cruel conmigo; incluso cuando era pequeña y te quería más que a nadie en el mundo, eras capaz de dejarme ir a la cama sin perdonarme. No tienes piedad, no tienes la menor conciencia de tus imperfecciones ni de tus pecados. Es un pecado ser duro con los demás, no es propio de un mortal, de un cristiano. No eres más que un fariseo. Sólo agradeces a Dios tus virtudes; crees que son lo bastante grandes para compensar todo lo demás. ¡Ni siquiera intuyes que existen sentimientos junto a los cuales tus brillantes virtudes no son más que oscuridad!

—Bien —dijo Tom con frío tono de burla—, si tus sentimientos son mucho mejores que los míos, muéstralos de otro modo que no sea mediante una conducta que podría deshonrarnos a todos, que no sea con estos bandazos de un lado a otro. Haz el favor de decirme cómo has demostrado ese amor hacia mi padre o hacia mí del que tanto hablas: desobedeciéndonos y engañándonos. Yo muestro mi afecto de otra manera.

—Porque eres un hombre, Tom, y tienes poder, y puedes hacer algo en este mundo.

—Entonces, si no puedes hacer nada, sométete a quienes sí pueden.

—Me someteré a lo que reconozco y siento que es justo. Me someteré incluso a los deseos poco razonables de mi padre, pero no a los tuyos. Alardeas de tus virtudes como si te dieran derecho a ser cruel y a comportarte de modo indigno de un hombre, como has hecho hoy. No creas que dejaré a Philip Wakem en señal de obediencia a ti. Esa deformidad que tanto insultas hará que me aferre a él y lo quiera todavía más.

—Muy bien, así es como tú ves las cosas —dijo Tom, más fríamente que nunca—. No hace falta que digas nada más para que me dé cuenta de lo mucho que nos separa. Será mejor que no lo olvidemos y callemos.

Tom regresó a Saint Ogg's para asistir a una cita con el tío Deane y recibir instrucciones sobre un viaje que debía emprender a la mañana siguiente.

Maggie subió a su habitación para verter en forma de lágrimas amargas toda la indignación ante la que Tom parecía blindado. Después, pasado el primer estallido de rabia insatisfecha, llegó el recuerdo de aquellos tiempos tranquilos, antes de que el placer que había terminado en la desdicha presente perturbara la claridad y simplicidad de su vida. En aquellos tiempos pensaba que había hecho grandes conquistas y había ganado un puesto duradero en las serenas alturas situadas por encima de las tentaciones y conflictos terrenales. Y, en cambio, se encontraba en el

centro de una acalorada lucha entre sus pasiones y las de otros. Así pues, ¿la vida no era tan corta y el descanso perfecto no estaba tan cerca como había soñado cuando era dos años menor? La vida le reservaba más combates y tal vez nuevas caídas. Si hubiera creído que estaba completamente equivocada y Tom tenía toda la razón, habría podido recuperar antes la armonía interna, pero ahora su penitencia y sumisión se veían obstruidas constantemente por un resentimiento que no podía menos que considerar justo. Le sangraba el corazón cuando pensaba en Philip: recordaba los insultos proferidos con una sensación tan nítida de lo que habría sentido Philip al oírlos que experimentaba un dolor casi físico que le hacía dar patadas en el suelo y apretar los puños.

Y, sin embargo, ¿cómo podía ser que, de vez en cuando, advirtiera que, en el fondo, experimentaba cierto alivio al haberse visto obligada a separarse de Philip? ¿Acaso se debía únicamente a que la sensación de que ya no ocultaba nada era bienvenida a cualquier precio?

Capítulo VI

Un triunfo costoso

Tres semanas más tarde, cuando el molino de Dorlcote se encontraba en el más hermoso momento del año —los grandes castaños en flor y la hierba crecida y cubierta de margaritas—, Tom Tulliver regresó una tarde más temprano que de costumbre y, mientras cruzaba el puente, contempló con un afecto profundamente arraigado la respetable casa de ladrillos rojos, que siempre parecía alegre y acogedora desde el exterior, aunque por dentro las habitaciones estuvieran desnudas y los corazones tristes. Los ojos de color azul grisáceo de Tom tienen una expresión agradable mientras mira hacia las ventanas de la casa: la arruga del ceño no desaparece, pero no le sienta mal: cuando los ojos y la boca adoptan una expresión más suave parece implicar una fuerza de voluntad sin dureza. Su paso firme se acelera mientras las comisuras de los labios se rebelan contra el esfuerzo por reprimir una sonrisa.

En aquel momento, las miradas del salón no estaban vueltas hacia el puente y el grupo permanecía sentado en silencio, sin aguardar a nadie: el señor Tulliver se encontraba en su sillón, cansado tras una larga cabalgada, meditando con aire agotado y con mirada fija en Maggie, que cosía inclinada sobre la labor mientras su madre preparaba el té.

Todos alzaron la vista sorprendidos cuando oyeron los conocidos pasos.

—Cómo, ¿qué pasa, Tom? —preguntó su padre—. Llegas más temprano que de costumbre.

—Oh, ya no tenía nada más que hacer, de manera que he vuelto. Hola, madre.

Tom se acercó a su madre y le dio un beso, señal en él de un buen humor inusual. Durante las tres semanas transcurridas apenas había cruzado con Maggie una mirada o una palabra; pero, dado su hermetismo habitual en casa, sus padres no lo habían advertido.

—Padre —dijo Tom, después de que terminaran el té—. ¿Sabe exactamente cuánto dinero hay en la caja de lata?

—Sólo ciento noventa y tres libras —dijo el señor Tulliver—. Últimamente has traído un poco menos, pero los jóvenes queréis hacer las cosas a vuestro modo con vuestro dinero. Aunque, antes de tener cierta edad, yo no hacía lo que quería —señaló con discreto descontento.

—¿Está seguro de que ésa es la cantidad, padre? —dijo Tom—. Desearía que se tomara la molestia de ir a buscar la caja de lata. Me parece que podría estar equivocado.

—¿Cómo iba a equivocarme? —contestó su padre bruscamente—. Lo he contado muchas veces, pero puedo ir a buscarla, si no me crees.

Dada su triste vida, al señor Tulliver le gustaba coger la caja y contar el dinero.

—No se vaya de la habitación, madre —dijo Tom cuando vio que ésta se movía en cuanto su padre salía de la habitación.

—¿Maggie tampoco? —preguntó la señora Tulliver—. Convendría recoger esto.

—Que ella haga lo que quiera —dijo Tom con indiferencia.

Aquellas palabras hirieron a Maggie. El corazón le había dado un brinco con la repentina convicción de que Tom iba a decir a su padre que podían pagarse las deudas, ¡y a Tom tanto le daba que estuviera o no cuando les comunicaba la noticia! Pero se llevó la bandeja y regresó de inmediato. No podía dejar que su herida se impusiera en un momento como aquél.

Tom se acercó a la esquina de la mesa, junto a su padre, cuando éste depositó la caja y la abrió; la luz rojiza del atardecer destacó el aire cansado y triste del padre de ojos negros y la alegría contenida del rostro del hijo de piel clara. La madre y Maggie se sentaron al otro extremo de la mesa; la una, llena de perpleja paciencia, la otra, palpitante de expectación.

El señor Tulliver contó el dinero y lo colocó en orden en la mesa, tras lo cual dijo, lanzando a Tom una mirada rápida.

—Ahí tienes. Ya ves como yo tenía razón.

Hizo una pausa y miró el dinero con amargo desaliento.

—Faltan más de trescientas y pasará mucho tiempo antes de que pueda ahorrarlo. La pérdida de cuarenta y dos libras con el trigo fue una faena. Este mundo es ya demasiado para mí. Nos ha costado cuatro años ahorrar esto... Vete a saber si estaré en este mundo cuatro años más. Deberé confiar en que tú las pagues —prosiguió con voz temblorosa—, si es que eres de esa opinión cuando crezcas... Pero es probable que me entierres primero.

Alzó los ojos hacia Tom con un quejumbroso deseo de confirmación.

—No, padre —dijo Tom, con enérgica decisión, aunque le temblaba un poco la voz—. Vivirá lo bastante para ver cómo se pagan las deudas. Las pagará usted mismo.

Su tono implicaba algo más que esperanza o decisión. Una ligera descarga eléctrica pareció recorrer al señor Tulliver, el cual miró fijamente a Tom con mirada interrogante, mientras Maggie, incapaz de contenerse, corría junto a su padre y se arrodillaba a su lado. Tom permaneció en silencio unos instantes antes de añadir:

—Hace tiempo, el tío Glegg me prestó un poco de dinero para comerciar y me ha ido bien. Tengo trescientas veinte libras en el banco.

En cuanto pronunció las últimas palabras, su madre le echó los brazos al cuello.

—¡Oh, hijo mío! Sabía que, en cuanto crecieras, lo arreglarías todo de nuevo —

dijo, llorosa.

Pero su padre permanecía en silencio: la emoción le impedía hablar. Tom y Maggie temieron que la súbita alegría fuera excesiva para él, pero las lágrimas brotaron al fin, aliviándolo. El pecho ancho suspiró, los músculos del rostro se relajaron y el hombre de cabello gris estalló en sonoros sollozos. El ataque de llanto fue extinguiéndose y el hombre permaneció sentado, recobrando una respiración regular. Finalmente, alzó los ojos a su mujer.

—Bessy, ven y dame un beso —dijo con tono amable—. El muchacho *t'ha* desagraviado, quizá vuelvas a tener algunas comodidades.

Después de que ella lo besara y él retuviera su mano un minuto, sus pensamientos volvieron al dinero.

—Me habría gustado que trajeras el dinero para mirarlo, Tom —dijo, jugueteando con los soberanos que había sobre la mesa—. *M'*habría sentido mas seguro.

—Lo verá usted mañana, padre —dijo Tom—. El tío Deane ha citado a los acreedores mañana en *The Golden Lion* y ha encargado una comida para ellos a las dos. El tío Glegg y yo también estaremos allí. Se anunció el sábado en el *Messenger*.

—¡Entonces, Wakem ya lo sabe! —exclamó Tulliver, con los ojos brillantes de fuego triunfal—. ¡Ah! —exclamó, con un sonido gutural, sacando la caja de rapé único lujo que se permitía ahora, y repiqueteando en ella con los restos de su viejo aire de desafío—. Ahora podré liberarme de su bota, aunque tenga que abandonar el viejo molino. Pensaba que moriría aquí, pero no podrá ser... ¿Tenemos una copa de algo en la casa, Bessy?

—Sí —dijo la señora Tulliver, sacando el manojito de llaves, ahora muy reducido —, queda un poco de brandy del que me trajo la hermana Deane cuando estuve enferma.

—Tráemelo, tráemelo, me siento un poco débil. Tom, hijo —dijo con voz más fuerte, tras tomar un poco de brandy con agua—. Tendrás que pronunciar unas palabras ante ellos. Les diré que has sido tú quien ha reunido la mayor parte del dinero. Por fin verán que soy un hombre honrado y tengo un hijo honrado. ¡Ah! ¡Lo que le gustaría a Wakem tener un hijo como el mío, un muchacho estupendo, en lugar *d'esa* pobre criatura jorobada! Prosperarás en este mundo, hijo mío; quizá llegues a ver el día en que Wakem y su hijo se encuentren por debajo de ti. Es probable que *t'hagan* socio de alguna compañía, como le sucedió a tu tío Deane, vas por buen camino; entonces nada te impedirá hacerte rico... Y, si alguna vez eres lo bastante rico, no lo olvides, intenta comprar de nuevo el molino.

El señor Tulliver se recostó en la butaca. Su pensamiento, que durante largo tiempo no había albergado más que amargo descontento y malos presentimientos, se vio lleno, gracias a la magia de la alegría, de visiones de fortuna. Pero una influencia sutil le impedía ver ese futuro afortunado como propio.

—Dame la mano, muchacho —dijo, tendiendo súbitamente la suya—. Es muy importante que un hombre pueda estar orgulloso de su hijo, y yo tengo esa suerte.

Tom no conoció en su vida un momento tan delicioso como aquél, y Maggie olvidó sus agravios sin proponérselo. Sin duda, Tom era bueno; y en la dulce humildad que brota de nosotros en momentos de sincera admiración y gratitud, tuvo la sensación de que Tom había redimido sus culpas y, en cambio, ella no. No sintió celos aquella noche cuando, por primera vez, pareció ocupar un lugar insignificante en el pensamiento de su padre.

La conversación fue larga antes de que se acostaran. Como es natural, el señor Tulliver quiso conocer todos los detalles de las aventuras comerciales de Tom y los escuchó con animación y deleite. Sentía curiosidad por saber todo lo que se había dicho en cada ocasión y, si era posible, incluso lo que se había pensado; y la participación de Bob Jakin en el negocio lo empujó a extraños estallidos de afinidad con la triunfante sabiduría de aquel notable buhonero. Evocó la historia juvenil de Bob, tal como la conocía, como si contuviera asombrosas sorpresas, actitud frecuente cuando se recuerda la infancia de los grandes hombres.

Fue algo afortunado que se interesara por la narración de los hechos y contuviera la vaga, aunque intensa, sensación de triunfo sobre Wakem que, de otro modo, habría sido el canal por el que habría fluido su alegría con peligrosa fuerza. Con todo, este sentimiento se imponía de vez en cuando y lo empujaba a repentinos estallidos de exclamaciones que no venían al caso.

Aquella noche, el señor Tulliver tardó en conciliar el sueño y éste, cuando llegó, estuvo lleno de vívidas fantasías. A las cinco y media de la mañana, cuando la señora Tulliver se levantaba, se alarmó al ver que su marido se incorporaba con un grito ahogado y miraba con aire desconcertado hacia las paredes del dormitorio.

—¿Qué te pasa, Tulliver? —preguntó su esposa. Él la miró con aire desconcertado.

—¡Ah...! Soñaba... ¿He hecho ruido?... —dijo finalmente—. Estaba soñando que lo tenía agarrado entre las manos.

Capítulo VII

Juicio final

El señor Tulliver era un hombre esencialmente sobrio, capaz de tomar una copa a gusto, pero que nunca rebasaba los límites de la moderación. Poseía un temperamento activo, similar al de Hotspur, que no necesitaba fuego líquido para animarse; por lo general, su impetuosidad estaba a la altura de cualquier ocasión excitante sin refuerzos de esa clase, y el deseo de tomar agua con brandy implicaba que una alegría demasiado repentina había caído como un sobresalto peligroso en un cuerpo deprimido por cuatro años de tristeza y una carga inusualmente dura. Pero aquel primer momento de inestabilidad pasó y pareció recuperar las fuerzas a medida que incrementaba su entusiasmo y, al día siguiente, cuando se encontró sentado ante la mesa con sus acreedores, con los ojos encendidos y las mejillas sonrojadas con la conciencia de que estaba a punto de ofrecer de nuevo una apariencia honorable, se parecía al Tulliver de otros tiempos, orgulloso, seguro de sí mismo, cálido en el trato y en el carácter, mucho más de lo que le habría parecido posible a cualquiera que se hubiera cruzado con él una semana antes, cabalgando, tal como había sido su costumbre durante los últimos cuatro años, desde que la sensación de fracaso y las deudas habían caído sobre él: cuando, con la cabeza gacha, lanzaba miradas breves y reticentes si no tenía otro remedio. Pronunció un discurso y declaró sus honrados principios con su antiguo entusiasmo; aludió a los bribones y a la suerte que había tenido en contra, pero que gracias al esfuerzo y a la ayuda de un buen hijo, había triunfado sobre ellos; terminó su intervención contando el modo en que Tom había conseguido la mayor parte de aquel dinero tan necesario. Pero la irritación y triunfo hostil pareció diluirse durante un rato en el más puro orgullo y placer paterno cuando, después de que se propusiera un brindis a la salud de Tom y el tío Deane aprovechara la ocasión para dirigir unas pocas palabras de elogio sobre el carácter y la conducta de éste, el muchacho se puso en pie y pronunció el único discurso de su vida. Difícilmente pudo haber sido más breve: dio las gracias a los caballeros presentes por el honor que le habían hecho. Se alegraba de haber podido ayudar a su padre a demostrar su integridad y recuperar su buen nombre y, por su parte, esperaba no deshacer lo hecho ni manchar su apellido. Pero el aplauso que siguió fue tan grande y Tom tenía un aire tan caballeroso, tan alto y derecho, que el señor Tulliver destacó, a modo de explicación a sus amigos situados a su izquierda y a su derecha, que había gastado mucho dinero en la educación de su hijo.

El grupo se separó con toda sobriedad a las cinco. Tom permaneció en Saint Ogg's para ocuparse de algunos asuntos y el señor Tulliver montó su caballo para

dirigirse a casa y describir los memorables acontecimientos, todo lo dicho y hecho, a «la pobre Bessy y a la mocit». El aire de animación que lo envolvía apenas se debía al buen humor o a cualquier otro estímulo, sino al fuerte vino de la alegría triunfante. Ese día no escogió ninguna calle apartada, sino que cabalgó lentamente, con la cabeza bien alta y mirando de un lado a otro por la calle principal, de camino hacia el puente. ¿Por qué no podía encontrarse con Wakem? Le mortificaba que no se produjera esa coincidencia y se puso a darle vueltas a la idea con cierta irritación. Quizá Wakem hubiera salido aquel día de la población a propósito para no ver ni oír nada sobre el acto honorable que había tenido lugar y que tal vez lo mortificara un poco. Si por casualidad se encontraba con Wakem, el señor Tulliver lo miraría directamente a la cara, y el muy bribón tal vez se achantara un poco ante su altivez fría y dominante. No tardaría en entender que no iba a seguir teniendo a su servicio a un hombre honrado y que su honradez dejaría de llenar una bolsa ya llena de ganancias ilícitas. Tal vez la suerte estaba empezando a cambiar: quizá el demonio no tenía siempre las mejores cartas en este mundo.

Con los pensamientos en ebullición, el señor Tulliver se aproximó a la puerta de la cerca del molino de Dorlcote y se acercó lo bastante para ver que una figura bien conocida salía por ella montada en un hermoso caballo negro. Se encontraron a unas cincuenta yardas de las puertas, entre los grandes castaños y olmos y el talud.

—Tulliver —dijo Wakem bruscamente, en tono más altivo que de costumbre—. Qué tontería es esa que ha hecho esparciendo los terrones duros en el cercado. Ya le dije lo que tenía que hacer, pero algunos no son capaces de aprender a trabajar la tierra con método.

—¡Oh! —dijo Tulliver, estallando repentinamente—. Entonces, búsquese para ese trabajo a uno que quiera recibir clases.

—Imagino que ha estado bebiendo —dijo Wakem, convencido de que eso explicaba el rostro congestionado de Tulliver y el brillo de sus ojos.

—No, no he bebido —dijo Tulliver—. No quiero que la bebida me ayude a tomar la decisión de no seguir trabajando para un sinvergüenza.

—¡Muy bien! Entonces, abandone mis tierras mañana, contenga su lengua insolente y déjeme pasar.

Tulliver estaba haciendo retroceder a su caballo para bloquear el paso a Wakem.

—No, no pienso dejarle pasar —dijo Tulliver, furioso—. Primero le diré lo que pienso de usted. Es un bribón demasiado grande para que lo cuelguen, es...

—Déjeme pasar, bruto ignorante, o me echaré encima.

El señor Tulliver, espoleando su caballo y alzando el látigo, se lanzó hacia delante, y el caballo de Wakem, tras retroceder y tambalearse, tiró al jinete de la silla y lo echó al suelo junto a él. Wakem tuvo la presencia de ánimo de soltar la brida de inmediato y, mientras el caballo daba unos cuantos pasos tambaleándose y recuperaba

el equilibrio, podría haberse levantado y haber montado de nuevo sin más inconvenientes que una sacudida y una contusión. Pero antes de que pudiera levantarse, Tulliver había desmontado. La visión de aquel hombre tan odiado a su merced lo lanzó a un frenesí de venganza triunfal que parecía darle una agilidad y una fuerza extraordinarias. Se precipitó hacia Wakem, que estaba intentando ponerse en pie, lo agarró por el brazo izquierdo, de modo que todo el peso del hombre se apoyaba en el derecho, que seguía sobre el suelo, y le azotó ferozmente la espalda con la fusta. Wakem gritó pidiendo ayuda, pero no obtuvo ninguna hasta que se oyó el grito de una mujer y el grito de «¡Padre, Padre!».

De repente, Wakem advirtió que algo había detenido el brazo del señor Tulliver, ya que cesaron los azotes y la mano que lo sujetaba se relajó.

—¡Fuera! ¡Vete! —gritó Tulliver, furioso. Pero no se dirigía a Wakem.

El abogado se levantó lentamente y, al volver la cabeza, vio que Tulliver no se había detenido por temor a lastimar a la joven que se aferraba a él, sino porque ésta le sujetaba los brazos con todas sus fuerzas.

—¡Luke! ¡Madre! ¡Vengan a ayudar al señor Wakem! —gritó Maggie cuando por fin oyó que se acercaban unos pasos.

—Ayúdame a subir a este caballo, que es más bajo —dijo Wakem a Luke—, quizá pueda, aunque, maldita sea, me parece que tengo el brazo dislocado.

Con cierta dificultad subieron a Wakem al caballo de Tulliver. Después se volvió hacia el molinero.

—Lo pagaré muy caro, se lo aseguro —dijo, pálido de ira—. Su hija es testigo de que me ha atacado.

—Me da igual —dijo el señor Tulliver con voz gruesa y feroz—. Vaya por ahí enseñando cómo tiene la espalda y diga que le he dado latigazos. Cuénteles que ahora este mundo es un poco más justo.

—Lleva mi caballo a mi casa —ordenó Wakem a Luke—. Por el transbordador de Toften, no por el centro del pueblo.

—¡Padre, entre en casa! —imploró Maggie. Después, viendo que Wakem se había marchado y que ya no era posible que se repitieran las escenas de violencia, soltó a su padre y estalló en sollozos histéricos, mientras la pobre señora Tulliver permanecía en pie en silencio, temblando de miedo. Sin embargo, Maggie advirtió que, a medida que soltaba a su padre, éste empezaba a sujetarse y a apoyarse en ella. La sorpresa puso fin a las lágrimas.

—Me encuentro mal, estoy débil —dijo—. Ayúdame a entrar en casa, Bessy. Estoy mareado, me duele la cabeza.

Entró lentamente, sostenido por su esposa y su hija, y se tambaleó hasta el sillón. El tono encendido de su rostro se había convertido en palidez y tenía las manos frías.

—¿No sería mejor que enviáramos a buscar al médico? —dijo la señora Tulliver.

Él parecía sufrir demasiado y encontrarse demasiado débil para oírla, pero cuando la señora Tulliver dijo a Maggie: «Encárgate de que alguien vaya a buscar al médico», la miró, perfectamente consciente.

—¿Al médico? No, nada de médicos —dijo—. Sólo me duele la cabeza. Ayudadme a meterme en la cama.

¡Triste final del día que había amanecido para todos como el principio de tiempos mejores! Pero cuando se mezclan las semillas, las cosechas salen mezcladas.

Media hora después de que su padre se hubiera acostado, Tom llegó a casa. Bob Jakin iba con él; había acudido con la intención de felicitar «al antiguo am», no sin cierto orgullo justificado por el modo en que había contribuido a la suerte del señor Tom; y Tom había pensado que a su padre le encantaría terminar el día charlando con Bob. Sin embargo, Tom, tuvo que pasar la tarde en la triste espera de las consecuencias desagradables que tendría el loco estallido de aquella rabia que su padre había contenido durante tanto tiempo. Después de que le comunicaran las dolorosas noticias, Tom permaneció sentado y en silencio: no tenía ánimos ni ganas de contar a su madre y a su hermana nada de lo sucedido durante la comida, y ellas apenas se preocuparon de preguntárselo. Se diría que en el tejido de su vida, las hebras se entrelazaban de tal modo que no podían tener una alegría sin que llegara enseguida la pena. Tom se sentía abatido al pensar que sus esfuerzos ejemplares siempre se veían frustrados por los errores ajenos: Maggie revivía, una y otra vez, el agónico momento en que corrió para lanzarse sobre el brazo de su padre, con un vago y siniestro presentimiento de las penas que los esperaban. Ninguno de los tres estaba particularmente alarmado por la salud del señor Tulliver: los síntomas no se parecían a los del anterior ataque y se diría que, simplemente, como consecuencia necesaria de la pasión violenta y el esfuerzo realizado tras varias horas de una excitación extraordinaria, había caído enfermo. Probablemente, el descanso lo curaría.

Tom, cansado tras un día tan agitado, no tardó en caer en un profundo sueño; tuvo la sensación de que acababa de acostarse cuando se despertó y encontró a su madre de pie, a su lado, iluminada por la luz grisácea del amanecer.

—Hijo, levántate ahora mismo: he mandado a buscar al médico y tu padre quiere que Maggie y tú vayáis a su lado.

—¿Está peor, madre?

—Ha pasado la noche con mucho dolor de cabeza, pero no ha dicho que se encontrara peor. Sólo ha dicho de repente: «Bessy, ve a buscar al chico y a la chica. Diles que se den pris».

Maggie y Tom se vistieron apresuradamente bajo la fría luz grisácea y llegaron al dormitorio de su padre casi en el mismo momento. Él los aguardaba con el ceño fruncido de dolor, pero con la mirada consciente y alerta. La señora Tulliver estaba de pie a los pies de la cama, asustada y temblorosa, con aspecto ajado y envejecido tras

la noche en vela. Maggie llegó primera a la cabecera, pero su padre miró a Tom, el cual se acercó y se detuvo a su lado.

—Tom, hijo mío. No volveré a levantarme... Este mundo ha sido demasiado para mí, pero tú has hecho todo lo que has podido por hacerlo un poco más justo. Dame la mano, hijo, antes de que me vaya.

El padre y el hijo se estrecharon la mano con fuerza y se miraron unos instantes.

—Padre —dijo Tom, intentando hablar con voz firme—, ¿tiene usted algún deseo que yo pueda cumplir cuando...?

—Sí, hijo... intenta recuperar el molino.

—Sí, padre.

—En cuanto a tu madre... intenta compensarla tanto como puedas por mi mala suerte... Y la mocita...

El padre volvió los ojos hacia Maggie con una mirada todavía más inquieta cuando ella, sin poderse contener, se arrodilló para estar más cerca del querido y ajado rostro que, durante largos años, había sido para ella símbolo del amor más profundo y del más duro de los sufrimientos.

—Debes cuidarla, Tom... no *t*'inquietes, mocita... Alguien te querrá y estará de tu parte... Y debes ser bueno con ella, hijo... Yo siempre *m*'he portado bien con mi hermana. Dame un beso, Maggie... Ven, Bessy... Tom, intenta pagar una tumba de obra para que tu madre y yo podamos estar juntos.

Tras decir estas palabras, apartó la vista y permaneció en silencio durante unos minutos mientras lo observaban, sin atreverse a moverse. La luz del amanecer era ya más intensa y pudieron ver que sus rasgos se hacían más pesados y los ojos más opacos.

—Por lo menos, llegó mi momento... Le pegué —dijo finalmente, mirando hacia Tom—. Ha sido justo. Nunca he querido nada más que lo que es justo.

—Pero padre, querido padre —dijo Maggie con una indecible ansiedad que se imponía sobre su dolor—: ¿le perdona? ¿Perdona a todo el mundo?

No movió los ojos hacia ella.

—No, mocita mía. No le perdono... ¿De qué sirve el perdón? No puedo querer a un bribón...

Tenía la voz cada vez más ronca, pero quena decir algo más y movió los labios, una y otra vez, luchando por hablar. Al final, las palabras se abrieron paso.

—¿Acaso Dios perdona a los bribones? Si los perdona, no será muy severo conmigo.

Movió las manos con inquietud, como si quisiera apartar un peso que lo aplastara. En dos o tres ocasiones pronunció palabras inconexas.

—Este mundo... es demasiado... un hombre honrado... qué enredoso. Pronto se convirtieron en balbuceos, los ojos dejaron de ver y llegó el silencio final.

Pero no la muerte. Durante algo mas de una hora, el pecho se movió y continuó la respiración ruidosa y pesada, haciéndose cada vez mas lenta, mientras un frío rocío le cubría la frente.

Al final llegó la calma y la pobre y poco iluminada alma de Tulliver dejó de sufrir con el doloroso misterio de este mundo.

Entonces llegó la ayuda: aparecieron Luke y su esposa y también el doctor Turnbull, demasiado tarde para nada más que certificar la muerte. Tom y Maggie bajaron juntos al salón, donde el sillón de su padre estaba vacío. Ambos volvieron los ojos hacia el mismo lugar.

—Tom, perdóname —dijo Maggie—. Querámonos siempre el uno al otro. Se abrazaron y se echaron a llorar.

VOLUMEN III

Libro sexto

La gran tentación

Capítulo I

El dúo en el paraíso

El bien amueblado salón con el piano de cola abierto y la agradable vista sobre un jardín que desciende suavemente hasta un cobertizo situado en un embarcadero junto al Floss es el de la casa del señor Deane. La pulcra damita vestida de luto cuyos tirabuzones de color castaño claro caen sobre el bordado de colores en que entretiene los dedos es, naturalmente, Lucy Deane; y el apuesto joven que se inclina de su silla para cerrar las tijeras con un chasquido ante el rostro diminuto del spaniel King Charles acostado sobre los pies de la joven dama no es otro que Stephen Guest, cuyo anillo con un brillante, perfume a rosas y aire de ociosa despreocupación a las doce del mediodía son el gracioso y aromático resultado del mayor molino de aceite y el muelle más grande de Saint Ogg's. El gesto con las tijeras es de una trivialidad aparente, pero el lector percibe al instante que hay detrás una intención que lo hace digno de un joven de cabeza grande y largos miembros; porque el lector advierte que Lucy desea las tijeras y se ve obligada, aunque a regañadientes, a echar atrás los rizos, alzar los dulces ojos de color avellana y sonreír amablemente al rostro que tiene a la altura de las rodillas mientras tiende la nacarada mano.

—Haga el favor de darme las tijeras, si es capaz de renunciar al gran placer de mortificar a mi pobre *Minny*.

Al parecer, las tontas tijeras se han trabado en los nudillos y Hércules le tiende los dedos, atrapados sin remisión.

—¡Malditas tijeras! El ojo ovalado está al revés. Por favor, quítemelas.

—Quíteselas con la otra mano —sugiere Lucy con picardía.

Ah, es que es la mano izquierda y yo no soy zurdo.

Lucy se ríe y saca las tijeras dando golpecitos con sus diminutos dedos, cosa que, como es natural, predispone al señor Stephen a iniciar una repetición *da capo*, por lo cual aguarda a que éstas queden libres otra vez para apoderarse de ellas.

—No, no —protesta Lucy, guardándolas—. No voy a dejar que las coja otra vez, ya me las ha forzado. Y no haga gruñir a *Minny*. Si se sienta y se comporta correctamente, le daré una noticia.

—¿De qué se trata? —preguntó Stephen, recostándose en la silla y pasando el brazo derecho por encima de una de las esquinas del respaldo. Podría haber estado posando para un retrato que representara a un apuesto joven de veinticinco años, de frente cuadrada, cabello de color castaño oscuro, corto y tieso, pero con una ligera ondulación en las puntas, como un denso campo de trigo, y una mirada entre ardiente y sarcástica bajo unas bien perfiladas cejas horizontales—. ¿Es una noticia muy

importante?

—Sí, mucho. Adivínela.

—Que va a cambiar la dieta de *Minny* y le va a dar a diario tres galletitas de ratafía mojadas en nata.

—Totalmente equivocado.

—Bien; entonces, que el doctor Kenn ha estado predicando contra el bucarán y las damas de la localidad le han enviado una petición colectiva diciéndole que es una doctrina muy dura y no pueden soportarla.

—¡Debería darle vergüenza! —exclamó Lucy, frunciendo los labios con seriedad—. Es muy antipático por su parte que no lo adivine, porque se trata de algo que le mencioné hace poco.

—Pero usted me ha hablado de muchas cosas. ¿Acaso su tiranía femenina exige que cuando dice que lo ha mencionado alguna vez, yo lo adivine de inmediato?

—Sí, ya sé que piensa que soy boba.

—Pienso que es usted encantadora.

—¿Y la bobería forma parte de mi encanto?

—Jamás dije tal cosa.

—Pero yo sé que le gusta que las mujeres sean sosas. Philip Wakem lo traicionó y dijo eso un día cuando usted no estaba.

—Oh, ya sé que Phil se lo toma muy en serio, lo convierte en una cuestión personal. Me parece que tiene que estar enamorado de alguna dama desconocida, alguna maravillosa Beatriz que conoció en el extranjero.

—¡Por cierto! —exclamó Lucy, dejando unos instantes la labor—. Se me acaba de ocurrir que no he averiguado si mi prima Maggie se negará a ver a Philip, tal como hace su hermano. Tom no quiere entrar en una sala si sabe que Philip está allí. Quizá Maggie piense igual y entonces no podremos formar el coro.

—Vaya, ¿su prima va a venir a pasar unos días? —preguntó Stephen con expresión de ligero fastidio.

—Sí, ésa era la noticia que usted había olvidado. Va a dejar su trabajo, en el que ha pasado casi dos años, pobrecilla. Desde que murió su padre. Y se quedará conmigo un mes o dos. Espero que varios meses.

—¿Y se supone que debo alegrarme con esa noticia?

—Oh, no. En absoluto —dijo Lucy, con aire levemente ofendido—. Yo sí estoy contenta, pero eso, naturalmente, no es motivo para que usted se alegre. Mi prima Maggie es la amiga que mas quiero en este mundo.

Y supongo que, cuando esté aquí, serán ustedes inseparables. No tendré la menor posibilidad de volver a tener un *tête á tête* con usted, a menos que le encuentre usted un admirador con el que emparejarla de vez en cuando. ¿Y cuál es la causa de ese rechazo hacia Philip? Podría haber sido un buen recurso.

—Es una pelea de familia con el padre de Philip. Creo que fue en circunstancias muy dolorosas, pero nunca lo he entendido ni lo he sabido todo. Mi tío Tulliver tuvo mala suerte y perdió todas sus propiedades, y, según creo, consideraba que el señor Wakem era, de un modo u otro, la causa. El señor Wakem compró el molino de Dorlcote, la antigua casa de mi tío, donde había vivido toda su vida. Recordará usted a mi tío Tulliver, ¿verdad?

—No —contestó Stephen con una indiferencia algo altiva—. Conozco el nombre de toda la vida y me atrevería a decir que conocía de vista al individuo. Conozco la mitad de los nombres y rostros del vecindario, pero soy incapaz de relacionarlos.

—Era un hombre muy irascible. Recuerdo que cuando era pequeña e iba a visitar a mis primos, muchas veces me asustaba porque hablaba como si estuviera enfadado. Papá me contó que hubo una pelea terrible la misma víspera de la muerte de mi tío entre él y el señor Wakem, pero se echó tierra sobre el asunto. Todo esto sucedió cuando usted estaba en Londres. Papá dice que mi tío se equivocó en muchas cosas, que era un hombre amargado. Sin duda, para Maggie y para Tom ha de ser muy doloroso recordar estas cosas. Han sufrido muchos, muchos disgustos. Seis años atrás Maggie estaba conmigo en el colegio cuando se la llevaron debido a la desgracia de su padre y, según creo, desde entonces no ha conocido apenas ninguna diversión. Desde la muerte de su padre, ha tenido un empleo muy precario en un colegio, porque está decidida a ser independiente y no vivir con la tía Pullet; y entonces no le pude pedir que viniera conmigo porque mi querida mamá estaba enferma y todo era muy triste. Por eso quiero que venga ahora y pase unas vacaciones muy, muy largas.

—Eso es muy amable y angelical por su parte —dijo Stephen, mirándola con una sonrisa de admiración—, y todavía más si la muchacha posee la misma capacidad para la conversación que su madre.

—¡Pobrecita tía! Es usted cruel al ridiculizarla. Sé muy bien lo útil que me resulta. Lleva la casa muy bien, lo hace mucho mejor que cualquier desconocida. Y fue para mí de gran consuelo durante la enfermedad de mamá.

—Sí, pero en lo que respecta a la compañía, prefiero la de sus cerezas al brandy y los pastelillos de crema. Me estremezco al pensar en que su hija esté siempre presente en persona, sin los agradables representantes de su madre: una chica rubia y gorda, con redondos ojos azules que nos mire fijamente en silencio.

—¡Oh, sí! —exclamó Lucy, riendo con malicia y batiendo palmas—. ¡Así es exactamente mi prima Maggie! ¡Seguro que la ha visto alguna vez!

—Lo cierto es que no: sólo adivino cómo tiene que ser la hija de la señora Tulliver. Y además, si va a echar a Philip, lo más parecido que tenemos a un tenor, será un fastidio adicional.

—Espero que no. Me parece que le rogaré a usted que visite a Philip y le diga que Maggie vendrá mañana. Conoce bien los sentimientos de Tom y siempre se mantiene

alejado; de modo que si usted le dice que le he rogado que le advierta que no venga hasta que yo le escriba pidiéndoselo, lo entenderá.

—Preferiría que escribiera una notita. Phil es tan sensible que cualquier cosa bastaría para que dejara de venir, y nos costó mucho que participara. No consigo convencerlo nunca de que venga al Park: me parece que no le gustan mis hermanas. Sólo su toque feérico, Lucy, consigue aplacar sus plumas alborotadas.

Stephen se apoderó de la manita que se extendía hacia la mesa y la rozó con los labios. La pequeña Lucy se sentía feliz y orgullosa. Ella y Stephen se encontraban en esa etapa del cortejo que constituye el instante más exquisito de la juventud, el más tierno momento de floración de la pasión: cuando ambos están seguros del amor del otro pero no ha habido ninguna declaración formal y todo son adivinaciones mutuas que exaltan las palabras más triviales y el menor gesto para convertirlos en estremecimientos delicados y deliciosos como vaharadas de aroma a jazmín. Cuando el compromiso se hace explícito desaparece este sutil estado de susceptibilidad: entonces el jazmín está ya cogido y presentado en un gran ramo.

—Es rarísimo que haya adivinado tan exactamente el aspecto y los modales de Maggie —comentó la maliciosa Lucy, encaminándose a su escritorio—, porque bien podría haber sido como su hermano; y Tom no tiene los ojos redondos y jamás se le ocurriría mirar fijamente a los demás.

—¡Oh! Supongo que Tom salió a su padre, parece más orgulloso que el diablo. Aunque tampoco es un compañero muy brillante, diría yo.

—Me gusta Tom. Me regaló mi *Minny* cuando perdí a *Lolo*. Y papá lo quiere mucho, dice que Tom tiene excelentes principios. Gracias a él, su padre pudo pagar todas las deudas antes de morir.

—Ah, sí. Ya lo he oído contar; oí que su padre y el mío hablaban de ello en una de las interminables conversaciones de negocios que mantienen después de comer. Piensan hacer algo para ayudar al joven Tulliver, ya que les evitó enormes pérdidas cabalgando hasta aquí como un héroe, algo así como Turpin, para informarles de que un banco iba a suspender pagos o algo parecido, pero en aquel momento yo estaba medio dormido.

Stephen se levantó del asiento y paseó en dirección al piano, tarareando en falsete la melodía de «Amado consort» mientras pasaba las páginas del volumen de *La creación* que permanecía abierto en el atril.

—Venga usted a cantar esto —dijo cuando vio que Lucy se levantaba.

—¿«Amado consort»? No creo que encaje con su voz.

—No importa, encaja exactamente con mis sentimientos, que, como diría Philip, es lo fundamental para cantar bien. He advertido que muchos hombres con voces mediocres tienden a ser de esa opinión.

—El otro día Philip la tomó contra *La creación* —comentó Lucy, sentándose al

piano—. Dice que contiene cierta complacencia dulzona, cierta fantasía adulatora, como si se hubiera escrito para la fiesta de cumpleaños de un gran duque alemán.

—Bah, él es el Adán caído y amargado; nosotros somos unos Adán y Eva que no caen y viven en el paraíso. Bien, empecemos por el recitativo, honrando a la moral. Usted cantará lo que es el deber de la mujer: «Obedecerte me procura alegría, felicidad y glori».

—Oh, no. No pienso respetar a un Adán que lleva el *tempo* tan lento como usted —dijo Lucy, empezando a tocar el dúo.

Sin duda, el único cortejo que no conoce dudas ni temores será aquel en que los enamorados puedan cantar juntos. La sensación de mutua afinidad que surge de las dos notas profundas que satisfacen la expectación en el momento oportuno entre las notas de la voz argentina de la soprano, del acorde perfecto de las terceras y las quintas descendentes, de la amorosa persecución de una fuga acordada... es probable que todo ello sustituya a cualquier exigencia inmediata de formas de acuerdo menos apasionadas. La contralto no se ocupa de catequizar al bajo; el tenor no temerá una embarazosa falta de conversación en las tardes que pase con la hermosa soprano. En las provincias, donde la música era tan escasa en aquellos tiempos remotos, ¿cómo podían los aficionados a la música dejar de enamorarse unos de otros? Incluso los principios políticos debían de correr peligro de relajarse en esas circunstancias; y un violín fiel a los burgos podridos debía de sentirse tentado de confraternizar de modo desmoralizador con un violoncelo reformista. En ese caso, la soprano con garganta de pájaro y el bajo de voz plena cantarían:

Junto a ti aumenta cada gozo,

junto a ti la vida es alegría.

Y se lo creerían, especialmente porque lo cantaban.

Ahora, cantemos el gran fragmento de Rafael —dijo Lucy cuando terminaron el dúo—. Lo de «la tierra cede bajo el peso de las bestia» le sale a usted a la perfección.

—Eso parece un cumplido —señaló Stephen, mirando el reloj de bolsillo—. ¡Por Júpiter, si es casi la una y media! Bueno, sólo puedo cantar eso. Stephen cantó con admirable facilidad las profundas notas que representaban la amenaza de las pesadas bestias: pero cuando un cantante tiene dos oyentes, siempre es posible la disparidad de opiniones. La dueña de *Minny* estaba encantada, pero el perro, que se había atrincherado en su cesta, temblando, en cuanto empezó a sonar la música, consideró que aquel trueno era tan poco de su gusto que saltó y se marchó correteando hasta el más remoto *chiffonier*, considerándolo el lugar más seguro. Para que un perrito esperara el juicio final.

—Adiós, amada consorte —dijo Stephen, abrochándose la chaqueta en cuanto terminó de cantar, sonriendo desde su alta estatura con el aire de amado condescendiente, a la damita situada delante del atril—. Mi gozo ya no aumenta,

porque tengo que marcharme a casa. He prometido estar allí para comer.

—Entonces, ¿no podrá usted pasar a ver a Philip? No importa, se lo he dicho todo en la nota.

—Mañana estará usted ocupada con su prima, imagino.

—Sí, vamos a celebrar una pequeña fiesta familiar. Mi primo Tom comerá con nosotros y la pobre tía tendrá a sus dos hijos junto a ella por primera vez en mucho tiempo. Será muy bonito y me hace mucha ilusión.

—¿Podré venir pasado mañana?

—¡Oh, sí! Venga y le presentaré a mi prima Maggie, aunque, en realidad, se diría que ya la ha visto... La ha descrito tan bien...

—Adiós, entonces.

Tras una leve presión de las manos y un breve encuentro de miradas como aquéllos, es frecuente que una damita quede levemente ruborizada y con una sonrisa en los labios que no desaparece en cuanto se cierra la puerta, y tienda a caminar de aquí para allá por la habitación en lugar de sentarse tranquilamente ante su bordado u otra ocupación racional y edificante. Por lo menos, ése fue el efecto que causó en Lucy; y espero que no consideres, lector, indicio de que la vanidad se imponía sobre otros impulsos más tiernos el que echara algún vistazo al espejo de la chimenea cuando sus pasos la acercaban a éste. El deseo de saber que una no ha tenido aspecto de espantajo durante las escasas horas de conversación puede considerarse parte de una atención laudable y generosa hacia los demás. Y el carácter de Lucy era tan benevolente que tiendo a creer que impregnaba incluso sus pequeños egoísmos, de la misma manera que en otras personas, de todos conocidas, los pequeños gestos benevolentes poseen un aroma, algo fétido, a egoísmo. Incluso en este momento, mientras camina arriba y abajo con un latido levemente triunfal en su corazón juvenil y la sensación de que la ama la persona más importante de su reducido mundo, se observa en sus ojos avellana una omnipresente y risueña benignidad en la que los efímeros destellos de vanidad casi han desaparecido, y si es feliz cuando piensa en su enamorado, es porque sus pensamientos se mezclan rápidamente con todas los dulces afectos y bondadosos cometidos con que llena sus apacibles días. Incluso en este momento, con esta alternancia instantánea que hace que dos corrientes de sentimientos o fantasías parezcan simultáneas, su pensamiento pasa continuamente de Stephen a los preparativos inacabados para la habitación de Maggie. La prima Maggie debía recibir el mismo trato que una gran dama: no, mejor incluso, porque tendría en su dormitorio los mejores dibujos e ilustraciones de Lucy, y el mejor ramo de flores primaverales sobre la mesa. A Maggie le gustaría todo aquello, ¡le gustaban tanto las cosas bonitas! Y la pobre tía Tulliver, de la que nadie se ocupaba... se llevaría una sorpresa cuando recibiera una cofia buenísima y el brindis en su honor que Lucy pensaba organizar con su padre aquella tarde. ¡Desde luego, no tenía

tiempo que perder recreándose en los sueños sobre sus felices amoríos! Con estos pensamientos se dirigió hacia la puerta, pero allí se detuvo.

—¿Qué te pasa, *Minny*? —dijo, agachándose en respuesta a los gemidos del pequeño cuadrúpedo; tras alzar la brillante cabeza del perro hasta su rosada mejilla, añadió—: ¿Pensabas que me marchaba sin ti? Ven, vamos a ver a *Simbad*.

Simbad era el caballo zaino de Lucy, al que alimentaba con su propia mano cuando lo sacaban al cercado. Le gustaba dar de comer a los animales dependientes, conocía los gustos de todos los seres de la casa y se deleitaba con el murmullo de los canarios cuando tenían el pico lleno de semillas, al igual que con los pequeños placeres de aquellos animalitos que mordisqueaban la comida y que, a riesgo de parecer demasiado trivial, llamaré aquí los roedores más familiares.

¿Acaso Stephen Guest no acertaba en su decidida opinión al pensar que aquella esbelta doncella de dieciocho años era exactamente el tipo de esposa con la que un hombre no se arrepentiría de haberse casado? Una mujer afectuosa y considerada con otras mujeres, que no les daba besos de judas mientras escudriñaba en busca de bienvenidos defectos, sino que se interesaba realmente por sus sufrimientos semiocultos y disfrutaba proporcionándoles pequeños placeres. Quizá la admiración de Stephen no ponía énfasis en esta poco frecuente cualidad, pues tal vez Stephen aprobaba su elección precisamente porque Lucy no le parecía una rareza. Los hombres desean que las mujeres sean hermosas: bien, Lucy lo era, pero no de modo enloquecedor. Los hombres desean que sus esposas sean damas cumplidas, amables, afectuosas y que no sean tontas: Lucy poseía todas esas cualidades. A Stephen no le sorprendía advertir que estaba enamorado de ella y era consciente de su buen juicio al preferirla a la señorita Leyburn, la hija de un miembro del gobierno local, aunque Lucy era sólo la hija de un socio menor de su padre; además, había tenido que desafiar y vencer la leve renuencia y la decepción de su padre y sus hermanas, circunstancia que da a cualquier joven una agradable conciencia de su dignidad. Stephen sabía que poseía sensatez e independencia suficientes para escoger, sin dejarse influir por consideraciones indirectas, a la mujer que probablemente lo haría feliz. Había elegido a Lucy de modo plenamente consciente: era una muchacha adorable y exactamente el tipo de mujer que siempre había admirado.

Capítulo II

Primeras impresiones

—Stephen es muy inteligente, Maggie —dijo Lucy. Estaba arrodillada sobre un escabel, a los pies de Maggie, tras colocar a la oscura dama en un sillón de terciopelo carmesí—. Estoy segura de que te gustará. Espero que te guste.

—Difícilmente me daré por satisfecha —contestó Maggie, sonriendo y tomando uno de los largos tirabuzones de Lucy para que los rayos de sol pasaran a través del cabello—. Un caballero que se considera lo bastante bueno para Lucy debe esperar duras críticas.

—Te aseguro que es demasiado bueno para mí. Y algunas veces, cuando está lejos, estoy tentada de creer que no es posible que me quiera. Pero cuando está conmigo nunca lo dudo, aunque no soportaría que nadie, excepto tú, supiera lo que siento, Maggie.

—Entonces, si no le doy mi aprobación, podrás dejarlo, puesto que no estáis comprometidos —bromeó Maggie con aire grave.

—Prefiero no estar comprometida: cuando llega el compromiso todos piensan en casarse pronto —confesó Lucy, demasiado preocupada para prestar atención a la broma de Maggie—, y a mí me gustaría que las cosas se quedaran como están durante mucho tiempo. Algunas veces me asusta la idea de que Stephen me diga que ha hablado con papá y, por algo que papá dijo el otro día, estoy segura de que él y el señor Guest están esperándolo. Y ahora las hermanas de Stephen se comportan conmigo con mucha cortesía: me parece que al principio no les gustaba que Stephen me hiciera caso; y era natural. Parece fuera de lugar que me vaya a vivir a un lugar enorme como Park House, yo que soy tan poca cosa.

—No se supone que el tamaño de las personas deba guardar proporción con las casas que habitan, como sucede con los caracoles —dijo Maggie entre risas—. Dime, ¿las hermanas de Stephen son gigantas?

—Oh, no. Ni tampoco guapas; bueno, no mucho —dijo Lucy, un poco arrepentida de aquella observación tan poco caritativa—. Pero él sí loes; por lo menos, todos lo consideran muy apuesto.

—¿Aunque tú seas incapaz de compartir esa opinión?

—¡Oh, no sé! —dijo Lucy, sonrojándose del cuello a la frente—. No es bueno despertar demasiadas expectativas; quizá te sientas decepcionada. Pero le he preparado una sorpresa encantadora y me reiré mucho de él, aunque no pienso contarte en qué consiste.

Lucy se levantó y se alejó un poco con la bonita cabeza ladeada, como si hubiera

estado arreglando a Maggie para un retrato y deseara juzgar el efecto general.

—Levántate un momento, Maggie.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó Maggie, sonriendo lánguidamente mientras se levantaba de la butaca y miraba desde su alta estatura a su prima menuda y aérea, cuya figura quedaba subordinada a sus impecables ropajes de seda y crespón.

Lucy la contempló unos momentos en silencio.

—Maggie, no sé qué clase de hechizo posees para que te sienta mejor la ropa vieja; de todas maneras, necesitas un vestido nuevo. Pero ayer intentaba imaginarte con un traje hermoso y a la moda y, por muchas vueltas que le daba, el viejo vestido lacio de lana merino regresaba como lo único adecuado para ti. Me pregunto si María Antonieta también tenía un aspecto magnífico cuando llevaba un vestido zurcido en los codos. En cambio, si yo me pusiera un traje ajado, resultaría muy insignificante, un pingajo.

—Claro, claro —contestó Maggie con burlona seriedad—. Correrías el riesgo de que te barrieran de la habitación, junto con las telas de araña y el polvo de la alfombra, y de encontrarte en el hogar, como Cenicienta. ¿Puedo sentarme ya?

—Sí, ya puedes —dijo Lucy riendo. Después, con aire de seriedad, se desprendió un gran broche de azabache—. Pero debemos cambiar los broches, Maggie; esa pequeña mariposa no resulta apropiada para ti.

—Pero ¿no estropeará el efecto encantador de mi pobreza? —preguntó Maggie, sentándose obedientemente mientras Lucy se arrodillaba otra vez y le quitaba la despreciable mariposa—. Desearía que mi madre pensara lo mismo que tú, porque anoche estaba muy inquieta porque éste es mi mejor traje. He estado ahorrando dinero para pagar algunas clases: nunca tendré un empleo mejor si no hago más méritos.

Maggie lanzó un pequeño suspiro.

—Vamos, no pongas otra vez esa cara tan triste —dijo Lucy, prendiendo el gran broche bajo la hermosa garganta de Maggie—. Olvidas que has salido de esa horrible escuela y ya no tienes que remendar la ropa de las niñas.

—Sí —reconoció Maggie—, no me la quito de encima. Me siento como un pobre oso blanco que vi una vez en un espectáculo. Me pareció que la costumbre de dar vueltas una y otra vez estaba tan arraigada en él que seguiría haciéndolo aunque lo soltaran. La de ser desgraciado es una mala costumbre.

—Pero voy a someterte a una disciplina de placer que te hará perder esa mala costumbre —dijo Lucy, prendiéndose distraídamente la mariposa negra en el cuello del vestido mientras sus ojos miraban los de Maggie con afecto.

—¡Eres un encanto! —exclamó Maggie, en uno de sus estallidos de admiración cariñosa—. Tengo la sensación de que disfrutas tanto con la felicidad de los demás que podrías prescindir de la tuya propia. Me gustaría ser como tú.

—Nunca he tenido que pasar por pruebas muy duras —contestó Lucy—. Siempre he sido muy feliz. No sé si podría soportar muchas penas, porque no he conocido otra que la muerte de mi pobre madre. En cambio, tú sí; y estoy segura de que sientes por los demás lo mismo que yo.

—No, Lucy —dijo Maggie, negando lentamente con la cabeza—. No disfruto como tú de la felicidad ajena; sentiría más satisfacciones si así fuera. Lamento que los demás pasen apuros y creo que no sería capaz de hacer desgraciada a otra persona, y, sin embargo, con frecuencia me odio porque me enfurece contemplar la felicidad de los demás. Creo que empeoro a medida que crezco, me hago más egoísta. Eso me parece horrible.

—¡Vamos, Maggie! —la reprendió Lucy—. No me creo nada de lo que me cuentas. Sólo son fantasías pesimistas porque esa vida triste y tediosa te ha deprimido.

—Bien, quizá sea eso —dijo Maggie, apartando las nubes de su rostro con una radiante sonrisa al tiempo que se recostaba en el sillón—. Tal vez se deba a la dieta del colegio: budín de arroz aguado sazonado con Pinnock. Esperemos que desaparezca ante las cremas que prepara mi madre y este encantador *Geoffrey Crayon*^[30].

Maggie cogió el *Libro de apuntes* que se encontraba sobre la mesa, a su lado.

—¿Qué tal me queda este brochecito? —preguntó Lucy, encaminándose hacia el espejo de la chimenea para comprobar el efecto.

—Muy mal, el señor Guest tendrá que salir de la sala en cuanto te vea con él. Date prisa y ponte otro.

Lucy salió de la habitación a toda prisa, pero Maggie no aprovechó la oportunidad para abrir el libro: lo dejó caer sobre el regazo y dejó vagar los ojos hacia la ventana, por los macizos de flores primaverales y el largo seto de laureles bañados por el sol; más allá, se extendía el plateado Floss, el viejo y querido río que a aquella distancia parecía dormitar en una mañana festiva. El aroma dulce y fresco del jardín entraba por la ventana abierta y los pájaros se entretenían en revolotear, posarse, gorjear y cantar. Sin embargo, los ojos de Maggie se llenaron de lágrimas. La visión de los viejos lugares le hacía evocar recuerdos tan dolorosos que incluso la víspera apenas había conseguido otra cosa que alegrarse de que su madre volviera a vivir con comodidades y de la fraternal amabilidad de Tom, de la misma manera que nos alegramos de que a algún amigo lejano le vayan bien las cosas, pero no compartimos su felicidad. La memoria y la imaginación le imponían una sensación de privación demasiado intensa para degustar lo que le ofrecía el efímero presente. Intuía que el futuro sería peor que el pasado, porque tras varios años de renuncia voluntaria, había vuelto a sentir anhelos y deseos: los días desdichados de ocupaciones desagradables le resultaban cada vez más duros, y las imágenes de la

vida variada e intensa que ansiaba resultaban cada vez más persistentes. El ruido de la puerta la despertó de sus ensoñaciones y, secándose rápidamente las lágrimas, empezó a pasar las hojas del libro.

—Maggie: sé de un placer al que no puedes resistirte ni cuando estás más triste —dijo Lucy, lanzándose a hablar en cuanto entró en la sala—: la música. Y tengo intención de que disfrutes de ella en abundancia. Quiero que vuelvas a prepararte para tocar el piano, cosa que hacías mucho mejor que yo cuando estábamos en Laceham.

—Te habrías reído si me hubieras visto tocar canciones infantiles una y otra vez para las niñas pequeñas cuando les daba clase por el mero placer de tocar de nuevo las teclas —dijo Maggie—. Pero no sé si ahora seré capaz de tocar algo más difícil que una canción popular como *Begone, dull care*.

—Recuerdo lo muchísimo que disfrutabas cuando venían los del coro a cantar —dijo Lucy, tomando su bordado—. Podríamos deleitarnos con esas canciones que tanto te gustaban, siempre que no pienses lo mismo que Tom sobre ciertas cosas.

—Creía que estabas segura de ello —contestó Maggie con una sonrisa.

—Debería haber dicho: sobre un asunto en concreto. Porque si piensas lo mismo que él, perderemos la tercera voz. En Saint Ogg's hay poquísimos caballeros que canten: en realidad, sólo Stephen y Philip Wakem tienen suficientes conocimientos de música para leer una partitura.

Tras decir esta última frase, Lucy alzó la vista de la labor y observó un cambio en el rostro de Maggie.

—¿Te duele oír ese apellido, Maggie? Si es así, no volveré a hablar de él. Ya sé que Tom no quiere ni verlo, si puede evitarlo.

—No pienso lo mismo que Tom sobre esta cuestión —dijo Maggie, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia la ventana, como si quisiera contemplar mejor el paisaje—. Siempre he apreciado a Philip Wakem, desde que lo conocí en Lorton cuando era pequeña. Fue muy bueno cuando Tom se hirió en el pie.

—¡Oh, cuánto me alegro! —exclamó Lucy—. Entonces, no te importará que venga algunas veces; con él podremos ampliar nuestro repertorio musical. Aprecio mucho al pobre Philip, aunque me gustaría que no diera a su enfermedad una importancia que me parece enfermiza. Supongo que por su culpa es un hombre tan triste y, algunas veces, incluso amargo. Sin duda, da pena ver ese pobre cuerpo jorobado y esa cara tan pálida entre personas grandes y fuertes.

—Pero Lucy... dijo Maggie, intentando detener aquel parloteo.

—Ah, llaman a la puerta, debe de ser Stephen —añadió Lucy sin advertir el débil esfuerzo de Maggie por hablar—. Una de las cosas que más admiro de Stephen es que Philip encuentra en él al mejor amigo.

Era ya demasiado tarde para que Maggie pudiera intervenir: se abrió la puerta del

salón y *Minny* gruñó un poco mientras entraba un caballero alto que se dirigió hacia Lucy y le tomó la mano con una mirada a medias cortés y a medias de tierna interrogación que parecía indicar que no había advertido la presencia de nadie más.

—Permita que le presente a mi prima, la señorita Tulliver —dijo Lucy, volviéndose con traviesa diversión hacia Maggie, que se acercaba ahora de la alejada ventana—: el señor Stephen Guest.

Durante unos instantes, Stephen no pudo ocultar su asombro al ver aquella alta ninfa de ojos negros y corona de cabello azabache. Maggie sintió que, por primera vez en su vida, recibía el homenaje de un profundo rubor y una marcada reverencia por parte de una persona ante la que ella también se sentía tímida. Esta nueva experiencia le pareció muy agradable, tanto que casi borró la emoción anterior provocada por Philip. Cuando se sentó, los ojos le brillaban y tenía las mejillas sonrojadas de modo muy atractivo.

—Espero que advierta la sorprendente semejanza con el original que guarda el retrato que hizo ayer —se burló Lucy con una carcajada de triunfo, encantada ante la confusión de su enamorado: normalmente, era él quien se encontraba en situación de ventaja.

—Esta intrigante prima suya me ha engañado por completo, señorita Tulliver —explicó Stephen, sentándose junto a Lucy y dejando de jugar con *Minny* mientras lanzaba a Maggie una mirada furtiva—. Me dijo que tenía usted el cabello claro y los ojos azules.

—¡Qué va! Fue usted quien lo dijo —protestó Lucy—: yo sólo me abstuve de destruir su confianza en su clarividencia.

—Desearía equivocarme siempre así —declaró Stephen— y encontrarme con que la realidad es mucho mejor que mis ideas preconcebidas.

—En cambio, ahora se ha mostrado a la altura de las circunstancias y ha dicho la frase oportuna —intervino Maggie, lanzándole una mirada de desafío: resultaba evidente que había hecho de ella un retrato satírico. Lucy le había contado que era aficionado a ello y Maggie añadió mentalmente: «Y bastante engreíd».

«Una mujer endiablada», fue lo primero que pensó Stephen. Lo segundo, cuando Maggie se inclinó de nuevo sobre la labor, fue: «Ojalá me mire otra vez». El tercer pensamiento fue para contestar:

—Las frases de mera cortesía son sinceras en algunas ocasiones. Cuando un hombre dice «gracia», algunas veces está agradecido. Aunque no es justo que deba emplear la misma palabra que utiliza todo el mundo para rechazar una invitación desagradable, ¿no le parece, señorita Tulliver?

—No —contestó Maggie, lanzándole una de sus miradas directas—. En las grandes ocasiones, las palabras sencillas tienen mayor fuerza, porque se advierte de inmediato que tienen un sentido especial, como los viejos estandartes o los ropajes

cotidianos colgados en lugares sagrados.

—Entonces, mi cumplido debía de ser elocuente —dijo Stephen, sin saber muy bien qué decía mientras Maggie lo miraba—, puesto que mis palabras quedaban tan lejos de estar a la altura de la ocasión.

—Ningún cumplido es elocuente, excepto como expresión de indiferencia —repuso Maggie, sonrojándose un poco.

Lucy empezó a alarmarse ante la idea de que Stephen y Maggie no fueran a congeniar. Siempre había temido que Maggie pareciera demasiado inteligente y original para agradar a aquel caballero tan crítico.

—Pero, querida Maggie —intervino Lucy—, siempre has dicho que te gusta en exceso la admiración de los demás, y ahora me parece que te enfadas porque alguien te muestra admiración.

—En absoluto —contestó Maggie—; me gusta muchísimo advertir la admiración ajena, pero las fórmulas de cumplido no me hacen sentir nada.

—Entonces, no volveré a dirigirle ninguno, señorita Tulliver —dijo Stephen.

—Gracias, eso será una muestra de respeto.

¡Pobre Maggie! Estaba tan poco habituada a la vida social que era incapaz de pasar por alto las meras fórmulas; como, además, no estaba acostumbrada a la charla superficial, el exceso de pasión que ponía en los incidentes más triviales resultaba absurdo para las damas más expertas. Sin embargo, en este momento era consciente del lado ridículo de la conversación. Era cierto que sentía un rechazo teórico hacia las fórmulas de cumplido y, en una ocasión, había dicho a Philip con enfado que tan tonto era decir a las mujeres con boba sonrisa que eran hermosas como a los ancianos que eran venerables: con todo, no era razonable irritarse porque un desconocido como el señor Guest utilizara una fórmula habitual o hubiera hablado de ella de modo desdeñoso antes de verla, de modo que en cuanto se calló empezó a avergonzarse. No se le ocurrió que su irritación se debía a la agradable emoción que la había precedido, de la misma manera que cuando nos sentimos cálidamente arropados una inocente gota de agua fría nos sobresalta.

Stephen estaba demasiado bien educado para no advertir el sesgo incómodo de la conversación, de modo que pasó de inmediato a hablar de asuntos impersonales y a preguntar a Lucy si sabía cuándo iba a tener lugar por fin la venta de beneficencia, con la esperanza de ver cómo dirigía los ojos hacia objetos más agradecidos que las flores de estambre que crecían bajo sus dedos.

—Creo que algún día del mes que viene —contestó Lucy—, pero sus hermanas trabajan mucho más que yo: tendrán el puesto más grande.

—Ah, sí, pero realizan sus manufacturas en su salón, donde yo no las importuno. Observo que usted no es adicta al vicio de moda del bordado, señorita Tulliver —dijo Stephen, viendo que Maggie cosía un sencillo dobladillo.

—No —contestó Maggie—, no soy capaz de hacer nada más difícil o elegante que una camisa.

—Y tus puntadas son tan bonitas, Maggie —señaló Lucy—, que creo que te rogaré que me des unas cuantas piezas para mostrarlas como bordado. Tu exquisito modo de coser es un misterio para mí: en otros tiempos te disgustaba este tipo de trabajo.

—El misterio tiene explicación —dijo Maggie, alzando la vista con serenidad—. Puesto que era la única manera de conseguir dinero, tuve que esforzarme en aprender a coser bien.

La buena y simple de Lucy no pudo evitar sonrojarse un poco: no le gustaba que Stephen lo supiera y Maggie no debía haberlo mencionado. Quizá aquella confesión fuera un gesto de orgullo: el orgullo de una pobreza que no quiere avergonzarse de sí misma. Sin embargo, aunque Maggie hubiera sido la reina de las coquetas, difícilmente podría haber inventado mejor modo de hacer más interesante su belleza a los ojos de Stephen: tal vez el reconocimiento de que cosía prendas de ropa y era pobre no hubieran bastado, pero ese hecho, sumado a su belleza, hacía de Maggie una mujer todavía más singular.

—Pero si es de alguna utilidad para vuestra venta benéfica, puedo hacer punto de media —prosiguió Maggie.

—Oh, sí, es muy útil. Mañana te daré lana escarlata. Por cierto —dijo Lucy, volviéndose hacia Stephen—, su hermana tiene un talento envidiable para modelar: está haciendo un busto asombroso del doctor Kenn, totalmente de memoria.

—Caramba, si se acuerda de ponerle los ojos muy juntos y las comisuras de los labios muy separadas, seguro que en Saint Ogg's todos le encuentran un parecido sorprendente.

—Es usted muy malo —protestó Lucy con aspecto ofendido—. Nunca habría pensado que pudiera usted hablar del doctor Kenn con tan poco respeto.

—¿He dicho algo irrespetuoso? ¡Dios no lo quiera! Pero no estoy obligado a respetar un busto suyo injurioso. Creo que Kenn es uno de los mejores hombres de este mundo. Me da igual que haya puesto esos altos candelabros sobre la mesa de la comunión, y no quisiera estropear mi buen humor levantándome temprano para rezar. Pero es el único hombre que he conocido que parece poseer algún rasgo de un verdadero apóstol: un hombre que gana ochocientos al año y se contenta con muebles de pino y vaca hervida porque regala dos tercios de sus ingresos. Fue un gesto hermoso por su parte acoger en su casa al pobre chico aquel, Grattan, que mató a su madre de un disparo accidental. Le dedica más tiempo del que tendrían hombres menos ocupados para evitar que enloquezca y, por lo que veo, lleva al muchacho a todas partes.

—Eso está muy bien —dijo Maggie, que había dejado caer la labor y escuchaba

con vivo interés—. Nunca conocí a nadie que hiciera cosas como ésas.

—Y este tipo de acciones son tanto más admirables cuanto que sus modales, en general, son fríos y severos —añadió Stephen—. No hay en él nada meloso o sensiblero.

—¡Oh, a mí me parece una persona estupenda! —exclamó Lucy con entusiasmo.

—No, en eso no puedo estar de acuerdo con usted —dijo Stephen con sarcástica gravedad.

—Entonces, ¿qué defecto le encuentra?

—Que es anglicano.

—Bueno, pues a mí me parece que ésa es la opción adecuada —dijo Lucy muy seria.

—En teoría, así es —explicó Stephen—, pero no desde un punto de vista parlamentario. Ha sembrado la discordia entre los disidentes y los seguidores de la Iglesia de Inglaterra, y a un futuro diputado como yo, cuyos servicios tanto necesita el país, le resultará molesto que se presente candidato al honor de representar a Saint Ogg's en el Parlamento.

—¿De veras piensa usted presentarse? —preguntó Lucy con los ojos brillantes de un orgulloso placer que hizo que se desinteresara por el anglicanismo.

—Sin duda, cuando el espíritu de servicio público del viejo señor Leyburn y su gota lo empujen a ceder el paso a los demás. Mi padre pone en ello todas sus ilusiones. Y deben ustedes saber que dones como los míos suponen una gran responsabilidad —Stephen se levantó y, bromeando, se pasó las grandes manos blancas por el cabello con un gesto vanidoso—. ¿No lo cree usted así, señorita Tulliver?

—Sí —contestó Maggie sonriendo, sin levantar la vista—: tanta fluidez de palabra y serenidad no deben desperdiciarse en privado.

—Ah, advierto que es usted una mujer muy perspicaz —dijo Stephen—. Ha descubierto ya que soy charlatán y descarado. Las personas superficiales nunca lo advierten; tal vez debido a mis modales, imagino.

«No me mira cuando hablo de mí mismo —pensó mientras sus oyentes se reían—. Debo intentar otros tema».

De modo que preguntó si Lucy tenía intención de asistir la semana siguiente a la reunión del Club del libro. A continuación le recomendó que escogiera la *Vida de Cowper*, de Southey, a menos que se sintiera inclinada a la filosofía y quisieran sobresaltar a las damas de Saint Ogg's votando por uno de los tratados de Bridgewater. Naturalmente, Lucy quiso saber en qué consistían esos libros alarmantemente eruditos y, puesto que siempre resulta agradable elevar el nivel de conocimientos de las damas hablándoles familiarmente de temas que ignoran por completo, Stephen se mostró brillante gracias al tratado de Buckland que acababa de

leer. Como recompensa, Maggie dejó caer la labor y fue quedándose tan absorta en aquella maravillosa historia geológica que permaneció sentada mirándolo, inclinada hacia delante con los brazos cruzados y olvidada de sí misma, como si él fuera el más aficionado al rapé de los viejos profesores y ella un alumno que ya luciera bozo. Stephen estaba tan fascinado por aquella mirada amplia y clara que terminó por olvidarse de mirar de vez en cuando a Lucy: pero la dulce muchacha sólo se alegraba de que Stephen demostrara ante Maggie lo listísimo que era y de que terminaran siendo buenos amigos.

—Si así lo desea, puedo traerle el libro, señorita Tulliver —dijo Stephen cuando menguó el caudal de sus recuerdos—. Contiene muchas ilustraciones que tal vez le gustaría ver.

—Muchas gracias —contestó Maggie. Esta pregunta directa hizo que se sonrojara, volviera en sí y retomara la labor.

—No, no —intervino Lucy—. Debo prohibirle que zambulla a Maggie en los libros otra vez: no conseguiría sacarla de allí. Y quiero que pase unos días deliciosos de descanso, llenos de charlas y paseos en bote, a caballo y en carruaje.

—¡A propósito! —exclamó Stephen, mirando el reloj—. ¿Vamos al río a remar un rato? La marea nos permitirá ir hacia Tofton y podemos volver andando.

A Maggie le encantó la propuesta, porque hacía años que no iba al río. Cuando ésta se marchó para ponerse la capota, Lucy se entretuvo para dar una orden a la criada y aprovechó la oportunidad para decir a Stephen que Maggie no se oponía, a ver a Philip, de modo que era una pena que hubiera enviado esa nota la antevíspera; así que escribiría otra al día siguiente invitándolo.

—Puedo pasar mañana por su casa, convencerlo y traerlo conmigo por la tarde —sugirió Stephen—. Mis hermanas querrán venir de visita en cuanto les diga que su prima está aquí. Debo dejarles el campo libre por la mañana.

—Oh, sí, por favor, tráigalo —rogó Lucy—. ¿Verdad que va usted a apreciar a Maggie? —añadió en tono implorante—. ¿No es cierto que es una persona encantadora y de noble aspecto?

—Demasiado alta —dijo Stephen, agachando la cabeza para dirigirle una sonrisa—. Y demasiado vehemente: ya sabe usted que no es el tipo de mujer que me gusta.

Bien sabes, lector, que los caballeros tienden a hacer imprudentes confidencias negativas a las damas sobre otras mujeres más hermosas que ellas. Así es como muchas mujeres disfrutan con el conocimiento de que las damas hermosas disgustan en secreto a los hombres que se han sacrificado cortejándolas apasionadamente. Pocas cosas podrían definir mejor a Lucy que el hecho de que creyera a pies juntillas lo que había dicho Stephen y tomara la firme decisión de que Maggie no se enterara. Pero tú, lector, que te guías por una lógica superior a la verbal, habrás deducido de la desfavorable opinión de Stephen que cuando éste se encaminó hacia el cobertizo del

embarcadero iba calculando, con ayuda de una fértil imaginación, que, como consecuencia de aquel agradable plan, Maggie debería darle la mano por lo menos en dos ocasiones, y que un caballero que desea que lo observen las damas está muy bien situado cuando rema para ellas en un bote. ¿Y qué quería decir aquello? ¿Se había enamorado súbitamente de la sorprendente hija de la señora Tulliver? Claro que no: en la vida real no existen estas pasiones. Además, estaba ya enamorado y casi comprometido con la más adorable muchacha del mundo, y no era hombre dado a hacer el ridículo. Sin embargo, cuando se tienen veinticinco años, la gota no debilita todavía el sentido del tacto y el contacto con una muchacha hermosa no deja indiferente. Era algo perfectamente natural e inofensivo admirar la belleza y disfrutar de su contemplación, por lo menos en circunstancias como aquéllas. Y aquella muchacha, con su pobreza y sus problemas, resultaba muy interesante: era agradable contemplar la amistad entre las dos primas. Stephen reconocía que, por lo general, no le gustaban las mujeres de carácter acusado, pero en aquel caso la peculiaridad parecía ser de naturaleza superior: y siempre que uno no esté obligado a casarse con mujeres como ésas, lo cierto es que dan amenidad a las relaciones sociales.

Durante el primer cuarto de hora, Maggie no satisfizo las esperanzas de Stephen y no lo miró: los ojos se le llenaban con la imagen de las antiguas riberas que tan bien conocía. Se sentía sola, alejada de Philip, la única persona que la había querido con devoción, tal como siempre había deseado que la amaran. Pero al cabo de un rato atrajo su atención el rítmico movimiento de los remos y pensó que le gustaría aprender a remar. Eso la despertó de sus sueños y preguntó si podría tomar un remo. Le pareció que aquello requería grandes enseñanzas y se sintió ambiciosa; el ejercicio le coloreó las mejillas y la empujó a aplicarse con alegría a la lección.

—No me daré por satisfecha hasta que sepa manejar ambos remos y pueda llevarlos de paseo a los dos —dijo con aire radiante cuando bajó del bote. Bien sabemos que Maggie tenía tendencia a distraerse y escogió un momento inoportuno para la observación: le resbaló el pie, pero afortunadamente Stephen Guest le tomó la mano con fuerza y la sostuvo.

—¿Se ha hecho usted daño? —preguntó Stephen, inclinándose para mirarla con inquietud. Resultaba muy agradable que alguien más alto y más fuerte se ocupara de ella con tanta amabilidad. Maggie nunca había sentido una sensación parecida.

Cuando regresaron a la casa, encontraron al tío y a la tía Pullet sentados con la señora Tulliver en el salón, y Stephen se marchó apresuradamente tras pedir autorización para regresar por la tarde.

—Le ruego que traiga de nuevo el libro de las partituras de Purcell que se llevó —dijo Lucy—. Quiero que Maggie de oiga cantar las mejores canciones.

La tía Pullet, convencida de que Maggie recibiría invitaciones para acompañar a Lucy, probablemente a Park House, se escandalizó ante la pobreza de su vestimenta,

ya que cuando la contemplara da alta sociedad de Saint Ogg's supondría un desprestigio para toda la familia. Aquello exigía una solución rápida y contundente; y tanto Lucy como la señora Tulliver se lanzaron a debatir sobre lo que sería más adecuado para tal fin entre los excedentes del guardarropa de la señora Pullet. Maggie debía contar con un traje de noche lo antes posible y su estatura era similar a la de la tía Pullet.

—Pero es mucho más ancha de hombros que yo, no le quedará bien —dijo la señora Pullet—. En otro caso, podría haber llevado ese hermoso traje de brocado negro sin retocarlo. Y mirad qué brazos —añadió la tía Pullet entristecida mientras alzaba el largo y bien torneado brazo de Maggie—. Imposible que le quepan mis mangas.

—Eso no importa, tía. Dénos el vestido, por favor —dijo Lucy—. Maggie no tiene por qué llevar manga larga y tengo mucho encaje negro para ribetearlas. Lucirá unos brazos preciosos.

—Es que los brazos de Maggie son muy bonitos —intervino la señora Tulliver—. Así eran los míos; aunque no tan morenos. Me gustaría que tuviera una piel como la de nuestra familia.

—¡No diga bobadas, tía! —dijo Lucy, dando palmaditas a su tía en el hombro—. Usted no entiende de estas cosas. Cualquier pintor de diría que la tez de Maggie es hermosa.

—Tal vez, querida —contestó da señora Tulliver con sumisión—. Tú sabes más que yo, pero cuando yo era joven la piel oscura no gustaba entre las personas respetables.

—No —contestó el tío Pullet, que se interesaba profundamente en la conversación de las damas mientras chupaba caramelos—. Aunque había una canción sobre una muchacha oscura titulada *Nutbrown Maid*. Decía algo de la loca Kate, pero no lo recuerdo bien.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Maggie con una carcajada impaciente. Si siguen hablando tanto de mi piel morena acabará por desaparecer.

Capítulo III

Confidencias

Aquella noche, cuando Maggie subió a su dormitorio no pareció tener deseos de desvestirse. Depositó la vela en la primera mesilla que encontró y empezó a recorrer la gran habitación de un lado a otro con paso firme, regular y rápido, muestra de que el ejercicio era una vía de escape instintiva para una gran agitación. Los ojos y las mejillas le brillaban de modo casi febril; tenía la cabeza hacia atrás, las manos entrelazadas con las palmas hacia delante y los brazos extendidos y tensos, gestos que suelen acompañar a los momentos de gran concentración.

¿Acaso había sucedido algo importante?

Nada que el lector pudiera considerar relevante. Había estado escuchando música hermosa cantada por una bonita voz de bajo, si bien con un estilo de aficionado de provincias que habría dejado mucho que desear al oído crítico del lector. Y era consciente de que la habían observado de modo furtivo y frecuente desde debajo de un par de cejas negras y definidas, con una mirada que parecía advertir la influencia de la voz. Tales cosas no habrían causado efecto perceptible en una dama bien educada y muy equilibrada que hubiera disfrutado siempre de los privilegios de la fortuna, la formación y el refinado trato social. Pero si Maggie hubiera sido esa joven dama, probablemente poco habría sabido de ella el lector; su vida habría tenido tan pocas vicisitudes que difícilmente podría haberse escrito sobre ella; porque las mujeres más felices, como las más felices naciones, carecen de historia^[31].

En la naturaleza hambrienta y tensa de Maggie, que acababa de salir de un colegio de tercera clase, con todos sus sonidos discordantes y tareas mezquinas, estas causas aparentemente triviales habían tenido el efecto de enardecer y exaltar su imaginación de modo misterioso incluso para sí misma. No es que pensara mucho en Stephen Guest o se recreara en los indicios de que la miraba con admiración, sino que presentía la remota presencia de un mundo de amor, belleza y placer, construido con imágenes vagas y entremezcladas, procedentes de toda la poesía y la novela amorosa que había leído o había tejido en sus ensoñaciones. En una o dos ocasiones, evocó fugazmente la época en que se recreaba en las privaciones, cuando creía que había dominado los deseos e impaciencias, pero aquel tiempo parecía irremediablemente pasado y ni siquiera deseaba recordarlo. Ninguna oración ni ningún esfuerzo le devolvería ahora aquella paz negativa; al parecer, la batalla de su vida no se decidiría de aquel modo tan breve y sencillo: con la absoluta renuncia en el mismo umbral de la juventud. La música seguía vibrando en ella —la música de Purcell, con su poderosa pasión y fantasía— y no podía demorarse en el recuerdo de aquel tiempo

pasado desnudo y solitario. Se encontraba de nuevo entre las nubes cuando se oyó un suave golpe en la puerta: naturalmente, era su prima, que entró vestida con una amplia bata.

—Vamos, Maggie, niña mala, ¿todavía no has empezado a desvestirte? —preguntó Lucy, asombrada—. Me prometí no venir a hablar contigo porque pensaba que estarías cansada. Pero aquí estás, como si fueras a vestirme para ir a un baile. Vamos, vamos, cámbiate y destrénzate el cabello.

—Bueno, tú tampoco has hecho mucho —repuso Maggie, cogiendo rápidamente la bata rosa y mirando el cabello castaño claro de Lucy, echado hacia atrás con los rizos en desorden.

—Oh, no tengo mucho que hacer. Me sentaré y hablaré contigo hasta que vea que vas a meterte en la cama.

Mientras Maggie estaba de pie y deshacía las largas trenzas sobre la tela rosa, Lucy permaneció sentada cerca del aguamanil, mirándola con ojos afectuosos y la cabeza un poco ladeada, como un lindo spaniel. Si te parece increíble, lector, que dos jóvenes damas se sientan inclinadas a las confidencias en una situación como ésta, te ruego que recuerdes que la vida humana proporciona muchos casos excepcionales.

—Has disfrutado mucho con la música, ¿verdad, Maggie?

—Sí, eso es lo que me ha quitado el sueño. Creo que si siempre pudiera escuchar música no tendría otro deseo en este mundo. Tengo la sensación de que me llena el cuerpo de fuerza y la cabeza de ideas. La vida parece pasar sin esfuerzo cuando estoy llena de música. En otras ocasiones, uno es consciente de acarrear una carga.

—Y Stephen tiene una voz espléndida, ¿verdad?

—Bueno, quizá no seamos jueces adecuados —dijo Maggie riendo mientras se sentaba y se echaba el pelo hacia atrás—. Tú no eres imparcial y a mí cualquier organillo me parece espléndido.

—Cuéntame lo que piensas de él: dímelo todo, lo bueno y lo malo.

—Oh, creo que deberías bajarle un poco los humos. Un enamorado no debería mostrarse tan tranquilo y seguro. Debería estar un poco más tembloroso.

—¡Tonterías, Maggie! ¡Como si yo fuera capaz de hacer temblar a nadie! Te parece un poco engreído, ya me doy cuenta. Pero no te disgusta, ¿verdad?

—¡Disgustarme! ¡Claro que no! ¿Acaso tengo tanta costumbre de ver gente encantadora que resulto difícil de contentar? Además, ¡cómo iba a disgustarme nadie que hubiera prometido hacerte feliz, querida prima! —exclamó Maggie, pellizcando suavemente la barbilla con hoyuelo de Lucy.

—Mañana por la tarde tendremos más música —dijo Lucy, feliz—, ya que Stephen traerá consigo a Philip Wakem.

—Oh, Lucy, no puedo verlo —contestó Maggie, palideciendo—. Por lo menos, no puedo verlo sin permiso de Tom.

—¿Tan tiránico es Tom? —preguntó Lucy, sorprendida—. Me hago responsable: le diré que ha sido culpa mía.

—Pero, querida Lucy —contestó Maggie, vacilando—. Se lo prometí a Tom solemnemente, antes de que muriera mi padre. Le prometí que no hablaría con Philip sin su conocimiento y consentimiento. Y me da mucho miedo volver a mencionar el tema ante él y que volvamos a pelearnos.

—En mi vida he oído hablar de nada tan raro y poco razonable. ¿Qué daño puede haber causado el pobre Philip? ¿Puedo hablar con Tom de esto?

—Oh, no, por favor, Lucy —le rogó Maggie—. Mañana mismo iré a verlo y le diré que tú quieres que Philip venga. Ya había pensado en pedirle que me liberara de mi promesa, pero nunca tuve valor suficiente para decidirme a hacerlo.

—Maggie —dijo Lucy tras un silencio—: tienes secretos para mí y yo, en cambio, no te oculto nada.

Maggie apartó la vista de Lucy con aire pensativo. Finalmente se volvió hacia ella.

—Me gustaría contarte lo de Philip, pero no puedes decírselo a nadie y mucho menos a él o al señor Guest.

La narración duró mucho rato, ya que Maggie nunca había conocido el alivio de semejante desahogo. Nunca había contado a Lucy nada de su vida más íntima, y el dulce rostro inclinado hacia ella con interés y comprensión, y la manita que estrechaba la suya la animaba a seguir hablando. Sin embargo, no dio muchos detalles sobre dos aspectos: no reveló por completo lo que todavía le dolía como la mayor ofensa de Tom —los insultos que había vertido sobre Philip: como aquel recuerdo todavía la enfadaba, no podía soportar compartirlo con nadie, tanto por Tom como por Philip— y tampoco fue capaz de contar a Lucy la última escena entre su padre y Wakem, aunque sentía que era una nueva barrera entre ella y Philip. Se limitó a explicar a Lucy que ahora se daba cuenta de que Tom tenía todo el derecho a considerar que el amor y el matrimonio entre ella y Philip eran imposibles debido a la relación de las dos familias. Sin duda, el padre de Philip nunca lo aprobaría.

—Bien, Lucy. Ahora conoces mi historia —dijo Maggie, sonriendo con lágrimas en los ojos. Ya ves que soy como sir Andrew Ague-cheek: en una ocasión me adoraron^[32].

—Ah, ahora entiendo que conozcas a Shakespeare y tantas otras cosas, y que hayas aprendido tanto desde que dejaste el colegio: me parecía cosa de brujería, parte de tu misterio —dijo Lucy. Tras meditar un instante con los ojos bajos, añadió, mirándola—. Es muy hermoso que ames a Philip, nunca pensé que pudiera llegarle semejante felicidad. Y creo que no deberías renunciar a él: ahora hay obstáculos, pero con el tiempo pueden eliminarse.

Maggie negó con la cabeza.

—Sí, sí —insistió Lucy—. No puedo remediar ser optimista. Es una historia romántica, poco común, como debería ser todo lo que te sucediera. Y Philip te adorará como un marido de cuento de hadas. Intentaré darle vueltas en mi cabecita para inventar algún plan que haga entrar en razón a todo el mundo, de modo que puedas casarte con Philip cuando yo me case... con otra persona. ¿No sería un bonito final para todas las penas de mi pobrecita Maggie?

Maggie intentó sonreír, pero se estremeció como con un escalofrío repentino.

—Querida Maggie, tienes frío —dijo Lucy—. Debes meterte en la cama y yo también. No me atrevo ni a pensar en la hora que será.

Se despidieron con un beso y Lucy se marchó con una seguridad que tendría gran influencia sobre sus impresiones posteriores. Maggie había sido totalmente sincera: a su carácter le resultaba difícil ser de otro modo. Pero, incluso cuando son sinceras, muchas confidencias no hacen más que cegar.

Capítulo IV

Hermano y hermana

Para encontrar a Tom en casa, Maggie se vio obligada a ir a su alojamiento durante el día, a la hora de comer. No se hospedaba con desconocidos. Con el consentimiento tácito de *Mumps*, nuestro amigo Bob Jakin no sólo había tomado esposa ocho meses atrás sino también una de esas viejas y raras casas atravesadas por sorprendentes pasillos, situada junto al agua, donde, como él mismo señalaba, su esposa y su madre podían entretenerse alquilando un par de botes de recreo en los que había invertido parte de sus ahorros y también alojando a un huésped para el salón y el dormitorio que quedaban libres. En estas circunstancias, ¿qué podría ser más adecuado para el interés de ambas partes, consideraciones higiénicas aparte, que el inquilino fuera el señor Tom?

La esposa de Bob abrió la puerta a Maggie. Era una mujer diminuta con aspecto de muñeca de madera articulada, que, en comparación con la madre de Bob, que ocupaba tras ella todo el pasillo, parecía una de esas figuras humanas que colocan los artistas junto a una estatua colosal para mostrar las proporciones. En cuanto abrió la puerta, la menuda mujer saludó a Maggie con una reverencia y alzó la vista hacia ella con respeto, pero las palabras «¿Está mi hermano en casa?» que pronunció Maggie con una sonrisa hicieron que diera media vuelta con repentina excitación.

—¡Madre, madre! ¡Avisé a Bob! ¡Es la señorita Maggie! Pase, señorita, pase — dijo, abriendo una puerta lateral y esforzándose en aplastarse contra la pared para dejar más espacio a la visita.

Tristes recuerdos acudieron en tropel cuando Maggie entró en el pequeño salón que era ahora lo único que el pobre Tom podía considerar su casa, nombre que en otro tiempo, tantos años atrás, significaba para ambos la misma suma de objetos queridos y familiares. Pero no todo era extraño en aquella nueva sala: el primer lugar donde se posaron sus ojos fue la grande y antigua Biblia, si bien ésta no ayudó a dispersar los viejos recuerdos. Maggie permaneció de pie sin decir nada.

—Si *m'hace* el favor de sentarse, señorita —dijo la señora Jakin tras pasar el delantal por una silla perfectamente limpia y llevarse a la cara una esquina de la prenda con aire cohibido mientras miraba a Maggie con aire de interrogación.

—Entonces, ¿Bob está en casa? —preguntó Maggie, recobrando la calma y sonriendo a la tímida muñeca de madera.

—Sí, señorita; pero creo que está lavándose y vistiéndose: iré a mirar —anunció la señora Jakin, desapareciendo.

Pero no tardó en regresar con más valor, caminando detrás de su marido, el cual

mostró los brillantes ojos azules y los dientes blancos y regulares desde la puerta, inclinándose respetuosamente.

—¿Cómo estás, Bob? —preguntó Maggie, avanzando y tendiéndole la mano—. Siempre he tenido ganas de visitar a tu esposa y, si ella me lo permite, regresaré otro día para verla a ella. Pero hoy he tenido que venir para hablar con mi hermano.

—No tardará en volver, señorita. Le van bien las cosas al señor Tom. Será uno de los primeros de por aquí, ya lo verá.

—Bueno, Bob, no me cabe duda de que, llegue a donde llegue, estará en deuda contigo: lo dijo él mismo la otra noche, hablando de ti.

—Bueno, ésa es su manera de verlo, pero yo me tomo muy en serio lo que dice, porque a él no se le suelta la lengua como a mí. Pardiez, soy peor que una botella inclinada: cuando empiezo no sé parar. Tiene usted muy buen aspecto, señorita, *m'alegro* mucho de verla. ¿Qué dices, Prissy? —dijo Bob, volviéndose hacia su esposa—. ¿No era como yo decía? Aunque, cuando me lanzo, es fácil que hable bien de muchas cosas.

La pequeña nariz de la mujer de Bob parecía seguir el ejemplo de sus ojos y se alzaba, reverente, hacia Maggie, pero ahora ya se sentía capaz de sonreír y hacer reverencias.

—*M'apetecía* muchísimo conocerla, señorita, porque mi marido no ha *parao* d'hablar de *usté* como un loco, desde que empezó a cortejarme.

—Bueno, bueno —dijo Bob sintiéndose ridículo—. Ve a mirar cómo van las patatas, que si no el señor Tom tendrá que esperar.

—Espero que *Mumps* se lleve bien con la señora Jakin, Bob —dijo Maggie con una sonrisa—. Recuerdo que dijiste que no le gustaría que te casaras.

—Señorita, le pareció bien cuando vio lo pequeña que era. Por lo general hace como que no la ve, o piensa que todavía no ha *acabao* de crecer. Pero hablando del señor Tom, señorita —dijo Bob, bajando la voz y adoptando un aire serio—, es muy *reservao* pero yo soy listo, y cuando dejo el fardo y estoy mano sobre mano, me intereso por lo que piensan los demás. Y me preocupa que el señor Tom se quede sentado y solo, enfurruñado, con el ceño fruncido y mirando el fuego toda la noche. Un muchacho joven y bien *plantaio* como él debería estar ya un poco más animado. Mi mujer entra algunas veces y él no se da cuenta, y dice que está mirando el fuego y arrugando el entrecejo, como si viera allí gente trabajando.

—Piensa mucho en los negocios —dijo Maggie.

—Sí —dijo Bob, bajando la voz—, pero ¿no le parece que piensa en algo más? El señor Tom es muy *cerraio*, pero yo soy listo. Y las pasadas Navidades se me ocurrió que quizá estaba enamorado. Se esforzó mucho por encontrar un pequeño spaniel negro, una raza rara. Pero algo pasó entonces que lo ha hecho más *callao* que nunca, aunque ha tenido mucha suerte. Y quería decírselo, señorita, porque pensaba que a lo

mejor podría usted entenderlo, ahora que está aquí. Está demasiado solo, no tiene suficiente compañía.

—Me temo que tengo muy poco poder sobre él, Bob —dijo Maggie, muy conmovida por la sugerencia de Bob. La idea de que Tom pudiera tener penas amorosas era totalmente nueva. ¡Pobre muchacho! ¡Enamorado de Lucy, además! Pero quizá eran meras fantasías del cerebro de Bob, demasiado laborioso. Que le hubiera regalado un perro no significaba otra cosa que gratitud y cariño entre primos. Pero Bob había dicho ya: «Aquí está el señor To» y la puerta principal se abría en aquel momento.

—Tom, no tengo tiempo que perder —dijo Maggie en cuanto Bob salió de la habitación—. Debo decirte ahora mismo para qué he venido y dejarte comer en paz.

Tom permanecía de pie, de espaldas a la chimenea, y Maggie estaba sentada frente a la luz. Tom advirtió que Maggie temblaba y presintió el asunto que deseaba tratar. Esta intuición le volvió la voz más dura y fría.

—¿De qué se trata?

El tono provocó la resistencia de Maggie y ésta planteó la petición de un modo muy distinto al que había previsto. Se puso de pie y miró a Tom de frente.

—Quiero que me liberes de la promesa sobre Philip Wakem. O, mejor dicho, te prometí que no lo vería sin decírtelo: vengo a comunicarte que deseo verlo.

—Muy bien —contestó Tom con mayor frialdad todavía.

Pero Maggie apenas había acabado de hablar de aquella manera fría y desafiante cuando se había arrepentido ya y empezaba a alarmarle el temor de distanciarse de nuevo de su hermano.

—No es por mí, querido Tom. No te enfades. No te lo habría pedido, pero Philip es amigo de Lucy y ella quiere que vaya a su casa: lo ha invitado a ir esta misma tarde, y le dije que no podía verlo sin decírtelo. Sólo lo veré en presencia de otras personas y entre nosotros no volverá a haber nada secreto.

Tom apartó la vista de Maggie y frunció el ceño un poco más durante un rato. Después se volvió hacia ella.

—Ya sabes lo que pienso sobre todo esto, Maggie —dijo lenta y enfáticamente—. No es necesario que te repita lo que te dije hace un año. Mientras nuestro padre estaba vivo, me sentí obligado a utilizar sobre ti todo mi poder para impedir que lo deshonraras a él, a ti misma y a todos nosotros. Pero ahora debo dejar que decidas tú. Después de la muerte de nuestro padre dijiste que querías ser independiente. No he cambiado de opinión. Si piensas volver a tratar a Philip Wakem como enamorado, deberás olvidarme.

—No es ése mi deseo, querido Tom, por lo menos tal como están ahora las cosas. Creo que no nos traería más que disgustos. Pero no tardaré en marcharme a otro trabajo y me gustaría volver a ser su amiga mientras estoy aquí. Lucy así lo desea.

La severidad del rostro de Tom se relajó un poco.

—No me importa que lo veas de vez en cuando en casa de nuestro tío y no quiero que conviertas esta cuestión en un problema. Pero no confío en ti, Maggie. Es fácil que te arrastren a hacer cualquier cosa.

Los labios de Maggie temblaron al oír aquellas palabras crueles.

—¿Por qué dices eso, Tom? Eres muy duro conmigo. ¿Acaso no he hecho y he soportado de todo tan bien como he podido? Y he cumplido la palabra que te di... No he llevado una vida más feliz que la tuya.

Empujada por las lágrimas, adoptó una actitud infantil. Cuando Maggie no estaba enfadada era tan sensible a las palabras duras o amables como una margarita a los rayos del sol o a las nubes: la necesidad de ser querida la dominaría siempre, igual que cuando se encontraba en el carcomido desván. La bondad del hermano se manifestaba con mayor facilidad ante este estímulo, pero sólo podía mostrarla a su modo. Le puso suavemente la mano en el brazo.

—Escúchame, Maggie —dijo con un tono de amable suficiencia—. Te explicaré lo que he querido decir. Estás siempre en los extremos, careces de juicio y no sabes controlarte; y, a pesar de todo, te crees muy lista y no consientes que te guíen. Ya sabes que yo no quise que buscaras un empleo. La tía Pullet estaba dispuesta a ofrecerte un buen hogar para que vivieras de modo respetable entre tus amistades hasta que yo pudiera conseguir una casa para ti y para nuestra madre. Eso es lo que a mí me gustaría. Quería que mi hermana fuera una dama y te habría cuidado siempre, como quería mi padre, hasta que te hubieras casado bien. Pero tus ideas y las mías nunca coinciden, Y no accediste: deberías tener suficiente sentido común para saber que un hermano que se desenvuelve en este mundo y se mezcla con otros hombres necesariamente conoce mejor que su hermana lo que es adecuado y respetable para ella. Crees que no soy amable, pero mi amabilidad sólo puede encaminarse hacia lo que creo bueno para ti.

—Sí, ya lo sé, querido Tom —dijo Maggie, todavía entre sollozos, pero intentado controlar las lágrimas—. Ya sé que harías muchas cosas por mí, ya sé lo mucho que trabajas y cómo te entregas en cuerpo y alma. Te lo agradezco, pero lo cierto es que no puedes decidir en mi lugar, porque nuestros caracteres son muy distintos. No sabes hasta qué punto las cosas me afectan de modo distinto que a ti.

—Sí, sí lo sé. Lo sé demasiado bien. Sé hasta qué punto ha tenido que ser distinta de la mía la consideración que te merece lo que afecta a nuestra familia y a tu dignidad de mujer para que se te ocurriera pensar siquiera en admitir que Philip Wakem te cortejara en secreto. Aunque no me desagradara en muchos otros sentidos, debería oponerme a que el nombre de mi hermana se asociara, aunque sólo fuera un instante, al de un joven cuyo padre debe de odiar hasta nuestro pensamiento y que, sin duda, llegado el momento te desdeñaría. En el caso de cualquier otra persona,

daría por hecho que lo que presenciaste justo antes de la muerte de nuestro padre bastaría para quitarte de la cabeza la idea de tener a Philip Wakem como enamorado. Pero contigo no estoy seguro; contigo nunca estoy seguro de nada. Tan pronto te complace una especie de perversa mortificación como te falta decisión para resistirte a algo que sabes que está mal.

Las palabras de Tom contenían una verdad lacerante, esa cáscara de la verdad que es lo único que perciben las personas sin imaginación ni capacidad de comprensión. Maggie siempre se estremecía ante los juicios de Tom: se rebelaba y se sentía humillada a la vez, como si su hermano sostuviera delante de ella un espejo para mostrarle su locura y su debilidad, como si fuera una voz que predijera sus errores; y, sin embargo, al mismo tiempo, ella también lo juzgaba y decía para sí que era estrecho de miras e injusto, que no era capaz de sentir las necesidades espirituales que con frecuencia eran origen de los errores o actitudes absurdas que hacían de la vida de Maggie un misterio indescifrable.

Maggie no contestó de inmediato: tenía el corazón demasiado lleno. Se sentó y apoyó un brazo en la mesa. De nada serviría intentar convencer a Tom de que lo quería. Siempre la rechazaba. La impresión causada por las palabras de su hermano se complicaba con la referencia a la última escena entre su padre y Wakem y, finalmente, aquel recuerdo doloroso y solemne se impuso sobre los agravios inmediatos. ¡No! No pensaba en aquellas cosas con frívola indiferencia y Tom no debería acusarla de ello. Alzó la vista hacia él con una mirada grave y seria.

—Nada de lo que te diga conseguirá que tengas mejor opinión de mí. Pero no estoy tan lejos de tus sentimientos como crees. Me doy cuenta tan bien como tú que, dada nuestra posición en relación con el padre de Philip, aunque no en otros aspectos, sería poco razonable, sería un error que pensáramos en el matrimonio, y ya no considero a Philip mi enamorado... Y te digo la verdad y no tienes derecho a dudar de mí: he cumplido la palabra que te di y nunca has visto que mintiera. No sólo no debería fomentar, sino evitar con todo cuidado cualquier trato con Philip que no se basara en una amistad tranquila y distante. Puedes pensar que soy incapaz de mantener mis decisiones, pero no deberías tratarme con desprecio por errores que todavía no he cometido.

—Bien, Maggie —dijo Tom, ablandándose un poco ante su ruego—. No quiero forzar las cosas. Me parece que, teniéndolo todo en cuenta, será mejor que veas a Philip Wakem, si Lucy desea que vaya a su casa. Creo en lo que dices: o que, al menos, tú lo crees así. Yo sólo puedo advertirte. Me gustaría ser tan buen hermano como tú me permitas.

La voz de Tom tembló un poco cuando pronunció estas últimas palabras, y el afecto de Maggie regresó repentinamente, como cuando eran niños y compartían un trozo de pastel como sacramento de conciliación. Se puso en pie y colocó una mano

sobre el hombro de Tom.

—Querido Tom, ya sé que quieres ser bueno conmigo. Sé que has tenido que pasar por muchas cosas y que lo has hecho muy bien. Me gustaría ser para ti un consuelo y no una preocupación. ¿Verdad que ahora no piensas que soy mala del todo?

Tom sonrió al ver el rostro ansioso de Maggie: sus sonrisas, cuando surgían, eran muy agradables, ya que bajo el ceño aquellos ojos grises podían ser tiernos.

—No, Maggie.

—Tal vez sea mejor de lo que esperas.

—Me gustaría que así fuera.

—¿Puedo venir algún día a prepararte el té y ver otra vez a la diminuta mujer de Bob?

—Sí, pero ahora márchate a toda prisa, porque no tengo más tiempo —dijo Tom, mirando el reloj.

—¿No me das un beso?

Tom se inclinó para besarla en la mejilla.

—¡Ea! Sé buena. Hoy tengo que pensar en muchas cosas. Esta tarde tendré una larga reunión con el tío Deane.

—¿Vendrás mañana a casa de la tía Glegg? Comeremos todos temprano para acudir a tomar el té. Tienes que ir: Lucy me dijo que te lo pidiera.

—Bah, tengo mucho que hacer —dijo Tom. Tiró bruscamente de la cuerda de la campana y la arrancó.

—Me asustas y huyo —exclamó Maggie, riendo.

Mientras tanto, Tom, con masculina filosofía, tiró la cuerda de la campana al otro extremo de la habitación, que tampoco quedaba muy lejos. Un gesto al que, según creo, no serán ajenos muchos hombres importantes o distinguidos que en la primera etapa de su ascenso social acariciaron grandes esperanzas en pequeñas viviendas.

Capítulo V

En él se muestra que Tom consigue lo que se propone

—Y ahora que ya hemos zanjado lo del negocio de Newcastle, Tom —dijo el señor Deane aquella misma tarde mientras permanecían sentados en la sala privada del banco—, quiero hablarte de otra cosa. Puesto que es probable que en Newcastle tengas que soportar mal tiempo y mucho humo durante las próximas semanas, sin duda desearás tener una buena perspectiva que te anime un poco.

Tom aguardó más tranquilo que en otras ocasiones anteriores mientras su tío sacaba la caja de rapé y repartía la dosis entre las dos ventanas de su nariz con cuidadosa imparcialidad.

—Mira, Tom —prosiguió el señor Deane, por fin, recostándose en el sillón—, el mundo avanza ahora con un paso más rápido que cuando yo era joven. Caramba, señor mío, si hace cuarenta años, cuando yo era un joven robusto como tú, un hombre pasaba gran parte de su vida tirando del carro antes de tener el látigo en la mano. Los telares eran mas lentos y las modas no cambiaban tan deprisa: recuerdo que mi traje bueno fue el mismo durante seis años. Todo tenía una escala menor en relación con los gastos, señor mío. El vapor lo ha cambiado todo: arrastra las máquinas al doble de velocidad y, con ellas, la rueda de la fortuna, tal como dijo nuestro amigo, el señor Guest, en la comida de aniversario. Describe muy bien la situación, teniendo en cuenta que no ha visto nunca el negocio de cerca. A mí no me disgustan estos cambios como a otras personas. El comercio, señor mío, abre los ojos de la gente. Y si la población va a seguir creciendo, el mundo debe poner el ingenio al servicio de inventos de un tipo u otro. Sé que he contribuido a ello como simple hombre de negocios. Alguien ha dicho que es bueno hacer crecer dos espigas allí donde sólo crecía una: pero, señor mío, también es bueno avanzar en el intercambio de bienes y llevar grano a la boca de quien tiene hambre. Y en este sentido se orienta nuestro negocio y lo considero tan digno como el que más.

Tom sabía que el asunto que su tío iba a tratar no era urgente; el señor Deane era un hombre demasiado astuto y práctico para permitir que los recuerdos o el rapé frenaran el avance del negocio. Lo cierto era que durante los últimos meses Tom había recibido indirectas que le permitían adivinar que iba a oír alguna proposición ventajosa. Con el principio de este último párrafo, había estirado las piernas, metido las manos en los bolsillos y se había preparado para alguna prolija introducción destinada a mostrar que el señor Deane había triunfado por mérito propio y que lo que tenía que decir a los jóvenes en general era que si ellos no conseguían triunfar también se debía a sus propios deméritos. Así pues, se sorprendió bastante cuando su

tío le formuló una pregunta directa.

—Veamos, hace ya siete años que me pediste un empleo, ¿verdad, Tom?

—Sí, señor. Ahora tengo veintitrés —contestó Tom.

—Ah. Mejor no lo digas, porque pareces mayor y en los negocios la edad cuenta a favor de uno. Recuerdo muy bien tu visita: recuerdo que vi que tenías valor y eso fue lo que me empujó a animarte. Y me alegra decir que yo tenía razón, no es fácil engañarme. Como es natural, era reacio a promover la carrera de mi sobrino, pero me alegra decir que me has dejado en buen lugar, señor mío, y que si tuviera un hijo no me disgustaría nada que fuera como tú.

El señor Deane repiqueteó sobre la caja y la abrió de nuevo, mientras repetía con afecto: «No, no me disgustaría nada que fuera como t».

—Estoy muy contento de que esté satisfecho de mí, señor. Me he esforzado tanto como he podido —contestó Tom con su tono orgulloso e independiente.

—Sí, Tom, estoy satisfecho de ti. No me refiero a tu actitud como hijo, aunque eso también pesa en mi opinión. Como socio de esta empresa, me intereso por las cualidades que has mostrado como hombre de negocios. El nuestro es un buen negocio, una empresa espléndida, y no hay motivo para que no siga creciendo: crece el capital y crecen los puntos de venta. Pero para que cualquier empresa, grande o pequeña, prospere, también es necesario que tenga otra cosa: hombres que la dirijan, hombres de costumbres adecuadas en los que se pueda confiar, y no esos jóvenes de mal gusto. El señor Guest y yo vemos este aspecto con claridad. Hace tres años hicimos a Guest partícipe de esta empresa y le dimos una parte del molino de aceite. ¿Por qué? Porque los servicios de Guest merecían un premio. Así será siempre, señor mío. Así me sucedió a mí. Y aunque Guest tiene casi diez años más que tú, tienes a tu favor otros aspectos.

A medida que el señor Deane hablaba, Tom iba poniéndose nervioso. Deseaba decir algo a su tío que tal vez no le gustara, puesto que en lugar de aceptar su ofrecimiento pensaba presentarle una sugerencia.

—Resulta evidente —prosiguió el señor Deane tras terminar otra pulgada— que el hecho de que seas mi sobrino cuenta a tu favor, pero no niego que aunque no fueras pariente mío, el modo en que te ocupaste del asunto del banco de Pelley nos habría llevado, al señor Guest y a mí, a reconocer de algún modo los servicios prestados. Todo ello, respaldado por tu actitud y tu habilidad para los negocios, nos ha decidido a darte una participación en el negocio que, con el transcurso de los años, nos gustará ir ampliando. Me parece que eso será mejor, en todos los sentidos, que subirte el sueldo. Te dará más importancia y te preparará mejor para ir haciéndote cargo de responsabilidades que ahora pesan sobre mis hombros. Gracias a Dios, ahora soy capaz de ocuparme de mucho trabajo, pero estoy haciéndome viejo, no se puede negar. Le dije al señor Guest que trataría el tema contigo y que cuando vuelvas de ese

asunto en el Norte pasaremos a tratar los detalles. Es un gran paso para un joven de veintitrés años, pero tengo que decir que te lo mereces.

—Se lo agradezco mucho al señor Guest y a usted, señor. Naturalmente, me siento especialmente en deuda con usted, que me metió en el negocio y se ha ocupado de mí —dijo Tom temeroso, y se calló unos instantes.

—Sí, sí —insistió el señor Deane—. No ahorro esfuerzos cuando veo que servirán para algo. También me ocupé de Guest; en caso contrario, no estaría donde está.

—Sin embargo, desearía decirle una cosa, tío. Nunca se lo he contado. Si usted recuerda, cuando la propiedad de mi padre se vendió, se estudió la posibilidad de que su empresa comprara el molino: sé que usted pensaba que sería una inversión muy buena, especialmente si se le aplicaba vapor.

—Sin duda, sin duda. Pero Wakem pujó más que nosotros. Es bastante aficionado a pasar por delante de otros.

—Tal vez no sirva de nada que lo mencione en este momento —prosiguió Tom—, pero desearía que usted supiera los planes que tengo sobre el molino. Le tengo mucho cariño. El último deseo de mi padre fue que intentara recuperarlo en cuanto pudiera, ya que llevaba en su familia cinco generaciones, y yo se lo prometí. Y, además, me gusta especialmente ese lugar, nunca me gustará otro tanto como aquél. Y si en alguna ocasión se le ocurriera a usted comprarlo para la empresa, entonces me sería más fácil cumplir los deseos de mi padre. No tenía intención de mencionarlo, pero lo he hecho puesto que usted ha tenido la amabilidad de decir que mis servicios han sido útiles. Renunciaría a mejores oportunidades en la vida a cambio de recuperar el molino: es decir, tenerlo en mis manos e ir aumentando su valor lentamente.

El señor Deane, tras escuchar atentamente, quedó pensativo.

—Entiendo, entiendo —dijo, al cabo de un rato—. Sería posible si hubiera alguna posibilidad de que Wakem deseara desprenderse de la propiedad, pero no lo creo. Ha colocado a ese joven Jetsome y estoy seguro de que, cuando lo compró, tuvo sus motivos.

—Ese Jetsome es una oveja descarriada —dijo Tom—. Ha empezado a beber y dicen que está abandonando el negocio. Luke, nuestro viejo molinero, me lo contó. Dice que no se quedará a menos que se produzca algún cambio. Y yo pensaba que, si las cosas seguían así, Wakem estaría más dispuesto a desprenderse del molino. Luke dice que le disgusta el modo en que van las cosas.

—Bien, ya lo pensaré, Tom. Debo averiguar cosas y tratarlo con el señor Guest. Pero es empezar en una vía nueva y ponerte al frente en lugar de dejarte donde estás, que es lo que queríamos.

—En cuanto las cosas vayan bien, podré dedicarme a algo más que al molino. Quiero tener mucho trabajo, no hay nada que me interese tanto.

Resultaba un poco triste que un joven de veintitrés años dijera eso, incluso para unos oídos tan aficionados a los negocios como los del señor Deane.

—¡Bah, bah! Pronto tendrás una esposa de la que ocuparte, si sigues por este camino. Pero en cuanto a ese molino, no debemos apresurarnos. De todos modos, te prometo que lo tendré en cuenta y que cuando vuelvas hablaremos de nuevo. Ahora me voy a comer, ven mañana a desayunar con nosotros y despídete de tu hermana y de tu madre antes de partir.

Capítulo VI

En el que se ilustran las leyes de la atracción

Te resultará ya evidente, lector, que Maggie había alcanzado un momento de su vida que cualquier persona prudente consideraría una gran oportunidad para una mujer joven. Presentada a la alta sociedad de Saint Ogg's con el apoyo de una llamativa personalidad que tenía la ventaja de resultar poco familiar a la mayoría de los habituales y con el escaso respaldo de los atavíos que Lucy había mencionado, inquieta, en la conversación con la tía Pullet, sin duda Maggie se encontraba en un nuevo punto de partida en la vida. Durante la primera fiesta que dio Lucy, el joven Torry se fatigó los músculos faciales más que de costumbre con la intención que la «muchacha de ojos oscuros del rincón» se fijara en él y en el estilo que le confería el monóculo: y varias jóvenes se marcharon a su casa con la intención de hacerse unas mangas cortas de encaje negro y trenzarse el cabello en una ancha corona en la nuca: «Esa prima de la señorita Deane resultaba muy distinguid». Lo cierto era que la pobre Maggie, por muy consciente que fuera de su doloroso pasado y presintiera un futuro incierto, estaba convirtiéndose en objeto de cierta envidia y tema de conversación en el nuevo salón de billar y entre bellas amigas que no tenían secretos las unas con las otras cuando se trataba de acicalarse.

Las señoritas Guest, que se relacionaban con cierta condescendencia con las familias de Saint Ogg's y eran el espejo de la moda en el lugar, censuraron ligeramente los modales de Maggie. Tenía por costumbre no asentir de inmediato a los comentarios habituales en la buena sociedad y decir que no sabía si estos comentarios eran ciertos o no, lo que le daba un aire de *gaucherie* y entorpecía el flujo de la conversación; sin embargo, bien puede darse una interpretación positiva a este juicio, puesto que el hecho de que una nueva amistad de su sexo muestre cierta inferioridad no necesariamente predispone en contra a las damas. Y Maggie carecía de modo tan completo de los lindos aires de coquetería que, según se cree, llevan a los caballeros a la desesperación, que suscitaba cierta piedad femenina por ser tan incompetente a pesar de su belleza. ¡Pobrecilla, había tenido una vida muy dura! Y había que reconocer que no tenía ningunas pretensiones: sus modales bruscos e irregulares eran sin duda resultado de sus solitarias y modestas circunstancias. Resultaba sorprendente que no poseyera el menor rasgo vulgar, teniendo en cuenta cómo era el resto de los parientes de la pobre Lucy: esta alusión siempre hacía que las señoritas Guest se estremecieran un poco. No era agradable pensar en que emparentarían por matrimonio con personas como los Glegg y los Pullet, pero no servía de nada llevar la contraria a Stephen cuando tomaba una decisión. Y, sin duda,

nada había que reprochar a la propia Lucy, a la que era imposible dejar de apreciar. Sin duda, deseaba que las señoritas Guest se mostraran amables con su prima, a la que tanto apreciaba, y Stephen se enfadaría mucho si no se comportaban con toda cortesía. En estas circunstancias, no faltaron las invitaciones a Park House y a otros lugares: la señorita Deane era un miembro de la sociedad de Saint Ogg's demasiado distinguido y destacado para que se le negara ninguna atención.

Así fue como Maggie conoció la vida de una dama joven y supo lo que era levantarse por la mañana sin un motivo especial para hacer una cosa en lugar de otra. Esta nueva sensación de ociosidad y de placer sin límite entre los aires suaves y los perfumes del jardín, avanzada ya la primavera, entre la música abundante y los lentos paseos a la luz del sol o la deliciosa ensoñación de dejarse arrastrar por el río, difícilmente podría dejar de tener efectos embriagadores tras tantos años de privaciones; ya en la primera semana, Maggie empezó a sentirse menos acosada por los tristes recuerdos y pronósticos. La vida era muy agradable en aquel momento: empezaba a gustarle arreglarse por la noche y sentir que era una de las bellezas de aquella primavera. Y ahora siempre la aguardaban ojos llenos de admiración; ya no era un ser insignificante al que se podía reprender y cuya atención se reclamaba sin que nadie se sintiera obligado a prestarle ninguna. También resultaba agradable, cuando Stephen y Lucy salían a dar un paseo a caballo, sentarse sola al piano y advertir que la antigua sintonía entre los dedos y las teclas seguía presente y revivía —como un parentesco fiel que no desaparecía con la separación— para sacar las melodías que había oído la noche anterior y repetirlas una y otra vez hasta encontrar el modo de reproducirlas, convertidas en un lenguaje más elocuente y apasionado. La mera concordancia de las octavas le encantaba, y con frecuencia prefería tocar el libro de ejercicios que una melodía para disfrutar más intensamente, a través de la abstracción, de la primitiva sensación de los intervalos. El modo en que disfrutaba de la música no indicaba un gran talento en concreto: su sensibilidad ante el estímulo supremo de la música era un aspecto más de la apasionada sensibilidad que la caracterizaba y hacía que sus defectos y virtudes se mezclaran, convertía algunas veces su afecto en enojada exigencia, pero también impedía que su vanidad tomara forma de argucia y coquetería femenina y le confería la poesía de la ambición. Pero, lector, hace ya tiempo que conoces a Maggie y no es necesario que se te describa su carácter, sino su historia, que es difícil de predecir aún desde el más completo conocimiento del primero. Porque la tragedia de nuestras vidas no se crea del todo en nuestro interior. Dice Novalis que «el carácter es el destino», pero no todo nuestro destino. Hamlet, príncipe de Dinamarca, era dado a la especulación y la indecisión, y como consecuencia tenemos una gran tragedia. Pero si su padre hubiera vivido hasta una edad avanzada y su tío hubiera fallecido pronto, podemos imaginar que Hamlet llegara a casarse con Ofelia y viviera la vida sin que nadie pusiera en duda su

cordura, a pesar de su afición a los soliloquios y a algún sarcasmo contra la bella hija de Polonio, para no hablar de una total falta de cortesía hacia su suegro.

Así pues, el futuro de Maggie se halla todavía escondido y debemos esperar a que se revele como el curso de un río no descrito en los mapas: sólo sabemos que este río es caudaloso y rápido y que todos los ríos tienen el mismo final. Bajo el encanto de los nuevos placeres, la misma Maggie estaba dejando de pensar, con su ansiosa imaginación, en la suerte que le aguardaba; y cada vez le inquietaba menos el primer encuentro con Philip: quizá, de modo inconsciente, no lamentaba que el encuentro se hubiera retrasado.

Lo cierto era que Philip no apareció la tarde en que se lo esperaba, y el señor Guest les comunicó que se había ido a la costa, probablemente, a su parecer, para hacer algunos bocetos; no se sabía la fecha de su regreso. Aquello de irse sin decir nada era muy propio de Philip. No regresó hasta pasados doce días y, a su vuelta, encontró esperándolo las dos notas de Lucy: se había marchado antes de tener noticia de la llegada de Maggie.

Tal vez sea necesario contar de nuevo diecinueve años para comprender los sentimientos que llenaron a Maggie durante aquellos doce días, entender hasta qué punto se prolongaron éstos gracias a la novedad de sus experiencias y los diversos estados de su ánimo. Los primeros días de una amistad casi siempre tienen una importancia especial y ocupan mayor espacio en nuestra memoria que otros periodos posteriores, menos llenos de impresiones y descubrimientos. En esos diez días no hubo muchas horas que el señor Guest no pasara sentado junto a Lucy o de pie junto a ella mientras tocaba el piano, o acompañándola en alguna excursión: sin duda, sus atenciones eran más asiduas, y eso era lo que todo el mundo esperaba. Lucy estaba muy feliz, especialmente porque la compañía de Stephen parecía ser mucho más interesante y divertida desde que Maggie estaba allí. Entablaban conversaciones jocosas o serias en las que Stephen y Maggie se mostraban con toda naturalidad ante la admiración de la amable y discreta Lucy; y en más de una ocasión se le ocurrió pensar en el encantador cuarteto que formarían cuando Maggie se casara con Philip. ¿Resulta inexplicable que una muchacha disfrute más de la compañía de su amado en presencia de una tercera persona y no sienta la menor punzada de celos si la conversación se dirige casi siempre a esa otra persona? No es así cuando la muchacha posee un corazón sereno como Lucy, está convencida de que conoce la naturaleza de los afectos de sus compañeros y no es propensa a los sentimientos que suscitan estas ideas en ausencia de pruebas fehacientes. Además, Stephen se sentaba junto a Lucy, le ofrecía el brazo a ella y buscaba su respaldo, convencido de encontrarlo; y cada día mostraba hacia ella la misma tierna cortesía, la misma conciencia de sus necesidades y el mismo cuidado en colmarlas. ¿Las mismas? A Lucy le parecía que incluso más, y no es de extrañar que no comprendiera el verdadero significado de aquel cambio. Era

una actitud sutil de la que el mismo Stephen no era consciente. Las atenciones personales que dedicaba a Maggie eran, en comparación, escasas e incluso había surgido entre ambos una distancia aparente que impedía que Stephen repitiera el gesto levemente galante del primer día en el bote. Si Stephen entraba en la sala cuando Lucy se encontraba ausente, o si Lucy los dejaba solos, no se dirigían la palabra: Stephen bien podía simular que examinaba los libros o las partituras y Maggie inclinaba la cabeza aplicadamente sobre la labor. Ambos eran conscientes de modo total y opresivo de la presencia del otro Y, sin embargo, ambos deseaban que al día siguiente se repitiera la situación. Ninguno de los dos había empezado a reflexionar sobre el asunto ni se había preguntado en silencio adónde llevaba todo aquello. Maggie se limitaba a sentir que la vida se mostraba para ella como algo nuevo y estaba absorta en la experiencia directa, inmediata, sin que le quedara energía para reflexionar y razonar sobre ella. Stephen se abstenía deliberadamente de preguntarse a sí mismo y se negaba a reconocer una influencia que podría llegar a determinar su conducta. Y cuando Lucy regresaba a la habitación, se comportaban de nuevo con espontaneidad: Maggie se sentía capaz de llevar la contraria a Stephen y reírse de él, y él podía aconsejarle que siguiera el ejemplo de aquella heroína tan encantadora, la señorita Sophia Western, que sentía un gran «respeto por el juicio de los hombre».^[33] Maggie podía mirar a Stephen —cosa que, por un motivo u otro, evitaba siempre cuando estaban solos— y él incluso llegaba a pedirle que lo acompañara al piano, ya que Lucy estaba tan ocupada con las labores para la venta benéfica, y se atrevía a regañarla por acelerar el *tempo*, sin duda, el punto débil de Maggie.

Un día, el del regreso de Philip, Lucy tuvo un repentino compromiso para pasar la tarde con la señora Kenn, cuyo delicado estado de salud, que amenazaba con degenerar en enfermedad por un ataque de bronquitis, la obligaba a delegar sus funciones de la cercana venta benéfica en manos de otras damas, una de las cuales deseaba que fuera Lucy. El compromiso se había acordado en presencia de Stephen, y éste oyó que Lucy prometía salir pronto y recoger a las seis a la señorita Torry, la cual le había traído la petición de la señora Kenn.

—He aquí otro de los resultados morales de esta idiotez de fiesta benéfica —espetó Stephen en cuanto la señorita Torry salió de la habitación—. ¡Alejar a las jóvenes damas de los deberes del hogar y lanzarlas a escenas de disipación entre tapetitos acolchados para teteras y bolsitos bordados! Me gustaría saber cuál es la misión de las mujeres, si no es dar argumentos para que los esposos se queden en casa y motivos todavía más poderosos para que los solteros salgan de la suya. Si esto dura mucho, se disolverán los vínculos sociales.

—Bien, esto no durará mucho —contestó Lucy riendo—, porque la venta será el lunes que viene.

—¡Gracias al cielo! —exclamó Stephen—. El mismo Kenn dijo el otro día que no le gustaba que la vanidad se ocupara de la caridad; pero como los británicos no son lo bastante razonables para soportar los impuestos directos, Saint Ogg's no tiene capacidad o motivos suficientes para construir y dotar colegios sin recurrir a la insensatez.

—¿Dijo eso? —preguntó la pequeña Lucy, con los ojos inquietos y bien abiertos—. Nunca le he oído decir nada semejante, pensaba que aprobaba lo que hacíamos.

—Estoy seguro de que le parece bien todo lo que usted hace —contestó Stephen dedicándole una sonrisa afectuosa—. Su conducta al salir esta tarde parece atroz, pero yo sé que en el fondo la intención es buena.

—Oh, tiene usted una opinión excesivamente buena de mí —dijo Lucy agitando la cabeza con un lindo rubor. Ahí se abandonó la cuestión, pero se dio por hecho que Stephen no acudiría por la tarde y, debido a ese tácito acuerdo, prolongó la visita de la mañana hasta convertirla en la más larga de todas y no se despidió hasta después de las cuatro.

Poco después de comer, Maggie estaba sentada en el salón sola, con *Minny* sobre el regazo, tras dejar a su tío tomando un oporto y dormitando y a su madre en un lugar intermedio entre el punto de media y las cabezadas, cosa que, cuando no tenían invitados, hacía siempre en el comedor hasta la hora del té. Maggie se inclinaba para acariciar al diminuto y sedoso perrito y consolarlo por la ausencia de su ama cuando el sonido de unos pasos en la gravilla hizo que levantara la vista y vio a Stephen Guest avanzando por el jardín como si viniera directamente del río. ¡Era muy raro verlo tan pronto después de comer! Con frecuencia se lamentaba de que en Park House comían tarde. Pero allí estaba, con su traje negro: sin duda, había pasado por su casa y había regresado por el río. Maggie sintió que le ardían las mejillas y el corazón le latía: era normal que se pusiera nerviosa, ya que no estaba acostumbrada a atender sola a las visitas. Stephen la vio mirar a través del ventanal abierto y la saludó con el sombrero mientras se encaminaba hacia éste y entraba por ahí, en lugar de ir hasta la puerta. Él también estaba sonrojado y, sin duda, cuando entró con una partitura enrollada en la mano, parecía todo lo atolondrado que un joven de cierto tino y serenidad puede mostrarse.

—Le sorprende volver a verme, señorita Tulliver —dijo con aire de vacilante improvisación—. Debería excusarme por aparecer por sorpresa, pero quería ir a la ciudad y he hecho que un criado me trajera remando, de modo que se me ha ocurrido traer estas partituras de la *Doncella de Artois*^[34] para su prima. Esta mañana se me ha olvidado. ¿Querrá dársela?

—Sí —contestó Maggie. Se había levantado confusa con *Minny* entre los brazos y, sin saber qué hacer, se sentó de nuevo.

Stephen depositó el sombrero junto a las partituras, que rodaron al suelo, y se

sentó en la silla situada a su lado. Nunca lo había hecho y tanto él como Maggie eran conscientes de que se trataba de una situación totalmente nueva.

—¡Mira el perrito mimado! —exclamó Stephen, inclinándose para tirar de las largas orejas rizadas que colgaban sobre el brazo de Maggie. No era un comentario muy sugerente y, puesto que su autor no añadió ningún otro, la conversación quedó en un punto muerto. Stephen tenía la sensación de que estaba soñando y se veía obligado a ejecutar una serie de actos mientras se preguntaba el motivo, por qué estaba acariciando en aquel momento la cabeza de *Minny*. Sin embargo, era muy agradable: sólo deseaba atreverse a mirar a Maggie y que ella lo mirara; si ella le dirigía una mirada prolongada con aquellos ojos profundos y extraños quedaría satisfecho y se portaría después de modo razonable. Tenía la sensación de que estaba convirtiéndose en una especie de obsesión el deseo de obtener una larga mirada de Maggie, y no cejaba de estrujarse da imaginación para encontrar algún medio de conseguirla sin que de ello derivara una situación tensa. En cuanto a Maggie, no pensaba en nada en concreto, sólo sentía como si se cerniera sobre ella en la oscuridad un pájaro de gran envergadura, de tal modo que era incapaz de levantar la vista y no veía nada más que el rizado pelo negro de *Minny*.

Aquella situación tenía que terminar: tal vez acabó muy pronto y sólo pareció ser larga, como sucede con un solo minuto de sueño. Finalmente, Stephen se enderezó y se colocó de lado en la silla, con un brazo sobre el respaldo y mirando a Maggie. ¿Qué iba a decir?

—Vamos a tener una puesta de sol espléndida, ¿no quiere salir a verla?

—No lo sé —contestó Maggie, tras lo cual alzó la vista valientemente y miró por la ventana—. Tal vez, si no juego al *cribbage* con mi tío.

Una pausa. *Minny* recibió más caricias, pero poseía suficiente criterio Para no agradecerlas y soltar algún pequeño gruñido.

—¿Le gusta estar sentada a solas?

Una expresión pícara apareció en el rostro de Maggie, que lanzó una breve mirada a Stephen.

—¿Sería correcto contestar que sí?

—Lo cierto es que es una pregunta peligrosa para que la formule un intruso —dijo Stephen, encantado con la mirada y decidido a quedarse el tiempo suficiente para obtener otra—. Pero tendrá más de media hora para sí después de que me vaya —añadió, sacando el reloj—. Sé que el señor Deane nunca aparece hasta las siete y media.

Otra pausa: Maggie mantuvo la mirada fija a través de la ventana, sin embargo, con gran esfuerzo, movió la cabeza para contemplar de nuevo el lomo de *Minny*.

—Ojalá Lucy no hubiera tenido que irse. Hoy no tendremos música.

—Mañana por la noche contaremos con una nueva voz —anunció Stephen—.

¿Tendrá a bien comunicar a su prima que su amigo Philip Wakem ha regresado? Lo he visto al volver a casa.

Maggie se sobresaltó un poco; fue poco más que una vibración que la recorrió de pies a cabeza durante un instante, pero las nuevas imágenes que el nombre de Philip había sugerido dispersaron parte del encanto que la tenía hechizada. Se puso en pie con una decisión repentina y, tras depositar a *Minny* sobre su cojín, fue a buscar al rincón la gran cesta de labor de Lucy. Stephen se sintió ofendido y decepcionado: pensó que, tal vez, a Maggie no le gustaba que mencionaran a Wakem en su presencia inesperadamente, puesto que ahora recordaba que Lucy le había contado algo de una disputa familiar. No merecía la pena prolongar la visita. En aquel momento, Maggie se sentaba ante la mesa con su labor, con aire gélido y orgulloso; y él... él parecía un tonto por haberse presentado allí. Sin duda, las visitas totalmente superfluas y gratuitas como aquélla hacían que cualquier hombre pareciera desagradable y ridículo. Resultaba evidente para Maggie que había comido rápidamente en su habitación para poder salir de nuevo y encontrarla sola.

¡Una actitud infantil en un joven y cumplido caballero de veinticinco años que no carecía de estudios de leyes! Aunque, tal vez, una referencia a la historia pueda hacerla verosímil.

En ese momento, el ovillo de lana cayó rodando al sucio y Maggie se levantó para cogerlo. Stephen hizo lo mismo y, tras recoger el ovillo, se lo dio. Sus ojos se encontraron y Maggie observó en él una mirada ofendida y dolida totalmente nueva para ella.

—Adiós —dijo Stephen en un tono que mostraba el mismo descontento implorante que sus ojos. No se atrevió a tenderle la mano y las hundió en los bolsillos de la levita. Maggie pensó que tal vez se había comportado de modo descortés.

—¿No quiere quedarse un poco más? —preguntó, con timidez, sin apartar la vista para no volver a parecer grosera.

—No, gracias —contestó Stephen mirando fijamente aquellos ojos medio remisos, medio fascinados, como un hombre sediento contempla el camino que lleva a un arroyo lejano—. Está esperándome el bote... Dígaselo a su prima.

—Sí.

—Que he traído las partituras, quiero decir.

—Sí.

—Y que ha vuelto Philip Wakem.

—Sí. —En esta ocasión, el nombre de Philip pasó inadvertido.

—¿No quiere acompañarme un poco por el jardín? —preguntó Stephen en un tono todavía más amable, pero al instante le irritó que Maggie no se hubiera negado, porque ésta se dirigió hacia la ventana abierta y él se vio obligado a ir a buscar el sombrero y caminar a su lado. No obstante, se le ocurrió un súbito desagravio.

—Apóyese en mi brazo —dijo, bajando la voz, como si fuera un secreto. Para la mayoría de las mujeres, el ofrecimiento de un brazo firme resulta extrañamente irresistible: aunque no se necesite, la sensación de ayuda, la presencia de una fuerza ajena y, sin embargo, propia, satisface una necesidad siempre presente en la imaginación. Por ése u otro motivo, Maggie aceptó el brazo. Y caminaron juntos en torno a la franja de césped, bajo el verde suspendido de los codesos, en el mismo estado de ensoñación del cuarto de hora anterior; aunque Stephen ya había conseguido la mirada que ansiaba, todavía no advertía en sí mismo los síntomas de un regreso a un estado razonable y rápidos pensamientos cruzaban el turbio ánimo de Maggie: ¿cómo era posible que estuviera allí? ¿Por qué había salido? No cruzaron ni una palabra. De haber sido así, la presencia del otro se habría hecho menos intensa.

—Tenga cuidado con el escalón —dijo finalmente Stephen.

—¡Oh! Quisiera marcharme a casa —exclamó Maggie con la sensación de que el escalón la había salvado—. Buenas tardes.

En un instante se había desprendido de su brazo y corría hacia la casa. No pensó que este acto repentino sería uno más de los gestos de la última media hora que luego recordaría avergonzada, no podía pensar en nada más. Se dejó caer en el sillón y se echó a llorar.

—¡Oh, Philip, Philip! Ojalá estuviéramos juntos otra vez, tranquilos en las Fosas Rojas.

Stephen la miró alejarse y se dirigió hacia el bote; no tardó en llegar al muelle. Pasó la tarde en los salones de billar, fumando un cigarro tras otro y perdiendo una y otra vez. Pero no quería marcharse. Estaba decidido a no pensar, a no admitir ningún otro recuerdo concreto que la presencia perpetua de Maggie que se imponía sobre él. Él la miraba y ella lo tomaba del brazo.

Finalmente se impuso la necesidad de regresar andando a casa bajo la fría luz de las estrellas y con ella, la de maldecir su locura y decidir amargamente que no volvería a quedarse solo con Maggie. Todo aquello era un disparate: estaba enamorado de Lucy, la quería mucho y estaba comprometido, todo lo comprometido que un hombre de palabra necesita. Deseaba no haber visto nunca a aquella Maggie Tulliver, que no lo hubiera lanzado a aquel estado febril: sería una esposa dulce, extraña, inquietante y adorable para cualquier otro hombre, pero él nunca la habría elegido. ¿Sentiría ella lo mismo que él? Ojalá... no. No debería haber ido. En el futuro se controlaría más. Se mostraría desagradable, tal vez discutirían. ¿Pelearse con ella? ¿Acaso era posible pelearse con una criatura con unos ojos como los suyos: desafiantes y críticos, contradictorios y pertinaces, imperiosos e implorantes... llenos de opuestos deliciosos? Ver a una mujer semejante sometida por amor sería una fortuna muy deseable... para otro.

Terminó este soliloquio con una exclamación entre dientes, lanzó la colilla del

último cigarro y, hundiendo las manos en los bolsillos, caminó más despacio entre los arbustos. Las palabras que pronunció no fueron precisamente una bendición.

Capítulo VII

Philip aparece de nuevo en escena

El día siguiente amaneció lluvioso, y la mañana era una de esas en las que los varones del vecindario que no tienen una ocupación imperiosa en su casa tienden a visitar largo rato a sus amistades femeninas. La lluvia, que no les ha impedido caminar o cabalgar en un sentido, sin duda se volverá tan intensa y, al mismo tiempo, faltará tan poco para que escampe que nada más que una franca disputa podrá abreviar la visita: no bastara con el desagrado latente. Y si se trata de enamorados, ¿qué puede ser más agradable —en Inglaterra— que una mañana lluviosa? El sol inglés no es de fiar: los sombreros no resultan del todo seguros; y, si uno se sienta en la hierba, puede terminar acatarrado. En cambio, la lluvia sí es de confianza. Se galopa bajo ésta cubierto con un impermeable y al poco se encuentra uno en su asiento favorito, un poco por encima o un poco por debajo del que ocupa su diosa (sucede lo mismo en el terreno metafísico, y por ese motivo se adora y se desprecia a un tiempo a las mujeres), con la satisfactoria confianza de que no habrá señoras de visita.

—Estoy segura de que esta mañana Stephen vendrá antes —anunció Lucy—. Siempre es así cuando llueve.

Maggie no contestó. Estaba enfadada con Stephen; empezaba a pensar que debería sentir desagrado por él; y, de no haber sido por la lluvia, aquella mañana habría ido a casa de la tía Glegg para evitar su presencia. Dadas las circunstancias, tenía que encontrar algún motivo para permanecer fuera de la habitación con su madre.

Pero Stephen no apareció más temprano y llegó otro visitante —un vecino más próximo— antes que él. Cuando Philip entró en la sala, tenía intención de inclinar levemente la cabeza ante Maggie con la sensación de que no debía traicionar el secreto de su amistad; pero cuando ella avanzó hacia él y le tendió la mano, adivinó de inmediato que se lo había confiado todo a Lucy. Ambos se sintieron confusos durante un momento, aunque Philip había dedicado varias horas a prepararse; pero como todas las personas que han pasado por la vida sin esperar gran comprensión de los demás, pocas veces perdía el control de sí mismo y evitaba, con un orgullo extremadamente sensible, cualquier gesto que delatara su emoción. Un poco más pálido, las ventanas de la nariz un poco más tensas al hablar y un timbre de voz más agudo eran las únicas señales —que a los desconocidos parecerían meras muestras de fría indiferencia— que, por lo general, indicaban que Philip vivía un intenso drama interno. Pero Maggie, cuya capacidad para ocultar las impresiones que sufría apenas

era mayor que si hubiera estado hecha con las cuerdas de un instrumento musical, sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas mientras se daban la mano en silencio. No eran lágrimas de dolor: tenían el mismo origen que las que vierten las mujeres y los niños cuando, tras encontrar protección, vuelven la vista hacia el peligro que los amenazaba. Pues si bien poco tiempo atrás Maggie pensaba que los reproches de Tom no eran del todo injustos, en este breve plazo de tiempo Philip se había convertido para ella en algo similar a una conciencia externa a la que podía correr en busca de ayuda y fortaleza. El afecto tierno y sereno que sentía por Philip —firmemente arraigado en la infancia y en los recuerdos de las largas charlas tranquilas que habían confirmado aquella primera tendencia instintiva—, así como el hecho de que Philip despertara en ella más piedad y cariño que vanidad u otras facetas egoístas de su carácter, parecían convertirlo ahora en una especie de recinto sagrado, un santuario en el que podía encontrar refugio frente a una influencia seductora a la que la mejor parte de sí misma debía resistir y que podía llevar consigo un terrible tumulto interno y una desdicha externa. Esta nueva percepción de su relación con Philip anulaba los inquietos escrúpulos que podría haber sentido ante el temor de sobrepasar en su relación un límite que Tom censurara, y le tendió la mano y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas sin ninguna inhibición. La escena fue exactamente como Lucy había esperado y su tierno corazón se alegró de unir de nuevo a Philip y a Maggie; sin embargo, a pesar de lo mucho que apreciaba a Philip, no pudo evitar la sensación de que comprendía un poco que Tom sintiera rechazo ante el contraste entre ambos: especialmente tratándose de una persona tan prosaica como el primo Tom, poco aficionado a la poesía y a los cuentos de hadas. Lucy empezó a hablar en cuanto pudo para relajar la situación.

—Ha sido muy amable y bondadoso por su parte acudir tan pronto tras su llegada, de manera que lo perdono por huir de modo tan inoportuno sin comunicárselo a sus amigos —dijo Lucy con su linda voz de soprano, similar a los gorjeos con que conversan los pajarillos—. Venga a sentarse aquí —prosiguió, colocando la butaca que más le convenía— y verá que lo tratamos con clemencia.

—No gobernará nunca bien, señorita Deane —dijo Philip mientras se sentaba—, porque nadie se tomará nunca en serio su severidad. La gente cometerá todo tipo de delitos convencida de que usted será indulgente.

Lucy le replicó alegremente, pero Philip no oyó su respuesta porque se había vuelto hacia Maggie, que lo examinaba franca y afectuosamente, tal como hacemos con los amigos de los que llevamos largo tiempo alejados. ¡Qué momento el de su separación! Y Philip sentía como si hubiera sido la víspera. Era una sensación tan viva —acompañada de unos recuerdos tan intensos y detallados, de una evocación tan apasionada todo lo que se dijo y se vio en su última conversación— que con esa desconfianza y ese recelo que en los caracteres inseguros acompaña, de modo casi

inevitable, a cualquier sentimiento intenso, creyó leer un cambio en la mirada y los modales de Maggie. Bastaba con que lo temiera y lo esperara para que, en ausencia de pruebas de lo contrario, lo asaltara ese pensamiento.

—Estoy disfrutando de unas espléndidas vacaciones, ¿no es cierto? —dijo Maggie—. Lucy es como mi hada madrina: me ha convertido de sirvienta en princesa en un santiamén. No hago más que mi gusto durante todo el día, y ella siempre averigua lo que deseo antes que yo misma lo sepa.

—Entonces, estoy seguro de que se siente muy feliz por tenerla consigo —dijo Philip—: seguro que para ella es mejor tenerla a usted que a una multitud de animalitos de compañía. Y usted ofrece buen aspecto, le sienta bien este cambio.

Esta conversación banal siguió durante un rato hasta que Lucy, decidida a ponerle fin, exclamó con bien fingida expresión de fastidio que había olvidado alguna cosa y salió rápidamente de la habitación.

Al instante, Maggie y Philip se inclinaron y las manos se unieron otra vez mientras se miraban con triste alegría, como dos amigos que se encuentran con motivo de alguna pena reciente.

—Le he dicho a mi hermano que quería verte, Philip, y le he pedido que me liberara de mi promesa, y ha accedido.

La impulsiva Maggie deseaba que Philip conociera de inmediato la posición que debían mantener ambos, pero se contuvo. Todo lo sucedido desde que habían hablado del amor que él sentía por ella era tan doloroso que no deseaba ser la primera en referirse a ello. Le parecía casi una ofensa para Philip mencionar siquiera a su hermano: su hermano, que lo había insultado. Pero Philip pensaba demasiado en Maggie para prestar atención a ningún otro detalle.

—Entonces, ¿podemos ser amigos, Maggie? ¿Nada lo impide ya?

—¿Tu padre no se opondrá? —preguntó Maggie, retirando la mano.

—No pienso abandonarte a menos que tú lo desees, Maggie —contestó Philip sonrojándose—. Ya te expliqué que en algunas cuestiones nunca estaré de acuerdo con él, y ésta es una de ellas.

—Así pues, nada impide que seamos amigos, Philip; que nos veamos y charlemos mientras estoy aquí, porque me marcharé pronto. Tengo intención de ocupar pronto otro empleo.

—¿Es inevitable, Maggie?

—Sí. No puedo quedarme aquí mucho tiempo. No me conviene, dada la vida que debo retomar. No puedo vivir dependiendo de otros. No puedo vivir con mi hermano, aunque sea muy bueno conmigo. Desearía ocuparse de mí, pero eso me resultaría insoportable.

Philip permaneció en silencio durante unos instantes y después dijo con la voz aguda y débil que indicaba en él una emoción firmemente reprimida.

—¿Y no hay alternativa, Maggie? ¿Es esa vida lejos de los que te quieren lo único que te permites desear?

—Sí, Philip —contestó con mirada suplicante, como si le rogara que creyera que se veía obligada a seguir aquel camino—. Por lo menos, tal como están ahora las cosas. No sé qué podrá suceder en los años venideros, pero empiezo a pensar que el amor no me dará mucha felicidad: siempre lo he vivido junto con las penas. Me gustaría construirme un mundo al margen del amor, como hacen los hombres.

—Maggie, estás volviendo a las viejas ideas con una forma nueva, a esos pensamientos que yo rechazaba —señaló Philip con cierta amargura. Quieres encontrar un modo de renuncia que te permita huir del dolor. Te digo de nuevo que no es posible escapar, como no sea pervirtiendo o mutilando la propia naturaleza. ¿Qué sería de mí si intentara escapar del dolor? El desdén y el cinismo serían mi único opio, a menos que pudiera caer en algún tipo de locura engreída y creerme favorito del cielo, ya que no lo soy de los hombres.

A medida que hablaba, la amargura de Philip iba haciéndose más impetuosa: sin duda, las palabras eran una vía de escape para algún sentimiento escondido, al tiempo que una respuesta para Maggie. En aquel momento, algún pesar lo atenazaba. Se abstuvo con orgullosa delicadeza de aludir a las palabras de amor —promesas de amor— que habían pronunciado en otros tiempos. Le habría parecido que era como recordarle a Maggie un juramento y que habría tenido, en cierto modo, la vileza de una coacción. No podía insistir en el hecho de que él no había cambiado, porque aquello también habría parecido una súplica. El amor que sentía por Maggie estaba marcado, incluso más que el resto de su experiencia, por la exagerada sensación de que él era una excepción; de que ella, todos, lo veían como una excepción.

Pero Maggie estaba conmovida.

—Sí, Philip —contestó con la contricción infantil que adoptaba cuando él la reprendía—. Sé que tienes razón. Siempre pienso demasiado en mis sentimientos y demasiado poco en los de los demás; pienso poco en los tuyos. Necesitaba tenerte para que me encontraras defectos y me enseñaras... muchas de las cosas que me decías han resultado ser ciertas.

Mientras hablaba, Maggie tenía el codo apoyado sobre la mesa, descansaba la cabeza en la mano y miraba a Philip con actitud afectuosa y sumisa, al tiempo que algo contrita; él le devolvió la mirada con una expresión que a Maggie fue pareciéndole gradualmente menos vaga y le trajo a la mente un recuerdo concreto. ¿Acaso recordaba Philip lo mismo que ella? ¿Algo relacionado con un enamorado de Lucy? Maggie se estremeció al pensarlo: ilustraba con mayor claridad su situación actual y la tendencia de lo sucedido la tarde anterior. Maggie retiró el brazo de la mesa, empujada a cambiar de posición por la opresión física que algunas veces acompaña a una punzada repentina en la conciencia.

—¿Qué pasa, Maggie? ¿Ha sucedido algo? —preguntó Philip con una ansiedad indescriptible. Su imaginación estaba presta a tejer cualquier historia fatal para ambos.

—No, nada —contestó Maggie con un esfuerzo de voluntad. Philip no debía albergar en su mente un pensamiento tan odioso: ella misma lo borraría de la suya—. Nada —repitió—; sólo pasa en mi cabeza. Antes me decías que acabaría sintiendo los efectos de aquella vida hambrienta de todo, como tú la llamabas, y así es. Ahora que los tengo a mi alcance, ansío en exceso el lujo y la música.

Tomó de nuevo la labor y se dedicó a ella con decisión mientras Philip la contemplaba, sin saber si había dicho todo lo que pensaba. Era propio del carácter de Maggie agitarse por vagos reproches que se hacía a sí misma. No tardó en oírse en la puerta una llamada fuerte y familiar que resonó por toda la casa.

—¡Oh, qué susto! —exclamó Maggie, bastante dueña de sí misma, aunque estremeciéndose en su interior—. Me pregunto dónde estará Lucy.

Lucy no había sido sorda a la señal y, tras un intervalo lo bastante largo para responder a unas cuantas preguntas solícitas pero poco apresuradas, hizo entrar a Stephen.

—¡Hola, muchacho! —dijo, dirigiéndose directamente a Philip y estrechándole la mano efusivamente, tras lo cual se inclinó levemente ante Maggie al pasar—. Me alegro muchísimo de que estés otra vez de regreso, aunque desearía que no te comportaras como un gorrión con residencia en el alero y no entraras y salieras constantemente de tu casa sin comunicárselo a los criados. He tenido que trepar para nada por esas incontables escaleras una veintena de veces en dirección a ese estudio tuyo de pintura, porque el servicio creía que estabas en casa. Incidentes como éstos amargan la amistad.

—Tengo tan pocas visitas que no parece necesario comunicar mis entradas y salidas —contestó Philip, sintiéndose súbitamente oprimido por la fuerte voz y la imponente presencia de Stephen.

—¿Está usted bien esta mañana, señorita Tulliver? —preguntó Stephen volviéndose hacia Maggie con rígida cortesía y tendiéndole la mano con expresión de estar cumpliendo con un deber social.

Maggie le tendió la punta de los dedos.

—Muy bien, gracias —contestó Maggie en tono de orgullosa indiferencia.

Los ojos de Philip los observaban atentamente; pero Lucy estaba acostumbrada a ver variaciones en su relación y se limitó a pensar con tristeza que existía entre ambos una antipatía natural que de vez en cuando se imponía sobre la buena voluntad recíproca. «Maggie no es del tipo de mujer que Stephen admira, y a ella le irrita un rasgo suyo que interpreta como engreimiento», era la silenciosa observación que todo lo explicaba para la cándida Lucy. En cuanto Stephen y Maggie hubieron

intercambiado ese poco espontáneo saludo, ambos se sintieron heridos por la frialdad del otro. Y Stephen, mientras seguía preguntando a Philip sobre su reciente viaje para dibujar, no dejaba de pensar en Maggie, porque no era capaz de arrastrarla a la conversación, como había hecho siempre antes. «Maggie y Philip no parecen felices —pensó Lucy—. Quizá esta primera entrevista los ha entristecido».

—Creo que a los que no hemos galopado, esta lluvia nos ha dejado un poco fríos —dijo Lucy a Stephen—. Vamos a animarnos con algo de música. Deberíamos aprovechar que Philip y usted están juntos. Canten el dúo de *Masaniello*: Maggie no lo ha oído y sé que será de su gusto.

—Adelante, entonces —dijo Stephen, dirigiéndose hacia el piano y ofreciendo un agradable anticipo tarareando la melodía con voz grave.

—Por favor, Philip, ¿quiere tocar el acompañamiento? —dijo Lucy—. Así puedo seguir trabajando. Le apetece tocar, ¿verdad? —añadió con una linda mirada interrogadora e inquieta, como siempre preocupada de que su ruego no fuera del agrado de los demás pero deseosa de regresar al bordado inacabado.

Philip se animó con la propuesta, porque no hay sentimiento, tal vez con la única excepción del temor y la pena extremos, que no encuentre alivio en la música y que no haga que un hombre cante o toque mejor; y Philip, en aquellos momentos, reprimía sentimientos tan complejos como cualquier trío o cuarteto jamás escrito para expresar a un tiempo el amor, los celos, la resignación y las sospechas.

—Oh, sí —dijo, sentándose al piano—. Es una buena manera de extender la vida imperfecta de cada uno y ser tres personas a la vez: cantar, hacer que cante el piano y, mientras tanto, oírlos. O bien cantar y pintar.

Ah, es usted digno de envidia. Yo no soy capaz de hacer nada con las manos —dijo Stephen—. Me parece que es característica que se da en hombres de gran capacidad administradora. ¡Así que poseo una tendencia al predominio de la capacidad de reflexión! ¿Lo había advertido, señorita Tulliver?

Stephen, por error, cayó en la costumbre de bromear con Maggie, y ésta no pudo reprimir una respuesta rápida a modo de epigrama.

—Efectivamente, había observado esa tendencia suya al predominio —dijo sonriendo, y en ese momento Philip deseó fervientemente que dicha tendencia le resultara desagradable.

—Vamos, vamos —intervino Lucy—. ¡Música, música! Ya hablaremos de nuestras cualidades en otra ocasión.

Maggie intentaba siempre en vano seguir con su trabajo cuando empezaba la música. Ese día se aplicó con mayor esfuerzo, porque la conciencia de que Stephen sabía lo mucho que le gustaba oírlo cantar ya no provocaba en ella una resistencia meramente traviesa, y también sabía que tenía por costumbre colocarse de modo que pudiera mirarla. Pero no lo consiguió: no tardó en soltar la labor y todo su empeño se

perdió en la difusa emoción que le producía el estimulante dúo, emoción que, a un tiempo, parecía debilitarla y fortalecerla: se sentía más fuerte para la dicha y más débil para la resistencia. Cuando la melodía pasó a un tono menor, la emoción del cambio casi hizo que se sobresaltara. ¡Pobre Maggie! Parecía muy hermosa cuando el inexorable poder del sonido le hacía vibrar el alma de aquel modo. Un observador habría advertido en ella el menor estremecimiento, inclinada hacia delante, con las manos unidas como en un intento de tranquilizarse, con los ojos dilatados y brillantes, con la expresión infantil de asombrado deleite que siempre regresaba cuando se sentía más feliz. Lucy, que en ocasiones anteriores tocaba el piano mientras Maggie los miraba así, no pudo resistir el impulso de acercarse a ella sigilosamente y darle un beso. A través del libro abierto sobre el atril, Philip la entreveía de vez en cuando y advirtió que nunca la había visto tan emocionada.

—¡Otra, otra! —exclamó Lucy después de que les hicieran repetir el dúo—. Otra pieza animada, Maggie siempre dice que le gustan los torrentes de sonido.

—Entonces, cantemos *Vayamos por el camino* —dijo Stephen—, que resulta muy adecuado para una mañana lluviosa. Pero ¿está usted dispuesta para abandonar los más sagrados deberes de la vida y venir a cantar con nosotros?

—Claro que sí —contestó Lucy riendo—, si busca usted la *Ópera del mendigo* en el musiquero: tiene la cubierta deslucida.

—Valiosa pista, si tenemos en cuenta que aquí hay una veintena de cubiertas que rivalizan en aspecto roñoso —dijo Stephen, tirando del musiquero.

—Oh, Philip, toque algo mientras tanto —rogó Lucy, advirtiendo que los dedos de éste jugueteaban con las teclas—. ¿Qué es eso que toca? Es algo delicioso que no conozco.

—¿No lo conoce? —preguntó Philip, tocando la melodía con mayor claridad—. Es de *La sonámbula*: «Ah, perché non posso odiart». No conozco la ópera pero, al parecer, el tenor le dice a la protagonista que siempre la amará aunque ella lo abandone. Me ha oído cantar en inglés «Todavía te quier».

No era casual que Philip canturreara esa canción, que podía ser una expresión indirecta de lo que no se atrevía a decirle directamente a Maggie. Ésta lo escuchaba y, cuando empezó a cantar, comprendió la lastimera pasión de la música. Aquel suplicante tenor no poseía una voz extraordinaria, pero ésta no era nueva para ella: le había cantado fragmentos con voz queda entre las hondonadas y los caminos cubiertos de hierba, bajo el sauce inclinado de las Fosas Rojas. Las palabras parecían contener cierto reproche, ¿era ésa la intención de Philip? Maggie deseó haberle asegurado con mayor claridad en su conversación que no deseaba renovar la esperanza de amor entre ambos únicamente porque era incompatible con sus circunstancias inevitables. Más que emocionada, se sintió conmovida: le evocaba recuerdos y pensamientos y, en lugar de animación, le producía pesar.

—Eso es lo que pasa con los tenores —dijo Stephen, que esperaba con el libro de música en la mano a que Philip terminara la canción—: desmoralizáis al bello sexo trinando vuestra fidelidad y vuestro amor sentimental mientras soportáis todo tipo de trato injusto. La única manera de impedir que expreséis vuestra total resignación sería presentando vuestra cabeza en un plato como aquel tenor o trovador medieval. Debo administrarles un antídoto mientras la señorita Deane se prepara para separarse de sus carretes.

—«¿Acaso debo morir / por la belleza de una mujer?». —cantó Stephen con descarada energía y pareció contagiar de alegría a toda la habitación. Lucy, siempre orgullosa de lo que hacía Stephen, se dirigió hacia el piano mientras reía y lo miraba con admiración; y Maggie, a pesar de que se resistía ante el espíritu del cantante y de la canción, se sintió atrapada y afectada por la influencia invisible, arrastrada por una oleada demasiado fuerte para ella.

Sin embargo, irritada y decidida a no traicionarse, tomó la labor y siguió dando malas puntadas y pinchándose los dedos con gran perseverancia, sin levantar la vista ni prestar atención a lo que sucedía, hasta que las tres voces se unieron para cantar *Vayamos por el camino*.

Me temo que Maggie habría sentido una gratificación sutil y furtiva si hubiera sabido hasta qué punto el descarado y desafiante Stephen le prestaba atención, cómo pasaba rápidamente de la decisión de tratarla con ostentosa indiferencia a un irritante deseo de advertir alguna señal de atención por parte de ella, de cruzar con ella alguna mirada o alguna palabra. No tardó mucho Stephen en encontrar una oportunidad cuando pasaron a la música de *La tempestad*. Maggie, tras advertir que necesitaba una banqueta para los pies, cruzó la habitación para buscarla. Stephen, que en aquel momento no estaba cantando y prestaba atención a todos sus movimientos, adivinó su deseo y se precipitó a complacerlo, lo que hizo inevitable que le lanzara una mirada de gratitud. Que un personaje tan seguro de sí mismo, y no uno cualquiera, sino uno en concreto, con una mirada repentinamente humilde y atenta, coloque con cuidado una banqueta; que se demore inclinado para preguntar si está cómoda la interesada, entre la ventana y la chimenea, y si no le molesta la corriente de aire, y si quiere que le traiga la mesita de labor, provoca cierta ternura, demasiado presta y traidora, en los ojos de una mujer que se ve obligada, en plena juventud, a aprender las lecciones de la vida en un lenguaje trivial. Y para Maggie estos gestos no pertenecían a su vida cotidiana, sino que eran un elemento nuevo en su vida y encontraban intacto el deseo de homenaje. Ese tono de amable solicitud la obligó a mirar el rostro inclinado hacia ella.

—No, gracias —contestó, y nada pudo impedir que aquella mirada resultara deliciosa para ambos, como la tarde anterior.

Para Stephen, aquello fue un gesto de cortesía que le tomó poco más de dos

minutos; y Lucy, que estaba cantando, apenas lo advirtió. Sin embargo, para Philip, preso ya de una vaga inquietud que tendía a asentarse en cualquier hecho trivial, aquella repentina solicitud de Stephen y el cambio de expresión del rostro de Maggie, que sin duda respondía a la sonrisa de Stephen, le pareció un contraste tan vivo con los exagerados signos previos de indiferencia que resultaba lleno de significado. La voz de Stephen al cantar de nuevo le crispó los nervios, como el golpe de una plancha de hierro, y sintió deseos de hacer que el piano chirriara con disonancias. En realidad, no había visto nada que le hiciera sospechar que existiera entre Maggie y Stephen un sentimiento insólito; eso le decía la razón y deseaba marcharse a su casa de inmediato para poder reflexionar fríamente sobre aquellas imágenes falsas hasta convencerse de su falta de sentido. Pero, por otro lado, deseaba permanecer allí tanto tiempo como Stephen y estar siempre presente cuando él estuviera con Maggie. ¡Tan natural, tan inevitable le parecía a Philip que cualquier hombre que se encontrara cerca de Maggie se enamorara de ella! Y, si caía cautivada por Stephen Guest, Maggie no tendría ninguna perspectiva de felicidad. Esa idea envalentonó a Philip y le hizo pensar que, en cambio, su amor por ella resultaba menos desigual. El tumulto ensordecedor que se desarrollaba en su interior le hacía tocar una nota falsa tras otra; y Lucy lo miraba asombrada cuando la entrada de la señora Tulliver para llamarlos a comer les ofreció una buena excusa para interrumpir la música.

—¡Ah, Philip! —saludó el señor Deane cuando entraron en el comedor—. Hacía tiempo que no lo veía. Me parece que su padre no está en casa, ¿no es cierto? El otro día fui a buscarlo a su despacho y me dijeron que estaba fuera de la ciudad.

—Ha ido a pasar varios días a Mudport por asuntos de negocios, pero ya ha regresado —contestó Philip.

—¿Y sigue con esa afición suya a la agricultura?

—Eso creo —contestó Philip, bastante asombrado por el repentino interés por los pasatiempos de su padre.

—¡Ah! —exclamó el señor Deane—, y creo que posee tierras a ambos lados del río, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¡Ah! La agricultura debe de parecerle un asunto pesado y un caro pasatiempo —prosiguió el señor Deane mientras servía la empanada de pichón—. Yo nunca he tenido un pasatiempo, nunca he cedido a esa tentación. Y las peores aficiones son aquellas de las que la gente cree que puede sacar dinero: entonces lo tiran como quien lanza grano de un saco.

Lucy se puso bastante nerviosa ante aquellas críticas, aparentemente gratuitas, a los gastos del señor Wakem. Pero cesaron allí y el señor Deane pasó el resto del almuerzo inusualmente silencioso y meditabundo. Lucy, acostumbrada a observar atentamente a su padre y con motivos, recientemente acrecentados, para sentir un

interés añadido por todo lo que se refiriera a los Wakem, sintió una curiosidad inusual por saber qué era lo que había motivado las preguntas de su padre. Su silencio posterior le hacía sospechar que lo había empujado algún motivo especial.

Con esta idea en la cabeza, recurrió al plan habitual cuando deseaba decir o preguntar a su padre algo en concreto: encontró algún motivo para que la tía Tulliver saliera del comedor después de comer y se sentó en un escabel, junto a las rodillas de su padre. En estas circunstancias, el señor Deane pensaba que estaba degustando algunos de los momentos más agradables de esta vida, conseguidos gracias a sus méritos, a pesar de que Lucy, a la que no le gustaba tener la cabeza cubierta de rapé, por lo general empezaba apoderándose de la cajita.

—No quiere usted dormir, ¿verdad, papá? —dijo mientras acercaba el taburete y abría los gruesos dedos que agarraban la caja de rapé.

—Todavía no —dijo el señor Deane, echando una ojeada a la recompensa al mérito que le aguardaba en la licorera—. Pero, ¿qué quieres? —añadió, pellizcando con cariño la barbilla con hoyuelo de Lucy—. ¿Quieres convencerme para que me saque del bolsillo algún otro soberano para tu venta benéfica?

—No, hoy no me empuja ningún motivo innoble, no quería pedirle nada, sólo hablar. Quería saber por qué le ha preguntado a Philip Wakem sobre la afición de su padre a la agricultura. Era bastante raro, porque casi nunca se dice nada sobre su padre. ¿Y por qué iba a importarle que el señor Wakem perdiera dinero con sus aficiones?

—Es algo que tiene que ver con mis negocios —contestó el señor Deane agitando las manos como si quisiera rechazar la intromisión en ese misterio.

—Pero, papá, si usted siempre dice que el señor Wakem ha educado a Philip como si fuera una chica, ¿cómo se le ha ocurrido pensar que podría enterarse de algo a través de él? Estas preguntas tan bruscas han sido un poco extrañas. A Philip le han parecido raras.

—¡Tonterías, niña! —protestó el señor Deane, intentando justificar un comportamiento que tanto de había costado pulir en su ascenso social—. Se sabe que el molino y la granja de Wakem que están al otro lado del río, el molino de Dorlcote de tu tío Tulliver, ya sabes, no marchan tan bien como antes. Quería saber si tu amigo Philip decía algo de que su padre estuviera cansado de dedicarse a la agricultura.

—¿Por qué? ¿Compraría usted el molino, papá, si quisiera desprenderse de él? —preguntó Lucy ansiosa—. Oh, cuéntemelo todo. Tome, aquí tiene la caja de rapé si me lo cuenta. Porque Maggie dice que todos tienen puestas sus esperanzas en que Tom recupere el molino alguna vez. Era una de las últimas cosas que le dijo a Tom su padre, que debía recuperar el molino.

—Calla, niña —dijo el señor Deane, haciendo uso de la recuperada caja de rapé—. No debes decir ni una palabra de todo esto, ¿me oyes? Tienen muy pocas

posibilidades de conseguir el molino; es difícil que nadie se lo quite a Wakem. Y si supiera que lo queremos para que los Tulliver lo vuelvan a tener, todavía sería más difícil que se desprendiera de él, después de todo lo que sucedió. Se comportó con Tulliver razonablemente bien, pero no se dan dulces a cambio de latigazos.

—Mire, papá —dijo Lucy con aire solemne—. ¿Quiere usted confiar en mí? No me pregunte los motivos que tengo para lo que voy a decirle, pero son poderosos. Y soy muy prudente, de verdad.

—Bien, dime.

—Pues creo que si me permitiera confiarle el secreto a Philip Wakem, contarle su deseo de comprar el molino con la intención de que lo tengan mis primos y por qué quieren tenerlo, creo que Philip nos ayudaría a conseguirlo. Sé que querrá ayudarnos.

—No sé por qué habría de hacerlo, hija. ¿Por qué iba a importarle precisamente a él? —dijo el señor Deane con aire desconcertado. De repente, lanzó una mirada penetrante a su hija—. No creerás que el pobre chico está encariñado contigo y por ello puedes hacer con él lo que quieras, ¿verdad? —En cambio, el señor Deane no albergaba dudas sobre los afectos de su hija.

—No, papá; se interesa poco por mí, ni siquiera tanto como yo por él. Pero tengo una razón para estar segura de lo que digo. No me pregunte usted. Y si lo adivina, no me lo diga. Límitese a dejarme hacer.

Lucy se levantó del escabel para sentarse sobre las rodillas de su padre y besarle con este último ruego.

—¿Estás segura de que no vas a enredarlo todo? —preguntó él, mirándola con enorme cariño.

—Sí, papá, estoy segura. Soy muy lista, he heredado su talento para los negocios. ¿No admiró mi libro de cuentas cuando se lo enseñé?

—Bueno, bueno, si ese joven se mantiene callado no pasará nada grave. Y, la verdad, no creo que tengamos muchas oportunidades de otro modo. Ahora déjame dormir.

Capítulo VIII

Wakem bajo una nueva luz

Antes de que hubieran transcurrido tres días tras la conversación entre Lucy y su padre que el lector acaba de presenciar, ésta había conseguido hablar en privado con Philip después de acordar que Maggie fuera a ver a la tía Glegg. Durante un día y una noche, Philip dio vueltas y vueltas a lo que de había contado Lucy hasta que decidió cuál era el camino más adecuado. Le pareció que veía ante él una posibilidad de cambiar su posición en relación con Maggie y eliminar, al menos, un obstáculo entre ambos. Trazó un plan y calculó todos los movimientos, con la apasionada minuciosidad de un entusiasta jugador de ajedrez, y se sorprendió de su súbito talento como estratega. Su plan era tan osado como cuidadoso, de modo que en cuanto vio que su padre no tenía nada más urgente entre manos que el periódico, se inclinó hacia él y de puso una mano en el hombro.

—Padre, ¿querría usted subir a mi sanctasanctorum y mirar dos últimos dibujos que he hecho? Ya los tengo listos.

—Phil, ya sabes que me duelen demasiado las articulaciones para subir todas esas escaleras —contestó Wakem, mirando con afecto a su hijo mientras dejaba el periódico—. Pero bueno, vamos.

—Es un lugar agradable, ¿verdad, Phil? Entra una luz magnífica desde el tejado —dijo, como siempre, en cuanto entró en el estudio. Le gustaba recordar a su hijo y a sí mismo que su indulgencia paternal le había preparado aquel lugar. Había sido un buen padre. Emily no podría reprocharle nada en ese aspecto, si saliera de la tumba—. Vamos, vamos —dijo poniéndose las lentes sobre da nariz y sentándose para tener una visión general mientras descansaba—. Tienes aquí una estupenda exposición. Palabra que no sé por qué tus obras no son tan buenas como las de ese artista de Londres, ese comosellame, por el que Leyburn pagó tanto dinero.

Philip negó con la cabeza y sonrió. Se había sentado en el taburete que utilizaba para pintar y había tomado un lápiz, con el que trazaba fuertes señales para intentar contrarrestar la sensación de temblor. Observó que su padre se levantaba y caminaba despacio, entreteniéndose afablemente en cada cuadro más de lo que su afición a los paisajes le habría inducido, hasta que se detuvo ante un caballete en el que había dos cuadros, uno mayor que el otro, y el pequeño guardado en un estuche de cuero.

—¡Vaya! ¿Y qué tienes aquí? —preguntó Wakem, sobresaltado por la repentina transición del paisaje al retrato—. Pensaba que ya no pintabas retratos. ¿Quiénes son?

—Es la misma persona con distinta edad —se apresuró a contestar Philip con calma.

—¿Y de qué persona se trata? —preguntó Wakem bruscamente, clavando los ojos con recelo en el retrato, más grande.

—Es la señorita Tulliver. En el retrato pequeño aparece más o menos como era cuando yo estudiaba en King's Lorton con su hermano: en el grande no guarda tanto parecido y corresponde al momento en que volví del extranjero.

Wakem se volvió enfurecido y con el rostro congestionado, dejó caer las lentes y miró a su hijo durante unos instantes con expresión furiosa, como si fuera a pegar al ser débil y osado que estaba sentado en el taburete. Sin embargo, se dejó caer de nuevo en el sillón y metió las manos en los bolsillos de los pantalones, sin dejar por ello de mirar airado a su hijo. Philip no le devolvió la mirada, sino que se quedó sentado contemplando la punta del lápiz.

—¿Y pretendes decir, entonces, que te has visto con ella desde que llegaste del extranjero? —preguntó finalmente Wakem con ese vano intento, al que nos empuja la ira, de castigar con las palabras y el tono, puesto que no nos está permitido golpear.

—Sí, la vi con frecuencia durante un año, antes de que muriera su padre. Nos veíamos a menudo en el bosquecillo ese que está cerca del molino de Dorlcote, las Fosas Rojas. La quiero muchísimo: nunca querré a otra mujer. He pensado en ella desde que era una niña.

—¡Adelante, caballero! ¿Y has tenido correspondencia con ella desde entonces?

—No. No le dije que la quería hasta antes de que nos separáramos y ella prometió a su hermano no volver a verme ni escribirme. No estoy seguro de que me quiera ni de que quiera casarse conmigo, pero si quisiera, si me amara lo suficiente, me casaría con ella.

—¿Y así me devuelves todas las atenciones que te he dedicado? —preguntó Wakem, palideciendo y temblando de rabia e impotencia ante la calma desafiante de Philip y su serenidad.

—No, padre —contestó Philip, mirándolo por primera vez—. No creo que devuelva nada. Ha sido conmigo un padre indulgente, pero siempre he pensado que se debía al afectuoso deseo de darme la felicidad que el destino me escatimaba; nunca creí que se tratara de una deuda que debiera pagar sacrificando todas las posibilidades que tengo de ser feliz para satisfacer unos sentimientos suyos que yo nunca podré compartir.

—Creo que, en un caso como éste, la mayoría de los hijos compartirían los sentimientos de su padre —dijo Wakem con amargura—. El padre de esa muchacha era un bruto loco e ignorante que estuvo a punto de matarme, toda la ciudad lo sabe. Y el hermano es igualmente insolente, aunque con un carácter más frío. Dices que prohibió a su hermana que te viera: pues es capaz de romperte todos los huesos si no le haces caso. Pero parece haber tomado una decisión: supongo que habrás tenido en cuenta las consecuencias. Naturalmente, eres independiente, puedes casarte mañana

mismo con esa chica si quieres: tienes veintiséis años, puedes tomar tu camino que yo seguiré el mío. No necesitamos volver a tratarnos.

Wakem se levantó y caminó hacia la puerta, pero algo lo retuvo y, en lugar de salir de la habitación, la recorrió de un lado a otro. Philip tardó en contestar y, cuando lo hizo, habló con un tono más incisivo y claro que nunca.

—No, no puedo casarme con la señorita Tulliver, suponiendo que ella me quisiera, si sólo cuento con mis recursos. No se me ha educado para ejercer ninguna profesión. No puedo ofrecerle, además de mi deformidad, mi pobreza.

—Ah, entonces, ahí sí que tienes un motivo incuestionable para seguir conmigo —dijo Wakem, todavía con amargura, aunque las últimas palabras de Philip le habían dolido y habían agitado un sentimiento con el que convivía desde hacía un cuarto de siglo. Se dejó caer de nuevo en el sillón.

—Esperaba esto —dijo Philip—. Sé que estas escenas suceden con frecuencia entre padre e hijo. Si yo fuera como otros hombres de mi edad, podría contestar a sus palabras de enfado con otras más airadas, podríamos pelearnos, me casaría con la mujer que amo y tendría la oportunidad de ser tan feliz como cualquier otro. Pero si le produjera alguna satisfacción aniquilar el objetivo de todo lo que ha hecho por mí, tiene una ventaja sobre muchos otros padres: puede privarme por completo de lo único que daría sentido a mi vida.

Philip hizo una pausa, pero su padre siguió en silencio.

—Sabe usted mejor que nadie qué otra satisfacción podría obtener y que nada tiene que ver con ese rencor ridículo digno de salvajes nómadas.

—¡Rencor ridículo! —exclamó Wakem—. ¿A qué te refieres? ¡Maldita sea! ¿Acaso un hombre debe recibir latigazos de un ser zafio y estarle agradecido? Además, ahí está ese diablo orgulloso y frío del hijo. Cuando se produjo la venta dijo una palabra que no olvidaré. Sería el mejor blanco que conozco para una bala, si el tipo mereciera el gasto.

—No me refiero al resentimiento contra ellos —dijo Philip, que tenía sus motivos para compartir el rencor hacia Tom—, aunque no merece la pena albergar deseos de venganza. Me refiero a que esa enemistad se extienda a una muchacha indefensa, demasiado sensata y bondadosa para compartir sus estrechos prejuicios. Ella nunca se ha mezclado con las peleas familiares.

—¿Y qué significa eso? Nadie se pregunta lo que hace una mujer, sino de dónde procede. Es degradante que pienses siquiera en casarte con la hija del viejo Tulliver.

Por primera vez durante todo el diálogo, Philip perdió cierto control de sí mismo y enrojeció de rabia.

—La señorita Tulliver posee una categoría que sólo los necios pueden adjudicar a la clase media —dijo con tono amargo y mordaz—: es una persona refinada de pies a cabeza y sus parientes, sean lo que sean, merecen todo el respeto por su honor y su

integridad irreprochables. Todo Saint Ogg's diría que ella es superior a mí.

Wakem lanzó una feroz mirada de interrogación a su hijo, pero Philip no lo miraba y, al cabo de unos instantes, prosiguió para explicar sus últimas palabras.

—Encuentre una sola persona en Saint Ogg's que no le diga que sería una pena que una bella criatura como ella se casara con un ser lamentable como yo.

—¡Ella no! —exclamó Wakem, poniéndose en pie y olvidando toda consideración en un estallido de orgullo resentido, entre paternal y personal—. Para ella sería un matrimonio muy ventajoso. Cuando una muchacha quiere a un hombre, eso de las deformidades accidentales son tonterías.

—Pero en estas circunstancias, las muchachas no suelen enamorarse —dijo Philip.

—Entonces —contestó Wakem con cierta brutalidad, intentado recuperar su postura anterior—, si ella no te quiere, te podrías haber ahorrado la molestia de hablarme de ella y me podrías haber ahorrado la molestia de negarme a lo que no va a suceder.

Wakem se encaminó a la puerta con grandes pasos y, sin mirar atrás, cerró de un portazo.

Philip confiaba todavía en que lo sucedido no le impidiera conseguir de su padre lo que se había propuesto, pero la escena le había crispado los nervios, tan sensibles como los de una mujer. Decidió no bajar a cenar porque no se sentía capaz de volver a enfrentarse a su padre ese día.

Cuando no tenía invitados, Wakem acostumbraba a salir por la noche, incluso a horas tan tempranas como las siete y media; y puesto que era ya media tarde, Philip cerró con llave su habitación y salió a dar un largo paseo con la idea de no regresar hasta que su padre hubiera salido de casa. Se metió en un bote y bajó el río hasta llegar a uno de sus pueblos favoritos, donde cenó y se entretuvo hasta que se hizo la hora de regresar. Nunca se había peleado con su padre y sentía el desagradable temor de que la disputa se prolongara durante semanas. Y durante ese tiempo, ¿qué era lo que no podría suceder? No se permitía pensar en el significado de aquella pregunta involuntaria. Pero si podía llegar a convertirse alguna vez en el novio oficial y reconocido de Maggie, los vagos temores tendrían menos fundamento. Subió de nuevo al estudio de pintura y se echó sobre el sillón con sensación de fatiga; miró las marinas con olas y rocas dispuestas a su alrededor hasta que cayó en un sueño en el que veía a Maggie deslizándose por una cascada verde, resbaladiza y brillante mientras él la miraba indefenso, hasta que lo despertó lo que le pareció un estruendo repentino y horrible.

Era la puerta que se abría y apenas habría dormido unos minutos porque no se advertía ningún cambio perceptible en la luz de la tarde. Entró su padre con un cigarro en la boca. Philip hizo un gesto para cederle el sillón.

—Quédate quieto, prefiero andar.

Recorrió la habitación con grandes pasos un par de veces hasta detenerse delante de Philip con una mano metida en el bolsillo lateral.

—Pero esta chica parece sentir algo por ti, Phil —dijo, como si su conversación no se hubiera interrumpido—; si no fuera así, no se habría visto contigo.

El corazón de Philip latía rápidamente y un repentino sonrojo recorrió su rostro como un reflejo. No le resultaba fácil hablar.

—En King's Lorton, cuando era niña, me tomó cierto cariño porque hice compañía a su hermano cuando se hirió en el pie. Conservó el recuerdo y pensaba en mí como un viejo amigo. Cuando nos vimos, no me consideraba su enamorado.

—Pero tú acabaste cortejándola, ¿qué dijo entonces? —preguntó Wakem, cogiendo el cigarro y caminando de un lado a otro.

—Entonces dijo que me quería.

—Caray, ¿qué más quieres? ¿Es una mujer frívola?

—Entonces era muy joven —explicó Philip, vacilando—. Me temo que apenas sabía lo que sentía. Quizá la larga separación y la idea de que algunos acontecimientos nos separan para siempre pueden haberla hecho cambiar.

—Pero ahora está en la ciudad, la he visto en la iglesia. ¿No has hablado con ella desde que regresaste?

—Sí, en casa del señor Deane, pero no he podido volver a declararme por varios motivos. Pero desaparecería un obstáculo si usted diera su consentimiento, si estuviera dispuesto a aceptarla como nuera.

Wakem permaneció en silencio un rato frente al retrato de Maggie.

—No es la clase de mujer que era tu madre, Phil —dijo finalmente—. La he visto en la iglesia, es más guapa que en el retrato. Vi que tiene unos ojos muy hermosos y buena figura, pero parece una mujer peligrosa y difícil de manejar.

—Es muy tierna y afectuosa, y muy sencilla. No se da aires ni utiliza las pequeñas tretas de otras mujeres.

—¿Sí? —preguntó Wakem. Después miró hacia su hijo—. Pero tu madre parecía más dulce, tenía el cabello castaño y ondulado, y unos ojos grises como los tuyos. No puedes recordarla bien. Siento muchísimo no tener un buen retrato suyo.

—Entonces, ¿no le alegraría que yo conociera esa clase de felicidad padre, que me endulzara la vida? Usted no tendrá en la vida otro lazo tan fuerte como el que empezó hace veintiocho años, cuando se casó con mi madre, y desde entonces no ha hecho más que estrecharlo.

—Ah, Phil. Eres la única persona que conoce lo mejor de mí mismo —exclamó Wakem, tirando la colilla del cigarro y tendiéndole la mano a su hijo—. Debemos mantenernos juntos, si es que somos capaces. Y ahora, ¿qué debo hacer? Baja conmigo y dímelo. ¿Debo ir a visitar a esa damisela de ojos oscuros?

Derribado así el muro que los separaba, Philip pudo hablar libremente con su padre de su relación con los Tulliver, del deseo de que recuperaran el molino y las tierras, y de que, como paso inmediato, quedaran en manos de Guest & Co. Pudo atreverse a ser persuasivo y apremiante, y su padre cedió más rápidamente de lo previsto.

—A mí no me interesa el molino —accedió finalmente con cierta irritación—. Últimamente me ha dado mucha guerra. Sólo quiero que me paguen las mejoras que he introducido. Pero con una condición: no quiero tener tratos directos con el joven Tulliver. Si tú quieres tragártelo por su hermana, allá tú; pero no hay salsa que pueda hacer que yo lo trague.

Dejo al lector que imagine los agradables sentimientos con que Philip se encaminó al día siguiente a casa del señor Deane para comunicarles que el señor Wakem estaba dispuesto a iniciar las negociaciones, así como la expresión de triunfo de Lucy cuando preguntó a su padre si no había demostrado poseer una gran habilidad negociadora. El señor Deane quedó desconcertado y se preguntó cuál sería el secreto de los tejemanejes de los jóvenes. Pero para los hombres del talante del señor Deane, lo que sucede entre los jóvenes es tan ajeno a los asuntos de la vida como las actividades de los pájaros y de las mariposas, hasta que se demuestre que tienen un efecto maligno sobre los asuntos monetarios. Y, en aquel caso, el efecto parecía haber sido totalmente beneficioso.

Capítulo IX

La caridad se viste de gala

La carrera de Maggie como miembro admirado de la buena sociedad de Saint Ogg's culminó sin duda el día de la venta benéfica, cuando su belleza noble y sencilla, vestida en una flotante muselina blanca que, sospechamos, procedía del guardarropa de la tía Pullet, se distinguió de las mujeres más adornadas y convencionales que la rodeaban. Tal vez no advertimos hasta qué punto nuestra conducta social está hecha de gestos artificiales hasta que vemos a una persona a la vez sencilla y hermosa: porque sin belleza tendemos a considerar tosquedad la sencillez. Las señoritas Guest estaban demasiado educadas para emplear las muecas y el tono afectado que caracteriza a la vulgaridad con pretensiones; pero, dado que su puesto se encontraba junto al de Maggie, aquel día pareció obvio, por primera vez, que la señorita Guest mantenía la barbilla demasiado alta y que la señorita Laura hablaba y gesticulaba con deseos de impresionar.

Todas las personas bien vestidas de Saint Ogg's y de los alrededores se encontraban allí, y habría merecido la pena acudir incluso desde lejos para contemplar el hermoso y viejo Hall, con sus vigas vistas y las grandes puertas de dos batientes, también de roble, y la luz que, procedente de lo alto, caía sobre las multicolores prendas expuestas. Era un lugar pintoresco, con las paredes pintadas con anchas franjas desvaídas y algún animal heráldico, hirsuto y hocicudo, apreciados emblemas de la familia noble que en otros tiempos fuera propietaria de aquel caserón, convertido ahora en edificio municipal. Un gran arco, tallado en la parte superior de uno de los muros, remataba un escenario de roble, tras el cual había una sala, donde se habían colocado plantas de invernadero y mesas con viandas: un lugar muy agradable para los caballeros dispuestos a pasar el rato y cambiar los apretujones de la sala por un punto de vista más amplio. En realidad, aquel edificio antiguo se adaptaba tan bien a aquel propósito moderno que hacía elegante la caridad y llevaba, a través de la vanidad, a compensar las carencias, que nadie podía entrar en la sala sin comentarlo en más de una ocasión. Cerca del gran arco situado sobre la orquesta se encontraba un mirador de piedra con vidrieras pintadas, una de las venerables incoherencias del antiguo Hall; allí cerca tenía Lucy su puesto, debido a las necesidades de algunos artículos sencillos de cuya venta se encargaba en representación de la señora Kenn. Maggie le había rogado que le permitiera sentarse en el extremo abierto del puesto para vender estos artículos en lugar de las alfombrillas de cuentas y otros productos elaborados de los que sabía pocas cosas. Pero los batines para caballero, que se encontraban entre sus mercancías, no tardaron

en convertirse en objeto de atención e interés general, y provocaron una curiosidad tremenda en cuanto a su calidad y sus méritos, así como una firme decisión de verificarlos mediante la prueba, de modo que su puesto no tardó en destacarse sobre los demás. Las damas que poseían bienes propios para vender y no deseaban batines, advirtieron de inmediato la frivolidad y el mal gusto de la preferencia masculina por artículos que podría proporcionarles cualquier sastre; y es posible que la enfática y diversa atención que se centró sobre la señorita Tulliver, en esta ocasión pública, proyectara más tarde en muchos de los presentes una luz poderosa e inequívoca sobre su conducta. Sin duda, no mora en el pecho de las damas caritativas la rabia por la belleza desdeñada, sino que los errores de las personas que en algún momento han sido objeto de admiración se hacen más intensos por mero contraste y, además, el destacado lugar que ocupaba Maggie aquel día por primera vez ponía en evidencia ciertas características que más tarde se consideraron de cierta relevancia significativa. La mirada directa de la señorita Tulliver resultaba algo atrevida, y su belleza poseía ciertas características toscas que la situaban, en opinión de todos los jueces femeninos, muy por detrás de su prima, la señorita Deane; porque las damas de Saint Ogg's habían renunciado ya por completo, a favor de Lucy, a sus pretensiones de provocar la admiración del señor Guest.

En cuanto a la pequeña y dulce Lucy, su reciente y bienintencionado triunfo en relación con el molino y todos los cariñosos proyectos que imaginaba para Maggie y Philip contribuían a que estuviera muy animada, y no le proporcionaba más que placer la evidencia del atractivo de Maggie. Sin duda, ella también estaba encantadora, y en aquel acto público Stephen le prestaba toda la atención, comprando celosamente todos los artículos que había visto elaborar por sus manos y ayudando alegremente a engatusar a todos los clientes masculinos para que adquirieran las más afeminadas futilidades. Decidió dejar el sombrero y ponerse un fez escarlata bordado por ella, aunque los observadores superficiales no lo consideraron tanto un cumplido hacia Lucy como una señal de fatuidad. «Guest es un fatuo —señaló el joven Torry—, pero en Saint Ogg's es una persona privilegiada y todo el mundo le sigue la corriente: si otro hiciera lo mismo que él, todo el mundo diría que estaba haciendo el ridículo». (El joven Torry era pelirrojo).

Y Stephen no compró nada del puesto de Maggie hasta que Lucy le dijo en tono bajo y ofendido:

—Mire, todo lo que ha tejido Maggie está a punto de venderse y usted no habrá comprado nada. Tiene esas cosas tan deliciosamente suaves para calentar las muñecas, cómpreselas.

—¡Oh, no! —dijo Stephen—. Deben de estar pensadas para personas imaginativas que en un día cálido como éste se hielan si piensan en el helado Cáucaso. Ya sabe usted que yo soy más severo. Convenza usted a Philip de que los

compre. Por cierto, ¿por qué no ha venido?

—No le gusta ir a lugares donde hay demasiada gente, aunque le encarecí que viniera. Me dijo que se quedaría con todo lo que los demás no quisieran. Pero ahora vaya a comprarle algo a Maggie.

—No, no. Mire, ahora tiene un cliente: el viejo Wakem acaba de llegar. Lucy volvió los ojos con interés e inquietud hacia Maggie para ver cómo se desenvolvía en aquel primer encuentro, desde un tiempo tristemente memorable, con un hombre hacia el que, probablemente, experimentaba una extraña mezcla de sentimientos, pero se alegró al comprobar que Wakem tenía tacto suficiente para ponerse a hablar de los géneros que se vendían en la feria y parecer interesado en comprar algo mientras le dirigía alguna sonrisa amable, sin darle oportunidad de hablar demasiado, puesto que advertía que estaba pálida y temblorosa.

—Vaya, Wakem está resultando amable con su prima —dijo Stephen por lo bajo a Lucy—. ¿Acaso se debe a pura magnanimidad? Usted me contó algo de una pelea familiar.

—Oh, espero que no tarde en arreglarse —dijo Lucy, tan satisfecha que resultaba poco discreta, con aire de saber más del asunto. Sin embargo, Stephen no pareció reparar en su comentario y, puesto que se aproximaban algunas compradoras, fue acercándose hacia el rincón de Maggie. Toqueteó algunos objetos y se mantuvo a cierta distancia hasta que Wakem, que había sacado ya la cartera, terminó la transacción.

—Mi hijo ha venido conmigo —oyó que decía Wakem—, pero se ha esfumado en algún rincón del edificio y ha dejado para mí estas atenciones caritativas. Espero que le reproche su mala conducta.

Sin decir nada, ella le devolvió la sonrisa y la inclinación, y Wakem se dio la vuelta. Entonces vio a Stephen y lo saludó con un movimiento de cabeza. Maggie, consciente de que Stephen seguía allí, se entretuvo contando el dinero y evitó levantar la vista. Se había alegrado de que hubiera prestado atención sólo a Lucy y no se hubiera acercado a ella. Habían empezado el día con un saludo indiferente y ambos se habían sentido satisfechos de mantenerse alejados, como un paciente capaz de pasarse sin la dosis de opio a pesar de los fracasos previos. Y durante los últimos días incluso habían estado preparándose para los fracasos, meditando sobre los acontecimientos que pronto los separarían, motivo para prescindir de la conquista de sus propios sentimientos.

Stephen fue acercándose paso a paso, como si tiraran de él contra su voluntad, hasta que rodeó el extremo lateral del puesto y quedó medio escondido por una pantalla de colgaduras. Maggie siguió contando el dinero, hasta que de repente oyó una voz profunda y agradable.

—¿Está usted muy cansada? ¿Quiere que le traiga algo? ¿Un poco de fruta o

jalea?

Aquel tono inesperado hizo que se estremeciera, como con la súbita vibración de un arpa a su lado.

—¡Oh, no, gracias! —dijo débilmente, alzando la vista unos instantes.

—Está usted muy pálida —insistió Stephen con tono solícito—. Estoy seguro de que está agotada. Voy a desobedecerla y le traeré algo.

—No, de veras que no podría tomarlo.

—¿Está usted enfadada? ¿Qué le he hecho? Haga el favor de mirarme.

—Le ruego que se vaya —dijo Maggie, mirándolo con expresión de impotencia. Enseguida desvió los ojos hacia el rincón opuesto del escenario, medio oculto por los pliegues del viejo telón verde. En cuanto pronunció ese ruego, Maggie se estremeció ante lo que implicaba, pero Stephen se dio la vuelta al instante y, siguiendo la mirada de Maggie, divisó a Philip Wakem sentado en el rincón escondido, de manera que apenas podía ver de la sala otra cosa que el lugar donde estaba Maggie. Un pensamiento totalmente nuevo asaltó a Stephen y, vinculándolo a lo que acababa de observar en los modales de Wakem y la respuesta de Lucy a su observación, se convenció de que había existido alguna relación previa entre Philip y Maggie, además de la amistad infantil mencionada. Abandonó la sala, empujado por más de un impulso, y subió las escaleras en dirección a la sala de descanso. Allí se dirigió hacia Philip, se sentó tras él y le puso la mano en el hombro.

—¿Estás estudiando para hacer un retrato, Phil? ¿O para dibujar el ventanal? Diantre, desde este rincón oscuro, enmarcado por el telón, resulta un fragmento interesante.

—He estado estudiando la expresión del rostro humano —contestó Philip, cortante.

—¿Cómo? ¿El de la señorita Tulliver? Hoy está de mal humor, me parece. Se siente como una princesa obligada a atender tras un mostrador. Su prima me mandó para que le ofreciera un refrigerio, pero, como siempre, me ha desdeñado. Supongo que entre ambos existe una antipatía natural, pocas veces tengo el honor de complacerla.

—¡Qué hipócrita eres! —exclamó Philip, enrojeciendo furioso.

—¿Cómo es eso? ¿La experiencia debería haberme enseñado que gusto a todo el mundo? Reconozco la universalidad de la ley, pero en este caso no se cumple.

—Me marcho —dijo Philip, levantándose bruscamente.

—Yo también, para tomar un poco de aire fresco. Este lugar es sofocante. Creo que ya he cumplido con creces.

Los dos amigos bajaron juntos sin hablar. Philip se encaminó hacia la puerta que daba sobre el cementerio, pero Stephen siguió pasillo adelante.

—Oh, por cierto, debo quedarme por aquí —dijo, y se encaminó hacia una de las

salas situadas en el otro extremo del edificio, asignadas a la biblioteca de la ciudad.

No había nadie en la sala y eso es todo lo que necesita un hombre cuando lo único que desea es lanzar el sombrero sobre la mesa, sentarse a horcajadas en una silla y contemplar la alta pared de ladrillos con un ceño tan fruncido que habría sido digno de la ocasión si hubiera tenido que dar muerte a la gigantesca Pitón. La conducta que se deriva de un conflicto moral con frecuencia es tan semejante al vicio que el juicio externo, si se basa en una mera comparación de los actos, no percibe la diferencia. Espero que el lector advierta con claridad que Stephen no era hipócrita —capaz de actuar con deliberada doblez para conseguir un fin egoísta— y, sin embargo, la fluctuación entre el empeño sistemático en negar un sentimiento y el modo en que le daba rienda suelta podría haber servido de sólido argumento para la acusación de Philip.

Entre tanto, Maggie permanecía sentada en el puesto, fría y temblorosa, con la dolorosa sensación en los ojos que procede de unas lágrimas reprimidas con firmeza. ¿Acaso su vida sería siempre así? ¿Tendría que vivir siempre sometida a conflictos internos? Oía confusamente las voces ajetreadas e indiferentes a su alrededor y habría deseado que aquella corriente fácil y rumorosa arrastrara su pensamiento. En aquel momento, el doctor Kenn, que acababa de entrar en el salón y caminaba hacia el centro con las manos a la espalda mientras echaba un vistazo general, detuvo los ojos en Maggie por primera vez y se sorprendió ante la expresión de dolor de aquel bello rostro. Maggie estaba sentada e inmóvil, porque el flujo de clientes había disminuido a aquella hora tardía: los caballeros habían preferido pasar por ahí a mitad del día y el puesto de Maggie apenas tenía ya objetos que vender. Eso, junto con su expresión ausente y dolorosa, completaba el contraste entre ella y sus compañeras, animadas y atareadas. El doctor Kenn se sintió profundamente atraído. Como es natural, el rostro de Maggie le había llamado la atención en la iglesia por ser nuevo y hermoso, y se la habían presentado durante una breve visita de trabajo a casa del señor Deane, pero no habían cruzado más de tres palabras. Caminó hacia ella y Maggie, advirtiendo que alguien se acercaba, se forzó a levantar la vista y prepararse para hablar. Sintió un alivio infantil e instintivo de la sensación de incomodidad provocada por el esfuerzo cuando vio que era el doctor Kenn quien la miraba: aquel rostro de mediana edad poco agraciado, de una amabilidad grave y penetrante, que parecía corresponder a un ser humano que, tras alcanzar una playa segura, observara con deseo de ayudar a quienes todavía combatían con las olas, tuvo sobre ella un efecto que recordaría más tarde como si hubiera sido una promesa. Las personas de mediana edad que han vivido ya las emociones más fuertes de su vida pero se encuentran en un momento en que la memoria todavía conserva algo de pasión y no es meramente contemplativa, pertenecen a una especie de sacerdocio natural formado y consagrado por la vida para ser refugio y socorro de los jóvenes que avanzan dando traspis y para los que

desesperan de sí mismos: casi todos nosotros, en algún momento de nuestra juventud, habríamos recibido con los brazos abiertos a un sacerdote de esta orden natural, canónica o no, y, en cambio, tuvimos que caminar a tientas, sin esa ayuda, como Maggie, a través de todas las dificultades de los diecinueve años.

—Me temo que este trabajo le resulta fatigante, señorita Tulliver —dijo el doctor Kenn.

—Lo cierto es que sí —contestó Maggie con sencillez, pues no estaba acostumbrada a negar con una sonrisa tonta los hechos evidentes.

—Sin embargo, podré decir a mi esposa que ha vendido sus objetos rápidamente —añadió—. Le estará muy agradecida.

—Oh, no he hecho nada: los caballeros se apresuraron a venir a comprar los batines y los chalecos bordados, pero creo que cualquiera de las otras damas presentes habría vendido más; yo no sabía qué decir sobre ellos.

—Espero que se quede y forme parte de mis parroquianos de manera definitiva, señorita Tulliver —dijo el doctor Kenn con una sonrisa—. Ya que hasta ahora, se ha mantenido lejos de nosotros.

—He sido maestra en un colegio y pronto iré a desempeñar otro trabajo similar.

—¿Ah, sí? Esperaba que se quedara entre sus familiares, que, según creo, viven todos por aquí.

—Oh, tengo que irme —contestó Maggie muy seria, mirando al doctor Kenn con expresión de confianza, como si le hubiera contado toda su historia con esas tres palabras.

Algunas veces, incluso en encuentros fugaces —durante un viaje o tal vez junto al camino— tiene lugar una revelación tácita. En algunas ocasiones, la mirada o las palabras de un desconocido nos hacen creer en la existencia de la fraternidad humana.

La vista y los oídos del doctor Kenn percibieron que esa breve confidencia de Maggie estaba cargada de significado.

—Entiendo —dijo—, le parece conveniente marcharse, pero espero que eso no impida que volvamos a vernos, que llegue a conocerla mejor, si puedo serle de alguna ayuda.

Le tendió la mano y estrechó la suya amablemente antes de alejarse. «Tiene alguna pena en el corazón —pensó—. Pobre criatura. Parece como si fuera una de esas "almas cuya naturaleza tanto eleva y cuyo sufrimiento tanto abate". Esos bellos ojos tienen una expresión extraordinariamente sincera».

Podría resultar sorprendente que Maggie, entre cuyas múltiples imperfecciones no se encontraba ausente el deseo excesivo de admiración y reconocimiento de sus méritos, en la misma medida que cuando quiso instruir a los gitanos con intención de ocupar un lugar regio entre ellos, no se sintiera más animada en un día en que había recibido el tributo de tantas miradas y sonrisas, junto con la satisfactoria conciencia

que necesariamente debió sentir cuando la llevaron ante el espejo de cuerpo entero de Lucy para que se contemplara, alta y bella, coronada por la negra noche de su abundante cabello. En ese momento, Maggie se dirigió una sonrisa y durante un instante lo olvidó todo ante la conciencia de su belleza. Si ese estado de ánimo hubiera durado, habría optado por tener a Stephen Guest a sus pies ofreciéndole una vida llena de lujos, con el cotidiano incienso de la adoración próxima y lejana, con todas las posibilidades de la cultura al alcance de la mano. Pero su carácter tenía otros rasgos más poderosos que la vanidad: la pasión, el afecto, los recuerdos antiguos de la disciplina y el esfuerzo, de lejanos sentimientos de amor y piedad: y una corriente más poderosa que nunca, empujada por los acontecimientos y los impulsos internos de la última semana, arrastró el arroyo de la vanidad y se mezcló con él hasta hacerlo desaparecer.

Philip no había contado a Maggie que su padre ya no suponía un obstáculo para la relación entre ambos —no se había atrevido—, pero se lo había explicado todo a Lucy con la esperanza de que Maggie, tras enterarse por ella, le diera alguna señal alentadora que sugiriera que le hacía feliz aquella reducción de la distancia que los separaba. Los sentimientos en conflicto fueron excesivos para que Maggie pudiera decir gran cosa cuando Lucy, con el rostro resplandeciente de alegría, como uno de los querubines de Correggio, le comunicó la noticia triunfal, y Lucy no se sorprendió de que no pudiera hacer otra cosa que llorar de alegría ante la idea de que el deseo de su padre se cumpliera y que Tom pudiera recuperar el molino como recompensa de sus esfuerzos. Durante los días siguientes, los detalles de la preparación de la venta benéfica acapararon la atención de Lucy y nada se dijeron las primas sobre unas cuestiones que afectaban a sentimientos tan profundos. Philip había ido a la casa en más de una ocasión, pero Maggie no sostuvo con él ninguna conversación en privado, de modo que había librado aquella batalla interna sin interferencias.

—Debes abandonar el plan de ir pasado mañana a pasar unos días con tu tía Moss, Maggie —dijo Lucy cuando las primas estuvieron solas de nuevo, descansando juntas en casa tras la venta benéfica—: escríbele una nota diciéndole que lo has aplazado a petición mía y enviaré a un criado con ella. No se disgustará, ya tendrás tiempo más tarde de ir a verla. Y no quiero que desaparezcas en este preciso momento.

—Tengo que irme, querida Lucy. No puedo retrasarlo ni quiero relegar a la tía Gritty. Y tengo muy poco tiempo, porque me iré al nuevo trabajo el veinticinco de junio.

—¡Maggie! —exclamó Lucy, casi blanca de asombro.

—No te lo había dicho porque has estado muy ocupada —dijo Maggie, haciendo un gran esfuerzo para dominarse—. Pero hace un tiempo escribí a nuestra antigua institutriz, la señorita Firniss, para preguntarle si sabía de algún empleo que pudiera

ocupar, y el otro día recibí una carta suya diciéndome que podía llevarme a la costa durante las vacaciones a tres de sus alumnas, huérfanas, y después pasar un periodo de prueba con ella como profesora. Ayer escribí aceptando la oferta.

Lucy se sintió tan herida que durante unos segundos fue incapaz de hablar.

—Maggie —dijo finalmente—. ¿Cómo has podido hacerme esto? Mira que no decírmelo... y tomar semejante decisión... ¡precisamente ahora! —Vaciló un poco y añadió—: ¿Y Philip? Yo creía que todo iba a ser tan feliz... ¡Oh, Maggie! ¿Por qué haces esto? Renuncia, deja que yo escriba la carta. Ahora ya no hay nada que pueda separaros a Philip y a ti.

—Sí —dijo Maggie débilmente—: están los sentimientos de Tom. Dijo que me olvidara de él si me casaba con Philip. Y sé que no cambiará, por lo menos, durante mucho tiempo, a no ser que suceda algo que lo aplaque.

—Pero hablaré con él, va a volver esta semana. Y la buena noticia sobre el molino lo calmará. Y también le hablaré de Philip. Tom siempre se muestra conmigo muy complaciente, a mí no me parece tan obstinado como dices.

—De todos modos, tengo que irme —repitió Maggie, abatida—. Tengo que dejar que pase cierto tiempo. No insistas en que me quede, querida Lucy.

Lucy permaneció en silencio durante unos minutos, reflexionando con la mirada perdida.

—Maggie, ¿es que no quieres a Philip lo suficiente para casarte con él? Dímelo, confía en mí —preguntó Lucy tras arrodillarse junto a su prima, mirándola a la cara con seria inquietud.

Maggie sostuvo las manos de Lucy en silencio durante un rato. Las suyas estaban muy frías. Pero cuando habló, su voz fue clara y nítida.

—Sí, Lucy. Me casaría con él. Creo que para mí no habría mejor destino que hacerlo feliz. Él me quiso antes que nadie. Nadie podría ser para mí lo que es él. Pero no puedo separarme para siempre de mi hermano. Tengo que marcharme y esperar. Y te ruego que no vuelvas a hablarme de eso nunca más.

Lucy obedeció, dolida y sorprendida.

—Bueno, querida Maggie —añadió—, por lo menos irás al baile de mañana en Park House y disfrutarás de un poco de música antes de irte a esa triste visita. ¡Ah, aquí está mi querida tía con el té!

Capítulo X

Parece romperse el hechizo

Las salas que se sucedían, una tras otra, en Park House, se mostraban debidamente brillantes, adornadas con luces y flores y el esplendor personal de dieciséis parejas acompañadas de sus padres y tutores. El lugar más resplandeciente era el largo salón, donde tenía lugar el baile, bajo la inspiración de un piano de cola; la biblioteca, abierta en un extremo, preparada para los juegos de cartas, disfrutaba de la iluminación más sobria de la madurez; y, al otro extremo, el lindo gabinete con un invernadero adosado quedaba como un posible retiro más fresco. Lucy, que había abandonado el luto por primera vez y lucía su linda figura envuelta en un abundante vestido de crespón blanco, era la reina oficial de la ocasión, porque aquélla era una de las fiestas condescendientes de las señoritas Guest, ya que no incluía a ningún miembro de una aristocracia superior a la de Saint Ogg's y ampliaba en lo posible el criterio de nobleza aplicado a comerciantes y profesionales.

Al principio, Maggie se negó a bailar con el pretexto de que había olvidado todos los pasos, tanto tiempo había transcurrido desde que bailaba en el colegio; y se alegró de tener esa excusa, porque es malo bailar con el corazón triste. Pero, al cabo de un rato, la música se le metió en las jóvenes piernas y le apeteció, aunque fue el horrible joven Torry quien apareció por segunda vez con intención de convencerla. Ella le advirtió que sólo sabía bailes tradicionales, pero él, naturalmente, estaba dispuesto a esperar tan alta felicidad y le aseguró en varias ocasiones, con la única intención de ser amable, que «era un fastidi» que no supiera bailar el vals, ya que le habría gustado mucho bailar con ella. Pero finalmente llegó el momento de los bailes anticuados, los menos vanidosos y más divertidos, y Maggie casi olvidó su agitada vida disfrutando como una niña de aquel ritmo algo rústico que parece desterrar toda etiqueta pretenciosa. Se sentía generosa con el joven Torry, que le sostuvo la mano durante el baile; sus ojos y sus mejillas poseían el fuego de la joven alegría, capaz de arder al menor soplo; y el sencillo traje negro con un poco de encaje parecía el oscuro engarce de una piedra preciosa.

Stephen todavía no le había pedido que bailara con él, todavía no le había prestado más atención que la cortés. Desde el día anterior, la imagen de Maggie que tenía siempre presente estaba parcialmente oculta por la de Philip Wakem, que la cubría como una mancha: había alguna relación entre ella y Philip; por lo menos, por parte de él, y ella se sentía obligada. Stephen se decía que, en ese caso, otra razón de honor lo obligaba a resistir una atracción que continuamente amenazaba con dominarlo. Eso era lo que se decía: y, sin embargo, en un par de ocasiones había

sentido una violenta resistencia y, en otras, una estremecedora repugnancia ante esta intromisión de la imagen de Philip, que casi contribuía a empujarlo hacia Maggie y reclamarla como suya. Con todo, aquella noche hacía lo que se había propuesto: hasta el momento se había mantenido lejos, casi no la había mirado y había atendido alegremente a Lucy. No obstante, en aquel instante devoraba a Maggie con los ojos y tenía tentaciones de echar al joven Torry del baile de una patada y ocupar su lugar. Deseó que terminara el baile para que ella pudiera librarse de su pareja. El deseo de bailar con Maggie y tener su mano entre las suyas durante tanto rato empezaba a apoderarse de él como una sed. Pero, aunque estaban lejos el uno del otro, sus manos se unían en el baile.

Stephen apenas advirtió lo que sucedía o de qué modo mecánico cumplía con los deberes de la cortesía hasta que quedó libre y volvió a ver a Maggie otra vez sentada y sola, en el extremo opuesto del salón. Se dirigió hacia ella, a través de las parejas que estaban formándose para el vals, y cuando Maggie se dio cuenta de que la estaba buscando, a pesar de todos sus pensamientos previos, sintió que se le alegraba el corazón. Todavía tenía los ojos y las mejillas iluminadas con un entusiasmo infantil por el baile: todo su cuerpo estaba predispuesto a la alegría y a la ternura: ni siquiera los pesares futuros parecían amargos, estaba dispuesta a aceptarlos como parte de la vida, porque en aquel momento ésta le parecía una conciencia viva y vibrante posada sobre el placer o el dolor. En aquella última noche podía disfrutar sin trabas en la calidez del presente sin pensamientos gélidos sobre el pasado y el futuro.

—Van a tocar otro vals —dijo Stephen, inclinándose para hablar con ella, con esa mirada y ese tono de ternura contenida que los jóvenes sueños imaginan en los bosques en verano, cuando leves arrullos llenan el aire. Esas miradas y esos tonos llevan consigo un aliento poético a una sala sofocante debido a la iluminación del gas y a arduos flirteos.

—Van a tocar otro vals. Marea un poco mirar y hace mucho calor, ¿quiere que demos un paseo?

Le tomó la mano y se la colocó en el brazo, y se dirigieron hacia el gabinete, donde había unas mesas dispuestas con grabados para acomodar a unos visitantes poco interesados en mirarlos. Pero en aquel momento no había nadie. Pasaron al invernadero.

—Qué raros e irreales son los árboles y las flores entre luces —dijo Maggie con voz baja—. Se diría que pertenecen a una tierra encantada y que nunca se irán: no me costaría imaginar que están hechos con piedras preciosas.

Contemplaba una hilera de geranios mientras hablaba y Stephen no contestó; la estaba mirando. ¿Y acaso un poeta supremo no mezcla la luz y el sonido para llamar muda a la oscuridad y elocuente a la luz? Algo extrañamente poderoso había en la luz de la larga mirada de Stephen, porque hizo que el rostro de Maggie se volviera hacia

él y se alzara: lentamente, como una flor sigue al astro que asciende. Y siguieron avanzando con paso vacilante, sin tener la sensación de estar andando, sin sentir otra cosa que la mirada larga y grave que poseía la solemnidad propia de toda pasión humana profunda. La conciencia de que debían y querían renunciar el uno al otro hacía aquel momento de confesión mutua todavía más intenso.

Pero llegaron al extremo del invernadero y tuvieron que detenerse y dar la vuelta. Maggie volvió en sí con el cambio: se sonrojó profundamente, movió la cabeza, soltó el brazo de Stephen y se acercó a unas flores para olerlas. Stephen permaneció inmóvil, todavía pálido.

—¡Oh! ¿Puedo coger esta rosa? —preguntó Maggie, haciendo un gran esfuerzo para decir algo y disipar la ardiente sensación de una confesión irremediable—. Me parece que soy un poco mala con las rosas: me gusta cogerlas y olerlas hasta que ya no tienen aroma.

Stephen estaba mudo: era incapaz de formar una frase y Maggie extendió el brazo hacia la gran rosa medio abierta que le había llamado la atención. ¿Quién no ha observado la belleza de un brazo femenino, las indecibles sugerencias de ternura de un codo con sus hoyuelos y de las curvas suaves que se atenúan hacia la delicada muñeca? Hace dos mil años, el brazo de una mujer conmovió a un gran escultor y construyó para el Partenón una imagen de éste que todavía nos emociona mientras abraza amorosamente el gastado mármol de un tronco decapitado. El brazo de Maggie era como aquél, pero poseía los cálidos tonos de la vida.

Un loco impulso se apoderó de Stephen; se precipitó hacia el brazo, lo asió por la muñeca y lo cubrió con una lluvia de besos.

Al instante Maggie se lo arrebató y miró a Stephen como una diosa de la guerra herida, temblando de rabia y humillación.

—¿Cómo se atreve? —exclamó con voz casi ahogada, profundamente alterada—. ¿Qué derecho le he dado para que me insulte?

Huyó de él hacia el gabinete contiguo y se echó en el sofá, jadeando y temblando.

Había sufrido un terrible castigo por el pecado de permitirse un momento de felicidad que traicionaba a Lucy, a Philip, a lo mejor de sí misma. Aquella felicidad momentánea había sufrido una plaga, una lepra: Stephen la tenía por una mujer más fácil que Lucy.

Stephen se apoyó contra la estructura del invernadero, aturdido por las pasiones en conflicto: amor, rabia y confusa desesperación ante su falta de dominio y por haber ofendido a Maggie.

Este último sentimiento superó a todos los demás: estar a su lado de nuevo y rogar que lo perdonara era lo único que tenía para él la fuerza de un motivo, y apenas llevaba Maggie sentada unos pocos minutos cuando él se acercó y se detuvo ante ella con actitud humilde. Pero Maggie seguía furiosa.

—Haga el favor de dejarme sola —dijo con aire altivo e impetuoso—. Y, en el futuro, le ruego que no me busque.

Stephen dio media vuelta y caminó de un lado a otro en un extremo del gabinete. Empezaba a darse cuenta de que tenía que regresar al salón de baile cuanto antes y, cuando volvió, advirtió que habían estado fuera tan poco tiempo que el vals no había terminado.

Maggie tampoco tardó en regresar. Aguijoneado, su orgullo bullía frenético; finalmente, la odiosa debilidad que la había expuesto a aquella ofensa a su dignidad había generado su propia cura. Debía relegar todos los pensamientos y las tentaciones del último mes a un rincón perdido de la memoria: ahora ya no sentía ninguna atracción; le sería fácil cumplir con su deber y sus viejos y serenos propósitos se impondrían pacíficamente otra vez. Volvió a entrar en el salón todavía con el rostro brillante de excitación, pero con una sensación de orgulloso dominio que desafiaba toda agitación. No quiso bailar más, pero se mostró dispuesta a hablar tranquilamente con quienes le dirigieron la palabra. Y cuando se fueron a casa aquella noche, besó a Lucy con el corazón libre, casi feliz por el momento abrasador que la había liberado de la posibilidad de que otra palabra u otra mirada estuvieran marcadas con el sello de la traición hacia aquella hermana tierna y confiada.

A la mañana siguiente, Maggie no se encaminó hacia Basset tan temprano como tenía previsto. Su madre iba a acompañarla en el carruaje y la señora Tulliver no podía despachar el trabajo de la casa deprisa. De manera que Maggie, tras prepararse a toda prisa, tuvo que aguardar sentada en el jardín, dispuesta para el viaje. Lucy estaba ocupada en la casa, envolviendo algunos regalos comprados en la feria de caridad para los niños de Basset, y cuando se oyó una fuerte llamada en la puerta Maggie se asustó, no fuera Lucy a acompañar a Stephen hasta ella: seguro que era Stephen.

Sin embargo, el visitante salió solo al jardín y se sentó a su lado, en una butaca. No era Stephen.

—Desde este asiento se ven las puntas de los pinos albares, Maggie —se atrevió a decir Philip. Aunque se habían dado la mano en silencio, Maggie lo había mirado con una sonrisa cariñosa, idéntica a la de otros tiempos.

—Sí —contestó Maggie—. Los miro con frecuencia y me gustaría ver otra vez el sol poniente sobre los troncos. Pero sólo he vuelto una vez, camino del cementerio, con mi madre.

—Yo sí he estado allí... Voy por allí con frecuencia —dijo Philip—. Sólo el pasado me anima a vivir.

El recuerdo y la piedad empujaron a Maggie a poner la mano sobre la de Philip. ¡Habían caminado tantas veces de la mano!

—Recuerdo todos los rincones y todo lo que me contaste en cada uno de ellos,

bellas historias de las que nunca había oído hablar.

—Querrás ir pronto, ¿verdad, Maggie? —preguntó Philip, sintiéndose tímido y tembloroso—. El molino pronto volverá a ser la casa de tu hermano.

—Sí, pero yo no estaré allí —dijo Maggie—. Esa felicidad sólo la conoceré de oídas. Me voy otra vez. ¿No te lo ha dicho Lucy?

—Entonces, ¿el futuro nunca se unirá con el pasado, Maggie? ¿Ese libro está cerrado?

Los ojos grises que tantas veces se habían alzado hasta ella con suplicante adoración la miraron, con un último rayo de esperanza. Maggie los miró con sus ojos grandes y sinceros.

—Ese libro no se cerrará nunca, Philip —dijo con grave tristeza—. No deseo un futuro que rompa los lazos del pasado. Pero el lazo que me une a mi hermano es uno de los más fuertes. No puedo hacer nada voluntariamente que me separe de él para siempre.

—¿Es ése el único motivo que nos mantendrá separados? —preguntó Philip, con la desesperada determinación de obtener una respuesta definitiva.

—El único —contestó Maggie con tranquila decisión, plenamente convencida. En aquel momento se sentía como si la copa encantada hubiera caído al suelo. Todavía perduraba la reacción de entusiasmo, que le daba un orgulloso dominio de sí misma, y miraba al futuro con la sensación de que lo escogía con calma.

Durante unos minutos permanecieron con las manos unidas y callados: en Maggie estaban más presentes las primeras escenas de amor y separación que aquel mismo momento, y tenía ante sí a Philip en las Fosas Rojas.

Philip sintió que debería haberse sentido totalmente feliz con aquella respuesta: era tan nítida y transparente como el agua que la marea deja en las rocas. ¿Por qué no era completamente feliz? Sin duda, sólo la omnisciencia que permitiera ver los repliegues más sutiles del corazón podría calmar los celos.

Capítulo XI

En el camino

Maggie llevaba cuatro días en casa de la tía Moss, dando un nuevo brillo al sol de los primeros días de junio a los ojos apagados por las penas de aquella mujer afectuosa y marcando una época para sus primos, grandes y chicos, que aprendían sus palabras y sus gestos de memoria, como si fuera un efímero avatar de la belleza y la sabiduría perfectas.

En ese tranquilo momento de la vida de una granja antes de que llegue la hora de ordeñar a las vacas por la tarde, Maggie se encontraba con su tía y varios primos dando de comer a las gallinas. Los grandes edificios que rodeaban la hondonada del patio eran tan lúgubres y tan ruinosos como siempre, pero sobre la vieja tapia del jardín, los descuidados rosales empezaban a agitar su carga veraniega, y la madera gris y los viejos ladrillos de la casa, en el piso superior, tenían un aspecto antiguo y aletargado bajo la luz de la tarde que tan bien sentaba a aquella hora de inactividad. Maggie, con la capota sobre el brazo, sonreía a un grupo de suaves pollitos.

—¡Santo cielo! —exclamó su tía—. ¿Quién es ese caballero que entra por la puerta de la verja?

Era un jinete montado en un gran caballo castaño con el cuello y los costados ennegrecidos por el galope. Maggie sintió un latido en la cabeza y el corazón, tan horrible como la resurrección de un temible enemigo que había fingido estar muerto.

—¿Quién es, Maggie? —preguntó la señora Moss, advirtiendo en el rostro de ésta que lo conocía.

—Es el señor Guest —contestó Maggie con voz débil—. Es el... es un caballero muy amigo de mi prima.

Stephen estaba ya cerca de ellas, había saltado del caballo y saludaba con el sombrero mientras avanzaba.

—Sujeta el caballo, Willy —ordenó la señora Moss al muchacho de doce años.

—No, gracias —dijo Stephen, tirando de la cabeza inquieta del caballo— Debo marcharme de inmediato. Tengo que darle un recado, señorita Tulliver; se trata de un asunto personal. ¿Puedo tomarme la libertad de rogarle que camine un poco conmigo?

Tenía la expresión entre cansada e irritada propia de un hombre al que alguna inquietud o molestia ha hecho inútiles la comida y la cama. Hablaba de modo brusco, como si el recado fuera demasiado urgente para molestarse por lo que pudiera pensar la señora Moss de aquella visita y su petición. La buena señora Moss, bastante nerviosa por encontrarse en presencia de aquel caballero aparentemente tan altanero,

se preguntaba en su interior si haría bien o mal al invitarlo de nuevo a dejar el caballo y entrar en la casa cuando Maggie, consciente de lo violento de la situación e incapaz de decir nada, se puso la capota y empezó a caminar hacia la puerta de la verja.

Stephen también dio media vuelta y caminó a su lado, llevando el caballo de las riendas.

No pronunciaron ni una palabra hasta que se encontraron en el camino y recorrieron cuatro o cinco yardas. Entonces Maggie, que no había dejado de mirar al frente, dio media vuelta para retroceder.

—No necesito ir más lejos —dijo con arrogante resentimiento—. No sé si a usted le parecerá una conducta caballerosa y delicada colocarme en tal posición que me he visto obligada a venir con usted, o si, por el contrario, querrá seguir insultándome, forzándome así a hablar con usted.

—Es evidente que le ha disgustado que viniera —dijo Stephen con amargura—. Es evidente que no le importa lo que pueda sufrir un hombre, lo único que le preocupa es su dignidad femenina.

Maggie se sobresaltó ligeramente, como si hubiera sufrido una levísima descarga eléctrica.

—Como si no bastara con la confusión en que vivo, con estar locamente enamorado de usted, con tener que resistir la pasión más poderosa que puede sentir un hombre porque intento ser fiel a otras exigencias: además, usted me trata como si fuera un bruto tosco que desea ofenderla. Cuando, si de mí dependiera, le pediría que aceptara mi mano, mi fortuna y mi vida entera e hiciera lo que quisiera con ello. Sé que perdí el control y me tomé una libertad injustificable. Me odio por haberlo hecho. Pero me arrepentí de inmediato, no he dejado de arrepentirme desde entonces. No debería usted pensar que fue un gesto imperdonable: cuando un hombre ama con toda su alma, como yo la amo, puede verse dominado por sus sentimientos durante unos momentos; pero usted sabe, debe creerme, que el mayor dolor que yo podría sufrir es el de haberla ofendido, que haría lo que fuera para borrar ese error.

Maggie no se atrevía a hablar, no se atrevía a mover la cabeza. La fuerza procedente del resentimiento había desaparecido y los labios le temblaban visiblemente. No se veía capaz de pronunciar el total perdón que sentía como respuesta a aquella confesión.

Habían llegado otra vez ante la puerta de la verja y Maggie se detuvo, temblorosa.

—No debe decir usted estas cosas, no debo oírlas —dijo, bajando los ojos con desdicha cuando Stephen se puso ante ella para impedirle avanzar hacia la puerta—. Siento mucho sus sufrimientos, pero no sirve de nada hablar de ellos.

—Sí, sí sirve —dijo Stephen impetuosamente—. Serviría si usted me tratara con cierta piedad y consideración en lugar de tratarme injustamente. Lo soportaría todo más tranquilamente si supiera que no me odia porque me considera un petimetre

insolente. Míreme, soy un individuo atormentado: día tras día, he cabalgado treinta millas para dejar de pensar en usted.

Maggie no miró, no se atrevió a hacerlo. Ya había visto aquel rostro acosado.

—No lo tengo a usted en mal concepto —dijo amablemente.

—Entonces, vida mía, mírame —suplicó Stephen con un tono profundo y tierno—. No te alejes de mí todavía. Dame un momento de felicidad, que sienta que me has perdonado.

—Sí, de verdad lo he perdonado —dijo Maggie, conmovida por aquel tono y asustada de sí misma—. Pero le ruego que me deje pasar. Le ruego que se vaya.

Una gruesa lágrima cayó desde debajo de sus párpados cerrados.

—No puedo marcharme, no puedo dejarte —dijo Stephen con un ruego todavía más apasionado—. Volveré otra vez si me despides con tanta frialdad. No respondo de mí mismo. Pero si caminas conmigo sólo un poco más, será suficiente para mí. Verás que tu enfado sólo ha conseguido que me muestre diez veces más irracional.

Maggie dio media vuelta, pero Tancred el caballo castaño, empezó a protestar tan enérgicamente contra aquellos frecuentes cambios de dirección que Stephen llamó a Willy Moss, al que había visto espiando a través de la verja.

—¡Muchacho! Ven y sujétame el caballo durante cinco minutos.

—¡Oh, no! —se apresuró a decir Maggie—. Mi tía lo encontrará muy extraño.

—Da lo mismo —contestó Stephen con impaciencia—. No conocen a la gente de Saint Ogg's. Paséalo por aquí durante cinco minutos —añadió mirando a Willy, que ahora estaba cerca de ellos. Regresó junto a Maggie y caminaron. Estaba claro que Maggie debía marcharse.

—Tómame del brazo —le rogó Stephen. Y Maggie lo cogió con la sensación de que se deslizaba por una pesadilla.

—Este sufrimiento no va a tener fin —empezó a decir, esforzándose por rechazar aquella influencia mediante la palabra—. Esto es malo... bajo... permitir una palabra o una mirada que Lucy... que los demás no deban ver. Piense en Lucy.

—Claro que pienso en ella... bendita muchacha... Si no lo hiciera... —Stephen había colocado una mano sobre la que Maggie apoyaba en su brazo y a ambos les costaba hablar.

—Y, aunque Lucy no existiera, yo tengo otros compromisos —prosiguió Maggie, finalmente, con un esfuerzo desesperado.

—¿Estás comprometida con Philip Wakem? ¿Es eso? —preguntó Stephen rápidamente.

—Me considero comprometida con él. No tengo intención de casarme con ningún otro.

Stephen permaneció en silencio hasta que salieron de la zona soleada y entraron en un camino lateral, herboso y cubierto de vegetación. Entonces estalló.

—Es antinatural, es horrible. Maggie, si me quisieras como yo te quiero, nos olvidariamos de todo por nuestro amor. Romperiamos estos lazos equivocados que se hicieron en un momento de ceguera y nos casariamos.

—Preferiria morir a caer en esa tentacion —contestó Maggie con voz clara, lenta y profunda. La fuerza espiritual conseguida durante años de dolor la ayudó aquella difícil situación. Maggie retiró el brazo.

—Entonces, dime que no me quieres —dijo Stephen casi con violencia—. Dime que quieres más a otro.

A Maggie le pasó por la cabeza que había una manera de librarse de aquella lucha: decirle a Stephen que su corazón pertenecía a Philip. Pero sus labios no quisieron decirlo y guardó silencio.

—Si de verdad me quieres, mi vida —dijo Stephen cariñosamente, tomándole de nuevo la mano y colocándosela sobre el brazo—, es mejor, es justo que nos casemos. No podemos evitar el daño que eso cause. Es algo que ha sucedido sin que lo buscáramos. Es natural, se ha apoderado de mí a pesar de todos los esfuerzos que he hecho para resistirme. Dios sabe que he intentado ser fiel a un compromiso tácito y no he hecho más que empeorar las cosas. Habría sido mejor ceder de entrada.

Maggie seguía callada. ¡Ojalá aquello no estuviera mal, ojalá pudiera convencerse y no tener que seguir luchando contra esa corriente, tan suave y poderosa como un río en verano!

—Di que sí, vida mía —rogó Stephen, inclinándose para mirarla a la cara con aire suplicante—. ¿Qué puede importarnos en este mundo si nos pertenecemos?

Percibía en la cara el aliento de Stephen, los labios muy cerca de los suyos, pero el amor que sentía por ella le inspiraba temor.

Los labios y los párpados de Maggie temblaron. Abrió mucho los ojos para mirarlo un instante, como un precioso animal salvaje que se mostrara tímido y rechazara las caricias, para luego dar media vuelta y huir a su refugio.

Al fin y al cabo —prosiguió Stephen con tono impaciente, intentando vencer sus escrúpulos al mismo tiempo que los de ella—, no rompo ningún compromiso formal: si Lucy diera su afecto a otro, yo no tendría ningún derecho a reclamar nada. Si tú no estás formalmente prometida a Philip, ninguno de los dos está comprometido.

—No cree usted en lo que dice, no es eso lo que siente —dijo Maggie, muy seria—. Piensa, igual que yo, que los verdaderos lazos residen en los sentimientos y esperanzas que hemos hecho nacer en los demás. Si no fuera así, cualquier vínculo podría romperse cuando no hubiera castigo. No existiría la fidelidad.

Stephen se calló: no podía continuar aquella discusión; durante los primeros tiempos de dudas había defendido la convicción opuesta, pero no había tardado en verlo de otro modo.

—No se puede cumplir esa promesa —insistió Stephen con energía—. Es

antinatural: si nos entregáramos a otra persona, sería una farsa. Eso también estaría mal, y supondría la desgracia de ellos y no sólo la nuestra. Maggie, tienes que verlo, seguro que te das cuenta.

La miró ansiosamente en busca del menor signo de conformidad; le sujetaba la mano con un gesto amplio, firme y tierno. Maggie siguió callada durante unos instantes, con los ojos clavados en el suelo; después respiró hondo y dijo, levantando los ojos hacia él, con una tristeza solemne.

—Es difícil. La vida es muy difícil. Algunas veces me parece que deberíamos seguir nuestros sentimientos; pero estos sentimientos chocan continuamente con los lazos que la vida anterior ha anudado en torno a nosotros, los lazos que han hecho que otros dependan de nosotros, y los destrozarían. Si la vida fuera tan fácil y sencilla como debió de ser en el paraíso y pudiéramos ver siempre... Quiero decir que si la vida no nos cargara con deberes antes de que llegara el amor, entonces el amor sería la señal de que dos seres deben pertenecerse el uno al otro. Pero veo... siento que ahora las cosas no son así: debemos renunciar a algunas cosas en la vida, algunos debemos renunciar al amor. Hay muchas cosas que no entiendo y me resultan oscuras... Pero hay una que veo con claridad: no debo, no puedo buscar mi felicidad a costa de la de los demás. El amor es algo natural, pero también lo son la piedad, la fidelidad y la memoria. Y estos sentimientos me castigarían si no los obedeciera. Me acosaría el sufrimiento causado. Nuestro amor estaría envenenado. No me presiones: ayúdame, ayúdame... precisamente porque te quiero.

A medida que hablaba, las palabras de Maggie iban haciéndose más apasionadas; tenía el rostro sonrojado y los ojos llenos de un amor suplicante. La nobleza de Stephen vibró ante aquella súplica; sin embargo, al mismo tiempo —¿cómo iba a ser de otro modo?— aquella belleza implorante le resultaba más difícil de resistir.

—Vida mía —dijo en apenas un susurro mientras la rodeaba con el brazo—. Lo haré. Soportaré todo lo que tú desees. Pero dame un beso..., uno solo... el último... antes de que nos separemos.

Un beso y una larga mirada, hasta que Maggie dijo:

—Deja que me vaya. Démonos prisa.

Maggie salió corriendo y no dijeron ni una palabra más. Cuando llegaron a ver a Willy y al caballo, Stephen se detuvo e hizo un gesto, y Maggie cruzó sola la verja. La señora Moss aguardaba sola en la puerta del viejo porche: había hecho entrar a todos los primos en una muestra de consideración; podía ser motivo de alegría que Maggie tuviera un novio rico y guapo, pero seguramente se sentiría violenta al regresar y eso no sería motivo de alegría alguna. En cualquier caso, la señora Moss esperaba inquieta para recibir a Maggie sola. El rostro de la pequeña decía con toda claridad que si aquello era alegría, era de una clase muy agitada y dudosa.

—Oh, tía Gritty. Estoy destrozada. Ojalá me hubiera muerto a los quince años.

Entonces parecía tan fácil dejarlo todo. Ahora es tan duro...

La pobre muchacha echó los brazos al cuello de su tía y se echó a llorar con largos y profundos sollozos.

Capítulo XII

Una reunión familiar

Al final de la semana, Maggie dejó a la buena tía Gritty y se dirigió a Garum Firs para visitar a la tía Pullet, según lo acordado. Entre tanto, se habían producido algunos acontecimientos totalmente inesperados e iba a tener lugar una fiesta familiar en Garum para analizar y celebrar el cambio de fortuna de los Tulliver que, probablemente, borraría la sombra de sus faltas, de la misma manera que desaparece el limbo de un eclipse, y haría que a partir de aquel momento sus virtudes oscurecidas volvieran a brillar con pleno esplendor. Reconforta saber que no sólo los ministros recién llegados disfrutaban de un período de gracia, caracterizado por la apreciación y el elogio: en muchas familias respetables a lo ancho y largo de este reino, los parientes que se han hecho dignos de reconocimiento se encuentran con una cordialidad similar que, liberada de la coerción de cualquier antecedente, sugiere la esperanzadora posibilidad de que algún día nos encontremos, sin advertirlo siquiera, en plena edad de oro, en la que los basiliscos ya no ataquen y los lobos sólo muestren los dientes con las más amables intenciones.

Lucy llegó temprano para adelantarse a la tía Glegg, ya que deseaba mantener una conversación tranquila con Maggie sobre aquellas noticias maravillosas. Parecía, ¿a que sí?, dijo Lucy con lindo aire entendido, como si todo, incluso las desgracias de los demás (¡pobrecillos!) conspiraran para conseguir que la pobre y querida tía Tulliver, el primo Tom y la arrogante Maggie, si no se obstinaba en lo contrario, fueran tan felices como merecían tras tantas penas. ¡Y pensar que el mismo día en que Tom regresó de Newcastle —el mismísimo día—, el desgraciado de Jetsome, que el señor Wakem había colocado en el molino, montó borracho a caballo y éste lo tiró, y se encontraba ahora en Saint Ogg's gravemente herido, de manera que Wakem había insistido en que los compradores se hicieran cargo de inmediato del molino! Era terrible para aquel desgraciado joven, pero parecía como si aquel accidente hubiera tenido lugar entonces y no en otro momento para que el primo Tom tuviera cuanto antes la justa recompensa a su conducta ejemplar: papá tenía de él una opinión excelente. Sin duda, la tía Tulliver debía ir al molino y cuidar la casa para Tom: para Lucy aquello suponía una incomodidad doméstica, pero la idea de que la pobre tía estuviera de nuevo en su casa y fuera recuperando poco a poco las comodidades...

En relación con este último punto, Lucy tenía unos astutos proyectos, y después de que ella y Maggie recorrieran la brillante y peligrosa escalera para pasar al bello salón, donde los mismos rayos de sol parecían más limpios que en cualquier otro lugar, atacó el punto débil del enemigo, como habría hecho cualquier otro gran

estratega.

—Tía Pullet —dijo, sentándose en el sofá y arreglando con mimo la cinta de la cofia de la dama—. Quisiera que pensara en la ropa y en los objetos de casa que va a dar a Tom para que se instale; como es usted siempre tan generosa, regala siempre objetos muy bonitos; y si da ejemplo, la tía Glegg lo seguirá.

—Si no puede, querida —declaró la señora Pullet con inusual energía—, porque su ropa no se parece ni de lejos a la mía, eso te lo puedo asegurar. Nunca tendría mi buen gusto, ni que se gastara tanto como yo. Cuadros grandes y animales, como ciervos y zorros, así son todos sus manteles. Ni rombos ni lunares. Pero es una pena que una divida la ropa antes de morir. No pensaba hacerlo, Bessy —prosiguió la señora Pullet, moviendo la cabeza y mirando a su hermana Tulliver—, cuando tú y yo escogimos el doble rombo, el primer lino que hilamos, y el Señor sabrá adónde ha ido a parar tu ropa.

—No pude evitarlo, hermana —dijo la pobre señora Tulliver, acostumbrada a sentirse acusada—. Yo no quería, y me pasé noches enteras pensando en que mi mejor ropa blanca se perdería por todo el país.

—Tome usted un caramelito de menta, señora Tulliver —dijo el tío Pullet con la sensación de ofrecer un consuelo barato y saludable, que él mismo recomendaba con el ejemplo.

—Pero, tía Pullet —dijo Lucy—, si tiene usted muchísima ropa preciosa. ¿Y si hubiera tenido hijas? También la habría dividido cuando se hubieran casado.

—Bueno, no digo que no quiera hacerlo —dijo la señora Pullet—, porque ahora que Tom ha tenido tanta suerte, es justo que sus familiares lo ayudemos. Tengo las mantelerías que compré cuando se subastaron tus cosas, Bessy. Las compré por pura bondad, porque han estado desde entonces en el arcón. Pero no pienso dar más muselina india a Maggie ni cosas d *d'*esas si se *l'*ocurre ponerse a servir otra vez, cuando bien podría quedarse conmigo, hacerme compañía y coser para mí, si es que no hace falta en casa de su hermano.

Para la mentalidad de los Dodson, trabajar como profesora o institutriz equivalía a «ponerse a servi», y que Maggie regresara a esa ínfima situación, ahora que las circunstancias le ofrecían otras posibilidades, probablemente sería un punto de conflicto con todos sus familiares, no sólo con Lucy. La antigua Maggie, en estado puro, con el cabello suelto y todavía en fase de promesa incierta, resultaba una sobrina muy poco deseable; pero la Maggie de ahora era capaz de ser al mismo tiempo ornamental y útil. El tema salió de nuevo en presencia del tío y la tía Glegg, mientras tomaban el té y unos bollos.

—¡Eh, eh! —exclamó el señor Glegg, dando unas afables palmaditas en la espalda de Maggie—. ¡Tonterías, tonterías! No nos digas que piensas volver a trabajar, Maggie. Caramba, seguro que pescaste media docena de enamorados en la

venta benéfica, ¿no sirve ninguno? ¡Vamos!

—Glegg —dijo su esposa con la severa cortesía que hacía juego con su flequillo postizo más rizado—, te ruego que me perdones, pero me parece que no te comportas con la seriedad adecuada en un hombre de tu edad. El respeto y los deberes hacia sus tías y el resto de su familia, que tan bien se portan con ella, deberían haber impedido que se marchara de nuevo sin consultarnos. Y no los enamorados, si es que debo emplear esa palabra, que jamás se ha oído en mi familia.

—¡Anda! ¿Y cómo nos llamaban cuando íbamos a verlas, vecino Pullet? Entonces sí que hablaban de amores —dijo el señor Glegg con un guiño alegre mientras el señor Pullet, ante una conversación tan dulce, se servía otro terrón.

—Glegg —insistió la señora Glegg—, si piensas seguir comportándote con esa falta de delicadeza, házmelo saber.

—Ca, Jane, si tu marido sólo está de broma —dijo la señora Pullet—. Que bromea mientras tiene fuerza y salud. Mira al pobre señor Tilt, que se le torció la boca y no podía reír aunque quisiera.

—Entonces, Glegg, si me puedo permitir interrumpir tus bromas, hazme el favor de pasarme los bollos —dijo su esposa—. Aunque no se quién puede encontrar gracioso que una sobrina desprecie a l'hermana mayor de su madre, cabeza de la familia; que se limite a ir y venir con cortas visitas cuando está en la ciudad y después decida marcharse sin que yo lo sepa, mientras yo l'estaba preparando unas cofias para que me las cosiera. Y hacerme eso a mí, que he dividido mi dinero en partes iguales...

—Hermana —interrumpió la señora Tulliver muy inquieta—. T'aseguro que Maggie nunca pensó en marcharse sin pasar unos días en tu casa, igual que en la de los demás. No deseo yo que se marche, todo lo contrario. T'aseguro que no tengo yo la culpa, yo venga y venga a decírselo: «Niña, no tienes por qué marchart». Pero todavía le quedan diez o quince días antes de irse: puede pasarlos en tu casa y Lucy y yo ya vendremos a verla.

—Bessy —dijo la señora Glegg—, si t 'ocuparas de pensar un poco, te darías cuenta de que no me vale la pena preparar una cama ni tomarme tantas molestias, justo al final de la temporada, cuando nuestra casa no está a más de un cuarto de hora andando de la del señor Deane. Puede venir a primera hora de la mañana y marcharse por la noche, y dar las gracias de tener una buena tía tan cerca para ir a verla. Sé que, a su edad, yo lo habría hecho.

—Vamos, Jane —dijo la señora Pullet—. No les vendría mal a tus camas que alguien durmiera en ellas. L'habitación de rayas huele mucho a humedad, y el espejo tiene moho. Una vez que me llevaste allí pensé que me moría de un ataque.

—¡Oh, aquí está Tom! —exclamó Lucy, palmoteando—. Ha venido montado en *Simbad*, como yo le dije. Temía que no cumpliera su promesa.

En cuanto Tom entró, Maggie se levantó de un salto para darle un beso, emocionada. Era la primera vez que se veían desde que a Tom se le había ofrecido la posibilidad de recuperar el molino; retuvo su mano y lo llevó hasta la butaca situada a su lado. Para Maggie seguía siendo una preocupación perpetua, firmemente arraigada a pesar de todos los cambios, que ninguna nube se interpusiera entre ambos.

—Hola, Maggie —dijo Tom dedicándole una cariñosa sonrisa—. ¿Cómo está la tía Moss?

—Pasa, pasa, caballero —dijo el señor Glegg tendiéndole la mano—. Caramba, eres tan importante que, al parecer te lo llevas todo por delante. Te ha llegado el golpe de suerte mucho antes de lo que nos llevo a nosotros, los viejos, pero te deseo todo tipo de venturas. Seguro que algún día el molino será totalmente tuyo. Seguro que no te quedarás a medio camino.

—Aunque espero que no olvide que se lo debe a la familia de su madre —señaló la señora Glegg—. Si no nos hubiéramos ocupado de él, se habría quedado pobre. En nuestra familia no hubo ninguna quiebra, ningún pleito, ningún derroche, ni nadie murió nunca sin *testamento*...

—No, no ha habido muertes repentinas —intervino la tía Pullet—. Siempre s'ha llamado al médico. Pero Tom tenía la piel de los Dodson, ya lo dije desde el primer día. Y no sé qué es lo que tú piensas hacer, hermana Glegg, pero yo tengo intención de darle una mantelería de las más grandes que tengo, además de algún juego de cama. No sé qué más haré, pero eso t'aseguro que sí, y si me muero mañana, señor Pullet, *has* el favor de recordarlo, aunque te harás un lío con las llaves y no recordarás que en el armario de la izquierda, en el tercer estante, bajo las cofias de dormir con cintas anchas, no las estrechas y rizadas, está la llave del cajón de la habitación azul, donde está la llave del gabinete azul. Seguro que t'equivocas y yo nunca lo sabré. Tienes una memoria espléndida para mis pastillas y mis jarabes, siempre lo digo, pero te haces un lío con las llaves. —La triste perspectiva de la confusión que se produciría tras su muerte conmovió mucho a la señora Pullet.

—Exageras, Sophy, con tanto cerrar bajo llave —dijo la señora Glegg en un tono de cierto disgusto ante tanta tontería—. Vas más lejos que tu familia. Nadie dirá que no cierro las cosas con llave; pero hago lo razonable y nada más. Y, en cuanto a la ropa, ya miraré lo que puede ser útil para hacer un regalo a mi sobrino. Tengo ropa que nunca s'ha blanqueado, mejor que la fina holanda de otros; y espero que se acueste en ella y piense en su tía.

Tom dio las gracias a la señora Glegg, pero rehuyó la promesa de meditar por las noches en las virtudes de ésta; y la señora Glegg cambió de tema al preguntar sobre las intenciones del señor Deane en relación con el vapor.

Lucy había rogado a Tom que acudiera con *Simbad* porque tenía sus planes. Cuando llegó el momento de regresar a casa, lo más adecuado pareció ser que un

criado condujera el caballo y el primo Tom llevara a su casa a su madre y a Lucy.

—Siéntese sola, tía —dijo la astuta damita—, porque tengo que sentarme junto a Tom; tengo muchas cosas que contarle.

Empujada por la cariñosa inquietud que le inspiraba Maggie, Lucy no quería retrasar más el momento de tener una conversación sobre ella con Tom, el cual, según creía, ante la alegría de poder satisfacer sus deseos sobre el molino, se mostraría maleable y flexible. Su propio carácter no le daba ninguna pista sobre el de Tom y se sintió tan desconcertada como triste al advertir el desagradable cambio de actitud cuando le contó la historia del modo en que Philip había influido en su padre. Lucy había pensado que esa revelación sería un gran golpe táctico que haría que Tom aceptara a Philip de inmediato y, además, le demostraría que el señor Wakem estaba dispuesto a recibir a Maggie con todos los honores que merecía una nuera. Así pues, no faltaría nada para que el querido Tom, que siempre lucía una agradable sonrisa cuando miraba a su prima Lucy, cambiara por completo de opinión, dijera lo contrario de lo que decía antes y declarara que, por su parte, estaba encantado de que las viejas disputas se saldaran y que Maggie y Philip se comprometieran rápidamente: en opinión de Lucy, nada podía ser más fácil.

Sin embargo, para las mentes fuertemente marcadas por las cualidades positivas y negativas que son origen de la severidad —fuerza de voluntad, rectitud de propósitos consciente, estrechez de miras e intelecto, gran capacidad de dominarse a sí mismo y tendencia a controlar a los demás—, los prejuicios son el alimento natural de unas tendencias que no pueden sostenerse con ese conocimiento complejo, fragmentado y generador de dudas que llamamos «verda». Venga de donde venga el prejuicio: por herencia, arrastrado por el aire, como rumor a través de la vista, lo cierto es que estos caracteres tenderán a acogerlo: podrán afirmarlo con valor y contundencia, utilizarlo para llenar la ausencia de ideas propias, imponérselo a los demás con la autoridad de un derecho consciente: es al mismo tiempo un cetro y un bastón. Cualquier prejuicio que satisfaga estos fines resulta obvio. El recto Tom era de esta clase de personas: las críticas que hacía en su interior a los errores de su padre no le impedían adoptar sus prejuicios; un prejuicio contra un hombre de vida y principios laxos, en el que convergían todos los sentimientos de decepción de su orgullo personal y familiar. Otros sentimientos contribuían también a generar la amarga repugnancia que Tom sentía hacia Philip y hacia la unión de éste con Maggie; y, a pesar del ascendiente de Lucy sobre su terco primo, no consiguió más que una negativa tajante a aprobar semejante matrimonio: Naturalmente, Maggie podía hacer lo que quisiera, puesto que había declarado su decisión de ser independiente. En cuanto a él, sería fiel al recuerdo de su padre y no tendría jamás relación alguna con los Wakem.

Así pues, con su entusiasta mediación, Lucy no consiguió más que convencer a Tom de que la perversa determinación de Maggie de volver a trabajar iba a

metamorfosearse, tal como sucedía con sus decisiones, en algo igualmente perverso pero totalmente distinto: contraer matrimonio con Philip Wakem.

Capítulo XIII

Arrastrados por la marea

Antes de que transcurriera una semana, Maggie se encontraba de nuevo en Saint Ogg's y, exteriormente, parecía como si nada hubiera cambiado desde el principio de su estancia. Le resultaba fácil llenar las mañanas lejos de Lucy, ya que debía... cumplir con las visitas prometidas a la tía Glegg, y era natural que dedicara a su madre más tiempo durante las últimas semanas, especialmente cuando había que pensar en los preparativos para llevar la casa de Tom. Sin embargo, Lucy no admitía que ningún pretexto la mantuviera alejada durante las tardes: debía siempre llegar de casa de la tía Glegg antes de la comida. «Si no, ¿cuándo te veo?», decía Lucy con un mohín lloroso que resultaba irresistible. Y, de modo inexplicable, Stephen Guest había tomado por costumbre comer en casa del señor Deane con la mayor frecuencia posible en lugar de evitarlo, como sucedía antes. Al principio, empezaba el día con la decisión de no comer allí y no ir siquiera por la tarde hasta que Maggie se hubiera marchado. Incluso había planeado iniciar un viaje aprovechando el agradable tiempo de junio: los dolores de cabeza que había estado alegando como motivo para su apatía y su silencio eran excusa suficiente. Pero el viaje no tuvo lugar y a la cuarta mañana ya no tomó ninguna decisión sobre la tarde: sólo las esperaba como últimas oportunidades de estar con Maggie, en las que podría robar otro roce, otra mirada. ¿Por qué no? No tenían nada que esconder: sabían —se habían confesado su amor y habían renunciado el uno al otro— que iban a separarse. El honor y la conciencia iban a alejarlos. Maggie, con aquel ruego desde lo más profundo de su alma, así lo había decidido; con todo, bien podrían mirarse largamente por última vez a ambos lados del abismo antes de alejarse para no volver a verse hasta que aquella extraña luz se hubiera apagado para siempre de sus ojos.

Entre tanto, en contraste con sus habituales arranques de animación y entusiasmo, Maggie se desenvolvía con tal lentitud y torpor que Lucy habría tenido que buscar otra causa para semejante cambio si no hubiera estado convencida de que la situación en que Maggie se encontraba, entre Philip y su hermano, y la perspectiva de aquel tedioso destierro que se había impuesto bastaban para explicar cierta depresión. Sin embargo, bajo aquel aturdimiento tenía lugar una batalla entre emociones de una ferocidad tal que Maggie, en toda una vida de lucha, jamás había conocido ni presagiado: tenía la sensación de que el peor rasgo de su carácter había vivido agazapado hasta aquel instante y se había despertado repentinamente, armado hasta los dientes, con un poder espantoso y abrumador. En algunos momentos, un egoísmo cruel parecía apoderarse de ella. ¿Por qué no iba a tener que sufrir Lucy? ¿Y por qué

no Philip? Ella había tenido que sufrir durante muchos años de su vida, ¿y quién había renunciado a algo por ella? Y cuando algo similar a aquella plenitud de la existencia —amor, riqueza, comodidades, refinamientos—, todo aquello que ansiaba su naturaleza, se encontraba al alcance de la mano, ¿por qué iba ella a renunciar para que se lo quedara otra, otra que tal vez lo necesitaba menos? Pero en mitad de este nuevo tumulto apasionado se hacían oír las viejas voces cada vez con mayor intensidad hasta que, de vez en cuando, parecían aplastar el conflicto. ¿Acaso esta existencia que le tentaba era la vida plena que había soñado? ¿Dónde quedaban entonces los recuerdos de su lucha anterior, toda la piedad por el dolor ajeno que había alimentado durante años de afectos y privaciones? ¿Dónde quedaba el presentimiento divino de que le aguardaba algo más elevado que el mero placer personal y que daba a su vida un carácter sagrado? De la misma manera que no podría gustarle caminar lastimándose los pies, tampoco debía aspirar a una vida iniciada hiriendo la fe y la comprensión, que eran las principales virtudes de su alma. Y, además, si el dolor le resultaba tan difícil de soportar, ¿no sucedía lo mismo a los demás? ¡Oh, Dios mío, que no cause dolor a los otros y dame fuerzas para soportar el que me corresponda! ¿Cómo era posible que se viera sumida en una lucha como aquélla, contra una tentación de la que creía sentirse tan a salvo como de cualquier crimen deliberado? ¿Cuándo había tenido lugar aquel primer y odioso momento en el que había sido consciente de un sentimiento que se estrellaba contra su verdad, su afecto y gratitud, y cómo era posible que no hubiera hecho nada para sacudírselo con horror, como si hubiera sido algo detestable? Y, sin embargo, puesto que aquella influencia extraña, dulce, dominante, no la conquistaba, no podía conquistarla, y puesto que quedaría reducida a los límites de su sufrimiento personal... coincidía con Stephen en la idea de que todavía podían arrebatarse instantes de muda confesión antes de que llegara el momento de la separación. ¿Pues no sufría él también? Lo percibía a diario, lo veía en la enfermiza expresión de hastío que adoptaba cuando se mostraba indiferente a todo, excepto a la posibilidad de verla. ¿Cómo podía negarse a responder a aquella mirada implorante que la seguía, como un quedo murmullo de amor y dolor? Cada vez la rechazaba con menor intensidad hasta que, al final, en algunas ocasiones, las tardes llegaban a estar hechas de miradas: pensaban en ellas hasta que se producían y después no podían pensar en otra cosa. Stephen parecía también más interesado en cantar: era una manera de hablar a Maggie; quizá no advertía con claridad que lo empujaba a ello el deseo secreto, totalmente contrario a sus decisiones conscientes, de aumentar la influencia que tenía sobre ella. Lector, si prestas atención a tus propias palabras, verás que en ocasiones parecen dictadas por los propósitos menos conscientes y comprenderás así la contradicción de Stephen.

Philip Wakem era un visitante menos asiduo, pero aparecía algunas tardes y así resultó que se encontraba allí un día, al atardecer, mientras estaban sentados en el

césped.

—Ahora que la serie de visitas a la tía Glegg se ha terminado —dijo Lucy—, me parece que podríamos salir en bote cada día hasta que Maggie se marche. No ha podido hacerlo debido a esas latosas visitas y es lo que más le gusta, ¿verdad, Maggie?

—Supongo que le gusta más que cualquier otro medio de transporte —aclaró Philip dirigiendo una sonrisa a Maggie, que estaba apoltronada en una tumbona de jardín—; si tanto le gustara, vendería el alma al barquero fantasma que ronda por el Floss para que la llevara en bote para siempre.

—¿Le gustaría ser su barquero? —preguntó Lucy—. Si quisiera, podría venir con nosotros y tomar un remo. Si el Floss fuera un lago tranquilo en lugar de un río, no necesitaríamos a ningún caballero, porque Maggie sabe remar muy bien. Pero lo cierto es que nos vemos obligadas a solicitar la ayuda de caballeros y escuderos, que no parecen ofrecerse con gran presteza.

Lanzó, en broma, una mirada de reproche a Stephen, el cual paseaba de un lado a otro, canturreando en un falsete pianísimo:

La sed que surge del alma exige un sorbo divino

Stephen no pareció oírla y se mantuvo distante: sucedía con frecuencia durante las últimas visitas de Philip.

—No parece usted inclinado a ir en bote —dijo Lucy cuando Stephen se acercó a sentarse a su lado en el banco—. ¿No le apetece remar?

—Oh, no me gusta ir con muchas personas en un bote —dijo, casi irritado—. Iré cuando esté usted sola.

Lucy se ruborizó, temerosa de que Philip se molestara: Stephen no acostumbraba a hablar así, pero era evidente que últimamente no se encontraba bien. Philip también se sonrojó, pero no tanto debido a que se sintiera ofendido como a la vaga sospecha de que el mal humor de Stephen tenía algo que ver con Maggie, la cual, mientras él hablaba, se había levantado y había caminado hacia el seto de laureles para contemplar la luz del crepúsculo sobre el río.

—Puesto que la señorita Deane no sabía que al invitarme excluía a otros, renuncio al instante —dijo Philip.

—No, de verdad, no lo haga —dijo Lucy dolida—. Deseo especialmente que venga usted mañana. A las diez y media la marea será la adecuada y hará un tiempo delicioso para remar durante un par de horas hasta Luckreth y regresar caminando antes de que haga demasiado calor. ¿Y cómo puede parecerle que cuatro personas en un bote son demasiadas? —añadió, mirando a Stephen.

—No tengo nada en contra de las personas, sino contra el número —dijo Stephen, algo avergonzado ahora de su grosería—. En caso de ser cuatro, sin duda el cuarto serías tú, Phil. Pero no dividamos el placer de escoltar a las damas y hagámoslo

alternativamente. Yo me ocuparé al día siguiente.

Este incidente tuvo por efecto que, de nuevo, Philip prestara atención a Stephen y Maggie; pero cuando volvieron a entrar en la casa, alguien propuso dedicar un rato a la música y, puesto que la señora Tulliver y el señor Deane estaban ocupados jugando al *cribbage*, Maggie se sentó algo alejada, cerca de la mesa donde estaban los libros y las labores; no obstante, no hizo más que abstraerse escuchando la música. En aquel momento, Stephen insistió en que Philip y Lucy cantaran un dúo: no era la primera vez, pero aquella tarde Philip creía advertir cierta doble intención en cada palabra y en cada mirada de Stephen, y lo contempló atentamente, irritado consigo mismo por sus celos. ¿Acaso Maggie no había negado prácticamente que hubiera motivo alguno de duda, en lo que a ella respectaba? Y Maggie era la verdad personificada; cuando hablaron juntos en el jardín por última vez, era imposible dudar de sus palabras y de su mirada. Quizá Stephen estuviera fascinado por ella (¿había algo más natural?) y, en ese caso, Philip se sentía hasta cierto punto innoble por entrometerse en lo que debía de ser el doloroso secreto de su amigo. Sin embargo, siguió observando. Stephen, alejándose del piano, caminó lentamente hacia la mesa junto a la cual estaba sentada Maggie y hojeó los periódicos, aparentemente para matar el tiempo. Después, con un periódico bajo el brazo y pasándose la mano por el cabello, se sentó dando la espalda al piano, como si se hubiera sentido atraído por alguna noticia local del *Laceham Courier*. En realidad, estaba mirando a Maggie, que no había advertido su aproximación. Cuando Philip estaba presente, Maggie se sentía más fuerte, de la misma manera que no nos cuesta contener las palabras cuando sentimos que nos encontramos en un lugar sagrado. Pero al poco rato oyó que Stephen, con un suavísimo susurro de dolorosa súplica, le decía «mi vid», como un paciente que pidiera algo que se le debería haber dado sin necesidad de reclamarlo. No oía esas palabras desde que estuvo en el camino de Basset, cuando Stephen las dijo una y otra vez, de modo casi tan involuntario como si fuera un grito inarticulado. Philip no pudo oír nada, pero se había desplazado hacia el otro lado del piano y advirtió que Maggie se sobresaltaba y enrojecía, alzaba los ojos un instante hacia el rostro de Stephen y de inmediato los desviaba hacia él con expresión aprensiva. No advirtió que Philip había estado observándola, pero la sensación de estar ocultando algo le produjo una punzada de vergüenza e hizo que se levantara y se acercara a su madre para contemplar el juego del *cribbage*.

Philip no tardó en marcharse a su casa, sumido en un estado de terrible duda y desdichada certeza. Le resultaba imposible resistirse a la convicción de que había cierta complicidad entre Stephen y Maggie; y durante media noche, sus nervios irritables y susceptibles se vieron agitados hasta el frenesí por un hecho desgraciado: no daba con ninguna explicación en la que encajaran las palabras y los hechos de Maggie. Cuando, finalmente, la necesidad de creer en ella se impuso, como siempre,

no estaba muy lejos de imaginar la verdad: Maggie estaba luchando, se desterraba de allí; ésa era la clave de todo lo que había visto desde su regreso. Pero junto a esta convicción, se alzaban otras posibilidades que no podía descartar. Su imaginación elaboró toda la historia: Stephen estaba locamente enamorado de ella; debía de habérselo dicho; ella lo había rechazado y por eso huía. ¿Pero estaría Stephen dispuesto a renunciar a Maggie sabiendo que —Philip no podía dejar de advertirlo con desesperación descorazonadora— sus sentimientos hacia él la dejaban casi indefensa?

Cuando llegó la mañana, Philip estaba demasiado enfermo para pensar en mantener el compromiso de ir en bote. En el estado de agitación en que se encontraba no podía decidir nada y oscilaba entre intenciones contradictorias. Al principio pensó que debía verse a solas con Maggie y rogarle que confiara en él; después pensó que no tenía derecho a inmiscuirse. Lo cierto era que había impuesto su presencia a Maggie desde el principio. Empujada por su juvenil ignorancia, Maggie había dicho algunas cosas, y el hecho de que él se las presentara siempre como un vínculo que los unía bastaría para que ella lo odiara. ¿Acaso tenía él algún derecho a pedirle que le revelara unos sentimientos que, sin duda, había intentado ocultarle? No se sentía capaz de verla hasta estar seguro de que se comportaría empujado por la inquietud hacia ella y no por una irritación egoísta. Escribió una breve nota a Stephen y la envió temprano con un criado, diciendo que no se encontraba lo bastante bien para cumplir el compromiso con la señorita Deane y preguntándole si tendría la amabilidad de presentar sus excusas y ocupar su sitio.

Lucy había arreglado un plan encantador gracias al cual se alegraba de que Stephen se hubiera negado a ir en bote. Se había enterado de que su padre tenía intención de ir en coche hasta Lindum aquella mañana a las diez: y ella quería ir precisamente a Lindum para hacer unas compras, recados importantes que no podía retrasar para otra ocasión; y la tía Tulliver también debía ir, porque algunas de las compras tenían que ver con ella.

—De todos modos, no hay motivo para modificar el paseo en bote —dijo a Maggie cuando, después de desayunar, subían las escaleras—. Philip estará aquí a las diez y media y hace una mañana deliciosa. No digas ni una palabra en contra, doña tristezas. ¿De qué sirve que yo actúe de hada madrina si te opones a todas las maravillas que te ofrezco? No pienses en el horrible primo Tom: puedes desobedecerlo un poco.

Maggie no puso más objeciones. Casi le alegraba el plan; quizá le diera cierta fuerza y calma volver a estar de nuevo con Philip a solas: era como regresar al escenario de una vida más tranquila en la que todo combate parecía reposo comparado con el tumulto diario del presente. Se preparó para ir en bote y a las diez y media se sentó a esperar en el salón.

La llamada a la puerta fue puntual y pensaba con un placer entre triste y afectuoso en la sorpresa que se llevaría Philip al descubrir que iría solo con ella cuando distinguió unos pasos firmes y rápidos por el pasillo, que sin duda no pertenecían a Philip: se abrió la puerta y entró Stephen Guest.

Durante los primeros instantes, ambos se sintieron demasiado agitados para hablar, ya que Stephen sabía por la criada que los demás se habían ido. Maggie se levantó y se sentó mientras el corazón le latía con violencia, y Stephen, tras lanzar el sombrero y los guantes, se sentó a su lado en silencio. Maggie, creyendo que Philip no tardaría en llegar, con gran esfuerzo —puesto que temblaba visiblemente— se puso en pie para dirigirse a otra silla más alejada.

—No va a venir —dijo Stephen en voz baja—. Soy yo quien va en el bote.

—Oh, no podemos ir —exclamó Maggie, dejándose caer de nuevo en la silla—. No era eso lo que esperaba Lucy, se molestará. ¿Por qué no viene Philip?

—No se encuentra bien, me dijo que fuera yo en su lugar.

—Lucy ha ido a Lindum —dijo Maggie, quitándose el sombrero con dedos apresurados y temblorosos—. No debemos ir.

—Bien —dijo Stephen, mirándola con aire soñador, mientras descansaba el brazo en el respaldo de la silla—. Entonces, nos quedaremos.

Stephen contemplaba sus ojos tan profundos, lejanos y misteriosos como la oscuridad estrellada y, sin embargo, muy cercanos y tímidamente afectuosos. Maggie siguió totalmente inmóvil —tal vez durante unos instantes, quizá minutos— hasta que cesó el impotente temblor y se le encendieron las mejillas.

—El criado está esperando, ha llevado ya los cojines —dijo Maggie—. ¿Quieres ir a comunicársele?

—¿Qué le digo? —preguntó Stephen, casi en un susurro, mirándole los labios.

Maggie no contestó.

—Vamos —murmuró Stephen, suplicante, levantándose y cogiéndole la mano para levantar a Maggie—. No nos queda mucho tiempo para estar juntos.

Y se fueron. Maggie sintió que una presencia más poderosa que ella misma la llevaba por el jardín entre las rosas, la ayudaba con firme ternura a subir al bote, le ponía un cojín y una capa sobre los pies y le abría la sombrilla (que ella había olvidado) sin que interviniera su voluntad, como estimulada por la repentina influencia exaltante de un fuerte tónico, y no sintió nada más. La memoria quedó excluida.

Se deslizaron rápidamente, empujados por los remos de Stephen y ayudados por la marea descendiente, pasaron junto a los árboles y las casas de Tofton, entre campos y pastos silenciosos y soleados que parecían llenos de una alegría natural que nada les reprochaba. El aliento del día joven e incansable, el golpeteo rítmico y delicioso de los remos, los retazos de los cantos de los pájaros que pasaban, como el exceso de

una alegría desbordante, la dulce soledad de la conciencia de ambos, mezclada en una sola a través de una mirada grave e incansable que no era necesario evitar... ¿Qué otra cosa pudo ocuparlos durante la primera hora? De vez en cuando, Stephen murmuraba alguna exclamación de amor en voz baja, contenida y lánguida mientras remaba sin esfuerzo, de modo mecánico. No decían nada más, porque las palabras habrían sido una vía hacia el pensamiento. Y el pensamiento sobraba en aquella neblina encantada que los envolvía, pertenecía al pasado y al futuro que quedaban fuera. Maggie apenas era consciente de la orilla junto a la que pasaban y no reconocía los pueblos. Sabía que debían dejar varios atrás antes de llegar a Luckreth, donde siempre se detenían y dejaban el bote. Era tan propensa a abstraerse que no resultó raro que dejara pasar los puntos de referencia sin fijarse en ellos.

Finalmente, Stephen, que había estado remando cada vez más perezosamente, dejó los remos, cruzó los brazos y se quedó mirando el agua, como si contemplara la velocidad del bote sin su ayuda. Este cambio repentino despertó a Maggie. Miró hacia los campos que se extendían hasta la lejanía, las orillas cercanas y se dio cuenta de que le eran totalmente desconocidos. Una terrible alarma se apoderó de ella.

—¡Oh! ¿Hemos pasado Luckreth, donde teníamos que parar? —exclamó mirando hacia atrás, para ver si distinguía el pueblo. No se veía. Se volvió de nuevo hacia Stephen con una mirada angustiada e interrogante.

Éste siguió contemplando el agua.

—Sí, hace ya mucho —dijo con voz extraña, soñadora y ausente.

—¡Oh! ¿Qué voy a hacer? —exclamó Maggie angustiada—. Tardaremos horas en regresar a casa... Y Lucy... ¡Dios mío, ayúdame!

Unió las manos y rompió a llorar como un niño asustado: no podía pensar en otra cosa que en el encuentro con Lucy y en su mirada de duda y dolorosa sorpresa, tal vez de justo reproche.

Stephen se sentó a su lado y suavemente le tomó las manos.

—Maggie —dijo lentamente, con voz grave y firme—. No volvamos a casa... hasta que nadie pueda separarnos... hasta que estemos casados. Aquel tono insólito y aquellas palabras sorprendentes pusieron fin a los sollozos de Maggie y ésta se quedó inmóvil, preguntándose si Stephen habría pensado en algo que lo cambiara todo y borrara la desgraciada realidad.

—Maggie, mira cómo todo ha sucedido sin que lo buscáramos, a pesar de todos nuestros esfuerzos. Nunca habíamos pensado que pudiéramos volver a estar solos y juntos, ha sido obra de los demás. Mira cómo nos arrastra la corriente, lejos de esos vínculos antinaturales que hemos intentado anudar en vano en torno a nosotros. Nos llevará hasta Torby, allí podemos desembarcar, tomar un coche y huir hacia York y de ahí a Escocia, y no detenernos hasta que estemos unidos con un lazo que sólo la muerte puede romper. Es lo único que podemos hacer, vida mía, es la única manera

de escapar de esta triste maraña. Todo nos ha llevado por este camino, no hemos tramado nada, nosotros no hemos pensado en ello.

Stephen hablaba con tono de súplica ardiente y profunda. Maggie lo escuchaba y pasaba del asombro al deseo de creer que todo era obra de la marea y que podía dejarse llevar por la rápida y silenciosa corriente, sin luchar más. Pero junto con esta furtiva influencia llegó la terrible sombra de los pensamientos pasados; y el súbito horror de que llegara ahora el momento de la fatal embriaguez provocó un sentimiento de furiosa resistencia contra Stephen.

—¡Déjame marchar! —exclamó agitada, lanzándole una mirada indignada e intentando liberarse las manos—. Has querido impedirme toda elección. Sabías que estábamos yendo demasiado lejos, te has atrevido a aprovecharte de mi descuido. No es digno de un caballero ponerme en semejante situación.

Herido por el reproche, Stephen le soltó las manos, regresó al lugar donde estaba antes y cruzó los brazos, desesperado ante la objeción de Maggie. Si ella se negaba a seguir adelante, debía maldecirse por haberla situado en semejante compromiso. El reproche era lo más insoportable; peor que separarse de ella era que creyera que se había comportado de modo impropio.

—No me di cuenta de que habíamos pasado Luckreth hasta que llegamos al siguiente pueblo —explicó con cólera contenida—, y entonces se me ocurrió que podríamos seguir adelante. No puedo justificarlo, debería habértelo dicho. Bastaría eso para que me odieras, puesto que no me quieres lo bastante como para que todo lo demás no te importe, como me sucede a mí. ¿Quieres que pare el bote e intente desembarcar allí? Le diré a Lucy que me volví loco y que me odias, y te librarás de mí para siempre. Nadie puede echarle la culpa de nada, porque me he comportado de manera imperdonable.

Maggie estaba paralizada: resultaba más fácil resistirse a los ruegos de Stephen que a aquella imagen de sufrimiento que acababa de trazar desagráviándola; era más fácil incluso alejarse de su expresión de ternura que de aquella actitud de sufrimiento y enfado que parecía situarla en una posición egoísta, distante. Tal como había descrito las cosas Stephen, las razones que habían actuado sobre la conciencia de Maggie parecían convertirse en egoísmo. El fuego indignado de sus ojos se apagó y empezó a mirarlo con tímida aflicción. Se había atrevido a reprocharle que se lanzara hacia un pecado irremediable... Ella, que había sido tan débil.

—Como si yo no sintiera lo que te ha sucedido —dijo ella con otro tipo de reproche: el reproche del amor que pide más confianza. Maggie se ablandaba ante el sufrimiento de Stephen y este sentimiento de compasión fue más fatal que otros, porque resultaba más difícil de distinguirlo de la conciencia de los derechos de los demás, base moral de su resistencia.

Stephen advirtió que su tono y su mirada se suavizaban: el cielo se abría de

nuevo. Se sentó a su lado, le tomó la mano, apoyó el codo en el costado del bote y no dijo nada. No se atrevía a hablar, no se atrevía a moverse, no fuera a provocar sus reproches o su rechazo. La vida dependía de su consentimiento: todo lo demás era de una tristeza imposible, confusa, terrible. Siguieron deslizándose así, cobijados en aquel silencio como si fuera un puerto, temerosos de que sus sentimientos volvieran a enfrentarse, hasta que advirtieron que el cielo se había cubierto de nubes, la brisa refrescaba por momentos y el día cambiaba por completo.

—Maggie, seguro que tienes frío con este fino vestido. Permite que te tape los hombros con la capa. Levántate un poco, vida mía.

Maggie obedeció: resultaba indescriptiblemente agradable que le dijeran lo que tenía que hacer y que tomaran todas las decisiones por ella. Se sentó, cubierta por la capa, y Stephen asió de nuevo los remos para avanzar con energía; debían intentar llegar a Torby tan deprisa como pudieran. Maggie apenas era consciente de haber hecho o dicho nada decisivo. Toda concesión va acompañada de una conciencia menor de la resistencia: es el sueño parcial del pensamiento, la inmersión de nuestra personalidad en otra. Todas las influencias tendían a arrullarla para convencerla: el paseo en aquel bote que se deslizaba como en sueños, que ya duraba cuatro horas y le producía ya cierto cansancio y agotamiento; la dificultad que suponía desembarcar a una distancia desconocida de su casa y caminar durante millas, todo contribuía someterla al poderoso y misterioso encanto que convertía la despedida de Stephen en la muerte de la alegría, que le hacía pensar que herirlo sería como el primer toque de un hierro torturador ante el cual cede toda resolución. Y, además, la felicidad de estar con él bastaba para absorber su lánguida energía.

En aquel momento, Stephen observó que tras ellos venía un barco. Con la primera marea habían pasado junto a ellos varias embarcaciones, entre ellas el vapor de Mudport, pero durante la última hora no habían visto ninguna. Stephen lo contempló con ansiedad, como si le trajera una idea, y después miró a Maggie vacilando.

—Maggie, querida mía —dijo por fin—. Si este barco fuera a Mudport o a cualquier otro lugar adecuado de la costa situada al norte, nos convendría pedirles que nos tomaran a bordo. Estás cansada y tal vez empiece a llover. Podría ser muy complicado llegar a Torby en este bote. Sólo es un mercante, pero imagino que podemos instalarnos cómodamente. Nos llevaremos los cojines del bote. Es lo mejor que podemos hacer. Estarán encantados de recogernos, llevo encima mucho dinero y puedo pagarles bien.

El corazón de Maggie latió con renovada alarma ante esta nueva proposición; pero permaneció en silencio: era igualmente difícil decidirse por un rumbo u otro.

Stephen hizo señas al barco. Era un buque holandés que se dirigía hacia Mudport, según les informó el oficial de cubierta, y si el viento se mantenía, tardarían menos de dos días.

—Nos hemos alejado demasiado con el bote —dijo Stephen—. Intentaba llegar a Torby, pero me da miedo el tiempo, y esta dama, mi esposa, está agotada por el cansancio y el hambre. Le ruego que nos suban a bordo e icen el bote, les pagaré bien.

Maggie, que ahora temblaba de miedo, subió a bordo y se convirtió en interesante objeto de contemplación de los admirativos holandeses. El oficial de cubierta expresó su temor a que la dama no se encontrara cómoda en el barco, porque no estaban preparados para pasajeros tan inesperados y no tenían camarote particular del tamaño adecuado. Pero, por lo menos, contaban con la habitual limpieza holandesa que hace soportables todas las demás incomodidades, y esparcieron con presteza los cojines del bote para formar un lecho en la popa. Pero el primer cambio que necesitaba Maggie era pasear por la cubierta de un lado a otro apoyada en el brazo de Stephen, sentirse sostenida por su fuerza: después llegó la comida y, por último, se reclinó en silencio sobre los cojines con la sensación de que aquel día ya no se podía tomar ninguna otra decisión. Todo tenía que esperar hasta el día siguiente. Stephen se sentó a su lado y le tomó la mano; sólo podían hablarse en susurros y mirarse de vez en cuando, porque la curiosidad de los cinco hombres a bordo era persistente y el interés que sentían por aquellos desconocidos y apuestos jóvenes tardó en decrecer hasta alcanzar el habitual desprecio que sienten los marineros por todos los objetos más cercanos que el horizonte. Pero Stephen sentía una alegría triunfante. Cualquier otro pensamiento o inquietud desaparecía ante la certeza de que Maggie debía ser suya. Habían dado ya el salto: los escrúpulos lo habían torturado, había luchado contra una poderosa inclinación, había dudado, pero ahora era ya imposible arrepentirse. Expresó en murmullos fragmentados la felicidad, la adoración, la ternura, la certeza de que la vida sería para los dos un paraíso, de que la presencia de Maggie a su lado daría pasión a la vida cotidiana, que no tendría mayor bendición que satisfacer sus menores deseos, que sería capaz de hacer por ella cualquier cosa, excepto alejarse: y, además, ahora nunca querrían separarse: él sería suyo para siempre, todo lo suyo sería de ella, y no tendría otro valor que el hecho de que fuera suyo. Cuando una voz grave y entrecortada que ha despertado la fibra de una pasión joven murmura tales cosas, causa un débil efecto sobre las personas experimentadas y distantes. Para la pobre Maggie, resultaban muy próximas: era como si sostuvieran un néctar junto a unos labios sedientos: así pues, existía, tenía que existir en la tierra una vida para los mortales que no resultara dura y gélida, en la que el afecto no fuera sacrificio. Las apasionadas palabras de Stephen hacían la visión de semejante vida más presente que nunca; y ese futuro excluía todas las realidades, excepto los rayos de sol que brillaban de nuevo sobre las aguas a medida que se acercaba el crepúsculo y se mezclaban con la imaginada luz solar de la felicidad prometida, todo excepto la mano que asía la suya, la voz que le hablaba y los ojos que la miraban con un amor grave e indecible.

Al final no llovió; las nubes rodaron de nuevo hacia el horizonte y formaron la gran muralla purpúrea y las largas islas rojizas de ese maravilloso reino que se nos revela cuando se pone el sol: la tierra sobre la que vela el lucero de la tarde. Maggie dormiría toda la noche en la popa, estaría mejor que en la bodega, y la cubrieron con las mantas más cálidas que había en el barco. Era todavía temprano cuando el cansancio del día le produjo un soñoliento deseo de descansar, y recostó la cabeza mientras contemplaba cómo se extinguía el débil arbol en el oeste, allí donde la única lámpara dorada se hacía cada vez más brillante. Después levantó la vista hacia Stephen, que seguía sentado a su lado, inclinado sobre ella mientras apoyaba el brazo en el costado de la embarcación. Detrás de todas las visiones deliciosas de las últimas horas, que habían fluido sobre ella como una suave corriente y la habían dejado completamente pasiva, existía la tenue conciencia de lo efímero de la situación y de que el día siguiente traería consigo la antigua vida de lucha, que algunos pensamientos se vengarían de aquel olvido. Sin embargo, en aquel momento todo era confuso: la suave corriente seguía fluyendo sobre ella y las deliciosas visiones se fundían y desvanecían como el maravilloso y etéreo reino de poniente.

Capítulo XIV

El despertar

Después de que Maggie se durmiera, Stephen, cansado también de tanto remar y de la intensa vida interior de las últimas doce horas, pero demasiado inquieto para dormir, caminó y vagó por cubierta, fumando, hasta pasada la media noche, sin ver las aguas oscuras y ajeno a las estrellas, interesado tan sólo en el futuro próximo y lejano. Finalmente, el cansancio venció a la inquietud y se envolvió en unas lonas, a los pies de Maggie.

Ésta se había dormido antes de las nueve y al cabo de seis horas, antes de que pudiera percibirse el menor indicio del amanecer estival, se despertó de uno de esos sueños tan vívidos que acompañan a los más profundos descansos. Se encontraba en un bote con Stephen, en mitad de las aguas, y en la creciente oscuridad aparecía algo similar a una estrella, que crecía y crecía hasta que advirtieron que era la Virgen, sentada en el bote de San Ogg. La barca fue acercándose hasta que vieron que la Virgen era Lucy y el barquero era Philip... No, no era Philip, sino Tom, que pasó remando junto a ella, sin mirarla; Maggie se levantó para extender los brazos y llamarlo y, debido al movimiento, la barca volcó y empezaron a hundirse, hasta que con un estremecimiento de temor creyó despertar y se encontró de nuevo en su infancia en el salón de su casa, al atardecer, y Tom no estaba enfadado. Del alivio del falso despertar pasó al verdadero, al chapoteo del agua contra el barco, al sonido de unos pasos sobre la cubierta y al terrible cielo estrellado. Transcurrieron unos momentos de total desconcierto antes de que consiguiera desenmarañarse de la confusa red de sueños: pero pronto se impuso la terrible verdad. Stephen no estaba entonces a su lado: se encontraba sola con sus recuerdos y con su temor. Había cometido un error irrevocable que mancharía su vida para siempre; había llevado la tristeza a la vida de los demás, a unas vidas unidas a la suya por el amor y la confianza. Un sentimiento de apenas unas pocas semanas la había empujado hacia los pecados que su naturaleza más rechazaba: la deslealtad y el egoísmo cruel. Había roto los lazos que daban sentido al deber, y se había convertido en un alma proscrita sin más guía que la caprichosa elección de su pasión. ¿Y adónde la llevaría todo aquello? ¿Adónde la había llevado? Había dicho que preferiría morir que caer en aquella tentación. Ahora se daba cuenta, ahora que veía las consecuencias de su caída antes de que se completara. Aquel era, al menos, el fruto de tantos años de luchar por lo más alto y lo mejor: pues su alma, por muy traicionada, cautivada, atrapada que estuviera, nunca podría escoger deliberadamente lo más bajo. ¿Y qué era lo que elegía? Por Dios, no era la felicidad, sino una crueldad y una dureza deliberadas,

porque ¿podría alguna vez dejar de ver ante sí a Lucy y a Philip, a cuya confianza y esperanza había puesto fin? Su vida con Stephen no podía ser sagrada: ella misma se hundiría y vagaría para siempre, movida por un impulso incierto; porque había dejado marchar el hilo de la vida, la hebra a la que, en tiempos lejanos, su joven necesidad se había aferrado con tanta fuerza. Entonces, antes de conocerlos, antes de que estuvieran a su alcance, había renunciado a todos los placeres: Philip tenía razón cuando le dijo que no sabía nada sobre la renunciación: ella creía entonces que era un éxtasis tranquilo; ahora veía cara a cara esa triste y paciente fuerza vital que contiene el hilo de la vida, y veía que las espinas se le clavarían siempre en la frente. El ayer que jamás podría borrarse... si pudiese cambiarlo por cualquier sufrimiento interno y silencioso, por largo que fuera, se habría inclinado bajo aquella cruz con sensación de alivio.

Llegó el amanecer y con él la luz rojiza del Este mientras su vida pasada se apoderaba así de ella, con el férreo abrazo propio de los momentos extremos, cuando todavía es posible el rescate. Vio a Stephen, tendido en la cubierta, profundamente dormido, y al mirarlo le invadió una oleada de angustia que estalló en forma de sollozo largo tiempo contenido. Lo más amargo de la separación, el pensamiento que provocaba el más agudo grito interior en demanda de auxilio era el dolor que debía infligirle. Mas, por encima de todo, se encontraba el horror ante el fracaso, el temor a que su conciencia volviera a embotarse y careciera de energía hasta que fuera demasiado tarde. ¡Demasiado tarde! Era ya demasiado tarde para impedir el dolor, tal vez para todo lo que no fuera huir del último acto de bajeza: probar una alegría arrancada a unos corazones destrozados.

El sol se elevaba y Maggie se incorporó con la sensación de que empezaba para ella un día de resistencia. Todavía tenía lágrimas en las pestañas cuando, con la cabeza cubierta por el chal, se sentó para mirar el sol que se redondeaba lentamente. Algo despertó también a Stephen y, levantándose de su duro lecho, fue a sentarse a su lado. Le bastó una mirada para que el agudo instinto de su amor inquieto percibiera en ella algo alarmante. Lo asaltó el temor a encontrar en el carácter de Maggie una resistencia que fuera incapaz de vencer. Tuvo la incómoda conciencia de que el día anterior había despojado a Maggie de su libertad: Stephen poseía de modo innato demasiado honor para no advertir que si la voluntad de Maggie vacilaba, su conducta resultaría odiosa y ella tendría todo el derecho a reprochárselo.

Pero Maggie no pensaba en ese derecho: era demasiado consciente de su propia debilidad, estaba demasiado llena de la ternura que provoca la perspectiva de la necesidad de infligir una herida. Dejó que Stephen le tomara la mano cuando se acercó a sentarse a su lado y le sonrió con una mirada triste: no se sentía capaz de decir nada que lo apenara hasta que se acercara el momento de la posible separación. De manera que tomaron juntos una taza de café, caminaron por cubierta y oyeron la

afirmación del capitán de que se encontrarían en Mudport a las cinco, mientras cada uno soportaba su carga: Stephen sentía un vago temor y confiaba en que las horas siguientes lo disiparan, y Maggie, tras tomar una decisión, intentaba en silencio hacerla más firme. Durante toda la mañana Stephen no dejó de manifestar su inquietud por el cansancio y las incomodidades que sufría Maggie, y aludió al desembarco, al cambio de medio de transporte y al reposo del que disfrutaría en un carruaje con el deseo de tranquilizarse completamente, dando por hecho que todo sucedería tal como él había dispuesto. Durante un rato, Maggie se conformó con decirle que había descansado bien durante la noche y que no le importaba ir en barco —no era como estar en alta mar sino sólo un poco menos agradable que navegar en bote por el Floss—. Sin embargo, la mirada traiciona las decisiones ocultas y, a medida que avanzaba el día, Stephen se sentía más incómodo ante la sensación de que Maggie había abandonado por completo su pasividad. Ansiaba hablar de su matrimonio, aunque no se atrevía: de dónde irían después y de los pasos que daría para informar a su padre y a los demás de lo sucedido. Deseaba tranquilizarse con un asentimiento tácito, pero cada vez que la miraba, se asustaba aún más ante la expresión de tranquila tristeza que aparecía ahora en sus ojos. De modo que ambos se mostraban cada vez más silenciosos.

—Ya se ve Mudport —anunció Stephen finalmente—. Vida mía —añadió, volviéndose hacia ella con una mirada no exenta de súplica—: ya ha pasado lo más cansado. Una vez en tierra, podremos ir más deprisa. Dentro de hora y media podremos estar juntos en un coche y, después de esto, te parecerá un descanso.

Maggie comprendió que había llegado el momento de hablar, no sería justo asentir con su silencio.

—No iremos juntos —declaró en un tono tan bajo como el de Stephen pero firmemente decidida—. Viajaremos por separado.

La sangre afluyó al rostro de Stephen.

—No nos separemos: preferiría morir.

Tal como había temido, se avecinaba la lucha. Pero ninguno de los dos se atrevió a añadir una palabra hasta que arriaron el bote y los llevaron al embarcadero. Allí había un grupo de curiosos y pasajeros que aguardaba la partida del vapor hacia Saint Ogg's. Cuando desembarcó y Stephen avanzaba a toda prisa, tomándola por el brazo, Maggie tuvo la sensación de que alguien se le había acercado, como si quisiera hablar con ella. Pero Stephen tiraba de ella y Maggie era indiferente a todo, excepto a la dura prueba que la aguardaba.

Un mozo los guió hasta la posada y casa de postas más cercana, y Stephen pidió un coche mientras cruzaban el patio, sin que Maggie se diera cuenta.

—Pide que nos acompañen a una habitación donde podamos sentarnos —se limitó a decir.

Cuando entraron, Maggie no se sentó y Stephen, cuyo rostro manifestaba una desesperada decisión, estaba a punto de tocar la campanilla cuando Maggie anunció con voz firme.

—No voy contigo. Debemos separarnos aquí.

—Maggie —dijo Stephen, volviéndose hacia ella y hablando con el tono propio de un hombre que siente que se inicia un proceso de tortura—. ¿Quieres matarme? ¿De qué sirve que digas esto ahora? Ya está hecho.

—No, no todo está hecho —dijo Maggie—. Hemos hecho demasiado, demasiado para que podamos borrarlo. Pero no quiero seguir adelante. No intentes imponerte sobre mí. Ayer no pude escoger.

¿Qué podía hacer Stephen? No se atrevía a acercarse: podría provocar su enfado y alzar así otra barrera. Comenzó a pasear, preso de una perplejidad enloquecedora.

—Maggie —dijo al final, deteniéndose ante ella y hablando en un tono de triste súplica—: Ten piedad de mí, escúchame... Perdóname lo que hice ayer... Te obedeceré... No haré nada sin tu total consentimiento... Pero no arruines nuestra vida para siempre por una precipitada obstinación que nada bueno traerá para nadie, que sólo puede crear mas mal. Siéntate, vida mía, y espera. Piensa en lo que vas a hacer. No me trates como si no pudieras confiar en mí.

Stephen había recurrido a la más eficaz de las súplicas; pero Maggie estaba decidida a soportar el dolor.

—No debemos esperar —dijo con voz baja, pero firme—. Debemos separarnos al instante.

—No podemos separarnos, Maggie —dijo Stephen, más impetuoso—. No puedo soportarlo. ¿Qué sentido tiene que me hagas tanto daño? El golpe, sea el que sea, ya se ha dado. ¿Le servirá a alguien que me vuelvas loco?

—No quiero empezar ningún futuro, ni siquiera por ti, accediendo a lo que no debería haber sucedido nunca —dijo Maggie temblorosa—. Sigo sintiendo lo mismo que te dije en Basset: preferiría haber muerto a haber caído en esta tentación. Habría sido mejor que entonces nos separáramos para siempre. Sin embargo, debemos separarnos ahora.

—No, no nos separaremos —exclamó Stephen, colocándose ante la puerta instintivamente, olvidando todo lo que había dicho unos momentos antes—. No lo soportaría. No respondo de lo que haga.

Maggie se echó a temblar. Se dio cuenta de que no podían separarse repentinamente. Debía ir mas despacio y apelar a los buenos sentimientos de Stephen, tenía que prepararse para una tarea más difícil que salir corriendo tras tomar la decisión. Se sentó. Stephen, mirándola con una expresión de desesperación que lo envolvía como un halo, se acercó lentamente desde la puerta, se sentó a su lado y le tomó la mano. El corazón de Maggie latió como el de un pájaro asustado; pero

aquella franca oposición le fue de ayuda y sintió que su determinación se hacía más firme.

—Recuerda lo que sentías hace unas semanas —dijo ella con un ruego ferviente—, recuerda lo que sentíamos los dos: que nos debíamos a otros y que debíamos vencer toda inclinación que pudiera hacernos traicionar esa deuda. No hemos sido capaces de cumplir nuestra decisión, pero el mal es el mismo.

—No, no es lo mismo —dijo Stephen—. Hemos demostrado que nos es imposible mantenernos firmes en nuestras decisiones. Hemos demostrado que el sentimiento que nos atrae es demasiado fuerte y no podemos superarlo, que la ley natural domina a todas las demás, no podemos evitar los conflictos.

—No es eso, Stephen. Estoy segura de que está mal. He intentado pensar en ello una y otra vez, pero me doy cuenta de que si lo juzgamos desde ese punto de vista, sería argumento válido para cualquier traición y crueldad, podríamos justificar la ruptura de los lazos más sagrados que pueden formarse en la tierra. Si el pasado no nos atara, ¿en qué se basaría el deber? No habría más ley que el impulso del momento.

—Pero algunas veces no basta la voluntad para mantener los lazos —dijo Stephen, levantándose y poniéndose otra vez a pasear—. ¿Y de qué sirve la mera fidelidad externa? ¿Nos habrían agradecido algo tan vacío como la lealtad sin amor?

Maggie no contestó de inmediato. En ella, el debate no sólo era interior, sino también exterior. Por fin dijo, manifestando apasionadamente sus convicciones, tanto contra ella misma como contra él.

—De entrada, lo que dices parece correcto; pero si lo pienso más atentamente, me convengo de que es falso. La fidelidad y la lealtad significan algo más que hacer lo que resulta más fácil y agradable para uno. Significan la renuncia a todo lo opuesto a la confianza que los demás han depositado en nosotros, a todo lo que podría causar tristeza a quienes el curso de la vida ha hecho depender de nosotros. Si nosotros... si yo hubiese sido mejor y más noble, habría tenido presentes esos derechos, los habría sentido presionar en mi corazón tan continuamente, como ahora, cuando mi conciencia está despierta, que nunca habría crecido en mí un sentimiento opuesto, tal como ha sido... Lo habría sofocado de inmediato... Habría rezado pidiendo ayuda con tanto fervor... Habría huido, como huimos de un terrible peligro. No encuentro ninguna excusa para mi comportamiento, ninguna. No habría fallado a Lucy y a Philip de esta manera si no hubiera sido débil, egoísta y dura, capaz de pensar en su dolor sin sentir otro dolor tan grande que habría destruido la tentación. ¡Oh! ¿Qué estará sintiendo Lucy? Ella creía en mí... me quería... era tan buena conmigo... Piensa en ella —la voz de Maggie fue ahogándose con estas palabras.

—No puedo pensar en ella —rechazó Stephen—. No puedo pensar en nada más que en ti. Maggie, pides a un hombre lo imposible. Todo lo que dices ya lo he sentido

y ahora ya no puedo volver a sentirlo. ¿Y para qué sirve que te dediques a pensar en ello, excepto para torturarme? Ya no puedes evitarles ningún dolor, sólo puedes separarte de mí y hacer que ya no desee seguir viviendo. Aunque pudiéramos retroceder y cumplir con nuestros compromisos, suponiendo que eso todavía fuera posible, sería odioso, horrible pensar en que pudieras convertirte en la esposa de Philip, que fueras para siempre esposa de un hombre al que no amas. Ambos nos hemos salvado de un error.

Maggie se sonrojó profundamente y no pudo decir nada. Stephen lo advirtió. Se sentó de nuevo, le tomó una mano y la miró con apasionada súplica.

—¡Maggie! ¡Mi vida! Si me quieres, eres mía. ¿Quién puede tener más derecho que yo? Mi vida está atada a tu amor. Nada del pasado puede anular el derecho del uno al otro: por primera vez en nuestra vida, amamos en cuerpo y alma.

Maggie siguió en silencio durante un rato, con los ojos bajos. Stephen empezaba a albergar nuevas esperanzas de triunfar. Pero Maggie levantó los ojos y lo miró con la angustia del arrepentimiento, pero no la de la rendición.

—No, no en cuerpo y alma, Stephen —dijo con temerosa decisión—. Nunca di mi consentimiento de modo racional. Los recuerdos, afectos, deseos de alcanzar una bondad perfecta tienen tanto poder sobre mí que no podría olvidarlos durante mucho tiempo, regresarían y resultaría doloroso, llegaría el arrepentimiento. No podría vivir en paz si interpusiera la sombra de un pecado deliberado entre Dios y yo. Ya he causado pena, lo sé, me doy cuenta, pero no ha sido de modo deliberado. Nunca he dicho: «Que sufran para que yo sea feliz». Nunca ha sido mi voluntad casarme contigo: si consiguieras mi consentimiento en el momento del triunfo de mis sentimientos hacia ti, no tendrías toda mi alma. Si pudiera despertarme anteayer, preferiría ser fiel a mis plácidos afectos y vivir sin la alegría del amor.

Stephen le soltó la mano y, levantándose con impaciencia, caminó arriba y abajo por la habitación con rabia contenida.

—¡Por Dios! —estalló por fin—. ¡Qué poco vale el amor de una mujer! Yo sería capaz de cometer crímenes por ti y, mientras tanto, tú sopesas las cosas de ese modo. No me quieres: si me quisieras la décima parte de lo que yo te quiero a ti, te sería imposible pensar ni un solo momento en sacrificarme. Pero a ti no te importa nada despojar mi vida de toda felicidad.

Maggie apretó los dedos de modo casi convulsivo mientras mantenía las manos unidas sobre el regazo. Estaba aterrorizada, como si sólo pudiera divisar dónde se encontraba gracias a la luz de los relámpagos y, tras ellos, tuviera que tantear la oscuridad.

—No, no te sacrifico, no podría —dijo en cuanto pudo hablar de nuevo—, pero no creo que sea bueno para ti lo que considero..., lo que los dos consideramos un daño para los demás. No podemos escoger entre nuestra felicidad o la de los demás,

no podemos saber en qué consiste. Sólo podemos escoger entre ceder a nuestros deseos del presente o renunciar a ellos para obedecer a la voz divina que oímos en nuestro interior, para ser fieles a todos los motivos que santifican nuestras vidas. Ya sé que es duro creer en esto, me cuesta hacerlo; pero sé que si dejo de creer, ninguna luz me guiará por la oscuridad de esta vida.

—Pero Maggie —insistió Stephen, sentándose de nuevo a su lado—. ¿Es posible que no te des cuenta de que lo que sucedió ayer lo cambió todo? ¿Qué capricho, qué obstinado prejuicio te ciega? Es demasiado tarde para decir lo que podríamos o lo que deberíamos haber hecho. Aunque observemos lo hecho con los peores ojos, debemos partir de que nuestra posición ha cambiado y lo más adecuado ya no es lo mismo que antes. Debemos asumir nuestros actos y partir de ellos. ¿Y si nos hubiéramos casado ayer? Sería casi lo mismo. El efecto en los demás no habría sido distinto, sólo habría cambiado para nosotros, ya que entonces habrías reconocido que el vínculo que te unía a mí era más fuerte que el que te unía a los demás.

Maggie volvió a sonrojarse y guardó silencio. Stephen pensó de nuevo que empezaba a imponer su punto de vista: en realidad, nunca había pensado que pudiera dejar de imponerlo: algunas posibilidades no nos asustan porque no nos atrevemos siquiera a considerarlas.

—Mi vida —murmuró con el tono más tierno y profundo que fue capaz, inclinándose hacia ella y rodeándola con el brazo—. Ahora eres mía... el mundo lo cree así... nuestro deber debe partir de este hecho... Dentro de unas horas serás legalmente mi esposa. Y quienes tengan algún derecho sobre nosotros deberán rendirse, verán que se oponía una fuerza a sus derechos... Dame un beso, mi vida... Ha pasado tanto tiempo desde el último...

Los ojos de Maggie se abrieron con una mirada aterrorizada ante el rostro que tenía tan cerca y se levantó de un brinco, de nuevo pálida.

—¡Oh! No puedo —dijo con voz casi agónica—. Stephen... no me lo pidas... no insistas... No puedo discutir más... No sé qué es lo más razonable, pero mi corazón no me permitirá hacerlo. Me doy cuenta... siento su inquietud: como si la tuviera grabada en la cabeza con un hierro candente. Yo sufrí y no tuve a nadie que se apiadara de mí... y ahora he hecho que los demás sufrieran. Nunca me abandonaría... me amargaría nuestro amor... Quiero a Philip de otro modo, recuerdo todo lo que nos dijimos... Sé que pensaba en mí como la promesa de su vida. Tuve la oportunidad de aliviar su destino... y lo he abandonado. Y he engañado a Lucy... a ella, que confiaba en mí más que nadie. No puedo casarme contigo. No puedo quedarme con un bien obtenido de su desgracia... Esa no es la fuerza que debería guiarnos... La que sentimos el uno por el otro... Me alejaría de todo lo que mi vida pasada ha hecho que apreciara. No puedo iniciar una nueva vida y olvidarlo... Debo regresar a ello y aferrarme, si no, me sentiría como si no pisara tierra firme.

—¡Por Dios, Maggie! —exclamó Stephen, levantándose también y agarrándola por el brazo—. Deliras: ¿cómo puedes volver sin casarte conmigo? No sabes lo que dirán, mi vida. No ves las cosas cómo son.

—Sí, sí las veo. Pero me creerán... Lo confesaré todo... Lucy me creerá... te perdonará. Y... y... si vamos por buen camino, las cosas irán bien. Querido Stephen... ¡Déjame marchar! No me arrastres a más remordimientos. Mi alma nunca ha dado su consentimiento y tampoco lo da ahora.

Stephen le soltó el brazo y se dejó caer en la silla, aturdido por la ira desesperada. Permaneció en silencio durante unos momentos, sin mirarla, mientras ella lo contemplaba inquieta y alarmada ante aquel repentino cambio.

—Adelante, entonces —dijo finalmente, sin mirarla—. Déjame. No me tortures más. No puedo soportarlo.

Involuntariamente, se inclinó hacia él y extendió la mano para tocarlo. Pero él se apartó como si fuera un hierro candente.

—Déjame.

Maggie no era consciente de tomar una decisión cuando se alejó de aquel rostro sombrío que miraba hacia otro lugar y salió de la habitación: era como un movimiento mecánico en respuesta a una intención ya olvidada. ¿Qué sucedió después? La sensación de bajar las escaleras como en un sueño... unas losas... el coche y los caballos que esperaban... después una calle, el giro hacia otra calle, donde aguardaba una diligencia recogiendo pasajeros... y la idea repentina de que aquel carruaje se la llevaría, tal vez hacia casa. Pero no podía preguntar nada todavía: se limitó a subir al coche.

Su casa... donde estaban su madre y su hermano... Philip... Lucy... el escenario de sus cuitas y preocupaciones... era el refugio hacia el cual tendía su pensamiento... el santuario donde se guardaban las reliquias sagradas... donde impedirían que volviera a caer. Pensar en Stephen era como un terrible pulso doloroso que, sin embargo, como sucede con estos dolores, parecía estimular el pensamiento. Pero apenas tenía presente lo que otros pudieran decir o pensar de su conducta. El amor, la profunda pena y el angustiado remordimiento no dejaban lugar para ello.

El carruaje la llevaba hacia York, todavía más lejos de su casa, pero no se enteró hasta que se apeó en la vieja ciudad a medianoche. No importaba: podía dormir allí y ponerse en marcha hacia su casa al día siguiente. Llevaba el monedero en el bolso con todo su dinero: un billete y un soberano. Lo había olvidado allí tras ir de compras dos días antes.

¿Se acostó aquella noche en el lúgubre dormitorio de la vieja posada firmemente decidida a seguir el camino del sacrificio penitente? Los grandes combates de la vida no son tan sencillos; los grandes problemas no resultan tan claros. En la oscuridad de aquella noche, veía el apenado rostro de Stephen vuelto hacia ella, lleno de pasión y

reproche. Revivía la trémula delicia de su compañía que convertía la existencia en un flujo de alegría en lugar de un esfuerzo firme y callado: el amor al que había renunciado regresaba a ella con un cruel encanto, sentía que abría los brazos para recibirlo otra vez y entonces parecía escabullirse, desvanecerse y esfumarse, dejando tras de sí el sonido de una voz profunda vibrante que decía: «Se ha ido... se ha ido para siempre».

Libro séptimo

El rescate final

Capítulo I

El regreso al molino

Entre las cuatro y las cinco de la tarde del quinto día tras aquel en que Stephen y Maggie partieron de Saint Ogg's, Tom Tulliver se encontraba de pie en el camino de grava que conducía hacia la vieja casa del molino de Dorlcote. Ahora era el dueño: había cumplido el deseo que había expresado su padre en el lecho de muerte y, gracias a años de trabajo enérgico y firme gobierno de sí mismo, estaba cerca de alcanzar una respetabilidad superior incluso a aquella que había sido orgulloso patrimonio de los Dodson y los Tulliver.

Pero mientras permanecía de pie bajo el sol todavía cálido de aquella tarde de verano, su rostro no reflejaba alegría ni triunfo. El gesto de la boca era de la mayor amargura, el severo ceño estaba profundamente fruncido mientras se echaba el sombrero sobre los ojos para protegerlos del sol y metía las manos en los bolsillos para empezar a caminar arriba y abajo por la gravilla. No había llegado noticia alguna de su hermana desde que Bob Jakin regresó en el vapor de Mudport y puso fin a todas las improbables suposiciones de un accidente en el agua al afirmar que la había visto desembarcar con el señor Guest. ¿Sería la siguiente noticia la de su matrimonio...? ¿O qué otra cosa? Probablemente, que no se había casado. Tom tendía a esperar lo peor: no la muerte, sino la deshonra.

Mientras caminaba dando la espalda a la verja y de cara a la impetuosa corriente del caz, una figura alta de ojos negros que bien conocemos se acercó a la puerta y se detuvo para mirarlo mientras el corazón le latía a toda velocidad. Su hermano era el ser humano que más temía desde la infancia, sentía por él ese temor que experimentamos cuando amamos a una persona inexorable, inflexible, inalterable, con un carácter al que no podemos amoldarnos y de la que, sin embargo, no podemos alejarnos. Este miedo profundamente arraigado era el que agitaba a Maggie: a pesar de ello, estaba firmemente decidida a regresar con su hermano, como el refugio natural que le correspondía. Cuando recordaba su debilidad sentía tal humillación, tal angustia ante el daño infligido, que casi deseaba soportar la severidad de los reproches de Tom, someterse en silencio al juicio duro y reprobatorio contra el que se había rebelado tantas veces: ahora le parecía justo, ¿quién podría ser más débil que ella? Ansiaba la ayuda que pudiera derivarse de una confesión completa y dócil, de hallarse en presencia de aquellas personas cuya mirada y cuyas palabras fueran reflejo de su conciencia.

Maggie había tenido que permanecer postrada en la cama en York durante un día con un terrible dolor de cabeza, consecuencia lógica de la tensión del día anterior.

Todavía se reflejaba el dolor físico en su frente y en sus ojos, y su aspecto entero, tras llevar el mismo vestido varios días, resultaba ajado y agotado. Alzó el pasador de la puerta de la verja y entró lentamente. Tom no la oyó, ya que en aquel momento estaba cerca del estruendoso dique; pero no tardó en darse la vuelta y, al levantar la vista, reparó en la figura agotada y solitaria, que le pareció una confirmación de sus peores conjeturas. Se detuvo, tembloroso y pálido de repugnancia e indignación.

Maggie también se detuvo a tres yardas de distancia. Advirtió la expresión del rostro de Tom, vibró con su odio, pero se sintió en la obligación de hablar.

—Tom —empezó débilmente—. He vuelto contigo... He vuelto a casa..., a buscar refugio, a contártelo todo.

—No tengo intención de ofrecerte un hogar —contestó Tom con temblorosa rabia—. Nos has avergonzado a todos, has deshonorado el nombre de mi padre. Has sido una maldición para tus parientes más próximos. Te has comportado con bajeza, has engañado, nada te detiene. Me desentiendo de ti para siempre, no eres nada mío.

Su madre había salido a la puerta y aguardaba, paralizada ante la doble impresión de ver a Maggie y oír a Tom.

—Tom —insistió Maggie con más valor—. Tal vez no sea tan culpable como tú crees. Nunca quise expresar mis sentimientos, luché contra ellos. Me vi arrastrada en el bote demasiado lejos para regresar el martes, y he vuelto tan pronto como he podido.

—Nunca más podré creer en lo que digas —dijo Tom, pasando gradualmente de la temblorosa agitación del principio a la fría inflexibilidad—. Has mantenido una relación clandestina con Stephen Guest, igual que hiciste antes con otro hombre. Fue a verte a casa de la tía Moss; paseaste sola con él por los caminos. Debes de haberte comportado como no lo habría hecho una muchacha decente con el novio de su prima; de no ser así, nada de esto habría sucedido. La gente de Luckreth te vio pasar, pasaste por delante de los otros pueblos; sabías lo que hacías. Has estado utilizando a Philip Wakem como tapadera para engañar a Lucy, la mejor amiga que has tenido nunca. Ve a ver el modo en que se lo has devuelto: está enferma, es incapaz de hablar; ni siquiera nuestra madre puede acercarse a ella, porque se acuerda de ti.

Maggie estaba aturdida y demasiado angustiada para advertir ninguna diferencia entre su culpa real y las acusaciones de su hermano, y más incapaz todavía de defenderse.

—Tom dijo, —retorciéndose las manos bajo la capa mientras se esforzaba en hablar—, me arrepiento amargamente de todo lo que pueda haber hecho... Quiero reparar el daño causado... Soportaré lo que sea... No quiero volver a equivocarme.

—¿Y qué va a impedirte? —preguntó Tom con cruel amargura—. No te lo impedirán la religión, ni el sentido del honor o de la gratitud. Y él... merecería un tiro, si no fuera... Pero tú eres diez veces peor que él. Odio tu carácter y tu conducta.

Dices que has luchado contra tus sentimientos. ¡Sí! Yo también he luchado contra los míos, pero he vencido. Mi vida ha sido mucho más dura que la tuya, pero yo me he consolado cumpliendo con mi deber. No pienso tolerar un carácter como el tuyo: el mundo sabrá que yo sí distingo entre el bien y el mal. Si pasas necesidades, me ocuparé de ti. Puedes comunicárselo a nuestra madre. Pero no te alojarás bajo mi techo. Ya basta con que tenga que soportar el pensamiento de tu deshonra, tu vista me resulta odiosa.

Maggie iba dándose la vuelta lentamente, llena de desesperación. Pero el pobre y asustado amor materno, más fuerte que cualquier temor, se precipitó a intervenir.

—¡Hija mía! Me voy contigo, siempre seré tu madre.

¡Oh, el dulce reposo de ese abrazo para la desgraciada Maggie! Es de mas ayuda un sorbo de simple piedad humana que toda la sabiduría del mundo.

Tom dio media vuelta y entró en la casa.

—Entra, hija mía —susurró la señora Tulliver—. Dejará que te quedes y duermas en mi cama. Si se lo pido no me lo podrá negar.

—No, madre —contestó Maggie con una voz grave que parecía un gemido—. No quiero entrar nunca más.

—Entonces, espérame fuera. Me preparo y voy contigo.

Cuando apareció su madre con la capota puesta, Tom le salió al encuentro en el pasillo y le puso dinero en la mano.

—Mi casa siempre será la suya, madre —dijo—. Venga para contarme todo lo que quiera, vuelva conmigo.

La pobre señora Tulliver tomó el dinero, demasiado asustada para decir nada. Lo único que estaba claro para su instinto materno era que se iba con su desgraciada hija.

Maggie esperaba en el exterior de la verja; cogió la mano de su madre y caminaron un poco en silencio.

—Madre —dijo Maggie finalmente—, iremos a la casita de Luke; él me dejará entrar. Era muy bueno conmigo cuando era pequeña.

—Hija, no tiene sitio para nosotros; su mujer ha tenido muchos hijos. No sé adónde ir, como no sea a casa de una de tus tías... y casi no me atrevo —dijo la pobre señora Tulliver, desprovista de recursos mentales en aquel momento extremo.

Maggie permaneció en silencio un rato.

—Vamos a casa de Bob Jakin, madre —dijo—; si no tiene ahora otro huésped, su esposa tendrá sitio para nosotras.

De modo que se encaminaron a Saint Ogg's, a la vieja casa situada junto al río.

Bob se encontraba en su casa, sumido en una tristeza que se resistía incluso a la felicidad y el orgullo de ser padre de una criatura de dos meses, la más alegre de esa edad que príncipe o buhonero hayan tenido nunca. Tal vez no habría llegado a entender por completo lo irregular de la aparición de Maggie con el señor Guest en el

muelle de Mudport si no hubiera presenciado el efecto que la noticia causó en Tom cuando fue a comunicársela; y, desde entonces, las circunstancias que daban un carácter catastrófico a la fuga habían trascendido los círculos más educados de Saint Ogg's y se habían convertido en tema de conversación para mozos de cuadra y chicos de los recados. Por este motivo, cuando abrió la puerta y vio a Maggie delante de él, triste y fatigada, no tuvo que preguntar nada; sólo tenía una pregunta, pero ésa no se atrevió a formularla en voz alta. ¿Dónde estaba el señor Guest? Él, por su parte, esperaba que se encontrara en la zona más caliente de un lugar situado en el otro mundo y destinado a los caballeros que se comportaban de tal modo. Las habitaciones estaban vacías y las dos señoras Jakin, tanto la grande como la pequeña, recibieron la orden de arreglarlas para la «Señora y la señorita»... ¡Ay! Que todavía era «señorita». El ingenioso Bob se sentía dolorosamente intrigado por cómo podía haberse llegado a ese resultado, cómo el señor Guest podía haberla dejado o podía haber permitido que se alejara de él teniendo la posibilidad de retenerla. Pero permaneció en silencio y no quiso permitir que su esposa hiciera pregunta alguna; no quiso presentarse en la habitación, no fuera a parecer que se entrometía y deseaba satisfacer su curiosidad; y se comportó con la muchacha de ojos negros con la misma caballerosidad que en la época en que le hizo el memorable regalo de aquellos libros.

Sin embargo, al cabo de un día o dos, la señora Tulliver se fue al molino durante unas horas para ocuparse de los asuntos domésticos de Tom. Maggie había insistido en que lo hiciera: tras el primer estallido violento de sentimientos, que se produjo en cuanto ya no tuvo que ocuparse de nada, ya no le fue tan necesaria la presencia de su madre; incluso deseaba estar sola con su pena. Sin embargo, llevaba poco rato sola en el viejo salón cuando llamaron a la puerta. Volvió el triste rostro para decir «adelant» y vio entrar a Bob con la pequeña en brazos y con Mumps pisándole los talones.

—Si le molestamos, nos vamos, señorita —dijo Bob.

—No —dijo Maggie en voz baja, deseando poder sonreír.

Bob, tras cerrar la puerta a sus espaldas, se le acercó y se detuvo ante ella.

—¿Ve, señorita?, tenemos una nena. Quería que la mirara y la cogiera en brazos, si tiene la bondad. Porque nos hemos tomado la libertad de darle su nombre, y se lo digo *pa* que lo sepa.

Maggie no podía hablar, pero tendió los brazos para coger a la criatura mientras Mumps olfateaba inquieto con intención de asegurarse de que el cambio era correcto. El corazón de Maggie se había henchido con el gesto Y las palabras de Bob: sabía bien que era el modo que había elegido para demostrarle su comprensión y su respeto.

—Siéntate, Bob —dijo después, y Bob se sentó en silencio. Cosa nueva, su lengua no se dejaba manejar y se negaba a decir lo que él quería.

—Bob —dijo Maggie al cabo de un momento, mirando a la nena y sosteniéndola

inquieta, como si temiera que pudiera deslizarse de su pensamiento y de sus dedos—, quisiera pedirte un favor.

—No hable así, señorita —dijo Bob, agarrando a *Mumps* por la piel del cuello—. Si puedo hacer algo por *usté*, me gustará tanto como el jornal de un día.

—Quisiera que fueras a ver al doctor Kenn, hablaras con él y le dijeras que estoy aquí y que le agradecería mucho que viniera a verme mientras mi madre está fuera. No volverá hasta la noche.

—Ajá, señorita. Dicho y hecho. Está aquí al *lao*; pero la señora Kenn está de cuerpo presente, mañana la entierran... Se murió el día en que llegué de Mudport. Es una pena que s'haya muerto ahora, si quiere hablar con él. No me gustaría molestarlo todavía...

—¡Oh, no, Bob! —exclamó Maggie—. Debemos dejarlo tranquilo, por lo menos durante unos días, hasta que oigas decir que vuelve a encargarse de las cosas. Aunque quizá se vaya de la ciudad, un poco lejos —añadió, sintiéndose de nuevo abatida.

—Él no es *asin*, señorita —dijo Bob—. No irá a ningún sitio. No es *d'esos* que se van a llorar a un balneario cuando se les muere la mujer: tiene otras cosas que hacer. Se ocupa de la parroquia. Bautizó a la nena y *me s'acercó pa* preguntarme qué hacía los domingos, ya que no iba a la iglesia. Le dije que estaba fuera tres de cada cuatro, y que estoy tan *acostumbrado* a estar de pie que no puedo aguantar sentado tanto rato seguido. «Pardiez, señor —voy y le digo— a un buhonero le basta con un poco de iglesia, el sabor es fuerte —le digo yo— y no es bueno pasars». Eh, señorita, ¡qué bien se porta la nena con *uste*! Es como si la conociera. En parte, la conoce, estoy seguro, como los pájaros conocen la mañana.

No había duda de que la lengua de Bob se había liberado de su involuntaria inmovilidad, e incluso corría el riesgo de hacer más trabajo del necesario. Sin embargo, era tan difícil acercarse a los temas sobre los que ansiaba estar informado que su lengua antes tendía a seguir el camino fácil que a llevarlo por un sendero intransitado. Al advertirlo, permaneció un rato más en silencio, rumiando sobre los distintos modos de plantear la pregunta.

—¿Me permite que *l'haga* una pregunta? —dijo finalmente, con voz más tímida que de costumbre.

Maggie se sorprendió un poco.

—Sí, Bob —contestó—. Si es sobre mí, pero no sobre los demás.

—Bien, señorita, ¿guarda rencor a alguien?

—No, a nadie —contestó Maggie, alzando los ojos hacia él con curiosidad—. ¿Por qué?

—Pardiez, señorita —dijo Bob, pellizcando el pescuezo de *Mumps* con más fuerza que nunca—. Que si tiene rencor a alguien y me lo dice, le doy de palos hasta quedarme ciego, y que *aluego* la justicia haga conmigo lo que quiera.

—¡Oh, Bob! —dijo Maggie sonriendo débilmente—. Eres muy buen amigo. Pero no quiero castigar a nadie, aunque me hayan hecho daño. Yo he hecho daño a los demás demasiadas veces.

Este punto de vista desconcertó a Bob y lanzó más oscuridad que nunca sobre lo que podía haber sucedido entre Stephen y Maggie. Pero habría sido indiscreto seguir haciendo más preguntas, suponiendo que hubiera sido capaz de darles la forma adecuada, y debía llevar a la nena con la madre, que la guardaba.

—A lo mejor le gustaría tener a *Mumps pa* que le haga compañía, señorita —dijo después de cogerle a la niña—. Hace buena compañía, este *Mumps*... *Lo sabe tó* y no molesta *ná*. Si se lo digo, se quedará delante de *usté* y la vigilará, bien quieto, igual que me vigila el fardo. Permita que se lo deje un rato, así le tomará cariño. Es buena cosa que le tenga cariño a uno un animal mudo; hace compañía y está bien callao.

—Sí, déjame, por favor —contestó Maggie—. Me parece que me gustaría que fuera amigo mío.

—*Mumps*, quieto aquí —dijo Bob, señalando un lugar delante de Maggie—. Y no te muevas hasta que te lo digan.

Mumps se echó al instante y no mostró inquietud alguna cuando su amo salió de la habitación.

Capítulo II

Saint Ogg's juzga

Pronto se supo en todo Saint Ogg's que la señorita Tulliver había vuelto: así pues, no se había fugado para casarse con el señor Guest —en cualquier caso, el señor Guest no se había casado con ella—, lo que era lo mismo, en lo que a la culpabilidad de la señorita Tulliver concernía. Juzgamos a los demás por los resultados, ¿cómo podría hacerse de otro modo, si no conocemos el proceso a través del cual se ha llegado a esos resultados? Si la señorita Tulliver, tras unos pocos meses de selecto viaje, hubiera regresado como la señora de Stephen Guest, con un ajuar posnupcial y todas las ventajas que posee incluso la menos deseada esposa de un hijo único, la opinión pública, que en Saint Ogg's, como en todas partes, siempre sabe lo que tiene que pensar, habría juzgado ateniéndose estrictamente a esos resultados. La opinión pública, en esos casos, es siempre del género femenino, y la mitad femenina de la humanidad habría contemplado cómo dos jóvenes guapos —él además, miembro de la que se podría considerar la familia más destacada de Saint Ogg's—, tras haber dado un paso en falso, habían avanzado por un camino que, para decirlo con palabras suaves, era altamente imprudente y habían causado gran tristeza y decepción, especialmente a aquella dulce joven, la señorita Deane. Sin duda, el señor Guest no se había comportado correctamente; pero ya se sabe que los jóvenes varones son dados a este tipo de caprichos... Y aunque pareciera muy poco adecuado que la señora Guest hubiera aceptado las menores insinuaciones del novio de su prima (se decía que, en realidad, estaba entonces comprometida con el joven Wakem: el viejo Wakem en persona lo había mencionado), ella era muy joven... «¡Y con un muchacho deforme hay que ver! El joven Guest es tan fascinante y, según dicen, la adoraba de tal manera (¡seguro que no dura!) que huyeron en el bote contra la voluntad de ella. ¿Y qué iba ella a hacer? No podía volver, nadie le habría dirigido la palabra. Y qué bien le sienta a su tez ese raso de color amarillo pálido: parece como si los pliegues delanteros estuvieran de moda; varios de sus vestidos los llevan. Dicen que a él nada le parece demasiado hermoso para ella. ¡Pobre señorita Deane! Es digna de lástima, pero, al fin y al cabo, no había compromiso en firme y el aire de la costa le sentará bien. Después de todo, si eso era todo lo que el joven Guest sentía por ella, ha sido mejor para ella no casarse con él. ¡Qué buena boda para una muchacha como la señorita Tulliver! ¡Qué romántica! Vaya, el joven Guest se presentará por la ciudad a las próximas elecciones parlamentarias. ¡Hoy en día no hay nada como el comercio! Ese joven Wakem casi se volvió loco —siempre ha sido bastante raro—, pero se ha marchado otra vez al extranjero para quitarse de en medio: es casi lo mejor para un joven

deforme. La señorita Unit afirma que nunca visitará al señor y la señora Guest, ¡qué tontería ésa la de pretender ser mejor que los demás! No podría haber vida en sociedad si nos entrometiéramos así en la vida privada; además, el cristianismo nos dice que no pensemos mal: y yo creo que lo que pasa es que la señorita Unit no ha recibido ninguna tarjeta suya».

Sin embargo, sabemos que el resultado no fue tal que permitiera semejante atenuación del pasado. Maggie había regresado sin ajuar y sin marido, en la lamentable y vagabunda situación a la que, como bien se sabe, conduce el error; y el sector femenino de la humanidad, con este sutil instinto que se le ha concedido para la conservación de la sociedad, advirtió de inmediato que la conducta de la señorita Tulliver contaba con todo tipo de circunstancias agravantes. ¿Había algo peor que aquello? Una chica que tanto debía a sus parientes... Que tanto ella como su madre habían recibido tantas atenciones de los Deane... Maquinar para robar el afecto de un joven a su propia prima, que se había comportado como una hermana para ella... No era ésa la expresión adecuada para una muchacha como la señorita Tulliver: habría sido más correcto decir que se había comportado con un descaro impropio de una mujer, movida por una pasión desenfrenada. La verdad era que siempre había habido algo dudoso en ella: esa relación con el joven Wakem que, según decían, hacía años que duraba, resultaba muy reprensible, ¡incluso repugnante! ¡En un joven de semejante temperamento! Para la mitad femenina del mundo, un instinto refinado podía advertir que algo había en el mismo físico de la señorita Tulliver que no auguraba nada bueno. En cuanto al pobre señor Guest, era más digno de conmiseración que otra cosa: en estos casos, no se puede juzgar con severidad a un joven de veinticinco años que se encuentra a merced de las artimañas de una fresca. Y estaba claro que había cedido contra su voluntad: se libró de ella en cuanto pudo; en realidad, no decía nada bueno de ella que se hubieran separado tan pronto. Naturalmente, él había escrito una carta echándose toda la culpa y contando la historia desde un punto de vista romántico para intentar que ella pareciera inocente, ¡faltaría más! Pero no se podía engañar al refinado instinto del mundo femenino, ¡afortunadamente! Si no, ¿qué sería de la sociedad? Vaya, si su propio hermano ni siquiera le había permitido entrar en su casa: no cabía duda de que, antes de hacer semejante cosa, ya habría visto suficiente. Un joven respetable de pies a cabeza, ese señor Tulliver, ¡era muy probable que subiera muy alto! Sin duda, la deshonra de su familia era para él un golpe muy duro. Era de esperar que ella se fuera por ahí, a América o a cualquier otro sitio, para purificar el aire de Saint Ogg's de la deshonra de su presencia, ¡resultaba muy peligrosa para las hijas de todos los habitantes de Saint Ogg's! Nada bueno podría sucederle: sólo podía esperarse que se arrepintiera y que Dios se apiadara de ella. Pero Él no tenía a su cargo la sociedad, como temía la mitad femenina del mundo.

El fino instinto necesitó casi quince días para comprobar la veracidad de estas intuiciones; lo cierto fue que la carta de Stephen tardó una semana entera en llegar y en ella contaba a su padre los hechos y añadía que había navegado hasta Holanda, que había pedido dinero al agente de Mudport, y que era incapaz de tomar ninguna decisión en aquel momento.

Entre tanto, Maggie estaba demasiado llena de una agónica inquietud para dedicar un instante al modo en que se interpretaba su conducta en Saint Ogg's: la inquietud por Stephen, por Lucy, por Philip luchaba en su pobre corazón en una tormenta incesante y torrencial en la que se mezclaban el amor, la pena y los remordimientos. Si hubiera pensado en el rechazo y en la injusticia, le habría parecido que le habían hecho todo el daño posible, pero que ningún golpe le resultaba ya insoportable tras las palabras que había oído de los labios de su hermano. Entre la inquietud por los amados y ofendidos, aquellas palabras se le repetían una y otra vez, como una horrible punzada que habría llevado tristeza y temor incluso a un delicioso paraíso. Ni le pasó por la cabeza la posibilidad de recuperar la felicidad; le parecía como si todas sus fibras sensibles estuvieran absortas en el dolor y no pudieran volver a vibrar bajo otra influencia. Ante ella, se extendía la vida como un acto de penitencia, y lo único que ansiaba cuando pensaba en lo que le deparaba el futuro era algo que le impidiera volver a caer: su debilidad la acosaba como una visión de horribles posibilidades que no le permitía concebir otra paz que la que reside en un refugio seguro.

Sin embargo, no carecía de planes prácticos: el amor a la independencia constituía una herencia y una costumbre demasiado fuertes para que no recordara que debía ganarse el pan y, cuando los demás proyectos resultaron demasiado vagos, pensó en volver a coser y ganar así lo suficiente para alojarse en casa de Bob. Tenía intención de convencer a su madre de que no tardara en regresar al molino para vivir de nuevo con Tom; y, de un modo u otro, se mantendría en Saint Ogg's. Quizá el doctor Kenn pudiera ayudarla y aconsejarla: recordaba las palabras de despedida en la feria benéfica, la breve sensación de confianza que le produjo su conversación, y aguardaba con ansia el momento de confiárselo todo. Su madre pasaba cada día por casa de los Deane para saber cómo se encontraba Lucy: las noticias eran siempre tristes y nada la sacaba del estado de débil pasividad en que había caído desde que se enteró de la noticia. En cuanto a Philip, la señora Tulliver no sabía nada: evidentemente, las personas que veía no le hablaban de nada relacionado con su hija. A pesar de todo, la señora Tulliver por fin reunió valor suficiente para ir a visitar a su hermana Glegg, que, sin duda, lo sabría todo e incluso había ido a ver a Tom al molino en su ausencia, aunque éste no le había contado nada de lo sucedido en esa ocasión.

En cuanto se marchó su madre, Maggie se puso la capota. Había decidido ir

andando hasta la rectoría y preguntar si podía ver al doctor Kenn: éste estaba profundamente apenado, pero las penas de los demás, en estas circunstancias, no desentonan con las nuestras. Era la primera vez que salía desde su regreso; con todo, estaba tan decidida que no se le ocurrió pensar en lo molesto de encontrarse a alguien por el camino y ser objeto de sus miradas. Pero apenas había salido de las calles estrechas que debía cruzar desde la casa de Bob cuando advirtió que le lanzaban miradas extrañas; nerviosa, apresuró el paso sin atreverse a mirar a izquierda o derecha. No tardó en encontrarse frente a frente con la señora y la señorita Turnbull, viejas amistades de su familia; ambas la miraron con una expresión extraña y se apartaron un poco sin dirigirle la palabra. A Maggie le dolían todas estas duras miradas, pero era tanto lo que se reprochaba que apenas podía ofenderse: no le sorprendía que no quisieran hablar con ella, pensaba: apreciaban mucho a Lucy. Al poco, tuvo que pasar ante un grupo de caballeros apostados delante de la puerta del salón de billar y no pudo dejar de ver que el joven Torry se apartaba un poco, con el monóculo puesto, y la saludaba con la actitud informal que habría dedicado a una moza de taberna que se mostrara simpática con él. El orgullo de Maggie era demasiado intenso para no advertir semejante aguijón, incluso a través de la pena; y por primera vez se le ocurrió pensar que pesaba sobre ella otro oprobio que el que le correspondía por haber traicionado a Lucy. Pero se encontraba ya en la rectoría; tal vez allí hallara algo más que un castigo. Cualquiera voz puede castigar: el pilluelo más duro, cruel y embrutecido de la calle puede, infligir castigo. Sin duda, la ayuda y la compasión son cosas infrecuentes y por ello es más necesario que las otorguen los justos.

Tras anunciar su llegada, la hicieron pasar de inmediato al estudio del doctor Kenn, que se encontraba sentado entre pilas de libros que poco le interesaban, con la mejilla apoyada sobre la cabeza de su hija menor, una niña de tres años. Hizo salir a la niña con la criada y, cuando se cerró la puerta, el doctor Kenn acercó una silla para que se sentara Maggie.

—Tenía intención de ir a verla, señorita Tulliver. Se ha adelantado usted, y me alegro de que así sea.

Maggie lo miró con la misma franqueza infantil que en la venta de beneficencia.

—Quiero contárselo todo —anunció Maggie, pero se le llenaron los ojos de lágrimas y toda la emoción contenida durante el humillante camino se abrió paso antes de que pudiera decir nada más.

—Cuéntemelo todo —rogó el doctor Kenn con serena amabilidad en su voz firme y grave—. Piense en mí como en una persona que posee gran experiencia, lo cual le permite ayudarla.

Con frases inconexas y con cierto esfuerzo al principio, pero después con la facilidad que procede de la sensación de alivio que supone confiarse a alguien,

Maggie le contó la breve historia de una lucha destinada a ser el principio de una larga pena. El doctor Kenn se había enterado del contenido de la carta de Stephen la misma víspera, y se lo había creído sin necesidad de que Maggie se lo confirmara. Recordaba el involuntario lamento de Maggie —«tengo que ir».— como señal de que soportaba algún conflicto interno.

Maggie se extendió sobre los sentimientos que la habían hecho volver con su madre y su hermano, que hacían que se aferrara a los recuerdos del pasado. Cuando terminó, el doctor Kenn permaneció en silencio unos minutos, pensando en un asunto difícil. Se puso de pie y paseó de un lado a otro, frente a la chimenea, con las manos a la espalda.

—El impulso de acudir a los parientes más cercanos —dijo finalmente tras sentarse, mirando a Maggie—, de permanecer donde se han formado los lazos de su vida, es un impulso verdadero, ante el cual la Iglesia responde, de acuerdo con sus principios, abriendo los brazos al penitente y acogiendo hasta el último de sus hijos, y no los abandona a menos que sean réprobos sin remedio. Y la Iglesia debería representar los sentimientos de la comunidad, de manera que toda la parroquia fuera una familia unida por una hermandad cristiana bajo un padre espiritual. Pero las nociones de disciplina y de fraternidad cristiana están totalmente relajadas, apenas se puede decir que existan en el espíritu de la gente: apenas sobreviven, excepto en la forma parcial y contradictoria que han tomado en las reducidas comunidades cismáticas; y si no poseyera una fe firme en que la Iglesia debe, a la larga, recuperar un valor tan adecuado a las necesidades humanas, muchas veces me desanimaría al contemplar la falta de fraternidad y sentido de responsabilidad mutua en mi propio rebaño. Actualmente, todo parece tender hacia la relajación de los lazos, hacia la sustitución de las obligaciones ancladas en el pasado por las elecciones caprichosas. Su conciencia y su corazón le han indicado el buen camino en este punto, señorita Tulliver; y le digo todo esto para que sepa cuáles serían mis deseos, mis consejos, si se derivaran de mis sentimientos y de mi opinión, sin tener en cuenta otras circunstancias adversas.

El doctor Kenn hizo una pequeña pausa. No había la menor benevolencia efusiva en sus modales; la gravedad de su aspecto y de su voz resultaba casi fría. Si Maggie no hubiera sabido que su benevolencia era proporcional a su reserva se habría sentido helada y asustada. En aquel momento, escuchó con atención, segura de que sus palabras la ayudarían.

—Su inexperiencia en relación con el mundo, señorita Tulliver —prosiguió el doctor Kenn—, le impide prever las ideas tremendamente injustas que probablemente se habrán formado en relación con su conducta, ideas que tendrán un efecto funesto, aunque vayan contra las pruebas.

—Sí, ya he empezado a darme cuenta —dijo Maggie, incapaz de ocultar el dolor

que acababa de sentir—. Sé que me insultarán, que creerán que soy peor de lo que soy.

—Tal vez no sepa todavía —dijo el doctor Kenn, mostrando un poco de piedad personal—, que ha llegado una carta que debería dar por satisfecho a todo aquel que ha tenido noticias de usted, en la cual se dice que usted escogió el camino difícil y abrupto en el momento en que más difícil era el regreso.

—¡Oh! ¿Dónde está Stephen? —exclamó la pobre Maggie, ruborizándose con un temblor que ninguna presencia habría podido impedir.

—Se ha ido al extranjero; le ha contado a su padre todo lo que sucedió. La ha defendido por completo, y espero que el contenido de esa carta tenga un efecto beneficioso sobre su prima.

Antes de proseguir, el doctor Kenn aguardó a que Maggie se calmara.

—Esa carta, tal como le he dicho, debería ser suficiente para impedir que la gente se formara una impresión falsa sobre usted. Pero debo decirle, señorita Tulliver, que no sólo la experiencia de toda mi vida, sino también lo que he observado durante los últimos tres días me hacen temer que pocas pruebas podrán salvarla de las falsas acusaciones. Las personas más incapaces de mantener una lucha tenaz como la suya son precisamente las que, con toda probabilidad, se alejarán de usted basándose en un juicio injusto, porque no creerán que haya mantenido lucha alguna. Me temo que si sigue viviendo aquí no sólo sufrirá mucho, sino que topará con muchos obstáculos. Por ese motivo, y sólo por ése, le digo que considere la posibilidad de buscar un empleo lejos de aquí, tal como era antes su intención. Me ocuparé de inmediato de buscarle uno.

—¡Oh, desearía quedarme aquí! —dijo Maggie—. No tengo ánimos para empezar a vivir en otro lugar. Me sentiría sin soporte alguno, como una vagabunda, separada de mi pasado. He escrito a la señora que me ofrecía un empleo para rechazarlo con una excusa. Si me quedo, quizá pueda expiar el daño que le he hecho a Lucy, a los demás. Podría convencerlos de que lo siento. Y —añadió con algo de su antiguo orgullo— no quiero irme porque la gente diga mentiras sobre mí. Deberán aprender a retractarse. Y si tengo que irme porque... porque otros lo deseen, no será ahora mismo.

—Bueno —dijo el doctor Kenn tras reflexionar un poco—, si está decidida, señorita Tulliver, puede contar con que ejerceré toda la influencia que me confiere mi posición. Como párroco, debo ayudarla y respaldar su decisión. Añadiré que también siento un profundo interés personal en su paz de espíritu y su bienestar.

—Lo único que quiero es un trabajo que me permita ganarme el pan y ser independiente —dijo Maggie—. No necesitaré mucho, puedo seguir alojada donde estoy.

—Pensaré más despacio sobre esto —dijo el doctor Kenn— y dentro de unos días

seré más capaz de valorar la opinión general. Iré a verla y la tendré presente en mi pensamiento.

Cuando Maggie se marchó, el doctor Kenn permaneció de pie, pensativo, con las manos a la espalda y los ojos clavados en la alfombra, con una dolorosa sensación de duda y dificultad. El tono de la carta de Stephen, que había leído, y el relato de las personas concernidas lo habían convencido de que la boda tardía entre Stephen y Maggie podría ser un mal menor; y la imposibilidad de que convivieran en Saint Ogg's en cualquier otra circunstancia, a menos que fuera tras años de separación, dificultaba enormemente la permanencia de Maggie. Por otra parte, entendía —con toda la comprensión de un hombre que ha conocido el conflicto espiritual y ha vivido largos años de devoto servicio a sus semejantes— el estado del corazón y la conciencia de Maggie, los cuales le hacían considerar su consentimiento a ese matrimonio como una profanación. No debían forzar la conciencia de Maggie: en realidad, se había guiado por principios más altos que el deseo de arreglar las consecuencias. La experiencia le decía que la intervención era una responsabilidad demasiado incierta para abordarla a la ligera: la decisión entre intentar restablecer las relaciones con Lucy y Philip o aconsejarle que se dejara llevar por el nuevo sentimiento se escondía en una oscuridad tanto más impenetrable cuanto que cada paso quedaba cegado por el mal.

El gran problema de la fluctuante relación entre la pasión y el deber no tiene solución: no tenemos una respuesta general que diga cuándo un hombre ha ido más allá de la posibilidad de renunciar y debe aceptar el dominio de una pasión contra la que ha luchado como si fuera un pecado. Los casuistas se han convertido en sinónimo de reproche, pero su pervertido espíritu de discriminación los aproxima a una verdad ante la que los ojos y los corazones muchas veces se hallan fatalmente ciegos. Lo cierto es que los juicios morales son falsos y huecos a menos que los ilumine una referencia constante a las circunstancias especiales que señalan la suerte individual.

Las gentes de inteligencia abierta y sólida sienten una repugnancia instintiva por los hombres partidarios de las máximas, porque bien pronto advierten que las frases grandilocuentes no pueden contener la misteriosa complejidad de nuestra vida, y que encerrarnos en fórmulas de esta clase supone reprimir todas las inspiraciones y e impulsos divinos que surgen de la comprensión y la intuición. Y el hombre de máximas es el representante popular de los talentos que guían sus juicios morales únicamente por reglas generales con la idea de que éstas los conducirán a la justicia con un método de esquemas previos, sin la molestia de aplicar la paciencia, el discernimiento y la imparcialidad, sin asegurarse de si poseen la intuición que procede de un análisis penoso de la tentación o de una vida rica e intensa que ha generado un amplio espíritu de camaradería hacia todo lo humano.

Capítulo III

En donde se demuestra que las viejas amistades pueden sorprendernos

Cuando Maggie se encontró de nuevo en casa, su madre le comunicó la inesperada actitud de la tía Glegg. Mientras no hubo noticias de Maggie, la señora Glegg entornó los postigos y echó las persianas, convencida de que Maggie se había ahogado: eso le parecía más probable que el que su sobrina y heredera hubiera hecho nada que pudiera herir a su familia en lo más vivo. Cuando, finalmente, supo por Tom que Maggie había regresado a casa y dedujo de sus palabras de qué modo explicaba Maggie su ausencia, reprochó severamente a Tom que tendiera a pensar lo peor de su hermana sin nada que lo forzara a ello. Si uno no apoya a los suyos y defiende su honor, por escaso que éste sea, entonces, ¿qué defiende? Los Dodson nunca se habían apresurado a reconocer que un miembro de la familia hubiera actuado de modo tal que exigiera un cambio de testamento; y aunque la señora Glegg siempre había augurado que Maggie acabaría mal, en una época en que otros tal vez fueran menos perspicaces, el respeto a la justicia era fundamental y no sería ella quien ayudara a despojar a la muchacha de su fama ni la echara del refugio familiar a la calle hasta que llegara a ser de modo inequívoco la vergüenza de la familia. La señora Glegg no podía recordar precedente alguno, nada como aquello había sucedido antes entre los Dodson; sin embargo, en ese caso su rectitud hereditaria y su fortaleza de carácter formaban causa común con su espíritu clásico, y de igual manera influían en la equidad mostrada en los asuntos monetarios. Discutió con el señor Glegg, cuya amabilidad, convertida en compasión por Lucy, hacía que sus juicios sobre Maggie fueran tan duros como los del mismo señor Deane y, echando chispas contra su hermana por no haber acudido a ella de inmediato en busca de consejo y ayuda, de la mañana a la noche se encerró en su habitación con el *Descanso eterno de los santos* de Baxter y se negó a recibir ninguna visita, hasta que el señor Glegg le trajo la noticia, conocida a través del señor Deane, de la carta de Stephen. Entonces la señora Glegg sintió que ya tenía un terreno adecuado sobre el que pelear, relegó a Baxter y se dispuso a recibir todas las visitas que llegaran. Mientras la señora Pullet era incapaz de hacer otra cosa que mover la cabeza y llorar, y desear que hubiera muerto el primo Abbot o que se hubieran producido una serie de funerales antes que aquel acontecimiento, tan insólito que nadie sabía cómo actuar, y que, además, le impedía volver a ir a Saint Ogg's porque sus «amistades» lo sabían todo, la señora Glegg sólo esperaba que la señora Wool o cualquier otra apareciera para visitarla con sus historias falsas sobre su sobrina, porque sabría muy bien qué decirle a esa persona

tan mal informada.

De nuevo volvió a reprochárselo a Tom y se mostró tanto más severa cuanto que su posición actual era más poderosa. Pero Tom, como otros objetos inamovibles, cuanto más intentaban conmoverlo más rígido parecía. ¡Pobre Tom! juzgaba a partir de lo que había podido ver y ese juicio le resultaba muy doloroso. Creía que tenía ante sí la demostración de unos hechos, aparentemente indiscutibles, que había observado a lo largo de los años con sus propios ojos: Maggie era, por naturaleza, totalmente indigna de confianza y sus malas tendencias eran demasiado fuertes para que nadie pudiera tratarla con indulgencia. Estaba decidido a actuar en consecuencia, costara lo que costara, aunque la mera idea hacía sus días más amargos. Tom, como cualquiera de nosotros, vivía preso entre los límites de su carácter, y la educación le había resbalado por encima, dejando un simple barniz. Lector, si te sientes inclinado a juzgar con dureza la severidad de Tom, debes recordar que la responsabilidad de la tolerancia sólo corresponde a quienes poseen mayor amplitud de miras. Tom había empezado a sentir por Maggie cierta repulsión cuya misma intensidad se derivaba del temprano amor infantil, cuando entrelazaban los diminutos dedos, y de la posterior sensación de unión en una pena y un deber comunes: tal como le había dicho, no podía soportar siquiera su presencia. La tía Glegg encontró en esta rama de la familia Dodson un carácter más fuerte que el suyo; en éste, el sentimiento familiar había perdido el carácter de clan para adquirir un profundo matiz de orgullo personal. La señora Glegg concedía que había que castigar a Maggie —no era mujer para negarlo, ya que sabía cómo debía comportarse uno—, pero la pena debería estar en proporción con las fechorías demostradas y no con las acusaciones que lanzaban algunas personas ajenas a la familia, tal vez empujadas por el deseo de demostrar que su familia era mejor.

—Tu tía Glegg *m*'ha regañado como nunca, hija, por no haber ido a verla antes —dijo la pobre señora Tulliver cuando regresó junto a Maggie—; *m*'ha dicho que no era cosa suya venir a verme primero. De todos modos, ha hablado como una hermana: siempre lo ha sido ¡Y bien difícil de contentar! Pero ha sido la persona que mejor *t*'ha tratado hasta el momento, hija. Dice que aunque le molesta mucho hacer algo *extraordinario* en su casa, sacar cubiertos y cosas y cambiar de costumbres, tendrás un refugio en su casa si vas a ella sin olvidar cuáles son tus deberes, y que te defenderá contra esas personas que hablan mal de ti sin motivo. Y le he dicho que creía que no podías ver a nadie más que a mí, de lo triste que estabas, pero *m*'ha dicho: «No le haré reproches: bastante dispuestos están a hacerlo quienes no son de la familia. Pero le daré buenos consejos, y debe mostrarse humild». Qué bien, porque te aseguro que antes me reprochaba todo lo que hacía mal, fuera que el vino se había agriado o que las empanadas estaban demasiado calientes, cualquier cosa.

—¡Oh, madre! —exclamó la pobre Maggie, estremeciéndose ante la mera idea de

tener que relacionarse con alguien—. Dígale que se lo agradezco mucho, que iré a verla en cuanto pueda, pero por ahora no puedo ver a nadie más que al doctor Kenn. He ido a verlo; me aconsejará y me ayudará a conseguir algún empleo. No puedo vivir con nadie ni depender de nadie, dígaselo a la tía Glegg. Debo ganarme el pan. Pero, ¿ha oído alguna noticia sobre Philip... Philip Wakem? ¿Alguien le ha hablado de él?

—No, hija mía; pero he ido a casa de Lucy y he visto a tu tío, y dice que l'han leído la carta, que escuchó a la señorita Guest y le hizo preguntas, y el médico cree que va mejor. ¡Qué mundo éste! ¡Qué líos! Todo empezó con el pleito y ahora, de repente, todo va de mal en peor, justo cuando la suerte parecía ir a cambiar.

Era la primera vez que la señora Tulliver se quejaba delante de Maggie, pero la visita a su hermana Glegg había hecho revivir la vieja costumbre.

—¡Pobre madre mía! —exclamó Maggie abrazándola, profundamente apenada y arrepentida—. Siempre he sido mala y le he dado mucha guerra. Y ahora, si no fuera por mi culpa, podría haber sido feliz.

—¡Mi niña! —contestó la señora Tulliver, inclinándose hacia la mejilla cálida y joven—. Es mi obligación ocuparme de mis hijos, no tendré más. Y si me traen mala suerte, pues me conformo. No tengo mucho más, ya que mis muebles desaparecieron hace tiempo. Y tú eras muy buena, ¡no sé por qué todo ha ido tan mal!

Pasaron dos o tres días mas y Maggie siguió sin noticias de Philip: la inquietud por él empezaba a ser el sentimiento predominante y finalmente hizo acopio de valor con intención de preguntárselo al doctor Kenn la siguiente vez que fuera a verla. Éste no sabía siquiera si Philip estaba en su casa: las inquietudes hacían que el viejo Wakem se mostrara taciturno: a la decepción con el joven Jetsom, por el que al parecer sentía aprecio, había seguido la catástrofe de las esperanzas de su hijo después de haber accedido a sus sentimientos y de mencionar imprudentemente esa concesión en Saint Ogg's. Ahora, cuando alguien le preguntaba sobre su hijo, contestaba con una brusquedad casi violenta. Pero no era probable que estuviera enfermo, ya que se habría sabido, puesto que habrían llamado al medico: seguramente habría partido de la población por una temporada. Maggie enfermaba de inquietud y su imaginación empezó a vivir cada vez con más intensidad lo que Philip estaba soportando. ¿Qué pensaría de ella?

Por fin Bob le trajo una carta sin matasellos y en las letras de su nombre reconoció la mano de su autor: la misma que, mucho tiempo atrás, lo había escrito en una edición de bolsillo de Shakespeare que ella poseía. Su madre se encontraba en la habitación y Maggie, tremendamente agitada, corrió escaleras arriba para poder leerla a solas. Mientras sentía en la frente los latidos del corazón, leyó lo siguiente:

Maggie: Creo en ti. Sé que nunca tuviste intención de engañarme. Sé que has intentado ser fiel, a mí y a todos. Lo creía antes de tener ninguna otra prueba que tu

propio carácter. La noche del último día en que te vi fue una tortura: había visto algo que me había convencido de que no eras libre, que había otra persona cuya presencia tenía un poder sobre ti que la mía nunca ha poseído; pero a través de todas las explicaciones de rabia y celos, casi asesinas, la razón se impuso para creer en tu sinceridad. Me convencí de que querías serme fiel, tal como habías dicho; que habías rechazado a esa persona, que luchabas por renunciar a él, por Lucy y por mí. Pero no pude dar con ninguna salida que no resultara fatal para ti, y ese temor excluyó toda resignación. Preví que él no renunciaría a ti y creí entonces, como creo ahora, que la fuerte atracción que os unió procedía sólo de un lado de vuestro carácter. Y pertenecía a esa acción parcial y dividida de nuestra naturaleza que origina la mitad de la tragedia del destino humano. He sentido que en tu naturaleza vibraban unas cuerdas de las que él carecía. Pero quizá me equivoque, quizá te vea como el artista mira la escena sobre la que ha meditado amorosamente: temblaría ante la idea de que fuera confiada a otras manos, no podría creer que para otra persona tuviera el mismo significado y la misma belleza que para él.

Aquella mañana no me atreví a verte, estaba lleno de una pasión egoísta, destrozado por una noche de delirio consciente. Te dije hace tiempo que no me resignaba siquiera a la mediocridad de mis capacidades: ¿cómo iba a resignarme a la pérdida de lo único que he tenido en este mundo con la promesa de una alegría profunda que daría un sentido nuevo y bendito al dolor sufrido; la promesa de otro yo que elevara mi doloroso afecto al éxtasis divino de una necesidad siempre renovada y siempre satisfecha?

Sin embargo, los sufrimientos de aquella noche me prepararon para lo que sucedió antes de la siguiente. No me sorprendió. Estaba seguro de que él se había impuesto para convencerte de que lo dejaras todo por él, y esperé con igual certeza la noticia de vuestro matrimonio. Medía tu amor y el suyo a partir del mío. Pero me equivoqué, Maggie. Hay en ti algo más fuerte que el amor que sientes por él.

No te diré lo que pasé durante el intervalo. Pero incluso en la agonía más extrema, incluso durante los terribles dolores que debe sufrir el amor antes de desprenderse de todo deseo egoísta, mi amor por ti bastó por sí solo para alejarme del suicidio. A pesar de todo mi egoísmo, no quería aparecer como un fantasma de la muerte en mitad de tu felicidad no podía soportar la idea de abandonar el mundo en el que todavía vivías y podrías necesitarme: esperar y soportar formaba parte de la lealtad que te había prometido. Eso es prueba, Maggie, del motivo de mi carta: ninguna pena que haya tenido que sufrir por ti ha sido un precio excesivo a cambio de la nueva vida que he conocido al amarte. No quiero que sufras por el dolor que puedas haberme causado. Me acostumbé desde niño a la privación: nunca esperé ser feliz y al conocerte, al amarte, he conseguido algo, todavía hoy, que me reconcilia con la vida. Has sido para mis sentimientos lo que la luz, lo que los

colores son para los ojos, lo que es la música para el oído: has convertido una débil inquietud en una vívida conciencia. La nueva vida que he encontrado al preocuparme por tus penas y alegrías más que por las mías ha transformado un débil murmullo rebelde en la resistencia deliberada que da luz a una profunda afinidad. Creo que sólo un amor tan completo e intenso podría haberme iniciado en esta vida más amplia, que sigue creciendo cuando hacemos propia la vida de los demás; antes vivía encerrado en una omnipresente y dolorosa timidez. Incluso algunas veces pienso que este don que he adquirido al amarte puede ser para mí una nueva capacidad.

Así pues, querida mía, a pesar de todo, has sido la bendición de mi vida. No te reproches nada por mí. Debería ser yo quien se reprochara el haberte impuesto mis sentimientos y haberte forzado a decir unas palabras que luego has sentido como grilletes. Querías ser fiel a esas palabras y lo has sido: puedo medir tu sacrificio por lo que aprendí a tu lado en solo media hora cuando soñaba que podrías quererme. Sin embargo, Maggie, no tengo derecho a pedirte otra cosa que un afectuoso recuerdo.

Durante unos días no me he atrevido a escribirte, porque no quería imponerte tampoco mi presencia y repetir así mi error original. Pero tú no me malinterpretarás. Sé que debemos mantenernos separados durante mucho tiempo; las lenguas crueles, entre otras cosas, nos separarían. Pero no me iré. Aunque viaje, mis pensamientos seguirán contigo. Y recuerda que sigo siendo tuyo, tuyo con una devoción que excluye los deseos egoístas.

Que Dios te ayude, mi querida y bondadosa Maggie. Por mucho que los demás tengan de ti una idea equivocada, recuerda que nunca ha dudado de ti quien conoció tu corazón hace diez años.

Si te dicen que estoy enfermo porque no me ven salir, no te lo creas. Sólo he tenido dolores de cabeza de origen nervioso, no peores que los que he sufrido en otras ocasiones. Con todo, este tremendo calor me obliga a pasar el día inmóvil. Me encuentro lo bastante bien como para obedecerte en cuanto me digas que me necesitas para hacer o decir lo que sea.

Tuyo hasta el fin,

Philip WAKEM

Cuando Maggie se arrodilló junto a la cama, sollozando, abrazada a la carta, sus sentimientos se expresaron una y otra vez en un susurro.

—¡Oh, Dios mío! ¿Acaso existe alguna felicidad en el amor que pueda hacerme olvidar el dolor de los demás?

Capítulo IV

Maggie y Lucy

Hacia finales de la semana, el doctor Kenn había llegado ya a la conclusión de que sólo de una manera podía asegurar a Maggie una vida adecuada en Saint Ogg's. A pesar de sus veinte años de experiencia como párroco, le horrorizaba la obstinada insistencia en acusarla a pesar de todas las pruebas. Hasta la fecha, se había sentido más adorado y solicitado de lo que le resultaba agradable; sin embargo, ahora que intentaba abrir los oídos de las mujeres a la razón y sus conciencias a la justicia en favor de Maggie Tulliver, advertía que se encontraba tan indefenso como si hubiera pretendido influir en la forma de los sombreros. Nadie podía llevar la contraria al doctor Kenn y lo escuchaban atentamente en silencio; pero si, en cuanto salía de la habitación, se comparaban las opiniones de sus oyentes con las que sostenían momentos antes, se podía observar que no se había producido el menor cambio. Era innegable que la señorita Tulliver se había comportado de modo reprehensible: ni siquiera el doctor Kenn lo negaba, ¿cómo podía, pues, mostrarse tan indulgente e interpretar todo lo que había hecho de modo tan favorable? Aunque se partiera de la suposición mas crédula, a saber, que nada de lo que se decía de la señorita Tulliver era cierto, desde el momento en que se había dicho, la joven había quedado envuelta en una mala fama tal que toda mujer que quisiera cuidar de su reputación y de la sociedad debía alejarse de ella. Para tomar a Maggie de la mano y decirle: «No creeré nada malo que se diga de usted sin pruebas: mis labios no lo repetirán; mis oídos permanecerán cerrados para no oírlo. Yo también soy mortal y puedo equivocarme, tropezar y fracasar en mis esfuerzos más ardientes. Ha tenido usted peor suerte que yo, mayores tentaciones. Ayudémonos a mantenernos en pie y caminar sin más tropiezo», habría hecho falta valor, piedad, conocimiento de sí mismo, generosa confianza; un espíritu que no encontrara placer en el chismorreo, que no se exaltara con la condena ajena, que no se engallara con la idea de que la vida tiene un fin moral ni con una religión que excluyera la lucha por la verdad, la justicia y el amor hacia los hombres y mujeres que se cruzan en nuestro camino. Las señoras de Saint Ogg's no se dejaban seducir por nociones especulativas; no obstante, tenían una abstracción favorita, llamada sociedad, que servía para tranquilizar su conciencia mientras hacían lo que satisfacía su egoísmo: pensar y decir lo peor de Maggie Tulliver y darle la espalda. A buen seguro, para el doctor Kenn resultó decepcionante que, después de recibir incienso superfluo durante dos años de sus parroquianas, ahora éstas tuvieran un punto de vista contrario y lo mantuvieran incluso frente a una autoridad mayor que la del doctor Kenn y a la que veneraban desde mucho tiempo atrás. Esta autoridad

había dado una respuesta muy explícita a quienes querían saber dónde empezaban sus deberes sociales, y esta respuesta no aludía al bien último de la sociedad, sino a «cierto hombr» que padeció y fue marginado.

Sin duda, en Saint Ogg's había mujeres con conciencia y corazón tiernos: probablemente, en la misma proporción que en cualquier otra pequeña ciudad comercial de la época. Pero hasta que todo hombre bueno sea también valiente, debemos esperar que la mayoría de las buenas mujeres sean tímidas: incluso demasiado para creer en la rectitud de sus mejores tendencias cuando éstas las sitúan en minoría. Y no todos los hombres de Saint Ogg's eran valientes, ni mucho menos: incluso a algunos les gustaban los escándalos y, hasta cierto punto, eso habría dado a su conversación un carácter afeminado si ésta no se hubiera distinguido por las bromas masculinas y un encogerse de hombros ante los odios entre mujeres. Los varones de Saint Ogg's compartían la idea de que no había que interferir en las relaciones femeninas.

Así pues, todos los intentos del doctor Kenn para procurar algún tipo de reconocimiento o empleo para Maggie le decepcionaron. La esposa de James Torry no quiso ni pensar en tomar a Maggie como institutriz, ni siquiera temporalmente: una joven de la que «se habían dicho cosas semejante» y sobre la cual «bromeaban los caballero».; y la señorita Kirke, que tenía dolores de columna y deseaba alguien que le leyera y le hiciera compañía, declaró estar segura de que Maggie poseía un carácter con el que ella, por su parte, no deseaba arriesgarse a tener el menor trato. ¿Y por qué la señorita Tulliver no aceptaba el refugio que le ofrecía su tía Glegg? No correspondía a una chica como ella rechazarlo. O, mejor aún, ¿por qué no se iba de allí y encontraba un trabajo donde nadie la conociera? (Al parecer, no era grave que pudiera llevar sus peligrosas tendencias a familias desconocidas en Saint Ogg's). Debía de ser muy fresca y muy dura para desear quedarse en una parroquia donde tanto se la miraba y se murmuraba de ella.

El doctor Kenn, que poseía gran firmeza de carácter, ante esta oposición, como cualquier otro hombre firme, tomó una determinación que iba incluso más allá de lo previsto. Necesitaba una institutriz que se ocupara de sus hijos pequeños durante el día y, aunque al principio dudó en ofrecer el puesto a Maggie, lo decidió la intención de protestar con toda la fuerza de su autoridad personal y sacerdotal contra las calumnias que la marginaban. Maggie aceptó, agradecida, un empleo que suponía unos deberes y un apoyo igualmente importantes: ahora tendría los días ocupados y las noches solitarias serían un descanso bien recibido. Ya no necesitaba que su madre se sacrificara quedándose con ella y convenció a la señora Tulliver de que regresara al molino.

Sin embargo, la gente empezó a advertir que el doctor Kenn, que tan ejemplar parecía hasta el momento, tenía sus cosillas y, probablemente, sus debilidades. El

sector masculino de Saint Ogg's sonrió con cierta simpatía y manifestó que no le sorprendía que a Kenn le gustara ver un par de hermosos ojos todos los días o que se mostrara inclinado a juzgar el pasado con tanta indulgencia; el sector femenino, que en aquel periodo parecía menos poderoso, adoptó un punto de vista más triste. ¿Y si aquella señorita Tulliver conseguía cautivar al doctor Kenn y hacer que se casara con ella? Una no podía confiar ni en el mejor de los hombres, incluso un apóstol cayó y después lloró amargamente; y aunque las negativas de San Pedro no constituían un precedente muy exacto, era probable que sí lo fuera el arrepentimiento.

No hacía más de tres semanas que Maggie acudía cada día a la rectoría cuando ya se había especulado tanto confidencialmente sobre la terrible posibilidad de que un día u otro se convirtiera en la esposa del rector que algunas damas empezaban a hablar de cómo deberían comportarse con ella llegado el caso. Porque, al parecer, una mañana el doctor Kenn pasó media hora en la sala mientras la señorita Tulliver daba clase —¡qué va! si estaba presente todas las mañanas—. Y en una ocasión la acompañó a su casa —no, la acompañaba casi cada día—, y, si no, iba a verla al final de la tarde. ¡Qué astuta era! ¡Qué madre para aquellos niños! La señora Kenn se estremecería en su tumba ante la idea de que aquella muchacha se ocupara de sus hijos a las pocas semanas de su muerte. ¿Habría perdido el doctor Kenn toda decencia hasta el punto de casarse antes de que transcurriera un año de su muerte? El sector masculino, sarcástico, pensaba que casarse, no se casaría antes del año.

Las señoritas Guest vieron como un alivio a su pena la locura del rector: al menos así su hermano estaría a salvo; la tenacidad de Stephen era continua fuente de temores para ellas, no fuera a regresar para contraer matrimonio con Maggie. Ellas no se encontraban entre quienes no habían prestado oídos a la carta de su hermano; pero no confiaban en que Maggie se mantuviera firme en su renuncia. Sospechaban que se había acobardado ante la huida, pero no ante el matrimonio, y que permanecía en Saint Ogg's con la esperanza de que él regresara a buscarla. Siempre les había parecido desagradable: ahora la tenían por astuta y orgullosa; probablemente, tenían tan buenos motivos para pensarlo como el lector y yo tenemos para otras opiniones similares. Aunque al principio no les había entusiasmado el matrimonio con Lucy, ahora el temor de un matrimonio entre Stephen y Maggie añadía fuerza a la sincera pena e indignación que sentían en nombre de la dulce muchacha abandonada y deseaban que regresara con ella. En cuanto Lucy pudiera salir de casa, iría a la costa a buscar alivio del opresivo calor de agosto con las señoritas Guest; y éstas tenían el proyecto de convencer a Stephen para que se uniera a ellas. A la primera insinuación de un chismorreo en relación con Maggie y el doctor Kenn, las señoritas Guest se apresuraron a comunicárselo por carta a su hermano.

A través de su madre, de la tía Glegg o del doctor Kenn, Maggie tenía noticias frecuentes de la lenta recuperación de Lucy y sus pensamientos tendían

continuamente hacia la casa de su tío Deane: ansiaba conversar con Lucy, aunque sólo fuera durante cinco minutos, pronunciar palabras de arrepentimiento, que los ojos y los labios de Lucy le aseguraran que no creía que aquellos que amaba y en quienes confiaba la habían traicionado deliberadamente. Pero sabía que, suponiendo que la indignación de su tío no le cerrara la puerta, no permitirían a Lucy la agitación de semejante encuentro. El mero hecho de verla sin hablar habría supuesto cierto alivio, ya que a Maggie se le aparecía una y otra vez un rostro tan dulce que resultaba cruel: un rostro que la miraba, con la tierna expresión del amor y la confianza, desde el crepúsculo de los recuerdos más antiguos, convertido ahora en un rostro triste y cansado por el primer disgusto amoroso. Y, a medida que pasaban los días, aquella imagen pálida iba creciendo y haciéndose más nítida debido al remordimiento; los suaves ojos de color avellana de expresión doliente se inclinaban siempre sobre Maggie y la atravesaban, tanto más cuanto que no veía rabia alguna en ellos. Pero Lucy todavía no podía ir a la iglesia ni a ningún lugar donde Maggie pudiera verla, e incluso esa esperanza se desvaneció cuando la tía Glegg le comunicó que Lucy se iba dentro de unos días a Scarborough con las señoritas Guest y, al parecer, habían dicho que esperaban que su hermano se reuniera allí con ellas.

Sólo quienes han sufrido un duro combate interno pueden saber lo que sintió Maggie cuando se quedó sentada y sola aquella tarde tras oír la noticia transmitida por la señora Glegg; sólo lo entenderán quienes sepan lo que es temer que se cumplan los deseos egoístas, de la misma manera que la madre en vela temería el somnífero que debe apaciguar su dolor.

Permaneció en la penumbra sin ninguna vela, con la ventana abierta de par en par sobre el río; la sensación de calor opresivo se sumaba de modo indistinguible a la carga de su destino. Sentada en una silla frente a la ventana, con el brazo en el alféizar, miraba inexpresivamente el fluir del río, acelerado por el movimiento de la marea, esforzándose en ver todavía el dulce rostro de una tristeza sin reproches, que parecía ahora hundirse y esconderse tras una forma que se interponía, oscureciéndolo todo. Oyó la puerta y pensó que era la señora Jakin con la cena, como de costumbre; y con esa repugnancia ante la conversación banal que acompaña a la languidez y la desdicha, ni siquiera se volvió hacia la puerta para decir que no quería nada: seguro que la pequeña y bondadosa señora Jakin haría algún comentario bienintencionado. Sin embargo, al instante siguiente, sin haber oído el rumor de pisada alguna, sintió una mano ligera sobre el hombro y oyó que una voz cercana le decía:

—¡Maggie!

Allí estaba su rostro, cambiado, pero igualmente dulce: allí estaban los ojos color avellana, de una ternura que atravesaba el corazón.

—¡Maggie! —dijo la voz queda.

—¡Lucy! —contestó una voz teñida de angustia.

Y Lucy abrazó a Maggie y apoyó la pálida mejilla contra una frente ardiente.

—He salido a hurtadillas cuando papá y los demás estaban fuera —susurró Lucy mientras se sentaba junto a Maggie y le tomaba la mano—. Alice me ha acompañado, le pedí que me ayudara. Pero sólo puedo quedarme un poco, porque es ya muy tarde.

No era fácil seguir hablando. Permanecieron sentadas, mirándose. Parecía que el encuentro terminaría sin más conversación, porque ésta resultaba muy difícil. Ambas sabían que las abrasarían las palabras que recordaran el error irreparable. Pero mientras Maggie contemplaba a su prima, una ola de arrepentimiento y palabras cariñosas estalló con un sollozo.

—Dios te bendiga por haber venido, Lucy.

Los sollozos de ambas se hicieron más intensos.

—Tranquilízate, Maggie —dijo Lucy, acercando de nuevo la mejilla a la de Maggie—. No sufras. Y permaneció inmóvil, con la esperanza de calmar a Maggie con aquella caricia.

—No quería engañarte, Lucy —dijo Maggie en cuanto pudo hablar—. Me atormentaba sentir algo que no quería que supieras... Pensaba que podría dominarlo, que nunca verías nada que te hiciera daño.

—Lo sé, querida —dijo Lucy—. Sé que no querías hacerme infeliz... Es como si nos hubiera caído encima una desgracia: para ti es más difícil y, además, lo abandonaste... Debió de ser muy duro.

Permanecieron en silencio de nuevo unos instantes, con las manos unidas y las mejillas juntas.

—Lucy —dijo Maggie de nuevo—, él también luchó, quería serte leal. Volverá contigo, perdónalo, entonces podrá ser feliz...

Estas palabras salieron de lo más profundo del alma de Maggie con un esfuerzo convulso, como el de un hombre que se ahogara. Lucy tembló y permaneció en silencio.

Sonó un golpe suave en la puerta. Era Alice, la doncella.

—No me atrevo a estar aquí por más tiempo, señorita Deane. Se darán cuenta de que ha salido y se enfadarán mucho cuando regrese tan tarde.

—Muy bien, Alice. Salgo dentro de un minuto —contestó Lucy levantándose—. Maggie: me voy el viernes —añadió en cuanto Alice cerró la puerta otra vez—. Cuando vuelva y me encuentre otra vez fuerte, me dejarán hacer lo que quiera. Entonces podré venir a verte siempre que lo desee.

—Lucy —contestó Maggie con otro gran esfuerzo—, rezo a Dios continuamente para no volver a causarte ninguna pena.

Apretó la manita que tenía entre las suyas y miró el rostro inclinado sobre el suyo. Lucy nunca olvidó aquella mirada.

—Maggie —dijo Lucy en una voz baja que poseía toda la solemnidad de una

confesión—, eres mejor que yo. Yo no puedo...

Se interrumpió y no dijo nada más, pero se unieron otra vez en un último abrazo.

Capítulo V

El último conflicto

Una noche de la segunda semana de septiembre, Maggie se encontraba de nuevo sentada en su solitaria habitación, combatiendo contra los viejos enemigos fantasmales que resucitaban una y otra vez. Era más de medianoche y la lluvia golpeaba con furia contra la ventana, empujada por el viento irregular que gemía con estruendo. Al día siguiente de la visita de Lucy se produjo un repentino cambio en el tiempo: el calor y la sequía habían dado paso a vientos fríos y variables, así como a intensos chaparrones, de modo que le prohibieron que emprendiera el viaje previsto hasta que el tiempo mejorara. En los condados situados curso arriba del Floss, las lluvias habían sido continuas y se había interrumpido la recolección de la cosecha. En aquel momento hacía ya dos días que no cesaba de llover en aquel tramo bajo del río, de modo que los más ancianos movían la cabeza y hablaban de lo sucedido sesenta años atrás, cuando unas lluvias similares, hacia el equinoccio, trajeron las grandes inundaciones que se llevaron el puente y arrasaron la población. Con todo, la generación más joven, que había visto ya varias inundaciones pequeñas, no tomaba muy en serio esos recuerdos y augurios sombríos, y Bob Jakin, naturalmente propenso a confiar en su buena suerte, se reía de su madre cuando ésta se lamentaba de que hubieran tomado una casa junto a la orilla de río, diciéndole que, si no fuera por eso, no tendrían botes, que en caso de inundación serían la posesión más preciada para poder ir a buscar comida.

Sin embargo, en aquel momento dormían en sus camas tanto los despreocupados como los temerosos. Se esperaba que la lluvia amainara al día siguiente; los jóvenes recordaban que las peores amenazas como resultado de algún deshielo repentino tras una nevada habían pasado sin consecuencia alguna; y, en el peor de los casos, se desbordarían las orillas curso abajo cuando subiera la marea, y de igual manera se irían las aguas sin causar mas que molestias temporales y pérdidas que sólo sufrirían los más pobres, a los que la caridad se encargaría de aliviar.

En aquel momento, todos estaban en la cama, porque era ya más de medianoche: todos, excepto algunos insomnes solitarios como Maggie. Estaba sentada en el pequeño salón, frente al río, con una vela que dejaba en penumbra toda la habitación menos la carta que tenía ante sí en la mesa. La carta, que había recibido durante el día, era una de las causas de estuviera todavía en pie, ajena al paso de las horas y sin preocuparse de buscar descanso, pues no concebía ya otro que el reposo lejano del que no volvería a despertar a esta vida terrenal llena de luchas. Dos días antes de recibir la carta, Maggie había ido a la rectoría por última vez. Desde entonces, la

fuerte lluvia le habría impedido ir, pero no era ése el único motivo de su ausencia. El doctor Kenn, que al principio se enteró por algunas insinuaciones del sesgo que estaban tomando los chismorreos y las calumnias sobre Maggie, se había informado de todo a través de los vivos reproches de uno de sus parroquianos, el cual insistió en lo poco adecuado que era oponerse a través de la resistencia a los sentimientos dominantes en la parroquia. El doctor Kenn, que tenía la conciencia muy tranquila, se sentía inclinado a perseverar y era reacio a ceder ante un sentimiento público odioso y despreciable; pero terminó cediendo tras considerar que la responsabilidad de su cargo le exigía evitar la apariencia del mal y que esta «aparienci» depende siempre de la calidad media de las mentes del entorno. Allí donde éstas son toscas y groseras, la extensión de esta «aparienci» se amplía de modo proporcional. Quizá corría el peligro de actuar movido por la obstinación; tal vez fuera su deber rendirse: las personas escrupulosas son capaces de advertir en qué momento el deber exige tomar el camino más difícil, y para el doctor Kenn siempre había sido doloroso echarse atrás. Decidió que debía aconsejar a Maggie que se marchara de Saint Ogg's una temporada; y llevó a cabo esta difícil tarea con tanta delicadeza como pudo, limitándose a decirle vagamente que su permanencia era una fuente de discordia entre él y sus parroquianos que podría dificultar su utilidad como pastor. Le rogó que le permitiera escribir a un amigo suyo, también clérigo, que podría tomarla como institutriz; y, si él no podía, tal vez conociera algún puesto para una joven por cuyo bienestar el doctor Kenn se interesaba vivamente.

La pobre Maggie escuchó con labios temblorosos: no pudo decir más que un débil «gracias, se lo agradeceré» y se marchó a su alojamiento bajo la lluvia torrencial con una nueva sensación de desolación. No le quedaba más remedio que ser una nómada solitaria, tendría que ir a vivir entre caras nuevas que la mirarían con curiosidad mientras se preguntaban por qué los días no parecían aportarle felicidad alguna; debía empezar una nueva vida, en la que tendría que animarse para recibir nuevas impresiones ;y se sentía indeciblemente cansada! Los que cometían errores no tenían hogar e incluso quienes se compadecían de ellos debían mostrarse duros. ¿Acaso debía quejarse? ¿Debía apartarse de una vida de penitencia, que era la única posibilidad de aligerar la carga de otros que también sufrían, y transformar así aquel error apasionado en una fuerza nueva de amor humano generoso? Pasó todo el día siguiente sentada en la solitaria habitación, ante una ventana oscurecida por las nubes y la fuerte lluvia, pensando en aquel futuro y esforzándose en tener paciencia ¿Qué reposo podía conseguir Maggie si no era luchando?

Y al tercer día, el día que acababa de terminar, había llegado la carta que tenía ante sí sobre la mesa.

La carta era de Stephen. Había regresado de Holanda: estaba en Mudport, sin que sus familiares lo supieran, y desde allí le escribía y entregaba la carta a una persona

de su confianza. Desde el principio hasta el final, era un apasionado grito de reproche, una protesta por el inútil sacrificio: de él, de ella; contra aquella pervertida noción del bien que la había llevado a aplastar todas sus esperanzas por una simple idea, pero no por un bien concreto: las esperanzas de él, al que ella amaba y que la amaba con una pasión irresistible, con una adoración que un hombre sólo siente una vez en su vida por una mujer.

Me han escrito que vas a casarte con Kenn. ¡Como si fuera a creérmelo! Quizá te habrán contado cuentos parecidos sobre mí. Quizá te hayan dicho que he estado «viajand». Es cierto que mi cuerpo ha ido de un sitio a otro, pero yo no me he movido del horrible lugar donde me dejaste, donde desperté del estupor de una rabia impotente y vi que te habías ido.

¡Maggie! ¿Quién puede haber sufrido tanto como yo? ¿Quién tiene una herida como la mía? ¿Quién ha conocido, como yo, esa larga mirada de amor que ha ardido en mi alma de modo tal que ninguna otra imagen puede entrar en ella? ¡Maggie, dime que vaya contigo! ¡Llévame de nuevo a la vida y a la bondad! Ahora vivo desterrado de las dos. No tengo motivos: todo me da igual. Estos dos meses sólo han hecho más profunda la certeza de que la vida sin ti no me interesa. Escríbeme una sola palabra, dime «Ve» y en dos días estaré a tu lado. Maggie, ¿has olvidado lo que era estar juntos, mirarnos, oír la voz del otro?

Cuando Maggie leyó esta carta por primera vez tuvo la sensación de que la verdadera tentación acababa de empezar. A la entrada de la fría y oscura caverna, nos alejamos de la cálida luz con el coraje intacto; pero cómo encontrarlo después, cuando hemos avanzado en la húmeda oscuridad y hemos empezado a sentirnos débiles y cansados, y se abre repentinamente sobre nosotros una abertura que nos invita a regresar a la pródiga luz del día. El impulso del deseo natural bajo la presión del dolor es tan intenso que es probable que olvidemos todos los motivos menos inmediatos hasta que escapemos del dolor.

Durante varias horas, Maggie se sintió como si su lucha hubiera sido en vano. Durante varias horas, la imagen de Stephen esperando la palabra que lo llevara hacia ella barrió cualquier otra idea. Maggie no había leído la carta: había oído la voz de Stephen pronunciando cada palabra, y su voz había tenido la misma extraña capacidad de conmoverla. A lo largo del día anterior se había alzado ante sí la visión de un futuro solitario que debería recorrer con la carga del arrepentimiento y con la única ayuda de la fe. ¡Y ahora, al alcance de la mano, imponiéndose casi como un derecho, se le presentaba otro futuro en el que en lugar de penalidades y esfuerzos se le ofrecía la posibilidad de descansar en la fuerza amorosa de otra persona! Y, sin embargo, esa promesa de alegría en lugar de tristeza no era la mayor tentación para Maggie. Lo que le hacía vacilar era el tono de tristeza de Stephen, la duda sobre la justicia de su decisión, y fue eso lo que hizo que en una ocasión se levantara de su

asiento para tomar papel y pluma y escribir: «¡Ven!».

Pero cuando estaba a punto de realizar ese acto decisivo, se echó atrás; y con un pinchazo, como si fuera una degradación consciente, sintió que aquello estaba en contradicción con su forma de ser en los momentos de fuerza y clarividencia. No — debía esperar, debía rezar—, la luz que había visto volvería: sentiría otra vez lo mismo que cuando huyó, empujada por una inspiración lo bastante fuerte para vencer la agonía, para vencer el amor: debía sentir otra vez lo mismo que cuando Lucy estaba a su lado, cuando la carta de Philip había hecho vibrar todas las fibras que la unían a un sosegado pasado.

Permaneció sentada y quieta, dejando pasar las horas de la noche: sin impulso para cambiar de actitud, sin fuerzas siquiera para rezar mentalmente: sólo esperaba la luz que, sin duda, volvería.

Y la luz llegó con los recuerdos que ninguna pasión podía apagar durante mucho tiempo: el pasado regresó y, con él, la fuente de la piedad, la renuncia y el afecto, la lealtad y la decisión. Las palabras que señalaba la mano quieta en el librito que había aprendido de memoria tiempo atrás brotaron en sus labios y encontraron salida en un bajo murmullo que se perdió en el estruendo de la lluvia contra la ventana y el fuerte gemido del viento: «He recibido la Cruz, la he recibido de tu mano; cargaré con ella y la soportaré hasta la muerte, puesto que tú me la has dad».

Pero no tardaron en surgir otras palabras, que sólo podían expresarse en sollozos: «¡Perdóname, Stephen! Todo pasará. Volverás con ell». Tomó la carta, la acercó a la vela y dejó que ardiera lentamente en la chimenea.

«Cargaré con ella, la soportaré hasta la muerte... ¡Pero cuánto tiempo queda hasta que llegue la muerte! Soy tan joven, tan sana. ¿Cómo voy a tener fuerza y paciencia? ¡Oh, Dios mío! ¿Tendré que luchar, caer y volver a arrepentirme? ¿La vida me reserva pruebas tan duras como éstas?». Con este grito de desesperación de sí misma, Maggie cayó de rodillas contra la mesa y ocultó el rostro lleno de dolor. Su alma se elevó hacia la Piedad invisible que estaría con ella hasta el fin. ¿Acaso la experiencia le enseñaría algo y estaría aprendiendo el secreto de la ternura y el sufrimiento humanos, que quizá otros que no erraban desconocían? «Oh, Dios mío, si mi vida ha de ser larga, deja que viva con tu bendición y consuelo».

En aquel momento, Maggie se sobresaltó con una sensación de frío repentino en las rodillas y en los pies: el agua corría por el suelo. Se puso en pie de un brinco: el agua entraba por debajo de la puerta que conducía al pasillo. No se sintió desconcertada ni un instante: sabía que el río se había desbordado.

El tumulto de emociones que había estado soportando durante las últimas doce horas parecía haberle dejado una gran calma: sin gritar, con la vela en la mano, se encaminó a toda prisa al dormitorio de Bob Jakin. La puerta estaba entornada, entró y lo sacudió por el hombro.

—¡Bob! ¡Se ha desbordado el río! ¡Entra agua en la casa! Vamos a ver si podemos poner a salvo los botes.

Maggie encendió la vela de Bob mientras su pobre esposa agarraba a la nena y empezaba a gritar; después bajó corriendo las escaleras para ver si las aguas subían deprisa. A los pies de la escalera había una puerta que daba a una habitación, situada un peldaño más abajo: el agua llegaba ya a ese escalón. Mientras miraba, algo chocó contra la ventana con un tremendo estruendo y lanzó hacia el interior de la casa los cristales emplomados y el viejo marco de madera hechos añicos, tras lo cual el agua irrumpió torrencialmente.

—¡Es el bote! —gritó Maggie—. ¡Bob, ven a coger los botes!

Y sin miedo alguno se metió en el agua, que le llegaba ya a las rodillas, y, a la temblorosa luz de la vela que había dejado en las escaleras, subió al alféizar y trepó al interior del bote, que metía la proa por la ventana. Bob no tardó en bajar a toda prisa sin medias ni zapatos, pero con la linterna en la mano.

—¡Vaya! Si están aquí los dos, los dos botes —dijo Bob mientras se metía en el que estaba Maggie—. Qué suerte que no se hayan roto el amarre ni el embarcadero.

Con la agitación de subir al otro bote, desatarlo y coger un remo, a Bob no le inquietó el riesgo que corría Maggie. Cuando compartimos el peligro, no tememos por quienes no tienen miedo, y Bob estaba concentrado en pensar en diversas alternativas para garantizar la seguridad de los seres indefensos que se encontraban dentro de la casa. El hecho de que Maggie hubiera estado en pie, lo hubiera despertado y hubiera tomado la iniciativa le daba a Bob la vaga impresión de que era alguien que le ayudaría a proteger a los demás y no necesitaba protección. Maggie también se había apoderado de un remo para empujar y sacar el bote de la ventana.

—El agua sube tan aprisa que creo que no tardará en llegar a las habitaciones, la casa es muy baja —dijo Bob—. Casi que prefiero meter a Prissy, la nena y mi madre en el bote y fiarme del agua, porque la casa es vieja y poco segura. Y si dejo el bote... ¡pero usted! —exclamó, levantando repentinamente la linterna hacia Maggie, que estaba de pie bajo la lluvia, con el remo en la mano y el cabello negro al viento.

Maggie no tuvo tiempo de contestar, porque una nueva ola avanzó entre las casas y arrastró los dos botes hacia la corriente principal con tal fuerza que los llevó más allá del punto de confluencia con la corriente del río.

Durante los primeros momentos, Maggie no sintió nada y creyó que acababa de abandonar esta vida que tanto había temido: aquello era el trance de la muerte sin agonía y estaba sola en la oscuridad con Dios.

Había sido todo tan rápido —tan irreal— que se habían roto los vínculos de la usual asociación de ideas: se dejó caer sobre el banco, agarró el remo de modo reflejo y, durante un rato, no fue consciente de dónde se encontraba. Lo primero que la hizo reaccionar fue el fin de la lluvia y la sensación de que una débil luz dividía la

oscuridad en dos y permitía distinguir entre la penumbra situada en lo alto y la inmensidad de las aguas. La arrastraba la inundación: esa terrible visita de Dios de la que tanto hablaba su padre, pesadilla de sus sueños infantiles. Y ese pensamiento trajo consigo la visión de su casa, de Tom, de su madre, con quienes escuchaba esas historias.

—¡Dios mío! ¿Dónde estoy? ¿Por dónde se va a casa? —gritó en la oscura soledad.

¿Qué sucedía a quienes estaban en el molino? En una ocasión, una inundación estuvo a punto de destruirlo. Quizá se encontraran en peligro, en un apuro. ¡Su madre y su hermano, solos, sin que nadie pudiera prestarles ayuda! Se estremecía con esa idea y veía los rostros amados buscando ayuda en la oscuridad sin encontrar ninguna.

Ahora flotaba en aguas lisas, tal vez perdida en los campos inundados. Ninguna sensación de peligro inminente le impedía pensar en su viejo hogar, y se esforzó por ver a través de la cortina de oscuridad para poder averiguar dónde se encontraba, para intentar distinguir algún indicio del lugar hacia el cual tendía su inquietud.

¡Con qué alegría recibió la progresiva extensión de las lúgubres aguas, la gradual elevación del nuboso firmamento, la lenta definición de los negros objetos sobre la brillante oscuridad! Sí, tenía que estar sobre los campos, aquéllas eran las copas de unos árboles formado seto. ¿Por dónde estaría el río? Miró hacia atrás y vio hileras de árboles negros: hacia delante no vio ninguno, luego tenía el río ante sí. Tomó el remo y empezó a remar hacia delante con la energía de una nueva esperanza: ahora que actuaba, el alba parecía avanzar más rápidamente, y no tardó en ver unas pobres bestias agrupándose lastimeramente sobre la colina en que se habían refugiado. Siguió remando con golpes ora superficiales, ora profundos a la creciente luz del amanecer: las ropas mojadas se le pegaban al cuerpo y el viento le agitaba el cabello suelto, pero apenas era consciente de ninguna sensación física, excepto la fuerza que le inspiraba la intensa emoción. Junto con la sensación de peligro y el deseo de rescatar a los recordados seres que vivían en su viejo hogar, experimentaba una indefinida sensación de reconciliación con su hermano. ¿Qué pelea, qué roce, qué falta de fe en el otro puede sobrevivir ante una gran catástrofe, cuando todos los artificios de nuestra vida han desaparecido, somos solo uno y sentimos las mismas necesidades primitivas? Maggie lo sentía de modo impreciso, mezclado con el intenso amor hacia su hermano que renacía y borraba todas las impresiones de dureza, crueldad e incomprensión, y dejaba los recuerdos profundos, subyacentes e inamovibles de los primeros años de unión.

Distinguió ahora una gran masa oscura a lo lejos y, más cerca, la corriente del río. Aquella masa negra tenía que ser... sí, era Saint Ogg's. Ah, ahora sabía hacia dónde mirar para localizar los árboles bien conocidos: los sauces grises, los castaños amarillentos y, por encima de ellos, el viejo tejado; pero todavía no se percibían

formas ni colores: todo era tenue y borroso. Se sentía cada vez más fuerte, como si estuviera gastando en aquel momento unas reservas que no necesitaría ya en el futuro.

Mientras imaginaba cada vez con mayor nitidez la situación en que se encontraría su viejo hogar, se le ocurrió pensar que debía meter el bote en la corriente del Floss para cruzar hasta el Ripple y acercarse a la casa; pero entonces sería fácil que la arrastrara la corriente y no pudiera volver a salir de ella. Por primera vez tuvo clara noción de peligro; pero no había elección, no había duda posible, y derivó hacia la corriente. Ahora corría sin esfuerzo; a medida que disminuía la distancia y aumentaba la luz, empezaba a distinguir objetos que identificaba como árboles y tejados bien conocidos: más aún, ya no estaba lejos de una fuerte corriente fangosa que debía de ser el Ripple, extrañamente cambiado.

¡Santo cielo! Las aguas arrastraban unos bultos flotantes que podían golpear el bote al pasar junto a ella y hacer que se ahogara demasiado pronto. ¿Qué serían aquellos bultos?

Por primera vez, el corazón de Maggie empezó a latir con un terrible temor. Permaneció sentada e indefensa, apenas consciente de que la arrastraban las aguas, pensando en el choque inminente. Pero el horror duró poco y desapareció antes de alcanzar los muelles de Saint Ogg's: así pues, había pasado ya la desembocadura del Ripple: ahora tenía que utilizar toda su habilidad y su fuerza para conducir el bote y sacarlo de la corriente. Vio entonces que el puente estaba roto: distinguió el mástil de un barco encallado a lo lejos, en los campos anegados. Pero no se veía ningún bote en el río: seguramente, estarían utilizando en las calles inundadas los que hubieran podido encontrar.

Con renovada decisión, Maggie se puso en pie para remar: pero el reflujo aceleraba la velocidad del río y la arrastró más allá del puente. Oyó gritos procedentes de las ventanas que daban sobre el río, como si la gente la llamara. Cuando se encontraba casi a la altura de Tofton, pudo salir de la corriente. Entonces, tras lanzar una mirada de anhelo hacia la casa del tío Deane, situada más abajo, tomó ambos remos y bogó con todas sus fuerzas por los campos inundados, retrocediendo hacia el molino. Los colores empezaban a despertar y, a medida que se acercaba a los campos de Dorlcote, fue distinguiendo los tonos de los árboles: vio los viejos pinos albares a lo lejos, hacia la derecha, y los castaños de su casa. ¡Oh! El agua los cubría hasta muy arriba, más arriba que otros árboles situados en aquel lado de la colina. ¿Y el tejado del molino? ¿Dónde estaba? Y los pesados fragmentos que bajaban por el Ripple, ¿qué significaban? Pero no eran de la casa, la casa se mantenía firme: sumergida hasta el primer piso, pero firme ¿o tal vez estaba rota hacia el lado del molino?

Jadeando, feliz de haber llegado y más dichosa que inquieta, Maggie se acercó a

la fachada de la casa.

Al principio no oyó nada: no vio que nada se moviera. El bote quedaba a la altura de las ventanas delanteras.

—Tom, ¿dónde estás? —llamó con voz alta y potente—. ¿Dónde está, madre? Soy yo, Maggie.

Enseguida, desde la ventana situada bajo el tejado, oyó la voz de Tom.

—¿Quién es? ¿Tiene un bote?

—Soy yo, Tom. ¿Dónde está madre?

—No está aquí: se fue a Garum anteayer. Voy a la ventana de abajo. —Y, cuando abrió la ventana central, situada al mismo nivel que el bote, preguntó, atónito—: ¿Estás sola, Maggie?

—Sí, Tom: Dios me ha tenido de su mano y me ha traído hasta aquí. Sube rápido. ¿Hay alguien más?

—No —contestó Tom, subiendo al bote—. Me temo que el encargado se ha ahogado, que se lo llevó el Ripple cuando se cayó parte del molino, derribado por las piedras y los árboles: llevo gritando todo el rato y nadie me ha contestado. Dame los remos, Maggie.

Sólo después de que se alejaron de allí, cuando se encontró sobre las aguas —cara a cara con Maggie—, Tom alcanzó a comprender la magnitud de lo sucedido. Fue una revelación tan abrumadora, tan inesperada sobre las profundidades de la vida, sobre todo lo que había sido incapaz de ver —él que creía tener una vista tan aguda y clara— que se sintió incapaz de hacer ninguna pregunta. Permanecieron sentados, mirándose: Maggie, con unos ojos intensamente vitales, lo miraba desde un rostro cansado, derrotado; Tom, pálido, con cierta expresión de respeto y humillación. El pensamiento estaba ocupado, pero los labios permanecían en silencio: y aunque no pudo formular ninguna pregunta, Tom adivinó el relato de un esfuerzo protegido de modo casi milagroso. Al fin, una neblina cubrió los ojos de color gris azulado y los labios hallaron una palabra que podían pronunciar: el infantil «¡Maggie!».

Maggie no pudo dar otra respuesta que un sollozo largo y profundo que expresaba aquella felicidad misteriosa y maravillosa íntimamente ligada al dolor.

—Vamos a buscar a Lucy —dijo Maggie en cuanto pudo hablar—. Tom, vamos a ver si está a salvo, y después ayudaremos a los demás.

Tom remó con vigor infatigable, a velocidad muy distinta que la pobre Maggie. No tardó el bote en encontrarse de nuevo en la corriente del río, de modo que no tardarían en llegar a Tofton.

—Park House se encuentra por encima del nivel de las aguas —dijo Maggie—, quizá hayan enviado allí a Lucy.

No dijeron nada más; el río les traía un nuevo peligro. Parte de la maquinaria de madera de los muelles acababa de ceder y el agua arrastraba enormes fragmentos.

Amanecía ya y la desolación de las aguas se extendía con terrible nitidez en torno a ellos, y con la misma terrible nitidez avanzaban a toda velocidad las masas amenazadoras. La numerosa tripulación de un bote que se abría paso bajo las casas de Tofton observó el peligro que corrían.

—¡Salgan de la corriente! —gritaron.

Pero no era fácil y Tom, mirando ante sí, vio cómo la muerte se precipitaba hacia ellos. Los enormes fragmentos, en fatal fraternidad, formaban una enorme masa que avanzaba con la corriente.

—¡Ya está aquí, Maggie! —dijo Tom con voz profunda y ronca, soltando los remos y abrazándola.

Al instante siguiente, el bote ya no estaba sobre las aguas y la enorme masa seguía su horrible marcha triunfal.

Pero no tardó en reaparecer la quilla del bote, como un punto negro en el agua dorada.

Reapareció el bote, pero los hermanos se habían hundido, unidos en un abrazo del que jamás se habrían de separar, reviviendo, en un momento supremo, los días en que, tomados de la mano en un gesto de cariño, vagaban por los campos de margaritas.

Conclusión

La naturaleza repara los estragos que causa, los arregla con el sol y el trabajo humano. Al cabo de cinco años, en la superficie de la tierra quedaban pocos restos de la desolación que trajo consigo aquella inundación. El quinto otoño fue rico en doradas gavillas, que se alzaban en densos montones entre los setos distantes; los muelles y almacenes del Floss bullían de actividad, con ecos de voces impacientes, con la carga y descarga de mercancías llenas de esperanza. Y todos los hombres y mujeres mencionados en esta historia seguían con vida, excepto aquellos cuyo fin ya conocemos.

La naturaleza repara los estragos que causa, pero no todos. Los árboles arrancados de cuajo no arraigan de nuevo, las colinas hendidas muestran sus cicatrices: si algo crece, los árboles ya no son los mismos, y bajo el ropaje verde, las colinas llevan las marcas de los viejos desgarros. Para los ojos que conocen bien el pasado, la reparación no es completa.

El molino de Dorlcote estaba reconstruido. Y el cementerio de Dorlcote —cuya tumba de ladrillo, que albergaba a un padre que conocemos, se encontró con la lápida caída tras la inundación— había recuperado el orden herboso y la quietud adecuada.

Cerca de la tumba de ladrillo se alzaba otra tumba, construida al poco de la inundación, para los dos cadáveres que habían hallado estrechamente abrazados: recibía visitas frecuentes de dos hombres que sentían que su mayor alegría y su mayor pena yacían allí para siempre.

Uno de los dos visitó otra vez la tumba acompañado de un dulce rostro, pero eso fue años más tarde.

El otro fue siempre solitario. Su mayor compañía se encontraba entre los árboles de las Fosas Rojas, donde la alegría enterrada parecía rondar como un espíritu.

En la tumba aparecían los nombres de Tom y Maggie Tulliver, y bajo éstos, la siguiente inscripción:

«Tampoco en su muerte fueron separados».^[35]



GEORGE ELIOT, es el seudónimo que empleó la escritora británica Mary Anne Evans (Arbury Farm, Astley 1819 - Londres, 1880).

Usó un nombre masculino para asegurar que su trabajo fuera tomado en serio. Pocas escritoras publicaban bajo sus nombres verdaderos, como el caso de Charlotte Brontë y sus hermanas. George Eliot quiso evitar ser vista simplemente como una escritora romántica.

Sus novelas, de gran estilo realista, reflejan con pesimismo la vida provinciana británica y en general la complejidad de la vida británica de su época. Recrean conflictos morales, en los que ella aboga por la autenticidad. Entre sus obras más famosas se encuentran Adam Bede (1859), El molino junto al Floss (1860) y Silas Marner (1861). Son novelas que tratan de la región de Warwickshire y en gran parte están basadas en su propia vida. Sus viajes por Italia inspiraron su novela siguiente, Romola (1863), una novela histórica sobre el predicador y reformador Girolamo Savonarola y la Florencia del siglo XV. Comenzada en 1861, apareció por entregas en The Cornhill Magazine antes de publicarse en 1863. Después de terminar Romola, escribió dos destacadas novelas, Felix Holt, el Radical (1866), sobre la política inglesa, y Middlemarch (1872), que trata de la vida y responsabilidades morales de la clase media inglesa en una ciudad de provincias. Daniel Deronda (1876) es una novela en la que ataca el antisemitismo y simpatiza con el nacionalismo judío.

Notas

[1] Shakespeare, *Macbeth*, acto I, escena V. (Esta nota, como las siguientes, es de la traductora). <<

[2] Se refiere a *Pug's Tour through Europe or, 71 he Travell d Monkey: containing His wonderful Adventures in the Principal Capitals of the greatest Empires Kingdoms and States* (Londres, 1824). Obra anónima que describe con toscas rimas los distintos países. <<

[3] Protagonista de la segunda parte de El viaje del peregrino El río sobre el que no hay puente es el de la muerte. <<

[4] Juego similar al hockey. <<

[5] De la cantata Acis y Galatea (1732), de Haendel, con letra de John Gay. <<

[6] Alusión a la definición de la tragedia de Aristóteles (Poética VI, 2). <<

[7] El demonio que encuentra Cristiano en el Valle de la humillación, en *El viaje del peregrino*, de John Bunyan (1678). <<

[8] Guia protector de Cristiana en la segunda parte de *El viaje del peregrino*. <<

[9] Heroína de la balada del mismo nombre de Gottfried August Bürger (1774). <<

[10] De la excursión, I, Wordsworth. <<

[11] Referencia a Douglas A Tragedy de John Home (1757). <<

[12] Durante el siglo xviii y principios del XIX algunos, jornaleros sin trabajo incendiaron pajares y enviaron cartas amenazadoras firmadas por el «capitán Swin» a los propietarios de máquinas trilladoras. <<

[13] Referencia a *Leaves from the Note Book of a Naturalist*, de W.J. Broderip (1852)..

<<

[14] > Aristóteles, Poética, XXII, 16. <<

[15] Alusión a *The Task*, V, 29, obra de William Cowper (1785). <<

[16] «¡Deliciosa tarea!, criar el tierno pensamiento / enseñar a germinar a la joven
ide», de «La primavera» en Las estaciones de James Thomson (1726-1730). <<

[17] Personaje de *La doncella de Perth*, de Walter Scott (1828). <<

[18] Sátiras, 11, 2, 79, Horacio. <<

[19] Autor de novelas populares e intrascendentes. <<

[20] Palabra hebrea que designa unas estatuillas de bronce y arcilla de forma más o menos humana. Eran ídolos familiares comparables a los dioses lares o los penates latinos. <<

[21] «Zeus fue ayer al Océano a reunirse con los intachables etíope», Riada, 423; traducción de Emilio Crespo Güemes, Ed. Gredos. <<

[22] Personaje de *Guy Mannering*, de Walter Scott (1815). <<

[23] Génesis, 7,22. <<

[24] Alusión a los protestantes que murieron en la hoguera durante el reinado de María I Tudor (1553-1558), conocida como *Bloody Mary*. Este fragmento, al igual que otras referencias poco amables a los católicos, no aparece en las traducciones anteriores al castellano de *El molino del Floss*. <<

[25] Novela de Walter Scott, (1821. <<

[26] Aria de *Acis y Galatea*, de Haendel (1732). <<

[27] *El infierno, Divina Comedia*, de Dante. <<

[28] Madame de Staël, *Corinne* novela publicada en 1807. La protagonista es una famosa artista brillante y apasionada. <<

[29] Rebecca, Flora Mac-Ivor y Minna son personajes de Ivanhoe, Waveley y El pirata, de Walter Scott. <<

[30] William Pinnock (1782-1843) fue autor de numerosos libros de texto; *The Sketch Book of Geoffrey Crayon Gent* es un conjunto de cuentos y ensayos sobre viajes escrito por Washington Irving en 1819-1820. <<

[31] Alusión al aforismo de Montesquieu: «Dichoso el pueblo cuyos anales en el libro de la Historia permanecen en blanc». Recuerda otra frase similar, pero posterior en el tiempo, de Tolstoi en *Ana Karenina* (1875): «Todas las familias felices se parecen, pero las familias desgraciadas lo son cada una a su maner».<<

[32] Sir Andrew Agüe-cheek (don Andrés de Carapálida en la versión española), personaje de Noche de Reyes, de William Shakespeare. La cita corresponde al acto II, escena 3. <<

[33] Protagonista de Tom Jones, novela de Henry Fielding (1749). <<

[34] Opera de Michael William Balfe, 1808-1870.<<

[35] Del lamento de David por Saúl y Jonatán (2 Samuel 1, 23). <<